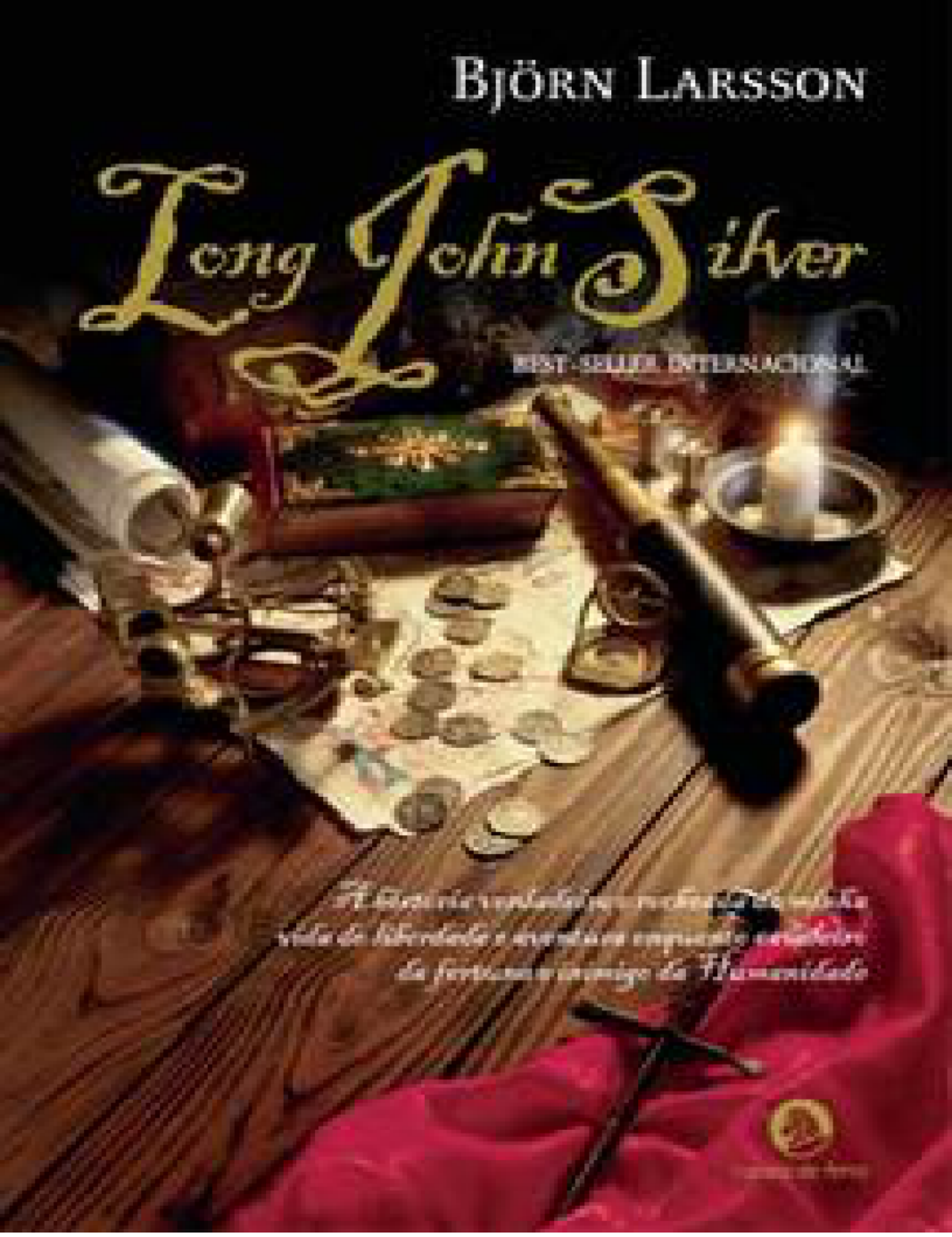

Björn Larsson
Long John Silver
BEST-SELLER INTERNACIONAL

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

¿Quién no recuerda a Long John Silver, el famoso Pata de Palo de La isla del tesoro? Espíritu rebelde, audaz y mujeriego, el intrépido marino surcó los mares a las órdenes de piratas tan temidos como England o Flint, contrabandeó en las costas de Francia y fue vendido como esclavo en las Antillas, convirtiéndose en el personaje más carismático y controvertido de R. L. Stevenson.

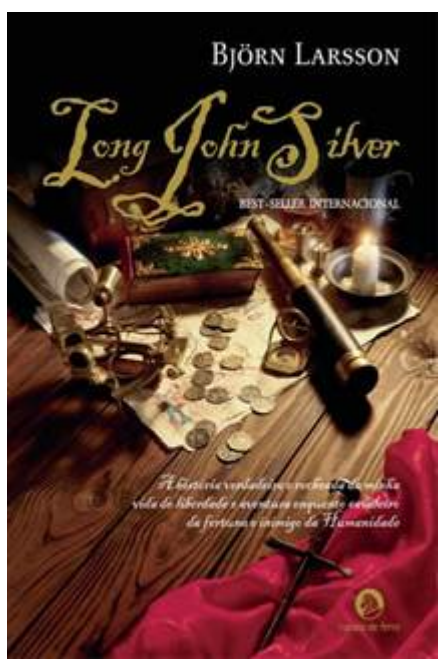
Este hombre seductor, capaz de mil traiciones y siempre dispuesto a pactar para sobrevivir, nos cuenta ahora su intensa vida desde su retiro en la isla de Madagascar: así es como la magia de la letra impresa consigue hacernos llegar una autobiografía imposible y sin embargo tan real como las mejores páginas de la buena literatura.

Björn Larsson, escritor y navegante, es el autor de este doble salto mortal que nos regala la voz de Pata de Palo para que él mismo nos diga la verdad, y nada más que la verdad, sobre sus andanzas de hombre y marinero.

- Björn Larsson
  - ○
  - ○
  - ○ Capítulo 1
  - ○ Capítulo 2
  - ○ Capítulo 3
  - ○ Capítulo 4
  - ○ Capítulo 5
  - ○ Capítulo 6
  - ○ Capítulo 7
  - ○ Capítulo 8
  - ○ Capítulo 9
  - ○ Capítulo 10
  - ○ Capítulo 11
  - ○ Capítulo 13
  - ○ Capítulo 14
  - ○ Capítulo 15
  - ○ Capítulo 16
  - ○ Capítulo 17
  - ○ Capítulo 18
  - ○ Capítulo 19
  - ○ Capítulo 20
  - ○ Capítulo 21
  - ○ Capítulo 22
  - ○ Capítulo 23

- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Al almirantazgo
- Postscriptum
- Björn Larsson

- notes
  -
  -



Björn Larsson

Long John Silver

Título original: Long John Silver
Traducción: Mayte Giménez

Si en las historias de capitanes piratas hay sucesos o enredos que puedan parecer novelescos, quede claro que no han sido ideados con esa intención. El escritor no tiene mucha experiencia en la lectura de ese tipo de historias; al contrario, como las encontró muy entretenidas cuando le fueron relatadas, considera que a lo mejor producen el mismo efecto al ser leídas.

Capitán Johnson, alias Daniel Defoe,
en A General History of the Pyrates, 1724

Con los oficios honrados se come poco y mal, el sueldo es bajo y se trabaja duró; en éste, se disfruta de riqueza y abundancia, de diversiones y placer, de libertad y poder. Y ¿quién no se

inclinaría hacia este lado cuando el único peligro que se corre, en el peor de los casos, es una mirada o dos de desprecio cuando a uno le ahorquen? No; mi lema será vivir poco, pero con alegría.

Capitán Bartholomew Roberts,

elegido capitán pirata por la gracia de la tripulación, 1721

– Debo decir, amigo mío -dice William, muy serió- que siento oíros hablar así. Los que nunca piensan en la muerte a menudo mueren sin pensarlo.

Seguí bromeando un rato más.

– Por favor -dije-, no habléis de la muerte. ¿Cómo sabemos si algún día moriremos?

– A eso no necesito contestaros -dice William-, no es de mi incumbencia haceros reproches a vos, que sois el capitán de a bordo, pero preferiría que hablarais de la muerte de otra forma, porque es una cosa tremenda.

– Decid lo que queráis, William -le dije-, que no me lo tomaré a mal.

Me empezaban a emocionar mucho sus palabras.

– Es porque la gente vive como si nunca fuera a morir -dice William con el rostro anegado en lágrimas-. Por eso mueren tantos antes de saber vivir.

Capitán Singleton,

capitán pirata por la gracia de Daniel Defoe, 1720

Barbacoa no es un tipo corriente. Cuando era joven hizo sus estudios, y si quiere puede hablar como un libro abierto. Y es valiente. ¡A Long John no le puede ni un león!

Israel Hands,

piloto del capitán Teach, llamado Barbanegra,

después miembro de la tripulación de Flint [1].

Todo el mundo sabe que eres una especie de santo. John, pero también ha habido otros que sabían maniobrar y gobernar los barcos como tú. Lo que pasa es que les gustaba la juerga. No eran tan finos y tan serios, pero todos ellos se divertían, porque eran gente alegre.

Israel Hands a John Silver

Me horrorizaban tanto su crueldad, su duplicidad y su poder que apenas si pude disimular un escalofrío cuando me puso la mano en el hombro.

Jim Hawkins sobre John Silver

Los caballeros de fortuna suelen tener poca confianza entre ellos, y puedes jurar que con razón. Pero yo sé lo que me hago, de eso puedes estar seguro. Cuando un compañero me la juega, quiero decir uno que conozco, no sigue mucho tiempo en el mismo mundo que el viejo John. Algunos le tenían miedo a Pew, otros a Flint, y el propio Flint me tenía miedo a mí. Me tenía miedo, pero también estaba orgulloso de mí.

Long John Silver, apodado Barbacoa,

contramaestre de los capitanes England, Taylor y Flint

De Silver no hemos vuelto a saber nada. Por fin ha desaparecido totalmente de mi vida aquel formidable marinero al que le faltaba una pierna, pero estoy seguro de que se reunió con su vieja negra y quizá siga viviendo cómodamente con ella y con el capitán Flint. Supongo que más vale así, porque me temo que en el otro mundo tiene pocas posibilidades de que le vaya bien.

Jim Hawkins

Capítulo 1

Año de gracia 1742. He vivido mucho, eso nadie me lo puede negar. Todos los que he conocido están muertos. A algunos los he mandado yo mismo al otro mundo, si es que existe, aunque ¿por qué tendría que existir? De veras espero que no exista, porque de lo contrario tendríamos que vernos de nuevo las caras allá en el Infierno: el ciego Pew, Israel Hands, Billy Bones, el idiota de Morgan, que se atrevió a pasarme el punto negro, y todos los demás, incluido Flint, Dios lo tenga en Su Reino, si es que Dios existe. Y todos me darían la bienvenida; me harían una reverencia y dirían que todo vuelve a ser como antes. Pero al mismo tiempo el miedo les saldría a relucir como sale un sol ardiente sobre un pálido mar. «¿Miedo a qué?», me pregunto. En el Infierno no pueden temer a la muerte. Si no, ¿qué iba a ser aquello?

No, ellos nunca tuvieron miedo a la muerte; por lo general, lo mismo les daba vivir que morir. De todos modos, sospecho que incluso en el Infierno me tendrían miedo. Me pregunto por qué. Del primero al último, hasta el propio Flint, que era el hombre más valiente que he conocido, todos me tenían miedo.

A pesar de ello, doy gracias a los cielos porque nunca pudimos recobrar el tesoro de Flint. De lo contrario, sé muy bien qué habría pasado. Los demás se habrían gastado hasta el último céntimo en pocos días. Y después habrían ido a buscar al viejo Long John Silver, a la única alma a la que podían recurrir, y le habrían suplicado que les diera más. Siempre era así. No aprenderían nunca.

De todas formas he comprendido una cosa. Hay gente que no sabe que está viva. Es como si no se dieran cuenta de que existen. Quizás ésa es la diferencia. Yo tenía buen cuidado del pellejo que me quedaba en el cuerpo. Mejor condenado a muerte que ahorcarme yo mismo, si es que se puede elegir. Los nudos corredizos no me gustan nada.

¿Era ésa la razón de que no me pareciera a nadie? ¿Que yo sí sabía que estaba vivo? ¿Que yo sabía mejor que nadie que uno sólo tiene una oportunidad de vivir a este lado de la tumba? ¿Por eso asustaba yo a los peores y a los mejores, porque me importaba un bledo la vida que hubiera después de ésta?

Puede ser. Pero está claro que yo no se lo ponía fácil al que quisiera ser igual que yo, ser mi aliado. Me llamaron Barbacoa desde

el día que me cortaron la pierna, y aquella jornada la guardo en la memoria con pelos y señales. Sí. Si hay algo que recuerde de esta vida es cómo perdí la pierna, y por qué y cuándo me pusieron este sobrenombre. ¿Cómo podría olvidarlo? Lo tengo presente cada vez que me despierto.

Capítulo 2

Todavía siento el cuchillo del cirujano de a bordo hundirse en la carne como si fuera mantequilla. Iban a sujetarme entre cuatro hombres, pero les dije que volvieran a sus faenas, que yo me ocuparía de hacer bien la mía. Me miraron asombrados, aunque sin atreverse a replicar. El cirujano cambió el cuchillo por la sierra.

– Tú no eres un ser humano -dijo cuando acabó de amputarme la pierna sin que de mis labios hubiera salido ni un quejido.

– ¿Ah, no? -pregunté. Y haciendo acopio de mis últimas fuerzas esbocé una sonrisa que debió de asustarle todavía más-. Entonces, ¿qué es lo que soy? -añadí.

A la mañana siguiente me arrastré hasta cubierta. Quería vivir. Había visto a demasiados hombres pudriéndose entre los vapores que salían de la carlinga, en medio de vómitos, sangre y gangrena. Recuerdo perfectamente lo que vi cuando saqué la cabeza por la escotilla del camarote de la tripulación. Todo se interrumpió como si Flint hubiera dado una orden con su voz ronca y penetrante. Algunos, yo lo sabía porque no era tonto, tenían la esperanza de que hubiera muerto. A ésos los miré fijamente hasta que apartaron la vista o se echaron hacia atrás. Charlie Pichalarga -le habían puesto este mote porque tenía, sin punto de comparación, el miembro más grande de a bordo- se levantó con tantas prisas que se dio contra la horda y cayó al agua haciendo aspavientos con los brazos como si fuera un molino. Entonces solté una carcajada que incluso a mí me sonó como si saliera de debajo de la tierra o de ultratumba. Reí hasta que los ojos se me anegaron de lágrimas. Dicen que una buena carcajada alarga la vida. Puede ser… luego, por todos los demonios, que me hagan reír antes de que llegue la hora. Cuando estás tumbado en el banco y te cortan la pierna ya es demasiado tarde.

De golpe descubrí que nadie más que yo reía. Treinta terribles piratas estaban en el barco quietos como estatuas, con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salírseles de las órbitas.

– ¡Reíd, cobardes! -rugí, y los treinta se pusieron a reír.

Sonó como si todas aquellas bocazas quisieran superarse unas a otras. Era tan absurdo que volví a soltar una risotada. En cierto modo, podría decirse que nunca me había divertido tanto en toda mi vida. Pero al final me harté de sus graznidos.

– ¡Por todos los diablos! ¡Callaos! -les grité, y todas las bocas se

cerraron tan de golpe que hasta se oyó el ruido al entrechocar los dientes.

En ese mismo instante Flint bajó del castillo de popa. Lo había presenciado todo sin mover una pestaña. Se me acercó con una sonrisa socarrona pero a la vez respetuosa.

– Da gusto verte de nuevo, Silver -dijo.

No contesté. Nunca daba gusto ver a Flint. Se volvió hacia la tripulación.

– ¡Necesitamos hombres de veras a bordo! -gritó.

Entonces se agachó, me cogió el muñón de la pierna y apretó para que todos lo vieran bien.

Se me nubló la vista, pero no me desmayé, y tampoco salió de mi boca un solo gemido.

Flint se enderezó y miró a sus hombres: paralizados de terror, habían quedado en extrañas posturas y hacían muecas de lo más singular.

– ¿Lo veis? -dijo Flint tranquilamente-. Silver es un hombre de verdad.

Aquello era lo más próximo a la amabilidad y al calor humano que estaba al alcance de Flint.

Estuve todo el día sentado al sol, tostándome. El dolor iba y venía como un corazón palpitando. Pero yo estaba vivo.

Lo único que importaba era estar vivo. Israel Hands había sacado una botella de ron, como si el ron fuera la savia de la vida, pero no la toqué en toda la jornada. Nunca he necesitado el ron, y mucho menos aquel día.

Por la noche le pedí a John, el joven grumete, que trajera una lámpara y tomara asiento a mi lado. Siempre he sentido debilidad por los muchachos. No para tocarlos, no. Al revés. No tengo la menor inclinación por la figura ni por la piel, sean del cuerpo que fueran, quizá porque a mí me queda muy poco de ambas. Cuando me he acostado con mujeres, porque uno tiene que hacerlo a veces si no quiere volverse loco, lo he hecho en un visto y no visto, si se me permite la expresión. Pero los muchachos son otra cosa. Son limpios como un suelo recién fregado, brillantes como el latón pulido, más inocentes que las monjas. Es como si nada pudiera afectarles, ni siquiera lo peor. Mira Jim, Jim Hawkins, a bordo del *Hispaniola.* Disparó contra Israel Hands y bien que hizo, y estuvo allí mientras los demás morían y gritaban de dolor, y a pesar de todo se portó como si no hubiera pasado nada cuando abandonamos aquella isla maldita. El estaba convencido de que tenía toda la vida por delante.

John era igual. No se encogió, no se apartó de mí cuando le pasé el brazo por los hombros como a un viejo amigo en la cálida noche caribeña.

– ¿Le duele al señor Silver? -se atrevió a preguntar.

«Gracias por preguntar», pensé. No supe qué contestar. No podía explicar que me dolía un pie que ya no era mío, y que probablemente flotaba no muy lejos del viejo *Walrus*. A menos que los tiburones se lo hubieran comido. Me arrepentí de no haberle pedido al cirujano que me guardara la pierna amputada. Habría podido quitarle la carne y guardarla como recuerdo; eso es lo que debería haber hecho. En cambio, lo que veía con mis propios ojos era el momento en que algún negro la encontrase en la playa sin imaginarse que me había pertenecido a mí, a nadie más que a Long John Silver.

– No -le dije simplemente a John-, el señor Silver nunca siente dolor.

¿Qué iban a pensar los demás? ¿Quién me respetaría si lloriquease por tener una pierna de menos? ¿Quién, digo yo?

John me miraba con los ojos llenos de admiración. Vaya si me creía.

– Ahora quiero que me cuentes la batalla -le dije.

– ¡Pero si el señor Silver estuvo presente!

– Sí, estuve presente, pero quiero oírtelo contar. Es que no tuve tiempo de ver todo lo que pasaba. Tenía las manos ocupadas, por decirlo de alguna manera.

Parecía que John lo admitía. Naturalmente, no terminaba de entender qué pretendía yo.

– Capturamos rehenes -dijo-. Diez. También había una mujer.

– ¿Y dónde está ahora?

– Creo que la tiene Flint.

Seguro que sí. A Flint las mujeres le volvían loco, no podía quitarles las manos de encima. He estado con muchos capitanes y he navegado con unos cuantos, a cual peor. Pero ninguno, ninguno excepto Flint, se permitía apropiarse de una rehén. Muchos habían sido destituidos porque se empeñaron en disponer de una dama para su uso y disfrute personal. Yo mismo estuve presente cuando añadimos en las disposiciones de a bordo que nadie le pondría la mano encima a una mujer, a menos que esa mujer estuviera al alcance de todos. Pero Flint sí podía. Ni siquiera recuerdo qué decía en las normas del *Walrus*. Probablemente nada. Flint tenía sus propias reglas, y con eso bastaba.

– Vaya, conque la tiene él -le dije a John-. ¿Y tú qué crees que hará con ella?

El pobre muchacho se sonrojó. Era emocionante verlo.

– ¿Y el combate, qué? -añadí para cambiar de tema-. ¿No me ibas a contar cómo fue?

– ¿Por dónde quiere que empiece, señor Silver?

– Por el principio. Un relato empieza siempre por el principio.

Quería que aprendiera. Cualquier joven tiene que saber contar una historia para que le vaya bien en la vida. Si no, te engañan una y otra vez.

– El vigía divisó un barco al amanecer -empezó John-. Hacía buen tiempo, así que tenía gran visibilidad. Navegábamos a toda vela, pero tardamos ocho campanadas hasta darles alcance. El segundo de a bordo izó la bandera roja.

– Eso… ¿qué significa? -pregunté.

– Que no habrá clemencia -contestó John con presteza.

– Y eso… ¿qué quiere decir?

John parecía confundido.

– No lo sé con certeza -dijo finalmente, avergonzado.

– Entonces te lo voy a explicar. Significa que se piensa combatir a vida o muerte. Y que el que salga victorioso decidirá si los derrotados pueden vivir o si han de morir. ¿Entiendes?

– Sí, señor Silver.

– ¡Continúa el relato!

– Israel Hands dijo que Flint era un capitán implacable. Dijo que el capitán Flint había procurado que el sol le diera en los ojos al enemigo y quedara parapetado del viento por nosotros. Hands dijo que no tenían ninguna posibilidad, que deberían haberse rendido en lugar de desafiar a una tripulación como la nuestra. Les rondamos primero por popa y les disparamos de costado. Después dimos la vuelta rolando con el viento y disparamos de nuevo todos los cañones a la vez. Les hicimos un montón de agujeros en el velamen y uno de sus mástiles se cayó.

– ¿Se cayó?

Era muy poco descriptivo. Una bala había dado en la base del palo mayor y lo había hecho astillas, de tal manera que cayó derribado por la borda con un ruido ensordecedor. Cuando se rasgó la vela mayor, restalló como un enorme latigazo. Varios de sus artilleros dieron su último grito cuando la vela los arrastró al mar.

– Sí, bueno, se rompió -añadió John, como si estuviese mejor dicho.

– ¿Y después? -dije.

– Después, toda la tripulación del *Walrus* se aprestó en la borda. Todos llevaban mosquetes, sables y ganchos para el abordaje. Todos gritaban.

– ¿Por qué gritaban?

– Para asustar al enemigo -dijo John muy seguro de sí mismo.

Aquello era algo que creía saber con seguridad.

– Bien -contesté-. Pero pudiera ser que chillaran como gallinas porque tenían tanto miedo que se estaban cagando encima.

John me miró sorprendido.

– ¿No son valientes todos los del *Walrus?* -preguntó.

No le contesté. También tenía que aprender a pensar por sí mismo.

– ¿Y después? -le pregunté de nuevo-. ¿Qué pasó después?

John dudó.

– Después no sé exactamente lo que pasó. El otro barco viró de pronto antes de que pudiéramos lanzarnos al abordaje. Alguien dijo que les hizo virar de proa su mástil caído al agua. Y entonces nos dispararon también en un costado. Murieron varios de los nuestros, y al señor Silver le alcanzaron en la pierna. Después, nosotros nos lanzamos al ataque y todos nuestros hombres saltaron a bordo para luchar cuerpo a cuerpo. No tardaron mucho en arriar la bandera.

– Espera un poco -le interrumpí-. Esto es importante, así que escucha con atención. Has dicho que todos los hombres del *Walrus* estaban en el abordaje. ¿Estás seguro de que estaban todos, absolutamente todos?

– El segundo de a bordo no, el señor Bones. Controlaba el timón y estuvo gobernando el barco en todo momento.

– Sí, es verdad. Pero aparte del señor Bones, que estaba en el puente, ¿no había nadie más que estuviera en cubierta, detrás de nosotros? ¡Piénsalo bien!

– No -empezó John, pero se detuvo-. Sí, en realidad había uno que no estaba en el abordaje.

– ¿Quién era? -pregunté intentando ocultar lo que sentía.

– Deval, el francés -dijo John.

– ¿Estás seguro? -pregunté, aunque yo ya sabía que John estaba en lo cierto.

El muchacho debió de notar algo en mi voz porque tardó un poco en responder.

– Sí, estoy seguro -añadió después.

Suspiré profundamente y lo envolví en un abrazo.

– Así me gusta, como hombres de verdad -dije, mientras él resplandecía de orgullo. Luego lo solté y enseguida añadí-: Ha sido un bonito relato. Ahora vas a oír un consejo del viejo Silver, que ha vivido mucho. Aprende a relatar historias. Aprende a inventar y a mentir. Así, siempre te irá bien. Quedarse callado y sin respuesta es lo peor que le puede pasar a una persona… si es que aspiras a ser una persona, naturalmente. Si no, no tiene demasiada importancia.

John asintió con la cabeza.

– Ahora quiero estar solo un rato -continué-. Quiero quedarme sentado aquí yo solo y mirar la luna y las estrellas. Te puedes acostar. Hoy has trabajado mucho, tan cierto como que me llamo Silver.

– Gracias -dijo John sin saber en realidad por qué daba las gracias.

Le miré y me eché hacia atrás. Supongo que me había salvado la vida. No sé si a la larga hubiera podido soportar no saber quién había intentado matarme por la espalda. Todos creían que había sido el costado del barco enemigo el que había destrozado mi pierna. Sólo yo sabía que la bala me había dado después de golpearme contra el costado del barco enemigo. Fue quizá cuestión de segundos, pero ocurrió más tarde. Deval, esa rata cobarde, ese que una vez quiso ser amigo mío, me disparó por la espalda. Fue una suerte para Long John Silver que el viejo *Walrus* se inclinara cuando nos lanzamos al abordaje. De lo contrario, hubiera muerto yo y conmigo mi historia, como les ha pasado a tantos de nuestro gremio, por una tontería de nada.

Cerré los ojos y esperé a que llegara el día.

A la mañana siguiente fui cojeando hasta el camarote de Flint y entré sin llamar. Estaba acostado con la dama.

– ¡Pero bueno, si es Silver! ¿Qué, de paseo? -preguntó con su habitual humor macabro.

– Se hace lo que se puede, Flint -me limité a responder.

Flint esbozó una sonrisa y echó una mirada intencionada a la mujer que estaba a su lado.

– Silver es el único de a bordo que tiene lo que hay que tener -dijo Flint-. Por suerte no sabe de navegación, sino él sería el capitán y yo el contramaestre. ¿No es verdad, Silver?

– Quizá. Pero venía para otro asunto que nada tiene que ver con mis excelencias.

Flint se dio cuenta de que hablaba en serio y se incorporó en la cama. Su pecho velludo parecía más bien la piel de un zorro. Le expliqué tranquilamente lo que había pasado, aunque tuve buen cuidado de que no se me notase la ira. Flint escuchó con la misma tranquilidad, mientras la mujer no podía apartar la vista del muñón enrojecido de mi pierna. La sangre había vuelto a empapar el vendaje que me había puesto el médico aquella misma mañana.

– Pienso castigarlo yo mismo -dije para acabar-. Con la venia, naturalmente.

– Claro -dijo Flint sin pensarlo, cosa que en él no era de extrañar-. Claro -repitió-. Pero ¿cómo? Eso sí me gustaría saberlo.

Vi dibujarse en sus labios una sonrisa esperanzada.

– ¿Con esa pierna? -añadió Flint extrañado.

– ¡No te preocupes! Se trata de un cobarde del que podría dar cuenta sin una pierna y con un solo brazo, si hiciera falta.

– Estoy seguro -dijo Flint sinceramente.

Para él no era nada anormal imaginar que una persona pudiera vivir y luchar sin brazos ni piernas.

– ¿Desembarcamos por la tarde, como estaba previsto? -pregunté más bien afirmándolo.

– Sí -dijo Flint-, tal como se decidió en la reunión. Desembarcamos con toda la comida y el ron que saqueamos del *Rose*. Y después comemos y bebemos hasta caernos redondos. Como siempre. Ningún cambio.

– Bien. Yo me encargo del espectáculo.

Flint le dio un empujón con el codo a la delgada y desnuda mujer.

– No te decepcionará -le dijo-. Te lo prometo. Conozco a mi Silver.

Ella seguía mirando fijamente mi pierna, aunque lo que de verdad me asombraba fue que no estuviera aterrada por haber pasado la noche con Flint. Quizá tuviera a pesar de todo alguna cualidad. En tal caso sería la única, aparte de que sabía navegar y dirigir como nadie una banda de abordaje. Todavía no entiendo cómo pudo aprender navegación. Flint era astuto, ya lo creo que lo era, pero pensar no era lo suyo, a menos que se tratara de un asunto de vida o muerte.

Desembarcamos a última hora de la tarde en tres barcazas y un bote. Íbamos todos. Para recuperar fuerzas, yo me había pasado el día tranquilamente tumbado en la cubierta, que baldearon mientras tanto para limpiar la sangre del día anterior. Los cadáveres ya habían sido arrojados por la borda. Un grupo se dedicó a transportar el botín del *Rose of Walrus*. Había un vocerío tremendo por cada moneda de oro y por cada joya que llegaba a bordo. Yo estaba tumbado, con los ojos entornados, pero siguiendo todos los movimientos. Deval pasó por delante de mí varias veces sin querer verme, sin honrarme con una mirada.

– Deval -lo llamé una de las veces que pasaba por allí cerca.

Se paró y me miró con los ojos llenos de odio. Pero a la vez tenía miedo, como suele pasarles a esos individuos que no carecen sin embargo del valor de ser independientes.

– Buen botín, Deval -le dije y le dediqué mi mejor sonrisa, una de esas que pueden fundir el hielo.

No contestó, sino que siguió su camino.

El *Rose* era un barco con un buen botín, uno de los mejores, aunque el oro y las piastras eran lo último que yo tenía en mente. Ni siquiera las piedras preciosas, que eran mi debilidad, podrían hacerme variar de rumbo.

Lo dispuse de modo que fui en el mismo barco que Deval. Creo que fue Pew quien me ayudó, aunque había perdido la vista con una mecha que le explotó en la cara cuando íbamos a abordar el *Rose*. Y no porque yo le importara lo más mínimo, sino porque él seguía siendo tan endemoniado como siempre. Estábamos en cubierta y me

bajó como si yo fuera un saco de patatas. El bastón que el carpintero de a bordo me había hecho aquella misma mañana lo arrojó a la buena de Dios, detrás de mí, como si fuera una lanza. De haber sido por Pew, habría perforado el cráneo a alguno de los hombres. Ésa era la idea de la diversión que tenía Pew, tanto ciego como cuando veía como un lince. Alguien podía morir antes incluso de que decidiera si valía la pena vivir. Me estiré cuanto pude y cogí el bastón en el aire. Dicho sea de paso, yo a Pew le hacía la vida imposible. A pesar de todo, no me odiaba. Supongo que eso superaba su limitada inteligencia.

Cogí el bastón con la mano derecha y a Deval, que estaba delante de mí, le di un ligero golpe en el hombro.

– Por poco, Deval -dije-. Podía haberte dado. Pero hace un buen día, ¿verdad, Deval? ¡No podía haber sido mejor!

Sin volverse, gruñó algo inaudible por toda respuesta. Supongo que no se atrevía a mirarme a los ojos. Sospecho que tenía miedo de que yo llegara a adivinar qué pasó en realidad cuando me dejaron la pierna hecha trizas.

– Una buena recompensa, con ron en abundancia -continué con voz alegre-. Un aventurero no necesita mucho más para pasar un buen día. ¿Qué más podría desear? ¿Mujeres? Sí, quizá. Pero el oro y el ron son más fáciles de compartir. Entre compañeros, se entiende.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los hombres. Estaban contentos, se relamían sólo de pensar en la juerga que les esperaba. A los hombres les sonreía la vida. En tierra no existía nada que se llamara disciplina. Cada uno era como le daba la gana, y ni siquiera Flint podía hacer nada al respecto. Ahora iban a demostrar que tenían derecho a vivir como cualquier otro. Siempre la misma canción desesperada. Ron y alaridos, vocerío y ron, ron y más gritos, borrachera y ron, ron y diversiones, peleas y ron, todo condenadamente revuelto.

Miré hacia el barco de Flint; estaba a proa, a un cable de distancia. Él iba en popa con su sombrero rojo sangre, y daba las órdenes a gritos. A bordo de un barco, con la tripulación, Flint sólo tenía un tono de voz. Daba lo mismo que se tratase de un bote o de una fragata. Flint tenía una bocaza como una bocina. A la rehén la había dejado a bordo, señal de que todavía la quería para él solo durante un par de días más. Busqué al cirujano. Sí, también estaba allí. Su calva, como si fuera un pavo recién desplumado, sobresalía dos bancadas delante de Flint.

Nunca he entendido a los cirujanos y mucho menos al del *Walrus*. ¿Qué era lo que les hacía mantener con vida a gente como nosotros, si a nosotros, en definitiva, nos daba igual y encima los aborrecíamos como a la peste? Nunca me había encontrado con un marinero al que

le importara el médico. Una vida entre sangre, ¿para qué? En cualquier caso, tampoco eran muy religiosos; no podían pasar por samaritanos compasivos. Entonces, ¿por qué? No lo entendía entonces y sigo sin entenderlo. Además, eran hombres cultos. En el *Walrus,* aparte de mí, el cirujano era el único que había leído un libro de verdad. Y no me refiero a la Biblia, aunque eso tampoco le habría servido de mucho. En realidad era un diablo siniestro. Ese día por lo menos iba a trabajar para ganarse su parte del botín. Además, me había salvado la vida. Quizá me decidiera a darle las gracias. Para variar.

Bordeamos la isla por espacio de una milla, hasta llegar al cabo del Nordeste, y en su banda sur amarramos las embarcaciones. No era la primera vez que estábamos allí. Los restos de nuestras antiguas hogueras seguían visibles en la playa, igual que las botellas de ron vacías. La arena era blanca y brillaba como los diamantes que los locos del *Cassandra* rompían en mil pedazos para repartir las piedras a partes iguales. Las cimas de las palmeras formaban grandes y negras sombras estrelladas, que se balanceaban cuando el viento mecía las hojas de palma. A veces caía un coco como una bala de cañón. La última vez, a uno de los nuestros le cayó un coco en la cabeza y murió en el acto con gran regocijo de todos los demás. Nadie creía que se pudiera morir así. Pero a partir de entonces no han vuelto a sentarse cerca del tronco de las palmeras. En el fondo, no tuvo tanta gracia.

Aquel cabo no había sido elegido al azar. Cuando su propio pellejo estaba en juego, Flint era un capitán precavido, o lo fue al menos hasta que perdió la razón por completo, ya en su último año. Flint había descubierto hacía tiempo las excelencias de aquel lugar. El cabo se adentraba unas doscientas varas en el mar, como un dedo alargado con la cresta elevada. Desde la cresta se tenía una buena vista, tanto hacia el norte como hacia el sur, y se divisaban todos y cada uno de los barcos que se dirigieran a la isla. Además, el pasaje a través de los arrecifes llegaba a tal distancia que siempre tendríamos tiempo de subir al *Walrus* y preparar el barco para la batalla… sino estábamos completamente borrachos, claro.

Apenas saltamos a tierra, unos cuantos hombres agujerearon una cuba de ron. Otros no tenían tanta prisa. Se echaron en la arena con los brazos bajo la cabeza y se quedaron tumbados como si estuvieran muertos. Yo, como pude, fui brincando con mi única pierna, charlando con todos como el buen camarada que sabía ser, sólo con proponérmelo, cuando era menester. Repartí tanto buen humor como pude, para que nadie olvidara nunca que Long John Silver tenía buen corazón y que todo lo hacía porque tenía sus buenas razones.

Algunos empezaron a fanfarronear de sus bravuconadas, como si fueran mayores por aullar como lobos al contarlas. Morgan, que no

sabía contar más allá de seis, había sacado los dados e intentaba persuadir a todos y a cada uno de los hombres a jugarse su parte del botín. Así era Morgan. Podía poner en peligro su vida con tal de jugar a los dados. Un día le propuse que nos la jugásemos directamente en una partida. «Sería más rápido», le dije. Pero Morgan no entendió la gracia.

Pew iba arriba y abajo buscando pelea, como siempre, aunque más atolondrado de lo normal. Black Dog acechaba a los jóvenes recién llegados a la tripulación. Al primero que cayera borracho se lo llevaría con él a los matorrales. Sabe Dios qué placer sacaba con aquello. Teniendo en cuenta su reputación, Flint estaba sentado como siempre, con un tonelete de ron para él solo, como debía ser. Antes de que llegara la noche se lo habría ventilado. Flint podía beber ron como nadie. Cuando los demás se habían derrumbado, Flint todavía seguía en pie, con los ojos brillantes, mirando el fuego. Cuanto más bebía más quieto estaba. Al final no decía ni pío y se quedaba sentado, mirando. Y puedo asegurar que yo le he visto en tardes como ésas derramar lágrimas que no eran de cocodrilo. «¿Por qué?», le pregunté una vez.

– Por todos los buenos marineros que han muerto -contestó lloroso-. Por nada -añadió.

– Sí, pero tú y yo seguimos vivos, llenos de vigor -le repliqué para animarlo.

– ¿Y de qué me sirve? -contestó al viento.

Fue la única vez, creo, que no entendí a Flint. Pero el diablo sabrá si él mismo se entendía.

Aquella tarde vi que se reservaba el ron para más adelante. Sabía lo que estaba esperando, pero no me apresuré. Primero tenía que salir la comida, que llegó justo después del anochecer. Job, Johnny y Dirk vinieron con dos cabras a las que habían dado caza antes de que se pusiera el sol. ¡Menudo jaleo se organizó con el vocerío y el jolgorio correspondientes a un momento así! A mí me fue de perlas, porque así sería más emocionante lo que yo tenía en el pensamiento.

– ¡Deval! -gritó Dirk-. Viejo cazador de cabras, tú serás el maestro asador.

Era justo lo que yo estaba esperando. Sólo porque era franchute se le consideraba todavía como un bucanero de los viejos tiempos. Por eso sería el encargado de asar las cabras en la barra, lo que los franchutes llaman *barbe-au-cul,* en lugar de lo correcto, es decir, barbacoa en el idioma de los indios. Pero no era de extrañar que los franchutes hubieran entendido mal, porque en realidad se le cortaba el rabo a la cabra y se le introducía una barra puntiaguda por detrás. A veces, a mí me daba la impresión de que a la cabra, con el trozo de rabo que le quedaba, le había salido barba en el trasero, *barbe-au-cul*

en francés. Bueno, así estaban las cosas, aunque todo eso ya se ha olvidado. Me parece que no quedan muchos que lo sepan, pero mi apodo, Barbacoa, significa «barba en el trasero».

Deval esbozó su sonrisa más torcida y burlona, como sólo él sabía hacer. Claro que no tenía otra. Después sacó su cuchillo y cortó los rabos debidamente. Dirk le dio los espetones y Deval atravesó a los animales de un solo tajo. Así se hacía. Los hombres, como buenos gastrónomos que eran, gritaron de la emoción que sentían. Mientras tanto, Johnny había hecho unas horquillas a cada uno de los lados de la hoguera y enseguida el aire se llenó de un intenso olor a carne de cabra asada. Algunos hombres empezaron a babear como perros. Y no era de extrañar. Era la primera carne fresca que veían en muchas semanas.

Yo esperé hasta que todos estuvieran servidos y la grasa les chorreara por las comisuras de los labios. Me había colocado detrás de Deval con el mosquete calado.

– ¡Camaradas! -grité-. ¿Puedo pedir un poco de atención para un buen compañero que quiere decir unas palabras?

Creo que todos alzaron la mirada, aunque ninguno dejó de masticar ni de hacer ruidos con la boca.

– Estáis comiendo buena carne -proseguí-. Estáis fuertes y sanos. Hay ron para todo un escuadrón. Tenéis un capitán duro que os puede hacer hombres ricos si de veras lo deseáis. ¡Propongo un brindis por Flint!

Todos estuvieron de acuerdo en vitorearle con cuerpo y alma. Sabían que sin Flint no valían un comino.

– Todos os lo merecéis -dije, retomando la palada-. Ayer conseguisteis un buen botín. Todos hicisteis lo que debíais.

»Podéis estar orgullosos -añadí tras un instante de silencio-. Todos vosotros.

Y aquí de nuevo guardé un instante de silencio, pero más corto.

– Todos menos uno.

Vi por el rabillo del ojo que Flint había puesto una mano sobre el hacha. Supuso que podría haber pelea si yo me metía con alguien en quien confiaba la tripulación. Pero una serpiente de cascabel como Deval nunca había merecido la confianza de nadie.

Era evidente que había algunos que no las tenían todas consigo, al menos por la forma en que se removieron y apartaron la vista.

– En el combate de ayer perdí una pierna. Son cosas que pasan cuando se lucha por una causa justa. Incluso puede decirse que tuve suerte, ya que aún estoy vivo y todavía puedo poner en tierra una pierna por lo menos. Imaginaos si las dos hubieran volado. ¿Qué parecería? ¿Os lo podéis imaginar?

Por lo visto, todos lo imaginaron, pues más de uno se echó a reír

a carcajadas. Y tengo que reconocer que un Long John Silver sin piernas, que estuviera perorando con el tronco clavado directamente en la arena, habría sido un espectáculo bastante divertido para todos menos para mí, claro. Porque era precisamente eso lo que estaban imaginando. Su fantasía no llegaba a más.

– Propongo un brindis por el cirujano -grité en medio del vocerío y todos brindaron de nuevo de todo corazón.

El cirujano no demostró ninguna alegría -nunca lo hacía, claro- y se secó el sudor de la calva con la mano. ¿Creía que le estaba tomando el pelo y que le acusaba por no haberme salvado la pierna? Si ni siquiera me molestaba.

– Y por eso al cirujano le vamos a hacer otro encargo de honor. Va a tener que serrar otra pierna con el mismo brío y bravura que demostró con la mía.

De repente el miedo asomó a sus ojos. Ahora sí creía de verdad que le iba a obligar a que se cortara la suya porque yo estaba descontento con sus artes médicas. Pero en ese mismo momento yo había sacado mi mosquete de cañón doble y lo apreté contra la cabeza de Deval.

– Aquí está nuestro honorable asador sin inmutarse -dije yo con una voz tal que consiguió detener incluso los ruidos del masticar de las bocas-. Los aventureros somos socios libres. Repartimos las recompensas y los peligros con todas las de la ley. Hemos escrito en las disposiciones lo importante que es que te corten una pierna, un brazo o incluso un dedo en el combate. Elegimos a nuestros capitanes. Estamos de acuerdo. Si alguien tiene algo que decir, puede pedir deliberación, como dicta la costumbre. Si alguien guarda algún rencor lo soluciona en tierra. Tenemos nuestros defectos, desde luego, pero a bordo uno está a bordo tanto si llueve como si luce el sol. ¿No es así, camaradas?

Se alzaron murmullos de aprobación aquí y allá. Eran almas salvajes y toscas, desde luego, pero tenían sus reglas para que nadie se tomara ciertas libertades, para evitar que uno fuera más que otro.

– Sin embargo -continué con la misma voz- esta rata que tengo a mi lado, llamada Deval, me disparó por la espalda cuando estábamos a punto de abordar al *Rose*. ¿Qué decís, camaradas?

Murmuraron de nuevo, pero no demasiado. Ya sabía que nadie iba a montar en cólera ni a sentir compasión por mi causa, aunque por otra parte a nadie le hace gracia que le disparen por la espalda sin más ni más.

– ¡Pruebas!

Era una voz de bocina, la voz de Flint, la que cortaba el aire.

– ¿Cuáles son las pruebas?

Típico de Flint. De todas maneras, cuando se trataba de algo

importante sí tenía la cabeza en su sitio. Si yo no hubiera tenido pruebas, todos habrían dudado.

– El *Rose* nos disparó de banda -dije-, pero nunca he visto que las balas y el hierro den la vuelta en el aire y regresen al mismo sitio del que salieron. ¿No es así, cirujano? ¡Diles que la bala me entró en la pierna por detrás!

El cirujano murmuró algo inaudible. Todavía estaba muerto de miedo.

– Lo sabes hacer mejor. ¿Entró la bala por detrás, sí o no? -grité.

– Sí -dijo atropelladamente el cirujano-. Sí, sin ninguna duda.

– ¿Y qué decís ahora? ¿Es suficiente prueba?

Unos cuantos gritaron que sí y que, por ellos, Deval debía morir. Por lo que dijeron, eso no les quitaría el apetito.

– ¿Cómo sabéis que Silver no estaba de espaldas al *Rose*?

– ¿Quién ha dicho eso? -grité yo enfurecido-. ¿Hay alguien que alguna vez haya visto a Long John Silver darle la espalda al enemigo?

Se hizo silencio. Todos sabían que eso era imposible. Me volví hacia Deval.

– ¿Qué tienes que decir? -le pregunté en tono burlón.

El odio le salía por los ojos. Nunca había imaginado que alguien fuera capaz de odiar con tanta pasión, ni siquiera pensando que yo fuera el objeto de su odio.

– Que fue una pena que sólo me llevara la pierna -dijo Deval sin pensar en la estupidez que estaba diciendo.

Sólo tendría que haber preguntado cómo sabía yo que era él y no otro el que había disparado. Pero, por supuesto, Deval no podía saber que yo jamás habría llamado a John como testigo. Eso habría significado tarde o temprano la muerte segura de John.

– Lo siento por ti -le dije a Deval, riéndome-, pero no por nosotros. ¡Cirujano, ven aquí!

Muy a su pesar, se acercó.

– Ahora, señor cirujano -ordené-, vas a enseñar a toda la tripulación del *Rose* y al capitán Flint cómo se sierra una pierna. Así de simple.

– No, eso no -gritaba Deval, que se había puesto pálido como un muerto.

– Sí, eso sí. Pierna por pierna, es lo justo. Dirk, George, venid aquí y sujetad a esta escoria hasta que se desmaye. Porque valor no tiene para aguantar.

Dick y George vinieron corriendo. Yo saqué la sierra de la chaqueta, donde la había tenido escondida desde que me apoderé de ella a bordo, mientras el cirujano dormía.

– ¡Aquí tiene, doctor! Manos a la obra. Una vez puede ser un éxito, pero esperemos que no se repita con Deval.

– Señor Silver, no puedo hacerlo. Este hombre no está herido ni enfermo. Soy un médico, no un carnicero.

Le caían gruesas gotas de sudor por la cara.

– Doctor -contesté-, ¿acaso no estaba yo sano cuando Deval me disparó por detrás? Según todas las reglas tengo derecho a rematarlo como a un perro, ya que lo es. Pero yo no voy por ahí matando a la gente sin necesidad. Así no se gana nada. ¿Qué provecho sacas de un cadáver? Además, mi querido doctor, usted no tiene elección.

Deval gritó cuando el médico le apretó el torniquete, aunque me parece que se desvaneció antes incluso de que el médico empezara.

¡Qué cabronada! -oí decir a Black Dog tras de mí-. Así le quita toda la gracia.

También noté hasta qué punto aborrecía el cirujano lo que estaba haciendo. A pesar de todo, tenía un punto débil en su turbia conciencia. Era un descubrimiento que podía ser provechoso algún día.

Cuando la pierna de Deval estuvo desprendida de su cuerpo, la levanté y fui hacia la hoguera. Todo estaba en silencio, a excepción del lloriqueo del cirujano. Bajé una de las barras del asador y atravesé la pierna de Deval de arriba abajo y de un solo golpe, como era costumbre. Pero esta vez ninguno me vitoreó, a pesar de lo glotones que eran. Después colgué la pierna sobre el fuego.

– A esto le llamo yo una buena barbacoa -grité.

Durante un instante nadie dijo nada, pero después oí de nuevo la voz cascada de Pew, ¿quién si no?, cuando descubrió lo que yo había hecho. Su olfato no había sufrido daño con el accidente.

– ¡Viva Silver! -voceó de buen humor-. ¡Viva Barbacoa!

Sonaron algunos hurras apagados desde distintos puntos, pero no manifestaban cordialidad, sino temor. Sobre todo tenían miedo. ¿Y no era eso precisamente lo que yo quería? ¿Qué me importaba a mí Deval? Podría haberlo matado allí mismo. En el fondo, hubiera preferido meterle una bala en el cuerpo. Habría sido más misericordioso para Deval. Pero ahora estaba seguro de que nadie se atrevería a meterse conmigo durante una buena temporada, ni siquiera por la espalda. Me dejarían en paz. Así de sencillo.

Le eché un vistazo a Flint. Estaba sentado y tenso, con los ojos clavados en la pierna carbonizada. Después me miró e hizo un gesto de aprobación, pero sin decir nada. Con todo respeto.

Después de aquel día, mi nombre ha sido Barbacoa. Cuesta imaginar que Trelawney, Livesey, Smollett y compañía creyeran que era debido a mis artes culinarias.

Me senté con pesadez en la playa y, cuando al final me dormí, noté el olor de carne humana asada y de suela de zapato quemada.

Una sola.

Capítulo 3

El sol sale por el horizonte y hace que la aguas de la bahía de Ranter brillen y resplandezcan como todas las piedras preciosas de Madagascar juntas. Esto es lo que llaman belleza, pero ¿qué me importa a mí todo eso? No me quejo porque sí, aunque debo aclarar que no me queda gran cosa a lo que dedicar la vida.

Llegué aquí en 1737 con Dolores, mi loro, Jack y los esclavos rescatados del invencible pueblo de los *sakalava.* Me escapé hasta aquí, hasta la antigua ciudad asilo de Plantain, después de la maldita catástrofe de la expedición en busca del tesoro de Flint. He venido aquí, a la Gran Isla, al antiguo paraíso de los aventureros, a naufragar como si fuera el último de mi raza y condición. Voy a vivir aquí hasta que llegue la hora de que todo acabe. He empezado a escribir mi cuaderno de bitácora; eso es casi todo. He contado muchas historias y he estafado a mucha gente. Así fue como llegué a ser alguien en el mundo. Siempre he sabido responder por mí. Nadie más lo hacía.

Ahora ya no queda nadie a quien estafar. Ni el loro llamado Flint, ni mi mujer, que no sé ni cómo se llamaba. La llamaba Dolores, porque de alguna manera tenía que llamarse. Dolores y Flint murieron casi a la vez: primero Dolores, sin soltar un gemido, sin avisar, sin dejar rastro de vida tras de sí, como una estela en el mar o el rocío de la mañana. De repente desapareció, como si nunca hubiera existido. Y yo me quedé solo como un idiota, sin encontrarle sentido a nada.

Al día siguiente se fue Flint, pero lo hizo con bravura. No sé qué edad tendría, eso nadie lo sabe. Quizá cien años. Había navegado con todos los grandes capitanes, con Morgan, l'Olonnais, al que le llamaban el Sanguinario con toda la razón; con Roberts, con England y La Bouche. Pero Flint fue el último capitán, y además dio nombre al loro, porque al payaso de Smollett, al mando del *Hispaniola,* no lo cuento. Durante toda su vida el loro había cerrado el pico, dicho sea de paso, a mediodía, cuando apretaba el calor. Pero aquel día chilló y se desgañitó desde muy temprano hasta bien entrada la noche. Dijo todas las palabras soeces y las retahílas que sabía, que no eran pocas. Recitó el nombre de todas las monedas más extrañas que hay en el mundo, y eso que hay unas cuantas. Después me miró, inclinó la

cabeza y sus ojos estaban tan tristes que me eché a llorar, yo, Long John Silver, me puse a llorar por un insignificante loro. Al final, el loro enderezó la cabeza con sus últimas fuerzas y susurró, como sólo un loro puede susurrar.

– Quince hombres van en el cofre del muerto. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡La botella de ron!

Y después se acabó. Cien años o más de loro a la tumba, como si no hubiera pasado nada de todo lo que él había vivido. Y yo me quedé solo. Solo, con algunos esclavos rescatados y un guardaespaldas que no tenía más vida que guardar que un agrietado casco lleno de riquezas. Es vergonzoso, pero cierto. Yo, que toda la vida he sido yo mismo y san para mí, ya no sabía ni de qué había servido.

Conté mis monedas sin saber por qué. Me acosté con algunas criadas del lugar, pero en mí la savia había dejado de circular para siempre. Deliraba sobre una cosa y otra, pero nadie me escuchaba.

Hasta que un día empecé a contar mi historia como mejor me pareció, la historia de mi pata de palo y la historia de mi apodo. ¿Quién iba a creer lo que pasaría? La aventurera y verdadera historia de John Silver, llamado Barbacoa por sus amigos, si es que tuvo alguno, y por sus enemigos, de los que anduvo sobrado. Se acabaron los juegos, las tonterías y las quimeras. Se acabaron los engaños y las trampas. Por primera vez las cartas estaban boca arriba. Sólo la verdad desnuda, sin segundas intenciones y sin trucos. Tal como era y nada más. ¡Y pensar que iba a ser eso, que sólo eso me iba a mantener cuerdo y sano una temporada más!

Capítulo 4

No es del todo imposible que yo naciera en 1685 si, tal como creo, he vivido cincuenta y ocho años. De cualquier forma fue en Bristol, en una habitación con vistas al mar o, por lo menos, sobre ese jirón del Atlántico que llamaban canal de Bristol, y que albergaba más nidos de contrabandistas que cualquier otro cabo del mundo. Pero los que crean que fue el paisaje la razón de que yo me hiciera a la mar están muy equivocados. Todos los de Bristol se hacían a la mar tarde o temprano, incluido yo, aunque no fuera ésa mi intención.

Se decía que mi viejo tenía agallas, y es muy probable que fuera verdad. De lo único que estoy seguro es que, cuando volvía de la taberna, no le quedaban muchos arrestos. A veces parecía que le hubieran arrastrado a casa como si fuera un arado, haciendo surcos con la nariz por la grava de la calle. Tenía tantas dificultades para distinguir la derecha de la izquierda como para mantenerse en pie. Siempre he pensado que eso fue su suerte y la mía. Su suerte porque murió, y la mía por el mismo motivo.

Una noche, cuando volvía a casa de la taberna, dobló a la izquierda en lugar de doblar a la derecha y terminó dando con el puerto. Lo encontraron dos días después, arrastrado por la marea hasta una roca, y por una vez en la vida con la nariz al aire; bueno, con lo que le quedaba de nariz. Tenía la cara destrozada y estaba hinchado como un sapo. Lo vi cuando iban a cerrar el ataúd. Quizás hubiera teñido agallas, tal como se decía, pero por lo que yo recuerdo no las tuvo ni entonces ni nunca. Fue un alivio que se quitara de en medio y, dicho con todas las letras, que se muriera. Me lo pareció entonces y me lo sigue pareciendo ahora. Si de algo se puede prescindir en la tierra es de los padres, incluso del mismo Dios Nuestro Señor y de todos sus engreídos semejantes. Dejadlos que procreen y que después se emborrachen hasta morir. De todas formas, ¿no es eso lo que suelen hacer?

No fue ni mejor ni peor que mi progenitor fuera irlandés, o que mi madre hubiera nacido en una de las islas de Escocia. No sé cómo llegaron a Bristol, pero de lo que no cabe duda es que se enfrentaron con la misma crudeza de una batalla naval.

Mi madre era mi madre, y con eso está dicho lo más importante. Hizo lo que pudo y ¿cuál fue el resultado?: Long John Silver,

contramaestre del *Walrus,* un hombre rico y temido por todos, un hombre cuya palabra pesaba allí donde él mandaba; un hombre culto, además, que sabía comportarse y hablar latín si hacía falta. ¿No tendría que estar contenta? ¿No se podía decir lo mismo de muchos de los grandes hombres que pisaban los suelos del palacio de Westminster o de sus fincas particulares?

Mi madre hizo realmente todo lo que pudo, quizá por mí, pero desde luego que lo hizo por ella misma. Según la recuerdo, era una mujer con la cabeza en su "sitio y bien parecida; dos cosas que sirven para mucho, o para bastante, depende de cómo se mire, y que a ella le duraron hasta que se volvió a casar con un comerciante acomodado. Él me odiaba, pero como era escocés yo fui a la escuela y por lo menos aprendí latín y leí la Biblia. «Siempre te será de provecho», decía. Es raro, pero tenía razón. Entre los aventureros, a menudo me beneficié de los rumores que corrían acerca de que era un hombre culto. Se decía que me habían dado una buena educación en mi juventud y que sabía hablar como un libro abierto. Hubiera bastado con el rumor. El hecho de que supiera latín no influía para nada en ese sentido. Porque ¿con quién iba yo a hablar en latín?

No sé cómo estarán las cosas ahora, pero cuando yo era joven Escocia era el único sitio donde todos los chavales tenían que ir a la escuela obligatoriamente. Por eso había tantos médicos de a bordo procedentes de Escocia entre las bandas de alegres caballeros de fortuna. Se puede decir que era una suerte para nosotros, porque así no teníamos que mezclarnos con los borrachos chapuceros que habían sido despedidos de la flota de Su Majestad. Había en Glasgow muchos médicos sin trabajo que se ponían al servicio de gente como nosotros por un sueldo normal, al menos hasta que descubrían que no había en este mundo contrato que los salvara de la horca cuando llegase la hora de la verdad. Después también empezaron a navegar a comisión; la única diferencia entre ellos y el resto de la tripulación era que ellos se manchaban las manos de sangre sin remordimientos de conciencia, mientras que la mayor parte de nosotros ni siquiera conocía la existencia de algo llamado conciencia.

Yo no iba a ser médico de a bordo: eso lo supe mucho antes de empezar la escuela. A pesar de los pesares, la sangre nunca había sido plato de mi gusto; así pues, ¿qué quedaba para elegir? O cura o abogado. Las dos profesiones me gustaban. Ambas ofrecían buenas posibilidades de mentir y de estafar a la gente; a grandes rasgos ésa era la idea, aunque más tarde me di cuenta de que siempre era lo mismo. Se tenía que decir lo que estaba dicho, escrito y decidido, ni una palabra más, ni una palabra menos. Por eso, al final todos creían que decían la verdad.

Aquello no era para mí, porque hasta donde alcanza mi recuerdo

yo siempre he mentido, he exagerado y he inventado. Mi cabeza estaba repleta de sueños, y siempre me pareció más dulce el fruto en terreno prohibido. Mi madre me tachó de fantasioso y mi padrastro de embustero, sobre todo después de haber aireado por toda la ciudad que era un proxeneta, y aunque yo no sabía exactamente qué era eso, tampoco ignoraba que era sobradamente malo.

Y así empecé. Nunca me preocupé de quién tenía derecho de paso o de quedarse a barlovento en el mundo de las palabras. Por eso, ya en la escuela le di la vuelta a las disposiciones de los cangrejos de tierra e inventé otras nuevas. Manipulé la Biblia de tal manera que al final ni yo mismo sabía qué estaba arriba y qué abajo, ni delante ni detrás.

En lo jurídico tuve éxito y me agasajaron. Nadie había estudiado las leyes del todo, y las leyes que yo promulgué en mi habitación eran tan buenas como las demás. Fue peor con lo de Dios y Su nombre, porque más de una vez me dieron algunas bofetadas y latigazos.

Cuando me cansé de repetir su nombre hasta la maldición, le di la vuelta a la historia. Dejé que Judas tomara el mando y ordené a Jesús que subiera al mástil, allí donde, por versión propia, tenía que estar. Permuté a Adán y a Eva, y dejé que todas las mujeres fueran hombres y al revés. Metí al Espíritu Santo en una botella con tapón, que es donde tienen que estar los espíritus, y listos; ya no hubo nadie que hablara de quién iba a ser el próximo papa. Dejé que Moisés tropezara por el monte, de manera que las Tablas de la Ley se rompieron en mil pedazos y en un santiamén nos ahorramos los Mandamientos y la conciencia. Y el resto, convertido en un auténtico lío. El cuento de nunca acabar.

Así fueron las cosas hasta el día en que me levanté del comedor a la hora de la oración vespertina, para leer la Biblia, como era costumbre los domingos. Abrí el libro sagrado y leí los Mandamientos como me dio la gana. Al primero, naturalmente, no se le podía hacer mucho; siempre me había parecido bien como estaba, con una pequeña corrección, para mayor seguridad: «No tendré a otro dios más que a mí mismo.»

De lo que hice con los demás ya no me acuerdo; sólo sé que iban por el mismo camino, cada cual a su manera, pero ninguno por el sagrado. Quiero creer que el octavo, el último que me dio tiempo a leer, sonaba tal como yo he vivido: «Siempre levantarás falsos testimonios y mentirás.»

No llegué a más. Cuando durante un instante levanté la mirada de la Biblia que yo creía estar leyendo, no estuve muy seguro de lo que había hecho. Pocas veces he experimentado un silencio como aquél. Imaginé que era yo quien los había hecho callar. Creí que había triunfado.

Pero entonces se levantó despacio el rector y se dirigió hacia mí. Todavía me parece oír el eco de sus pasos sobre las baldosas. Sin pronunciar palabra, me arrebató de las manos la palabra de Dios y miró atentamente la página abierta. Cuando ya había visto lo suficiente se volvió hacia mí.

– ¿No sabe usted leer, John Silver? -me preguntó con voz amenazante.

– Claro que sí -contesté muy animado.

No sé si fue mi respuesta alegre y descarada lo que le hizo perder la cabeza, pero inmediatamente después se puso rojo como la cresta de un gallo y gritó como un cerdo a medio degollar.

– ¡Si el señor Silver cree que puede hacer lo que quiera, está muy equivocado! Si el señor Silver se imagina que puede tomarle el pelo a la gente y blasfemar sin recibir su castigo, ¡está equivocado de la misma maldita manera! ¡Fuera de aquí! ¡Si alguna vez vuelvo a verlo por aquí, le coseré la boca! ¡Tan cierto como que me llamo Nutsford!

Yo estaba aterrado, y no sólo por el hecho de que tal vez no pudiera abrir la boca nunca más. Yo nunca había visto a Nutsford perder los estribos. Siempre había sido un hombre cortés y callado, en especial cuando tenía el placer de ponernos morados a bastonazos. Me quedé tan paralizado que Nutsford se vio en la obligación de sacarme del comedor a patadas, que me propinó en el trasero con esa precisión que sólo se consigue tras un largo y continuado entrenamiento.

Por primera y última vez en mi vida tuve auténtico miedo. Aprendí de una vez por todas qué era sentir miedo por la propia vida, por la piel. Las patadas eran lo de menos. De todas formas, cualquiera se hartaba de recibirlas por todo y por nada. Fue la ira apasionada del rector lo que me aterrorizó. Estaba convencido, y quizá con razón, de que si me quedaba allí me mataría. He visto a Taylor perder los estribos, y también he visto a England, aunque siempre se decía de él que era misericordioso; he estado presente cuando salía a la luz la cólera de Flint. Os lo juro por mi vida: Nutsford era peor que todos éstos, porque todo aquello lo hacía en el nombre de la fe y de la salvación; y he aprendido en la vida que no hay mejores credenciales que éstas para identificar a un verdugo.

Me salvé gracias a que el rector tuvo que volver al comedor para conducir su rebaño al redil antes de que ocurriera un desastre. Eso me dio tiempo para recoger mis ahorrillos, algunas monedas que me había dado mi madre y, a pesar de todo, mis libros. Pero la Biblia la dejé. Y no la he echado en falta desde entonces. Me bastaba y me sobraba con mis propios mandamientos. Por lo menos los podía cumplir.

Aquella noche, cuando corría entre matorrales y arbustos hacia Glasgow, comprendí lo que había hecho y me percaté de que me había

engañado a mí mismo. Quiero creer que aprendí al menos una lección, aunque quizá fue algo que comprendí después: cuando uno decide estafar a la gente, no se puede ir de la lengua. Y también descubrí que es preferible encontrar tus propias palabras antes que hacer uso de las ajenas.

Capítulo 5

Hoy, cuando me he despertado tras la salida del sol, no podía apartar la vista de mis manos, y eso que he olvidado para qué servían. Mis manos siempre han estado limpias, siempre las he tenido suaves como muslos de mujer. Por la parte de dentro, se entiende, cerca del regazo.

Fui a parar a Glasgow, a un antro en Greenock que estaba en el barrio marinero, después de la descabellada huida de la escuela, y allí empecé a entender cómo estaba ordenado el mundo; por ejemplo, supe que no había marinero que no pudiera ser reconocido por sus manos.

Cuando llegué a Glasgow ya había decidido enrolarme. En el mar uno podía estar tranquilo respecto a los de tierra adentro; lo sabía bien, o al menos lo intuía. Allí nadie se tomaba muy en serio lo de los Mandamientos. Allí no era preciso aguantar la ira de los rectores, ni a los padrastros que echaban mano de la vara a la primera de cambio. En el mar había vida y movimiento, y yo podría dar la vuelta al mundo y visitar lugares en los que nadie me conocería, sitios en los que seguramente se estaría muy bien, o al menos bastante mejor que en mi terruño. Eso pensaba yo, pues ¿qué sabía yo del mundo y de la Marina? Nada de nada.

Pero tampoco quería embarcarme en el primer navío que encontrase.

Muchas vueltas había dado yo en Bristol entre marineros y estibadores, y así había aprendido una cosa: que había capitanes que odiaban a los marineros y que había que huir como de la peste de aquellos que odiaban a la gente. Que los capitanes odiaran a los marineros era lo habitual, ya que los marineros odiaban a los capitanes de la misma manera. Era su privilegio y su obligación.

Yo acababa de traspasar el umbral del antro en cuestión cuando oí que una voz rasposa me llamaba como un trallazo.

– Siéntate aquí, muchacho. Soy incapaz de matar a una mosca, pero he vivido mucho y me sentaría bien un vaso de cerveza. A cuenta de otro, como bien puedes entender y suponer. A mucho más no llego.

Tardé unos segundos en acostumbrarme a la poca luz del anochecer, y vi una cara arrugada y cobriza, bien puesta sobre un par de hombros hundidos pero anchos. Dos grandes manos; creo que

nunca había visto unas manos tan grandes y tan llenas de cicatrices, que se movían como para demostrar a las claras lo que eran. Así era él, en eso se había convertido, y con eso se acabó. Pero entre todas aquellas arrugas retorcidas brillaban unos ojos bondadosos.

– Un poco de compañía no hace daño a nadie -dijo el viejo, mirando la cerveza.

Cavilé y llegué a la conclusión de que no tenía nada que temer. A mis quince años, y con un corpachón de la misma edad, lograría hacer frente a un viejo cansado si fuera preciso. No era miedoso, ya lo he dicho. Nutsford, el rector, era el único, el primer y el último hombre que en algún momento consiguió que me flaquearan las rodillas, eso sin contar a unas cuantas mujeres, claro. También me dije que necesitaba hablar con alguien que supiera cómo se llevaba eso de ser marinero y cómo era Glasgow.

– Y tú, ¿cómo te llamas? -preguntó el viejo en cuanto me senté y dejé el morral en el banco.

– John, John Silver -contesté sin avergonzarme.

– Silver -dijo el viejo despacio, masticando cada letra como si fuera tabaco de mascar-. No, nunca he conocido a nadie con ese nombre. ¿De dónde eres?

– De Bristol -dije.

– Y tu padre, ¿qué hace en la tierra?

– Aquí en la tierra no hace nada que yo sepa. Si acaso, algo estará haciendo debajo de la tierra. Murió en el puerto, y bien empleado que le estuvo.

– ¿Bien? -preguntó el viejo-. ¿Por qué?

– No sé. Pero así es. No sacábamos mucho provecho uno del otro -añadí como aclaración.

– De acuerdo, John -dijo el viejo-. En eso no me meto. Tú sabrás. Pero de todas maneras, me invitas a una cerveza, ¿no? ¡William Squier! -gritó el viejo sin esperar respuesta-. ¡Cerveza para dos marineros sedientos! -añadió con una voz que resonó por todo el local.

Una cara viva y angulosa, con una boca de labios delgados, apareció al punto tras la cortina que apartó hacia un lado.

– ¡La cerveza no es gratis! -dijo el tabernero.

– Ya lo sé, avaro. Yo no he vivido nunca de limosnas, no lo olvides, pero aquí mi compañero y yo tenemos recursos.

El tabernero me miró fijamente, pero dio media vuelta y desapareció por la trastienda.

– ¿Verdad que sí? -preguntó el viejo en voz más baja.

– Sí ¿qué?

– Recursos para dos cervezas.

«Claro que sí -pensé-, y mucho más.» Tenía once libras y diez chelines. Me los había dado mi madre cuando me fui a Escocia, a

escondidas de mi padrastro. «Es tu herencia -me había dicho mi madre-. De tu auténtico padre.» Pero nunca podría decirle a nadie que lo tenía, y ni siquiera que ese dinero había existido. «En realidad, tu padre nunca tuvo dinero», había añadido mi madre por toda explicación. Fue después cuando comprendí que existía dinero que no existía, y que no se puede encontrar en este mundo mejor dinero que el invisible. Estaba seguro de que mi dinero provenía del estraperlo y de otros turbios negocios realizados en Lundy Island. Allí en Glasgow aún no lo sabía, pero le tomé la palabra a mi madre. El dinero no debía enseñarse, y por eso había cosido diez libras en el interior de la cintura del pantalón, mientras que llevaba el resto suelto, en calderilla, repartida por todos los bolsillos y faltriqueras.

– Claro que sí -contesté-. Tengo suficiente para un par de cervezas, pero no para más. Por eso estoy aquí. Tengo la intención de enrolarme.

– ¿Tú? -dijo, como si no creyera lo que oía-. ¿Con esa ropa? Si no me engaña la vista, llevas el uniforme del colegio. ¿Y por qué te quieres hacer a la mar? ¿No has oído lo que dicen? Los que se hacen a la mar por gusto deberían ir al mismísimo Infierno a pasar el rato.

– No quiero hacerme a la mar por gusto -repliqué yo.

– Ah, ¿no? Bien, porque, si no, me habría visto obligado a pensar que no estás cuerdo, y tú no pareces uno de ésos. Entonces, ¿por qué te quieres enrolar? ¿No será por dinero?

Me miraba con picardía. ¿Acaso no se creía que sólo disponía de unas cuantas monedas?

– Claro que sí -contesté con precaución-, por el dinero que no tengo.

El viejo rió y dio un puñetazo en la mesa.

– Es una buena respuesta -dijo-. De auténtico diplomático. Llegarás lejos.

El tabernero volvió y sirvió dos jarras de cerveza salpicando con la espuma.

– Has tenido suerte -le dijo con enfado a mi compañero de mesa- al encontrar a quién dar un sablazo.

– ¡Cuidado! -dijo el viejo con una voz que no era para tomarse a broma-. ¡Ándate con cuidado, Squier! Seguramente estoy viejo y cansado, pero ¡mira mis manos!

Contra su voluntad, el tabernero miró las manos del viejo y… ¡zas! Con una sola mano, y tan deprisa que no alcancé a verlo, el viejo había agarrado al tabernero por el gaznate y le apretaba. ¡Con una sola mano! El descaro burlón del tabernero había desaparecido como por ensalmo y se había convertido en miedo.

– Te podría romper la crisma con tan poco esfuerzo como el que me haría falta para matar una mosca -dijo el viejo tranquilamente-,

pero soy hombre de paz. A mi edad quiero vivir tranquilo, pero no a cualquier precio. Que no se te olvide. Mientras yo siga vivo, aquí nadie maltrata al capitán Barlow. ¿Queda claro?

A la vez que hablaba, soltó lentamente el cuello del tabernero.

– Ya ves, John -dijo el viejo que se autodenominaba capitán, volviéndose hacia mí-. No soy tan diplomático como tú. «Directo al grano», ése ha sido mi lema. No había pensado sablearte, ¿a que no? ¿No dije bien claro y desde el principio qué quería? Directo al grano.

Asentí con la cabeza. El tabernero se llevó la mano al cuello y tosió para recobrar el aliento.

– Creo que nuestro querido tabernero necesita un poco de ánimo -dijo el capitán Barlow-. Tú, John Silver, como tesorero de los dos, quizá podrías retribuir al señor Squier por su amabilidad y por la molestia que se ha tomado al servirnos estas dos cervezas.

Abrí los ojos como platos, me rasqué unos chelines del bolsillo y los puse sobre la mesa, pero el capitán Barlow se hizo cargo de uno y lo empujó hacia mí.

– Aquí no hace falta propina, ¿verdad, Squier?

El tabernero asintió con un gesto, recogió deprisa lo que le debíamos y desapareció del local.

– Cada uno tiene que hacer lo que debe -explicó el capitán Barlow-, pero nada más.

Yo escuchaba y aprendía. Siempre he sido buen alumno; si no recuerdo mal, me he pasado toda la vida aprendiendo. Nada me entraba por una oreja y me salía por la otra. Creo que cualquier cosa de la que pudiera extraer algún provecho se me quedaba dentro de la mollera. Del capitán Barlow aprendí a no pensar que los demás no sirven para nada, a no ser que lo demuestren. ¡Y yo que había pensado que con mis quince años le habría vencido si hubiera sido necesario!

– ¿Es usted un capitán de verdad? -pregunté a mi compañero de mesa.

– Tú… ¿qué crees? -preguntó como respuesta, aunque con la misma amabilidad que mostró antes de estar a punto de romperle el cuello al tabernero.

– No sé -contesté yo honestamente.

– ¿Sabes una cosa, John Silver? Me caes bien. Seguro que te puedo enseñar unas cuantas cosas. He navegado durante veinte años por los siete mares, he navegado más que la mayoría. No hay muchos marineros que hayan estado por ahí tanto tiempo como yo, y menos aún que puedan estar en una taberna bebiendo cerveza en grata compañía, caso de que se tenga buena compañía, toma nota. Porque tú sabrás escribir. Ya me lo imaginaba. Y leer. Leer es lo primero. Te digo que no hay muchos marineros que sepan escribir, y eso es lamentable, porque luego van y firman cualquier contrato. Creen que

van a llevar tabaco desde Charleston hasta quién sabe dónde, pero nadie les dice que primero tienen que ir a recoger un cargamento de esclavos en África. Y después se pudren en Accra o en Calabac. Se pueden tardar hasta seis meses en cargar un barco de esclavos. Lo de los esclavos es lo peorcito, John, que no se te olvide. Deserta, hazte pirata, tira al capitán por la borda, cualquier cosa es preferible a eso. Si no, te engañarán y dejarás la vida en tierra antes de que te des cuenta. Lo sé porque he tenido que arrojar a los tiburones a marineros muertos en los barcos de esclavos. Sin gorigoris ni zarandajas. Los esclavos de día y los marineros de noche, para que los negros no se enterasen de que la tripulación menguaba con tantas muertes, y así uno tras otro, hasta que fuimos tan pocos que no habríamos sido capaces de hacer frente a los negros si se les hubiera ocurrido amotinarse. Así es, créeme. En esa ruta mueren tantos marineros como esclavos, y eso no lo dice nadie, ¿entiendes?

Yo asentía, inseguro. De una parte, nunca había estado tan cerca de un capitán de barco; de otra, nunca había oído hablar de ningún capitán que defendiera el bienestar de los marineros.

– ¿De verdad es usted capitán? -pregunté de nuevo con cuidado, y supongo que con no poco respeto.

– En el fragor de la batalla -contestó el capitán Barlow-. En el fragor de la batalla no había ningún capitán que me igualara. Por lo demás, yo no era más que cualquier otro a bordo.

La respuesta no me puso nada en claro.

– Yo fui uno de esos que se eligen -añadió el capitán Barlow.

– No puede ser -solté sin pensar-. No se puede elegir a uno que va a ser dios.

Que el capitán era dios en el barco lo sabía todo el mundo, aunque más bien fuera dios y Satanás a la vez, si es que existe alguna diferencia. En la mar, a los marineros Dios no tiene que decirles mucho más que el Diablo.

– Claro que sí -contestó el capitán Barlow-, claro que se elige a quien va a ser dios. Si supieras cuántos dioses hay no entenderías nada. Hay montones de ellos en todos los rincones de la tierra.

– En ese caso quiero que me elijan dios -decidí.

El capitán Barlow apoyó su ruda mano sobre mi hombro y me miró profundamente a los ojos.

– Claro -dijo-, claro que a uno le puede parecer bueno ser dios a la hora de la verdad. Pero si el señor Silver quiere un buen consejo de alguien que tiene alguna experiencia en casi todo, ser dios no es algo por lo que valga la pena luchar. Además, uno tiene que navegar con participación si te van a elegir capitán, y no creo que sea eso lo que tú quieres.

– ¿Con participación? ¿Y eso qué es?

– Aventurero, pirata, bandido, bucanero, forajido, corsario, secuestrador, filibustero, hombre de bien, caballero de fortuna… Llámalos como quieras, que sólo ellos eligen quién será su dios a bordo. Y son ellos los que despiden a dios cuando les da la real gana. Y doy fe de que lo hacen.

Y entonces caí: el capitán Barlow era capitán pirata, ni más ni menos. Mi sorpresa iba en aumento. Y lo raro era, o eso me pareció, que no tenía el aspecto que yo entonces atribuía a un capitán pirata. Por ejemplo, yo no le tenía miedo… Bueno, excepto por sus manos. Naturalmente, el capitán Barlow se había dado cuenta de que yo había abierto los ojos de par en par, como un navío de guerra cuando abre las portezuelas de los cañones al prepararse para la batalla.

– Sí, John -empezó-. Así es y así ha sido siempre, desde hace mucho tiempo. Pero te voy a decir una cosa: yo no soy peor que cualquier otro por ese motivo. Si lo pienso detenidamente, quizá sea incluso mejor. Ya lo creo. He hecho todo lo que ha estado a mi alcance para vivir tranquilamente en la tierra, y fue como fue. No canto victoria ni tampoco me avergüenzo de ello. Salí a la mar con un navío fantástico, el *Onslow,* sin saber lo que hacía. Durante el periplo pusieron a los carpinteros a construir camarotes en cubierta, y tan pronto como estuvieron listos nos dieron la orden de que nos pasáramos allí. Los que eran perros viejos sabían qué se estaba mascando. Hacían sitio para los esclavos. Yo, que era joven, tonto e ignorante, subí hasta donde estaba el capitán y le pregunté directamente qué pasaba. Yo soy así, ya te lo he dicho. Nuestro destino era Charleston, y no Ouidah, en el golfo de Benín, ni cualquier otro agujero inmundo y olvidado de la mano de Dios. El capitán se me quedó mirando como si apenas hubiera oído lo que yo le había dicho, pero de repente preguntó si había a bordo alguno más que opinara como yo. Seguramente que sí, pero yo no quería comprometer a nadie. Tonto de mí, porque en cuanto dije «no, señor, yo sólo digo lo que pienso», el capitán agarró un gran madero y me dio tal mazazo en la sien que caí rodando por cubierta. Durante semanas estuve mareado y vomitaba cada vez que tenía que subir al palo mayor. No sé cuántas veces estuve allí arriba, con los brazos y las piernas colgando como las hojas de un álamo, con la cabeza a punto de estallar y con calambres en todas partes, hasta que al final no sabía qué estaba arriba y qué abajo. Y si había infierno allende el mar, te lo digo en serio, John, no podía ser mucho peor que aquello. Y si había Dios, era ciego, sordo y flojo como una de esas cervezas desbravadas y tibias, como meados de burra. Debajo de mí estaba el timonel, que gritaba en cuanto yo recobraba el aliento. Como ves, sobreviví. Gracias a mis manos, ya has visto qué aspecto tienen y lo que pueden conseguir, y también porque quería vivir para darle al capitán una lección que no olvidara en

mucho tiempo. Y así fue, porque tiré al capitán por la borda, como lo oyes, una noche de tormenta. ¿Tú qué hubieras hecho?

No contesté. ¿Cómo iba a saber qué habría hecho en su lugar?

– Y después pasó lo que pasó. Otros se pusieron de mi parte, incluso el segundo de a bordo, aunque no fue con su beneplácito. Podía elegir entre la tabla o nosotros. Después me enseñó a navegar y me eligieron capitán. Ésta es mi historia. ¿Qué te parece, amigo mío?

Murmuré algo inaudible. Estaba impresionado y no poco orgulloso. Había conocido a un auténtico capitán pirata y estaba sentado con él, bebiendo cerveza y charlando como si fuéramos viejos amigos.

– Pero cuidado, muchacho, con todo lo que pasa a tu alrededor. Tú eres como yo, lo supe desde que te vi. No es tan fácil como parece. Cuando te has convertido en un corsario ya no se puede dar marcha atrás aunque lo desees con toda tu alma, máxime si has sido capitán pirata. Si no tienes suficiente sed de sangre es como caminar por la cuerda floja, junto a un precipicio, con la horca esperando en uno de los cabos de la cuerda y un cuchillo en la espalda. He sido testigo del asesinato de muchos capitanes elegidos por la tripulación porque no se atuvieron a la decisión del consejo, por muy disparatada que ésta fuera. Y hubo otros elegidos, los listos, que renunciaron ala gloria justo a tiempo de que no les dieran más hachazos por sus servicios. Así somos los hombres, lo mismo los piratas que la gente normal. Sin chivos expiatorios no se puede vivir y ser independiente, así que acepta un buen consejo, mi joven amigo: no seas nunca capitán, ni siquiera elegido.

– Pero usted sigue con vida -respondí yo.

– Sí, en efecto, aunque depende de a qué llamemos vivir. Supongo que tuve suerte. Me acogí a la amnistía de Morgan. Al fin y al cabo, tuve miedo de que me arrancaran el pellejo. Y aquí estoy. Conseguí un trabajo de estibador. Nunca más me haría a la mar, pues en serio te digo que una vez hayas sido libre en el mar, y libre sólo se es como caballero de fortuna, peor que la muerte sería ser primero siervo y luego esclavo. En el fondo, eso es ser lobo de mar de la flota mercante o en la Marina de guerra.

El capitán Barlow se quedó callado unos instantes. Por la expresión de sus ojos vi que tenía el pensamiento en otra parte, y que quizás era todo lo feliz que podía llegar a ser. Fue eso, creo, lo que más me impresionó. Yo no sabía lo que era la libertad. ¿Quién lo llega a saber nunca? En cambio, sí sabía qué era la obligación y en qué consistía quedar liberado de ella; si fuera posible, de buena gana dedicaría a eso mi vida entera. Eso creía yo, aunque no era exactamente eso lo que yo había pensado. Si no hubiera visto con mis propios ojos cómo se extraviaba el capitán Barlow en agradables

recuerdos, quizás hubiera pesado más su relato sobre la horrible vida que llevaban los marineros y lo poco que vivían casi todos ellos.

Sería mentir -y ahora escribo la verdad, por lo menos tal y como yo creo que es- si afirmara que decidí ser hombre de bien, caballero de fortuna y todo lo que acostumbran llamarse los piratas y corsarios, pero la sola idea de poder vivir, y además vivir libre de trabas, hizo que el corazón me latiera más deprisa.

Si hay algo en la vida que de veras tenga sentido, lo he comprendido después, debe de ser no obedecer a las leyes de otros y no estar atado de pies y manos. Y entonces lo de menos es cómo se ha trenzado la cuerda o quién haya hecho el nudo. Lo único malo es justamente la cuerda. Con ella al final te haces el nudo o te cuelgan los otros. Eso es lo que he pensado, y todavía sigo vivo y coleando.

Los recuerdos del capitán Barlow se vieron violentamente interrumpidos cuando la puerta de la taberna se abrió de una patada y entraron tres hombretones con otro que parecía un avestruz vestido de oficial al mando.

– Paso a los hombres de la flota -gritó el oficial-. Venimos a apresar a los desertores.

– Vienen a presionar -susurró el capitán Barlow-. Déjame a mí, si no te verás enrolado en la flota antes de que te des cuenta.

El oficial se paró en medio del local y miró alrededor con asombro, pero sin descubrirnos allí sentados en nuestro oscuro rincón.

– ¡Que me parta un rayo! -dijo el oficial a sus hombres-. Si esto está vacío. Alguien ha advertido de nuestra llegada.

En ese mismo instante asomó la cara de Squier por detrás de la cortina.

– ¿Dónde demonios está la gente, tabernero? Esto está más tranquilo que una tumba. Parece que todo Greenock ha achicado a los marineros.

Esperamos nerviosos, callados como ratones, según se dice, aunque los ratones, según mi experiencia, no son en absoluto silenciosos.

Squier no dijo nada, no se atrevió por miedo al capitán Barlow, pero miró con intención hacia nuestro rincón.

– El negocio podría ir mejor -dijo Squier-. Anteayer estaba lleno, pero ayer fue como si se los hubiera tragado la tierra. Creía que se habían ido todos al puerto para admirar el buque de la Marina.

– No lo creo -dijo ácidamente el oficial.

– Pero hoy no ha ido el negocio como de costumbre -continuó Squier con una voz insinuante-. Sólo vienen los viejos y algún chaval.

Y al decirlo miró intensamente sobre el hombro del oficial hasta que éste al fin se dio la vuelta y nos descubrió. Se le iluminó la cara y tras él vi a Squier deslumbrante de alegría. Todo era por venganza,

pensé, y aprendí que no tiene importancia guardarse bien la espalda contra los que claman venganza. Y hay muchos de esa calaña.

– Y… ¿quiénes son ustedes? -preguntó el oficial sonriendo, muy seguro de sí mismo y completamente convencido de que el capitán Barlow y yo muy pronto íbamos a estar en la cubierta de uno de los buques de Su Majestad anclados en los muelles de Glasgow.

– El capitán Barlow, si se me permite, y a sus órdenes -dijo mi compañero con una voz que probablemente llegó hasta la calle.

El oficial parpadeó, pero no perdió su arrogancia.

– ¿De qué barco, señor? -preguntó.

– De momento, de ninguno. He llegado a la respetable edad en que los jóvenes capaces, como usted mismo, deben hallar su sitio en la escala de los ascensos.

La adulación no surtió el efecto previsto, porque el oficial todavía miraba al capitán Barlow con manifiesta suspicacia, como si estuviera calculando el daño que podría hacerle un capitán retirado y con la mitad del sueldo si el oficial no supiera evaluar la categoría, protección y carrera del capitán Barlow. Al final decidió que el riesgo era mínimo, teniendo en cuenta el aspecto de Barlow y su presencia en un local como aquél.

– Muy bien, capitán -dijo el oficial mientras me miraba-. No tenemos nada contra usted, nada en absoluto. Pero ¿no será que está usted en mala compañía? Su compañero de mesa es uno de los desertores que buscamos.

Miré al oficial, atónito. Era un hombre que sin temblarle el pulso y sin pedir perdón pretendía estafar a la gente. Si no hubiera tenido al capitán Barlow a mi lado, habría estado de acuerdo con lo que había dicho el oficial sólo por ver hasta dónde llegaba. Quizá mi vida se habría desarrollado de una forma totalmente distinta si hubiera seguido mi impulso, sólo por algo tan simple, porque así es la vida. El guardia se duerme en el timón quizá sólo un minuto; sueña con aquella tal Kate que conoció en el último puerto, y un segundo después el barco encalla y cambia la vida de toda la tripulación. Pero no dije ni mu, cerré el pico por consejo de Barlow, aunque a pesar de todo tengo que admitir que estaba un poco irritado, porque el oficial mintió ante mis propias narices cuando hubiera podido preguntarme para que yo le respondiera, aunque no le dijera la verdad.

– Señor teniente -dijo el capitán Barlow como si hablara con un grumete-, todos podemos cometer errores, pero no creía yo que los hombres de la Marina Real fueran ciegos como gallinas. Mire las manos del chico. ¿Cree que las han tocado alguna vez el sol o la sal, la polea o la cuerda? ¿Verdad que no? Y mire la ropa del chico. ¿Desde cuándo ha empezado la Marina a vestir a sus marineros como espantapájaros, como si hubieran de ir a la escuela o a la iglesia?

Sin embargo, el oficial no daba su brazo a torcer y no parecía dispuesto a retractarse. Era evidente que temía quedar mal ante sus subordinados, que, curiosos, esperaban en el fondo.

– Con todos los respetos, capitán, ¡si usted supiera lo que llegan a hacer los desertores para salirse con la suya! Los he visto quemarse con vitriolo para que pareciera escorbuto, los he visto cortarse las carnes y romperse los huesos con tal de quedar inútiles para el servicio.

– ¿Y nunca se le ha ocurrido pensar en los motivos, teniente? -interrumpió el capitán Barlow.

El teniente arqueó las cejas. El capitán Barlow de nuevo había ido al grano -de eso, pese a mi juventud e ignorancia, me di perfecta cuenta-, aunque sin percatarse de que lo dicho era una clara apología de los desertores.

– Respondo por el chico como si fuera mi propio hijo -continuó Barlow.

Incluso yo comprendí que el capitán no entendía a la gente, y me preparé para lo peor. ¿Por qué no había dicho sencillamente que yo era hijo suyo? Por lo visto, no le gustaba mentir ni siquiera cuando era realmente necesario. «Al grano», ése era su lema, desde luego, aunque ya me diréis qué provecho sacábamos con ello, por muy razonable que fuera.

– Capitán -dijo el teniente, que había recobrado la seguridad en sí mismo-, lo cortés no quita lo valiente. Si usted responde por el chico será porque es un espléndido material para la Marina, supongo.

El capitán Barlow enderezó todo el cuerpo. Quizá comprendió que había sido manipulado, que había perdido su posición a barlovento por culpa de un error. Distinguí con toda claridad cómo se abría camino la ira entre todas sus arrugas, cómo se le estiraba la piel alrededor de la boca y se le tensaban las mandíbulas. El teniente cometió el error de creer que el resto era una cuestión de mera formalidad. Alargó el brazo hacia mí, pero antes de que la mano llegara a rozarme, la muñeca del teniente quedó sujeta en la presa que le hizo el capitán Barlow; al instante siguiente el brazo colgaba desarticulado. De golpe y porrazo estaba quebrado, y un trozo de hueso debía de sobresalir por la manga del uniforme del oficial, porque parecía una tienda de campaña. La expresión del teniente fue todo un espectáculo para los dioses. Sorpresa, dolor, incredulidad, rabia, humillación, miedo, todo a la vez.

– ¡Señores! -dijo el capitán Barlow a los marineros, que no habían tenido tiempo de ver y entender lo que había ocurrido-. El teniente ha sufrido un accidente. Se despistó al irse a reclinar sobre la mesa. Por desgracia, es algo que suele ocurrir si no se va con cuidado.

¡Por fin! El capitán Barlow no era peor que otros. Cuando era

necesario también sabía inventarse unas cuantas cosas.

– Creo que será mejor que el cirujano de a bordo examine el brazo del teniente. ¿Quién sabe si no será necesario amputar?

El teniente se puso todavía más pálido.

– Capitán Barlow -se esforzó en decir con los labios sin color-, levantaré atestado del incidente.

– Hágalo -contestó el capitán Barlow alegremente-. Ojalá pueda escribir con la mano que le queda entera. Por lo demás, poco es lo concedido. Y sobre todo, no olvide decir que tuvo la desgracia de tropezar cuando le iba a estrechar la mano a un anciano de bien y a un chiquillo.

¿Es posible que viera una sonrisa en los labios de los marineros cuando se llevaban al teniente? Los marineros destinados a presionar probablemente habían sido elegidos con cuidado, pero no por eso se privaron de entender y valorar la humillación y la derrota de un superior.

– Por poco -dijo el capitán Barlow cuando se hubieron alejado-. Habría podido salir mal. Mucho tengo que agradecer a mis manos, más que a mi sentido común, que la verdad no vale gran cosa.

– Pero ¿no vamos a huir? -le pregunté acalorado-. ¿No van a volver?

– No creo. ¿Qué puede alegar ese pobre teniente en su defensa? ¿Que le venció un pobre viejo como yo y además con una sola mano? No, no sirve. Y supongamos que a pesar de todo el Estado Mayor quisiera investigar y nos encontrara a ti y a mí aquí. Estaría obligado a demostrar que tú eres un desertor. ¿Y qué pasaría con tus manos?

Me miré las manos. ¿Qué tenían de raro? El vio mi mirada y soltó una carcajada cloqueante.

– Tus manos son blancas como ovejas, delicadas como el culito de un bebé -dijo-. Ni una cicatriz, un arañazo, un callo, ni la menor huella de los libros que habrás llevado arriba y abajo. Así no son las manos de un lobo de mar, ni siquiera las de un grumete. ¡Mira las mías!

Puso sus manos sobre la mesa para mi contemplación. Y las miré fijamente. Eran un amasijo de cicatrices grandes y pequeñas que se cortaban unas a otras, y de curiosos dibujos que componían rizos y hendiduras, colinas y cerros. El color, marrón cobrizo como una piel recién desollada, daba a entender que se las había quemado con un hierro candente.

– Esto -dijo el capitán Barlow- son marcas de quemaduras de un marinero, que nunca se pueden ocultar ni hacer que desaparezcan. En la India llevan una marca en la frente para que se sepa a qué casta pertenece uno y otro y a qué tienen derecho. Nosotros no lo necesitamos. Tenemos nuestras manos. Y el que nos busca nos

encuentra. Siempre puede reconocer a un marinero. Por eso, amigo mío, si no llegas a tener al capitán Barlow a tu lado, y no va a ser siempre así, cuando seas marinero has de saber que sólo hay un camino. No te emborraches nunca cuando la Marina esté cerca y apártate de ellos. Como marinero estás marcado, no lo olvides, no por la vida, sino por la muerte, incluso aunque haya quien sobreviva, como yo mismo.

Todo aquello recordé yo aquel día cuando empecé a mirarme las manos y olvidé para qué estaban hechas. Después de recordarlo todo lo escribí en un papel a la luz de la vieja lámpara de cardán colgada en el camarote del *Walrus*. Y después, cuando las últimas palabras del capitán Barlow quedaron plasmadas por escrito, comprendí también lo que había aprendido, lo más importante de todo: que iba a estar marcado para la vida, no para la muerte. Por eso decidí que mis manos nunca me delatarían. Me hice a la mar con guantes de piel untados en grasa. Se rieron de mí antes de temerme, pero cuando llegaba a tierra era yo quien disfrutaba de libertad. Cuando los demás eran vigilados, cazados y engañados por los delatores, los soplones, los confidentes y los vigilantes, yo me sentaba tranquilamente y saboreaba mi cerveza. Nadie entendía a John Silver, eso era seguro. Ante Dios afirmo que nadie lo ha conseguido nunca.

Capítulo 6

Así me libré de la presión ejercida por la Marina, y suerte que tuve. La mitad de los que reclutaban no volvía. Morían como si nunca hubieran vivido. El resto vivía a las órdenes de otros, y eso es peor que la muerte cuando uno quiere vivir, claro está. Si no, da lo mismo.

Abandoné al capitán Barlow a su suerte, como dirían por ahí; unas cervezas en una taberna, viejos recuerdos, claros la mayoría, y sus manos grandes, recubiertas de cicatrices, que poco a poco irían perdiendo la fuerza. Le dejé y no llegué a saber cuáles eran *los* capitanes de Glasgow que no odiaban a la gente en general, sino que se contentaban sólo con los marineros. Imaginaba que de todas maneras llegaría a enterarme. Pero me equivoqué de nuevo, y no hay peor pecado que engañarse a uno mismo. Si hay una lección que se me ha metido en la mollera a pesar de los pesares es pensar que no todo es bueno, sobre todo las personas, y por encima de todo uno mismo.

Durante horas estuve dando vueltas por las callejuelas de Greenock. Como todas las ciudades portuarias, Greenock apestaba a alquitrán, basura y desperdicios. Toda la vida, hasta hoy mismo, he estado rodeado de olores pestilentes: alquitrán, cadáveres, sangre, agua podrida y carne corrompida, lana rancia y lona de vela enmohecida, defecaciones de todas las formas y matices, sudor, grasa, ron y muchos otros. El alquitrán era lo peor, porque se pegaba a la memoria y se imponía sobre cualquier otro olor, el que fuera. Por culpa del alquitrán, nunca gracias a él, por muy borrachos, adormecidos, afligidos y destrozados que estuvieran, los marineros encontraban el camino del puerto y de sus respectivos barcos, si es que lo deseaban, aunque no lo deseaban nunca, o bien si era ésa su obligación, que era lo normal. La nariz era su brújula, y casi nunca tenía que desviarse. El hedor era su norte.

Huí de la fetidez de los barrios marineros de Greenock y fui a parar, como corresponde a la gente de orden, al distinguido centro de Glasgow a medida que el mal olor se iba disipando. Creí que allí en High Street, a la sombra del Tolbooth, entre los armadores, los comerciantes barrigudos y otras gentes de alcurnia, podría encontrar información sobre los barcos y los capitanes adecuados que necesitaran a alguien como yo.

Sin embargo, entre todas aquellas caras que no me dedicaban ni

una mirada, como si no existiera, ¿a quién iba yo a preguntar? Me acerqué a hombres grandullones, vestidos con gabanes cubiertos de botones de latón, tricornios y bastones de empuñadura dorada, para escuchar qué decían, por si acaso hablaban de los barcos que iban a zarpar. Pero en cuanto me acercaba demasiado, siempre había alguien que me echaba de un empellón y me daba órdenes como si yo fuera un perro callejero.

– ¡Fuera de aquí, pilluelo! Aquí no tienes nada que buscar.

«¿Por qué no?», pensaba yo con una indignación que no había sentido antes. ¿Qué sabían aquellos señores de lo que yo andaba buscando? A sus ojos enrojecidos, yo no era más que un piojo, una mosca, una cucaracha, un gusano en una galleta de barco. Y ellos ¿qué eran? Sapos hinchados que de un momento a otro podían explotar de orgullo. Pero yo era joven, inexperto y demasiado tonto para entender que era tan capaz como ellos. En lugar de entenderlo, mi impotencia aumentaba cada vez que me echaban sin ser escuchado, hasta que al final me quedé clavado en el suelo, delante de tres hombres que tampoco querían saber nada de mí. Uno de ellos tenía unas charreteras que lanzaban destellos cada vez que les daba el sol.

– ¿Estás sordo? -me preguntó el hombre condecorado después de haberme mandado al infierno-. ¡Esfúmate!

– No te quedes ahí escuchando hablar a los hombres honrados, que pareces un ladrón -dijo otro.

– Pido perdón, señor -respondí-, pero no puedo ser sordo y andar escuchando a la vez, ¿no?

Hubo un silencio. Creí que les había dado la respuesta que se merecían. De nuevo me equivoqué. Un brazo recubierto de chorreras surcó el aire como un aspa de molino y me arreó tal bofetón que seguro que me puse rojo hasta las orejas del dolor.

– Eres un maleducado, pillastre -dijo el hombre.

– No -dije yo con una mano en la mejilla caliente-. Sólo he dicho lo que pienso.

– Exacto -contestó amenazador amenté-. ¿Y crees que lo puedes hacer sin recibir tu justo castigo?

Esta vez cerré la boca a la vez que deseaba haber tenido las manos del capitán Barlow y no sólo mis palabras. Los conocimientos se caían como manzanas maduras. Había dicho la verdad para variar, justo lo que pensaba, pero sólo saqué de ello un dolor terrible en las sienes, nada más.

– Venga -dijo uno de los hombres de actitud más sosegada, en un tono suave y considerado-, dinos lo que quieres y después te largas de aquí. Tenemos cosas más importantes a las que dedicar nuestro tiempo.

– Desearía enrolarme -me expliqué-. Estoy buscando un buen

barco y un capitán justo.

Los tres hombres se miraron de una forma que me habría tenido que alertar, sólo que yo estaba demasiado ocupado con lo mío para darme cuenta.

– Entonces has tenido suerte -dijo el hombre de la voz suave-. Te puedo ayudar en una cosa y otra, con plena satisfacción por ambas partes. Ven a verme dentro de una hora a la taberna The Anchor, que está en el muelle del tabaco, y seguro que nos ponemos de acuerdo para firmar el contrato. Represento a los honorables señores Johnson, que transportan tabaco desde Virginia. Yo me ocupo de la tripulación.

Me incliné haciendo reverencias y di las gracias por la amabilidad. Pero en medio de la alegría porque me hubieran tomado en serio, tuve el sentido común de preguntar cómo sabría yo que había pasado una hora.

– Es verdad, dijo. ¿A tu edad, quién va por ahí con un reloj? Tienes la cabeza donde hay que tenerla, es evidente. A lo mejor incluso sabes leer.

– Latín -dije, seguro que no sin orgullo.

– ¡No me digas! -exclamó volviéndose hacia los demás-. ¿Han oído, señores míos? El chico sabe leer latín. ¿No creen que el capitán Wilkinson sabrá valorar a un grumete que lee latín?

Los señores se echaron a reír.

– Seguro -dijo el uniformado-. Necesita toda la tripulación que pueda reunir. Y si alguien le supiera leer la Biblia tampoco le iría mal.

– Has conseguido lo que querías -dijo el primero con seriedad-. Márchate ahora mismo a The Anchor y espérame allí. Di que vas de parte de Ned y te darán algo para apagar la sed hasta que llegue yo.

Así me fui por la ribera del río Clyde, pensando que lo había conseguido y mirando con añoranza todos los barcos que se estaban pertrechando para zarpar en busca del tabaco de Virginia, la revancha de los indios, como decían los lobos de mar, y traerlo a Escocia e Inglaterra. «Chesapeake y Charleston», me repetía una y otra vez para mis adentros. A Glasgow enviaban los reyes del tabaco sus barcos, eso sí lo sabía yo.

Iba a salir a ver el mundo, pensaba, sería libre como un pájaro, sería mi propio señor, dueño de mí mismo, no tendría que obedecer a nadie más. Estaba más contento que unas castañuelas y la vida me sonreía, como se dice sin pensar. Pero no había olvidado las enseñanzas del capitán Barlow, y de camino hacia The Anchor compré dos pares de guantes de piel.

¿Y después? Lo mismo de siempre. Era nuevo para mí, pero eso no me ayudó.

Subí por la escalera de The Anchor, saludé de parte de Ned y me dieron un vaso de ron que me bebí de un trago para aparentar, como

se suele hacer cuando uno es joven y descarado. Cuando se acabó el contenido del vaso me sirvieron más «a cuenta de la casa», como dijo el tabernero. Él había sido marinero en otros tiempos, y yo no me atreví a no beber lo mismo. El ron anegaba mi cerebro y me emborrachaba, como estaba previsto, provocándome el desatino.

Cuando Ned atravesó el umbral lo saludé como si fuéramos viejos amigos y pusieron otra botella en la mesa.

Me desperté a la mañana siguiente a bordo de un barco tan incomparable como el *Lady Mary* sin saber cómo había ocurrido todo. Naturalmente, eso lo descubrí más tarde, siendo el hazmerreír de mis compañeros de fatigas; Ned a su vez había sido víctima de la tripulación, pero era el sinvergüenza más despreciable de Glasgow, al menos de los que proveían a los capitanes de barco con o sin su consentimiento. La fórmula variaba, pero el resultado siempre era el mismo; el capitán contrataba a los marineros y el muy sinvergüenza se quedaba con el sueldo de dos meses de los hombres. Si los marineros protestaban, el capitán respondía que ellos habían contratado los servicios de un agente para enrolarse. Y siempre había un contrato con la huella irrefutable o la firma estampada en plena borrachera o en el error, que regulaba la mediación del agente y los marineros, con la aprobación plena de ambas partes, tal como lo expresaba Ned. Pero lo único que probablemente sacaba en claro el marinero era que seguía vivo. Para eso sí tenía entendimiento.

Yo aún salí bien de todo aquel asunto. Bebí hasta acabar tirado debajo de la mesa, eso fue todo. En plena borrachera firmé un papel y se quedaron con el sueldo de tres meses. Naturalmente, también pagué el ron que había trasegado. Pero habría podido salir mucho peor. Había gente que llegaba al barco medio muerta y apaleada. Había otros que ya sabían, al subir a bordo endeudados hasta las orejas por obra y gracia del sinvergüenza de turno, que no recibirían ni un chelín cuando se licenciaran un año o dos más tarde. Y luego estaban los que firmaban un contrato para trabajar en las plantaciones, y que tardarían cinco años en ser libres de nuevo. En caso de que entonces aún pudieran mantenerse en pie.

¡Y pensar que en tierra firme hay otros que escriben página tras página preguntándose, completamente en serio, cómo es posible que la profesión de pirata tenga constantemente nuevos adeptos y aprendices! Saber escribir, lo digo francamente, no es un remedio contra la estupidez, porque a la hora de la verdad se puede demostrar que yo firmé el contrato que Ned me puso delante de las narices cuando el ron había surtido su efecto.

Me desperté cuando me echaron un cubo de agua de mar y el superior me dio una buena patada en el trasero. La cabeza me

estallaba, tenía todo el cuerpo bañado en un sudor frío, me temblaban las manos y veía bailar chispas alrededor de los ojos en cuanto movía la cabeza. En pocas palabras, y no tiene nada de extraordinario, viví mi primera resaca, y si alguien me lo hubiera preguntado, en aquellos momentos habría preferido estar muerto, aunque por primera y última vez en mi vida, si mal no recuerdo.

Me sacaron a cubierta por una escala de cuerda, a través de una puerta en la popa del navío, aunque yo apenas sabía dónde estaba la parte de delante y la de atrás, y me encontré de pronto ante el dios del barco.

– Señor -dijo el primero de a bordo, respetuosamente-, éste es John Silver, el grumete, que subió a bordo con Ned ayer noche.

El capitán me miró de arriba abajo como si yo fuera un caballo en una subasta.

– Tengo aquí un contrato -dijo-, en el que se estipula que John Silver se obliga a navegar como marinero inexperto desde Glasgow a Chesapeake, ida y vuelta, por un sueldo de veintidós chelines al mes. Está firmado por usted mismo y en presencia de testigos. ¿Estamos de acuerdo?

Creo que asentí con la cabeza.

– Bien.

El capitán se levantó, rodeó la mesa lentamente y me miró como si quisiera infundirme el espanto más terrible.

– Tengo entendido, Silver, que es la primera vez que pisa un barco. Sólo voy a decirle una cosa: A bordo de un barco no hay nada que sea justo o injusto, como parece ser que se entiende en tierra. En un barco sólo hay dos cosas: el deber y el motín. Si usted desobedece las órdenes o deja trabajos por hacer, se considerará motín. Y el motín se castiga con la muerte. Haga el favor de grabárselo en la memoria.

– Sí, señor -susurré torpemente, sin saber lo que había dicho o hecho.

Así fue como inició John Silver su carrera de marinero. Me había hecho a la mar para tener libres las manos, además con guantes de piel, y me encontraba ligado de pies y manos. Me pusieron a trabajar de inmediato en un mundo que para mí era completamente incomprensible. Estaba paralizado y perplejo. Obedecía una orden tras otra en una corriente que no tenía fin. Nunca dije lo que pensaba, porque a pesar de todo había aprendido que la sinceridad no me conduciría a ninguna parte. Si abría la boca era para decir lo que querían oír los otros, nada más. Me convencí de que era la única forma de sobrevivir hasta que, llegado el momento, supiera más.

De todas maneras, lo peor de todo fue que al principio no entendía nada de lo que se decía a bordo. Claro que se hablaba inglés,

pero muchas de aquellas palabras no me resultaban nuevas, y el resto era jerga marinera. Yo, que a pesar de todo creía que tenía el pico de oro y que podía darle la vuelta a las palabras hasta que significaran todo lo contrario, yo, que incluso sabía hablar latín, me encontré fuera de juego como un idiota, con los ojos brillantes, pero ridículo. Recuerdo que un día dijo Morris, uno de los estables a bordo, que Robert Mayor, el joven primero de a bordo que acababa de llegar, había subido a bordo por la cuerda del ancla. Y yo, idiota de mí, me acerqué a Morris para preguntarle cómo era posible que hubiera subido por allí si no era una rata.

Morris y toda la tripulación se echaron a reír hasta no poder más. Y el ánimo, que normalmente y en honor a la verdad escaseaba bastante a bordo, se desbordó gracias a mí, cuando oí decir en Chesapeake que el carpintero, Cuthbert, se había tragado el ancla.

– Desde luego, Cuthbert tiene una bocaza enorme -comenté-, pero no sabía que fuera tan grande como para tragarse el garfio del esquife.

Y en ésas estábamos. Pero poco a poco aprendí las palabras. Porque descubrí rápidamente que en el barco había un idioma claro y conciso, y que los lobos de mar de la Armada tenían otro, que eran canciones, mentiras y parloteo. Me aceptaron y después me apreciaron porque pasado sólo un año ya podía contar relatos como cualquier otro, incluso mejor. Como casi todo el mundo me aceptaba, nadie se cuestionaba si eran verdad o mentira. Una buena historia era lo principal, y por tanto no es de extrañar que me respetaran. Y quizá se debiera también a eso, quiero decir al respeto, por lo que soportaba cumplir las órdenes que se daban en cubierta. Nunca recurrí al ron para olvidar que era marinero y no un hombre, ni vivo ni muerto. Y durante mucho tiempo, hasta que tuve más experiencia, oía el eco de la amenaza del capitán Wilkinson en mi turbio interior: que la obediencia era una forma de salvar el pellejo, la única y la mejor.

Capítulo 7

Durante diez años navegué a las órdenes del capitán Wilkinson. Era un tirano, sin ninguna duda uno de los peores, pero sabía gobernar un barco. Durante todo el tiempo que estuve a bordo nunca le vi tomar una decisión que no fuera de índole marinera. Cuando al final perdió el *Lady Mary* no fue por culpa suya ni por fallo del barco, aunque más de una vez le remordería la conciencia, en el supuesto de que tuviera conciencia. Seguro que los dioses saben, si tienen ganas de escuchar, que lo único que el capitán Wilkinson sabía en el mundo eran los asuntos relativos a la mar.

Con el tiempo conseguí un lugar no en el corazón del capitán Wilkinson, porque no había sido dotado de ese órgano, pero sí en su mundo sensorial, que se reducía a los barcos. Para el capitán Wilkinson llegué a ser una parte habitual del entorno que se había acostumbrado a tener a mano. Al final, yo fui el único que quedaba de la tripulación reclutada inicialmente en Glasgow, de buen grado o por la fuerza, diez años antes. Se le escapaban incluso los oficiales, que se enrolaban con otros cuando llegábamos a puerto. El capitán Wilkinson dirigía a sus hombres con mano más férrea que nadie; mano muy dura, pero también sin favoritismo alguno. Todos recibían el mismo trato nefasto. He visto a marineros curtidos doblarse de cansancio en el mismo momento en que el cable del ancla del *Lady Mary* se desenrollaba por el escobén. Que pusieran pies en polvorosa tan pronto surgía la ocasión, en la medida en que aún pudieran andar, no parecía importar lo más mínimo al capitán Wilkinson, siempre y cuando el barco estuviera ya seguro en su destino. Ni siquiera se preocupaba por descargar la mercancía. De eso ya se encargaban los navieros y los agentes. Estoy seguro de que aborrecía poner los pies en tierra firme. De todas maneras, no tenía que preocuparse por las reglas de los demás capitanes, quienes aseguraban que la familiaridad con la tripulación a la larga se convertía en desprecio. Era como si él se hubiera despedido de la humanidad el día en que se hizo a la mar.

¡Y a sus órdenes estuve yo, John Silver, durante diez años! Me convertí en un experto marinero de primera clase, fui nombrado

contramaestre y todo. Aprendí en la Academia del Viejo Nick y llegué a ser un consumado maestro en las siete ciencias de los lobos de mar: jurar, beber, robar, ir de putas, pelear, mentir y calumniar. Me hice fuerte como un toro y al final conocía todos los quehaceres de a bordo. Comprendí mejor a la gente y sobreviví al infierno. ¡Pero qué diez años!

No es que a mi edad hubiera mucho donde elegir. La norma era que una vez se es marinero, ya se es marinero hasta la muerte. En tierra nadie quería saber nada de la gente como nosotros, tuviéramos o no marcas en las manos. Estibadores o borrachos de muelle, ése era el futuro que nos esperaba en tierra firme. Escaparse del barco, pasar unos días alegres en la taberna y en el burdel sólo para volver a enrolarse de nuevo con la esperanza de recibir mejor trato y mejor sueldo, bastaba para la mayoría. Yo en cambio me quedé con el capitán Wilkinson y le demostré a él y a los demás que no era uno de esos que gemían por cualquier cosa. Tenía que hacerme un hombre antes de darme importancia.

– Silver -me dijo un día el capitán Wilkinson, con cierta confianza-, habría que asegurar a la gente como usted.

– ¿Asegurar, señor?

– Claro que sí. ¿Sabe? No hay empresa, ni la Royal Exchange, ni la London, que quiera asegurar a la gente. La carga y el barco sí, pero no la tripulación. ¿Qué sería de un barco sin tripulación, eh? El mástil y los bultos se pueden asegurar, pero no los marineros que suben por ellos como monos para izar y plegar las velas. ¿A que no?

– No, señor -contesté, porque era lo que tenía que contestar.

– Pero así es -continuó-. No hay diferencia entre usted, Silver, y el primer bracero de allá arriba. Y no puedo prescindir de ninguno de los dos.

Asentí con la cabeza e intenté no demostrar mi emoción, la rebeldía que por fin, tras diez años de obediencia, sentía en mi pecho como un caballo desbocado. Con eso supe que aquél era mi último viaje en el *Lady Mary*. El capitán Wilkinson me había convertido en un marinero experto, un hombre de mar como ningún otro, pero hacerme además primer bracero era algo completamente diferente.

Naturalmente, el capitán Wilkinson no se dio cuenta de lo que pasaba en mi interior. Un trozo de madera no tiene sentimientos. Gime y cruje cuando le exigen mucho, pero eso es todo. Lo mismo que un marinero. Yo callé. Alegría pura, eso habría salido de mi boca; satisfacción por lo que sentía en mi pecho, lo que me hacía ser un hombre, comparable a cualquier otro. El capitán Wilkinson me necesitaba a mí y a su primer bracero, aunque yo por mi parte no le necesitara a él.

– La Compañía por lo menos debería extender un seguro de vida -

prosiguió el capitán Wilkinson sin mirarme-. En mi opinión, los armadores deberían recibir una compensación.

– Señor -dije-. Si me permite…

El capitán Wilkinson dio un respingo y me miró sorprendido.

– ¿Qué pasa? -preguntó.

– ¿No son los riesgos demasiado grandes? Se sabe que los marineros mueren como moscas. Desertan en el primer puerto que tocan. No creo que haya ningún armador con suficiente dinero para pagar las cuotas.

– Silver, tiene toda la razón. Eso es lo que dicen ellos. ¿Y qué puedo hacer yo? Los marineros se consumen.

Se quedó callado un momento y me miró de nuevo; creo que fue la primera vez que me vio como si fuera algo más que una polea o un aparejo.

– ¿Y quién le ha dicho a Silver que es así?

– Nadie, lo he pensado yo solo.

– Vaya.

Me echó una mirada feroz con la intención de asustarme, pero yo se la devolví sin más ceremonias.

– A bordo nadie piensa por sí mismo, Silver -dijo-. El *Lady Mary* sólo tiene un capitán, y ése soy yo. ¿Entendido, Silver?

– Sí, señor -respondí tan respetuosamente como pude.

– Silver puede volver a sus obligaciones.

«Claro que sí -pensé-, claro que sí. Hasta que lleguemos a puerto.»

A la mañana siguiente divisamos las rojas arenas de Irlanda en un día tranquilo y claro. A babor se levantaba Cape Clear y a estribor Fastner Rock. El día era extraordinariamente tranquilo. El cielo estaba salpicado de delicadas bolas de algodón que no entrañaban peligro alguno para los navegantes. La panorámica era tan nítida que se divisaban a la vez los cuatro cabos: Toe Head, Galley Head, Seven Heads y Old Head of Kinsale. Toda la guardia estaba esperando con ansia en la amura de babor. Yo sabía que ver a los marineros mano sobre mano, sin nada que hacer, irritaba sobremanera al capitán Wilkinson, pero ni siquiera él podía llamar a los hombres a cubierta para que arriasen las velas o recogieran las drizas con los suaves vientos que apenas rizaban el agua.

Yo estaba como siempre en la cubierta de popa, a sotavento del capitán Wilkinson, y me sentía tan aliviado como aquella vez que andaba buscando un capitán justo y un barco adecuado para ser libre como un pájaro. Ahora todo era diferente. Siempre sabía de qué hablaba cuando -excepcionalmente- abría la boca alguna vez. Ya no recitaba los Mandamientos, fueran los que fuesen, a cualquiera. No me llenaba la boca con eso de que sabía leer latín. Ya no iba por ahí

preguntando por capitanes justos que, de todas formas, nadie podría encontrar. Ya no decía lo que pensaba, porque sólo era utilizado en mi contra.

En cambio, había aprendido que siempre habría palabras adecuadas para cada persona concreta y que todos querían escuchar, incluso los marineros más sencillos. Yo tenía la cualidad de cumplir sus deseos. Así es que nadie llegó nunca a conocerme, mientras que yo, al parecer, cada día conocía mejor a los demás. Y a la vez, así es el mundo, me estimaban y me consideraban un buen compañero.

Incluso tenía dinero, ahorrador y listo que es uno. La herencia del contrabando de mi padre la seguía conservando en la cintura del pantalón, además de tres años de sueldo y las ganancias de parte del comercio típico de todos los marineros. Serían unas sesenta libras, todo cosido a mi ropa. ¿Quién lo hubiera creído? Ninguno de mis compañeros de barco, de eso estoy seguro.

Estaba yo más bien distraído cuando noté que el primer mando subía corriendo hacia el capitán Wilkinson, señalando con nerviosismo hacia popa. Me di la vuelta; como los demás, no había tenido ojos más que para contemplar las rocas y las verdes y apetecibles colinas que se levantaban a proa. No olvidaré nunca lo que vi ante mis ojos. Imperceptiblemente, pero deprisa, el cielo se había vuelto negro como la pez y el alquitrán, y lanzaba sus tentáculos al aire azul claro que todavía, por unos minutos más, rodeaba el *Lady Mary*. El horizonte se había convertido en una furia espumosa de olas que se rompían y llegaban hasta nosotros como un seísmo. Estoy seguro de que ni siquiera los viejos lobos de mar, expertos conocedores de todos los vientos, los que habían pasado toda la vida en un barco, habían visto jamás nada parecido. Vi pintarse el terror en muchas caras cuando se volvieron a la vez hacia el capitán Wilkinson. Todos creían saber lo que nos aguardaba: pelear a vida o muerte con las velas y las cuerdas.

Pero la orden de movernos no llegó. El capitán Wilkinson volvió a mirar hacia popa y se plantó frente a la tripulación.

– Dentro de pocos minutos se nos vendrá encima la peor tormenta que nadie haya vivido -dijo con su natural voz de látigo-. Si cumplís mis órdenes quizá podamos salvar el barco. Si desobedecéis seréis ejecutados en el acto por amotinamiento. ¿Está claro?

Nadie dijo nada; nadie excepto yo, que por primera vez levanté aquella voz que luego se haría famosa por alzarla ante las masas como nadie osaría hacer por carecer de la fantasía y el designio necesarios.

– ¡Un hurra por el capitán Wilkinson! -grité a los cielos.

Y los hombres, primero apáticos y luego enérgicos y llenos de fuerza por el efecto de mi arenga, lanzaron un estruendoso hurra por el capitán Wilkinson, el último hombre en la tierra que se merecía un hurra.

Por un instante el capitán Wilkinson estuvo a punto de perder el aplomo. Dio un paso hacia atrás como si alguien le hubiera dado un puñetazo. Pero enseguida recuperó el aplomo y gritó a pleno pulmón.

– ¡Silencio!

Naturalmente se hizo un silencio sepulcral, ya que estábamos con un pie en la tumba.

– No tenemos tiempo para hurras -continuó-. Os preguntáis por qué no nos movemos, y es por una sola razón: el viento que sopla a popa rompería las velas antes de que os diera tiempo de atar la mitad de los nudos que tendríais que atar. Y a una buena parte de vosotros se los llevaría el viento cuando las velas se hincharan. Así que… -miró una vez más por encima del hombro-. La guardia de babor, a las bombas. La guardia de estribor, que suelten todas las velas que sea posible. Que todos los remeros desatraquen a la vez, amarrados, claro está. Cuando flameen todas las velas, que la mitad de la guardia de estribor apareje las cuerdas salvavidas. La otra mitad, que prepare la vela de tormenta, así veremos si hay algún mástil donde la podamos montar cuando llegue el momento. No necesito añadir que debéis ir raudos como diablos. Hasta ahí supongo que entendéis.

El primero de a bordo dio las órdenes a gritos, salpicando saliva. Las velas azotaban y restallaban cuando se daban las escotas. Yo, que era el contramaestre del barco, siempre dispuesto, sin pertenecer a ninguna guardia, tuve tiempo de darme la vuelta y mirar a popa. Para mi horror, no era solamente una ventisca, un viento fuerte con el cielo claro y blanquecino. Era una tormenta enfurecida que haría cualquier cosa por liquidarnos a todos, incluido yo. Lo comprendí cuando miré a Bowles, el más viejo y experimentado de a bordo, cuya expresión era nuestra unidad de medida de las tormentas y de las olas. ¡Lo vi hincarse de rodillas y rezar! ¡El, que no había rezado una oración en toda su vida! ¡El, que siempre había jurado que su único credo era la brújula! ¡Él, que nos había enseñado a todos que la mejor manera de hundir un barco era perder el tiempo pidiendo ayuda al Padre de los cielos! ¡Y ahora rezaba!

Al mismo tiempo, el capitán Wilkinson abandonó su puesto a estribor y con paso tranquilo se dirigió hacia mí.

– Silver -dijo con tono frío-, ¿por qué pidió usted un hurra? ¿Por qué vitorearon los hombres?

– No lo sé, señor -respondí-, pero posiblemente fue porque necesitaban que se les infundiera valor y esperanza.

– ¿Valor y esperanza? ¿No es suficiente con que les amenace con la muerte?

– Si me permite, señor, cuando creen que van a morir de todas formas, eso no es suficiente.

El capitán Wilkinson me miró directamente a los ojos.

– ¿Está usted seguro que no vitorearon por mí?

– Sí, señor, estoy seguro. Véalo usted mismo.

Señalé a Bowles, que todavía estaba arrodillado rezando.

– Se dice que cuando un marinero reza es que ya no hay esperanza -aclaré.

El capitán Wilkinson miró a Bowles como si fuera un cobarde indigno.

– Y usted Silver, ¿por qué no reza?

– ¿A quién le iba a rezar? -pregunté-. ¿A usted?

Y entonces el capitán Wilkinson soltó una carcajada que sonó como el aullido de un perro, la primera carcajada que le oía en la vida.

– Silver -dijo cuando acabó de reír tan repentinamente como cuando se calla un cañón-, habría que asegurarlo, ya se lo dije. No resulta fácil encontrar hombres como usted.

Después se dio la vuelta hacia cubierta.

– ¡Bowles! -gritó-. Espero por su propia alma que me esté rezando a mí y a nadie más.

Bowles dio un respingo y miró hacia arriba con cara de susto.

– A sus órdenes, señor -dijo-. A sus órdenes.

– Silver -me dijo el capitán Wilkinson-, quizá sería conveniente que me ayudara usted en el timón cuando esto se complique. Por todos los diablos, no creo que haya nadie más que se preocupe de que el *Lady Mary* flote o se hunda.

No se dijo nada más hasta que la tormenta estuvo encima de nosotros y rompió las ya ondeantes velas como si fueran pañuelos de encaje. El palo mayor cayó con un estruendo que quedó ahogado debido a los alaridos del viento. En cubierta cesó toda actividad. La tripulación se arrodilló, pero no ante Dios, sino ante el viento. Todas las miradas estaban clavadas en el palo mayor, cuya punta se había ya resquebrajado y cuyo pie vibraba de un modo muy preocupante. Éste era el punto neurálgico del barco, pensaban los demás con espanto, y yo no era una excepción.

El capitán Wilkinson iba de un lado a otro hecho una furia, pasando entre los que estaban de rodillas o tendidos. No sé cómo se las arregló cuando ya no podía amenazarlos con la muerte, ya que era incapaz de convencerlos con la vida, pero en medio de la lluvia que azotaba hasta el último grumete, rápidos como ratones, en medio del estrépito y los bramidos del viento ensordecedor, por la cubierta que se movía como un péndulo y daba bandazos hasta las amuras, en medio de la espuma y la sal que mareaba como la nieve y el granizo, en medio de todo esto, el capitán Wilkinson, asestando patadas y golpes, gritando y maldiciendo, consiguió que la mitad de la guardia de babor se pusiera en marcha en las bombas, y que la otra mitad,

arrastrándose, agachándose, jurando, tensara los cabos y estirara los obenques todo lo posible.

La enloquecida excursión del capitán Wilkinson, yendo de un lado para otro para salvar su barco, hizo que la opresión que me asfixiaba estallase en pedazos. Si un tipo como él podía escupir en la cara a la muerte, si era capaz de mofarse de ella por un montón de tablas, hubiera sido una vergüenza que yo no hubiera hecho lo mismo por salvar mi pellejo; yo, que poco antes había imaginado que ya me había llegado la hora de vivir en cuanto llegara a tierra firme.

A partir de ese momento estuve en todos los sitios del barco para ayudar y animar a los demás. Mi voluntad de sobrevivir se convirtió en rabia, una furia caldeada hasta el extremo de que incluso el capitán Wilkinson retrocedió un paso cuando se cruzó en mi camino.

El agua negra y grisácea entraba ya sin parar en cubierta, y las pesadas olas daban contra el bordaje como si fueran los flancos de un barco de línea. La tierra había desaparecido de la vista bajo la lluvia pertinaz, que nos daba latigazos en la cara como si fuera granizo, y no tardó en pasar lo inevitable. Cuando bajaba la cresta de una ola que parecía acabar en un abismo, perdimos la dirección del timón y el *Lady Mary* fue lanzado de través. Nos escorábamos más y más, más de lo que ningún navío puede aguantar, y en medio del rugido, del estruendo, del estrépito y el griterío oímos el primer ruido sordo de los lastres, que empezaban a desplazarse hacia sotavento.

Bowles, el malvado predicador del juicio final, gritó que todo estaba perdido y cayó de nuevo de rodillas, con las manos unidas en una plegaria. Yo ya trepaba como un mono por el palo mayor, por el cordaje de barlovento, cuando vi al capitán Wilkinson hacer lo mismo a sotavento enarbolando un hacha. Y le vi tomarse su tiempo para asestarle tal hachazo a Bowles que el hombre desapareció en el agua con las manos juntas y todo. A mi entender fue una medida justa, y vi que los demás opinaban como yo. No era de recibo que los que se habían rendido arrastraran consigo a aquellos que luchaban por sus vidas sin la ayuda de Dios ni de nadie.

El capitán Wilkinson y yo alcanzamos la copa del palo mayor al mismo tiempo, mientras los hachazos silbaban al aire como rayos.

– ¡Más deprisa! -gritaba el capitán Wilkinson en medio de todo el caos-. Tenemos que salvar el barco.

Ni siquiera entonces pensaba en su pellejo o en el mío. Habíamos abierto una herida en medio de la madera del palo mayor cuando descubrí que una grieta se prolongaba arriba.

– ¡Ahora! -gritó el capitán Wilkinson-. Un hachazo más y después apártate.

Alcé el hacha, asesté un golpe y retrocedí de manera que caí desplomado a sotavento, sobre el imbornal, con el agua hasta las

orejas. Esta vez oí el estruendo cuando el palo mayor se destrozó y noté cómo empezaba a enderezarse el *Lady Mary,* aunque tan despacio que parecía no acabar nunca. Pero nosotros estábamos todavía sujetos a los aparejos y el mástil que había quedado colgando en un costado se convirtió en una peligrosa ancla flotante que en cualquier momento podía hacer trizas el barco.

– ¡Liberad el obenque! -oí aullar al capitán Wilkinson, y el grito se transmitió de boca en boca, porque ninguna voz llegaba más allá de un metro, ni a favor ni en contra del viento.

Parecía como si hubiera nacido una esperanza, porque el aparejo desapareció en el agua antes de que me diera tiempo de encontrar mi hacha. Los timoneles, que se ataron al timón para no caer al agua cuando la rueda se desbocó en una brusca inclinación, devolvieron al *Lady Mary* al único rumbo en que podíamos bregar. Estábamos mareados y sin salvación, pero todavía a flote.

– Suelten amarras, sondas a popa y relevo en las bombas -ordenó el capitán Wilkinson, que de nuevo estaba en su puesto de mando, en el castillo de popa, a estribor.

En ese momento pensé, como todos los demás, que el capitán era sobrehumano, y que estaría para siempre en la cubierta de popa del *Lady Mary* como una talla de madera.

Apareció el carpintero y comunicó que el agua había subido hasta la cubierta de carga, y que había abierto un boquete en la bodega del lastre, por debajo de la línea de flotación. El capitán Wilkinson le ordenó que llevara más hombres a las bombas y que se relevaran más a menudo.

A estas alturas, yo ya me había recuperado y podía echar una mano. Fui hasta la pizarra y cogí una tiza blanca, medio deshecha, que seguía en su lugar gracias a su textura pegajosa.

Bajé hasta la bodega de carga a tientas, con el agua hasta la cintura. Arriba oí a los hombres cantar para darse ánimos y no perder la esperanza, pero no les salía más que un desalentado graznido que no lograba engañar a nadie. Llegué hasta la escala que llevaba al compartimento de bombeo. Con la mano palpé la zona en que todavía estaba seca la brea, cogí la tiza y tracé una línea blanca y gruesa. Después subí, abrí la trampilla y me encontré ante diez hombres medio desnudos, sudorosos, con el cuerpo enrojecido por el esfuerzo y con un miedo cerval en sus ojos inexpresivos. Me miraron como si fuera yo el mismísimo Caronte, y algo de verdad había en ello, aunque mi propósito fuera otro. Pero también vi otra cosa, supongo que respeto, que provenía de mi forma de utilizar el hacha en el palo mayor.

– Compañeros -empecé-, no le queda mucho a este barco. Se va a hundir sin remedio. Pero si queréis saber mi opinión, no hay ningún

motivo para que arriemos la bandera con él.

– El capitán Wilkinson está loco -me gritó a la cara Winterbourn-. Moriremos en las bombas para salvar su viejo cascarón.

– No si depende de vosotros para salvarlo -le respondí también gritando-. Creo que ya sé lo que piensa: intenta llegar a Old Head of Kinsale y anclar tras doblar el cabo, hasta que amaine este maldito vendaval y nos puedan remolcar hasta Kinsale.

– ¿Qué pasará si no lo conseguimos? -preguntó Winterbourn.

– Lo mismo que si dejáis de bombear: nos hundiremos aquí mismo, ni más ni menos. ¡Oídme bien, buena gente! No pienso arriar la bandera esta vez, eso seguro. Y sabéis que soy un hombre de palabra. Si bombeáis todo lo que podáis, como si os fuera en ello la vida, y os juro que así es, os prometo que yo también cumpliré.

– ¿El qué? -preguntó Winterbourn, ahora un poco menos obstinado.

– Si no podemos llegar a Old Head, os prometo embarrancar el barco en una playa para que podáis llegar a tierra con los zapatos secos. En caso de que os queden los zapatos puestos, claro.

– ¿Y qué dice Wilkinson de eso?

Era Balthorpe, uno de los marineros ingleses que, a diferencia de nosotros, los galeses, los irlandeses y los escoceses, sentía debilidad por la obediencia.

– Cuando llegue la hora -dije pensando en la línea que había marcado-, será el capitán Wilkinson quien obedezca mis órdenes.

Se oyó un murmullo, pero eran mayoría los que preferían creer en mi palabra, como yo mismo, porque aún no había aprendido bien la lección.

– Y no olvidéis una cosa. Si el barco embarranca, tenemos todo el derecho de llevarnos lo que queramos de la carga. Seremos hombres libres y pudientes. ¿Qué decís a eso?

– Estoy contigo -dijo Winterbourn, que además de pendenciero y terco era la codicia personificada.

– Yo también.

Se oyeron más voces y por fin también el obediente Balthorpe. Abrí la escotilla.

– Mirad -dije-. Ahí abajo, en la escala, hay una línea que marca hasta dónde está seca la brea. Si el agua sube por encima de la línea, sólo nos queda arriar bandera y morir. ¿Está claro?

Todos asintieron con la cabeza. Tontos no eran, pero no sabían por qué era bueno vivir, y como marineros no tenían mucha vida a la vista, aunque sí sabían luchar por ella; bastaba con que alguien como yo les infundiera un poco de ánimo.

Para demostrar que hablaba en serio me fui hasta una de las bombas y empecé a accionarla a tal velocidad que Curwen, el más

joven y canijo, tuvo dificultades para seguir mi ritmo. Creo que lo levantamos del sollado. Al final encontró el ritmo y cooperó con los músculos invisibles que debía de tener en el cuerpo, a pesar de todo, para poder sostenerse de pie. Harry el Polea, llamado así porque con su enorme corpachón era el doble de fuerte que los demás, accionaba la bomba a un ritmo que duplicaba el del resto. Daba gusto verlos. ¡Y que aquellos hombres necesitaran capitanes y látigo para ponerse a trabajar!

Tras medio reloj de arena, cuando aún nos quedaban algunas fuerzas a todos menos al pequeño Curwen, que ya estaba medio muerto, les dije que pararan.

– El siguiente grupo, en marcha.

Los cuatro con los que yo había bombeado se tiraron al sollado jadeando. Fui a buscar un tonel de agua y la repartí. Después trepé por la escala no sin inquietud ni angustia, ya que yo no era más que un hombre, y miré la línea. Estuve allí bastante rato, hasta estar seguro del todo, con el agua chapoteando al compás del balanceo del *Lady Mary*. Pero estaba en lo cierto. El agua había bajado.

Subí la escala en tres zancadas.

– Muchachos -grité-, hemos bajado una pulgada. La de la guadaña ya puede ir buscando a otras presas, porque con nosotros no puede.

Vitorearon de todo corazón. Miré alrededor. Ahora sí que llegaríamos a Old Head, no cabía ninguna duda.

– Si continuáis así -dije-, los carpinteros pronto podrán embozar las vías de agua. Muchachos -añadí-, todo irá más despacio si sudáis tanto como Curwen. Sólo así se gana una pulgada más por cada grupo.

Los demás se rieron, pero no de Curwen, que me sonreía agradecido, creo yo, como si le hubiera hecho un favor, aunque yo sólo pensaba en salvar mi pellejo.

Cuando subí a cubierta casi me había olvidado de lo mal que estábamos. Las olas provocaban un sinfín de sacudidas, un continuo resonar, un caos fustigante que se levantaba por encima de la cubierta. Sobre las crestas de las olas avisté un cabo escarpado que se confundía con la espuma blanca que, durante breves segundos, se aferraba a sus rocas para precipitarse inmediatamente después.

– Capitán -dije cuando salí al castillo de popa, donde Wilkinson seguía como yo le había dejado-, no nos hundiremos. Los hombres bombean con todas sus fuerzas.

– Mi buen Silver -contestó con una voz hueca, que me asustó más que sus amenazas y maldiciones-. Es usted un auténtico milagro. Me hubiera gustado nombrarle primero de a bordo de inmediato. Si tuviera usted alguna idea de navegación… Mire esa basura. Que a esos hombres se les permita gobernar un navío es algo que supera mi comprensión.

Acompañé su mirada y descubrí al primero de a bordo, Hardwood, que estaba abrazado a la amura y emporcado con sus propios vómitos, muerto de miedo, sin hacer mérito a su nombre.

– Tiene miedo, señor -dije.

– Salta a la vista. Miedo sí, pero por él, y ¿qué provecho saca el *Lady Mary*? ¿Me puede responder a eso?

Ni pude ni quise, porque el *Lady Mary* a fin de cuentas me importaba un rábano, con aparejos y tripulación, desde la quilla hasta el punto más alto de los mástiles, que ya no existían.

– ¿Ha dicho que bombean con todas sus fuerzas? -continuó el capitán Wilkinson después de un instante-. Bien, así se mantienen ocupados, pero con eso no basta. No podremos llegar a Old Head. Dentro de media hora, los campesinos harán buena provisión de leña para el fuego del invierno. Y yo perderé mi barco y con ello mi reputación.

– Señor… -dije.

– ¿Qué quiere usted? -contestó subrayando el «usted» como si no me hubiera visto antes.

– Quizás haya una salida.

– Silver, por si no lo sabía, entérese de que para un capitán sólo hay una vía hacia el Infierno, y es sobrevivir a su barco naufragado.

– Lo que quiero decir es que tal vez se pueda salvar el barco, señor.

– ¿Y cómo? -preguntó el capitán Wilkinson de mal humor-. ¿Se le ha ocurrido a usted, a Silver, a un simple marinero, alguna posibilidad que yo no hubiera ya sopesado?

– No creo, señor, seguro que no. Pero si no recuerdo mal hay una playa de arena en la bahía, por la parte de Lispatrick. Podríamos llevar el barco hasta allí.

– Vaya, podríamos -dijo el capitán Wilkinson sarcástico-. ¿Y cree usted que el *Lady Mary* podría zarpar de nuevo después de eso?

– No -admití-, pero quizás usted y yo sí que podríamos, señor. Y también parte de la tripulación. Se trata de salvar parte de los masteleros y de la carga.

– Tabaco empapado de agua salada -bufó el capitán Wilkinson-. ¿Quién cree usted que querría comprarlo, Silver? ¿Quién?

– ¿Y la tripulación, señor? ¿Y yo?

El capitán Wilkinson ni siquiera se dignó contestar. No le afectaba para nada. Miré a los oficiales. Si el *Lady Mary* iba a acabar sus días en Lispatrick, el timón debía de cambiar de rumbo antes de que fuera demasiado tarde.

¿Por qué no me limitaba a buscar un hacha y partir por la mitad al capitán Wilkinson de arriba abajo, como si fuera una estaca, tal como él quería hacer con el *Lady Mary*? ¿Por qué no seguía los

consejos del capitán Barlow? En fin. No levanté ni un dedo. Cuando al final me entraron las prisas, íbamos derechos hacia el roquedo de West Holeopen. Bajé corriendo a las bombas y comuniqué a los hombres cómo estaba la situación, les dije que al capitán Wilkinson le importaban un bledo tanto sus vidas como la mía, que podían dejar de bombear y reservar las fuerzas para llegar a tierra, que Wilkinson pensaba llevar el *Lady Mary* directo contra los arrecifes y sacrificar el barco en honor de Neptuno, como si fuera un maldito sacrificio por la vergüenza de haber perdido su barco.

– ¿Qué os decía yo? -gritó Winterbourn lleno de odio-. Ese hombre está loco, está como una cabra. Y confiábamos en ti, John, en tu palabra. ¡Maldito seas! Mira lo que pienso de tu palabra.

Y escupió un copioso gargajo delante de mis pies.

– Puedes pensar lo que te dé la gana, Winterbourn, y escupir y echar chispas cuanto quieras -repliqué yo con toda calma-. De todos modos, pienso subir a cubierta ahora mismo, hacerme cargo del timón y tirar a Wilkinson por la borda si es preciso. A pesar de todo, tal vez haya un trozo de playa en donde podamos encallar.

– Yo lo tiraré con mucho gusto -dijo Harry el Polea, y apretó los puños-. Aunque sea lo último que haga en la vida.

– Yo también -intervino el pequeño Curwen sin que nadie se sorprendiera.

– Debéis saber que esto es un motín -dije-. Aunque no tengamos tiempo de celebrar consejos a lo Robin o de jurar por nuestro honor, yo me hago responsable.

Nos dimos prisa en subir y comunicárselo a los demás, y después invadimos el castillo de popa conmigo al frente. Fui directamente hasta el capitán Wilkinson.

– Capitán -dije-, me hago cargo del *Lady Mary*. Si hay la más mínima posibilidad de llevarlo a la arena esquivando las rocas, la pienso aprovechar.

Al principio el capitán Wilkinson contestó como si no hubiera entendido mis palabras. Le di la espalda y me dirigí a los timones. No había avanzado mucho trecho cuando oí un furioso alarido; Winterbourn fue el único de todos que me avisó a gritos, pero fue demasiado tarde, pues antes de que pudiera darme cuenta recibí un violento golpe en el hombro que, añadido al balanceo, me derribó por cubierta hasta que me paró la amura. Después sentí unas manos que me arrancaban la ropa, y acto seguido estaba ya en el aire, a punto de caer entre las olas espumosas y rompientes.

Que sobreviví lo entiende cualquiera, ya que estoy escribiendo cómo sucedió, pero al caer creí que estaba muerto, una desagradable sensación cuando uno no piensa que hay otro sitio al que ir después de éste. Conseguí mantenerme a flote y nadar. Había aprendido a nadar

por suponer que era algo que siempre podría serme de utilidad, y me enseñó un viejo indio de Norfolk, donde cargábamos tabaco. Los demás se habían reído, y meneaban la cabeza al verme bañándome en el agua fría, tosiendo como un tuberculoso y escupiendo agua salada. Era ridículo que un marinero supiera nadar. Al comprobar que el *Lady Mary* quedaba a pocos metros de las afiladas rocas de Kinsale, dejaron de reírse.

Cuando una ola me izó como si fuera una botella medio vacía, vi a Wilkinson otra vez en el castillo de popa con la vista clavada en la inminencia del naufragio. La tripulación, los valientes amotinados con los que de buena gana habría llevado a cabo una sublevación, estaba acurrucada y amedrentada en un rincón, también entonces a sotavento de su capitán, que representaba la ley y las normas. Todos miraban a proa; todos menos uno. El pequeño Curwen se había dado la vuelta y miraba a popa, buscándome.

La siguiente vez que me levantó una ola, vi que los hombres se afanaban en cubierta como si obedecieran una orden. Sólo el capitán Wilkinson se quedó en pie, como si hubiera estado atado a la arboladura. Fue entonces cuando oí el ruido, un sonido de madera que crujía, se quebraba, se retorcía y se astillaba. Y los gritos de los que temían la muerte, que iban y venían al ritmo de las olas que me zarandeaban sin descanso. El *Lady Mary* se dio una vuelta en redondo y se precipitó hacia el sur, contra el acantilado más cercano y más abrupto.

Y entonces, cuando ya había perdido toda velocidad, me acerqué con decisión. Hice lo que pude para llegar a un costado del barco, pero la resaca era demasiado intensa y mis fuerzas se consumían tratando de respirar entre la espuma. Sin embargo, fue mi salvación, creo, porque cuando ya no podía más, mis manos tocaron un fragmento roto de amura al que me agarré, abrazándolo con espasmos. Jadeé y me quedé quieto. No quedaba nada más que hacer.

Lo último que oí y vi del *Lady Mary* antes de que fuera lanzado contra las rocas fue la figura inmóvil del capitán Wilkinson en el castillo de popa, cuando se partió por la mitad el casco, y un grito de muerte del pequeño Curwen.

– ¡Silver, John Silver! -gritó-, ayúdame.

Yo no podía hacer nada en aquel infierno. Allí estaba Long John Silver, os lo prometo, con su bocaza cerrada. Noté cómo me levantaba todavía más arriba una última ola abismal, quedé suspendido en la cresta de la ola, colgado entre el cielo y el infierno, antes de que la ola tropezara consigo misma y se rompiera en cascadas arremolinadas, arrastrándome con ella. Recuerdo perfectamente que tuve tiempo de sentir la agria y repugnante amargura de la muerte, precisamente yo, que deseaba vivir más que ninguno de los que había conocido.

Cuando abrí de nuevo los ojos, porque los cerré en lugar de mirar a la muerte directamente a la cara, al principio no creí lo que veía. Yacía en una especie de túnel y seguía sujeto a mi tabla de salvación, camino de la luz, de una abertura que no podía ser otra cosa que el otro lado de Old Head of Kinsale. Pero… ¿estaba vivo o muerto?, me preguntaba completamente en serio. Finalmente oí, como un eco en el túnel, el rumor amortiguado del mar por la falda oeste del monte, así como los gritos, ya menos intensos, de los moribundos. Dicho de otro modo, estaba vivo e intenté darle voz a la alegría, pero tenía la garganta contraída por un lazo invisible, de manera que ni el más mínimo sonido habría salido de ella. «Vivo -pensé justo antes de desmayarme, pero entonces conocí otro horror-: vivo, pero mudo.»

Capítulo 8

Cuando volví de nuevo a la vida me encontré con una barba enmarañada, dos hombres preocupados pero con la mirada bondadosa y una cascada de pelo color zanahoria rodeada de un cielo nublado y gris.

– Tranquilo -dijo una voz desde la barba-. Te pondrás bien.

Me fui incorporando con cuidado y me apoyé en el codo. Me dolía todo el cuerpo, desde la planta de los pies hasta la coronilla. No era nada más que un cascajo como el *Lady Mary,* una astilla lista para el fuego.

El hombre me acercó una botella a la boca y pronto sentí que el ron me quemaba la garganta reseca y caldeaba todo mi cuerpo. Fue como si pudiera seguir su camino a través de todas mis extremidades, hasta llegar al final y redoblar el dolor cuando me devolvió el calor a los dedos de las manos y los pies.

– ¿Dónde estoy? -pregunté.

– En el cabo del Ahorcado -contestó el hombre.

Fue entonces cuando recordé y entendí que, por lo menos, no había perdido la capacidad de hablar. Luego, las palabras del hombre atravesaron mi aturdido cerebro y me llegaron hasta el alma.

– ¡El cabo del Ahorcado! -repetí-. Yo no he hecho nada.

Por todos los diablos, cómo se rió de mí aquel hombre, y ante mis propias narices. ¡Reírse de un pobre hombre medio muerto!

– Seguro que sí -dijo-, si tienes tanto miedo del verdugo después de lo que has pasado. Pero no te inquietes. Aquí, que yo sepa, nunca ha habido ninguna horca.

Silbó a modo de señal y enseguida aparecieron otros dos hombres de aspecto tosco. Me envolvieron en una manta y me llevaron como a un niño. A estribor vi que se levantaban dos colinas boscosas. A babor oí un crepitar de hogueras que se fue desvaneciendo a medida que nos alejamos. Los hombres hablaban una jerga rara, pero el que me había

encontrado me explicaba de vez en cuando, en inglés, dónde estábamos y adonde nos dirigíamos.

– Aquí, buen hombre -dijo después de un rato-, aquí se encuentra Tobar na Dan, o sea, la fuente del poeta. Aquí estuvo uno de nuestros trovadores tocando el arpa y contando historias. Recorría las tierras y los reinos contando sus historias, pero siempre volvía a su fuente. Volvió incluso para suicidarse; se ahorcó, y de ahí le viene el nombre al cabo, no porque se cuelgue a la gente corriente como tú y como yo.

– ¿Se colgó? -balbucí yo nada más resucitar de entre los muertos-. Pero ¿por qué diablos tenía que existir alguien que quisiera arriar las velas voluntariamente?

– Nadie lo sabe -contestó el hombre-, pero el trovador tenía problemas de memoria. Se le olvidaban sus historias, se equivocaba y tenía que volver a empezar desde el principio. Alguien lo había visto arrancarse de cuajo un trozo de pelo y arañarse las manos hasta hacerse sangre de rabia y desesperación. Aquellas narraciones tenían más de mil años y habían sido contadas palabra por palabra desde tiempos inmemoriales. El trovador vivía de recordarlas, y ¿qué iba a hacer si olvidaba? ¿Contar historias distintas? ¿Inventarse otras nuevas? No se lo habrían perdonado.

– Esto es Eastern Point -dijo el hombre al rato-. La entrada a Kinsale. Allí fuera está Bulman Rock, como un grano feo. Enfrente ves la isla de Sandy Cove, y detrás está el mismísimo Sandy Cove, el cabo más bonito de los escondidos, de fácil acceso incluso por la noche.

– ¿Por la noche? -pregunté.

– A veces, a la buena harina le sienta mal la luz -dijo el hombre, riéndose con los otros.

Me dormí y no abrí los ojos hasta la mañana siguiente; desperté acostado en un jergón de paja, envuelto entre burdas sábanas, y no muy lejos de un fuego chisporroteante que me calentaba el cuerpo entumecido y maltrecho. De verdad que en toda mi vida los recuerdos no me han hecho sufrir, y mucho menos he vivido de ellos, pero si hay algo aparte de mi pierna que de vez en cuando ha vuelto a mi pensamiento, debo decir que fue aquel instante. Frustrar las esperanzas de la muerte de pillar a uno como yo fue casi como tocar el cielo con las manos.

Tampoco estuvo mal cuando abrí ya del todo los faros y vi una dulce cara de mujer. La chica no dijo nada, pero sonrió y desapareció por una puerta por donde entraba el sol, Al trasluz se transparentaba su blusa blanca de algodón y su larga falda, de manera que tuve un fugaz atisbo de su silueta. Al rato volvió con algo de comer y de beber, y después apareció el hombre que me había salvado la vida, porque eso era en realidad lo que había hecho.

– Gracias -fue lo primero que pronunciaron mis labios agrietados.

Sólo sacudió la cabeza como si le restara importancia, y me preguntó cómo me sentía. Le dije cómo estaban las cosas: que estaba vivo y que no hacía falta añadir nada más sobre esa cuestión.

– Me llamo Dunn -se presentó el hombre-. Esta es mi hija Elisa, y te encuentras en Lazy Cove, cerca de Kinsale.

Asentí con un gesto y estuve a punto de decirle mi nombre, pero enseguida me vi contándole que conocía al capitán Wilkinson y que pretendía hacerme cargo de su barco, y que por tanto era un amotinado, y se podía colgar a cualquiera por mucho menos.

– Eres bienvenido; puedes quedarte aquí cuanto quieras, todo el tiempo que necesites -dijo Dunn.

– Os puedo ser útil -aseguré, y traté de coger mi cinturón. Ya no estaba.

– El cinturón está debajo de tu cama -me dijo Dunn-; bueno, lo que quedaba de él cuando te encontramos.

– Era lo que me quedaba de mi padre -aclaré aliviado-. Creo que era herencia del contrabando. Y de diez años de amargo y duro trabajo en el *Lady Mary*.

– No me importa de dónde viene tu dinero -dijo Dunn-. Puedes aportar un chelín por la comida, si lo consideras necesario, y asunto zanjado.

Y menos mal, puesto que me habría costado dar una explicación congruente. Me acogieron sin más requisitos que el de estar medio muerto y ser incapaz de arreglármelas por mí mismo. Habían visto mi fortuna, o lo que quedaba de ella, pero comprendí que el trato de persona respetable que me otorgaban era desinteresado.

– ¿El *Lady Mary* no traía tabaco desde Charleston? -preguntó Dunn.

– Sí -respondí-. Se hundió ayer frente a Old Head of Kinsale, con los hombres y con todo, excluyendóme a mí, claro. Me arrojaron por la borda antes de que el barco fuera a dar contra el acantilado y se hiciera trizas.

– Nos lo temíamos. Hoy hemos visto salir varios barcos desde Sandy Cove. Fue imposible salir ayer con la tempestad que había, incluso para nosotros, que estamos acostumbrados a las aguas bravas de por aquí. Nunca había visto una galerna que comenzara tan de repente y con tanta violencia. Fue una suerte que dierais la vuelta a Old Head. A lo mejor se ha salvado alguien más.

– No dimos la vuelta -puntualicé yo en voz baja**-;** fuimos por West Holeopen.

– ¡Por West Holeopen! -repitió Dunn-. Pero ¿cómo es posible que diéramos contigo en el cabo del Ahorcado?

Cerré los ojos y me vi de nuevo a la deriva como un pecio, a

través del túnel de la montaña, con el eco y los gritos de muerte de los demás que se oían débilmente a mis espaldas. Después, para mi espanto, vi al pequeño Curwen y oí su grito. ¿Qué hacía él en mi cabeza? Según las reglas del juego estaba muerto. Muerto, antes incluso de tener la posibilidad de saber si valía la pena seguir con vida.

– ¿Hay noticias de los barcos? -pregunté.

– Que yo sepa, no -dijo Dunn-. Aquí en Lazy Cove vivimos un poco alejados del mundo. Tenemos que ir hasta Kinsale para enterarnos de las noticias y comprar víveres. Esta tarde me acercaré para saber qué pasa, pero no volveré hasta mañana.

– Te acompaño -dije.

Dunn movió la cabeza.

– Mejor será que te quedes -me aconsejó-. Has de descansar.

Tuve que conformarme porque todavía me sentía débil y fatigado. Pero el tiempo pasaba lentamente. Mi único alivio era ver el cuerpo de Elisa y su piel dorada por el sol pasar por la puerta.

De vez en cuando entraba y me preguntaba si necesitaba algo, o venía simplemente para arreglarme la manta. Me afeitaba y me lavaba con sus manos suavísimas. Nuestras miradas se encontraban y se rehuían con la misma celeridad. Sí, yo cada vez estaba más desconcertado, y me sentía más irresponsable a medida que avanzaba el día. Confirmé mi miserable condición, pues ¿cómo iba yo a sospechar que existían mujeres capaces de doblegar a hombres como yo por otro motivo que no fuera su trasero respingón?

Al anochecer entró Elisa y se sentó al lado de mi cama. Sin decir una palabra me tomó de la mano y la retuvo entre las suyas hasta que yo ya no supe qué hacer. Estaba estirado, completamente quieto, tieso como un palo.

– ¿Cómo te encuentras? -preguntó.

– Mejor -contesté-. Mucho mejor.

– Has tenido suerte. Si mi padre no te hubiera encontrado, seguramente a estas horas estarías muerto. Tiene que haber sido la Providencia la que te ha traído hasta aquí. Debes dar gracias a Dios por estar vivo.

– ¿Por qué iba a ayudar Dios a un tipo como yo, cuando no levantó ni un dedo por los demás? -dije-. No, mejor me doy gracias a mí mismo y a un indio de Norfolk que me enseñó a nadar. Y a tu padre, que me recogió. Y a ti, que me estás cuidando.

– Quizá fuera ése el motivo que había tras todo lo que ha pasado. Que vinieras aquí.

– ¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta recibí una mirada que me absorbió por completo, como una sanguijuela. Era el mismísimo Diablo, pensé. Allí

estaba yo tumbado, con una vida que había dado por perdida; no debería tener otros pensamientos en la cabeza. En cambio, estaba confundido y atontado por unas faldas. ¿No sería esto lo que yo había querido decir con aquello de empezar a vivir cuando el *Lady Mary* llegara a puerto?

– ¿Has estado mucho tiempo en el mar? -preguntó Elisa, mirándome con sus ojos tentadores.

Conté.

– Cuatro meses, creo.

– ¿Y todo este tiempo sin tener una mujer?

– Sí -carraspeé.

– ¿Te gustaría tener a una mujer ahora?

Quizás asentí con la cabeza como respuesta, pero La verdad es que perdí el hilo y me descarrié del todo cuando Elisa se hubo desnudado y se metió bajo la manta y apretó su cuerpo contra el mío. Todos mis pensamientos se desvanecieron y John Silver dejó de existir como aquel que era y como quería ser, maldito sea.

Cuando recobré el sentido, Elisa estaba a mi lado con una sonrisa satisfecha y juguetona.

– Tú podrías hacer feliz a una mujer -observó-. No eres como los demás. Eres suave y tierno. -Me cogió la mano-. Nunca había visto a un marinero con unas manos como éstas.

– Yo tampoco -dije.

– ¿De verdad eres marinero?

– Sí, ¿qué otra cosa puedo ser, si no?

– He estado con otros marineros, algunos que navegan con mi padre, otros en Francia cuando he acompañado a mi padre hasta allí. Pero sus manos eran toscas, callosas y con cicatrices horrorosas. No eran suaves como las tuyas. ¿Es para acariciar mejor a tu mujer? Nunca he conocido a nadie que me tocara como tú.

La miré fijamente. ¿Qué había hecho yo? ¿La había tocado? Tenía la mente en blanco. Por lo visto, durante un instante había perdido el dominio de mí mismo, y ese descubrimiento me daba escalofríos. Claro que había estado con mujeres antes, con muchas mujeres, como las que se acuestan con los marineros en cada puerto, pero a aquéllas las había tomado por detrás, por delante, por debajo o por encima, de cualquier modo, sin pamplinas ni rodeos, ni antes ni después. ¿Cómo, dónde podía haber aprendido yo a acariciar las mujeres? Era marinero, un navegante experto buen conocedor de la alta mar. Sabía ayustar y zurcir, hacer nudos y escotar, pero para mí era una novedad descubrir que además era diestro en el amor.

Todo esto y algunas otras cosas intenté explicarle Elisa, pero ¿entendía ella lo que yo decía? En honor a la verdad, seguramente me puse a hablar porque no sabía qué decir.

– Nunca he conocido a nadie como tú -dijo cuando acabé-, y no sólo por tus caricias.

Me cogió la mano y la puso entre sus cálidos muslos. Juro por lo poco que todavía considero santo que intenté retirarla, pero los escalofríos habían desaparecido, y así pasó lo que pasó, dicho sea con permiso. John Silver dejó de utilizar la cabeza y se convirtió en un trozo de cera que en las manos de Elisa se derretía hasta lograr un auténtico placer y después, por qué no, quizás encontrar la felicidad. ¿En qué consistía la felicidad para un hombre como yo, si es que puedo preguntarlo?

Después Elisa se hizo un ovillo y la abracé contra mi pecho durante toda la noche, más que si hubiera sido el cofre del tesoro de Flint, mucho más. Al amanecer, cuando despertó, se desperezó y de nuevo se hizo mujer.

– ¡Por todos los demonios que yo tampoco he conocido a nadie como tú! -dije con escalofríos o sin ellos en voz bien alta-. Tan cierto como que me llamo John Silver.

– John Silver -sonrió Elisa-. Un buen nombre.

Debería haberme mordido la lengua. Sin pensarlo, había destruido la posibilidad de que se me diera por muerto o desaparecido. Y para colmo me había entregado desprevenido a la violencia de otra persona.

Dunn volvió a mediodía. Elisa se le tiró al cuello como si no lo hubiera visto desde años antes, o como si no hubiera estado segura de volverlo a ver. Después le dijo algo al oído mirándome intencionadamente cuando se apartó de su pecho.

Dunn estaba satisfecho.

– Me alegra comprobar que te has recuperado -dijo.

Miré a Elisa.

– Es gracias a ella -dije sin querer.

– Sí -convino con una mirada picara e incluso con cierta comprensión-; lo entiendo.

Miré sorprendido la inocente cara de Elisa.

– Mi hija -dijo Dunn- es una mujer adulta, y eso lo sabe ella mejor que nadie. Yo no puedo hacer nada, aunque quisiera.

– Se llama John Silver -apuntó Elisa.

Dunn se volvió hacia ella.

– Vaya, así que ése es tu nombre.

Su voz cambió de tono y me miró como si no supiera exactamente qué tenía que pensar o que hacer.

– ¿Qué pasa? -preguntó Elisa inquieta cuando vio la expresión de Dunn.

– Depende -contestó Dunn.

– ¿De qué? -pregunté.

– De quién sea uno y de quién quiera ser. Si uno quiere ser John Silver para lo que le resta de vida, no es tan bueno como debería ser.

Dunn me clavó la mirada.

– Sólo se ha encontrado un superviviente del *Lady Mary* -dijo-. Es el capitán Wilkinson. Afirma que el barco se hundió porque la tripulación se amotinó. Y que el responsable del motín fue un tal John Silver.

Vaya, con que eso decía aquella asquerosa y mentirosa carroña. O sea, que así había pensado defenderse de su mala reputación: mandándome a la horca si estaba aún con vida o ensuciando mi buen nombre si hubiera muerto. ¡Él, que no había movido ni un dedo por salvar mi preciada vida!

No debí de ofrecer una visión agradable, ya que tanto Elisa como Dunn dieron un paso atrás, pero ella se adelantó enseguida y me puso la mano sobre la mejilla. Algo se me quebró por dentro: yo, más tarde temido y odiado por tantos, rompí a llorar como un chiquillo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? O esto, o salir tras Wilkinson y matarlo con mis propias manos -que por aquel entonces ya podían compararse con las del capitán Barlow- con lo que sólo lograría que me colgaran.

Con el llanto vino también el maldito recuerdo del pequeño Curwen, que estaba en el castillo de popa y fue el único que miró por encima de la borda para ver qué había sido de John Silver, a quien según sus propias palabras le importaba un rábano el *Lady Mary,* con aparejos y tripulación, desde la quilla hasta el punto más alto de los mástiles que ya no existían, incluido el pequeño Curwen.

– ¿No es una maldición -gritó Dunn- que tiranos como Wilkinson sigan con vida cuando se mueren los marineros? Wilkinson, uno de los más endemoniados que surca los mares. ¡Mierda!

El arrebato de Dunn me devolvió a la realidad.

– ¿Conoces a Wilkinson? -pregunté.

– ¿Y quién no? -me respondió-. De todos los navegantes ¿quién no ha oído decir que el capitán Wilkinson es peor que el mismísimo Diablo? Y lo digo suponiendo que al diablo le diera por hacerse a la mar. Sonrió con amargura-. Pero ¿por qué se iba a preocupar el Diablo por Wilkinson y otros como él, que ya llevan su estandarte bien alto?

Dunn me pasó un brazo por los hombros.

– Tenemos mucho de qué hablar. En primer lugar, hay que inventar una nueva vida para John Silver, que según tengo entendido se fue a la tumba anteayer y que no resucitará hasta dentro de un tiempo.

Entramos y nos sentamos junto al fuego. Dunn me pidió que le explicara mi historia de cabo a rabo, que ahora era realmente el final, ya que John Silver tenía que irse a la tumba. Se lo conté todo tal y

como había sido, excepto mi viaje milagroso a través de la montaña, porque ¿quién se lo iba a creer?

– Cuando llorabas antes, ¿era por Curwen? -preguntó Elisa cuando hube acabado.

– ¿Por qué iba a hacerlo? -respondí yo-. En todos los viajes mueren marineros; es la ley del mar. Es una pena, supongo, pero no más por uno que por otro.

– No necesitas defenderte -dijo Dunn-. Sea como fuere, ya tenemos bastantes accidentes por hoy. Ahora se trata de John Silver.

– Se queda aquí -resolvió Elisa sin dudarlo.

La miré fijamente.

– ¿Qué miras? -preguntó.

– Desde luego, no te entiendo -contesté.

– No -dijo-. ¿De qué te iba a servir?

Capítulo 9

Cuando acabé de explicarles a Elisa y a Dunn lo relativo a mi, hasta entonces, corta vida, Dunn fue hacia uno de los cofres que estaban repartidos por toda la casa, y que hacían de mesas o de sillas, según se conviniera. Volvió con una botella de coñac.

– Recién llegada de Francia -dijo al dejar la botella y tres vasos.

– ¿No estamos en guerra? -pregunté.

– ¿Quiénes? ¿Nosotros? -contestó Dunn-. Yo no he firmado ninguna declaración de guerra. Prefiero tomarme un vaso de vino o de coñac de vez en cuando. Y no soy el único, ni en Irlanda ni en Inglaterra.

– Desde luego, son tantos que a lo mejor se puede vivir de eso -insinué.

– Quizá. Los ingleses dicen que Kinsale y Cork son nidos de contrabandistas, pero no saben qué hacer para solucionarlo. No me extrañaría que un día nos prohíban pescar o ser propietarios de los barcos. Porque tienes que saber, John, que a los ojos de los ingleses, Irlanda no vale más que cualquiera de sus colonias en África o en la India. Mi abuelo estuvo en la batalla de Kinsale, en 1601. Seis mil quinientos irlandeses a las órdenes de O'Neill y un millar de españoles en el mismo Kinsale resistieron frente a cuatro mil ingleses que habían cercado a los españoles durante tres meses. Estalló la Nochebuena entre truenos y lluvia. En tres horas lo perdimos todo: el honor, la fe en nosotros mismos, nuestras antiguas tradiciones, nuestra forma de vivir. Si O'Neill hubiera vencido a Mountjoy quizá todo habría sido diferente.

– Mi padre era irlandés -dije.

– Lo sé -contestó Dunn y sonrió ante mi aire de desconcierto-. No me interpretes mal, no he estado por ahí fisgoneando. Pero cuando me dijiste tu nombre, y que el dinero del cinturón era herencia del contrabando, até cabos. Había un tal Silver en Cobh, y solía navegar hasta Francia. Era un hombre aventurero, admirado por muchos. Mi propio padre navegó con él durante un par de años, cuando yo aún era demasiado joven para recordarle. Pero recuerdo que mi padre acostumbraba decir que era difícil encontrar a un hombre mejor que Silver.

Dunn y Elisa me miraron como si estuvieran contentos de que yo hubiera tenido un padre al que admirar. ¡Y yo que siempre lo había mirado por encima del hombro, hablando literalmente y también en otros sentidos!

– Está muerto -comenté simplemente-. Se mató con la bebida. O casi.

– ¡Qué lástima! -dijo Elisa. Yo guardé silencio.

– Bueno, ahora se trata de saber qué vamos a hacer con John Silver -dijo Dunn cambiando de tema, creo que por consideración-. En realidad deberías quitarte de en medio hasta que Wilkinson haya desaparecido de Kinsale.

Miré a Elisa. Dunn acompañó mi mirada y sacudió la cabeza.

– Me imagino que se hará lo que diga Elisa, como siempre, aunque no sea lo que más nos convenga. No me extrañaría que Wilkinson tenga a gente por ahí buscando tu cadáver, para estar seguro de que no hay supervivientes, porque si se hubiera salvado alguien de la tripulación, no quisiera estar en el pellejo de Wilkinson, eso seguro.

Dunn se detuvo. Probablemente a los tres se nos ocurrió pensar que yo sí había sobrevivido, y que tenía todo el derecho del mundo de vengarme ante Dios y ante los hombres.

– Déjalo vivir -dije-. Llegará un día en que se entere de que John Silver sobrevivió al naufragio. Eso será suficiente castigo, porque a partir de entonces siempre tendrá miedo de que la verdad salga a la luz.

Noté cierto alivio tanto en la cara de Dunn como en la de Elisa.

– Está bien -dijo Dunn-. Es más que suficiente que mi hija se haya prendado de un amotinado.

– Me puedo ir -sugerí-. Puedes estar seguro de que John Silver no es de esos que navega como si fuera una mercancía.

– Dices muchas tonterías -respondió Elisa.

– No hablemos más del asunto -replicó Dunn-. El caso es que yo tengo un barco y además me dedico al comercio, no sé si me explico. Es un balandro de Kinsale llamado *Dana,* de veintiún metros de eslora, un cúter rápido y capaz como pocos, hecho para cualquier excursión a Morlaix, Brest y Saint Malo. Tendrías que ver cómo hiende su afilada proa en las olas del Atlántico, como si fueran de mantequilla, o sentir cómo se escora, y la velocidad que alcanza cuando el mar se lo permite. Es muy diferente a los balandros de Galway, que flotan como un corcho en las ensenadas cabrilleantes de allá arriba. No, el balandro de Kinsale está hecho para alta mar, y cuanto más carga mejor navega. Es una auténtica satisfacción gobernarlo. ¿Tú qué dices, Silver?

No entendí lo que se proponía. Yo nunca había oído hablar a

nadie con afecto de un barco. A bordo del *Lady Mary,* al menos lo que se avistaba desde el mástil, todo era ataúd, barco de sangre, montón de leña, barco de la muerte, infierno flotante, cedazo rezumante, matadero, puta rebelde, navegante torcido, cáscara de caracol o cosas peores.

– Te ofrezco un sitio a bordo -dijo Dunn, algo impaciente-. No te obligo -añadió-. Puedes elegir tú mismo si quieres navegar con participación o a sueldo.

– ¿Con participación? -pregunté-. ¿Como los piratas?

– Quizá. O a la vieja usanza. Antes, ningún tripulante iba a sueldo. Todos tenían una participación mayor o menor, desde el grumete hasta el capitán. Las ganancias y las pérdidas se repartían por igual, casi siempre por cupos. No había trampa ni cartón. No se obligaba a nadie. El mundo marcha hacia delante, Silver, pero si inviertes cuarenta libras en el *Dana* tendrás un cuarenta por ciento, más un cinco por ciento de bonificación en honor a Elisa -añadió tras una corta pausa.

De nuevo me quedé con la boca abierta. Aquí estaba el padre, y poco menos que me ofrecía un pago por forzarme a gozar de su hospitalidad y de su hija. Dicho de otro modo, recibía una compensación por estar con Elisa.

– No te quedes ahí como un pasmarote -se impacientó.

– Sí, sí las tengo. Máximo cuarenta libras -dije.

A Elisa le resplandecía la cara.

– ¿Por qué te sonrojas? -preguntó.

– No me sonrojo -contesté.

– Brindemos, pues, por nuestra sociedad -ofreció Dunn-. No te arrepentirás.

Pero ¿por qué me iba a arrepentir? «A lo hecho, pecho.» Y con eso era suficiente: ése era mi lema.

– Sólo falta una cosa -añadió Dunn-. Enterrar a John Silver.

– No sería suficiente con una crucifixión si quiero estar seguro de resucitar de entre los muertos -repliqué.

– De cualquier forma, necesitas otro nombre -dijo Dunn.

– ¿Qué os parece Jesús? -apuntó Elisa-. En Portugal conocí a un marinero que había nacido en Brasil. Se llamaba Jesús, pero parecía un diablo y se comportaba como tal.

– ¿Qué os parece John Long? -replicó Dunn-. Hay muchísimos John, así que no significa gran cosa. Y Long no te obliga a nada.

Elisa se apretó las manos.

– Lo aceptamos -dijo en mi nombre-. John Long está bien, porque así puedo continuar llamándote John. Y Long tampoco está mal, aunque no eres largo en exceso, menos de donde más se necesita.

Y así fueron las cosas. En manos de Elisa, yo no era más que una masa que ella moldeaba a su antojo. Cuando me escondía en su cuerpo cálido y tierno era como si me convirtiera en otro, en John Long, el recién resucitado, que no tenía mucho que ver con el marinero John Silver, el que había mirado a la muerte cara a cara.

Eso por un lado. Aparte, Elisa tenía la lengua más rápida, atrevida y desvergonzada que yo había oído nunca. Con pocas palabras podía quitarle a cualquiera toda la soberbia y presunción, hasta que le empezaban a temblar las piernas y se quedaba como si tuviera que volver a aprender a andar de nuevo. Y todos sabían el espectáculo que era. Con ella, creía yo, podía hablar con sentido común y sensatez no porque aceptara todo lo que yo dijera, sino porque no la podía engañar por más que quisiera.

Sí: tal y como estaban las cosas, creía que ella me resultaba tan útil como mis guantes de piel, que ya creía no necesitar, porque estaban destinados a marcarme para la vida, no para la muerte. Realmente, era como si tuviese una vida nueva en todos los sentidos. Era John Long, marinero, socio de Dunn, novio de su hija Elisa, venido de las colonias; así fue como me presentaron y así fui conocido en Lazy Cove. Por tanto, ya no necesitaba mis guantes, aunque me los enfundaba cuando ayudaba a Dunn con el *Dana*. ¡Por Elisa! ¿Cómo se puede ser así tan tonto?

Me escondía del capitán Wilkinson, que según los rumores no tenía ninguna prisa por coger el primer barco de vuelta a Glasgow. Supongo que esperaba que alguien hubiera sobrevivido a la catástrofe, alguien que, ante el fiable testimonio y la honorable palabra de Wilkinson, pudiera ser juzgado y ahorcado por motín. Entonces Wilkinson estaría seguro de que podría volver con la cabeza bien alta y tener de nuevo el mando sin necesidad de soportar la vida en tierra firme.

De manera que yo estaba preso en Lazy Cove. Mi camino se cerraba sólo una milla más al norte, donde estaba el fuerte Charles, con una guarnición de más de cuatrocientos ingleses peleones, reclutas torpes y oficiales arrogantes y desconfiados, que veían un enemigo traidor en cada irlandés, idea en la que no andaban tan equivocados. Después de la batalla de 1601, Kinsale estaba lleno de soldados ingleses porque era el mejor puerto de aguas profundas para los españoles y los franceses que pretendieran sorprender a Inglaterra por la espalda.

Sí, estaba encerrado y con las alas cortadas, como un pájaro herido. Empecé a sentir nostalgia de hacerme a la mar con Dunn para tener aire bajo las alas. Tras unas semanas de idilio, amabilidad y cosas por el estilo, no estaba ya tan seguro de que me quisiera llevar a Elisa. Pensaba en ella a todas horas, desde luego, y no tenía otras

cosas más importantes en la cabeza. La tenía en cuenta y cumplía todos sus deseos, y le daba el placer que quisiera, por no decir placeres. Su bondad y sus cuidados me hacían perder la cabeza y ser diferente. A veces me sentía como si me atara de pies y manos, y notaba que su amor por mí era como una soga atada al cuello.

Al principio no me daba cuenta, porque los dos queríamos lo mismo y hacíamos lo que más nos apetecía. Pero después empecé a reprocharle que estuviera tan a menudo en mis pensamientos. No es que me enfadara con ella o que no me gustara. Ella era como era, pero había momentos en los que yo apenas existía. No era justo ni correcto que se apropiara de mí como lo hacía. Al final, yo ya veía toda mi vida, una vida entera, sin ser yo mismo.

Hacer unos cuantos viajes solo con Dunn, pensaba, podría curarme de una cosa y de la otra, pero en cuanto hablaba de navegar, Elisa siempre declaraba con suma firmeza que ella nos acompañaría. Por una parte, decía, para controlarme, no fuera a esfumarme como el viento. Según ella, yo era capaz de desaparecer en cuanto me perdiera de vista. Por otra parte, tenía que cuidar de su padre. Temía que se equivocara a cada paso. Su talante generoso le impulsaba a confiar en un simple apretón de manos y a fiarse de las apariencias, sin observar el verdadero carácter de las personas. Por eso lo amaba más que a cualquier otra cosa en el mundo.

– Aunque sabe hacer las cosas -dijo Elisa-. No es tonto, como ya te habrás dado cuenta, si tienes algo más que serrín en la mollera. Por suerte, yo no he heredado su bondad, porque con un corazón así es difícil vivir.

Y en parte tenía razón; en este mundo era difícil vivir con un corazón tan bueno y bienintencionado como el de Dunn. Si se quiere ser persona, claro. Si no, da lo mismo.

Aprendí a navegar el *Dana,* es decir, a navegar, porque aquello no tenía nada que ver con la vida como marinero en el *Lady Mary*. Tuve que desarrollar sensibilidad para los remos, volver la mejilla o la cara hacia el viento para percibir la fuerza de una borrasca, valorar la velocidad antes de volcar, esperar la ola adecuada para no quedar encallado y descontrolado a merced del viento, mirar la estela para determinar la deriva… Resumiendo, tendría que pensar por mí mismo. Así me hice rápidamente el más entusiasta desparramador de alegría que pudiera verse a bordo de un barco. Por el rabillo del ojo veía a Elisa y a Dunn intercambiar miradas, que, a mi entender, manifestaban su alegría por tenerme cerca, aunque no fuera por el mismo motivo.

Un día Dunn me pidió que pusiera rumbo al sur, pasando Eastern Point y los arrecifes que llamaban The Bulman.

– Tienes que tomarle el pulso al mar en un barco pequeño -dijo Dunn-. No es lo mismo que en un pesado buque mercante. Y después quiero enseñarte algo que quizá sea de interés.

Nos metimos primero en el Pitt, la embocadura de Sandy Cove; nos situamos de forma que pudiéramos anclar y almorzamos mientras Dunn me daba explicaciones sobre el clima, los vientos y tormentas en esa parte de Kinsale. Con el dedo señalaba puntos en tierra y explicaba cómo se debían embocar en la oscuridad o con tormenta. Después nos deslizamos a lo largo de Old Head con un viento firme y suave.

– Me gustaría que aprendieras cómo es esto de por aquí -dijo Dunn-. Para salir con bien en nuestro negocio, tenemos que saber más que los de aduanas. Astucia y conocimientos, ése es nuestro seguro.

– En realidad, nada nuevo para ti -añadió Elisa.

– ¿Ves aquella pequeña bahía que se abre a babor? -preguntó Dunn-. Es Cuis an Duine Bhaite, la bahía del Ahogado. Los que viven cerca aseguran que todavía se oyen los gritos y las llamadas de socorro cuando hay tormenta.

Aquello me sentó como una patada. Dunn no tenía mala intención, pero podría haber pensado un poco. Para un alma como la mía no era agradable que te dijeran de sopetón, sin más preámbulos, con cuánta facilidad un cuento de viejas se convierte en realidad. Con una vez es suficiente cuando se quiere vivir como yo quería.

– La bahía grande se llama Bullen's Bay -continuó Dunn tan campante, sin darse cuenta de mi malestar-. Aquí se puede fondear con vientos del este y del sur, pero hay que ir con cuidado con las rocas de la banda sur. Las evitas cuando vas alineado con Bottom Point, allá abajo, ¿lo ves?, un cabo abovedado.

– Llamado así -apuntó Elisa- porque parece un culo al revés. Es traicionero; por lo tanto, siempre pensaré en él como si fuera un soldado británico con los pantalones bajados. Siempre viene bien cuando uno empieza a estar cansado, de vuelta a casa, y tiene dificultades para mantener los ojos abiertos.

Navegamos muy cerca de un islote y nos deslizamos hasta la siguiente bahía.

– Esto es la bahía de Holeopen, el mejor sitio para anclar desde el suroeste al noroeste. Aquí se puede dejar una taza de té en la mesa aunque el viento sople del otro lado del istmo. Se mueve algo, porque un poco de marejada siempre llega hasta aquí. Te lo enseñaré.

Dunn se acercó a las rocas suavemente y entonces comprendí lo que quería decir. En la montaña, justo a través de la montaña, vi la parte baja del sol que se estaba poniendo en el mar, al otro lado.

– El mar ha logrado colarse a través del istmo -prosiguió Dunn-. Cuando sube la marea se puede incluso atravesarlo remando sin peligro. Por eso la bahía recibe el nombre de «agujero abierto».

No contesté. Sentía un murmullo en la cabeza, el pecho me estallaba. Me había visto morir una vez y creía que jamás tendría que volver a pasar por una experiencia igual, pero en ese momento comprendí que nada puede hacerse si la muerte nos ronda, que al menos por esa vez me había librado de la tumba. Había sido Elisa la que me hizo olvidar que sólo se tiene un pellejo que cuidar mientras uno sigue con vida.

– No es imposible que alguien pudiera salvar la vida yendo por ese camino en lugar de ser aplastado contra las rocas del otro lado -continuó Dunn-. Lo he pensado mucho, John, y tiene que haber sido así. Puedes dar gracias al Cielo por haber sobrevivido.

– ¿Y a quién tengo que darle las gracias por los que no sobrevivieron? -dije, y me salió del alma.

– No era eso lo que yo pensaba -replicó Dunn tranquilamente-. Pero tienes que aprender a vivir sabiendo que eres tú quien sobrevivió, y no hacerte reproches.

– Sí -dije-. Claro que sí. Yo… y el capitán Wilkinson.

Ya de regreso iba triste, y ni siquiera Elisa lograba animarme, pero les dije tanto a ella como a Dunn que no se preocuparan por mí, que me había ido bien volver a ver mi propia muerte y que pronto olvidaría que alguna vez había creído que me había llegado el fin.

Amén. Lo que no comprendía es que era como hablar con una pared. Probablemente se imaginaban que me enseñarían a vivir de nuevo. No entendían que ya era suficiente enseñanza estar a un paso de la muerte, y que no necesitaba a nadie en este mundo para saber que seguía vivo.

De nuevo en Lazy Cove, les dije a los dos que quería estar solo y subí hasta el fuerte. Alcancé los muros altos e inclinados y vi algunos soldados de uniforme rojo chillón dibujarse en el mojinete. Se me ocurrió saludarles con la mano, pero no me devolvieron el saludo. Estaba prohibido, supuse. Según Dunn, el gobernador del fuerte, Warrender, era un prodigio de decretos y estipulaciones y tenía una sola religión a la hora de vivir la vida: disciplina y más disciplina.

«Están ustedes aquí para aprender a obedecer sin pensar», ésas eran siempre sus primeras palabras a los nuevos reclutas que iban allí para aprender antes de que, ya formados y obedientes como pocos, se les enviara a las colonias o se les convirtiera en soldados de la Marina, los únicos para los que era un honor cumplir órdenes.

Rodeé el fuerte por la parte oeste y me senté en una roca con la espalda apoyada contra el muro. El sol se había puesto detrás de Compass Hill, pero todavía había luz, y hacía ese calorcillo tan característico de Irlanda en los primeros días de verano. A proa estaba la ciudad de Kinsale, prohibida para mí, y a babor veía el Atlántico, que tenía el brillo más intenso del rubí con la última luz del sol; a

estribor se ocultaban las casas de Summer Cove detrás de las verdes y fértiles colinas que le hacían a uno desear, pensándolo con tranquilidad, haber nacido vaca o quizás oveja. Era precioso, como lo que escribían los poetas cuando se hartaban de las personas, cosa que ocurría con facilidad, diría yo, y quizás a mí también me producía cierto alivio.

Me quedé adormecido como si me hubiera vuelto imbécil, porque ¿qué es uno si deja de pensar? Pero como si no me estuviera concedido ese deseo, me desperté de la somnolencia con un disparo de un mosquete. Agucé el oído y al principio no oí nada, pero después me llegaron una o dos órdenes bruscas seguidas por un silencio que se rompió con el alarido penetrante de una mujer que me puso los pelos de punta.

Un instante después oí un nuevo ruido que me hizo levantar la cabeza y mirar hacia la parte de arriba del muro, justo encima de mí. Y ¿qué ven mis ojos, sino una novia con faldas blancas y diadema, a punto de lanzarse al vacío? No sé si dudó en el último y enloquecido segundo, o si no era más que una perturbada mental, pero no hubo vuelo artístico. Se tambaleó, dio un traspié en la cumbre y con un grito que me llegó hasta la médula de los huesos cayó por el escarpado y empinado muro de más de nueve metros de altura.

Me entraron las prisas y apenas me dio tiempo de esquivarla cuando aterrizó con un crujido amortiguado de huesos rotos y salpicaduras de sangre. Arriba, en la cima, se asomaron varias cabezas que gritaban y maldecían, se lamentaban y blasfemaban, lloraban y se quejaban. Me acerqué a la mujer de blanco, me arrodillé y le tomé el pulso. Estaba tan muerta como las piedras contra las que se había aplastado.

No supe qué hacer, si poner los pies en polvorosa o quedarme. Pero antes de decidirme por una u otra opción oí unos pasos apresurados que se acercaban, y al instante apareció un uniforme rojo a mi lado, un oficial a juzgar por las charreteras y otros oropeles.

– ¿Cómo está? -preguntó con voz temblorosa.

– No sé qué decir. Yo creo que muerta del todo.

El oficial suspiró profundamente.

– ¡Qué desgracia! -clamó-. Será tremendo para el gobernador.

– ¿Por qué? -pregunté.

– Es su hija.

Dos soldados rasos aparecieron sin aliento y le saludaron sin echar ni una mirada a la muerta. Probablemente no se atrevían a hacerlo sin una orden expresa.

– ¿Serán tan amables de comunicar al mayor Smith que la señorita Warrender está muerta? -dijo el oficial-. Pídanle que envíe a dos hombres con una camilla aquí abajo. ¡En marcha!

Los dos soldados le saludaron de nuevo, dieron media vuelta y salieron corriendo sin haber recobrado el aliento.

– No quisiera estar en la piel del gobernador cuando le den la noticia -comentó el oficial mirando a la señorita.

– ¿Qué ha pasado? -pregunté.

– Algo increíble -contestó un poco confuso y ausente.

Si no hubiéramos tenido a la dama muerta a nuestros pies, el oficial probablemente nunca se hubiera confiado a un desconocido andrajoso como yo, pero al parecer necesitaba descargar el corazón.

– Hoy era el día de la boda de la señorita Warrender -dijo-. Esta mañana se casó con sir Trevor Ashurt, capitán de infantería. Después del ágape parece que se fueron a pasear a lo largo del muro por el bastión del Diablo, que dado lo sucedido se ha hecho merecedor del nombre. Sí, la señorita Warrender, o señora Ashurt, que así se llama en realidad, o se llamaba, descubrió unas flores bonitas en el prado, a los pies del muro. Caballerosamente, Ashurt se ofreció a hacerle un ramo. Le indicó que esperase en casa del gobernador. Después dijo a uno de los soldados que estaban de guardia en el bastión que bajaran corriendo a buscar un buen ramo y él tomó la guardia de la torre. Como estaba cansado de tanto festejo de la boda, se sentó en un banco y se durmió en el puesto, el peor delito que puede cometer un militar. ¿Y qué ocurrió? El mismísimo gobernador pasó haciendo la inspección diaria, día de boda o no, descubrió a sir Ashurt durmiendo y allí mismo le pegó un tiro al hombre que acababa de desposar a su hija.

Yo no daba crédito a mis oídos.

– Pero por todos los demonios… -empecé.

– El gobernador siempre ha sido inexorable en cuestiones de disciplina. En todo el Ejército inglés no hay quien se pueda medir con él en este asunto. No es ninguna casualidad que los nuevos reclutas sean enviados aquí antes de confiarles ningún servicio en las colonias o en la Marina.

– Disciplina de cadáveres con todos los honores -añadí mientras interiormente sentía una rara alegría-. Pero… ¿en el día de la boda de su propia hija?

– Sí -dijo el oficial mirando hacia el cadáver de la recién desposada-, pero ha tenido que pagar un precio muy alto. Su hija amaba a su marido más que a su padre.

– No me extraña -dije-. ¿Pero por qué no le disparó a su padre? Seguro que yo lo hubiera hecho si hubiera estado en su pellejo.

El oficial me miró detenidamente, y ya iba a abrir la boca cuando oímos el segundo disparo del día desde el fuerte, un silencio y un tumulto, gritos, llamadas y órdenes confusas. Por la cima del muro apareció una cara.

– El gobernador está muerto -nos gritó una voz-. Se ha pegado un

tiro en la sesera.

– ¡Oh, no! ¡Oh, no! -exclamó el oficial.

Sin embargo, sentí cómo se abrían todas las puertas. «En este mundo, -pensé-, uno se tiene que comportar con buenos modales, como un marinero, como un soldado, como un súbdito, y cumplir las órdenes. ¿Para qué?»

Me eché a reír. No podía hacer otra cosa. Fue como si la risa se llevara todas las rémoras que se habían acumulado en el casco de mi navío desde que subí a bordo del *Lady Mary* diez años atrás.

Naturalmente, no me fijé en el cambio de expresión del oficial, ni pensé tampoco en la impotencia que le embargaría tarde o temprano.

– ¿Quién diablos es usted? -me preguntó con rencor cuando mi risa se iba calmando.

Y yo, idiota de mí, aunque no tanto, a la hora de la verdad contesté con total naturalidad.

– John Silver, también llamado John Long, experto marinero y mucho más. Para servirle a usted -añadí, tras lo cual me di la vuelta y me largué con mi alegre carcajada tañendo en mi interior como unas campanas de boda.

Capítulo 10

Aún me iba riendo yo solo cuando llegué a Lazy Cove y me encontré cara a cara con Dunn y con Elisa, estaban sentados frente a la lumbre, y al margen de lo que hubiera entre Elisa y yo no pude por menos que sentir cierta prevención por la inquietud y la preocupación que irradiaban sus ojos cuando me vieron. Me habían salvado la vida. ¿No era suficiente? ¿Tenía que reducirme aún más? ¿No era yo uno de esos que se reían de la muerte en su propia cara? Podía arreglármelas solo sin necesidad de la expresión preocupada de sus caras.

Elisa se puso resplandeciente al ver que no me había ocurrido nada, pero acto seguido volvió a adoptar aquella expresión angustiosa. Me miró las piernas como si fuese la primera vez que las veía.

– ¿Qué te pasa? -pregunté.

– Tienes sangre en los pantalones -observó quedamente.

Bajé la mirada y descubrí que el último acto de la señorita Warrender había sido estropearme los únicos pantalones que tenía y que me servían en tierra, un regalo de Dunn.

– Vaya. Lo que me faltaba.

Y volvió la risa a las caras de Elisa y Dunn. Los tuve en vilo un momento hasta que les expliqué detalladamente cómo había salvado el pellejo por los pelos. Si había supuesto que Elisa y Dunn hallarían graciosa mi historia, estaba muy equivocado.

– No deberías burlarte de una mujer tan desesperada que llegó al suicidio -me riñó Elisa.

– ¿No? -me asombré-¿De qué me voy a reír, entonces?

Los miré a los dos, pero no replicaron.

– Imagínate que hubiera sido yo -dijo Elisa.

– ¿Tú? -contesté-. ¿Por qué me lo tengo que imaginar? En primer lugar, no veo a Dunn disparando a su yerno por haberse dormido durante la guardia. Y en segundo lugar, tú no te tirarías del muro por mí.

– ¿Y tú qué sabes? -preguntó Elisa.

– Sí -dijo Dunn-, ¡quién sabe lo que haría yo si viera que mi yerno le daba mala vida a mi hija!

– ¡A mí no me mires! -exclamé, porque era justo lo que estaba haciendo.

– Si he entendido bien lo que pasó -prosiguió Dunn-, lanzaste tu verdadero nombre a la cara del oficial como si fuera un guante.

– Sí, así fue. Y seguramente lo volvería a hacer si tuviera la ocasión.

– Eso es lo que temo -suspiró Dunn.

– No te preocupes por mí -le dije alegremente.

– No, si no me preocupo por ti -me contestó Dunn-. Pienso en Elisa.

Ante eso esbocé una sonrisa.

– Si hay alguien en el mundo que se las sepa arreglar es ella -dije.

Era mi pensamiento más sincero, un elogio como pocos pueden salir de mi boca, un reconocimiento, pero no recibí nada a cambio.

– John -dijo Dunn-. Te aprecio y es evidente que Elisa también. No tiene nada que ver con que te salvara la vida. Lo hubiera hecho con cualquiera.

– Sí, incluso al gobernador Warrender -le interrumpí.

– Incluso al capitán Wilkinson -declaró Dunn.

¿Sería posible?

– Sí, pero no necesitas saber por qué, ni darme la razón. Ahora estamos hablando de otra cosa. Te acogimos y te cuidamos. Es difícil no apreciarte, John, a pesar de lo que opines y a pesar de lo que opine yo mismo. Elegiste ser mi socio, y el diablo sabrá si mi hija no te está eligiendo para que seas mi yerno. Eso lo sabe todo el mundo. Y entonces vas tú y lo pones todo en peligro gritando que eres John Silver, sin pensar que el capitán Wilkinson no podría oír mejor noticia. La verdad, creía que tenías más sentido común.

– Hice lo primero que se me ocurrió.

– Sí -dijo Dunn-, ni más ni menos. ¿Qué crees que pasará si se descubre que Elisa y yo hemos escondido a un amotinado como tú?

No contesté. No tenía nada que decir, ni a mi favor ni en contra mío. Había gritado mi nombre para tener aire bajo las alas y volver a ser yo mismo, nada más que eso.

– Nos pueden colgar -continuó Dunn-, igual que a ti.

– Vaya -dije yo-. Así que estamos en el mismo barco. A las duras y a las maduras.

– Sobre todo a las duras -dijo Elisa.

Después, en la cama, me agarró sin piedad, como si fuera la última vez. Al final tuve que pedirle clemencia.

– ¿Clemencia? -exclamó-. ¿Tú pides clemencia, tú, el grande, el fuerte, el que puede luchar solo contra el mundo entero? ¿Sabes siquiera lo que significa esa palabra?

– Claro que sí -respondí-. Significa que ya no puedo más.

Elisa se echó a reír sin alegría, como nunca la había oído reír.

– ¡Que ya no puedes más! -dijo con sorna y con tristeza a la vez-. Ojalá un día tengas que ponerte de rodillas y pedir clemencia como un ser humano, John Silver.

– ¿Y ahora qué soy? -pregunté.

Elisa no respondió. No entendía nada. ¿Por qué no decía lo que pensaba, como acostumbraba, sin rodeos? Para colmo de males, se echó a llorar.

– Pero ¿qué te pasa? -me asombré-. Admito que tal vez no lo pensé demasiado, es cierto. Pero quiero ser yo mismo. ¿No te gusto precisamente por eso? ¿Porque soy como soy? Si quieres que me vaya y os deje en paz a ti y a Dunn, me lo podrías decir en lugar de ponerte a llorar como una cría.

De poco sirvieron mis palabras, porque Elisa lloró con más desgarro.

– ¿Por qué no me puedes decir cuál es el problema? -me impacienté.

– Claro que sí -sollozó al fin-, claro que puedo. El problema es que no entiendes lo que pasa.

Al día siguiente soltamos las amarras del *Dana* y nos dirigimos hacia Francia. Tanto Dunn como Elisa parecían aliviados al zarpar, y puede que sólo alguna mirada furtiva recordara el día anterior. Teníamos viento de popa, y el *Dana* navegaba que daba gusto. La espuma salpicaba y formaba el arco iris. El sol brillaba en el salitre adherido a las rojas velas de algodón. El aire me limpió a mí y a los demás, creí, de maldades y errores.

Facheamos sin ser vistos desde Ouessant hasta que cayeron las tinieblas amigas de los contrabandistas y nos escondieron; luego, a través de Le Goulet, pasamos por Brest y remontamos el curso del río Aulne, para fondear tan cerca de Chateulin como nos fue posible debido a la marea. Apenas salió el sol izamos la bandera francesa en la popa.

– No te imaginas cuántos se dejan engañar por una cosa tan simple -dijo Dunn-. La mayoría, y sobre todo las autoridades, están tan apegados a su bandera que no se les ocurre pensar que personas como nosotros podamos cambiar de bandera según nos plazca.

Tomamos la lancha para entrar en Chateulin, aprovechando la marea para no tener que remar, como si fuera una excursión de domingo. Entramos en la taberna Le Coq y Elisa pidió vino tinto para los cinco, porque con nosotros venían dos hombres de Dunn, Edward England, irlandés de pura cepa a pesar de su sorprendente apellido, y un medio franchute, un cruce callejero, me enteré después, entre una puta francesa, y que conste que no tengo nada contra la putas, y un

putero de origen inusitado. La descendencia del encuentro atendía por el nombre de Deval. Poco o nada imaginaba yo entonces qué importancia tendrían estos dos señores en mi vida posterior, tan rica en acontecimientos.

En cualquier caso, éramos un grupo bien alegre. Dunn y Elisa tenían conocidos de viajes anteriores; bretones huesudos, de cara colorada, desenfrenados, sin asomo de mal humor. Los negocios se cerraban con un apretón de manos, sin remilgos, al sonido del descorchar de las botellas y de las ostras que desaparecían por el gaznate de un sorbo. Hacían bromas y se metían con todos los que mandasen algo en este mundo; eran tan ácidos como los marineros, pero más alegres. Se relataban historias de los guardacostas, quienes intentaban darles caza tras haber sido engañados por sus maniobras ingeniosas y arriesgadas. La verdad, ¿qué cosas no oiría yo a propósito de aventuras apasionantes y de toda clase de demostraciones de desprecio a la muerte? Mejor dicho, oír sí que oía, pero para entender me veía obligado a confiar en las explicaciones que me daban Elisa, Dunn e incluso Deval.

Cargamos coñac antes de pasar primero por el arsenal de Brest con la marea baja y después por el Chenal du Four, para adentrarnos por Aber-Wrach mientras rayaba el alba y aparecían las aguas en las cuales nos había adentrado Dunn. No había nada más que rocas rosadas, islotes, escollos y arrecifes que, casi siempre, estaban escondidos bajo la marea alta. Para mis ojos cargados y doloridos de cansancio era un auténtico milagro que siguiéramos con vida, pero Dunn, noche tras noche, demostró que en lo último que confiaba era en la Providencia. Le bastaba un asomo de luz de luna, o sólo el brillo de las estrellas, la sonda, las líneas de la brújula, poca cosa más.

– ¿Cómo demonios aprendiste a navegar así? -le pregunté lleno de admiración cuando, la cuarta noche, íbamos a entrar en el río Trieux a través de una malvada olla de rompientes como brujas que brillaban por todas partes como malos presagios-. Tiene que haber alguna forma más fácil de ganarse el pan.

– Sí, seguro que sí -dijo Dunn-, si te conformas con el pan. Pero si además te quieres divertir un poco, tienes que arriesgar.

Desde luego, tenía razón. La verdad es que esta vida valía la pena. Había excitación y aventuras, astucia y traiciones, bromas y apenas nada serio, al margen del viento y el tiempo; no había más religión que volver a casa entero y además ganar unos cuartos. Era la primera vez en mi vida que me sentía libre y forjador de mi propia suerte. Era una oportunidad que no quería perder, y trabajé como una bestia para hacerme indispensable a bordo. Hacía guardias dobles para poder aprender un poco de navegación en los pasos estrechos cuando Dunn llevaba el timón, y también en las travesías más largas, cuando lo

llevaba England.

– Deberías irte a dormir -me dijo England-. Tu energía nos está matando a todos. A uno como yo le entran remordimientos de conciencia.

– Ya tendré tiempo cuando me haga viejo -le contesté como se acostumbra a decir, sin tener ni idea de cómo sería entonces.

– Eres joven -señaló England, que tampoco era tan viejo-. Admite un consejo y descansa mientras puedas. Nunca se sabe cuándo tendrás otra oportunidad.

Edward England sabía de lo que hablaba. Según contaba, sus padres participaron en todas las rebeliones contra los ingleses, y por consiguiente perdieron todo lo que tenían, incluido, por así decir, su hijo adolescente, que se había cansado de la vida de prófugo y perseguido, de no pasar nunca dos noches en el mismo sitio, de no tener jamás la barriga llena, ni nadie de su misma edad con quien pasar el rato. El mismo día en que capturaron a sus padres en una cueva de Wicklow-bergen, cuando lo iban a llevar al hospicio, se escapó a Cork. Allí quiso hacerse campesino para pisar tierra firme, como decía él, en lugar del tremedal en el que había vivido desde que sus ojos vieron la luz. Pero ¿qué pasó? Como campesino, naturalmente, se quedó quieto, pero a medida que pasaba el tiempo más se hundía en el barro cenagoso y en el estiércol pestilente. Tampoco era vida para él. Temía que el ir y venir se le hubiera metido en la sangre de tal manera que le hormigueaba el cuerpo si se quedaba quieto. Así que se fue a Kinsale para hacerse pescador y gozar de la vida libre en el mar, como decían los que en el fondo no sabían lo que decían. Porque ¿no era constantemente el mismo trabajo duro en los bancos de pesca, dentro y fuera, ir y volver, no descansar nunca para variar, sino sólo porque el tiempo hacía imposible faenar? Y entonces se estaba obligado a vigilar los amarres o estar de guardia en las anclas. Aquello tampoco era vida. Fue al embarcarse con Dunn cuando pensó que valía la pena la desgracia. A bordo no había prisa, por lo menos si se utilizaba la cabeza para no meterse en líos demasiado a menudo. Al contrario, era importante dormir suficiente y estar descansado de manera que no se cometieran errores idiotas cuando se divisaba en el horizonte la gavia efe los guardacostas.

– Por eso, buen hombre -añadió England-, debes hacerme caso e irte al catre.

– Se bien hasta dónde puedo llegar -contesté.

Y yo creo que todos quedaron sorprendidos de lo que aguantaba. Nada de descanso, ni un minuto de reposo, y siempre con frases alegres, risas y bromas; así era yo, y eso se convirtió en mi sello personal. Eso y el temor que inspiraba, así toda la vida.

Cuando nos acercábamos a la entrada de Saint Malo, con el cabo

Fréhel a estribor, a la luz de la luna que dibujaba los contornos, llevaba yo el timón con Dunn a un lado y Elisa al otro. Dunn ya me había explicado lo de las señales y los rumbos, y parecía que estuviera en mi examen de oficial. Y que me lleven los demonios si no emboqué sin que Dunn tuviera que corregirme ni una sola vez. El orgullo y la admiración por mí mismo no tenían límites, al menos hasta que Elisa me pusiera de nuevo con los pies en la tierra, que era en realidad el sitio que me correspondía.

– La verdad, me extraña mucho que siendo tan tonto aprendas tan rápido.

Lo dijo con cariño, pero de todas formas sus palabras fueron como un jarro de agua fría para mi orgullo. ¿Por qué tenía que estropear mi alegría de un momento como aquél? Quizá sólo tenía miedo de que alguien como yo fuera por su camino y no siguiera el de nadie más, y que no me conformaría con menudencias; no en vano había sido capaz de amotinarme. Pero casi siempre me he conformado con cualquier cosa, si era por una buena causa: la mía.

El segundo y último desacuerdo de aquel momento vino de Deval. Cuando estibábamos el ancla para volver a casa no me seguía el ritmo y se limitaba a coger lo que corría por mis manos. Cuando íbamos a cambiar la vela trabajaba tan despacio que sólo era un estorbo; colgar y desgarrar trapos era algo que, por lo menos, yo ya había aprendido en el *Lady Mary*. Cuando alguna vez amarrábamos en el muelle yo hacía nudos con una sola mano, mientras Deval sólo sabía hacer nudos hacia un lado. Cuando izábamos la lancha con las poleas, Deval apenas podía subir la proa a la superficie cuando la popa, que estaba de mi lado, ya la había subido a la altura de la borda. No, la verdad es que no servía para mucho si nos comparamos honestamente.

Le pregunté a England cómo era posible que Dunn hubiera reclutado como marinero a un inútil como aquél.

– Todos tenemos nuestras cosas -dijo England, que ya era un hombre que más tarde sería respetado por su comprensión-. Siempre puede ser útil tener a bordo a un francés.

– Pero seguro que se puede conseguir mejor gente -repliqué.

– No en nuestros círculos -contestó England-. ¿Conoces a muchos lobos de mar que se las arreglen en otro idioma distinto del suyo? ¿En tierra firme?

Tuve que admitir que no. A bordo del *Lady Mary* se hablaban todos los idiomas posibles a excepción del español y el francés, ya que la guerra los prohibía, pero nosotros teníamos el idioma propio de los lobos de mar, una jerigonza bienaventurada, mezcla de todos los idiomas posibles. Sin embargo, ¿quién iba a utilizarlo con una mínima seguridad y haciéndose entender? Que yo supiera, nadie.

– Además…

England dudaba.

– … además, no se elige a los más cercanos aunque uno quiera.

– ¿Los más cercanos? -repetí-. ¿Qué quieres decir?

– No sé si debiera decírtelo, pero te aprecio y confío en que sabrás cerrar el pico.

– Claro -aseguré-. Siempre se puede confiar en John Silver.

– La madre de Deval también es la madre de Elisa. Elisa y Deval son hermanastros. Cuando era joven, Dunn fue a un burdel en Francia, como todos nosotros solemos hacer. Cuando volvió el año siguiente le comunicaron que era padre de una criatura, si es que eso se puede saber a ciencia cierta en el caso de una puta, pero el caso es que Elisa era igualita que su padre. Desde luego, Dunn no lo dudó. La criatura era suya. Y no te lo creas si no quieres, pero exigió hacerse cargo de ella; su hija no iba a crecer en un burdel mientras él pudiera evitarlo. Y pudo, ya sabes cómo es, pero a qué precio, si me permites que lo diga. La puta accedió a cambio de una determinada cantidad de dinero, pero además obligó a Dunn a que se hiciera cargo de otro de sus vástagos: Deval.

¡Elisa y Deval, hermanastros! Si no podían ser más diferentes…

– ¡Por todos los demonios! -fue lo único que pude decir.

– ¿Verdad que sí? -contestó England-. Dunn es el hombre más justo que conozco, pero tiene sus puntos flacos. Como todos.

En ese instante apareció Dunn en cubierta. Se puso al lado de la amura y miró hacia la oscuridad. England me dirigió una mirada de advertencia.

– Está bien, Edward -dijo Dunn sin darse la vuelta-. Debería habérselo contado yo mismo. Supongo que me daba vergüenza.

– ¿Te daba vergüenza? -pregunté-. ¿Por qué?

– Por navegar con un marinero inútil. Porque eso es lo que es. Pero di mi palabra, así que no se puede hacer nada.

Pensé que no era tan difícil hacer algo, pero no dije ni pío.

– Sin embargo -continuó Dunn-, no di mi palabra de contarle a Elisa cuál es su procedencia. Ninguno de los dos lo sabe. Os pido que lo tengáis muy en cuenta. Sí: a ti, Edward, no necesito decírtelo. Todos tenemos nuestros puntos flacos, es verdad. El mío es Elisa. Así que ya lo sabes, John.

– Hago todo lo que puedo -contesté.

– Es preciso que Elisa sea feliz -dijo Dunn en un tono que no se diferenciaba mucho del de Wilkinson.

Dio media vuelta y se volvió al camarote, ya que no estaba de guardia.

– Nunca entenderé a la gente -dijo England en voz baja al cabo de un rato-. Y mucho menos a los padres. ¿Sabes por qué me pusieron England? Para que nunca olvidara al opresor de nuestro país. Para que

me rebelara y luchara contra los ingleses con las manos desnudas si fuera necesario. ¿Te imaginas?

Guardó silencio y continuó tras un momento de reflexión.

– Pero una cosa es bien cierta: aprecio mucho a Dunn, aunque por nada del mundo quisiera ser su yerno.

Yo ya empezaba a creer que algo de verdad había en sus palabras, al margen de lo que yo sintiera por Elisa y por la vida en libertad de los contrabandistas en alta mar, que por lo demás parecía una forma de vida adecuada y agradable para un tipo como yo.

– ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? -pregunté irritado-. Llevamos una vida que ya la quisieran muchos. Igual que ese Deval, que se enfada sólo porque soy mejor que él. Y luego resulta que no se puede hacer nada para remediarlo. Ni siquiera tirar al pobre diablo por la borda.

– No te preocupes -dijo England de buen humor-. Podía haber sido mucho peor.

– ¿Quieres decir que todos tenemos nuestros puntos flacos?

– Exacto.

Estaba claro que tenía mucho en qué pensar, pero no me dejé abatir. No tenía intención de dejar a Elisa mientras ella me permitiera ir a mi aire. Sólo me preocupaba una cosa: saber qué unidad de medida utilizaba Dunn para calcular la felicidad de su hija. ¿De qué se trataba? ¿De que no llorara más que una vez al mes? ¿Que pareciera contenta la mayor parte del tiempo? ¿Que hablara como siempre, a mi costa? Por ejemplo, a ojos de Dunn, ¿era culpa mía que Elisa se pusiera triste porque yo, como ella lo expresó, era demasiado tonto para entender lo que no entendía? ¿Me iba a cargar Dunn con esa responsabilidad? En fin, estuve dándole vueltas a estos asuntos hasta que me rendí, cansado de hacerme preguntas que no podía contestar, por lo menos con toda sinceridad.

Lo cierto es que los enfados de Deval no me preocupaban en absoluto. Al contrario: me hacían ser especialmente amable con él después de entender que estaba a bordo para quedarse. Con amabilidad conseguía más de lo que se podía esperar. Cuando atracamos bajo los muros de granito de Saint Malo había conseguido de él mucho más de lo que hubiera deseado. Ahora era casi como un perro, y me hubiera lamido el culo con sólo pedírselo, cosa que me cuidaría muy mucho de hacer. No estaba el horno para bollos.

Dunn tenía negocios con los armadores bien establecidos de Saint Malo, que cargaban sus barcos con cualquier mercancía, ya fuera bacalao o producto de los saqueos de los corsarios, pasando por los botines logrados y las mercaderías corrientes. Se llevó a Elisa para que no lo engañaran, cosa que podía ocurrir fácilmente con gente tan

especuladora como aquélla. England sugirió que nosotros tres, que componíamos la tripulación, nos habíamos ganado merecidamente una noche de asueto sin mujeres ni capitanes, como dijo él.

Así pues, tres marineros desenfrenados se mezclaron con otros muchos en la Rue de la Soif, la calle de la Sed, donde las fondas, las tabernas, los tugurios, las cervecerías y las bodegas se sucedían una tras otra. Fuimos de tasca en tasca, probamos todas las bebidas posibles, de todos los colores del arco iris, e incluso algunas más; blasfemamos y reímos, gritamos y voceamos, entonamos canciones descaradas y atrevidas, contamos historias de los personajes más pintorescos que habíamos conocido en los puertos y en el mar, fanfarroneamos de nuestras bravuconadas marinas cuando capeamos un temporal, o de las ocurridas en burdeles, cuando bullían los sentimientos; les tocamos el culo a las camareras y nos arrearon más de una bofetada como respuesta; nos peleamos con cuatro holandeses de gorra roja y supimos que seguíamos vivos, así que al final, extenuados, bizcos y encorvados de cuerpo y alma, pero satisfechos con el trabajo del día, nos quedamos agarrados a una cerveza tibia como un meado en un local que se llamaba Liberty Bar. Las fuerzas y la resistencia nos habían abandonado, y entonces, como acostumbra a pasarnos a los lobos de mar a última hora, llegó el lloriqueo, la añoranza del hogar, la autocompasión, el pensar en todas las cosas que no nos habían salido bien.

El propio England, que durante mucho tiempo no había demostrado ninguna debilidad en este sentido, se puso a hozar en los rincones más tristes de su vida, que aparentemente era tan sencilla.

– ¡Por todos los demonios! -exclamó-. No debería haberme embarcado nunca. Presiento que esto acabará mal. Me debería haber quedado en tierra firme, diablos, haber conservado un pedazo de tierra.

– ¿Y ahogarte en la mierda de vaca y en el estiércol? -le reprendí-. ¿Hubiera sido mejor?

Deval empezó a desvariar sobre su querida y añorada madre, que según decía murió antes de que él naciera, y siguió con toda clase de desatinos sobre sí mismo, que no servía para nada, y se quejaba de que todos lo miraban por encima del hombro sin que él se lo mereciera.

– Tú estás aquí -le dije-. Eso es lo que falla.

– ¿Qué quieres decir con eso? -preguntó. Se le trababa la lengua.

– Cuando los otros te miran, se ven reflejados en ti. Y está claro que no les gusta lo que ven.

– ¿Tú crees? -preguntó Deval casi radiante, como si su desgracia hubiera adquirido un sentido en la vida. Luego continuó-: ¿Y tú? ¿Tú también te ves reflejado en mí?

– No, por Dios. Si así fuera, me colgaría en el primer árbol que encontrase.

Llegados a este punto, Deval apoyó su mugrienta cabeza sobre mi hombro e hizo un puchero.

– John, quiero ser tu amigo -dijo.

– Deval -contesté-, por mí puedes hacer lo que te dé la gana siempre y cuando no me mezcles.

Después salimos del Liberty Bar dando tumbos, tartajeando y alborotando como buenos amigos: la borrachera nos hacía creer que lo éramos. Pero una cosa comprendí cuando me desperté a la mañana siguiente, con la impresión de que los ojos me iban a saltar de las órbitas: que no merecía la pena beber para olvidar, si no era eso lo que quería. Lo dicho, nada importante, me entró por un oído y salió por el otro. Así era la vida. Otros ahogaban sus penas y yo las recordaba. Al menos las penas de los demás, claro.

Dunn se rió de buena gana al ver la cara que teníamos al día siguiente. Elisa no estaba tan contenta. Aseguraba que tenía dolor de cabeza por culpa de nuestros vapores en el camarote, pero nosotros nos negamos rotundamente a admitirlo. Cargamos con cierta fatiga lo que necesitábamos para apagar la sed al otro lado del canal. Dunn y England estuvieron hablando de la guerra mientras nosotros esperábamos que la marea nos pusiera a flote, treinta y seis pies de fondeo había por allí, pero me hice el sordo. La guerra no era asuntó mío.

Cuando nos acercábamos a Irlanda nos quedamos al pairo hasta que amaneció, y navegamos después hacia tierra para mezclarnos con los balandros que estaban de pesca en los caladeros de Old Head. Echamos las redes durante casi todo el día para demostrar que éramos gente de honor, legales, por si alguien se extrañase. Ya al anochecer recogimos igual que los demás, enfilamos hacia Kinsale y fondeamos cerca de los muelles de pescadores después de haber dejado a Elisa en Lazy Cove.

Descargamos al amparo de la oscuridad y nos encontramos con los amigos de Dunn, que nos ayudaron a transportar la carga por Nicholas Gate. Los guardias nos saludaron, pues sabían qué recompensa les esperaba por cerrar los ojos o por mirar hacia otro lado. Hacer guardia en Nicholas Gate era tan atractivo que nadie, ni el soberano, ni el gobernador de Kinsale, ni los ingleses, consiguió nunca que los guardias delataran a los contrabandistas. Después oí decir a un pescador de Kinsale que iba en compañía de Edward England que Nicholas Gate, así de claro, había sido tapiada a cal y canto, y que a partir de entonces se llama la Puerta Ciega.

Naturalmente, dudé en pasar el muro que rodeaba al capitán

Wilkinson, pero el mismo Dunn dijo que el riesgo era mínimo. Estaba entre amigos acostumbrados a moverse por la ciudad sin que se les viera o se les oyera, así que los acompañé y me llevaron por estrechos pasajes hasta Tap Tavern, la taberna de la mujer del herrero, donde había irlandeses como Dunn, honestos e insobornables, que amedrentaban a los soldados ingleses para que se fueran con la música a otra parte.

He estado en muchas tabernas en mi vida, como corresponde a la profesión; casi todas están olvidadas, a Dios gracias, pero Tap Tavern es un caso aparte. Mary y su hijo Brian, el hogar donde chisporroteaba el fuego; los gatos negros, uno de los cuales, muy a la irlandesa, fue bautizado con el nombre de Cromwell, lo mismo que a England se le bautizó como England; la medida de whisky de cobre que estaba colgada en los ganchos del techo; el examen de oficial herrero y las miniaturas que se apretujaban con los barriles en el espacio que había detrás de la barra; los bancos corridos a lo largo de las paredes, con la pátina que sólo da el uso; las jarras con el nombre de los clientes fijos grabado en las asas; los pomos de latón brillante en los grifos de la cerveza… Todo esto bastaba para que incluso yo me tranquilizara y me sintiera en casa, como siempre había deseado.

Mary, como es de suponer, lo sabía todo acerca de todos los de Kinsale, ya fueran residentes o transeúntes como yo. Con los ojos entreabiertos y una boca vivaz, que relampagueaba con una sonrisa o con el gesto torcido, según fuera el tema y la persona, se la veía detrás de la barra dispuesta a cualquier cosa. La verdad es que ahora entiendo que gracias a Tap Tavern y a Mary yo compré luego la taberna Spy-Glass en Bristol. ¿Por qué me iba a ir arrastrando con una sola pierna, buscando a la carroña de Billy Jones cuando, tal como hacía Mary, podía obtener toda la información que necesitaba sin moverme del sitio?

La escasa tripulación del *Dana* rizamos el rizo para celebrar nuestro primer viaje como socios. Nos habían pagado la mercancía y llevaba en el bolsillo el peso de catorce libras. Era bien distinto que el miserable sueldo del *Lady Mary,* en caso de que te lo pagaran, aunque una parte de las catorce libras se tuvieran que ahorrar para el siguiente viaje. Pagué una ronda y me hubieran pagado unas cuantas más, como es costumbre en Irlanda, si no se hubiera abierto la puerta dando paso a un hombre que tras echar un vistazo al local se dirigió directamente hacia nosotros. Saludó a Dunn con la cabeza y luego se volvió hacia mí.

– ¿Te llamas John Silver? -preguntó como si fuera lo peor que pudiera ocurrir en la vida.

– ¿Y si así fuera? -pregunté.

– Si así fuera -dijo el hombre-, harías bien en salir por piernas lo

antes posible. El nuevo gobernador del fuerte ha enviado a un montón de gente en tu busca.

– ¿El gobernador? ¿Qué podría querer de un pobre hombre como John Silver? ¿Es que ha hecho algo malo?

El hombre se volvió hacia Dunn, que parecía una nube de tormenta. Me pareció impresionante.

– Los ingleses afirman que es un peligroso espía a cuenta de Francia, y que se metió en el fuerte hace unos días.

La cara de Dunn se ensombreció más aún.

– Claro que es mentira -añadió el hombre rápidamente-. Pero puedes dar por hecho que quieren colgar a John Silver, aunque no entiendo por qué.

Hizo un movimiento con los brazos.

– Así que eso es lo que quieren -grité indignado, sin poder contenerme más-. Pues entonces, maldita sea, me voy a adelantar. Piensan colgarme para que nadie se entere de lo que ocurre en su fuerte ejemplar, en sus disciplinadas cabezas. Pero no les va a servir de nada, tan cierto como que me llamo John Silver.

Así pues, me dispuse a relatar de nuevo toda la historia en voz alta, para que la oyera todo el que quisiera.

Mary aguzó el oído, nadie podía dudarlo si tenía ojos en la cara, y que mi historia se iba a propagar como la pólvora también estaba fuera de toda duda. Pero era una pobre venganza.

– Y por eso, ¿va a columpiarse en la horca un hombre como yo, un marinero inocente? -concluí-. ¿Os parece justo?

Oí un murmullo de asentimiento desde varios rincones.

– ¿Y creen que será suficiente? No, porque cuando yo les haya lavado sus trapos sucios ante todos y cada uno de nosotros, me colgarán de todas maneras por espía, para que nadie se atreva a creer que mi historia es verídica. Así se hacen las cosas en este mundo, en nombre de Dios y del Rey. A uno lo cuelgan por decir la verdad y por expresar sus sentimientos. Pero subid al fuerte y pedid que os permitan hablar con el gobernador Warrender o con la casquivana que tiene por hija y veremos lo que responden. O preguntad por sir Ashurst. Preguntadles si ya se ha despertado, el muy dormilón.

Noté un brazo en mi hombro. Era England.

– Tranquilízate, John -dijo.

– ¿Tranquilizarme? ¿Por qué demonios me iba a tranquilizar? ¿Me lo quieres explicar?

– Por tu bien, ya que no por otra cosa -dijo England.

Esta vez sí que metió el dedo en la llaga.

– Si continúas vociferando así -continuó-, los casacas rojas no tardarán en presentarse para colgarte del árbol más cercano sin darte tiempo de rezar tus últimas oraciones. Además…

– Sí, ya lo sé -le interrumpí-. Además, podía haber sido mucho peor. Podía estar muerto, por ejemplo. Una cosa es verdad, y es bien sabida: nunca entenderé a los irlandeses, pero puede que tengas razón de todas maneras. ¿Qué propones?

En ese momento comprendí que debería haberle hecho aquella pregunta a Dunn, no a England. Dunn me lanzó una mirada escalofriante que me puso la carne de gallina.

– Lo mejor que podemos hacer es irnos a Francia -dijo England-, y que tú te quedes allí hasta que pase la tormenta.

England pasó una mano por el hombro de Dunn, lo mismo que me había hecho a mí, tranquilo y sosegado, como si no hubiera ocurrido nada. Claro que no era a él a quien buscaban para colgarlo.

– ¿Qué dices tú, Dunn? -preguntó England-. Por lo visto, están bien cerca, y no queremos ahogar a toda la población de Cork en coñac, pero podríamos llevar a John y nosotros aprovechar para traer otro cargamento. Seguro que lo vendemos.

Dunn apartó la mano de England.

– ¿Y Elisa? -escupió.

¡Y yo que había creído que estaba loco de preocupación por mí! ¡Lo que se engaña uno! Tuve ganas de decirle que unos callos de los maravillosos pies de su hija no eran gran cosa comparado con los daños que podrían sufrir mi nuca y el resto de mi cuerpo cuando me pusieran la soga al cuello.

– ¿Por qué te preocupas por ella? -dijo England con gran sensatez-. Sabes tan bien como yo que sabe arreglárselas sola y que nos esperará en Lazy Cove. ¿Por qué le iba a ocurrir algo justamente esta noche?

»No ganamos nada si seguimos perdiendo un tiempo que puede ser precioso -sentenció England con una voz autoritaria de la que no le creía capaz.

Tras ello tomó el mando y nos sacó de Tap Tavern. Antes de que se cerrase la puerta me encontré con la mirada de Mary y noté que me entendía y que haría todo lo que estuviera en su mano por mí. Antes de que amaneciera, toda la ciudad sabría lo de los Warrender, padre e hija, lo del yerno Ashurt, y la poca importancia que tenía el papel del supuesto espía en aquella comedia. Comprendí demasiado tarde que todo aquello también llegaría a oídos del capitán Wilkinson, pero ¿qué importancia tenía? Corría el riesgo de acabar colgado, está bien claro. Ser espía o amotinado, ¿qué más daba? A muchos los habían colgado por menos. El castigo por robar un saco de patatas irlandesas medio podridas era el mismo que por cortarle el cuello a un capitán de navío. ¿De qué me quejaba? Me colgarían con razón, aunque todo fuera una cochina mentira.

England nos llevaba por delante a Dunn y a mí, como si fuéramos

dos ovejas, a través de las mismas callejuelas oscuras que habíamos recorrido a la ida. Detrás venía Deval al trote.

– Te ha llegado la gran oportunidad -le dije-. Ser amigo mío, como querías si mal no recuerdo. Ayúdame a salir de ésta y serás uno del grupo, uno de los amigos de John Silver, ni más ni menos.

– John -dijo Deval con una voz repleta de agradecimiento-, puedes confiar en mí.

A pesar de las circunstancias, tuve serias dificultades para contener la risa, pero por una vez estuve seguro de que nadie comprendería qué me parecía tan divertido.

Alcanzamos el muelle de los pescadores sin que nadie nos molestara. Subimos a la lancha y fue entonces, cuando ya no nos podía oír nadie desde tierra firme, cuando England nos expuso sus planes.

– Tú y Dunn cogéis la lancha y vais hasta Lazy Cove ahora mismo. Deval y yo aparejamos el *Dana* para navegar y os seguimos tan pronto como podamos. Fondeamos lejos de la playa y esperamos a John. O a los tres. El viaje lo podemos hacer igual de bien si vamos toda la tripulación. ¿Tú qué dices, Dunn?

– Elisa y yo nos quedamos -declaró Dunn-. Comprenderéis que no podemos desaparecer al mismo tiempo que John. Si aún no nos consideran sus cómplices, lo harán si nos vamos de aquí. ¿Y qué creéis que le pasaría a Elisa en ese caso?

– Tienes razón, Dunn -convine-. Me marcho solo. No quiero viajar como una mercancía, tal como te dije cuando nos conocimos. ¿Recuerdas? ¿Te acuerdas que me ofrecí a marcharme, que John Silver no quiere ser una carga para nadie?

Dunn no contestó. Realmente, era como si yo hubiera dejado de existir mientras él no supiera a ciencia cierta si le había pasado algo a Elisa. Fue un viaje fantasmal en la lancha, con neblina y lloviznando, con los contornos de los dos fuertes uno a cada lado de nosotros y Lazy Cove, una oscura grieta de mal agüero en alguna parte más alejada. El único sonido tranquilizador era el ruido amortiguado de un motón y una vela que se hinchaba; el *Dana* que avanzaba sigiloso tras nuestra estela.

Cuando llegamos, Dunn saltó a tierra y corrió hacia la casa por el sinuoso sendero. Yo al menos tuve el sentido común de sacar la lancha a tierra antes de salir disparado tras él, pero aún me dio tiempo de notar que llevaba encima la pistola que Dunn me había regalado y también de pararme a cargarla.

Y menos mal, porque cuando llegué a la casa estaba Dunn al lado del hogar con un trozo de tela roto en las manos, el mismo algodón blanco, me pareció, que silueteaba tan bien los contornos de Elisa cuando entraba y salía por la puerta iluminada por el sol, hacía muy

pocas semanas. Pero vi también a la luz de la lumbre que la tela blanca estaba manchada de rojo. Miré rápidamente a mi alrededor. Estaba todo revuelto. Los cofres estaban abiertos y con los cerrojos rotos, y el contenido aparecía esparcido por toda la habitación.

Y entonces me vio Dunn, si es que fue a mí al que vio, y su cara se torció en una mueca pavorosa.

Se había vuelto loco, pensé, loco de remate. Pero no por mí, de eso estaba seguro.

– ¡La has matado! -gritó-. ¡Has matado a Elisa!

– ¡Por todos los diablos! ¡Sabes de sobra que no! -le respondí también gritando-. Lo sabes tan bien como yo.

Por lo visto, eso era lo que no sabía. Vi desaparecer su brazo tras la espalda, y acto seguido tenía su bien afilado cuchillo de marinero en la mano y corría hacia mí como un demente. En el último momento saqué la pistola y le disparé en el pecho. Quizá murió en el acto, pero continuó hacia delante, vivo o muerto, me cortó la pernera del pantalón y me hundió la hoja en el muslo. Después cayó pesadamente ante mis pies, sobre aquella tierra irlandesa bien apisonada, y cuando de nuevo todo estuvo en completo silencio comprendí que no era a Dunn a quien había disparado, sino a Elisa, caso de que aún estuviera viva.

No estaba satisfecho, he de reconocerlo. Pero comprendí a tiempo que no podía quedarme donde estaba si quería seguir viviendo la única vida que me ha tocado en suerte. ¿Qué les iba a decir a England y a Deval? Desde luego, imposible contarles la verdad. La promesa de Deval, cuando aseguró que iba a ser mi amigo, ya no valía nada. Cualquiera podía comprarlo con una pizca de amabilidad. England era otro cantar. Nada parecía afectarle. Todo podía ser peor o tener varias caras. ¿Cómo se podía confiar en un tipo así? Por lo tanto tenía que mentir para estar a salvo, dar alguna explicación factible. ¿Qué podía ser?, me preguntaba. Que los ingleses se habían escondido en la casa a esperarnos, que fueron ellos los que dispararon a Dunn, pero que yo había escapado; esto me pareció natural. Sin embargo, los ingleses no podrían haber disparado solamente un tiro. Así pues, volví a cargar y disparé varios tiros en la oscuridad mientras bajaba hasta la playa donde estaba atracada la lancha. Una vez allí me tiré en el sollado y remé con todas mis fuerzas, con una breve pausa para disparar un último tiro que envié a la altura del agua y que con un poco de suerte daría en el casco del *Dana* para que mi relato resultara más real. Yo vivía, como suele decirse, de fiado. En lo sucesivo, y para siempre, se había acabado mi tranquila y cómoda existencia en tierra. Y ya estaba bien, porque ese idilio no era lo más apropiado para un tipo como yo.

Remé hasta que el sudor empezó a caerme por el rostro; la cara me ardía y la herida me sangraba copiosamente. No tardó mucho en

aparecer la silueta del *Dana* en la oscuridad, irreal como un holandés errante, con dos siluetas apoyadas en la amura, dispuestas a echarme una mano. Dejé que la lancha rozara el costado del *Dana* con un ruido sordo y me colgué de la escalerilla de mano con mis últimas fuerzas. No creo que exagerase, y recuerdo que me dio tiempo a pensarlo, antes de notar que England me izaba a bordo con sus fuertes brazos, como si fuera un barril de coñac.

– ¡Deprisa! -dije jadeando-. ¡Los ingleses están en camino!

– ¡Ata la lancha a popa! -dijo England a Deval sin preguntarme más de momento-. Ya la subiremos luego.

Como hombre previsor que era en los buenos momentos, England había dejado el *Dana* a la deriva en lugar de anclarlo, porque no tardé mucho en oír el estimulante murmullo del agua que corría por el casco del *Dana.*

Cuando noté el pulso lento de la marejada que nos hacía subir y bajar acompasadamente y nos removía el estómago, me levanté con esfuerzo y relaté mi versión de los hechos. No se alegraron ni Deval ni England, pero me creyeron, por lo que consideré que se cerraba un capítulo y otro nuevo empezaba en esa historia que precisamente era la mía, y que hubiera sido difícil de creer de no haber sido atestiguada por mis propios ojos. Tenía sus más y sus menos, como habría dicho England, pero no era desde luego desagradable estar en el centro. No puedo negar, ni tampoco olvidarlo sin más, que no era tan divertido ser Dunn, Elisa o Deval, pero sus desgracias eran suyas y allá ellos con sus problemas. ¿Por qué iba yo a pagar por sus vidas, si yo sólo me ocupaba de lo mío y dejaba a los demás que hicieran lo mismo?

Pero Elisa… No pude evitar pensar en ella cuando la última luz del día desapareció tras el faro de Old Head of Kinsale. A pesar de todo, quizás Elisa había intentado darme algo que yo de hecho no tenía, pero por mi vida que no entendí lo que era. Tampoco se me podía cargar con ello. Quise convencerme de que entre los millones de mujeres que habitaban la Tierra tenía que haber otras como Elisa. Quizá sea cierto pero, maldita sea, yo no he conocido a ninguna en toda mi larga vida.

Capítulo 11

Vivir. Vivir a cualquier precio: ésa ha sido mi meta, lo reconozco de buen grado. «Pero… ¿y quién paga?», como se pregunta ahora mi bastante tranquila conciencia. ¿A cuenta de quién o de quiénes he vivido? He chupado la vida como una sanguijuela y, a pesar de haber presumido de lo contrario, creo que, a fuer de sincero, he sangrado a diestro y siniestro. Eran, me decía a mí mismo en aquel tiempo, préstamos, hipotecas sobre la prometedora actuación de John Silver, que se saldarían el día en que me fuera posible. Pero no se le devolverá nada a nadie, y ahora estoy aquí como un hombre rico, con montones de vidas que sólo están enterradas como si fueran tesoros sin mapa, para toda la eternidad.

Así pues, disparé contra Dunn: sí, es verdad, y lo hice en el momento preciso, no tuve otro. Dunn me salvó la vida; por otra parte, en el fondo no era mi vida la que había salvado. Dunn estaba dispuesto a salvar la vida de cualquiera, la mía o la del capitán Wilkinson, le daba igual, y sólo necesitaba que fueran vidas. En realidad, ¿qué le debía? ¿Me iba a quedar de brazos cruzados y dejaría que acabara con mi vida de una cuchillada, lo cual hubiera supuesto que el nuevo capítulo de mi vida fuera el último? ¿Verdad que no?

La verdad es que disparé contra Dunn y con ese mismo tiro aparté a Elisa de mi vida para siempre. No es para vanagloriarse, pero tampoco para avergonzarme. Podría modificar la verdad, claro que sí, y decirme que estaba con la espalda contra la pared, pero ¿qué sacaría con eso? Es evidente que yo estaba en el quicio de la puerta, con la espalda libre, y no hay nada más de qué hablar.

Y eso no es lo peor. Si malo fue disparar a Dunn, soy culpable de cosas peores y, sin embargo, he dormido a pierna suelta. No, lo que ha molestado mi conciencia ha sido darme cuenta, sin más tapujos, de que ese John Silver que por lo visto era yo parece que vivió al día, un poco como le vino en gana y casi siempre según soplase el viento. Cogía una paja aquí y otra allá, se aprovechó de lo que se le ofrecía y de lo que se le prohibía, pero, ¿tenía brújula o destino? ¿Pensó en algún momento adonde iba, o qué buscaba, siendo un tipo que siempre se vanagloriaba de saber lo que quería, que siempre se consideró superior porque era consciente de estar vivo mientras otros

pasaban sin pena ni gloria?

Claro que sí, recuerdo lo que me imaginaba: que esto, escribir mi verdadera historia, me mantendría cuerdo y sano durante un tiempo más, que sería como debe ser y otras cosas por el estilo. Necedades, así quisiera llamarlo: ni más ni menos. Sé que estoy vivo, es verdad, pero por Dios, si es que existe, esto no es lo que me imaginaba. Tal vez se puede esperar que los recuerdos sean más ligeros de sobrellevar, para después echarlos por la borda como cadáveres cuando ya se les haya dado nombre, cuando estén clasificados y vaciados. ¿No es así como se apagan las vidas en este mundo? Así es cuando no te cuelgan, está claro.

Capítulo 12

Así que abro un nuevo capítulo, como se suele decir, sin pensarlo.

El *Dana* iba rumbo a Francia con su infatigable tripulación, sin darse ningún respiro. Tampoco había lechos donde descansar ninguno de nosotros. No cabía pensar que England y Deval volvieran a Irlanda sin tener que jugar al escondite de continuo, y por lo menos England de eso ya había vivido más que suficiente. Para mí, volver significaría lo mismo, por sacar un parecido, que dormirme en el puesto de guardia por culpa de unas flores.

Naturalmente, fuimos a Francia. Nos imaginábamos que allí jugaríamos con cierta ventaja. A falta de otras facultades, Deval nos serviría para que nos entendiéramos, siempre y cuando comprendiera lo que England y yo queríamos decir. England había tenido tiempo de hacer con Dunn unos veinte viajes a distintos puntos de la Bretaña, así que conocía las aguas como la palma de su mano, y le tocó por tanto ser el capitán. Por mi parte, seguía siendo marinero, y pese a ser un experto me conformé con ello. Enseñar los dientes en cualquier momento, a tiempo y a destiempo, con tal de mandar, no era mi plato favorito. Quería ser dueño de mi destino y de mis aventuras, pero no de las de los demás. Nadie podría destituir a John Silver, ésa era mi norma. Sin embargo, y por seguridad, propuse que formáramos un consejo que decidiría las cuestiones importantes a bordo, es decir, de todo aquello que se saliera del cotidiano cuándo, dónde y cómo debíamos arriesgar nuestra única vida para ganarnos unas perras.

Deval estuvo acostado en su catre toda la primera noche.

Mientras England y yo hicimos lo que debíamos hacer para salvar el pellejo -navegar, cambiar de bandera y de nombre, inventariar las armas y las provisiones-, Deval lloraba por Dunn. Si fuera preciso creer al mismo Deval, y en ese punto era difícil afirmar lo contrario, Dunn era el único que había demostrado con Deval esa pizca de amabilidad y consideración a que tiene derecho la mayor parte de la gente, aun sin saber de dónde lo ha sacado. Con un punto de magnanimidad dejé que Deval apoyara la cabeza en mi hombro y que llorase, y fue buena idea; teniendo en cuenta las circunstancias, era lo mínimo que podía hacer. Cuando se calmó le ordené en serio que se fuera al catre. Lo necesitábamos descansado y con la mente clara cuando llegáramos a la Bretaña al día siguiente, porque realmente no podíamos componérnoslas sin él. Aquellas palabras bien elegidas dieron velocidad a sus piernas y desapareció bajo la cubierta.

England y yo nos quedamos por tanto con la noche ante nosotros.

– Vaya lío has armado, John -dijo England y escupió un buen gargajo al lado, dedicado al mar inmenso.

Claro que ahora era el capitán y tenía derecho a mear a barlovento, pero de todas maneras era absurdo escupir con el viento de cara, porque el gargajo trazó un arco en el aire y le cayó en el pie. Miró incrédulo sus pies y luego me miró a mí.

– Pero… -empezó y yo le interrumpí, como es de imaginar.

– … podía haber sido peor -concluí.

– No mucho -contestó England acobardado-. ¿Qué podría ser peor que esto?

– Te podría haber caído el gargajo en la jeta.

– John -dijo sin sonreír siquiera-, le puse precio a Dunn.

– ¿Y quién diablos no lo había hecho? -respondí enérgicamente.

– Tenía sus más y sus menos, naturalmente -añadió England como era de esperar-. Una de ellas era su hija. ¿Sabes lo que le ocurrió a ella?

Di un respingo. Elisa, sí, me había olvidado de incluirla en mi historia.

– No quiero decir nada malo -añadió England, solícito-. Hasta yo mismo entiendo de sobra que no es fácil.

– No -dije despacio, sin ganas de decir nada malo, aunque a mi manera-, no es fácil. Supongo que los ingleses se encargaron de ella antes de que llegáramos nosotros. Pero no sin más, quiero decir. Ya sabes… Dunn encontró un trozo de su vestido manchado de sangre.

– Los muy cerdos… -exclamó England-. Si le tocaron un pelo, por todos los demonios que…

Se calló y yo esperé tenso a ver con qué salía, pues ¿qué se le podía ocurrir contra una nación entera?

– … declararé la guerra a los ingleses, se encuentren donde se

encuentren en este mundo -concluyó muy decidido.

– ¿Como tus padres? -pregunté.

– Sí, que se los lleve el diablo. Siempre se salen con la suya. No se puede hacer nada. Y tú, John, ¿qué piensas hacer?

– ¿Con qué?

En la mirada de England vi que debía andarme con pies de plomo si quería que me creyera.

– Con Elisa, naturalmente -dijo tal como me imaginaba, sólo que demasiado tarde.

– ¿Qué puedo hacer? -suspiré-. No es a ella a quien quieren. Lo único que me da miedo es lo que haga cuando se entere de que Dunn está muerto.

Tan pronto pronuncié estas palabras me di cuenta de lo bien que había hablado. Si Elisa creía que fueron los ingleses los que habían matado a Dunn estaba todo arreglado, no para los ingleses, claro, ni para ella misma. Si creía que había sido yo… Pero intenté persuadirme de que no tenía motivos para sospechar de mí, un hombre de honor y efe manos suaves que, a pesar de los pesares, tanto le gustaban.

England interpretó mi silencio como un signo de emoción.

– No hablemos más de eso -dijo para mi alivio-. Cuando se hayan calmado las cosas -continuó-, le enviaremos mensaje de que seguimos vivos, de que nos va bien y gozamos de buena salud, que cuidamos del *Dana* como si fuera un niño y, sobre todo, que puede venir y recoger su parte de nuestras ganancias. Y a su prometido, claro. Es lo justo.

«Teniendo en cuenta -pensé, no fuera a olvidarlo en medio de tanta agitación-, que Dunn había pensando realmente en matarme y en dar por terminada mi presencia en este mundo.»

– Supongo que tienes razón -dije tan sólo-. Si hay algo que repartir, claro.

– Has dicho una verdad, John -dijo England-. ¿Cómo vamos a ganarnos el pan? Además, ¿todo esto por un poco de vino y de ron? -Meneó la cabeza-. Ya te he dicho, John, que has armado un buen lío. No me malinterpretes, no te reprocho nada, ni mucho menos. Es que pensé que había encontrado mi sitio, es cierto que con un poco de diversión y algunas tensiones, pero de todas formas tranquilo y apacible. Me había fijado incluso en una apetecible muchachita de Kinsale, la hija del carnicero. ¿Te puedes imaginar algo mejor para llevar una vida tranquila? ¡Y ahora esto!

Abrió los brazos.

– Ahora hay que empezar desde el principio -continuó-. Y todo por tu culpa, John Silver. Yo te aprecio, bien lo sabes, pero eres una compañía peligrosa, o eso me parece a mí.

– Todos tenemos nuestros más y nuestros menos -dije.

– De todas maneras, al menos escuchas -concluyó England y por fin sonrió-. La verdad es que así es. Todos tenemos nuestros más y nuestros menos.

– ¿Cuáles son los tuyos? -pregunté.

– Bueno -dijo England, y calló mientras le echaba un vistazo a la vela-. A veces tengo dificultades en diferenciar lo bueno de lo malo, babor y estribor, arriba y abajo, listo o tonto, elige la pareja que te dé la gana, que yo mezclaré las dos partes.

– ¿Qué pasa con la vida y la muerte? -pregunté.

– Eso sí acostumbro a diferenciarlo. Casi siempre.

– Entonces, ¿no nos vamos a convertir en piratas?

England se echó a reír en voz alta.

– ¿Con esto? ¿Con tres hombres a bordo? Me puedo rebajar mucho, pero no pienso hacerme más tonto de lo que soy, eso no. ¿No te imaginas a los marineros del bergantín más pequeño cuando nos señalen con el dedo tras decirles que vamos a abordarlos nosotros tres, tú y yo con Deval para colmo? No, propongo seguir con el contrabando, pero desviarlo hacia Bristol quizás. O a Glasgow.

– Preferiría evitar Glasgow -dije-. Y también Bristol.

– Ah, claro. Me olvidaba. ¿Y adonde demonios vamos a ir?

No quisiera recordar la continuación del asunto, pero en honor a la verdad no se puede pasar por alto haciendo un silencio. Hemos debido de ser los contrabandistas más ridículos que hayan intentado hacer estragos en el canal de la Mancha, una burla para el gremio y una vergüenza para el viejo *Dana*. England quizá supiera navegar, y desde luego fue mejorando con los años, pero no demasiado, porque tardó mucho hasta saber distinguir babor de estribor. Iba bien en viajes largos, cuando la brújula le marcaba el rumbo, pero en las vías estrechas y revueltas o en las maniobras rápidas era un perfecto inútil. Llegó a conocérsele, con razón, como el patrón que hacía lo que le venía en gana. A veces tenía sus ventajas, lo reconozco, no seré parco en elogios. No sé cuántas persecuciones de los guardacostas despistó England sin saber ni él mismo de qué manera.

Saltaba a la vista que Deval era un completo inútil; además, se ponía melancólico y lloroso cada dos por tres, sobre todo cuando empinaba el codo. Lloraba a moco tendido por el fallecido Dunn y por su hija Elisa, que habían sido tan buenos con él. Me ponía nervioso, e intenté convencer a England que lo mejor sería que devolviéramos a aquel hijo de puta en brazos de su puta madre. ¡Como si yo no tuviera suficiente trabajo para olvidar a Elisa durante el resto de mi vida sin tener que soportar los gemidos y los lamentos de Deval! Pero England se negaba en redondo. Mantuvo hasta el final que el *Dana* tenía una cuarta parte que era de Elisa y que ella no hubiera aceptado nunca

que dejáramos a Deval por el camino. Pensé incluso en deshacerme de él por mi cuenta, pero comprendí que England me descubriría, por muy bien que pensara de los demás.

A pesar de todo, el *Dana* era la mejor oferta para la vida de un tipo como yo en aquellos tiempos. Pero para que Deval cerrara el pico le expliqué a espaldas de England cómo estaban las cosas, y se lo conté todo casi con pelos y señales: que era hijo de una puta que lo había vendido a Dunn a cambio de ciertos servicios, de cuya naturaleza podría fácilmente hacerse una idea, y que Dunn después no tuvo arrestos para deshacerse de él. Deval se puso pálido como un muerto y no quiso creer mis palabras hasta que me metí en detalles y picardías. A partir de ahí cerró la boca en lo tocante a Elisa y a Dunn, pero perdonarme, lo que se dice perdonarme, no lo hizo nunca.

Lo peor de todo a bordo del *Dana,* no era sin embargo Deval, sino que ninguno de nosotros tenía olfato para los negocios. O nos pasaban por delante de las narices, por así decirlo, o bien nos engañaban de mala manera una vez tras otra. Vender y comprar, traficar y mercadear, atracar y zarpar, engatusar y convencer, no, nada de eso sabíamos. Por todos los demonios que éramos demasiado honrados para eso. Pero ¿lo comprendimos a tiempo?

Naturalmente, hubiera preferido no tener que ir a Inglaterra, pero si queríamos sobrevivir no había mucho donde escoger. Invertimos en mercancías la mitad de nuestros beneficios, un poco de todo lo que, según England, estaba permitido entre contrabandistas: té, azúcar, tabaco y encajes, además del coñac, claro. Soltamos amarras y nos dirigimos hacia Bideford, en la costa de Cornualles. Anclamos en Lundy Island y puse los pies en la isla con cierto bamboleo, ya que había sido uno de los atracaderos de mi padre, sí, el que se ahogó en el puerto. Pero si hubiera creído que había dejado huellas tras de sí, estaba muy equivocado. Un tipo como aquél ¿qué podía dejar tras de sí, aparte de las botellas vacías y una reputación, buena o mala, en boca de la gente?

A cubierto de los vientos del oeste, detrás de Lundy Island, encontramos a otros contrabandistas que esperaban mejor viento y peor tiempo antes de poner curso hacia Francia. Nos dieron nombres de gente de confianza allá en tierra, pero cuando encontramos a Jameson, el hacendado, que era un alegre y orondo hombre de negocios, y cuando le contamos qué mercancías llevábamos a bordo, no pudo contener su alegría.

– Señores míos -dijo cuando había acabado de darse palmadas en las rodillas-, no voy a ser mezquino. Compro el brandy por un buen precio, para que puedan volver sin grandes pérdidas.

– ¿Pérdidas? -pregunté sorprendido.

– Pero ¿y el tabaco, el azúcar y los encajes? -preguntó England-.

Son de la mejor calidad.

– Lo sé -dijo Jameson-, lo sé muy bien.

– ¿Cómo puede saberlo? -pregunté con lógica desconfianza.

– No es nada raro -dijo con mayor regocijo aún-. Es el tabaco que yo mismo he exportado a Francia no hace mucho a través de delegados como ustedes. Y no creo equivocarme al pensar que el azúcar y el té han llegado a Francia de la misma manera.

Naturalmente, nos miramos unos a otros con incredulidad.

– Señores míos -continuó Jameson-, deduzco que son nuevos en la profesión. Éstas son mercancías que pasan de Inglaterra a Francia, no al revés. Les aconsejo que vuelvan a Saint Malo y lo vendan todo por el mismo precio que pagaron por ello.

– ¡Por todos los demonios del mundo! -exclamó England y se dio un puñetazo en la palma de la mano.

Cuando contamos nuestros medios para la vuelta, tras la venta de nuestras mercancías doblemente pasadas de contrabando, disponíamos exactamente del mismo capital que antes, no más, pero tampoco menos. No era suficiente para vivir. Otros viajes como aquél y acabaríamos en el fondo.

El siguiente viaje lo hicimos a Falmouth con la bodega llena de coñac y de vino. Nos adentramos en Helford River escondidos. Servimos a un comprador y conseguimos un buen precio en monedas de oro. Sin embargo, antes de que el dinero llegara a nuestras manos el comprador alertó a los guardacostas, así que tuvimos que huir a toda prisa.

Así estaban las cosas. Una vida libre probablemente sí que era, pero lucrativa o sublime desde luego que no. Tras seis viajes teníamos lo mismo que cuando empezamos, menos lo que habíamos gastado para vivir durante ese tiempo. Al séptimo teníamos la mitad que al principio y entonces fue cuando dije que se acabó. Si había que vivir, eso pensaba yo, tendríamos que recibir por lo menos algo a cambio, otra cosa que no fuera el ridículo y las equivocaciones. Teníamos que obtener algo con que alegrarnos, era lo mínimo que se podía pedir.

Así pues, convoqué el consejo, fue fácil, y expuse mis pensamientos. Dije que deberíamos llevarnos lo que se nos ofreciera en lugar de traficar y mercadear con el resultado conocido. Propuse que viajáramos a comisión, decididamente, y señalé que al cabo de poco ninguno de nosotros tendría nada que perder, y que cualquier cosa era mejor que lo que hacíamos, ya que no nos llevaba a ningún sitio.

– ¿Adonde nos iba a llevar? -preguntó Deval, en la que fue seguramente la única pregunta aguda que hizo en toda su vida.

No respondí, sino que me volví hacia England.

– ¿Y tú qué dices? -pregunté-. ¿Que podría ser peor?

– Sí -contestó England-, podría serlo.

Les llamé de todo, pero no sirvió de nada.

– Te puedes ir cuando quieras -dijo England.

A pesar de todo tenía razón. Siempre podía largarme.

Sin embargo, parece que no iba a ser así durante mucho tiempo. En las ciudades de la costa de Bretaña corría el rumor de paz, aunque no sé de qué iba a servir para la gente como yo. Los precios del vino y otras mercancías de contrabando iban a bajar, y también los salarios de los marineros embarcados, como pasaba siempre que la Marina empezaba a despedir y a desmantelar, y entonces yo ya no estaría tan seguro de los brazos de la ley.

Cuando después llegó la paz en los pasquines, en las proclamas de las trompetas y en las declaraciones de todas las pequeñas poblaciones costeras, England empezó a hablar de volver con el *Dana* a Irlanda y a Elisa. Sólo de pensarlo me entraban todos los males. Estaba seguro de que encontrarme con Elisa sería lo mismo que cavar mi propia tumba, como quiera que fuese.

Con cuidado, para no despertar sospechas en England ni en Deval, intenté hacerles entender lo insensato o lo manifiestamente peligroso que sería la vuelta para mi integridad física e incluso mi vida. Supliqué, rogué y pedí por favor, pero no sirvió de nada. Mi riqueza verbal, de la que tanto me enorgullecía, no bastó para doblegar una honradez como la de England. Tampoco logré nada con Deval. A pesar de todo, yo le había quitado lo poco que tenía, tanto la honra como el honor.

Así que no tenía mucho donde elegir, aparte de arreglar las cosas a mi modo. No quería que les ocurriera nada malo, porque yo no era de ésos. No podía tener nada contra ellos sólo porque no opinaran como yo. Si fuera por eso, estaría obligado a odiar a la mitad de la humanidad. Mi pensamiento era simplemente dirigir a aquellos dos hombres hacia otros derroteros, al menos durante unos años, hasta que la mayor parte de lo ocurrido cayera en el olvido y las aguas volvieran a su cauce.

En aquel tiempo había en Saint Malo un barco que se estaba preparando para ir a las colonias. Toda la ciudad estaba llena de carteles con unas ofertas tentadoras: viaje gratis y ayuda para ponerse en marcha en un país con un clima incomparable y unas posibilidades ilimitadas de ganar dinero a cambio de tres años de trabajo en las plantaciones. Naturalmente, tres años eran mejor que cinco, como en Inglaterra, pero yo sabía por mis viajes en el *Lady Mary* cómo eran. El viaje era sencillo, el trabajo de esclavo, y había mil y una formas de alargar el contrato. El contrato de un trabajador blanco era por lo menos igual de valioso que el de un esclavo negro, o quizá más, ya que el blanco había firmado su contrato de esclavo. Por eso se podía

pensar que tendría menos intenciones de fugarse o de amotinarse.

No obstante, por lo que oí en la ciudad supe que a los trabajadores franceses contratados efectivamente los dejaban libres a los tres años. En pocas palabras, lo que querían era contar con hombres que pudieran labrar la tierra, casarse, tener descendencia, llevar un arma y todo lo que fuera necesario para mantener las colonias con vida. Sí: fletaban incluso barcos cargados de mujeres con rumbo a las islas para que los hombres se quedaran. Ogeron, el anterior gobernador de Tortuga, había disfrutado de sus días de grandeza cuando sorteó a las mujeres, prostitutas o mujeres de mal vivir, casi todas curtidas y con mucha labia. Y se insinuaba que los matrimonios celebrados con la mediación de la diosa Fortuna en lugar del Espíritu Santo aguantaban tanto como los otros. Ahora recapacito que de eso tendría que haber hablado con Defoe, el que escribió una obra entera de cuatrocientas páginas para demostrar las excelencias de los matrimonios cristianos.

Eso de que los franchutes dejasen libres a sus trabajadores hizo que me decidiera. Me puse en contacto con un contratista. Le ofrecí cincuenta libras de entrada si hacía que England y Deval estuvieran a bordo del *Saint-Pierre* como trabajadores contratados el día que se hiciera a la mar.

No me importa cómo lo consiguiera, pero la verdad es que los dos Hombres estaban a bordo cuando el *Saint-Pierre* soltó amarras un claro día de verano con viento del este. Los vi acodados en la amura, escrutando el *Dana* e intentando divisarme, ya que seguramente no sospechaban nada del buen compañero que podía ser yo cuando era necesario. Según el contratista, cuando le di sus cincuenta, England y Deval no tenían la menor sospecha de que fuera yo quien había movido los hilos de su futuro, un futuro nuevo y rico en promesas, en un país con un clima incomparable y posibilidades ilimitadas. Se habían dejado engañar con toda confianza y con no poco licor y coñac, sin contar con la ayuda de los compañeros de cuerda que llevaba el engatusador. En fin, como siempre. Así me libré de Deval y de England, o eso creía yo, aunque tal vez me precipité, ya se sabe.

Unos días después vendí el *Dana* y recuperé las cien libras, todo mi capital, para pensar después, ya en serio, en mi propio destino y aventuras. No me podía quedar donde estaba, con todas las relaciones e intercambios entre Irlanda, Inglaterra y Francia en nombre de la paz. Empecé a creer, ya que lo oía en los bares y en las tabernas, que las Antillas eran un buen lugar para hacer fortuna, incluso para alguien como yo. Al cabo de unos meses, cuando un barco de bandera danesa apareció en el puerto con destino a las Antillas, me enrolé sin dudarlo. Por lo que supe después, era un capitán inglés que había sido despedido de su barco, pero que creía que aún estaba en la Marina. Y

el barco, que navegaba bajo el nombre de *Libre de penas,* por lo visto iba a las Antillas, aunque antes recalaría en Guinea para comprar esclavos. Sin embargo, no lo sabía cuando en el año de gracia de 1714 subí a bordo con mis trastos, avalado por cien libras, para iniciar una nueva vida, seguramente la tercera, como un hombre libre de surcar los siete mares de la tierra.

Capítulo 13

Hoy por la mañana, cuando el disco solar se levantaba en el horizonte, el cielo estaba de color rubí, aunque eso no sea para alegrarse. El rojo predice lluvia y las nubes azul grisáceo que engañan tras la montaña rápidamente dejan de ser guirnaldas del mar para convertirse en rocas ondulantes.

Mi primera idea esta mañana fue seguir donde lo dejé, pero entonces me puse a sopesar si no sería sólo por negligencia que hasta ahora, a pesar de todo, recordase mi vida en orden cronológico, sí, casi con la precisión de un cronómetro. ¿No había pensado que la única vida realmente adecuada para mí era la que me daba vueltas en la cabeza según soplara el viento? ¿Y no había creído que esa vida que me pertenecía por derecho propio sería un tumulto en el que una cosa llevaría a la otra, primero la pierna, después Deval, después Dunn y posiblemente Edward England, el último de los cuales me hacía recordar a Plantain, cuyo bienaventurado recuerdo me llevaba hacia Defoe y así sucesivamente hasta el infinito, hasta que me quedara vacío? De todos modos, me encontré con que había escrito que había nacido, una observación innecesaria, creo yo, y después vino lo demás por su camino. ¿Negligencia? Sí, es posible, pero también curiosidad, como si mi vida fuera una buena anécdota relatada alrededor del mástil. ¿Cómo podía acabar como había acabado? No dejo de preguntármelo, y tal vez empiezo a entender que la otra vida, el tiempo de tormenta, el caos ingobernable de relámpagos que reina en la memoria, no se pueden poner por escrito. Y tampoco es más verdad que eso otro, lo que empieza con el nacimiento o en cualquier otro momento, porque las dos vidas están a pesar de todo en mi cabeza. Dicho de otro modo, en lo que se refiere a la verdad de la vida, no sé por dónde cogerla.

¿Podría haberme ayudado Defoe en esto? Él escribió para no tener que vivir su propia vida. Tengo que contestar que no. Convenció a otros para que creyeran en sus palabras, pero, ¿sabía él mismo quién era, entre los cientos de nombres prestados que utilizó para ser libre? Su trabajo consistía en dejar pasmada a la gente. Era un agente secreto y al mismo tiempo un escritor libre. ¿Hay algo mejor? ¿Se puede

desear más en esta vida? Formábamos una extraña pareja usted y yo, señor Defoe, pero quisiera decir que no es de extrañar que nos encontráramos en el Angel Pub de Londres, usted como historiador de la piratería y yo como testigo presencial de una categoría poco común.

En aquellos tiempos había navegado con England por el Caribe y por el océano Índico durante un par de años. Con el *Fancy* habíamos conseguido más y mejores presas que casi todos los demás, casi siempre sin lucha, porque, como mucho, éramos ciento cincuenta hombres, y ¿qué navío mercante con treinta marineros a bordo querría perder hasta la última gota de su sangre por plantar cara a un poder muy superior, total para defender los beneficios de los armadores y sus miserables sueldos? Sin embargo, había capitanes que estaban locos y que ordenaban el enfrentamiento por cuestión de honor. Pagaban el doble: en primer lugar, el barco con la carga, y en segundo lugar la sangre y la muerte. ¿Con qué provecho? Naturalmente, también había capitanes que sólo luchaban por salvar sus propias vidas, los tiranos enterados de que no habría clemencia cuando la bandera estaba arriada y se pasaban cuentas. Edward England tenía sus más y sus menos, y si hubiera podido mandar en solitaria majestad, muchos capitanes, potentados y curas habrían salvado el pellejo, aunque por los pelos, en los barcos que abordábamos sin miramientos. Pero England se sometió a las decisiones del consejo si en alguna ocasión decía la última palabra, y la ejecución era la regla tras un interrogatorio con la tripulación sobre cómo habían sido tratados. Era realmente como el mismo England había dicho una vez: la única pareja que alcanzaba a discernir claramente era la que formaban la vida y la muerte.

Por eso pasó lo que pasó. England fue destituido, pero contra todo pronóstico salvó la vida en Madagascar, aunque yo aposté a su favor y gané. Encontró refugio en casa de Plantain y se salvó como pudo hasta que llegó el día de arriar la bandera.

Después de su destitución seguí una temporada a bordo con Taylor, con mi loro recién ganado, pero sin alegría y sin ganas. Los ricos botines del *Cassandra* y las enormes sumas arrebatadas al virrey de Goa fueron para la mayoría como un veneno. De pronto, cada cual tuvo la fortuna con la que había soñado, la fortuna por la que tanto habían suspirado, hasta pensar que era lo más importante de su vida. ¿Y qué pasó? Casi todos se volvieron locos: gastaban el dinero a espuertas, como si los doblones fueran mechas encendidas, y bebían como si les hubiera llegado la última hora. Piastras y joyas, botines y presas: eso era lo único que tenían en mente cuando nos hacíamos a la mar, y ahora que habían obtenido lo que querían, callaban por lo mismo, no sabían qué hacer con su vida. Era miserable y vergonzoso

verlos sufrir.

Yo puse mi parte a buen recaudo y me fui a la bahía de Ranter en cuanto tuve noticias de que England seguía vivo, aunque aquello ya no fuera vida. Me quedé a su lado hasta que murió, y me preocupé de que tuviera un final digno, todo lo digno que pudiera ser, dados los reproches que se hacía a sí mismo y a su conciencia antes de arriar la bandera para siempre. Su angustia me ponía nervioso, creo, porque durante un tiempo no pude ser yo mismo. Empecé a preguntarme qué podía elegir un tipo como yo, qué podría tener sentido. ¿Qué valor tenía ser Long John Silver a este lado de la tumba? ¿Qué importancia tenía un tipo como yo en esta complicada vida? ¿Habría siquiera alguna diferencia si vivía y moría como los demás? ¿Adonde nos llevaba al final el ancho camino que ya parecía el único que yo podría transitar con mis dos pies? ¿Había todavía algún refugio en la vida para un tipo como yo?

Preguntas como éstas me daban tantas vueltas en la cabeza que me desalentaban y me abatían.

Lo que me hizo poner bien la quilla fue la expedición de castigo de Matthew, descubrir que se había equipado una expedición con órdenes concretas de apresar y llevar a Inglaterra y a la horca una sola y miserable vida, la de Plantain, un aventurero de pequeño calado que se había retirado con un grupo de putas de diversa índole y color. No dejaba de preguntarme por qué mientras disparaba y blandía el hacha como nunca para defender nuestras vidas, las de los dos. ¿Por qué se empeñaban en enviar a los soldados de la Marina hasta el otro confín de la tierra, arriesgando sus vidas para que el populacho viera cómo ahorcaban a Plantain? Seguro que había suficientes indeseables, verdadera carne de horca, mucho más cerca.

Se me ocurrió que necesitaba ver más mundo para vivir como mejor pudiera hasta que me visitara la muerte. Era un fuera de la ley, un proscrito a cuya cabeza habían puesto precio, pero ¿contra qué y contra quién iba yo a luchar y a estar en guardia? Necesitaba presenciar un linchamiento en Londres, oír los gritos de la muchedumbre, ver la cara del verdugo, las miradas de los guardianes, sí, memorizar los vapores de un linchamiento y el ruido en mi propio cuerpo, dentro del pellejo que me preocupaba tanto. Siempre he huido de la horca como de la peste, pero ¿no era ella la medida de una vida como la mía y la de Plantain? Creía tener valor cuando fui el primero en blandir el hacha y abordar la cubierta del enemigo, pero el valor consistía en tener siempre la horca ante los ojos, saber que la pena de muerte era la única medida para una vida como la mía. Con un castigo así pendiente sobre la cabeza, con una soga al cuello, nadie duda ni se confunde. Uno sabe bien lo que vale. O eso pensaba yo.

Así pues, decidí irme a Londres a la primera de cambio, dispuesto

a ver y aprender. En Diego Suárez me alisté como marinero sin experiencia en un bergantín cargado de caña de azúcar con destino a Londres. Si mal no recuerdo, me hice llamar Zeewijk y me hice pasar por flamenco. Creo que nunca he padecido tanto. Ni una sola palabra podía escapar de mis labios. Gemía y gruñía como un animal o reía como un loco, ése era todo mi registro. Así aprendí una cosa: en el Infierno, si existía, cada uno habla su idioma. Pero no hubo nadie, hasta tal punto disimulé mis inclinaciones y mis ansias de abrir mi ágil bocaza, que albergara la menor sospecha de mi situación: nadie imaginó que estaba preñado de miles de palabras que me dolían en el cuerpo, de tanto como ansiaban ver la luz del día. Desperté admiración, claro está, por mis conocimientos marineros, por mi disposición y sobriedad entre los oficiales, mientras que el veneno corría a chorros por la sangre de la tripulación por ese mismo motivo. No me importaba. ¿Por qué me iba a importar? La tripulación no sabía quién era yo ni qué pretendía.

Atracamos por tanto en Londres sin que el señor John Silver hubiera pronunciado una sola palabra inteligible durante dos meses seguidos. Seguramente nunca estuve más cerca de la locura.

Recibí la miserable paga, pasé la inspección y dejé que me tragara la vida bulliciosa, apestosa y desordenada de la ciudad de Londres. Habíamos anclado en The Pool, y el nuestro era un ancho bergantín más entre los otros miles de barcos que llegaban con riquezas para las arcas ya repletas de Inglaterra. ¿No era ésta una visión digna de los dioses, me dije, si es que tenían ojos en la cara? Miles de mástiles, un bosque otoñal y sin hojas, sobresalían de los cascos. Los esquifes, las corbetas, las yolas, las goletas y las barcazas, o como quiera que se llamaran, se mecían sin cesar. Los marineros, los estibadores y los aguadores iban y venían, cargaban y descargaban, gritaban y juraban, reían no muy a menudo, porque a pesar de todo no era divertido su trabajo, graznaban como cuervos, levantaban los fardos y los llevaban, caían y se levantaban, o a veces se quedaban tendidos, pertrechaban y desmantelaban.

En el muelle de Billingsgate había cientos de barcazas atracadas. Allí estaban también los diques secos y los astilleros. Los armazones y las cuadernas sobresalían tras las tablas de madera, y se oían los martillazos y el ruido de los serruchos. Subían las vaharadas desde los fondos donde las tablas se reblandecían y se alabeaban. El olor a brea quemada irritaba la nariz, la garganta y los ojos. A lo largo de los muelles estaban los barcos mercantes, los talleres de velas, de aparejos, de cuerdas, todo ese tráfago que se necesitaba para construir y equipar un navío.

Nunca había visto tantos barcos juntos. El almacenamiento de botines por saquear parecía infinito. Y no era sólo Londres; en Bristol

y en Glasgow los había visto con mis propios ojos, y después fue Portsmouth, Southampton y los demás puertos no sólo de Inglaterra. ¿Cuántos navíos podía haber en esta orilla del Atlántico? ¿Treinta mil? Y de todos ellos, ¿cuántos eran los que gobernaban los caballeros de fortuna? Conté aquellos de los que había oído hablar mientras estuve con England. Como mucho unos veinte. Caca de mosca y de mosquitos, eso éramos nosotros.

¿Y cómo fue que durante un tiempo casi conseguimos interrumpir el comercio con las Antillas? Claro que no fue porque se arruinaran los armadores, lo comprendo ahora. Siempre había navíos suficientes que regresaban con su carga para dar beneficio. No, tiene que haber sido el miedo. Era nuestra reputación, así de claro. Y pensar que durante un tiempo hubiéramos podido poner de rodillas al comercio naval por lo que se decía de nosotros, por afirmaciones sin sentido y fantasías salvajes. ¡Qué estímulo para un tipo como yo! Eran miles de barcos, y en realidad nosotros no pasábamos de ser una veintena de mosquitos ante los que se rendían por el imaginario pavor y miedo de la gente.

Durante varios días estuve deambulando por el desorden de Londres para ver cómo estaban las cosas. Vi las instituciones opulentas e infladas que proporcionaban el capital a los armadores y a sus navíos. Me sorprendí ante las compañías aseguradoras, que cubrían todo menos el personal, la Royal Exchange y la London. Me quedaba con la boca abierta ante las compañías, la de las Indias Orientales, la de los Mares del Sur, la Real Compañía de África, con su pompa y fastuosidad. Estuve ante la sede del Servicio de Aduanas, que con sus miles de empleados no quería otra cosa que echarnos el guante a los tipos como yo.

Si algo aprendí fue lo poco que sabía de cómo estaba establecido el mundo. No habíamos imaginado las ingentes sumas que se apostaban, se arriesgaban, se ganaban y a veces se perdían. ¿De qué manera podríamos habernos sobrevivido a nosotros mismos y ser tan invencibles como algunos creían? ¿Cómo habrían podido culminar semejante hazaña Roberts, Davis y todos los que desafiaban al mundo entero con sus proclamaciones? No, buscar la suerte por cuenta propia tiene que ser lo primero. El riesgo de morir a pisotones era demasiado grande cuando uno era un mosquito o un gusano de barco.

Por eso al final fui al Almirantazgo, resucitado en el cuerpo de un tal Power, fiscal de aduana, y pregunté por ese miserable pirata que atendía por el nombre de John Silver.

– ¿Tenemos algo de él? -pregunté.

– Tenemos su nombre aquí -dijo un funcionario cuya piel grasienta y pálida estaba a punto de caérsele a escamas por falta de aire fresco-. Instigador de un motín a bordo del *Lady Mary,* que se hundió frente a Old Head en Kinsale. Denunciado por el capitán

Wilkinson. Eso es todo. En realidad, nadie sabe adonde fue.

– Yo lo sé -declaré con tono autoritario y prudente, aunque en el fondo con un punto de temor-. John Silver está muerto. Por fortuna, se quedó una cabeza más bajo de lo que era cuando Matthew atacó el nido de piratas en Saint-Marie, no hace mucho. Pueden tachar a ese hombre de las listas. Sin remordimientos de conciencia.

El pálido chupatintas hizo lo que le dije, y así desaparecí de este mundo. Y con el corazón aliviado dejé aquel reducto de maldad. A pesar de todo, fue como meter la cabeza en un nido de serpientes. Sin embargo, yo, John Silver, lo hice sin miedo, y así me granjeé el debido respeto cuando volví a las Antillas y poco tiempo después me fui con Flint.

Todos estos pretextos y suposiciones se hicieron realidad de forma muy fácil, porque ya lo llevaba en la sangre. Si no fue antes, por fin en Londres me enteré de que lo único que contaba a este lado de la tumba era la fe que tuvieran los demás en tu dignidad. Con esa fe uno podía hacer maravillas y permitirse extravagancias. Pero aprendí también que allí, en Londres, entre los que se llamaban los respetables, uno estaba obligado a ir constantemente con cuidado para que no le dieran una puñalada por la espalda. No era suficiente con tener ligera la boca. Además, había que tener ojos en la nuca.

Capítulo 14

Había oído que, de todos los nombres y lugares, el Angel Pub era el sitio idóneo para testimoniar en los casos de ahorcamiento. Era sabido que el juez Jeffries acostumbraba sentarse allí para quitarse el mal sabor de las ejecuciones con una o dos jarras de cerveza sin necesidad de mezclarse con el populacho en el mismo muelle de las Ejecuciones, donde se erigían las horcas alineadas como espantapájaros, para atemorizar a tipos como yo.

Cuando llegué, tres condenados se balanceaban de sus respectivas horcas. Me sacaban las lenguas azuladas, oscuras, o mejor dicho, lo que quedaba de las lenguas después de haberlas picoteado los grajos, los cuervos, las cornejas y las gaviotas, y me miraban con las cuencas de los ojos vacías. Los rodeaban enjambres de moscardones con un zumbido ansioso, y vi incluso hormigas. Tenían las carnes hinchadas y destrozadas por los picos voraces.

Sin duda, eso era la muerte, pensé. Los que perdieron la vida en los combates del *Walrus,* fueran nuestros o de los otros, estaban todavía calientes y aún eran seres humanos cuando los tirábamos por la borda o los enterrábamos en la arena. Había cadáveres, los que hubieran recibido una puñalada por la espalda, que igual podían estar vivos que muertos. Aquí, por el contrario, por Dios que no había necesidad de preguntarse si era la hora de la extremaunción, caso de que alguien la deseara. De todas maneras, ya era demasiado tarde.

Tiré de la pierna de uno de los cadáveres cuando pasaba por su lado. El aire se llenó de insectos, y el cuerpo giró de un lado a otro como el péndulo de un *perpetuum mobile.* Un lodo amarillento y pestilente empezó a gotear en el suelo; por lo visto, era un manjar para los moscardones, que se arracimaron alrededor de los goterones. Por gusto pisé unos doscientos y espanté a los pájaros. Yo tampoco era más que un ser humano, aunque fueran legión los que afirmaban lo contrario.

– ¡Dios lo bendiga! -oí que decía tras de mí una voz quebrada.

Me di la vuelta y vi una enjuta y pobre vieja a decir verdad más muerta que viva.

– Y ¿por qué iba a hacer Dios una cosa así? -pregunté.

– Porque usted espantó las moscas y los pájaros -dijo.

– Ni por éstas lograría mi bendición -dije con toda mi amabilidad, que no fue poca-. Por la suerte que me ha deparado la vida, seguro que verá usted que es voluntad inmensurable de Dios alimentar a los pájaros y las alimañas con los cadáveres de los pecadores y los ahorcados. Y en ese caso he atentado contra la voluntad de Dios.

– Mi hijo no ha pecado -aseguró la vieja.

Seguí su mirada y reparé más atentamente en uno de los cadáveres, pero no pude descubrir ningún parecido patente.

– ¿Qué hizo para acabar aquí? -pregunté.

– Cazaba conejos en las tierras del duque. No teníamos nada que comer, le prometo señor que fue así.

– ¡Por todos los demonios! -exclamé-. ¿Es que en este país pueden colgar a uno por cualquier cosa?

Efectivamente, se podía: ya lo había oído antes. ¿Cuántos se habían hecho caballeros de fortuna porque de todos modos acabarían colgándolos, ya fuera por una cosa o por otra, casi siempre por banalidades? En mis paseos por Londres había visto los anuncios de la nueva Ley de Hurtos, que estaban clavados por todas partes. A partir de entonces, estaba escrito con letras bien grandes, que cualquier robo cuyo valor superara los cinco chelines se castigaría con la muerte. Con eso se supo lo que valía la vida de una persona. ¡Cinco chelines! Pero… ¡ser ahorcado por cazar conejos, que además se reproducían justo como lo que eran…!

Me quedé un rato delante de los tres cadáveres, grabando el espectáculo para siempre en mi memoria. A pesar de todo, era lo que había querido ver sin rodeos ni añadidos. Me faltaba ver un ahorcamiento en directo, observar y aprender del mismo momento de la muerte, por mucho que lo temiera más que a nada en el mundo. Es decir, no temía a la misma muerte, porque era la nada, sino a la sabiduría de un tipo como yo, deseoso de vivir a cualquier precio, convertido de golpe en un cadáver putrefacto que sacaba la lengua violácea al mundo entero, sin provecho para ninguna de las partes.

Me despedí de la vieja, que se quedó sentada con las manos juntas, y dirigí mis pasos hacia el Angel Pub. En la puerta de la taberna alguien había pintado un ángel al que daban una bofetada cada vez que algún diablo sediento como yo abría la puerta. Por lo demás, el local no era digno de pasar a la historia, con la posible salvedad del hombre que estaba detrás de la barra, que por su tamaño más bien parecía el mismísimo arcángel. Antes de mirar a mi alrededor le pedí una cerveza a aquel personaje. Allí estaba sentada la colección habitual de bebedores abatidos, con todos sus matices y clases. Sólo uno se diferenciaba del grupo. Era un hombre que llevaba una peluca gastada y toscamente empolvada, que tenía montones de

papeles delante de sí y que me miraba con dos ojos despiertos y rápidos, con verdadero interés, desde la mesa situada junto a la ventana, por la que gozaba de una vista inmejorable de las horcas erigidas en el muelle de las Ejecuciones. La mesa era grande, y me acerqué a preguntarle con suma cortesía si tenía algún inconveniente en que me sentara allí, más que nada por la vista, tal como le dije. Hizo un gesto afirmativo y siguió observándome mientras yo bebía y me acostumbraba al espectáculo de los cadáveres suspendidos.

– Entiendo que le interesen los ahorcamientos -dijo el hombre, siguiendo mi mirada.

Asentí con la cabeza sin comprometerme.

– No es usted el único -continuó-. Tendría que ver cómo está esto el mismo día del ahorcamiento. La gente acude como las moscas a los cadáveres un par de días después. Pero ¿se ha preguntado usted por qué? ¿Qué es lo que atrae a la gente, qué les hace salir de casa para presenciar la desgracia ajena? Si con eso consiguieran un trozo de cielo o del infierno… Y probablemente sea esto último, ya que ¿cómo sería si los que castigamos aquí en la Tierra acabaran sus días en el Paraíso? Quiero decir que no puede ser. Es algo más sencillo que todo eso. Mientras vive, uno quiere ver cómo se comporta la gente ante la muerte; uno quiere despreciar a los débiles que piden clemencia y admirar a los fuertes que van al encuentro de la muerte orgullosos y con la cabeza bien alta. O, aún mejor, los que van a su encuentro riendo. Esto, señor mío, la risa ante la muerte, es la reacción más deseada por todos. Siempre son los que sonríen o se ríen a carcajadas los que provocan los vítores e incluso aplausos del público. Lo que en el fondo queremos creer es que la muerte no ha de tomarse en serio, que no se ha de tener en cuenta. Si no, la vida resulta insoportable. Las promesas del Paraíso y del Reino de los Cielos, las promesas que reparten los curas con sus manos rechonchas, no surten ningún efecto en este mundo, créame. Las autoridades se imaginan que el gentío se arremolina ante las horcas para mofarse y escupir a los criminales, es decir, por respeto a la ley; piensan incluso que aquí vienen los criminales para escarmentar y para que se les quiten las ganas de cometer otros crímenes. Y es todo lo contrario. Es sobradamente conocido que montones de rateros acuden cuando la masa se arremolina ante la horca. Pero ¿qué otra cosa cabía esperar? Uno, que no carece de experiencia, se atreve a afirmar que conocer a la gente nunca ha sido uno de los puntos fuertes de los jueces. Los criminales… ¿cómo iban a ser testigos voluntariamente de una cosa tan desagradable como es su posible propio fin? Por ejemplo, usted mismo ¿qué piensa al respecto? ¿Qué sentido tendría un acto como éste?

– Algún que otro ahorcamiento seguramente anima a la reflexión -dije yo-. No es fácil vivir a la sombra de la horca si uno quiere

sobrevivir.

– ¡Vaya! -exclamó el hombre con una sonrisa no del todo desagradable y mirándome satisfecho y algo socarrón-. Una reflexión interesante. Si no tiene inconveniente, la voy a recordar.

– ¿Por qué iba a molestarme?

– A pesar de todo, el pensamiento ha sido suyo. Y tengo la mala costumbre de hacer míos los pensamientos ajenos. He notado que a algunos no les gusta. Pero si usted me permite…

– ¡Sírvase, por favor!

Sin embargo, me quedé un poco sorprendido cuando sacó un lápiz y anotó mi pensamiento.

– Sólo una nota recordatoria -explicó cuando hubo acabado-. Ya no soy un niño, como puede ver. No me atrevo a confiar en la memoria. Hay infinidad de cosas que debo recordar.

Parecía que recapacitara sobre aquello antes de concentrar de nuevo sus pensamientos en mí.

– ¿Y a usted? -preguntó-, ¿por qué le interesan las ejecuciones?

Lo preguntó con una actitud de lo más inocente, pero a pesar de ello tuve la convicción de que, con toda su amabilidad, estaba a punto de engañarme. Ya no podía responder como a mí me apeteciera sin parecer uno de los que viven a la sombra de la horca, uno de los que iban por el camino más ancho, de los cuales tal vez me había erigido en portavoz. Quizás el viejo me había descubierto desde el principio: acaso descubrió algo en mis formas o en mi ropa que me delató. En realidad, ¿quién era, qué pretendía? De cualquier forma, me había dejado sin palabras aunque sólo fuera un momento, lo cual no ocurría muy a menudo.

– Espero que no se haya molestado -prosiguió como si me hubiera leído el pensamiento-. No era mi intención ser indiscreto. Sólo me di cuenta que dedicaba una atención extrema y poco común a aquellos tres pobres de allá, y por eso me entró la curiosidad. Es otra de mis malas costumbres.

– Entonces tenemos algo en común -dije, aliviado por el giro que había tomado la conversación, que me pareció a mi favor-. Me gustaría mucho saber por qué está usted sentado aquí, todo un caballero, como bien se ve, con montones de papeles ante usted. No entiendo qué hace usted en el Angel Pub, en Wapping, el barrio de los marineros, espiando a la gente normal y corriente como yo.

– ¡Espiar! -rió con un cloqueteo-. Acaba de decir una verdad más grande de lo que usted se imagina.

Espiar, sí, eso es lo que hago, eso he hecho desde que tengo uso de razón. Pero no sólo a la gente normal y corriente; desde luego, no creo que usted sea de ésos. Es cierto que espío, pero espío a todos sin distinción, los de arriba y los de abajo, los legales o los ilegales, los

buenos y los malos. Me he convertido en el cronista de nuestra era.

Hice un gesto como si quisiera hablar, pero de todas formas no me entendió.

– ¿No me cree? -dijo-. Pues mire.

Me puso un papel ante la nariz.

– He tardado meses en acabar esto. ¿Se imagina? He dedicado meses de mi vida sólo a contar lo que hay.

Lo dijo como si de veras lo sintiera, pero en realidad daba brincos de satisfacción… por sí mismo, se supone.

– ¿No le parece extraño que sólo yo sepa en realidad lo que hay en este hormiguero llamado Londres? He preguntado al Rey y al Parlamento, al alcalde y a los fiscales, pero nadie, como se puede usted imaginar, nadie tiene una visión general. Entonces me vi obligado a contar: desde los mercados de carne, y hay catorce en total, hasta las cárceles, que son veintisiete, quizá tantas, creo yo, como en todas las ciudades del continente juntas. Aquí está todo. Y ése es el precio, comprenderá usted, que pagamos por vivir en un país que se vanagloria de tener más libertades que ningún otro. He contado a los muertos y a los enterrados, así como a los vivos y a los bautizados, los enfermos y los sanados en los hospitales, los vagabundos atendidos y los pedigüeños, los condenados a muerte y los liberados. Lo he contado todo. Las iglesias también. ¡Mire aquí! En Londres hay trescientas siete iglesias, de las cuales cincuenta están en construcción, y no he contado las casas de oración de los discordes, ya que, según la ley, es como si no existieran. Y ahora se preguntará usted, naturalmente, si Dios tiene necesidad de tantas iglesias, el triple de las escuelas y quince veces más que hospitales. Para eso, señor mío, no existe respuesta, que yo sepa, pero sí se podría decir que todas esas iglesias no bastan teniendo en cuenta la gran cantidad de cárceles, en primer lugar las normales, pero también las cárceles de morosos, donde se dejan encerrar voluntariamente los que tienen dinero hasta saldar la deuda o hasta que el asunto ha prescrito, para ahorrarse la vergüenza de ir a parar a una cárcel de las normales. Así es, pero estas cosas sólo se averiguan si uno se toma la molestia de mirar a su alrededor, como un espía si usted quiere, y contar, ser el contable de la vida. ¿No le sorprende? Seguramente no sabía que hay diez instituciones privadas como éstas, que además cobran por sus servicios, en las que se dejan encerrar voluntariamente los desaprensivos sólo para evitar el escándalo.

– No -le contesté bruscamente, sin pensarlo antes-, no me lo puedo creer, maldita sea.

Pero en cuanto eso estuvo dicho, me di cuenta de que de nuevo me había descubierto un poco. El viejo no había contestado a mi pregunta de quién era y qué hacía; en cambio, había seguido con su

cháchara entusiasmada y con visible complacencia, sólo para hacer después una pregunta que, sin previo aviso, me afectaba a mí y a nadie más. Sólo quedaba hacer una reverencia y desaparecer. Era un juego limpio, es verdad, por lo que yo alcanzaba a juzgar.

– Casi lo sospechaba -sonrió el viejo.

– ¿Sospechar qué? -pregunté con bastante cuidado.

– Que no era usted uno de esos tipos que pagan por estar detrás de una reja para evitar el escándalo.

Quería haber replicado, pero el viejo se me adelantó.

– No quisiera que se ofendiera. Es verdad, es la segunda vez que se lo pido, permítamelo, pero tengo malas costumbres, como seguramente habrá notado. He estudiado a la gente durante toda mi vida, y no puedo dejar de poner a prueba mis experiencias y conocimientos para comprobar si en efecto sirven. He descubierto que hay gente como usted, señor mío, gente que parece crear espacio a su alrededor. En su estilo y en su mirada hay algo, si me permite decirlo, y creo que sí, que me recuerda a los piratas o a los filibusteros, no quiero decir al lobo de mar normal y corriente, el que se hace aventurero para salvarse del látigo y de la paliza, o porque se ve obligado a elegir entre este estilo de vida y morir en una trifulca. No, pienso en los grandes nombres, en Davis, Roberts y Morgan, aquellos que sabían lo que querían, los que habían apurado el cáliz de la libertad hasta las heces y ya no podían vivir sin ella. ¿Tengo razón?

El viejo me escrutó esperanzado, y yo seguramente me retorcí bajo su mirada. Sin embargo, me cuidé de responder: no era tan tonto, así que me eché a reír, pero no sonó sincero.

– No supondrá -dije- que le voy a contar a usted, que tanto puede ser fiscal u oficial de aduanas como cualquier otra cosa, que soy pirata… en caso de que lo fuera, claro.

– Creo que no me ha entendido bien -contestó con la misma sonrisa bondadosa y comprensiva de antes-. Además, yo en todo caso no soy el brazo extendido de la ley. No quería en absoluto acusarle de piratería, de ninguna manera, sobre todo teniendo en cuenta la espantosa vista que tenemos desde aquí. Sólo me preguntaba por mera curiosidad si no será usted parecido a ellos.

– ¿Cómo voy a saberlo? -contesté.

– A lo mejor -continuó el viejo, infatigable- prefiere pensar que usted no se parece a nadie, que es usted único. He notado que de ese tipo de personas también hay muchas, entre los nobles en especial, pero sé sinceramente por mi propia experiencia que en el fondo sólo es orgullo y vanidad. En la alta sociedad ser igual que los demás es el pecado más grave de todos los pecados, se lo aseguro. Se ha malentendido por completo el primer Mandamiento. Dios, como usted sabe, no tiene ni quiere tener ningún igual. Pero ¿no es el primero un

Mandamiento de orgullo y vanidad? Dios no ha predicado con el ejemplo. La humildad no es, bromas aparte, la principal característica de Dios, y por tanto, señor mío, ésa es la razón de que intentemos todos alzarnos por encima de nuestra capacidad y de nuestra posición, por encima de los demás. Somos como niños caprichosos. Siempre queremos mostrarnos con la luz a favor y nunca ser iguales a los demás, ello se debe a que no somos nada.

– Dios no ha sido nunca plato de mi gusto -dije con mordacidad.

El viejo esbozó de nuevo una sonrisa.

– No me extraña en absoluto. Y admito que usted no es como los demás, ni siquiera como los piratas.

– Ahora soy yo el que cree que me malinterpreta. Yo no he dicho que no exista nadie como yo.

– No, quizá no. Pero el hecho es que sus palabras me sorprenden, y he oído mucho en mi vida, se lo aseguro. En estos tiempos, nada me satisface más que el hecho de sorprenderme. Por tanto, más que continuar con esta conversación para mí tan enriquecedora, ¿puedo con toda la buena intención y sin compromiso de ningún tipo invitarle a una cerveza?

Tampoco estaba yo poco sorprendido. No le cogía el truco a aquel hombre ceremonioso y pícaro, incomparable, y que claramente demostraba interés por mí, aunque yo no sabía por qué, mientras él, con sus preguntas, ya parecía haber logrado averiguar lo uno y lo otro en lo que a mí se refería. Si continuábamos como habíamos empezado, tenía miedo de que me hiciera hablar sin darme cuenta, pero de momento no tenía nada pendiente con el viejo, y tampoco lo deseaba. Sólo quería saber con quién estaba hablando.

– Tengo la impresión -dije yo muy serio- de que me ha interrogado sobre esto y sobre lo de más allá, puede ser que sin mala intención, pero como si mi persona tuviera algún interés especial para usted o para otra persona. Así pues, si vamos a seguir dialogando, ¿no sería razonable que nos presentáramos?

– Claro, claro -contestó el viejo-. Mi nombre es Johnson. ¿Y el suyo?

– Long -contesté-. Y ya que estamos, quizá podríamos decir la profesión con toda franqueza.

– Contable -aseguró el viejo.

– Hombre de negocios -repliqué yo, pero en el mismo momento se cruzaron nuestras inocentes y sinceras miradas, tras lo cual nos echamos a reír con tan estruendosas carcajadas que hasta la peluca del viejo se ladeó.

– Será mejor que empecemos por el principio -sugirió-. Pero, en ese caso, con toda la discreción posible, naturalmente. Por ambas partes.

Alargó la mano.

– Me llamo Defoe -se presentó-, y quizá no sea totalmente desconocido ni siquiera para usted, pero es un nombre incómodo de llevar durante mucho tiempo, sobre todo ahora que estoy endeudado hasta las orejas. Profesión: escritor. ¿Y usted?

– John Silver. No es un nombre tan conocido como el suyo, pero quizá más cómodo de llevar, al menos para algunos. Profesión…

– Contramaestre de Edward England -añadió Defoe muy bajo, para que nadie más lo oyera-. En la actualidad probablemente desempleado, desde que destituyeron a England cerca de Madagascar. Me alegro de haberle encontrado, me alegro mucho más de lo que se pueda imaginar.

Hice un gesto defensivo con la mano.

– No se sorprenda tanto. La cuestión es que estoy preparando un libro sobre piratas, la primera descripción completa de los crímenes y pecados de los piratas. Sí, ya he tanteado un poco en el género. He escrito una obra de teatro sobre el capitán Avery, aunque desgraciadamente sin gran éxito. Después he publicado unos relatos sobre la vida del capitán Singleton. Fue algo mejor, y se han hecho varias ediciones. Quizá lo haya leído.

– No -dije-, no he tenido el honor. Sin embargo, Crusoe… ¿Quién no ha leído a Crusoe?

– Debo admitir que además es usted un aventurero culto. Sí, ya sé que los hay. Robert fue uno de ellos. Un gran estilista en sus proclamaciones. La ironía, diría yo, era connatural a su carácter.

Defoe sacó un libro de un bolso que estaba a su lado.

– Aquí tiene al capitán Singleton -anunció-. Me atrevo a recomendarle su lectura. Le agradecería su opinión sobre la credibilidad y la veracidad de la obra. Aquí en Inglaterra la gente es tan ingenua e inocente que asombra su candidez. Creen a pie juntillas que el capitán Singleton ha existido, incluso que ha salido en los periódicos, y que fue él quien descubrió las fuentes del Nilo. Como comprenderá, me río yo de todo eso. Son puras patrañas. No, la gente normal, e incluso los más lerdos, quieren creer que lo que se escribe es verdad. Ellos no me sirven para evaluar mi obra. Pero una persona como usted es diferente; usted podrá decidir si he acertado con la naturaleza y los escándalos de los piratas. ¿Querrá usted hacerme ese favor?

– Claro que sí -contesté, ya favorablemente predispuesto.

– ¿Sería mucha osadía pedirle que me ayudara también con mi libro de piratas? ¿Sabe usted? Me picó el gusanillo, con su permiso, después de Avery. Usted tiene que haber sido enviado por Dios por haber aparecido tan oportunamente.

– Más bien por obra del mismísimo Demonio, según todos los

cánones que regulan este mundo.

– Sea como fuere, sea como fuere, señor mío. Tenemos mucho de que hablar. Poco me importa quién lo haya enviado, si me quiere hacer el honor. Pero primero algo para apagar la sed. Si quisiera ser tan amable de pedir cerveza o ron, a mi cuenta, para los dos, nada me alegraría más que invitar a una persona tan viajada como usted.

Así pues, me levanté, me dirigí a la barra y pedí a la estantigua que había detrás dos cervezas y dos rones de la mejor marca a cuenta del señor Johnson.

– En ese caso tendrá que aflojar usted -gruñó el hombre-. Aquí no se bebe a crédito. La gente se muere con sus borracheras antes de pagar las deudas.

Me di la vuelta y que me lleven los demonios si no era el mismo Defoe quien me dedicó su mejor sonrisa. Me había engañado de nuevo. Jugase limpio o no, de ninguna manera podía perdonarle del todo, así que cambié el pedido.

– Mejor dicho, dos cervezas y dos mezclas -dije y vi al espíritu infernal alegrarse con una sonrisa irreconocible mientras mezclaba la cerveza, la ginebra y el jerez.

»Y añade también un poco de esto -le dije, poniendo una pequeña bolsa de pólvora sobre la barra.

Asintió efusivamente y su sonrisa se hizo aún más ancha. Saltaba a la vista que tenía experiencia con las bebidas típicas de los piratas.

– Bueno -le dije cuando acabé de espolvorear y mezclar una pizca de pólvora en cada jarra-, ¿qué barco y qué capitán?

– *Queen Anne's Revenge.* El capitán era Teach.

– Me lo imaginaba -dije sacando una moneda de oro-. Barbanegra era también feo como el Diablo.

El hombre se lo tomó como un cumplido. Le señalé la moneda.

– Éste es mi crédito y el de Johnson -dije-. ¿Cómo se llama?

– Hands, señor. Israel Hands.

– Bien, Hands. Veo que es un hombre en quien se puede confiar. El señor Johnson y yo no queremos que nos molesten curiosos ni preguntones.

Me miró, agudo como creía ser, y abrió la boca.

– Sí, ya sé lo que está pensando -me adelanté-. No nací ayer. Cobrará por los servicios prestados. Pero recuerde, camarada, el precio de la deslealtad.

Hands asintió y yo le llevé la cerveza a Defoe.

– El señor de detrás de la barra, si se le puede llamar así, nos ha dado crédito y nos van a dejar en paz, según he solicitado.

A Defoe le brillaban los ojos.

– ¿También es él…?

– … testigo de primera clase -añadí-. Claro que sí, pero en primer

lugar tendría usted que pagar por cada una de sus palabras si quisiera hacerlas suyas. En segundo lugar, dudo que a usted le diera otra respuesta que gruñidos, pagara lo que pagase.

– ¿Y usted, señor? -dijo Defoe con voz inquieta, como un niño al que le ofrecen un puñado de golosinas y duda de que vayan a terminar en su boca-. ¿Es usted también caro?

– ¿Yo? -repliqué, riéndome sinceramente de su gesto-. A mí no me podría comprar ni con todo el oro del mundo.

– Mucho es lo que yo quisiera saber -advirtió Defoe.

– ¡Brindemos por ello! -grité de corazón y Defoe, con su buen humor, se echó al coleto un buen trago del brebaje, aderezado esta vez con pólvora, cuando lo normal era ron puro.

Pocas veces he visto transformarse una cara de aquella manera, tanto en el color como en la forma. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos creando surcos en el maquillaje, de manera que se quedó a rayas rojiblancas cuando surgieron sus mejillas hinchadas de aire. Era mi revancha por casi haberme engatusado. Cuando acabó de toser y hubo recuperado su color natural le expliqué amablemente que yo sólo había querido hacerle partícipe de mis conocimientos, sin que me lo pidieran, y que ese brebaje era lo que bebían los piratas para demostrar que eran peores que nadie.

– ¡Páselo con cerveza! -añadí-. Yo tengo esa costumbre. El brebaje sabe a diablos, es cierto.

– ¡Y tan cierto! -le salió a Defoe, y se puso a anotar algo tan pronto pudo coger el lápiz sin que le temblaran los puños, que ya estaban tan gastados como su peluca-. ¿Así que me permite que le interrogue? -preguntó como si no se atreviera a creer que yo era la diosa de su felicidad, cosa comprensible si bien se piensa.

«Entienda que para un tipo como yo no es fácil ponerse en contacto con un tipo como usted -señaló-. Antes de abrir la boca ya estaría usted colgado de aquella horca, callado para mí y para el mundo. Si no, a lo mejor se esconde usted tras un nombre y unos ropajes prestados. Y nadie puede asegurar que los caballeros de fortuna tengan especial cuidado con su fama póstuma. Después de nosotros, el diluvio universal parece que sea lo más natural. Además, claro que usted no puede saberlo, tengo que pensar en mi reputación… No, no me interprete mal. No es que tenga que cuidar de mi buen nombre, ya no lo tengo. Ora me hago llamar Johnson o Drury, ora Singleton o coronel Jack. Sí, lo crea o no, hace bien poco escribí las memorias de Mesnager, el cuáquero francés, y es que ese hombre vive y disfruta de un envidiable bienestar en Francia. Me gustaría verle la cara si alguna vez le llega el libro a las manos. ¿A usted no? No, señor mío, mi propio nombre está hipotecado no sólo por mis deudas, sino también por las opiniones y pensamientos que yo

creía invertir en bien de la humanidad, pero sin haber recuperado ni un chelín. Por el contrario, y quizás usted ya lo sepa, me han metido en la cárcel por eso mismo. Me escondo como si fuera el pensamiento de un criminal condenado. Defoe no es más que una sombra, una palabra que anda de boca en boca salvo en la mía, una suposición, un chismorreo de sociedad, un simple recuerdo en el seno de su propia familia, ante la que no me atrevo a presentarme por culpa de los acreedores. Así están las cosas, pero ¿qué hago aquí lamentándome ante usted? No era mi intención. Lo que quiero es que comprenda que incluso una persona como yo puede sentir la soga alrededor del cuello, y no porque me vayan a colgar, sino sólo porque la soga puede estar tan tensa, tanto, que el aire no llegue a mi cerebro. No crea que he intentado seducirle con malas intenciones, pero le ruego, no de rodillas, porque ya no me quedan por lo mucho que las he gastado para conseguir el pan de cada día, que recuerde que hay muchos que están deseando hacerme pasar por amigo y cómplice de los piratas, de manera que me pudieran meter en la cárcel y callarme la boca para siempre. ¿Se imagina los gritos de alegría que darían si pusiera un anuncio en uno de nuestros periódicos? "Daniel Defoe desea conocer pirata para intercambiar opiniones e información, para satisfacción de ambos."

Defoe sonrió amargamente y se pasó el dedo por el gaznate para demostrar cómo acabaría aquello.

– Dicho de otro modo, estoy atado de pies y manos y soy demasiado viejo para embarcarme en un navío en busca de piratas, para ver dónde actúan y cómo trabajan. Sin embargo, no estoy falto de medios del todo. Estoy aquí en el Angel Pub, no sólo porque ninguno de mis acreedores se atrevería a poner los pies por aquí, sino para ser testigo de los ahorcamientos y para oír la jerga de los lobos de mar. Por otra parte, también he sido testigo de todos los juicios que se han hecho en Londres contra los piratas, he leído las actas de los que han tenido lugar en otros rincones del Imperio, he leído los cuadernos de bitácora y los diarios de a bordo. No está mal, pero ¿es suficiente? No, ni mucho menos. Salvo contadas excepciones, como los señores Dampier, Exquemelin y Wafer, los piratas no se preocupan de relatar sus hazañas. Pero ¿se puede confiar en ellos? Lo hicieron John Locke y los miembros de la Comisión de Investigación de la Compañía de los Mares del Sur y ¿qué sacaron de ello? Unas expediciones malogradas y un comercio insalubre. ¿Lo ve, señor Silver… quiero decir, Long? No se volverá a repetir, pues la verdad exige otro tipo de fuentes. Nunca se puede confiar en lo que se escribe como verdad para hacer girar el mundo hacia un lado o hacia el otro y si hay alguien que debiera saberlo, ése soy yo. Le recompensaría generosamente si usted realmente estuviera dispuesto a ser mi fuente, pero…

Dirigió una mirada insinuante hacia la barra.

– … usted ya habrá comprendido, si bien ha tenido la delicadeza de no mencionarlo, que mis recursos son extremadamente limitados… -Estiró los brazos y bebió de su brebaje sin hacer esta vez una sola mueca. No sé cómo lo consiguió-. Por no decir inexistentes.

Puse veinte libras de oro sobre la mesa y las empujé hacia Defoe.

– Tome esto -dije-. Y no debe pensar en remuneraciones. Al contrario, le pagaré con gusto si puedo oír algo de esto y de aquello. Estoy aquí en Londres para ver y aprender. Se dice que soy un hombre culto, porque soy uno de los que, a bordo, saben leer algo más que un contrato y las disposiciones del navío. Pero he comprendido que eso no es mucho. Los caballeros de fortuna como yo no saben gran cosa del mundo. Vivimos de la reputación, sí, pero somos como las gallinas ciegas, y tampoco mucho más listos que ellas, si quiere que le diga la verdad. ¡Y a pesar de eso, creemos que podemos conservar la vida! No, por mi parte creo haber entendido que no se puede estar a buen recaudo sin saber cómo está organizado el mundo y cómo funcionan las cosas. Dicho de otro modo, puedo hablarle de las desgracias de los piratas si usted a cambio me cuenta lo que pasa en Inglaterra. Usted ha espiado y ha controlado, y puede por tanto proporcionarme lo que necesito. Es pago suficiente. Sin embargo, pido una sola cosa más.

– ¿De qué se trata? -preguntó Defoe mientras hacía desaparecer mis veinte libras en su bolsillo interior de forma tan natural como pudo-. Ya está concedido.

– Es decir, usted escribe un libro sobre las malandanzas de los piratas y, quizá, por qué no, sobre las buenas acciones de que se hayan hecho acreedores, se supone que por error. ¿Y usted cuenta con que ese libro se publicará y se leerá?

– Naturalmente. De lo contrario, no tendría razón de ser.

– Lo que le pido es que yo mismo, llamado John Silver, nunca apareceré nombrado en este libro.

– Señor Long -dijo Defoe-, no deja usted de sorprenderme.

Saqué mis guantes de piel.

– Estos guantes los he llevado en el mar desde que tenía unos quince años o así. Me han protegido las manos de heridas y de cicatrices, de las quemaduras típicas de los lobos de mar. ¿No querrá usted que todo esto haya sido inútil, que usted me vaya a poner un nuevo sello que me lleve directamente a la horca?

– No es poco lo que pide. ¿Quiere que, por así decirlo, le dé la vuelta a la historia?

– Tampoco hay que exagerar. Lo único que tiene que hacer es como si yo no hubiera existido, igual que usted ha creado la ilusión de que han existido otros cuando en realidad no ha sido así. Ahí tiene a Singleton y a Crusoe, por ejemplo. ¿No tengo razón? ¿Acaso es peor

una cosa que otra?

– No sé -contestó Defoe con cierto apuro, como si le hubiera pisado un callo-. Es posible que tenga usted razón, que la muerte de uno pueda ser el pan de otro en el orden del mundo. Es posible. Se roba la vida de alguien, como el pobre Selkirk, olvidado para siempre, y se le da a otro, a Crusoe, que puede vivir para siempre con un poco de suerte, pero a costa del otro. ¿Hay derecho? ¿Sabe usted que hace tiempo una mujer me dijo que había naufragado en la isla de Crusoe, que había acompañado a Crusoe cuando fueron rescatados por un navío holandés e incluso que vivía con Viernes en Londres y que yo le había robado la historia para escribir la mía propia? Pues me acusó de haberla matado, de haberla silenciado para siempre, ya que no la nombré en mi relato. ¿Qué está bien y qué está mal? ¿Me puede contestar a eso?

– No -le contesté-, ése es su problema. Sólo insisto en que no me mezcle en su libro de piratas, es lo único que pido.

– Tiene mi palabra -dijo, aunque me pareció oír un tono pesaroso.

Así de fácil era sacar a Long John Silver de la historia, pensé. Estaba tachado del archivo del Almirantazgo y de las listas, eliminado de los libros de historia, como si no hubiera existido nunca.

Me recliné y puse una mano sobre el hombro del viejo.

– ¡No se lo tome tan a pecho! -le animé-. Si es eso lo único que le remuerde la conciencia, debería ver la mía.

No sé si aquellas palabras ayudaron, pero se animó y cuando nos despedimos ese primer día parecía estar de un humor inmejorable. Yo, por mi parte, estaba alegre, y le di una libra o dos a la vieja que estaba velando el cadáver de su hijo.

– ¡Dios le bendiga! -dijo como un loro que sólo supiera una frase o dos.

– ¡Que se lo lleven los demonios! -contesté para variar.

Capítulo 15

Cae por su propio peso que invité al señor Defoe a oír la historia de Edward England. Que fuera verdad ya era otra cosa. En aquel tiempo mi inclinación hacia la verdad era poca, por lo que no le referí todo sobre cómo y por qué, gracias a mi mediación, se hizo England caballero de fortuna, y eso es tan verdad como el amén en la iglesia. Además, no confiaba plenamente en la integridad de Defoe: él sólo me había dado su palabra que yo no aparecería en sus libros. Y si había algo que yo no deseaba era acabar mis días como un Selkirk, o peor aún, como un Crusoe.

Pero si hubiese un cielo, y si usted, señor Defoe, después de todas las mentiras y traiciones, hubiera tenido acceso a él, y si allí arriba pudiera oír lo que nosotros, los pobres pecadores, pensamos aquí en la tierra, me gustaría explicarle lo que verdaderamente pasó conmigo y con England. En aquella época, cuando usted y yo nos sentábamos en el Angel Pub, habría tenido que robarle un día o dos de su preciado tiempo. Ahora, supongo y espero por su bien que ya no tenga tanta prisa allí donde se encuentre, que ya no escriba como antes, con tanta furia y tanto frenesí que parecía cavar su propia tumba. Además, ¿qué pensarían en el Cielo? ¿Y por qué iba a escribir usted libros en el Paraíso? ¿Para mejorar a la gente?

Por tanto, debería tener tiempo y paciencia para escucharme. Es vergonzoso decirlo y siento un vacío infinito, pero he empezado a escribir a pesar de que es absurdo, a pesar de que no tiene sentido relatar historias, ni siquiera la mía. Dicho de otro modo, admito ante usted que a veces desearía que alguien escuchara lo que quiero decir, sí, y que esto de la escritura no fuera tan endemoniadamente solitario, aunque ¿cómo me iba yo a imaginar que iba a ser así cuando empecé? La verdad es que usted no me dijo nada de esto. El caso es que me embarqué en Saint Malo, como ya habrá oído si todo funciona bien ahí arriba, en el gran navío llamado *Libre de penas,* a las órdenes de Butterworth, uno de los capitanes de la Armada inglesa que tuvieron que buscarse un nuevo destino cuando acabó la guerra. Butterworth hizo lo que pudo para que el *Libre de penas* pareciera un buque de guerra. No es de extrañar que la mayor parte de la tripulación danesa intentara alistarse en otro barco nada más llegar a Londres y cambiarse por la tripulación británica. Tan pronto dejamos atrás Ouessant, Butterworth empezó a ejercitarnos para el combate.

– Hombres -nos aclaró-, la guerra ha terminado, gracias a Dios. Hay paz en el mundo, paz entre las naciones. Pero sabéis igual que yo que los piratas y los demás merodeadores no van a dejar de saquear y apresar sólo porque haya paz. No cumplen ninguna ley, sino que continúan asesinando y robando. Por eso tenemos que saber defendernos y estar preparados para entregar la vida por nuestra libertad. Tenemos veinticuatro cañones a bordo. Cuando esté listo con ustedes, podremos luchar contra quien sea.

Se oyó un rumor y una queja por las palabras de Butterworth; el descontento se hacía patente. Quizá Butterworth tendría que haber pensado que en el *Libre de penas* no había soldados de la Armada a su disposición para obligar a la tripulación a la obediencia. La mitad de los hombres no deseaban más que pasar a ser piratas y gozar de la libertad.

Escuché a Butterworth sólo a medias. A mí no me iba a incordiar. Me había alistado para un viaje de ida a las Antillas y no pensaba aventurar la seguridad de mi viaje por ponerme en su contra. Había probado lo uno y lo otro desde la última vez, creía yo, y lo tenía todo reciente en la memoria. No, a mí un tipo como Butterworth no me iba a arrastrar a una locura.

Pero había decidido por Butterworth y por mí mismo demasiado pronto.

Al salir a cubierta una mañana bonita y clara, cuando acabábamos de entrar en el viento norte portugués, vi que Butterworth había hecho pintar una línea blanca a lo largo de la cubierta, a la altura del mástil. Estuve a punto de pisarla cuando el primero de a bordo me advirtió y me aclaró que nosotros, los marineros, no podíamos pasar la línea sin permiso expreso, suyo o del capitán. Me di la vuelta en redondo, aturdido como si alguien me hubiera dado con un pasador de cabo. Supe por Murrin, un experto marinero que había hecho el servicio militar en la Armada, que estas líneas eran regla en todos los buques de guerra, y que pasar la raya sin que te lo hubieran ordenado costaba cincuenta golpes de látigo.

La raya del *Libre de penas* me hizo olvidar todos mis buenos propósitos. Enseñarme aquella línea blanca que me separaba de ellos fue lo mismo que poner un sabroso hueso ante el hocico de un perro muerto de hambre y darle una buena paliza aunque ni siquiera lo tocara.

Cae por su propio peso que al final acabé cruzando la raya. De forma alocada y sin reflexionar, pero tenía que morder el hueso. Fue como si me fuera a morir de hambre si no lo hacía. ¿Lo entiende, señor Defoe? Usted que ha estudiado a la gente de día y de noche, ha espiado y ha contado lo que ha visto. Fui el primero en cruzar la raya, sin pensar en un amotinamiento sino llevado por esa precipitación que

me caracterizaba en esas situaciones.

Naturalmente, eso de poco me sirvió.

– ¿Qué tiene que decir en su defensa? -gritó Butterworth rojo como un tomate tan pronto el oficial me metió en el camarote a empujones.

– ¿Defensa? -pregunté con sincera incredulidad-. ¿Por qué, señor?

– Lo sabe muy bien.

– No, señor. Pido perdón, señor.

– ¿Intenta usted además tomarme el pelo? Ha rehusado cumplir mis órdenes, ni más ni menos. Es amotinamiento, para que se entere.

– ¿Amotinamiento, señor? ¡Nunca en la vida! Me he alistado para llegar a las Antillas. Nada más.

La cara de Butterworth adquirió una mueca burlona.

– ¡Nada más! Muy bien, gracias. He conocido a muchos tipos como usted, y son los que acaban siendo bandoleros en tierra y piratas en el mar. A mí no me engaña.

– Señor, ni siquiera lo he intentado.

Butterworth se dirigió hacia el oficial.

– Usted mismo ha oído de qué calaña es. Un diablo descarado que necesita aprender una lección. ¡Disponga lo necesario para pasarlo por la quilla!

– Pero, señor… -razonó el oficial.

– Nada de peros. Podría ordenar que ahorcaran a esa escoria, pero se le va a dar la oportunidad de enmendarse.

¡Pasarme por la quilla! Al salir a la intensa luz del sol fue cuando de verdad me di cuenta de lo estúpido de mi comportamiento.

– No pensé en la raya -le dije suplicante al oficial-. No la vi.

– No sirve, Silver, y lo sabes tan bien como yo. No has tenido ojos más que para esa raya. Lo sabe todo el mundo.

– No podía evitarlo, señor. Fue un error.

– Deberías haberlo pensado antes.

– Pero no quiero morir, señor. ¿No podría hablar con el capitán? No volverá a ocurrir, señor. Se lo aseguro.

Rogué y me humillé todo lo que pude. Y orgullo no tenía cuando mi pellejo estaba en juego. Cuando estás muerto, de poco te sirve el orgullo.

– De acuerdo, Silver. Hasta ahora has hecho un buen servicio -dijo el oficial-. Voy a decir a los hombres que no tensen las cuerdas demasiado. No puedo hacer más.

Ya era algo, y me tranquilicé un poco para poder pensar. Ahora todo dependía de cómo fuera el *Libre de penas* por debajo. Por un momento vi una alfombra con tulipanes de mar afilados como cuchillos que me cortarían la espalda como si fuera mantequilla.

Los hombres no tardaron mucho en disponer los cordajes; eran

cuatro, dos a cada lado del barco. Me pusieron en la proa y me ataron las muñecas y los tobillos. Miré a mi alrededor. En algunos noté intranquilidad y rabia: eran los que, supongo, tenían sentido común suficiente para ponerse en mi lugar. En otros vi sobre todo una alegre esperanza: seguro que entre ellos habían apostado si saldría con vida. Para ésos, pasar a alguien por la quilla era todo un espectáculo, una bienvenida interrupción en el periplo, tan entretenida como un ahorcamiento en tierra. Me di cuenta de que los dos que iban a aguantar la cuerda por la banda de estribor sonreían y se daban codazos. Cualquiera podía darse cuenta de que no se iban a preocupar mucho de lo que les había dicho el oficial.

En ese momento salió Butterworth a cubierta. No lo vi, porque estaba dispuesto con la espalda hacia popa, listo para que me bajaran con los pies por delante hasta la quilla, desde la proa hasta la popa, a lo largo de todo el *Libre de penas,* noventa y seis pies de eslora, ni más ni menos. Me iban a pasar por la quilla a lo largo del barco y no a lo ancho, que hubiese sido un castigo menos severo.

– Aquí hay un hombre -gruñó Butterworth- que se ha negado a cumplir mis órdenes. Saben igual que yo que tengo todo el derecho, incluso la obligación, de ordenar que lo maten por amotinamiento. Pero no soy inhumano. Este hombre va a tener la oportunidad de enmendarse. Dejemos sin embargo que sea un recuerdo para todos. La próxima vez no tendré clemencia ninguna.

Se oyeron algunos susurros malhumorados desde distintos puntos. Buen material para un motín, me dio tiempo de pensar antes de que Butterworth gritara su orden y yo fuera bajado a lo largo de la proa hacia el agua murmurante.

Luché contra el miedo que me fue entrando poco a poco e intenté darme fuerzas. Había sobrevivido una vez a la muerte, me decía al pensar en Old Head of Kinsale. No podía ser inútil. «¡Vivir!», gritaba mi interior. ¡Por todos los demonios, tenía que vivir!

Hice lo que me había enseñado el viejo indio de Chesapeake cuando iba a estar mucho tiempo debajo del agua: respiré profundamente varias veces para limpiar mis pulmones antes de cerrar la boca para siempre. «No chilles»; eso fue lo último que pensé. Un solo grito de dolor y habría dicho mi última palabra a este lado de la tumba.

Me rodeó el agua verde, se tensaron las cuerdas y el casco me desgarró la piel de la espalda. No me había dado tiempo de estar mucho rato sumergido cuando ya noté cómo se me levantaba la piel; el dolor abría profundas grietas en mi voluntad de vivir. Ya sabía una cosa. Noventa pies de eslora convertirían mi preciado cuerpo en un trozo de carne magullada, y de Long John Silver no quedaría nada. Sacudía las cuerdas como una mosca en una tela de araña. ¿Para qué?

Estaba atado de pies y manos.

«¡De las manos!», pensé de pronto espoleado por una astilla de madera que se me había clavado en el muslo, y que me hizo acercar los brazos al cuerpo. De inmediato noté que la cuerda de babor se aflojaba. «Una brazada, dos brazadas, eso es, aguanta ahí.» Por esa banda los hombres habían escuchado las palabras del oficial y no tensaron la cuerda. «¡Así, bien! ¡Más floja!» Los que reían aguantando la cuerda de estribor, a los que les importaba un bledo John Silver, se darían cuenta de que vivía. Agarré sus cabos con las dos manos, encontré un punto de apoyo contra la quilla y tiré de la cuerda con toda mi alma, con una fuerza que ni antes ni después supe que llevaba dentro. El pecho me ardía de tal manera que creía que iba a estallar, me pitaban los oídos como un huracán, pero antes de perder el mundo de vista llegué a notar cómo se aflojaba la cuerda de estribor. Estaba libre.

Cuando abrí los ojos de nuevo, jadeando, ya me estaban subiendo a cubierta los de la banda de babor. Por tanto, seguía con vida, y mientras unas manos voluntariosas me colocaban suavemente sobre cubierta, expresé a gritos mi alegría para que nadie dudara de que me habían subido con vida, aunque puede ser que con el sentido común perdido. Me zafé de las manos que me querían ayudar a ponerme en pie y me acurruqué en cubierta como una masa sin forma. Juré y maldije, escupí y eché chispas, pero conseguí levantarme sujetándome al palo mayor. ¡El palo mayor! Me miré los pies. Allí estaba, la maldita línea blanca y de nuevo estaba yo en el lado prohibido, sin que nadie me hubiera dado permiso. ¡Qué ganas de vivir para un tipo como yo! Un hilo de sangre roja corría por mi espalda, a lo largo de las piernas, serpenteaba por cubierta y atravesaba la línea blanca, dividiéndola en dos. Miré hacia arriba y busqué los ojos de Butterworth. Antes de caerme quería que, por lo menos, me mirase a los ojos, si tenía valor para ello.

Butterworth estaba tieso como un palo en el castillo de popa y no podía quitarme los ojos de encima. Levanté una mano y le hice el saludo militar temblando.

– John Silver a sus órdenes, señor -me esforcé en decir, fingiendo como pude un remedo de sonrisa.

Fue entonces cuando me di cuenta del silencio que se había hecho en cubierta. Era un espectáculo sin igual, en el que se confundían admiración, miedo y respeto a la vez. Miré de nuevo a Butterworth, que al final apartó la mirada.

– Es suficiente -dijo con voz tensa; se dio la vuelta y desapareció en el camarote.

«¡Sin duda ninguna, eso es lo que se llama felicidad!» Éste fue mi último pensamiento antes de que me fallaran las fuerzas y me quedara

dormido.

Capítulo 16

Tardé dos semanas en recuperarme y volver a ser yo mismo para poder hacer algo a bordo utilizando la cabeza, claro está. Si no me equivoco, señor Defoe, todo el mundo comprenderá que John Silver, después de tal resurrección, no podía hacer como si no hubiera pasado nada. Después de aquello, oí muchas cosas cuando estaba tumbado bocabajo con mi costra en la espalda. Butterworth había prohibido a los hombres que se relacionaran conmigo, como si yo fuera un leproso, pero uno tras otro se acercaron a la enfermería para presentar su respeto. Y una vez tras otra oí la fantástica historia de mi salvación, porque lo que yo no sabía era que con aquel hercúleo estirón había llevado a uno de los hombres de estribor al agua y que en cuestión de segundos lo habían devorado los tiburones que habían acudido atraídos por mi sangre. A mí me habían izado inmediatamente los hombres de babor sin esperar las órdenes de Butterworth. Éste estaba hecho una furia, claro, pero no se atrevió a intervenir: hasta un imbécil como él entendió que no estaba lejos el amotinamiento si hubiera dejado que me devoraran los tiburones, ya que no era el castigo que se me había impuesto.

No tenía duda ninguna: parte de la tripulación estaba de mi lado. Al hedor de mis heridas purulentas se fraguaban planes siniestros. Supe que si yo me erigía en cabecilla, la mitad de la tripulación estaría dispuesta a amotinarse. Para no quedar como un loco, fanfarroneé con que había cruzado la raya para ponerme en contra de Butterworth, y todos me creyeron, aunque la verdad era muy otra. Pero en cuanto al amotinamiento cerré la boca. Había hecho lo mío, y además tenía que pensar en asegurarme la llegada a las Antillas. Por mi parte ya estaba bien de hacer locuras.

Pero un día apareció Lacy y explicó que Butterworth había hecho pintar lo que estaba manchado con mi sangre tan pronto se hubo secado. Y después vino Scudamore, el cirujano de a bordo, con una noticia peor. Supe por él que el *Libre de penas* no iba directamente a las Antillas.

– ¿No has oído a los carpinteros martillear en cubierta?

– No -dije sin mentir.

Había tenido bastante trabajo con sobrevivir.

– Pues sí -continuó Scudamore-. En cubierta se están

construyendo empalizadas y camarotes para la tripulación. Vamos a subir a bordo una carga de marfil negro. Dentro de una semana tocamos la costa de África.

¡Esclavos! Naturalmente. ¿Cómo había podido ser tan tonto de preguntar sólo el destino y no la ruta antes de alistarme? Pensé en el capitán Barlow, que ya me lo había advertido. Y yo que me había pavoneado de mi capacidad de aprendizaje y de que nada me entraba por un oído y me salía por el otro. Si uno quería morir, había dicho Barlow, navegar con esclavos era la manera más segura. Los esclavos caían como moscas, estaba claro, pero también la tripulación. «Tira al capitán por la borda, amotínate, haz cualquier cosa con tal de no llegar a eso», había dicho Barlow.

Así pues, empecé a escuchar lo que se susurraba y se insinuaba a bordo. Varios hombres querían amotinarse inmediatamente antes de que los esclavos subieran a bordo con sus fiebres y sus tumores. Yo no opinaba lo mismo.

– En primer lugar -les dije a Mundon, a Tompkins y a Lacy, que estaban de rodillas alrededor de mi cabecera-, aquí no se inicia ningún motín hasta que yo esté recuperado y pueda salir a bailar. En segundo lugar, no somos suficientes. Tengo la intención de que sean los negros quienes hagan el trabajo más sucio. Hay que tener cuidado con el propio pellejo.

– ¿Y tú dices eso? -susurró Tompkins, que por algo tenía la cabeza en su sitio a diferencia de los otros dos, que apenas si sabían que la tenían-. Entonces, ¿por qué demonios cruzaste la raya?

– Acuérdate de una cosa; Tompkins -le largué-: nadie le dice a John Silver lo que tiene o lo que no tiene que hacer.

– No quería decir nada malo -dijo Tompkins rápidamente.

– Permíteme que lo dude.

Hablé con voz amable y lisonjera.

– ¿Creéis que ibais a estar arrodillados ante mí, hablándome de motines, si yo no hubiera pasado la raya? ¿Creéis que estoy tan loco que iba a pasar por encima de una raya así por nada?

– ¡Por todos los demonios! -dijo Lacy, silbando bajito.

– Pero me equivoqué -continué-. Creía que a bordo había hombres con coraje, pero son unos cobardes. Ni un diablo movió un dedo cuando le planté cara a Butterworth. Y ahora venís vosotros diciendo que nos amotinemos. Naturalmente que sí, pero esta vez soy yo el que manda. ¿Queda claro? Para empezar, hablaréis con los que sean de fiar.

– Y ¿cómo sabremos quiénes son? -preguntó Tompkins que, como he dicho, tenía la cabeza sobre los hombros.

– Pregúntales si creen en Dios -expliqué-. Sin decir nada del motín, claro. Eso vendrá después.

– No hay ningún lobo de mar que crea en Dios -exclamó Tompkins, desdeñoso.

– Insiste en que contesten -dije-. Pídeles que juren por la Biblia que no creen en Dios y ya verás cuántos bailan al son de otra música cuando llega la hora de la verdad. He visto a veteranos que podrían darle con la Biblia en la cabeza al primer pastor de almas que les saliera al paso, arrodillarse y rezar por su vida cuando las cosas se ponían crudas.

Los tres se miraban inseguros y seguramente se preguntaban si ellos mismos se atreverían a jurar por la Biblia que no creían en Dios.

– Os diré lo que vamos a hacer -continué-. Reunid a todos los que apoyen nuestra causa y ved que estén dispuestos. Todos jurarán por la Biblia y firmarán sobre el papel del redondel de Robin.

– ¿Qué es eso? -preguntó Lacy en tono de lo más inocente.

– Cualquiera diría que es la primera vez que os embarcáis, por todos los diablos -exclamé-. Y que tenga que cargar con gente como vosotros, que aún se mean en los pantalones…

– Tranquilo, John -dijo Tompkins-. Quizá no sepamos tanto como tú, pero si hay jaleo tenemos malas pulgas.

– Está bien, Tompkins. Era lo único que quería saber.

Vi cómo sus ojos brillaban de orgullo.

– El redondel de Robin -expliqué amablemente- no es otra cosa que una medida de prevención. De una parte, todos tienen que estar dispuestos a firmar una declaración para que no se echen atrás cuanto empiece el juego. De otra parte, el mismo papel te lleva directamente a la horca si llega a parar a manos equivocadas. Como siempre son los que firman primero los sospechosos de ser los agitadores, firmaréis alrededor de un círculo para que no se sepa quién empezó.

– Por el mismísimo Diablo -dijo Lacy de nuevo.

– Sí, ¿verdad? En marcha. Dentro de unos días estaré de nuevo en pie y entonces serán otros los que sean conscientes de sus vidas.

Ya estaban las cosas en marcha, pensé cuando me dejaron solo. En lugar de un viaje tranquilo y seguro hacia una nueva vida en las Antillas, me encontraba de nuevo con un motín. De todas maneras, esta vez sabía lo que me hacía. Por ejemplo, no iba a aparecer por cubierta antes de que el redondel de Robin estuviera listo y firmado por los demás. No había ningún motivo para dejarme ver sin necesidad, para arriesgar el pellejo que me había salido de nuevo en la espalda, no antes de ver en qué dirección soplaba el viento.

Cuando unos días después Scudamore me dio el alta y salí a cubierta con las piernas flojas y los ojos entornados para protegerme del intenso sol, el barco estaba irreconocible. La línea blanca sin más ni más había sido sustituida por dos fuertes empalizadas que cruzaban

la cubierta. Ambas continuaban por encima de las amuras hasta sobresalir una braza por lo menos, para que ningún negro pudiera escabullirse por aquel camino. La empalizada de popa estaba atravesada por dos cañones, y en el castillo de popa había otros tres más pequeños, para perdigones y metralla, que apuntaban hacia el patio de recreo de los esclavos que quedaba entre las dos empalizadas.

A lo largo de los lados del navío vi con gran sorpresa algunos hombres que intentaban levantar unas redes que en los buques de guerra normalmente se llenaban de mantas y otros materiales blandos para proteger a los hombres de las astillas de madera que saltaban por los aires. ¿Qué íbamos a hacer con ellas? ¿Era otro invento bélico de Butterworth?

– ¿Vamos a pelear? -pregunté a Scudamore, que estaba apoyado en la amura.

– Vaya, Silver -dijo contento-. Me alegro de verte de nuevo en pie.

– ¿Por qué? -pregunté.

Scudamore parpadeó con aire socarrón y echó una mirada cargada de intención al primero de a bordo, que estaba oyéndonos.

– A pesar de todo -continuó Scudamore-, es mi obligación remendar a tipos como tú. Para eso me pagan. Necesitaremos a todos los hombres cuando los negros suban a bordo.

¿Era Scudamore uno de los amotinados? Tuve una idea.

– Seguro que hay trabajo para ti como cirujano de a bordo, un par de cientos de negros que vigilar.

– Vete al infierno -dijo Scudamore, torciendo el gesto-. No son fáciles de transportar.

– ¿No necesitas ayuda? -pregunté.

– ¿Qué quieres decir?

– Escucha, cirujano. Acabo de mudar de piel como una culebra cualquiera y tengo todo el cuerpo dolorido. No creo que pueda subirme a los aparejos como un mono. Todavía no. ¿No podrías hacer que Butterworth me nombre tu ayudante?

Scudamore no pudo disimular su sorpresa.

– ¿Tú, ayudante? ¿Sabes de qué estás hablando? Allá abajo, la bodega es tan estrecha que tienes que ir a cuatro patas para ir a buscar las cubas de mierda, secar los vómitos y repartir la comida. Para eso utilizamos a los grumetes.

– Sé lo que me hago. Yo sé cómo organizar a la gente. Es por el bien de todos.

Un brillo de comprensión afloró a los ojos de Scudamore. Estaba con nosotros, no cabía duda.

– Muy bien, Silver. Veré lo que puedo hacer.

– Gracias, Scudamore. Sabía que podía confiar en ti. Pero la red, ¿para qué es?

– Para que los negros no salten por la borda.

– ¡Están locos! Es lo mismo que convertirse en pasto de los tiburones y arriar banderas.

– Así son las cosas, Silver. Son salvajes desagradecidos. Muchos de ellos prefieren la muerte.

– ¡Idiotas! -exclamé.

– Sí, están convencidos de que se reúnen con sus antepasados cuando la palman. Pero mientras aún llega el olor de la tierra firme, la mayoría quiere mantenerse con vida. Por otra parte, es entonces cuando hay que tener cuidado con los motines. Se desesperan, Silver, cuando huelen que el navío se aleja de tierra. Por eso, todos los capitanes dedicados a la trata de esclavos tienen órdenes de levar anclas a medianoche, para que los negros no sepan lo que pasa hasta que ya es demasiado tarde.

– ¿Es así? -dije pensativo-. ¿Y cuánto se tarda hasta entonces, hasta que llega la hora de levar anclas, quiero decir?

– Depende de cuántos esclavos haya en los almacenes de las factorías. A veces ya nos está esperando toda una carga completa, pero en otras ocasiones ha sido menester esperar meses, y eso no tiene ninguna gracia. Sólo sirve para pescar un montón de enfermedades.

– No podemos esperar tanto.

– ¿Esperar a qué?

– A morir de fiebre entre escalofríos.

Me di la vuelta para irme.

– Hay otra cosa que puede ser de provecho -dijo Scudamore-. Algunos negros son magníficos guerreros. Tienen amuletos con los que se creen infalibles. Con esas cosas alrededor del cuello es horroroso dominarlos. Por eso acostumbramos a quitarles los amuletos y tirarlos delante de ellos. Eso los deja hechos unos corderitos. Pero a la vez es una pena ver cómo se amustian como las hojas en otoño, ya entiendes lo que quiero decir.

Scudamore me miró de nuevo intencionadamente. Se imaginaba que él y yo teníamos algo más que el estar en connivencia, que éramos amigos íntimos o algo por el estilo.

– Scudamore -le dije dándole una palmada sobre el hombro-, vales tu peso en oro.

– ¿Verdad que sí? -respondió aquel loco.

De cualquier forma, hizo lo que le pedí y le habló de mí a Butterworth, que admitió mi solicitud sin dudar. Butterworth seguramente esperaba que yo pillase alguna enfermedad, cuanto más peligrosa mejor, y me liberó de mi servicio como marinero veterano.

A la vez, aprovechó para reducirme el salario al de un grumete, pero ¿qué se podía esperar?

Pasaron diez días hasta que divisamos Accra y el fuerte blanco de los daneses, Christiansborg. Durante esos días fui un diablo servicial con mi recién ganada libertad como grumete. Estaba en todas partes, hablaba con todos y aprovechaba para husmear en todos los rincones; me enteré de dónde estaban los arsenales y la santabárbara, qué dispositivo había que soltar para sacar a los esclavos al castillo de popa; cogí la llave de la bolsa de Scudamore e hice una copia para los grilletes de los esclavos. Esas cuestiones básicas que no se le ocurrían a nadie.

De Scudamore aprendí lo poco que había por aprender del arte de las curaciones, que no era, dicho sea con perdón, ningún arte mayor, por lo menos en lo que se refería al interior. Las heridas eran lo que mejor se le daba a Scudamore, y podía amputar una pierna o un brazo con los ojos cerrados. Era tan hábil con la aguja de coser, la sierra de huesos y los hierros candentes como nosotros en amarres, nudos y pasadores de cabo. ¿Y el resto? Sanguijuelas, sangrías, paños calientes y fríos, gotas de alcanfor en aguardiente o sólo aguardiente, remedios para que cagaran, remedios para que pararan de cagar, así de sencillo, pero, ¿servía de algo?

– Por los cojones -dijo Scudamore y escupió por encima de la amura-. Nunca he notado la diferencia. En uno de mis viajes estuve sin hacer nada, me limité a alimentarlos y dejar que respiraran aire fresco. ¿Y sabes una cosa? No había menos negros en la subasta cuando llegamos, quizás incluso más. Me dieron el mismo sueldo y el mismo complemento que siempre, pero sin matarme a trabajar. Claro, ya sé lo que estás pensando, que podría haber sido una casualidad, y los historiales los tuve que falsificar, porque ¿quién contrataría a un cirujano como yo, educado en Edimburgo y todo, si se pasa el día rascándose la barriga? No, Silver: casi todo lo que hacemos es tan absurdo como la brujería de los indígenas. Y lo que sirve de algo para las heridas y las amputaciones, un zurcidor de velas o un carpintero de ribera podría hacerlo igual de bien. Lo verás con tus propios ojos, ahora que has sido tan tonto como para solicitar el puesto de ayudante del cirujano.

– No por mucho tiempo -dije.

– Si las cosas van como tienen que ir y como tú quieres… De todos modos, ¿siempre van así?

Scudamore me miró fijamente a los ojos.

– ¿Qué diablos quieres decir? -pregunté en voz baja-. ¿Hay alguien que vaya hablando por detrás?

– Que yo sepa, no -dijo Scudamore con una sonrisa torcida-. Pero he visto el papel. Parece que falta un nombre, como si hubiera alguien que no se atreve a sacar la cabeza. Por ejemplo, tú.

Me esforcé por fingir sorpresa, como si no supiera de qué estaba

hablando.

– No te inquietes -dijo Scudamore dándome un golpe en la espalda-. No soy tan tonto para sacar la cabeza sin necesidad. Yo también sé nadar y guardar la ropa. Soy un hombre con cultura. Como tú.

Cuando arribamos a Accra se armó un buen revuelo a bordo. Fondeamos en la rada y disparamos los cañones, nueve disparos en total, y del fuerte nos respondieron con la misma moneda. Las barcas iban y venían sin parar entre el fuerte y el navío. Descargamos primero el correo, los despachos y el dinero bajo vigilancia, y después los artículos de primera necesidad. Butterworth bajó a tierra, naturalmente, ataviado como un pavo real. A su ayudante de cámara, según oí, le había ordenado que sacara brillo a sus botones de latón durante dos días seguidos.

Mientras Butterworth estaba en tierra para negociar sobre la carga y los oficiales estaban ocupados con el desembarque, fui deprisa al mamparo que separaba la bodega del castillo de popa. El carpintero, Soakes, era uno de los que cumplen las órdenes a rajatabla, y por tanto no era de fiar, así que tuve que conformarme con las herramientas del cofre de cirugía. Tomó su tiempo. Primero taladré con la broca de trepanar y luego abrí dos agujeros anchos como una espalda con la sierra de huesos. Se me ocurrió silbar bajito mientras hacía el trabajo. Esto, pensé, serrar un agujero secreto, era realmente un pasatiempo adecuado para un tipo como yo.

Aquella misma noche cité a jugar a los dados a todos los amotinados que habían jurado. Algunos ya estaban borrachos como cubas. Les brillaban los ojos de falso valor y ganas de brega. Sus amuletos y fetiches eran el ron y el aguardiente. Nuestros marineros de pelo en pecho y manos con cicatrices no eran mejores que los negros en lo que a eso se refería.

– Comprendo que necesitéis un trago -dije suavemente a la concurrencia-. Si hubiera estado en vuestro pellejo y si hubiera tenido con qué, me habría emborrachado hace tiempo.

– ¿En nuestros pellejos? -gritó Roger Ball que ahora estaría dispuesto a saltar por los aires bajo el mando de Robert antes de verse apresado, elección que no me sorprendía viniendo de él-. ¿Qué diablos hay de especial en ti? No eres mejor que nosotros, Silver. ¡Sólo porque dio la casualidad de que aguantaste que te pasaran por la quilla!

– Tienes toda la razón, Ball -admití-. Dio la casualidad de que sobreviví, pero eso no significa nada. Seguramente tú también lo habrías hecho, con esta piel tan endiabladamente correosa que tienes. No hay nada que pueda tumbar a un buey como tú. Eh, ¿no tengo razón? ¡Roger Ball es un hombre de verdad!

Algunos asintieron con entusiasmo. Querían quedar bien con Ball,

que tenía poca correa y que en verdad era fuerte como un toro. A partir de ahí creyeron, por mi tono inocente, en cada palabra que decía. Me di cuenta de que sólo Tompkins intuía que aún no había dicho mi última palabra.

– Exacto -asintió Ball con una sonrisita de suficiencia que yo, con placer, le hubiera arrancado de cuajo-. Exacto -repitió-. A mí nadie tiene que decirme nada, ni Silver ni ningún otro.

Miró a su alrededor con mucho aplomo. Así era en todos los barcos. Siempre había alguno de la calaña de Ball, tan presuntuosos y brutos que en sus cabezotas no había sitio para otra cosa. ¿Y qué pasaba con ellos? Carne de cañón, pasto de tiburones o la horca.

– Muy bien, muy bien -dije yo tranquilamente-. Tienes la cabeza en su sitio, Ball. Sólo que tendrías que utilizarla más a menudo.

– ¿Qué diablos quieres decir con eso? -rugió en tono amenazador.

– Sólo eso, muchachos -dije con una voz que me salió en aquella ocasión como caída del cielo-, que este hombre valiente, fuerte y listo, habría tenido derecho a reclamar algo si hubiera sido él quien cruzó la raya. Así habría sido si él se hubiera atrevido a desafiar a Butterworth y exhortaros al motín, y no yo. Pero decidme, ¿hizo algo Roger Ball?

Se hizo el silencio.

– Tienes la boca demasiado grande, Ball, pero obedecer órdenes, por todos los diablos, eso sí que lo haces sin parpadear.

Ball cerró los puños. Estaba a punto de explotar de rabia, pero hasta él se dio cuenta de que yo tenía todo el apoyo de los hombres. Cogí los dados y los lancé sobre la mesa.

– Aposté mi única y preciada vida cuando crucé la raya -dije cuando los dados se detuvieron-. Me da prioridad ante uno como tú. Si hay alguien que tenga algún inconveniente, que lo diga ahora.

El silencio no pudo ser más elocuente.

– Tompkins, ¿tienes el redondel de Robin?

Tompkins sacó un papel arrugado y lo echó en la mesa como si le quemara en los dedos. Lo miré, lo doblé y me lo guardé inmediatamente.

– Todos lo habéis firmado y estáis bajo juramento. Sabéis lo que significa. Si este papel llega a las manos inadecuadas, os habréis condenado a la horca o a veinte años en Newgate. Así que ninguno se puede retirar y dejar que los otros arriesguen su vida.

– ¿Por qué no lo has firmado tú, John? -preguntó Tompkins con cuidado.

– Sospechaba que alguien haría esa pregunta. Creía que precisamente tú, Tompkins, eras lo bastante sagaz para saber. Tengo cuidado con mi pellejo, eso es lo primero. Si todos fueran igual de escrupulosos que yo, habría firmado de buena gana. Ni siquiera habríamos necesitado el redondel de Robin. Me habría hecho

responsable de todo y habría escrito mi nombre, John Silver, con letras bien grandes y gordas, arriba del todo. Pero… ¡mirad a vuestro alrededor! La mitad de estos valientes amotinados ya han empezado a emborracharse para armarse de valor. ¿Es así como uno cuida su pellejo? No, con el aguardiente uno se convierte en un tonto de capirote, en un irresponsable. ¿Por qué creéis que han fracasado tantos con unos planes tan grandiosos como los vuestros? Porque alguno ha celebrado la victoria de antemano, ha bebido hasta emborracharse, ha hablado con quien no debía o ha perdido la cabeza. Así son las cosas. Por eso no he firmado, y por eso me encargo del papel. Y quiero deciros una cosa. Desde este momento y hasta que el barco haya elegido capitán y hombres de honor libres a bordo, se ha acabado el alcohol. Ni una gota, ¿lo oís? Si veo a alguno pasearse con una botella y diciendo insensateces, seré yo quien le entregue este papel a Butterworth.

Se oyeron susurros aquí y allá, pero nada grave. A pesar de todo, ninguno estaba preparado para matarme y hacerse cargo del papel sólo con tal de echar un trago.

– Cuando hayamos acabado con esto -dije para animarlos-, prometo que podréis beber tanto como queráis, hasta reventar, si ése es vuestro deseo.

– Es suficiente, John -dijo Tompkins-. No necesitamos más sermones. ¿Verdad que no?

Tompkins parecía descarado, pero sin mala sombra. Por lo menos había uno que sabía lo que se jugaba. Los demás asintieron en silencio, incluido Ball, aunque todavía tenía una mirada peligrosa en los ojos.

– ¿Cuál es el plan? -preguntó Lacy, también él con voz firme.

– Subimos a bordo a los negros. Los suelto y les doy lo necesario para que se apoderen del barco. Nosotros no tendremos que levantar ni un dedo, y mucho menos arriesgar nuestras preciadas vidas. Cuando los negros hayan hecho limpieza en el castillo de popa salimos y les ayudamos a volver a tierra. Es lo único que quieren. ¿Qué me dicen a eso, señores? Nos amotinaremos sin levantar ni un dedo. Nos quedaremos con un buen barco y ni siquiera nos podrán colgar por ello.

Cogí los dados de nuevo y los hice rodar por la mesa. Dos seises.

– ¿Hay alguien que pueda superarlo? -pregunté con mi mejor sonrisa.

Capítulo 17

Sí, señor Defoe. Con esas escenas de mi vida supondrá usted lo pesado que ha tenido que ser para un tipo como yo vivir entre gente vulgar y corriente. A veces me parece que he dedicado toda mi vida a discutir para conseguir que la gente razonara. Pero ¿ha servido de algo? A la larga, ¿hay alguna diferencia? ¡Maldición! Si no escucharon a tiempo, es problema de ellos. ¿Acaso tengo yo la culpa de ser el único que sigue con vida? ¿Es culpa mía estar aquí en mi roca, como si fuera el último miembro de una raza a punto de extinguirse?

Estoy cansado, lo admito. No es agradable que te avisen de que hay fiascos y fracasos en una vida como la mía. Y además, vino Jack con uno de mis libertos y su mujer. Los tres me miraban con una sumisión que no me ponía de mejor humor.

– ¿Qué diablos queréis? -pregunté directamente.

Los otros dos miraban a Jack.

– Necesitamos hablar contigo -dijo él de mala gana.

– ¿Crees que no me he dado cuenta? ¡Soltad la lengua, venga! Tengo otras cosas que hacer.

Pero… Maldición, seguían escarbando con los pies y mirando al suelo.

– ¿Qué es lo que pasa? -pregunté.

– La cosa -empezó Jack- es que estos dos quisieran volver con su tribu. Sus padres son viejos, no quieren dejar que mueran solos, y además es que son los mayores de la familia.

– ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

– Quieren tu permiso -dijo Jack.

– ¿Y por qué no mi bendición, ya que estáis? -pregunté con voz bien dulce.

– No ha sido fácil para Andrianiaka decidir dejarte después de tanto tiempo -contestó Jack-. Si tú consintieras le sería más fácil.

– ¡Que yo consienta! Pero ¿crees que soy un maldito cura? Les puedo dar un trago de despedida. Dales una cuba de ron para que se puedan emborrachar hasta el velatorio de sus padres.

– Pero… -dijo Jack.

– Nada de peros -contesté. Estaba harto *y* cansado-. ¿Cuántas veces tendré que repetiros que sois hombres libres, libres como los pájaros, como el viento? ¿Tanto os cuesta entenderlo? Os liberé

porque necesitaba vuestra ayuda. Ya me la habéis dado. ¡Gracias! Pero, por todos los demonios, no quiero llenarme de esclavos obedientes que vienen aquí a pedir mi permiso y mi bendición.

– John -dijo Jack con el tono de consideración que tenía la desfachatez de utilizar cuando pensaba que yo decía tonterías-. Somos *sakalava.* Hemos matado a muchos que creían que podían someternos y mataremos a muchos más si lo intentan de nuevo. Nos hemos quedado aquí porque nos devolviste la libertad para volver a nuestra tierra. Defenderemos tu vida con la nuestra.

– ¿Pero…?

Jack sonrió con una sonrisa bastante triste.

– Pero no es lo mismo que antes. Te haces viejo, estás aquí sentado y sólo escribes y seguramente morirás en paz. Ya no nos necesitas a todos.

Pensé en responder, pero no sabía qué decir.

– No te dejamos solo -continuó Jack-. Algunos siempre estarán a tu lado.

Estaba mudo de rabia. ¿Con qué derecho aquel tipo tenía la desfachatez de compadecerse de alguien como yo?

– Tenéis mi bendición -me limité a decir-. Y que se os lleve el Diablo.

Jack se puso como unas pascuas. Supondría que yo había elegido bien mis palabras, como tenía por costumbre.

– Gracias -dijo-. Si no les hubieras dado permiso, se habrían quedado.

¿Me tiraba de los pelos? Sí, pues ¿qué podía hacer yo ante tal locura? Nadie había logrado someter a los orgullosos guerreros de la raza *sakalava,* era verdad. Menos yo.

Les vi marcharse. El sol se ocultaba tras las cimas de los montes, al oeste. El círculo de fuego me deslumbró, así que pude ahorrarme la visión de los malditos negros despidiéndose desde la planicie de abajo. Eran creyentes, había dicho Jack. ¿Y qué? ¿Acaso era mi problema? Me quedé mirando hasta el anochecer, pero no a ellos, sino hacia el mar, hacia el inmenso horizonte. Lo echaba de menos, a pesar de todo. La vida sin represiones, como yo la había vivido, la vida que tenía un mañana, la vida que parecía no tener fin, ni punto, sino a lo sumo una coma aquí y allá, un poco de espacio y el resto, vida y movimiento.

Capítulo 18

Cuando a la mañana siguiente volvió Butterworth, los hombres se estaban dejando la piel en el cabrestante al estibar el ancla. En Accra, el fondo del mar era tan pedregoso que nos veíamos obligados a inspeccionar la soga del ancla una vez al día por el riesgo de que se desgastara. Pero a pesar de que teníamos mucho que hacer, hubo bronca para el lugarteniente delante de toda la tripulación, porque no había ordenado silbato de navío en honor al capitán. Fue injusto, en opinión de todos, porque el *Libre de penas,* por mucho que lo deseara Butterworth, no era un buque de guerra. A pesar de su nombre, era una simple barcaza dedicada a la trata de esclavos, ni más ni menos.

Pero así estaban las cosas. Los barcos que transportaban esclavos tenían nombres más rimbombantes y protectores, desde condes y cardenales hasta la mismísima Virgen María. Y es verdad que navegaban con la bendición de Dios y del Papa. He visto cuadernos de bitácora de los barcos cargados de esclavos que habíamos saqueado que, con redacción enmarañada, daban las gracias a Dios por una cosa y por otra, por el buen viento, un periplo seguro, la desarticulación de los motines, los buenos precios en la subasta. En un cuaderno se escribió que moría un esclavo al día, pero que la misericordia de Dios era tan grande que lo iba a compensar asegurando buenos precios en las subastas.

Después de la bronca, Butterworth llamó a todos los hombres a cubierta. Nos dio la buena noticia de que éramos los primeros en llegar a Accra ese año, que las reservas del fuerte estaban a tope y que cargaríamos por tanto en el plazo de una semana, para zarpar entonces con destino a Saint Thomas.

– ¡Gracias a Dios! -concluyó como se esperaba.

– ¡Qué suerte ha tenido! -dijo Murrin, que por casualidad estaba a mi lado-. Esperar la carga tres meses en este sitio de mierda le hubiera supuesto un motín. Créeme, no sería la primera vez.

Murrin tenía razón. Se veía de lejos que la información de Butterworth había cambiado los ánimos a bordo. La gente sonrió y se oyeron vítores de alegría. Hasta Roger Ball parecía haber olvidado todo lo referente al motín. Ya se veía con las putas y el ron barato de las Antillas, y eso era suficiente para un tipo que tenía tan pocas luces.

Sólo a Scudamore seguía como siempre. Me aseguré de que tenía a buen recaudo, en el bolsillo, el papel con los juramentos. Seguro que ellos lo habían olvidado con la alegría del momento, pero que se amotinarían era tan seguro como el amén en la iglesia. No pensaba yo arriesgar mi piel recién curada por transportar al otro lado del charco a unos malditos negros con sus enfermedades y otras desgracias.

Empezaron a acarrear esclavos, sólo varones, a la mañana siguiente. Parecían desalentados cuando sus cabezas rizadas asomaban por la amura. En fin, era normal. Estaban encadenados de dos en dos, con grilletes en los pies, desnudos por completo y marcados como el ganado.

Scudamore y yo los recibíamos. Colocamos a los indígenas en fila y los miramos por todas partes para ver si tenían viruela o gonorrea, porque lo uno los mataba como moscas y lo otro los dejaba inútiles. Una cosa puedo asegurar: no hubo ninguno que se empalmara cuando Scudamore les agarraba por los huevos. Claro que Scudamore era un auténtico artista. Apretaba bajo el escroto con sus dedos delgados y enseguida sobresalían sus pichas de manera que pudiéramos juzgar y rechazar.

Para que los esclavos se estuvieran quietos, teníamos dos fuertes marineros armados con hachas y mosquetes. Y a veces ni eso era suficiente. Una pareja que estaba encadenada saltó por la borda a través del agujero de la red que hacía de calabozo, la misma en que los habían subido. Unos gritos, y al cabo de un momento ya estaban convertidos en tiras por los tiburones que siempre se mantenían cerca de cualquier barco dedicado a la trata de esclavos que se preciara. Y pensar que, apenas unos días más tarde, yo mismo, John Silver, les proporcionaría todos los recursos para que lucharan por su vida y por la mía…

Pero si yo me impresioné, lo mío no fue nada comparado con la indignación de su amo, el cura Feltman, el cuervo que nos iba a acompañar como pasajero. Para su uso personal llevaba una decena de infieles a los que había marcado ya con la señal de la cruz al rojo vivo, para que no se mezclaran con el resto de la carga.

Feltman perdió completamente los estribos y la confianza cuando llegó a sus oídos que era deseo de Dios ver cómo dos de sus siervos marcados con la cruz eran pasto de los tiburones. Seguramente no rezó ninguna oración por la memoria de los muertos, sino que gritó, juró y maldijo hasta que se hartó. Por su uso del idioma habría sido un buen oficial de a bordo. En el mismo momento vaticinó a los marineros que estaban de guardia que arderían en los infiernos, después de lo cual se arremangó las vestiduras y subió volando a ver a Butterworth, para asegurarse que su promesa se iba a cumplir allí

mismo.

Butterworth le escuchó, pero nada más. Seguro que no sentía mucho aprecio por los curas; no había muchos capitanes que lo tuvieran, ya que cuestionaban su autoridad. Sí, la mayor parte prefería que los curas brillasen por su ausencia en los barcos. A bordo, sólo el capitán, y nadie más que él, tenía la gracia de Dios. Y precisamente por eso decidió Butterworth recriminar a los dos marineros. La próxima vez podrían ser los esclavos normales del barco los que saltaran por la borda, y sobre ésos Butterworth sí tenía comisión.

– Cada esclavo que salte por la borda y muera se os descontará del sueldo -les dijo Butterworth secamente a los dos.

No fue preciso decir más. El valor de dos esclavos, dos varones adultos, superaba con creces lo que un marinero experto podía ganar en un año entero.

Día tras día, con un calor sofocante e insalubre, Scudamore y yo permanecíamos en cubierta con los pies tan hinchados que se pegaban al suelo. Había pedido ocuparme de dos quehaceres que cumplí con fervor y empeño: mirarles los ojos a los indígenas pata ver si padecían enfermedades como cataratas o purulencia, y despojarles de los amuletos que les hacían invulnerables o los protegían de cualquier enfermedad o de la mala suerte, contra todo, menos contra la locura del hombre blanco.

Empecé quitándoles sus sencillas vestiduras, salvo la marca hecha con el hierro al rojo, y después vi tanto odio y tanto miedo al mirarles a los ojos a cierta distancia, que un hombre más débil que yo se hubiera echado atrás. Pero después cambiaron de golpe, cuando les devolví sus baratijas a escondidas. Me miraron tan fijamente como si yo fuera el bote salvavidas de un barco que se hunde. No con todos, claro. A algunos ya no les quedaba nada que yo pudiera quitarles, ni siquiera el orgullo o la dignidad. Y otros estaban tan hundidos en una podredumbre interior, en sentido anímico, que todo les daba igual.

Cuando acabamos Scudamore y yo, otros se ocuparon de llevar a los indígenas a la bodega. El lugarteniente estaba presente y vigilaba la carga. Para evitar alborotos separó a los esclavos que hablasen el mismo idioma o fueran de la misma tribu. La experiencia les había enseñado lo que tenían que hacer. Y, si no hubiera sido necesario que comieran para que siguieran con vida, seguro que les habrían cosido la boca.

Los últimos esclavos eran tres hombres altos y majestuosos, sin grilletes en los pies. Miraron a su alrededor, apartaron de golpe mis manos y las de Scudamore, dirigieron sus pasos hacia el lugarteniente y se pusieron a su servicio.

– ¡Capataces! -exclamó Scudamore.

– No parecen esclavos -observé yo.

– Pero como si lo fueran. ¿Ves, Silver? Los hombres blancos no siempre son tan tontos como parecen. Apresan a algunos hijos de los reyes o algo parecido, de esos que ya se creen que son más importantes que los otros, les enseñan algunas palabras en inglés, lo justo para entender las órdenes del capitán, se les da un látigo y se les deja que se muevan libres por cubierta, y así ponen orden entre los suyos. Y te aseguro que no lo hacen sólo para asegurarse sus mínimas prebendas. No, Silver, los negros son como nosotros: ni mejores ni peores.

Después de los varones llegó la hora de las mujeres y de sus criaturas ya nacidas o aún por nacer. Estaban desnudas y marcadas a fuego como los demás, pero sin grilletes en los pies.

– ¿Las mujeres pueden moverse como quieran? -pregunté a Scudamore.

– Claro que sí. ¿Por qué no?

– ¿No es arriesgado dejarlas sueltas?

– Silver -dijo Scudamore con voz sorprendentemente amable-, con tanta experiencia como tienes, aún te falta mucho que aprender.

Miró con ojos encendidos el primer barco, en el que una docena de cuerpos negros de mujer brillaban bajo el intenso sol.

– ¿Has intentado montar a una mujer encadenada a otra? -preguntó riendo-. No es que sea completamente imposible -continuó; -, pero te aseguro que resulta bastante complicado.

– Creía que estaba prohibido -dije.

– Sí, hay algo así en las instrucciones que dan los armadores a los capitanes. Pero los oficiales son tan cabrones como la tripulación. Y ¿quién crees tú que iba a pasar informe de los desmanes? ¿Las esclavas? ¿Pesaría su palabra más que la de un marinero blanco, aunque sólo fuera la del grumete? No, Silver. Manos libres, y tú y yo podemos elegir antes que ningún otro.

Scudamore no había mentido respecto a los cabrones del barco, porque cuando las mujeres aparecieron en cubierta, los hombres se levantaron como las setas de la tierra. Las sonrisas, los palmoteos en la espalda, las miradas obscenas y descaradas con que recorrían todo el cuerpo de las mujeres sin fijarse en sus caras, y sus pichas tiesas, que se tocaban sin darse cuenta de que lo hacían, les daba el aire más repugnante y lascivo que yo hubiera visto en mi vida.

¿Y yo? ¿No era como ellos? Ni el mismísimo Diablo lo sabrá. También a mí me ponía de buen humor la carne firme y tierna de mujer, es verdad. ¿Y qué? Porque después, cuando la picha se había saciado, ¿qué gracia tenía todo aquel jaleo? No, de todas maneras yo no era como los demás, porque ellos no sabían lo que hacían cuando habían derramado sus jugos. Sí, lo cierto es que sólo perdí la cabeza por Elisa, y ¿cuáles fueron las consecuencias? Que nunca volví a ser el

de antes.

Butterworth gritó a voz en cuello para que la gente volviera a sus puestos, pero él mismo tenía dificultades para apartar los ojos de las apariciones que Scudamore y yo habíamos juntado en la amura de babor.

– Ahora, Silver, ahora me toca a mí -dijo Scudamore llamando a un capataz-. Diles a las mujeres que vamos a ver si tienen enfermedades y que después se irán bajo cubierta -le ordenó.

– Les calma si están entretenidos un rato -explicó Scudamore cuando el Bomba desapareció de la vista.

– ¿Entretenerse con qué?

Scudamore se rió.

– Voy abajo -contestó-; tú, mírales los ojos como antes. Así veremos cuáles tienen algo especial y nos las quedamos para nosotros.

De rodillas, como un cura, empezó a tocar a las mujeres aquí y allá, pero con tranquilidad, prudente y metódico, así era él, e incluso lo hizo suavemente, en serio. Iba deslizando sus delgados y delicados dedos por los muslos, frotándolos en los pubis de las mujeres y sólo al final les introducía su impaciente dedo corazón en los coños mientras hacía vibrar el pulgar como una cuerda de guitarra cosquilleante. ¿Y qué hacía yo mientras Scudamore, encantado, intentaba despertar el placer de las mujeres?

Permanecí allí quieto, examinando los ojos de las mujeres para ver si tenían alguna enfermedad contagiosa que las pudiera dejar ciegas, pero creo que vi todo lo que los ojos podían expresar en este mundo y en el otro, mientras Scudamore rebuscaba en sus bajos vientres como si fuera un minero en busca de una veta aurífera.

– Dime si ves a alguna que quiera más -decía Scudamore de vez en cuando-. Porque en ese caso, ésa es mía.

Mantuve la boca cerrada hasta que de pronto vi un par de ojos que parecían mirarme el alma en lugar de ser al revés. Scudamore tenía bastante con lo que estaba haciendo y no notó nada.

– Si alguna ha de ser mía -le dije-, ésa eres tú.

Retuvo mi mirada sin echarse atrás como las demás. Comprendí que ella sabía qué tipo de hombre era, sí, y que incluso entendía lo que yo le decía. Al momento siguiente llegó Scudamore arrastrándose con sus dedos viscosos y los puso en los muslos de la mujer. Me quedé perplejo y le dejé hacer hasta que vi el odio que inflamaba los ojos de la mujer.

– Quita tus asquerosos dedos de esta mujer -le dije a Scudamore-. Es mía.

Scudamore se encogió, y con sorpresa vi que tenía miedo.

– Claro, Silver -contestó con una sonrisa aduladora-. Claro que es tuya. Como se suele decir, ya tengo el saco lleno. Es más de lo que yo

aguanto.

A pesar de todo, no pudo dejar de mirar a la mujer de arriba abajo, o sea, de la garganta hacia abajo.

– Por todos los demonios -exclamó-. No sabía que entendieras de mujeres. ¡Y además mulata! Ahí estabas tú, como si no pasara nada y lo único que hacías era esperar tu hora.

– Cierra el pico -le espeté, y en ese mismo momento cerró su bocaza como un bacalao.

Pero yo también miré el cuerpo de la mujer: por todos los diablos, ¡vaya si él no tenía razón! Estaba esculpida como una virgen que fuera el mascarón de proa en el galeón de un almirante. Desde luego que no se avergonzaba. «No -pensé-, ésta no es como las demás.»

¿Cómo podría yo, como grumete, el de menor importancia de a bordo, guardármela para mí? Sin embargo, me preocupaba sin necesidad. Del castillo de popa bajó Butterworth y cogió a la mujer por el brazo.

– Necesito a alguien que limpie mi camarote -dijo-. Como ya sabéis, el grumete murió anteayer.

La verdad es que así había sido, unos días después de haber limpiado los botones de latón, la última buena acción que hizo el jovenzuelo en su corta vida.

El látigo de Butterworth se quedó pegado en el cuerpo moreno y dorado de la mujer como si estuviera vestida con alquitrán pegajoso.

Y yo, ¿qué hice sino decirle al maldito miserable que la dejara en paz? Butterworth dio un respingo e incluso vi en él una ráfaga de miedo antes de darse cuenta de quién era él y quién era yo.

– Vaya, y lo dice Silver -dijo con una de sus peores sonrisas-. No es la primera vez que Silver pone en cuestión mis órdenes. Tras cuatro semanas en aguas de África, es seguro que el casco del *Libre de penas* está como un arrecife de coral.

– No, señor -dije con mucho valor, sobreponiéndome-. Sólo tengo en cuenta su salud, señor. Creo que tiene viruela.

– ¡Bien dicho, Silver! Desgraciadamente es usted un hombre con cabeza, a pesar de que la utiliza para el Infierno. Por mi parte, no he visto nunca a una mujer tan sana, sanísima, y con unas carnes tan prietas como una ternera recién sacrificada. Créame, he navegado por esta ruta y puedo juzgar una enfermedad tan bien como ustedes, que son unos chapuceros. No arriesgo nada. Al revés, esto me sentará bien.

Miró a su alrededor con superioridad antes de irse con la mujer. La miré y me dio la sensación de que se quedaba su mirada. Y la vi sonreír, con una sonrisa que haría temblar las rodillas de cualquiera, de miedo y de espanto quiero decir. Porque no era bonita. Pero Butterworth estaba demasiado satisfecho con su próxima felicidad para darse cuenta de nada.

Noté la mano de Scudamore sujetarme el brazo con un apretón firme.

– Nada de tonterías otra vez -dijo como si me hiciera un favor-. Una mujer no es una línea blanca en cubierta, sólo es una raja. Y de ésas hay a montones.

– ¿Y qué cojones sabrás tú? -le dije deshaciéndome de su garra-. Si crees que soy tan tonto como para dejar que me pasen por la quilla otra vez sólo por una mujer, estás muy equivocado.

– Era lo único que quería saber -dijo contento-. No quiero que te pase nada. Si el barco llega a buenas manos, por lo menos sabrás que soy una persona de fiar. Quizás ahora deberíamos bajar al infierno a ver cómo están nuestros protegidos. Prepárate para lo peor.

Capítulo 19

¿Quién lo hubiera dicho? Dolores, estuvimos juntos diecinueve años pero sin decirlo. Y ahora es demasiado tarde. Te llevaste tu secreto a la tumba. Ayer noche, después de haber escrito cómo nos encontramos tú y yo, le pedí a una de las mujeres que durmiera conmigo.

Vino con una sonrisa, como si se alegrara de que se lo hubiera pedido. Se desnudó ante mí, me mostró su cuerpo oscuro y se acostó en mi cama con sus piernas abiertas y seductoras. Yo también me quedé desnudo, con mis carnes blancuzcas, rosáceas, decrépitas, resecas y arrugadas. Le pedí que se pusiera de lado, dándome la espalda, y entonces apreté todo mi cuerpo contra ella, menos una pierna, y la tuve abrazada fuertemente toda la noche sin moverme.

Noté correr su calor por mi cadáver helado de frío mientras pensaba en ti, Dolores, hasta que me quedé dormido al amanecer.

Cuando desperté, la mujer se había levantado y estaba vistiéndose con lo poco que llevaba. En uno de sus hombros y en uno de sus muslos vi las huellas de mis manos espasmódicas. Me echó una mirada interrogante a la vez que compasiva, o eso creo, sin que me importara.

– Gracias -le dije en su propio idioma, y ella brilló de alegría.

Se me ocurrió que probablemente era la primera vez que oía aquellas palabras salir de mi boca.

Perdone, señor Defoe, mis arrebatos imprevisibles, pero soy como una vieja brújula que necesita corrección. Puedo corregir las declinaciones y tenerlas en cuenta, pero la desviación dependerá del curso, la carga y los objetos del equipo que han quedado mal fijados. Le iba a hablar de Edward England, es decir, todo lo que nunca le dije cuando hablamos en el Angel Pub. Pero mi memoria no tiene ninguna tabla de declinaciones. Pongo el rumbo, pero no sé cómo lo voy a compensar, y al poco rato me siento inseguro de la situación. «Tiempo muerto»: así se llama, señor Defoe, navegar sólo con la corredera y la brújula. ¿Lo sabía? De todas formas, así es; la historia de mi vida no es más que tiempo muerto. Uno sabe dónde está, pero cuanto más se aleja del punto de partida más dudosa es la situación. El círculo en el cual podría uno encontrarse se hace cada vez más grande. Así pues,

¿qué se hace? Se dobla la vigilancia para descubrir tierra antes de que sea demasiado tarde. Uno vuelve al cuaderno de bitácora y sopesa lo uno con lo otro, las faltas que contenga el libro, la deriva por el viento y la corriente, los remeros que aguantan o caen con las lluvias, los remeros que van demasiado despacio o demasiado deprisa en la oscuridad. Pero ¿alguna vez se llega a estar seguro? No, todo lo contrario. El navegante más sabio es el que hace que su círculo sea cada vez más amplio, el que comprende que la inseguridad es la única sabiduría a la que hay que acudir.

Me fui al diario de a bordo para saber dónde estaba, pero por lo visto sólo calculaba mi círculo. Sin embargo, no he puesto hombres en la cofa del vigía, porque al menos eso lo he comprendido bien, y sé que sólo son imaginaciones, presunciones o deseos de creer que yo había navegado por la vida sabiendo adonde iba y con un destino seguro. No, mi vida ha sido tiempo muerto, pero quizás aún tenga oportunidad de determinar la situación antes de naufragar.

Capítulo 20

De manera que acompañé a Scudamore a la bodega, pero ya estaba hecho un manojo de nervios por dentro. Pensaba en la mujer y el motín, y esas ideas me daban vueltas en la cabeza como un tifón. En aquellos momentos estaba lleno de vida.

No puedo negar que se apaciguaron un poco cuando me metí en la bodega de carga, oí el murmullo y los lamentos de cientos de voces y percibí el acre olor a sudor, meados y excrementos. Me puse al lado de Scudamore en el pequeño espacio que estaba a nuestra disposición, alrededor de la escala de cuerda. Delante de mí, a la escasa luz que dejaban entrar las portezuelas entreabiertas, estaban tumbados hileras de hombres desnudos cuyos rostros demudados se volvieron hacia nosotros. Al cabo, cuando todas las caras se habían vuelto hacia el otro lado, primero los que estaban más cerca y luego las demás filas, hasta los últimos, que miraban hacia el cañón de proa, fueron apagando los murmullos y los lamentos, a los que siguió un silencio impresionante. Parecía que estuvieran esperando algo.

– Ya lo ves tú mismo -dijo Scudamore en voz baja, por si alguno de los esclavos pudiera entender inglés-, trescientos doce negros en total, esclavos de primera calidad, sin contar a las mujeres y los niños. Es una barbaridad de material vivo para estibarlo en un espacio de setenta veces veinte pies. Tuvimos suerte de no llenar hasta el tope, porque Butterworth es uno de los peores apiladores. Pertenece a esa clase de tipos que ponen a los esclavos de lado para que quepan más. Cuantos más se meten al principio, más quedan cuando llegamos, así razonan los apiladores. He navegado con apiladores y con los que no lo son, y los primeros no ganan más dinero que los segundos. La única diferencia es que con los apiladores nosotros vivimos un infierno. Son más los que mueren, es lógico, y apenas nos da tiempo de quitarnos los muertos de encima, por lo menos antes de que la de la guadaña haya hecho su criba en las filas. Y después están los que se acumulan en los estantes.

Ni me había dado cuenta, pero a lo largo de los dos costados del barco había esclavos tumbados en filas de dos.

– ¿Cómo demonios creen que se puede trabajar así? Prueba a meterte ahí y verás lo que es bueno. Apenas hay tres pies entre los estantes, de manera que no se pueden sentar aunque quieran. Además,

se tiene que ir descalzo para no machacar a esos pobres diablos, pero ¿tú crees que entienden lo que es consideración? No, son un hatajo de desagradecidos. Lo único que va bien es untarles los pies con sus propios excrementos. Así, por lo menos, no muerden.

Scudamore se echó a reír.

– Es lo que yo pienso -prosiguió-. No es agradable, pero sí efectivo. ¿Ves las cubas? Son para sus necesidades. Las mujeres las hacen en cubierta, pero sería arriesgado subir a los hombres cada vez que quieren cagar o mear. Tú eres el encargado de subir las cubas a cubierta y vaciarlas.

Me lanzó una mirada interrogante.

– Te lo advertí -dijo-, pero no me hiciste caso. Ahora es demasiado tarde para cambiar de opinión.

– ¿Crees que soy tonto? -pregunté-. Dentro de un par de días todo habrá pasado y seremos hombres libres.

– Mira, Silver: no creo que seas tonto, ni mucho menos, pero ¿sabes siempre en lo que te metes? Difícilmente estarás alguna vez más cerca del Infierno. Sólo un par de días pueden acabar con cualquiera. Tendrías que verte después de un día o dos de tormenta. La mayor parte de estos negros no han puesto nunca los pies en un navío. Se marean y vomitan por todas partes. Las cubas ruedan y se caen, así que se ven obligados a mear y cagar en el sitio. ¿Cómo crees que se pone esto entonces? ¿Y debajo de los estantes? Los que duermen arriba echan la mierda directamente encima de los que están debajo. Y la peste, Silver, ni te imaginas. Con las portezuelas cerradas, no entra ni una pizca de aire fresco. Aquí abajo todo está tan espeso que las luces se apagan normalmente. ¡Y los gritos, los lamentos, los suspiros! El Infierno, Silver, no puede ser peor que esto. Y tú te has responsabilizado de mantener limpio el infierno, amigo mío.

– Dime una cosa -pregunté-. Si esto es tan horroroso como dices, ¿cómo puede ser que tú te metas en ello, aunque no tengas que quitar la mierda tú mismo?

– ¿Y qué otra cosa puede hacer en la vida un hombre cultivado y sin obligaciones, que intentar mantener a la gente con vida? -dijo, cruzándose de brazos.

Miró a los negros que todavía estaban callados.

– Y ganar algo de dinero con las desgracias y miserias de otros -añadió-. Como los demás.

Se agarró de la escala de cuerda.

– Ahora te las compones lo mejor que puedas. Tengo que hacer dos rondas al día, y entonces me puedes ayudar a darles medicinas y esas cosas. Tendrás ayuda cuando tengas que repartir la bazofia que les damos, pero cuenta con que hay muchos que se negarán a comer. Para ésos tenemos herramientas especiales. Y a los que tienen que

airearse en cubierta los vendrán a buscar los guardias. Tú sólo tendrás que cuidarte de que vayan por orden. Por lo demás, haz lo que te parezca.

Poco antes de que desapareciera hacia cubierta se volvió.

– Y admite un buen consejo -añadió-: olvídate de aquella mujer si no quieres que te pasen por la quilla otra vez. Te prometo que las que elegí para mí son igual de buenas, y que hay suficientes y nos sobran para los dos.

Al momento se cerró la portezuela y me quedé solo, cara a cara, frente a trescientos pares de ojos.

– De acuerdo -grité-, pronto se habrá acabado este infierno. ¿Hay alguien que entienda lo que digo? ¿Alguien que sepa otra cosa que su idioma indígena?

El silencio no se alteró, pero sin embargo oí una voz en aquel crepúsculo.

– Yo, señor -respondió uno.

Me abrí paso entre todos aquellos cuerpos que, para mi sorpresa, hicieron todo lo posible para que yo lograse llegar hasta donde quería. Los grilletes sonaban con un campanilleo cuando se apartaban. Aquí y allí vi sonrisas afables y algunas manos que se tendían para tocarme. Todo, pensé, porque les había devuelto sus miserables amuletos y porque los había mirado directamente a los ojos.

– ¿Y quién eres tú? -pregunté cuando llegué hasta uno de los últimos pares del lado de babor.

– Andrianamboaniarivo, señor.

– ¿Me estás tomando el pelo?

El negro me miró interrogante. No, por lo visto no me tomaba el pelo.

– ¿Te molesta si te llamo Jack? -le pregunté.

– No, señor -dijo el negro con una sonrisa.

De manera que no era retrasado.

– Y no me llames señor -añadí-. Soy el grumete de a bordo, nada más que eso; mi trabajo es quitar la mierda y limpiar el infierno.

– Gracias, gracias -dijo Jack.

– ¿Por qué? -me reí-. ¿Por limpiar la mierda? No creas que lo hago por vosotros.

– No, no, por la mierda no. Porque dejarnos los…

No sabía la palabra, así que señaló su cuello, donde llevaba colgando un diente de cocodrilo o algo parecido.

– Da lo mismo, buen hombre. No son estas baratijas lo que os salvará la vida. No, por lo que se refiere a la vida mejor haríais en creer en alguien como yo, de nombre John Silver. Soy más valioso que cien dientes de cocodrilos de los vuestros y que varias ramas de coral, créeme.

Jack me miró sin comprender.

– Queréis iros de aquí, ¿no? -pregunté-. Queréis volver a casa, supongo.

Eso por lo menos lo entendió, porque el odio que le asomaba a los ojos era apreciable.

– Ahora escucha atentamente lo que te voy a decir. Si no entiendes, me lo dices. Es importante, ¿comprendes?

Jack se quedó sin expresión en la cara.

– Asentir con la cabeza sabrás, aunque seas negro -le dije moviendo la cabeza-. Eso significa sí, por si no lo sabías.

A pesar de que no era seguro que tuvieran el mismo código de gestos que nosotros, Jack asintió y sonrió. Así pues, no era tonto del todo. Empezábamos bien.

– Dentro de un día o dos, el barco estará preparado para hacerse a la mar y llevaros a todos al infierno. ¿Sabes lo que es el infierno?

Jack asintió varias veces mirando intencionadamente a su alrededor.

– ¡Bien! -dije riéndome-. Entonces por lo menos estamos de acuerdo. El caso es que los esclavos no son los mejores hijos de Dios a los ojos del capitán. El capitán es aquí el rey, y contra tipos como él se puede iniciar una rebelión. Y si uno está de humor, se les puede hasta matar y después comérselos.

Jack sacudió la cabeza.

– ¡Bueno! Tal vez no tanto. Yo tampoco le hincaría el diente a un tipejo correoso como Butterworth, por muy caníbal que fuera. En cualquier caso, el capitán Butterworth cree que vosotros no os iríais al otro lado del mar si pudierais elegir. Por eso piensa zarpar de Accra a medianoche, cuando estéis durmiendo a pierna suelta. Cuando os despertéis al día siguiente habrá desaparecido el olor a tierra y después no hay nada más que el gran océano hasta que lleguemos a la otra orilla. Pero entonces, señor mío, entonces es demasiado tarde, porque en las Antillas nos encontraremos con soldados con mosquetes que estarán vigilando para que los objetos de valor como vosotros lleguen a tierra. ¿Has entendido? Si no hacemos nada ahora, luego será demasiado tarde y después el infierno aún será peor y los que quedéis vivos seréis pasto de los tiburones.

– Entiendo infierno -dijo Jack muy serio-. ¿Cómo matar capitán? -preguntó mirándose los grilletes y mirando a su compañero encadenado, que escuchaba nuestras intrigas con el mayor interés.

Entonces fue cuando me di cuenta que seguía el silencio a nuestro alrededor. Por tanto, bajé la voz y le expliqué todos mis preparativos: el arsenal, los hombres que habían hecho el juramento y tenían que estar dispuestos en el mástil, en los cañones de cubierta y en las trampillas de tiro y, al final, le hablé de mi amor por la libertad.

Puso los ojos como platos.

– ¿Por qué? -preguntó.

– ¿Por qué, qué?

– Tú, hombre blanco. No negro, no esclavo.

– ¿Y qué tiene que ver? Lo que importa es que quedéis libres.

Asintió aunque todavía tenía sus dudas. De todas formas, por nada podría estar en contra.

– A ver qué te parece esto -dije sin esperar respuesta-. Cuando veo a gente como vosotros siempre pienso que la próxima vez me tocará a mí.

Jack me miró a los ojos como si de verdad hubiera entendido.

– Tú y yo somos hermanos -dijo-. Mi pueblo, los *sakalava,* no nos rendimos ante nadie.

– ¿No? -pregunté-. Y entonces, ¿qué diablos haces aquí?

Eso le hizo callar.

– Te he dado algo en que pensar, ¿verdad? -añadí animado.

– Somos hermanos -insistió Jack tercamente.

– Como quieras -admití, magnánimo-. Sólo tenéis que hacer lo que os he dicho. Y una cosa más antes de que se me olvide: vigilad que los capataces vayan los primeros cuando asaltéis el castillo de popa.

Jack alzó las cejas, igual que los demás.

– Claro, como escudo -expliqué-. Eso es lo justo.

A Jack se le iluminó la cara y yo no pude por menos que pensar que nos habíamos entendido muy bien, mejor de lo que nunca hubiera supuesto.

– ¿Se lo puedes explicar a los demás? ¿Os entendéis entre vosotros?

– Con algunos -contestó Jack-. Pero no difícil explicar.

Hizo un gesto con el dedo que cualquier hubiera podido interpretar: insinuaba la idea de cortar el cuello de algunos. Me di la vuelta y cogí la primera cuba que hacía las veces de letrina. Mientras la llevaba hacia cubierta oí un murmullo esperanzado, incluso alegre, y las voces que transmitían mi mensaje como un reguero de pólvora, con idioma o sin idioma.

Así pues, no tenía necesidad de preocuparme porque el mensaje llegara a destino. Cada vez que volvía de cubierta para recoger una nueva cuba, veía cómo iba cambiando la expresión de sus caras. Y allá donde iba me encontraba con amabilidad, admiración, respeto y expresiones resueltas. Cuando pensé en los malhumorados amotinados con los que me había liado, me arrepentí de inmediato de no haber pedido a los negros que tiraran a toda la raza blanca por la borda excepto a mí, claro.

Cuando hube tirado al mar los últimos y malolientes desechos, me

quedé un rato descansando al aire libre, aunque hacía un calor sofocante. Se diría que los tipos como Butterworth tienen ojos en la nuca, porque fue precisamente su semblante sarcástico el que apareció a mi lado.

– ¿Está Silver libre de servicio? -preguntó a modo de introducción.

No contesté.

– Pues entonces vaya abajo, que es donde está su puesto -bramó. Luego continuó sin cambiar apenas la inflexión de su voz-: Además, ya es hora de ir a inspeccionar la carga. Zarpamos esta noche. Usted primero, Silver.

¡Aquella misma noche! Fui a la bodega y esperé hasta que Butterworth estuvo a mi lado. El murmullo cesó a medida que los esclavos descubrían nuestra presencia. Butterworth sacó su pañuelo y se lo aplicó contra la nariz y la boca. No se atrevió a adentrarse mucho entre las piernas de los esclavos. Cuando salí de las sombras volvió el palique, y había que ser rematadamente tonto para no apreciar la vitalidad de aquellas conversaciones. Elevé la voz.

– Negros, aquí está el capitán Butterworth, el rey del navío. Es a él y a Dios a quienes debemos dar gracias cuando lleguemos a tierra.

Se acalló el murmullo y entendí que Jack lo había traducido a los demás. Hábil, pensé, porque ahora todos sabían cómo era el mismísimo Diablo.

– ¿A qué viene este vocerío del demonio? -me preguntó Butterworth-. ¿Cree acaso que entienden el idioma civilizado?

– No es eso, señor. Es el tono lo que cuenta. Es lo mismo que con los perros, señor. ¿No ha hablado nunca con un perro? Reconozca de todos modos que parecen satisfechos y contentos.

– Puede ser -refunfuñó Butterworth-. Parece que todo está en regla. Y eso es una suerte para usted. No le quito el ojo de encima, Silver.

– Claro, señor, claro, pero yo sé cómo tratar a la gente, señor.

– Excepto a usted mismo, por lo visto -me reprendió Butterworth, dándose media vuelta para subir cuanto antes a cubierta.

En cuanto se fue me entraron las prisas. Expliqué a Jack qué iba a ocurrir aquella misma noche, pero añadí que deberían esperar con los grilletes hasta que Scudamore hubiera hecho su ronda y se hubiera servido la cena. A través de Tompkins transmití el mensaje a los demás. En cuanto la rebelión estuviera en marcha se deberían retirar detrás del mástil y no mover ni un dedo hasta que yo se lo indicara. Era la única forma de que los negros supieran los que eran un botín permitido y los que no.

Cuando Scudamore apareció para hacer la ronda, le di la noticia de los planes y le dije que se escondiera detrás del mástil si tenía

interés en ver nacer el sol al día siguiente. Me dio las gracias por la información, pero no demostró pasión ni entusiasmo. Tampoco yo lo esperaba.

A eso de las ocho de la tarde, los esclavos empezaron a abrir los grilletes. La expresión de sus caras cuando se levantaron y se restregaron los tobillos fue un espectáculo para los dioses, sí, e incluso para mí.

Cuatro horas más tarde, de pie en la trampilla, oí que el lugarteniente daba a los hombres la orden de soltar amarras. Bajé de nuevo y me encontré con Jack, que estaba preparado junto a la escala de cuerda. En los tiros de popa estaban preparados los tres capataces esperando aterrados lo que pudiera llegar. Ya no llevaban la cabeza tan alta, y eso no estaba nada mal.

Le hice una señal con la cabeza a Jack y al momento la masa humana de negros se puso en movimiento. Yo no tenía mucho más que hacer; me bastaba con esperar. Me tumbé en una de las tarimas y cerré los ojos. Oí el primer disparo y los gritos de dolor, y me dio tiempo de alegrarme justo antes de perder el conocimiento.

Cuando recuperé la conciencia era todavía de noche y antes incluso de abrir los ojos comprendí que algo había salido mal. No porque me estallara la cabeza de dolor, ni porque notara el olor del calor de los cuerpos, de excrementos y de otras cosas que no supe identificar, y tampoco por el pequeño detalle de que estaba solo, aunque no oía otros sonidos humanos que débiles lamentos, sino más bien porque estábamos navegando, tan cierto como que me llamo John Silver. El *Libre de penas* cabeceaba suavemente, apoyándose en las velas izadas, sobre una marejada incipiente o agonizante, con el viento en la cuadra. Amenazaba tempestad y no hubiera sido así en caso de que el motín hubiera tenido éxito.

¿Qué había pasado, dónde estaba yo? Intenté levantarme, pero mis piernas estaban sujetas como un tornillo y antes de que decidiera ponerme de pie me di con la cabeza contra una viga, de manera que el dolor se duplicó y la sangre caliente y repugnante, sin duda la mía, me corrió por la frente y se deslizó a lo largo de la nariz, hasta la barbilla. De pronto reconocí el olor que antes no había identificado. Era de sangre, no de otra cosa. Estiré una pierna con fuerza y algo que estaba sujeto empezó a ceder, pero entonces, a mi lado, oí una voz desconsolada e inmensa.

– ¡Acostar, señor! Todo pasado ahora.

Tanteé a mi lado y allí encontré un cuerpo desnudo acostado. Con los peores presentimientos alargué la mano hasta los pies y me encontré con unos grilletes alrededor de los tobillos, encadenado al cuerpo que tenía al lado.

– Pero, ¿qué diablos es esto?

– Todos podemos ser esclavos -oí decir a la misma voz, como si viniera de debajo de tierra-. Los *sakalava,* los hombres blancos.

Me tendí de nuevo sobre la tarima desnuda, sin más colchón que la poca grasa que uno puede tener en el cuerpo. Entonces fue cuando me di cuenta de que yo también estaba desnudo. Era un esclavo, Dios me ayude y me maldiga; me habían hecho esclavo a mí, a John Silver, el hombre deseoso de ser más libre que ninguno de los que conocía.

Seguramente me volví loco y grité a los cielos. Noté que un brazo me sujetaba y me sacudía.

– No más. Tú no sólo tú -dijo la misma voz perseverante de antes.

Entonces oí una risa sin alegría.

– Ahora nosotros hermanos, tú y yo. Tú también.

Aquellas palabras dolían como un latigazo.

– ¿De qué clase? -dije colérico.

– Tú esclavo, yo esclavo, nosotros esclavos. Ninguna diferencia -dijo Jack, porque era él quien estaba a mi lado.

– ¡Por todos los demonios que yo no soy esclavo, recuérdalo bien!

– Espera ver -contestó Jack.

¿Qué quería decir? Intenté reflexionar sobre los hechos. A pesar de todo, seguía vivo. Mantenerse con vida siempre era lo más importante. El motín había sido sofocado, de eso no cabía ninguna duda. El cómo y el porqué eran preguntas que debían esperar. A mí me habían dado en la cabeza con un objeto duro y me habían encadenado allí, de momento, por no tener nada mejor. Naturalmente, yo era sospechoso por haber sido el único que se quedó bajo cubierta cuando se inició la rebelión. Que yo estuviera preso era, por lo tanto, una cosa natural, me dije, y podía estar contento de no haber firmado en el redondel de Robin. Tal como estaban las cosas, no había ninguna prueba de que yo hubiera instigado todo aquello. Podría defender mi buena reputación si no me precipitaba y pensaba bien mi estrategia. Pero… ¿por qué estaba totalmente en cueros?

– Jack, ¿qué pasó? -pregunté.

– ¿Pasó? -contestó sordamente.

– Sí, eso, pasó. ¿Por qué estamos tumbados aquí? ¿Por qué no salieron bien las cosas?

Tuve que convencerlo con cumplidos para que me lo explicara, tan desconsolado como estaba. Lo primero era que alguien se había tenido que chivar. Todo estaba preparado para hacer frente a los rebeldes. Habían dejado que los tres capataces y otros dos se hicieran cargo de los cañones y después, dar la señal de ponerse tras las empalizadas a los otros. Cuando unos cien ya estaban en su puesto, apretados como sardinas, se hicieron con facilidad con los cinco apostados en los cañones; aquéllos fueron los tiros y los gritos que yo

oí antes de desmayarme, y pusieron en claro a los demás sobre lo que les pasaría si movían un solo dedo. A la vez, otra parte de la tripulación se hizo cargo de los que iban trepando a través de los agujeros hechos por ellos mismos; fácil, ya que iban apareciendo poco a poco, de dos en dos. Al final, un grupo de marineros armados con mosquetes bajó a la bodega de carga por una de las escotas y atacaron a los que quedaban. Jack creía que fue uno de ellos el que me dio el golpe y me dejó tieso. Jack había visto todo el desbarajuste y pidió que lo encadenaran conmigo.

– Pero ¿cómo pudo ocurrir todo tan deprisa? -pregunté sorprendido-. Aún no es de día, todos están de vuelta y hemos zarpado.

– Otra noche -dijo Jack.

Eso era. Había estado sin sentido un día entero.

– Y ahora -añadió Jack-, sólo infierno. Tú decir así.

Podría tener una cara más alegre, eso seguro.

– Todavía no han acabado conmigo, tan cierto como que me llamo John Silver -contesté, y de nuevo me venció el sopor.

Necesitaba reunir todas mis fuerzas para lo que pudiera venir, creía, y en eso tenía toda la razón, pero no de la manera que yo me había imaginado.

Capítulo 21

Lo primero que vi a la mañana siguiente fue la jeta inexpresiva de Scudamore que me observaba sin un ápice de humanidad.

– Podrías estar muerto -constató.

– Pues no es la primera vez -contesté obstinadamente-. Y ya ves que sigo vivo, como siempre. Haz que me quiten esta chatarra de los pies y que me pongan algún trapo encima. Así no puedo estar.

– Siento tener que decírtelo, pero sólo tienes derecho a eso.

– Pero ¿qué diablos quieres decir?

Le miré fijamente a los ojos, pero no se amedrentó en absoluto.

– Órdenes del capitán Butterworth -dijo Scudamore con una expresión que no diría yo que no escondiera una cierta sonrisa.

– ¡Al infierno con el capitán Butterworth! -grité-. No tiene ningún derecho a tratarme como a un perro. Soy un experto marinero y exijo que se me trate con dignidad.

– Pues parece ser que Butterworth es de otra opinión -dijo Scudamore, y entonces sí que sonrió abiertamente.

Aquella expresión hizo que me pusiera en guardia.

– ¿Y en qué basa su opinión? -pregunté sin alterarme.

– Bueno -contestó Scudamore-, en un poco de todo. Encontraron el redondel de Robin en uno de tus bolsillos.

– Así que de todas maneras los pillaron -interrumpí-. Me gustaría verle la jeta a Butterworth cuando le diga que fue idea mía entregarle el papel para detener el motín.

– No creo que te convenga -comentó Scudamore.

– ¡Vaya! ¿Por qué no?

– Por el sencillo motivo de que tu nombre aparece en el redondel de Robin.

– ¡Y unos cojones! -grité desaforado-. Butterworth miente para poder acusarme.

– No -dijo Scudamore muy despacio-, en este caso de verdad que no. Nos enseñó el papel. Encima de todos los demás aparece tu nombre, John Silver, con las letras grandes y claras. No debiste hacerlo.

– Pero, ¿qué ha pasado? -fue lo único que me salió con el aturdimiento-. Yo no he firmado ningún papel.

– Como he dicho, parece que hay división de opiniones.

– Pero tú sabes -respondí recuperando mi tono de voz normal- que no soy tan tonto como para firmar mi propia condena de muerte.

– ¿Y cómo voy a saberlo? -preguntó con una expresión inocente.

– Es una falsificación -aseguré- y lo puedo demostrar en cuanto me permitan subir y hablar personalmente con ese cerdo. Es él quien ha escrito mi nombre, él o cualquier otro que quiera hacerme daño.

De repente me vino una idea a la cabeza.

– Es Roger Ball -grité-. Es él quien lo ha hecho. Me odia más que a la peste.

– Es posible, y seguro que a estas alturas no es el único. Lo siento, pero John Silver no está muy cotizado a bordo de este barco.

– Pero te estoy diciendo que puedo demostrar que yo no escribí mi nombre. Dame papel y lápiz y te lo demostraré.

– ¿Y enviar a otros ocho a la horca? ¿Es eso lo que quieres? Butterworth necesita a toda la tripulación posible, y tal y como están las cosas se conforma contigo como si tuviera toda la obediencia de los demás. Y ni siquiera a ti te va a quitar la vida, aunque debo añadir que ha sido gracias a mi consejo. No, no es necesario que me lo agradezcas. No lo hice por ti, sino porque no es sensato matar a los hombres blancos cuando hay negros a bordo. Tarde o temprano acaban enterándose y pueden empezar a pensar que no es tan difícil cortarle el cuello a un blanco, a un simple cirujano de a bordo, por ejemplo, que por casualidad se pone a tiro para administrar medicinas y ayudarles a salvar el pellejo. Dicho de otro modo, le propuse a Butterworth una solución menos drástica, que tuvo un efecto mucho mejor para todos, y que a ti, amigo mío, te salvó la vida. Mi propuesta fue sencillamente que te encerrasen aquí abajo entre los demás mientras dure el periplo, y que después te sometan a juicio.

Hice lo único que pude: lancé un escupitajo bien dirigido que alcanzó a Scudamore en toda la frente. Dio un respingo, pero recobró enseguida el aplomo y se limpió con el pañuelo.

– Entiendo que estés indignado -dijo tranquilamente, pero con una mirada suspicaz-. De todas formas, te aconsejo que estés a buenas conmigo. Por tu propio bien.

– ¡Por mi propio bien! -dije echando chispas y con toda la ironía burlesca de que fui capaz.

– Claro que sí. Si quieres demostrar en el juicio que no estabas detrás del motín, necesitas a una persona fidedigna que pueda hablar en tu defensa. Arriba, en cubierta, hay ocho hombres con Roger Ball al frente que podrían jurar sobre la Biblia y por la memoria de sus santas madres que fuiste tú, y nadie más que tú, quien instigó el motín, cosa que a grandes rasgos es verdad. Te quieren ver colgado para librarse ellos mismos de la horca. Soy el único que puede declarar algo diferente y ser creído.

– ¿Por qué? -pregunté todavía cargado de ira pero predispuesto a la reflexión-. ¿Por qué iban a creer a una serpiente como tú?

– Porque fui yo quien reveló a Butterworth los planes del motín. Mi estrella nunca había brillado tanto como ahora.

– ¿Tú? -exclamé sin poder gritar, escupir ni atragantarme.

Me quedé sin palabras, así de fácil.

– ¿No creerás -continuó Scudamore- que soy tan tonto como para apostarlo todo a un caballo? Al margen de cómo hubiera salido el motín, yo estaba a salvo. Lo que importa en la vida es arreglárselas de la mejor manera posible, Silver; quizás aprendas algo de todo esto en lugar de ir dando vueltas como si fueras una gallina mareada y pasar por encima de la raya blanca, cuando se puede rodear si quieres. Tienes columna vertebral, Silver, lo reconozco más que nadie. Pero una columna vertebral se puede romper. Yo sólo soy cartílagos y músculos, que se estiran pero que siguen juntos.

– Eres un cobarde, una carroña traicionera -escupí.

– Es muy posible, pero ¿de qué te sirve a ti en estos momentos ser otra cosa? ¡Contéstame!

Esta vez la voz de Scudamore sonó combativa y peligrosa. Pérfida ya lo era de por sí.

– Bueno -continuó-, tienes tiempo de reflexionar antes de que se te ocurra una nueva tontería. La vida es un juego, Silver. Yo jugué con sensatez y gané. Tú lo apostaste todo a una carta y perdiste. Así son las cosas. Necesitamos a tus ocho juramentados para gobernar esta carraca hasta su destino y para mantener a raya a los negros, para que no se nos mueran y para sacar mi comisión habitual. Y si empiezas de nuevo a hablar de firmas falsas seré yo quien revele aquí y ante el juez quién robó mis herramientas para abrir un agujero en el mamparo, quién cogió la llave para hacer una copia. Sería suficiente para que te balancearas en la horca varias veces. Espero que esta jerga sí la entiendas.

– Desde luego -dije con fuerza y humillación, porque a pesar de todo Scudamore tenía razón.

Scudamore dio media vuelta y se fue. El cuerpo y el alma me pesaban como el plomo y me sentí como si ya tuviera una soga alrededor del cuello. Estaba preocupado por la piel aún tierna de mi espalda, sintiendo las tablas sin pulir que me laceraban el cuerpo desnudo, cuando noté una mano en el hombro.

– ¿Hermanos? -preguntó Jack con una especie de súplica en la voz.

Me volví hacia él.

– De todas maneras, esclavos -contesté-. Ya es algo.

Y por todos los diablos que se le iluminó la cara; como si aquello tuviera alguna importancia allí donde estábamos.

Capítulo 22

¿Se puede uno imaginar algo más risible, ridículo y desolador? Allí estaba yo, Long John Silver, llamado Barbacoa, más tarde respetado y temido, condenado a ser un esclavo, atado de pies y manos por mi propia estupidez y por los deseos de venganza de otros. Nunca en mi vida hube caído más bajo.

Los primeros días, lo admito, no tenía ganas de nada. Me negué a comer, no porque quisiera morirme o parecer rebelde, sino porque había perdido el apetito. Me negué a que me sacaran a que me diera el aire, no porque me quisiera pudrir enmohecido bajo cubierta, sino porque no le encontraba sentido. Ya no era un ser humano, si es que alguna vez lo había sido.

Si me puse de nuevo en pie fue gracias a Jack, porque mientras yo no pusiera los pies en cubierta, Scudamore se negó a sacar a Jack solo. Que Jack tuviera que sufrir por mi culpa fue cosa de Scudamore. Seguramente esperaba que los negros me dieran la espalda y me hicieran la vida imposible.

Después de unos días, Jack empezó a discutir conmigo porque quería respirar una pizca de aire fresco. Me gritó y me dio más de una sonora bofetada, cosa que me parece bastante justa. Por fin se introdujo el dolor en mi adormecido cerebro. Primero me vino el miedo a morir mientras que, a pesar de los pesares, estaba vivo, esclavo o no. Después, la visión del capitán Wilkinson en el *Lady Mary* dando un golpe de hacha a Bowles, el predicador de sermones del juicio final, que lo hizo caerse por la borda. Así pues, ¿no era yo mejor que Bowles?, me dije. ¿No me daba vergüenza?

– Tú ganas -le dije al fin a Jack.

Jack me puso la mano en el hombro y yo se lo permití.

– Está bien -dijo-. Mi gente no se rinde nunca. No bandera blanca como vosotros. Tú eres como nosotros.

– ¿Cómo demonios sabes tú de qué pasta estoy hecho yo? -objeté.

– ¿Por qué tú tumbado aquí, con nosotros?

De golpe me di cuenta de que el negro que tenía a mi lado había dado en el clavo. ¿Se había visto alguna vez que a un hombre blanco lo encerraran junto a los esclavos? Incluso a los criminales que los

ingleses enviaban a las colonias se les mantenía apartados de los esclavos si coincidían en el mismo barco. Aquel pensamiento fue como un consuelo para un alma como la mía, y me ayudó a ponerme de nuevo en el buen camino.

Al día siguiente me metí la comida en la boca y le dije a Scudamore que no tenía inconveniente en que me sacaran al aire junto a los otros.

– Si es posible -añadí con toda la amabilidad de que fui capaz.

– Vaya, vaya -dijo Scudamore-. El cadáver vuelve a moverse de nuevo.

– Es mi compañero de aquí el que parece que tenga hormigas en el culo -contesté.

– ¿Tu compañero? -repitió Scudamore-, ¿Así que ahora se le llama así?

– Uno acepta lo que le ofrecen.

Poco después de mediodía nos bajamos de la tarima arrastrándonos como pudimos. Naturalmente, me fui por mi cuenta, pero al momento di de bruces en el suelo con gran estrépito. Jack me había frenado haciendo fuerza contra una viga.

– Tú y yo hermanos -dijo-. Hermanos hacer todo juntos.

– Tienes razón -contesté-. Ya no me acordaba. Somos hermanos hasta que el Infierno nos separe.

Y tenía razón, pero por el Diablo que era difícil aprender. El mínimo movimiento, darse la vuelta, cagar, mear o arrastrarse hasta cubierta, tenía que hacerse con la debida consideración hacia el otro. De golpe, en todo, menos en respirar y pensar, éramos como un solo hombre. A mis ojos, era un milagro que no hubiera más pares de negros que se volvieran locos y no se hicieran daño entre sí.

Sólo el hecho de subir por la escala de cuerda era todo un espectáculo. Eran órdenes de Butterworth que no nos separaran en nuestras visitas a cubierta. El motín le había abierto los ojos. Nos costó tres intentos subir, y eso teniendo la ayuda de un capataz que nos azotaba con el látigo y nos arreaba patadas en el trasero. Hubo tal lío que llegamos a cubierta con una sonrisa de oreja a oreja.

– Eres un torpe diablo -dije.

Fue entonces cuando advertí el silencio que reinaba a nuestro alrededor. No se oía ninguna llamada, ningún grito, maldición ni conversación: sólo el rumor del mar y el gemido chirriante de los aparejos y del casco. ¿Y cuál era el motivo, sino mi aparición en cubierta, completamente desnudo y blanco como un fantasma? Se había reunido toda la tripulación para contemplar mi triste figura hasta saciarse. Las cabezas sobresalían por detrás de las empalizadas allá donde dirigiera la mirada. Ni siquiera Butterworth había podido dominar su curiosidad, y estaba tieso en el castillo de popa con una

expresión de honda satisfacción pintada en el rostro. Había hombres en cada uno de los dos cañones.

– ¿Qué diablos miráis? -grité-. ¿Es que no habíais visto nunca a un esclavo?

Después los repasé con la mirada uno por uno, uno tras otro, y vi que algunos se echaban atrás o apartaban la vista. Realmente me volví a sentir un hombre de nuevo.

Pero cuando me di la vuelta vi que Jack estaba mirando hacia arriba. Allí, bajo el palo mayor, estaban colgados tres cuerpos de negros con los pies y las manos cortadas y con las pichas, que todavía brillaban, rojas como tomates después de habérselas restregado con sal, pimienta y ceniza, es decir, lo habitual.

– ¡Ya no tienes la bocaza tan suelta, maldito esclavo! -se oyó una voz chillona.

Era Roger Ball.

Enseguida se oyeron otras voces que se burlaban, se mofaban y maldecían. Todos me llamaban de la misma forma, «esclavo» y en eso se quedó. «Esclavo» se convirtió en mi nombre, como si no hubiera a bordo ninguno más, y creo que hasta los negros recibieron mejor trato de lo habitual, con la excepción de Jack, porque yo recibiría el trato que justamente correspondía a un auténtico esclavo.

Mientras seguían las mofas y befas observé a los tres colgados, pero tardé un instante en descubrir qué caras tenían los cuerpos: eran tres capataces. Esto, pensé, era auténtico humor negro y me eché a reír con todas mis fuerzas. Cuando acabé, descubrí que mi risa había acallado toda la mofa. Por lo visto, aquella risa podía volver loco a cualquiera, porque vi desconcierto en las miradas que nadie se atrevió a desviar.

Cuando a Jack y a mí nos hubieron colocado como sardinas en nuestra maldita tarima, empezó a asaltarme la duda. Quizás había hecho callar a la tripulación y al capitán, quizás había conseguido sembrar un poco de confusión e inseguridad en sus pensamientos, tal vez un poco de miedo. Pero eso fue todo, y ¿para qué? Para nada, porque solía tratarse de ese tipo de personas que decidía dejar de pensar para así deshacerse de cualquier problema que inquietase su discutible conciencia.

Además comprendí que había un límite, sí, una especie de línea que nunca debía cruzar si quería conservar mi preciado pellejo. Claro que siempre había la posibilidad de hacerse el loco y mostrarse completamente impredecible, porque a los dementes no se les acostumbraba a pegar, ya que no había nada que sacarles. También es verdad que, para librarse de ellos, no pocas veces acababan en la horca. Así que tampoco éste era un buen camino a seguir para salir del atolladero.

Estaba desalentado, y peor lo tuvimos cuando dos días después nos encontramos con mal tiempo. No era una tormenta de verdad, sólo un firme viento fuerte que hacía que el *Libre de penas* oscilara como un péndulo mientras golpeaba en un balanceo contrario a otra tormenta que venía de lejos. Pero fue suficiente para que las escotillas se cerraran del todo y se iniciara el infierno acerca del cual me había advertido Scudamore.

Empezaron a oírse aullidos y lamentos sin igual entre los negros, que creían que iban a morir como malditos marineros de agua dulce que eran. ¿Puede alguien entender que entre ellos hubiera muchos que preferían morir a vivir y algunos que, por decisión propia, se negaban a comer para ayudar a la de la guadaña en su trabajo, y que esos mismos, cuando llegó la tormenta, gritasen igual que los demás? Además, se mareaban y vomitaban, se cagaban y se meaban encima. Creo que Jack y yo éramos los únicos que intentamos hacer uso de la cuba, no porque Jack en realidad tuviera mucho interés, sino porque yo le expliqué que le metería su propia mierda por la garganta si no hacía lo que le decía. A la larga no hubo mucha diferencia, porque estábamos tumbados entre otros que no se preocupaban en absoluto de si estaban en su sitio o en el nuestro.

Al final, en ese pestilente valle de lágrimas perdí el control y les grité con un vozarrón que por lo visto les llegaba hasta la médula y que, de todas formas, se oía hasta en el más escondido rincón de toda la zona de carga, que medía sesenta pies de largo.

– ¡Maldita sea, dejad ya de sollozar como idiotas! No vais a arriar velas sólo por un poco de viento.

»¿No les puedes explicar a estos idiotas -le pedí a Jack- que no nos vamos a hundir?

– No escuchan -dijo Jack animoso-. Creen que les ha llegado la hora.

– ¡Me importa un rábano! -grité-. No me voy a conformar con cualquier cosa, recordadlo. Y ahora, haz lo que yo te diga. Diles que éste es un buen barco, que no tengan miedo del viento. Diles que yo he vivido lo mismo cientos de veces y como se ve, estoy vivo, aunque todavía no en plena forma. Y hazles entender que es normal que se encuentren como una mierda al principio, cuando el barco va arriba y abajo. Ya se les pasará. Y que por mucho que quiera, nadie se muere por eso.

Jack no acababa de entender todos mis puntos de vista, pero al final conseguí convencerlo de que era verdad lo que le decía hasta que oí que susurraba a los que estaban más cerca de nosotros. Pero sonaba a desgracia.

– ¿Y tú te consideras un *sakalava?* -le dije en tono burlón.

Antes de acabar la frase tenía ya dos manos que, sin fuerza, me

apretaban la garganta.

– ¡Vaya! -dije muy alegre-. ¿Piensas estrangular a tu propio hermano?

Las manos desaparecieron y al instante oí un cacareo en la oscuridad. Por todos los demonios, creo que se reía y sentí un poco de orgullo, a pesar de todo, por lo que podía conseguir en mis buenos momentos. Hacer que la gente recupere las ganas de vivir siempre ha sido una de mis habilidades. Pero no le hice la vida fácil. «Lo uno no puede prescindir de lo otro», ése es mi lema, por si alguien tiene ganas de aprenderlo.

Cuando Jack se hubo animado de nuevo, hizo que todos le escucharan. Tardó un rato, pero poco a poco se fueron tranquilizando las voces lo suficiente para que el ambiente se hiciera soportable.

Esto hizo que me pusiera de mejor humor, y se me ocurrió darle un golpe a Jack en lo que yo creía que era la espalda pero que resultó ser su plexo solar, y casi se le cortó la respiración.

– Perdona, compañero -le dije con generosidad-. Ahora creo que empezamos a hacer negocios con esta pandilla.

– ¿Negocios? -preguntó Jack.

– Lo primero -le dije a Jack- es procurar que éstos entiendan lo que les decimos. Si queremos conservar el pellejo hay que utilizar la boca para algo más que para comer. El silencio es lo mismo que la muerte, así que ya lo sabes. Si conseguimos entendernos seremos capaces de montar en este barco un pequeño infierno y así vengarnos. Es lo justo.

Al cabo de un rato Jack se contagió de mi entusiasmo y empezó a hacer preguntas y a enviar mensajes a diestro y siniestro.

Tardamos dos días enteros en ordenar aquella barahúnda. Juro que no fue fácil controlar a trescientos esclavos sin poder hacerme entender. Se trataba de convencer a los que sabían idiomas, de manera que los mensajes llegaran lo más pronto posible. Algunos sabían algo de inglés, y otros cien hablaban dos o más idiomas. Muchos eran presos de guerra y habían servido como esclavos de otros durante varios años, hasta que a algún rey al final se le había ocurrido ganar dinero vendiéndolos a los blancos. No, los negros no eran mucho mejores que nosotros.

Le pregunté a Jack si había a bordo más gente de su tribu y me nombró a una docena. Ninguno de los nombres se podía pronunciar sin que a uno se le torciera la lengua, pero eran *sakalava,* y cuando me enteré de que Jack era descendiente de uno de los reyes *sakalava* comprendí al instante que los demás le harían caso y cumplirían las órdenes, lo mismo que hace todo el mundo. Así que lo primero que hice fue empezar a fastidiar a Scudamore con los *sakalava.*

Se armó un buen cirio. Los negros se arrastraban deslizándose ora

por encima, ora por debajo, se enredaban unos con otros, se empujaban, se desordenaban y se revolvían, siempre en parejas inseparables. Funcionaba bien mientras los dos estuvieran dispuestos a ir juntos. Pero otros tuvieron que ir arrastrando los pesados fardos en que se habían convertido sus compañeros, porque estaban tan enfermos que ya no podrían volver a andar, o también porque se habían rendido y habían perdido toda esperanza, otra enfermedad muy común, aunque del espíritu. También podía ser que estuvieran muertos y que no hubiera dado tiempo de echarlos por la borda.

Los suspiros y los lamentos no se podían evitar del todo, pero por lo menos había logrado explicarles que algunos de nosotros acabaríamos como los tres capataces si descubrían lo que estábamos tramando.

Por la mañana estábamos todos tan cansados, incluido yo mismo, que la mitad de la bodega era un solo ronquido. Hice acopio de mis últimas fuerzas para verle la jeta a Scudamore cuando vino haciendo la primera ronda. Aquella expresión tardaré mucho en olvidarla. Tuvo que notar que algo había cambiado en cuanto llegó abajo, porque se paró de golpe en la escalera.

– Están durmiendo -le chilló a Tim Allison, el más joven de a bordo, que se había hecho cargo de mi poco envidiable trabajo de mantener limpio el infierno.

– ¿Qué otra cosa pueden hacer? -preguntó Tim con buena lógica.

– Son como gatos, Tim. Duermen con un ojo abierto y las orejas levantadas. Y tan pronto oyen nuestros pasos, se despejan completamente. Tienen miedo de que los matemos mientras duermen. Pero ahora duermen como troncos. Esta noche aquí ha pasado algo, no sé qué. ¡Estáte alerta, Tim! Hay que andarse con pies de plomo.

– Sí, señor.

Scudamore avanzó unos cuantos pasos y se agachó para ver a su primer paciente. Me imaginaba los ojos que iba a poner.

– Pero ¿qué diablos es esto? -preguntó.

Tim se apresuró en llegar a su lado.

– ¿Qué pasa, señor? -preguntó.

– ¿Qué pasa? -repitió Scudamore para sus adentros, incrédulo-. Ayer este hombre se estaba muriendo de fiebre. Casi lo había tachado de la lista. Y ahora está aquí durmiendo tan campante, tan sano como tú y como yo, por lo que a mí se me alcanza juzgar.

– Pues qué bien, señor -dijo Tim-. Lo ha salvado.

– Es posible -dijo Scudamore pensativo-, es posible.

No se sorprendió menos cuando fue echando un vistazo al resto de sus pacientes. Parecía que durante la noche todos hubieran sanado. Tim hablaba de milagros, pero Scudamore no era tan tonto. Empezó a dar vueltas de arriba abajo y pronto descubrió a los que ya no les

quedaban muchas esperanzas de vida. Scudamore refunfuñó y maldijo porque se vio obligado a empezar desde el principio y a examinar de nuevo a todos, uno por uno. Tardó casi todo el día y cuando hubo acabado estaba tan furioso, desconcertado y extenuado que me reí de él. Mi alegría no tenía límites. Claro que no tardó mucho en plantarse delante de mí con una expresión que no presagiaba nada bueno.

– Por todos los demonios que tienes mala cara -le dije-. Por lo visto, esta mañana te has levantado con el pie izquierdo.

– Silver -dijo rabioso-, no sé qué te hace tanta gracia, pero ándate con cuidado. No se te olvide que vives por misericordia, por mi misericordia.

– No lo he olvidado, Scudamore. Siempre te estaré agradecido, de sobra lo sabes.

– Ni lo intentes, Silver. A mí no me engañas.

– No, Scudamore, he aprendido la lección: en eso no te gana nadie.

– ¿Has tenido tú algo que ver en todo esto? -preguntó.

– ¿En qué? -pregunté inocentemente.

– En jugar al escondite con los negros.

– Perdona, Scudamore, pero no sé de qué estás hablando.

– ¿No?

– Por mi honor, Scudamore.

– Tu honor -dijo riéndose de mala manera-. No daría yo mucho por él.

– Tampoco está a la venta -contesté-. Si no me crees, es asunto tuyo. No tengo por qué cargar con la responsabilidad de tu estupidez, además de apechugar con mis propias culpas.

Scudamore me echó una mirada rencorosa, se dio la vuelta y desapareció. Mi primera buena acción sería sacar de sus casillas a Scudamore hasta volverlo loco, siempre que pudiera. Y en aquella empresa tuve cierto éxito, porque cada noche durante los dos meses que duró el periplo mudábamos a los pacientes de Scudamore. Al final ya no pudo más y le pidió al capitán que, además de los grilletes, nos encadenaran al barco definitivamente, pero el primero de a bordo que había suplido a Butterworth rechazó su solicitud. La cifra de muertes entre los esclavos estaba por debajo de la media y por tanto no se harían cambios radicales. Y la verdad es que la palmaron menos que de costumbre, pero no fue gracias a Scudamore. Con toda modestia este logro se le puede atribuir a un humilde servidor, que engañó a unos cuantos negros para que quisieran vivir un poco más de tiempo.

Sin embargo, Butterworth no sobrevivió al periplo, y nadie puede afirmar que su desaparición fuera una grave pérdida, si es que alguna lo es… excluyéndome a mí, claro. Butterworth mismo tuvo la culpa

por calentorro, algo de lo que tuvo tiempo de arrepentirse antes de morir. Hacía dos semanas que habíamos zarpado de Accra cuando para mi alegría oí el relato completo de boca de Tim, a quien sin grandes esfuerzos había convertido en mi confidente. Yo le daba lástima y le hice creer que tenía muy buenos motivos para ello, cosa que además era verdad. No esperaba buen humor en mí.

Así pues, Tim vino corriendo todo lo que pudo entre aquel lío de piernas y brazos, y me contó que Butterworth se estaba muriendo.

– No te asustes, chico -le dije, porque parecía un alma en pena-. Con gusto me hubiera cambiado por Butterworth, en vez de estar aquí tumbado pudriéndome. ¡Si supieras la de veces que he deseado dormirme para siempre!

Pero Tim estaba tan abrumado que apenas oyó lo que le decía.

– Señor Silver -dijo al fin-, es horroroso.

Y a fe mía que vi cómo se le humedecían los ojos.

– Tranquilízate -le dije reprimiéndolo-. Un capitán más o menos no es nada por lo que padecer. Los hay a montones.

– No es eso, señor Silver. Al capitán Butterworth le han arrancado la picha de un mordisco.

– ¿Qué dices? -exclamé estupefacto, con todo el respeto del que fui capaz.

– Lo vi con mis propios ojos -continuó Tim con un nudo en la garganta-. El capitán me había ordenado que hiciera guardia ante su puerta para que no pasara nadie, fuera quien fuese. Entonces oí un grito horroroso dentro del camarote y no supe qué hacer. No me atrevía a abrir la puerta sin que me dieran la orden. Entonces se abrió la puerta de golpe y una de las negras salió disparada sin que yo acertara a detenerla. Miré dentro del camarote porque oía lamentos y entonces lo vi, señor Silver. Estaba sentado en una silla con una sola pierna, pálido como un cadáver, como si ya estuviera muerto: en la mano tenía un trozo de picha. La sangre le manaba como un río, señor Silver, era horroroso. Le manaba a borbotones, como si bombeara. ¡Oh, qué horror!

Las piernas ya no le aguantaron y cayó a mis pies. Me levanté y tiré de Jack hasta quedarnos medio sentados, y le di a Tim unas palmadas paternales en la cabeza.

– No te lo tomes tan a pecho -le dije-. La vida a veces es así, pero al final te acostumbras. Piensa en todos los que están en la Marina y se bañan en sangre en cada combate. ¿Qué iba a ser esto si empezaran a llorar por un simple arañazo?

– Pero es que era la picha -dijo Tim con la voz quebrada-, era…

El pobre se quedó sin poder articular más palabras con sus temblorosos labios.

– ¡Cálmate ya! -dije-. Al fin y al cabo, por lo que yo me sé,

Butterworth tampoco podrá usar su miembro en el Cielo. Esas cosas son tabú allá arriba.

Tim alzó la vista, mirándome con ojos suplicantes.

– Despabila -le insistí-. Los negros podrían pensar que lloras por el capitán Butterworth. Nosotros aquí abajo y él allá arriba, no se puede decir que seamos muy amigos.

– No, no -dijo Tim moviendo la cabeza-. Yo no le tengo simpatía, pero…

– … pero tienes bastante fantasía. Seguro que piensas en lo que debe de sentir cualquiera si le arrancan el rabo de cuajo. Pero no es el tuyo. El tuyo está donde siempre ha estado. Nadie, entiéndelo bien, Tim, nadie se siente bien al ponerse en el lugar de los otros. Entonces ya te puedes echar por la borda. No, anímate y hazle un favor a tu amigo John Silver. Sube a cubierta y entérate de lo ocurrido, a ver si el diablo del capitán sobrevive o no. Y la mujer, ¿sabes quién es?

– No -dijo Tim, que había recuperado un poco de color en la cara cenicienta-. La vi un momento, y todas parecen iguales.

– Si uno se fija bien, Tim, no son iguales.

– Me vi obligado a ir en busca de Scudamore -añadió como disculpa y aclaración.

– Hiciste bien -dije con énfasis.

Nada mejor que un poco de reconocimiento para ayudar a un joven acongojado y desalentado como Tim. Se puso de nuevo en pie y se fue, pero con las piernas temblorosas, si no me equivoco.

Me tumbé y le expliqué a Jack lo que había sucedido. Jack sonrió y me dio una palmada en el vientre como la que yo le había dado por error, y ahora él me imitaba cada vez que enviaba a los demás el mensaje. Al cabo de un instante se hizo patente la alegría de la gente. La verdad es que los negros que compartían mi suerte agitaban unas banderas de las que mi libro de señales no daba constancia, pero que cobraron sentido cuando me paré a observarlas. Y por una vez en la vida los dioses de los infieles y sus malas artes habían conseguido poner de rodillas a nuestro señor todopoderoso.

Más tarde volvió Tim.

– El capitán está muerto -dijo sin apenarse por ello.

Ya había conseguido olvidar lo que le había causado tanto espanto.

– ¿Qué quieres decir? -pregunté-. ¿No pudo nuestro hábil cirujano de a bordo solucionar una tontería como ésa, amputar una picha y cortar la hemorragia con un hierro candente?

– Ni siquiera pudo probarlo. El capitán se negó a que Scudamore lo tocara. Y cuando al final perdió el conocimiento ya era demasiado tarde para hacer algo.

– Para serte sincero, Tim, comprendo al capitán.

Tim me miró interrogante.

– Sí -expliqué-. ¿Quién no hubiera preferido plegar velas antes de que Scudamore le tocara lo más sagrado? Porque te voy a decir una cosa: Scudamore es un auténtico sodomita y un infiel. Para él nada es sagrado. ¡Ándate con mucho ojo!

Tim asintió con la cabeza y entendió la seriedad de mis palabras.

– ¿Y la mujer? -pregunté de paso.

– ¡El Demonio lo sabrá! -exclamó Tim-. Fui el único que la vio, y en realidad no llegué a fijarme en ella. Toda la culpa es mía.

– ¿Tuya? ¿Por qué?

– Porque no podremos castigar a la culpable.

– ¿Castigar? Si quieres saber mi opinión, habría que darle un premio. ¿Nadie sospecha quién pudo ser?

– No. Butterworth se llevaba a tantas que pudo ser cualquiera. Y además lo mantuvo en secreto. Las iba a buscar él personalmente, convencido de que nadie lo veía, porque eso está prohibido.

– Entonces se lo merecía, eso opino yo. ¿Así que no se va a castigar a nadie?

– Claro que sí. Les darán a probar el látigo a una docena, pero no tan fuerte que no se les haya curado cuando lleguemos.

Así pues, no iban a colgar a nadie, ni siquiera a la mujer que de un bocado se había librado de un hombre entero: si a alguien le interesa mi opinión, seguro que era la que yo había elegido para mí. No me cabía ninguna duda. Era la misma mujer que Butterworth me había robado delante de las narices; ella había acabado con aquel diablo. Y ésa, pensé con una satisfacción que me henchía el alma, era una mujer que me gustaba, una mujer ni más ni menos de mi estilo, tan cierto como que me llamo John Silver.

Lo que yo no sabía era hasta qué punto había asustado a la tripulación la vil muerte de Butterworth, o al menos hasta qué extremo apagó sus apetitos. El caso es que en un abrir y cerrar de ojos el *Libre de penas* se convirtió en el barco podrido por los cuatro costados, pero más casto que todos los que hubieran surcado los siete mares. Y lo mejor de todo fue que incluso Scudamore reprimió su repulsiva lascivia. No pasó mucho tiempo hasta que la mitad de la tripulación pareció un grupo de enterradores, porque las mujeres eran su única alegría aparte del ron, y la bebida estaba racionada. Sí: tal como estaban las cosas prefería seguir donde estaba a pesar del pestazo, los grilletes, las desolladuras, los lamentos de los enfermos y los ronquidos, los cabeceos de los moribundos, los que no querían vivir, el cereal que era nuestro único alimento hasta que nos acercáramos a tierra, las defecaciones cuyo hedor flotaba alrededor cuando soplaba el mínimo viento y las ventanillas se desajustaban, las mofas que caían sobre mí cuando aparecía por cubierta; sí, todo esto

era preferible para un tipo como yo. A pesar de los pesares, era yo quien hacía algo de provecho, y no los de cubierta. Pero tengo que admitir, y lo hago con gusto, que envidiaba a la mujer que tan fácilmente y tan deprisa, dicho sea con perdón, logró poner en su sitio a toda la tripulación del *Libre de penas*.

Entretanto, hacía lo posible para dominar el tremendo desaliento que cundía bajo cubierta. Los animaba y les ayudaba con mi cabeza y mis palabras, un poco como yo quería, para empezar. Pero a medida que Jack y yo nos fuimos entendiendo mejor, en mi cabeza empezó a tomar forma un plan. Maldita sea; empecé a pensar que los tratantes de esclavos que compraran parte de esta carga se iban a encontrar con un pequeño infierno.

Así pues, asumí la tarea de explicar, a todo el que quisiera escucharme, lo que sabía del infierno que les esperaba al otro lado del océano. Por ejemplo, hice lo que pude para explicarles que la idea que se tenía de la gente como ellos era que fueran rentables, y les dije que los hombres blancos no se quedaban con los esclavos para castigarles, sino para llenar sus arcas.

A los negros, todo esto les entraba por un oído y les salía por el otro. Aún se mostraron más incrédulos cuando les expliqué lo que tendrían que sufrir cargando en los campos de azúcar, aparte de cavar zanjas, sembrar, cosechar, limpiar. Algunos incluso se reían, porque no iban a ser los blancos tan tontos como para dejar que los hombres hicieran el trabajo de las mujeres. En su pueblo eran las mujeres las que trabajaban la tierra mientras ellos iban a cazar o a la guerra. Cualquier otra cosa era indigna de ellos. Les dije que me importaba un ardite, porque su dignidad de verdad que no era mi preocupación, pero les advertí que los dueños de las plantaciones no se iban a preocupar de lo que ellos opinaran.

No me creyeron hasta que les conté lo que les pasaría si no trabajaban hasta caerse redondos o si se les ocurría huir a las montañas como cimarrones, que así los llamaban. En Saint Thomas no se contentaban con cuatro latigazos de honor o un ahorcamiento igualmente decoroso. No, por un delito así habrían dispuesto que se cortara la pierna o la mano al fugitivo, que se le marcara a fuego en la frente, se le pellizcara con tenazas al rojo vivo, se le quebrasen las extremidades, se le cortase una oreja u otras lindezas por el estilo.

Como ya había aprendido algo de la forma de pensar de los negros, al final les decía que no iban a ganar nada con dejarse morir después de ciento cincuenta latigazos o más. A su casa, con sus familiares, no volverían jamás… por lo menos enteros, porque si alguien se ahogaba o se dejaba morir, el cuerpo se despedazaba en trozos para colgarlos en los árboles de manera que todos vieran que el

muerto estaba todavía entre ellos, tanto si quería como si no.

Palabras como aquéllas hacían mella, pero no es que les subieran los ánimos, claro está. Era un continuo lamento y una incesante maldición. Incluso Jack se quejaba y aseguraba que yo les quitaba las ganas de vivir, que no podían vivir sin esperar algo diferente.

– ¿Sabes una cosa? -le dije-. Hay montones de personas que viven sin esperanzas ni nada que se le parezca. De todas formas, no se quitan la vida como muchos de estos moribundos a los que tenemos que aguantar a bordo. No, señor: primero tienen que saber que están vivos para poder hacer algo después.

Pero sin Jack no hubiera sido posible meter en vereda a los negros. No sólo era nieto de un rey, sino que además tenía alma, según decían los indígenas, y no es fácil saber qué significa eso, pero para sus parientes la palabra de Jack era ley y le obedecían a ciegas. Así que de esa manera se impuso más que un capitán, que con la gracia de Dios necesitaba el látigo, pasar por la quilla a los amotinados, liarse a puñetazos, usar los pasadores de cabo y mucho más para someter a los suyos. Además, Jack había visto que, llegado el momento, para los blancos no había nada sagrado. Y sabía utilizar una escopeta, y había visto los estragos que una de doce libras, bien cargada de perdigones y metralla, podía hacer entre los cuerpos desnudos de los indígenas.

Sin embargo, ni siquiera Jack pudo abrirles los ojos a los que yo llamaba moribundos. Creo que en ese grupo habría unos veinte. Scudamore, en su jerga, decía que aquello era perenne melancolía y que el desenlace siempre era fatal, que por eso no era de extrañar que se tumbaran a morir. Y por si no fuera suficiente, yo tenía a uno de ésos a mi lado.

Aquel negro estaba callado como una tumba, de manera que no me habría dado cuenta de que existía de no haber sido por Scudamore, que de pronto empezó a dedicarle sus cuidados. Cuando me fijé en el negro me di cuenta de que no era más que piel y huesos y un par de ojos acuosos y enfebrecidos.

– Este diablo no ha comido ni bebido desde hace una semana -dijo Scudamore.

– ¿Qué le pasa? -pregunté.

– La cabeza. Se ha empecinado en dejar este mundo para siempre.

– ¿Y qué piensas hacer? No le dejarás que se salga con la suya, ¿eh?

– ¿Y qué quieres que le haga? Por lo demás, está sano.

Scudamore se sacó del bolsillo un artilugio que parecía un cruce entre un compás y un sacacorchos, algo que se llamaba *speculum oris* y que servía para abrir la boca. Scudamore separó los gruesos labios del negro con una mano e intentó meterle las dos puntas juntas entre los

dientes, pero el negro cerró la boca con fuerza, de modo que oí cómo apretaba los maxilares. Scudamore no se dejó vencer por tan poco. Apretó aún más hasta que se desprendieron dos dientes y logró meter las puntas.

– Los dientes no están muy firmes al cabo de un tiempo -explicó tranquilamente-. Lo difícil es no empujar con tanta fuerza que llegues hasta la garganta.

– ¿No hay nadie que haya encontrado la forma? -pregunté.

– ¿Cuál?

– La de ofrecer resistencia y luego abrir la boca de golpe cuando tú menos te lo esperas. Así morirían en un santiamén, si es eso lo que quieren.

Scudamore me miró asombrado.

– No -dijo como si hubiera visto un fantasma-. La verdad es que no. Es raro, ahora que lo dices.

Scudamore le dio vueltas a la palomilla de manera que las dos patillas se separaron, obligando al negro a que abriera la boca. Entonces Scudamore empezó a meterle aquella bazofia, que así llamábamos al lodo que nos daban de comer, directamente en el gaznate. Y el negro tragaba, es verdad, de igual manera que podría haberse dejado atragantar. Con el tiempo, he comprendido que no es tan fácil eso de ser suicida y menos aún como lo hacen algunos, porque a pesar de todo hay métodos peores que la muerte. De todas formas, el negro nos tomó el pelo tanto a Scudamore como a mí, porque en cuanto Scudamore se dio la vuelta el negro me vomitó encima. Le di un guantazo atronador. ¿No era suficiente con que me viera obligado a verlo morir? Además, ¿se creía con derecho a hacer lo que le diera la gana? Por el Diablo que algo de dignidad le quedaba a pesar de todo.

Al día siguiente se repitió el mismo espectáculo, pero con la diferencia de que esta vez vomitó hacia el otro lado. Scudamore no lograba nada, y yo cada vez estaba más irritado.

– Pregúntale por qué diablos quiere morir -le dije a Jack.

Jack tuvo que repetir la pregunta una y otra vez hasta que consiguió del moribundo algo parecido a una respuesta. Haberle convencido para que dijera algo ya fue como despertarlo a la vida un poco. No dijo mucho por respuesta, naturalmente. Era desdichado y quería irse a casa y se sentía fatal.

Le hice preguntar a Jack qué tenía de especial lo que le pasaba a aquel hombre. ¿Por qué no nos quitábamos la vida todos si él tenía razón al pensar que nuestra situación era lo peor que podía pasarnos?

Si no entendía mal, su actitud era como darnos un puñetazo en la cara a todos nosotros, que hacíamos cuanto estaba en nuestra mano por conservar el ánimo en aquel valle de lágrimas.

Y así un día y otro. No le dejé en paz ni un momento. Pero ¿de qué servía? ¿Escuchaba? Sí, a pesar de todo algo oía de lo que yo le decía. Un día le expliqué el truco del abrebocas y le dije que, si quería quitarse la vida, lo podía hacer más deprisa, así yo me ahorraría la molestia de tener una deshonra como él a mi lado. Y la verdad es que surtió efecto, dicho sea con permiso, porque cuando Scudamore empezó a hacer presión la siguiente vez, el negro abrió de golpe la boca y las puntiagudas patas del instrumento se le metieron en la boca y le atravesaron la nuca. Scudamore maldijo como un condenado cuando sacó el abrebocas y vio la sangre que le brotaba por los labios y la nuca. Ni siquiera se molestó en cortar la hemorragia. En un segundo, el *Libre de penas* tenía un negro menos y Scudamore había perdido una bonificación.

Naturalmente, Scudamore me miró como si yo tuviera la culpa.

– Menos mal que nos hemos librado de él -dije con sinceridad-. Me ponía de mal humor.

– Fuiste tú el que le dijo cómo lo tenía que hacer -me escupió Scudamore-. Fuiste tú el que lo mató.

– No, Scudamore. Sabes que estás exagerando. ¿Cómo iba yo a explicarle algo a un negro angoleño como él? Latín sí que sé, ¿pero crees que un negro lo entiende? Y si puedo preguntarlo, ¿quién sujetaba el abridor? ¿Yo? No, tira a ese pobre diablo al mar. Al fin y al cabo, era lo que más deseaba. Y no te pongas así, Scudamore. Bien mirado, no hay tanta diferencia entre un esclavo negro más o menos. Ni siquiera en tu jornal.

Scudamore rezongó, no es de extrañar, porque no lo tenía fácil, y al rato se marchó. Llegó hasta el punto de no atreverse a aparecer por la bodega de los esclavos de puro miedo de que lo mataran a golpes o se lo comieran. Fue algo de lo que nos alegramos todos, yo también, porque me ponía nervioso notar que no podía hacer entrar en razón a los moribundos. Así era y así sigue siendo, con los que no les sirven de nada las palabras que emplees, lo sé por experiencia. No escuchan. Sólo oyen el eco de sí mismos en su cabeza hueca. No se preocupan de mi existencia, así de fácil y ¿qué puedo hacer yo?

Cuando el viaje ya tocaba a su fin se pusieron en marcha la tripulación y el nuevo capitán. Nos hacían subir a cubierta muy a menudo para que nos laváramos y nos embadurnáramos con aceite unos a otros. La comida fue por primera vez como tenía que haber sido según las normas, incluido el ron, porque ahora sabían que las provisiones que quedaban alcanzaban para todos. Nos había ido bien. Habían muerto sesenta y cinco esclavos y ocho marineros también habían estirado la pata. La bodega de carga se enjuagó con salitre y se ahumó con ramas de enebro. Las ventanas se abrieron de par en par y

entró un aire ecuatorial cálido pero puro. Incluso las heridas de las tablas sin pulir empezaron a curarse; y el nuevo capitán redujo la velocidad para que todos pareciéramos lo más sanos posible cuando tocáramos puerto.

Y en todo momento yo seguí hablando como un descosido. Creo que nunca he hablado tanto en toda mi vida. Cuando acabé, todos los que habían tenido a bien oírme sabían cómo se cargaba un mosquete, cómo se clavaba un cañón, cómo se acuchillaba desde abajo una caja torácica para que tuviera el efecto deseado, en fin, todas esas menudencias de provecho que yo había aprendido en los puertos y a bordo durante los diez años que había pasado con Wilkinson. Y sabía tanto como para asegurar que en el *Libre de penas* viajaban unos tipos que serían un infierno para sus amos y un mal negocio sin punto de comparación, porque si aquellos esclavos no se rebelaban antes o después, de cualquier forma se fugarían y se juntarían en las montañas con los negros cimarrones. Era tan verdad como un amén en la iglesia, y era una revancha tan buena como cualquier otra. Y si hay algo de lo que estoy orgulloso en la vida es de haber puesto de nuevo en pie a los negros, contra todo pronóstico y a pesar de que no tenían nada que perder ni nada que apostar.

Ni siquiera había tenido mucho tiempo para pensar en mi propia situación. Me di cuenta cuando el lugarteniente apareció de pronto por la bodega unos días antes de tocar tierra.

– Silver -dijo-, según mi opinión ya has cumplido tu castigo.

– Señor -respondí respetuosamente- mi firma en el redondel de Robin estaba falsificada.

– He oído esos rumores. Es una cuestión que tiene que decidir un tribunal. Pero si es como tú dices, está claro que te dejarán libre. Ahora quiero dejarte libre. No está bien que baje a tierra un blanco entre los negros.

– Señor -solicité con toda mi capacidad de persuasión-, tengo muchos enemigos a bordo, y si vamos a juicio será mi palabra contra la de muchos. Es imposible, señor. Me colgarán. ¿No es suficiente con haber sido pasado por la quilla y llevar dos meses en este infierno?

El lugarteniente se quedó callado un instante.

– ¿Qué propone usted? -preguntó al final.

– En la subasta, junto con los demás, véndame como trabajador contratado al mejor postor.

El lugarteniente me miró asombrado.

– No es posible. Usted es blanco y cristiano.

– Los trabajadores contratados caen con la maza, aunque sean blancos.

– Sí, pero no junto a los negros.

– Pero, ¿no entiende usted, señor? Es mi única oportunidad de

ablandar a los que están contra mí. Nada les alegraría tanto como verme vendido como esclavo. A sus ojos, no hay peor castigo para un tipo como yo. Se contentarían con verme humillado y arrastrándome por la mierda.

El lugarteniente me miró durante un buen rato.

– Es usted el único que sirve para algo en este barco -añadí-. Tiene que entenderlo.

– Se hará como usted desea -gruñó-, pero que me lleven los diablos si lo entiendo.

– No hace falta, señor. Gracias, señor, no olvidaré nunca este favor. Confíe en John Silver.

– Ya -contestó-, no hay mucho riesgo de que se le olvide cuando haya pasado dos años en las plantaciones. Será culpa suya.

– Sí, señor, tampoco se me iba a ocurrir otra cosa.

El viaje había durado dos meses; al fin y al cabo, fue tan normal y feliz como se podría imaginar. Una quinta parte de la carga se la llevó la viruela, la melancolía perenne y otras enfermedades. Para un personaje como Butterworth, la verdad es que daba lo mismo; su familia, si es que tenía alguna, debería dar gracias a Dios por el buen servicio, y no sólo porque estuviera en las normas de los capitanes dar gracias a Dios en una misa especial al terminar un periplo de trata de esclavos con final feliz y libre de peligros.

Casi una tercera parte de la tripulación también lo acompañó a la muerte. No era motivo de lamentación. Nunca habían tenido suficiente para apostar en el juego de la vida y perdieron también lo único que tenían: sus vidas, lo único que podían apostar. También por eso era preciso dar gracias a Dios, igual daba que fuera armador o capitán, aunque en silencio. El viaje de vuelta no había exigido tanta tripulación como esclavos, pero se redujo de la forma más natural que se pueda imaginar, y lo extraño es que ninguno de los juramentados la palmó. Tuvieron que aguardar hasta que navegaron a las órdenes de Robert y los colgaron junto a otros cuarenta y seis, entre ellos Scudamore, en las afueras del fuerte de Cape-Corso, bajo las marcas de la marea alta, como dictaba la costumbre, en el año de gracia de 1722.

Así pues, el periplo parecía haber sido un éxito para los que no sabían más, pero hubo otros, como el lugarteniente, el sustituto de Butterworth, y el propio Scudamore, que probablemente fueran de otra opinión, y que vieron con alivio cuando los soldados subieron a bordo y les liberaron de sus responsabilidades con respecto al buen estado de los negros, porque los habitantes de Saint Thomas no habrían visto nunca unos esclavos como los que bajaron a tierra del buen barco *Libre de penas*.

Miraban alrededor, hablaban en su jerga y se comportaron como

la gente en general. Sabían lo que les esperaba. Ya no creían que los fueran a sacrificar como a las reses; al contrario, entendían que ya no tenían nada que perder aparte de la vida.

«Y todo esto -pensaba yo no poco orgulloso cuando iba entre ellos, tan completamente desnudo como ellos, igual de embadurnado con la misma grasa brillante que ellos-, para deslumbrar a los amos de las plantaciones en la subasta», todo esto era obra mía. Yo, John Silver, desnudo, experto y pálido marinero en medio de ellos, con mi bocaza diestra, les había dado una razón para vivir, por todos los demonios, y conocimientos de cómo era el mundo, y el precio que se pagaría si uno se lo callaba. Ni siquiera Butterworth, aunque viviera, hubiera podido evitarlo. El había hecho de mí un esclavo, así que la culpa era suya. Ahora, un ejército inquieto sería puesto a la venta, ni más ni menos.

Detrás de nosotros salió la tripulación del *Libre de penas,* hombres agotados, derrotados, enfermos, y con una desesperada necesidad de emborracharse para olvidar sus desgracias. Parecían lo que parecían tras sobrevivir a la podredumbre de la esclavitud. La verdad es que no había nada especial en ello. Para ellos no había esperanza. No sabían lo que valía la vida: más que nada, era algo que debía sumergirse hasta ahogarla en aguardiente. De cualquier forma, era una manera de vengarse, aunque no fuera mérito mío.

Capítulo 23

Así pues, me condujeron junto con los demás hasta el fuerte de Saint Thomas al día siguiente de que el *Libre de penas* hubiera fondeado en la rada. Nos metieron en un almacén y nos dieron de comer en grandes cantidades: papillas con una gruesa capa de azúcar, carne fresca, corteza de cerdo y grasa, verduras y ron del malo, el que los negros con razón llamaban *kil devil,* pues ¿no utilizaban el ron para eso mismo, para matar al diablo en el infierno de vida que llevaban?

Scudamore se dio una vuelta para ver si en el último minuto podía disimular los defectos más evidentes y así sacar hasta el último chelín de su deseada bonificación. A tres que tenían diarrea los curó poniéndoles un tapón hecho con hilo de cuerda en el mismo agujero del culo, una de las trampas más habituales.

Durante cuatro días nos cebaron, nos lavaron y nos embadurnaron mientras mandaban mensajes a los propietarios de las plantaciones de la isla, para que supieran que había llegado un nuevo cargamento de esclavos y que la subasta se celebraría al domingo siguiente, después de la misa mayor.

La víspera de la gran fiesta popular Scudamore me llevó aparte.

– Silver -dijo-, me duele verte aquí entre los demás, aunque seas un trabajador contratado y lleves esos harapos encima. La piel blanca hace daño a la vista. Los negros pueden pensar que no hay diferencia entre nosotros y ellos.

– No es culpa mía -contesté.

– Aún te puedes arrepentir -dijo Scudamore.

– Sí, y que me lleven ante un tribunal para que me cuelguen después. No, si los amotinados que juraron se contentan con que me vendan como trabajador contratado, lo prefiero al juicio que sólo puede acabar de una manera.

– Olvidas mi testimonio.

– De ninguna manera -contesté-. Ya sé que quieres lo mejor para mí. Pero Butterworth está muerto, y era el único que podía hacer valer su palabra. Ahora sería la palabra de un cirujano de a bordo contra la de siete marinos expertos. No me atrevo a correr el riesgo.

Naturalmente, no dije lo que pensaba: que en cualquier caso el mayor riesgo de todos era que Scudamore me convenciera para

llevarme hasta la balaustrada del tribunal y después prestara un testimonio que, con toda seguridad, me quitaría de en medio para siempre. A pesar de todo, le daba miedo que un tipo como yo saliera con vida, aunque fuera como esclavo, porque creo que al final había comprendido que no podía jugar conmigo. La vida no era un juego como se imaginaba Scudamore, porque los juegos tienen sus reglas, pero en asuntos de vida o muerte no hay reglas que valgan. Era lo mismo que se tratara de un cirujano como Scudamore o de otras muchas personas cultivadas.

El día de la subasta nos soltaron en un prado vallado. Había corrillos de individuos expectantes apoyados en la valla o en grupos repartidos y en pie. Se reían, se llamaban unos a otros, cuchicheaban, señalaban con el dedo y gritaban frases obscenas y burlonas. Estas últimas, si he de ser sincero, diré que se referían en su mayor parte a mí, porque no cabía ninguna duda de que yo era una atracción en aquel mercado de carne.

Busqué con la mirada a la mujer que me gustaba. Estaba sola, apartada, pero con la mirada bien alta, como si todo aquello nada tuviera que ver con ella. Me abrí camino entre los demás y me puse delante de ella. Vi lo que quería ver, comprobé que era de las que no se someten ante nadie, ni siquiera ante mí. Pero contestó a mi mirada y me sonrió.

No hubo más, porque de repente redoblaron los tambores y un hombre con una camisa de fiesta se levantó y anunció que la subasta iba a empezar. Seguí cerca de la mujer porque sabía lo que nos esperaba. Nos habían explicado que esa subasta sería una rebatiña, algo habitual cuando el mercado lo montaban los vendedores y los amos de las plantaciones se llevaban lo que podían. La Compañía ponía un precio fijo por esclavo, y después dejaban entrar a los terratenientes en el cercado. Los esclavos a los que pusieran la mano encima se los podían llevar por el precio estipulado., Así pues, se dio la señal. Yo le di la mano a la mujer y ella no dio señales de que mi actitud le molestara. Mi intención era que nos llevaran a los dos y nos compraran juntos, igual que las mujeres abrazan a sus hijos apretándolos contra sí para que no los separasen, aunque pocas veces conseguían quedarse con ellos, claro. A veces incluso separaban a la mujer y al hijo que llevaba en el vientre, aunque naturalmente no en una rebatiña.

La gente de las plantaciones se abalanzó sobre nosotros. Nos empujaban, nos tiraban de los brazos y de cualquier sitio de donde podían agarrarnos. Gritos, voces, risas. Los niños chillaban cuando los separaban de sus madres. La gente maldecía y se enzarzaba en peleas cuando pretendían quedarse con el mismo esclavo.

Algunos tenían el sentido común de examinar a los esclavos a los

que habían puesto la mano encima y a unos los rechazaban, mientras que otros, con sus caras enrojecidas, se los quedaban sin hacer distingos. Uno de ellos, con una mueca de suficiencia, se quiso llevar a la mujer que yo tenía a mi lado. Yo me dejé arrastrar, pero me detuvo de un golpe en el pecho.

– Vete al infierno -me dijo el hombre en mi propia lengua-. No quiero a ningún diablo traidor.

– Soy un esclavo -dije cortésmente-. Sé hacer muchas cosas.

– Vete a cagar -fue su breve respuesta.

Era verdad que se habían difundido los rumores. Y hay que ver, al poco rato vi la jeta de bestia de Roger Ball entre la multitud, justo detrás de la valla. Me señaló con el dedo, dijo algo a los que estaban a su alrededor y se echó a reír con su carcajada ruidosa, burlona, autosuficiente y falta de alegría. Estuve en un tris de perder los estribos, acercarme a él y retorcerle el pescuezo. Pero por fin había aprendido el precio que tendría que pagar por perder la cabeza, y logré conservar la calma.

Poco a poco se fueron apagando el tumulto y la alarma. Los amos de las plantaciones, sin aliento y sudorosos, iban de acá para allá rodeados de sus esclavos. Vi a Jack en un grupo junto a la mujer y a tres de su propia raza, tres *sakalava.* Era más de lo que podía desear. También observé que los tres hombres a los que Scudamore les había puesto un tapón en el culo habían sido vendidos. Yo, el esclavo por excelencia, y dos más que padecían una visible infección, éramos los únicos que nadie quería llevarse.

El hombre de la camisa elegante hacía muchos gestos mientras hablaba en danés. Era evidente que hablaba bien de los tres que quedábamos. Al cabo de un momento, un hombre bien trajeado se acercó al subastador. Los dos estuvieron discutiendo, se estrecharon la mano y el más elegante se fue después hasta los dos enfermos y se los llevó. Seguramente era el cirujano, del lugar: al tratarse de una rebatiña había perdido su cuota habitual de enfermos para curarlos y venderlos más tarde.

Así pues, al final sólo quedaba yo, Long John Silver. El subastador gesticuló aún más con los brazos poniendo de manifiesto lo muy aprovechable, inteligente y fuerte que podía llegar a ser yo con un tratamiento adecuado. Todos guardaban silencio, excepto Roger Ball, naturalmente, que se puso a gritar.

– Tienes lo que te mereces, Silver. No hay diablo que te quiera tocar, ni siquiera con pinzas.

Se oyeron risas aisladas aquí y allá. El subastador miró a su alrededor como si dudase y gritó algo a la muchedumbre; me pareció que ofrecía mi persona a cualquier precio. No pasó mucho rato hasta que el gentío dejó paso a una cabeza de pelo entrecano, pero cuando

apareció por completo me di cuenta de lo que llevaba: una sotana negra hasta los pies. Se acercaba a mí con pasos tranquilos y dignos. ¿Qué diablos quería decir aquello? ¿Me iban a perdonar los pecados antes de ahorcarme? ¿Me habían engañado todos?

– Ven conmigo, hijo mío -dijo el cura paternalmente en un inglés con marcado acento extranjero.

– ¿Por qué? -pregunté.

– ¿Por qué? -repitió el cura-. Para ponerte al servicio de la misión de la plantación, naturalmente.

¿Qué otra cosa podía ser? Allí terminaban los esclavos marcados con la cruz del padre Feltman, porque ahora que me fijaba, no estaban en la rebatiña. ¿Y yo, qué? ¿Era por pura codicia que el cura se había apiadado de mí? A mí no me podía convertir. Como blanco que era, ya profesaba la verdadera fe, al margen de lo que pensara.

– Padre -dije-. Tenga misericordia de un pobre pecador.

– Claro que sí -dijo el cura sin darse la vuelta.

Y entonces ya no me pude aguantar más, y me eché a reír con todas mis fuerzas. Todos estaban de acuerdo en que el cura no podía haber comprado a un cabeza loca como yo. Ni yo mismo lo creía. Que me tocara ser esclavo en casa de aquellos que temían a Dios tuvo que ser una decisión tomada por voluntad suya. En la casa del cura me enteré de que la cosa había ido como supuse: que yo le había sido regalado y me había recogido por misericordia. El contrato era de tres años, y después sería libre de enrolarme donde quisiera, si así lo deseaba.

Tengo que reconocer que dediqué un breve pensamiento a England y a Deval, no porque sintiera lástima de su destino, sino para maldecir el mío propio. Pensé para mis adentros en cómo había sido mi vida hasta la fecha, y encontré que no había mucho de lo cual enorgullecerme, por más que yo insistiera en lo contrario. De todas maneras me iban a castigar por ello.

Me colocaron entre los negros de la plantación. Para trabajar en la casa tenía que ser un esclavo de confianza, y yo no lo era, desde luego. Me pusieron con unos veinte negros que abrieron los ojos de par en par cuando entré en su cabaña. Había aprendido de Jack algunas palabras de saludo y camaradería en el idioma de los africanos y las utilicé, pero los negros por lo visto hablaban danés. Por suerte, dos de ellos habían sido comprados a los ingleses en Jamaica después de la gran rebelión, y ésos me sirvieron de intérpretes.

Dejé que los negros me miraran hasta hartarse. Me recibieron con rencor, en parte porque era blanco y también porque era *bussal,* un bruto, como llamaban a los esclavos recién llegados. Sí, incluso entre aquellos siervos había un escalafón, y en él me tocaba ser el último. Sin embargo me puse en guardia, pregunté discretamente quién era el

jefe y me lo señalaron: era el hombre con la mirada más altiva, el más orgulloso de todos. Me acerqué a él y lo agarré por el cuello. Apreté bien fuerte a la vez que pedí tranquilamente a mis portavoces que explicaran a los demás que John Silver era en efecto esclavo y *bussal,* pero que era intocable, invulnerable, que tenía alma, era tabú y muchas más cosas por el estilo. Cuando todos, inclusive el opresor que tenían entre ellos, hubieron entendido, lo solté y me tumbé en un camastro de paja que me pareció un auténtico lujo después de las bastas tablas del *Libre de penas.* Antes de quedarme dormido pensé que se habían acabado las medias tintas, y creo que a partir de aquel instante ya siempre estuve dispuesto a izar la bandera roja. La negra, la de los piratas, ya hacía tiempo que la había izado.

A la mañana siguiente, al amanecer, me despertó una patada, bien dirigida, propinada por una pierna que salía de una sotana de cura.

– Arriba -ordenó el cura.

Así pues, él también sabía alguna palabra en inglés. La verdad es que eran cultos.

– A mí no hace falta que me den patadas en nombre de Dios -le dije-. Haré lo que tenga que hacer.

Me incorporé bajo la atenta mirada del cura y nos sacaron al campo. El cura iba detrás de nosotros con un látigo en una mano y un mazo de madera en la otra. De vez en cuando fustigaba el aire como si fuéramos una yunta de bueyes. Por lo visto, los curas confiaban más en sí mismos y en su Dios que los otros propietarios de las plantaciones, porque no empleaban a ningún capataz.

Tan pronto pudimos vernos las manos, hincamos las azadas en la tierra dura y arcillosa. Cavamos hoyos, nada más que hoyos en línea recta, uno tras otro, sin descanso, desde el amanecer hasta el anochecer, bajo un sol de justicia que me quemaba la aún tierna piel de la espalda. A mediodía ya se me habían formado grandes ampollas en las manos. Aquello sólo podía acabar de una manera. Justo antes de que nos dieran la tercera ración de agua azucarada con ron, el combustible con el que nos calentaban, me rezagué. A esas alturas apenas si podía asir la azada. Inmediatamente oí un silbido y noté después el dolor que el látigo me producía al restallarme en la piel. Tuve que recurrir a toda mi capacidad de control para no matar allí mismo al diablo del cura, pero no era tan estúpido, porque ¿adonde podía llegar medio desnudo, con la espalda en carne viva y las manos llagadas? Así pues, me di la vuelta hacia él.

– Por el amor de Dios, padre -supliqué-. Tenga clemencia.

– Un tipo como usted debería tener cuidado al poner el nombre de Dios en su bocaza. Aquí son ustedes los que trabajan para nosotros,

para que nosotros podamos trabajar para Dios.

– Pero yo soy cristiano, padre. Fui bautizado con agua bendita y todo eso. No creía que los cristianos pudieran probar el látigo.

– Pues estaba muy equivocado. Lo único que no está permitido, según las normas, es que un negro le ponga la mano encima a un blanco. Para todo lo demás hay carta blanca. Y nosotros acatamos las normas, señor mío.

A ese cura no había forma de conmoverlo. Después supe que se llamaba Holt y que era el peor de todos, y debo decir que ninguno de ellos era precisamente de lo más granado entre los hijos de Dios. Hacía dos semanas que Holt había matado a golpes a un crío de dos años con sus propias manos. Y para los pequeños, además, cogía el látigo de cuatro colas de seda, que estaba destinado a los adultos. Un fenómeno insuperable en la zona, aquel Holt, famoso en toda la isla.

Así pues, apreté los dientes aunque interiormente bramaba de dolor cuando intenté sujetar la azada con las manos llagadas. Lo que me salvó de más latigazos fue la ayuda de los demás, tengo que decirlo en su defensa. Cuando vieron cómo estaban las cosas fueron bajando el ritmo imperceptiblemente, tanto como pudieron, sin que Holt lo notara. Esa misma noche, una de las mujeres hizo un emplasto y me lo aplicó en la espalda y en las manos. Durante tres días repitió el mismo tratamiento, tras lo cual las manos me quedaron curadas y sin marcas o cicatrices visibles. Dicho queda que yo apreciaba mucho mis manos, que había cuidado con tanto mimo desde aquella conversación que mantuve con el capitán Barlow.

Una noche me fui hasta la mujer para demostrarle mi agradecimiento. Pero cuando estábamos en lo mejor y nuestros cuerpos estaban más unidos, me separaron de ella, me soltaron un par de patadas y me sacaron de la cabaña.

A la mañana siguiente nos hicieron formar a todos delante de la capilla. La mujer sería castigada en nombre de Dios por su lascivia con ciento cincuenta azotes con el látigo de cuatro colas.

En ninguna parte de la isla se castigaba a las mujeres por gusto. Naturalmente, los curas recibían a sus esposas enviadas desde Copenhague, sin inspeccionarlas y elegidas al azar entre las limitadas disponibilidades de la congregación. Así las cosas, a Martin, el encargado, le tocó una vieja de sesenta y cinco años a la que no soportaba ni siquiera en nombre de Dios. No, no me sorprendía que los curas azotaran los cuerpos jóvenes, prietos, lozanos y apetitosos de las negras. Y no podían acostarse con ellas porque entonces quedarían malditos y sufrirían enormes remordimientos de conciencia durante el resto de sus vidas.

Según la costumbre, habríamos de ser nosotros, los esclavos, los que aplicaríamos el castigo. Cuando los blancos habían cogido el

látigo o el hierro al rojo vivo, por lo visto había ocurrido en más de una ocasión que los negros perdieron completamente los estribos en lugar de dejarse atemorizar. Y es raro, porque los negros se rendían cada vez más. ¿Se puede ser más lerdo?

Uno tras otro nos adelantamos a dar los azotes y oímos gritar a la mujer hasta que perdió el conocimiento. Cuando hice restallar el látigo por quinta vez tenía la espalda completamente ensangrentada. Por el amor de Dios -si es que existía-, al menos me quedaba la esperanza de que alguno de los otros supiera hacer su emplasto.

Salta a la vista que yo no estaba a gusto en el sitio al que había ido a parar. Empecé por ir metiéndome en casa del arcipreste que, comparado con los demás, era de naturaleza más comprensiva. De este modo se dio cuenta con un punto de complacencia que yo tenía cierto talento para los idiomas, y que sabía garabatear con una caligrafía bastante legible. No me nombró nunca criado de la casa, pero a veces me sacaba del campo de caña de azúcar para copiar o pasar a limpio algún escrito. Me acuerdo todavía de una carta de la misión sobre un esclavo recién bautizado. En la carta, éste agradecía su salvación y pedía disculpas por no escribir la carta él mismo, cosa que no era de extrañar, ya que no tenía manos ni pies. Se los habían cortado por haberse escapado con los cimarrones.

¡Qué pedazo de imbécil!

Mi primer pensamiento fue sencillo: escaparme con un arma en la mano, robar una embarcación y salir de allí. Me hice imprescindible en todo un poco, pero los encargos siempre recaían en algún negro al que daban un salvoconducto que le autorizaba a transitar los caminos cuando era preciso ir a buscar víveres. Hay que decir en favor de los curas que engañarlos no era tan fácil como se pudiera pensar, al menos en lo tocante a tratar con cuidado a la gente como yo.

No había nada que hacer aparte de confiar en la Providencia, es decir, en mí mismo. Una vez más avivé con mi atizador el fuego del odio de los indígenas y bien pronto estuvieron al rojo vivo, dicho sea con perdón. Tal como corresponde en estas ocasiones, les prometí el oro y el moro y a las dos semanas estaban literalmente que echaban chispas, porque yo incendié la vivienda de los curas.

Mientras los hombres de sotanas negras corrían arriba y abajo como gallinas enloquecidas, olvidadas todas las oraciones, me hice con sus armas en la capilla. Me reservé tres pistolas y el resto las repartí entre los negros. No era gran cosa, porque la mayoría no sabía ni cómo se cargaban. Para dar más ímpetu a la situación derribé a uno de los curas de un tiro certero. No sé quién era, y tampoco importa mucho, pero surtió efecto porque los demás interrumpieron su afán por apagar el fuego y corrieron a la capilla como si el incendio

estuviera allí.

Oímos sus descorazonados gritos cuando descubrieron que la armería de la capilla había sido tomada y después el silencio que se hizo cuando pensaron de qué manera les iba a ayudar Dios a salir de aquel atolladero. La vivienda quedó destruida rápidamente; las sombras de las llamas se proyectaban sobre la capilla. Les dije a los míos que disparasen en cuanto atisbaran cualquier sotana, y que yo me iría a la parte de atrás para ver lo que podía hacer. Si algo saliera mal, añadí, correríamos a las montañas, porque después de aquello nos colgarían. Me ofrecí sin embargo a que hicieran creer a los curas que todo aquello había sido idea mía. «De eso ni hablar», dijeron los negros: si hacía falta se echarían al monte.

Me despedí de ellos con un punto de solemnidad que siempre quedaba bien, por si acaso nos volvíamos a ver, y me dirigí sigilosamente hacia la capilla. Cuando miré al interior a través de los ventanucos de la parte posterior, vi a uno de los curas de rodillas, rezando, por si acaso, mientras los demás celebraban un consejo. Probablemente decidieron que Holt fuera en busca de ayuda, porque se dirigió a la puerta de la capilla, la abrió con cuidado y se encontró con tres tiros que dieron contra el muro. Holt cerró de un portazo atronador; me di cuenta de que estaba muerto de miedo. Ahora que no tenía ni al látigo ni a Dios de su parte se le habían bajado los humos.

– Estamos perdidos -gritó-. Nunca podremos salir de aquí a buscar ayuda.

«Muy cierto», pensé: estaban prisioneros como ratas, porque la capilla sólo tenía una salida.

– ¡Eh, los de ahí dentro! -grité. Todos, incluso el cura que estaba rezando, dieron un respingo-. Soy John Silver.

Desde luego, este anuncio no tranquilizó a Holt.

– He podido escaparme de los malditos negros -dije-. Se les ha metido en la cabeza que van a matar a cualquier blanco que se les ponga a la vista. Puedo ir en busca de ayuda.

– ¿Seguro? -preguntó Martin.

– Sí. Por aquí no hay nadie. Los negros están en la puerta de la capilla, pero son tontos como gallinas. No entienden que podrían matarles a todos a través de los ventanucos. Sólo esperan a que salgan. No es difícil pasar por detrás de ellos, confíen en mí. Denme un salvoconducto para que me crean y me iré corriendo tan deprisa como me lleven las piernas, tan cierto como que me llamo John Silver.

Martin y sus compadres dudaron, claro está, sobre todo por las murmuraciones de Holt, que seguramente no me beneficiaban.

– Dense prisa -bramé con insistencia-. No tienen toda la noche si quieren ver de nuevo la luz del día.

Después pensé que tal vez aquél no fuera el mejor motivo para

convencer a tipos como aquéllos, que no en vano tenían el futuro asegurado en el Cielo. Al cabo, Martin garabateó en un papel las codiciadas palabras.

– Si nos ayudas, Silver, te quedaremos eternamente agradecidos. Todos por ti rogaremos.

– Háganlo -contesté alegremente mientras agarraba el papel-. Hablen bien de mí en los cielos, que eso nunca va mal. En fin, ahora me voy. Están en buenas manos, hermanos.

Me retiré, aunque todavía no había terminado con ellos. Esperé un instante, volví al ventanuco y los vi a todos de rodillas, rezando como condenados. Apunté a Holt a la cabeza, disparé y me largué con el griterío de terror y el estruendo de los tiros disparados al azar por los negros.

Por fin, pensé cuando el fragor empezó a perderse a mis espaldas, podía sentirme contento conmigo mismo. No porque hubiera liberado al mundo de Holt, yo no era tan idiota, pues siempre habría otros dispuestos a pasar por la quilla al más pintado, igual que un capitán muerto por la clemencia infernal de Dios, que siempre era sustituido por otro antes de que te dieras cuenta; tampoco porque le hubiera dado a Holt su merecido castigo por todos sus latigazos, pues -¿quién sabe?- quizá ya lo hubieran acogido en el Cielo y en ese caso, ¿valía la pena mi castigo?; menos aún porque yo les hubiera dado a los curas una noche de insomnio haciéndoles creer que, a pesar de todo, los negros no eran tan lerdos como las gallinas. No, si estaba contento era porque les había tomado el pelo a todos, tanto a los negros como a los curas, en beneficio propio, de modo que era libre de nuevo, por primera vez desde hacía más de un año.

Con mi salvoconducto, me dirigí con prudencia hacia Charlotte Amalia en una noche cálida y estrellada, al arrullo de la apacible canción de las chicharras y el maldito zumbido de los mosquitos. Todavía estaba oscuro como la boca del lobo cuando llegué y esquivé a los guardianes del fuerte sin problemas. En el muelle había una yola perteneciente a alguno de los barcos mercantes fondeados. Me apropié del bote y, con las linternas de las anclas del barco como punto de referencia, pude pasar inadvertido hasta ganar el golfo y poner rumbo al este.

Que nadie piense que fue fácil recorrer yo solo cuatrocientas millas marinas en un barco descubierto, si bien saqué provecho de todo lo que Dunn nos había enseñado. Saber remontar una ola era imprescindible, porque en aquella época del año era cuando soplaban con más fuerza los alisios. Tan pronto dejé las islas que me abrigaban, me encontré con una fuerte marejada, con olas pesadas y estruendosas, coronadas de constantes crestas blancas. Tuve que guiar la yola con una mano y achicar el agua con la otra durante más de un

día hasta que conseguí meterme en una bahía donde pude echar el ancla y dormir.

Fue peor aún cuando una semana más tarde amarré en el este de La Hispaniola, el principal enclave español en las Antillas. Durante el día tuve que esconderme muchas veces en agujeros y salir como mejor podía por la noche, a la luz de la luna. Mi situación era lastimosa; estaba en los huesos cuando por fin dejé atrás a los agentes del Papa. Tenía el pelo enmarañado y con tanto salitre que se me ponía de punta como un cepillo de cerdas. Los labios los tenía rígidos y agrietados, de manera que apenas podía pronunciar palabra. Tenía la piel seca como la yesca, y sudaba como si me castigase el calor estival. Casi no podía ni sentarme, porque tenía las piernas cubiertas de las peores rozaduras. Y aunque había dormido en el pañol, a veces me vi obligado a anclar tan cerca de tierra que fui devorado por todos aquellos insectos voladores sedientos de sangre. Sí, el señor John Silver no era una visión agradable para los dioses, o quizás era eso precisamente lo que era, cuando por fin lo encontraron y lo recogieron, medio muerto, unos cuantos bucaneros de la vieja escuela, que estaban dispuestos a convertirlo en uno de los suyos.

Capítulo 24

Aquellos últimos supervivientes, bastardos entre filibusteros y caballeros de fortuna, eran tan libres como aterradores, pero a su lado era como si se hubiera parado el reloj. Eran unos diablos nostálgicos que todavía soñaban con las grandes expediciones hacia Panamá y Cartagena; no comprendían que su momento de gloria había pasado. Hablaban de los buenos tiempos que pasaron con Morgan el Traidor; con l'Olonnais el Sanguinario; con Mombars el Exterminador; con Grammont el Ateo; con Le Roe el Brasileño y con Van Horn, que no tenía ningún mote, pero que era conocido porque durante las batallas navales corría por cubierta disparando a los que viera con el más mínimo gesto de duda o cobardía. Seguían a rajatabla sus tradiciones y rituales, la mayoría de los cuales eran irreprochables. Tenían un consejo y votaban. Se lo repartían todo a partes iguales, y juntos eran propietarios de todo lo que habían repartido. No tenían apellidos, se llamaban por el nombre y por el mote, porque no se tenía en cuenta quiénes eran en realidad ni tampoco de dónde venían, ni para bien ni para mal.

Como cazadores no tenían igual, y además eran unos auténticos expertos en lo tocante a las provisiones y la cocina. Sabían cómo hacer chocolate, que era uno de los secretos comerciales mejor guardado de los españoles, y sabían que el jabalí que se hubiera alimentado de melocotones resultaba mucho más sabroso. Sabían dar un punto muy apetecible a la carne de mono adobándola con sal gorda, y disparaban contra aquellos bicharracos sin que les cayera la mierda encima. Créanlo o no, pero he visto a monos cagarse en las manos y después tirar los excrementos a los cazadores dejándolos perdidos. Además, dispararles cuando estaban en los árboles no era tarea fácil, porque había que matarlos de un tiro. Si no, se quedaban colgados de una sola pata o de un brazo hasta que llegaban los demás en su auxilio y se llevaban al animal herido pegando unos chillidos escalofriantes, con unos lamentos que impresionaban al más pintado.

Sin embargo, en la mesa se tenía que servir comida, y eso sí lo sabían hacer aquellos viejos bucaneros. Y también sabían cómo se cocinaba de manera que babeábamos como perros con el olor. De ellos aprendí sobre aprovisionamiento y aprendí también otras cuestiones que luego me vinieron de perilla en muchos momentos de mi vida,

tanto en la taberna Spy-Glass de Bristol como a bordo de aquella condenada goleta, la *Hispaniola,* que casi fue mi ruina.

Había otras cuestiones más incómodas. Aquellos diablos sentían el temor de Dios: bendecían la mesa y leían la Biblia. Yo les seguía la corriente porque a pesar de todo necesitaba su indulgencia para reponerme después de mi huida, pero la verdad es que no me hacía ni pizca de gracia. Y encima tenía que escuchar sus interminables historias sobre el bucanero Daniel, que incluso había llevado a bordo a un cuervo al que pidió que celebrase misa en un punto en que anclaron. No habían estado con Dios desde hacía mucho tiempo, como dijo él. Alzaron un altar de campaña en cubierta y el cura sacó a relucir su gorigori de siempre, pero estaba tan aterrado que temblaba como una hoja. No tenían campanilla para llamar a oración ni para anunciar los salmos, problema que Daniel solucionó disparando un cañón. Todo fue bien hasta llegar a la comunión, porque uno de los hombres trasegó toda la frasca de la sangre de Cristo y entonces empezó a jurar y a maldecir que daba gusto. Daniel lo puso en su sitio, pero cuando el desaforado se negó a demostrar el debido respeto, Daniel sacó la pistola y le pegó un tiro en la cabeza.

– No se preocupe -le dijo al aterrorizado cura-. Sólo era un tunante que no entendía el temor de Dios, así que lo he castigado para que le entren buenos pensamientos. ¡Continúe!

Esto lo contaban mis bucaneros una y otra vez, mientras los demás se reían a carcajadas. A mí me hacían relativa gracia, pues ¿de qué parte estaba yo? Del lado del marinero que se había querido emborrachar con la sangre de Cristo, naturalmente.

De alguna manera, y a pesar de todo, me aceptaron entre ellos e incluso me llegaron a apreciar. Cosas más raras se han visto.

Así pues, cuando ya llevaba allí varios meses y había recuperado la salud gracias a la buena comida, un día vino su jefe y me llevó aparte. Era un hombre corpulento, con la barba y el pelo como una cabra, y casi seguro que lo habían elegido más por su fuerza que por su cabeza, o al menos eso me pareció. Me miró con confianza y me pasó un brazo por los hombros, como si fuéramos viejos amigos.

– Ya llevas tres meses con nosotros -empezó solemnemente-. Has aprendido a disparar como un hombre, a descuartizar un buey, y a hacer una barbacoa y a preparar un bucan. Tienes tus manías y a veces haces tonterías, pero has sido un buen compañero, uno de los nuestros. Sabes que estamos a favor de la justicia, que repartimos lo que tenemos para que nadie tenga más que otro. Nos llamamos «Hermanos de la costa» y no lo decimos porque sí. Somos hermanos, sí, formamos una gran familia. ¿Qué te parece, John? ¿Quieres ser uno de los nuestros? Es una vida dura, pero sana y libre, aunque no morimos siendo ricos, pero ¿cuántos de nosotros hubieran acabado

nadando en la abundancia? No creo que te arrepientas.

Guardó silencio y me dejó tiempo para pensar, aunque la verdad era que no había mucho en que pensar, me dije en aquellos momentos. Su parloteo sobre la Hermandad no me afectaba, ya que yo ya estaba harto de oír aquella canción entre los negros del *Libre de penas.* Ellos también me habían querido hacer uno de los suyos, como si pudieran cambiar el color de mi piel. Y ahora estos «Hermanos de la costa» me acogían en su seno, me hacían jurar fidelidad y todo eso, aparte de prometer que sería como debía ser. De acuerdo. Eso, para ellos. Los juramentos y las promesas sólo eran palabras vanas.

Además, yo en aquel tiempo no sabía del todo cuál era mi intención en la vida o en el mundo. Ya estaba fuera de la ley tanto aquí como allá, y no podía seguir adelante sin tener cuidado de dónde ponía los pies. No era dueño de nada. Mis libras se las habían quedado Butterworth y sus sucesores. Mi pistola y mi ropa no me pertenecían, era todo por el bien de todos según las reglas de los bucaneros. Así que igual me podía quedar allí como en cualquier otra parte hasta que surgiera algo más prometedor en todos los sentidos posibles.

– ¡Trato hecho! -le dije a Pierre *le Bon,* que así se llamaba-. Acepto. Con una sola condición.

– ¿Cuál? -preguntó con curiosidad.

– Que no tenga que rezar en la mesa.

Pierre *le Bon* no tenía tanto temor de Dios, porque se echó a reír de manera que la barba le iba dando saltos.

– No creo que nadie se oponga -dijo.

Y no lo hicieron. Al contrario. Cuando volvimos al campamento y Pierre dio la noticia fue como si todos hubieran tenido un hijo recién nacido; me dieron la enhorabuena con palmadas en la espalda, expresando constantemente su alegría. Si durante los últimos tiempos no hubiera estado tan ocupado en reponer mis fuerzas y recuperarme por completo, me habría dado cuenta de que no todo iba bien. Según mi experiencia, casi siempre ocurre lo mismo con la gente que tiene que prometer fidelidad a los demás para poder vivir juntos, hasta que la muerte los separe, como si no tuvieran que morir nunca.

Aquello fue subiendo de tono hasta acabar en un festejo para celebrar mi ingreso en la Hermandad. Todo el grupo, unos veinte bucaneros con sus mujeres negras o de color chocolate, y los esclavos de turno, se puso en movimiento para ir a buscar comida y bebida. Iban a sacrificar en mi honor aquel jabalí tan bien alimentado. Se le daría la botadura a la fiesta por la tarde, y antes del anochecer ya estarían todos borrachos como cubas porque después los mosquetes harían de la vida un infierno.

En el campamento había un bucan fijo, un ahumadero, que no era sino una choza con los laterales cubiertos de hojas, de unos dos metros

y medio de altura, y una reja de travesaños de madera por techo, donde se ponía la carne que habían dejado macerando con sal gorda durante todo un día. Dentro del bucan se prendía el fuego con piel de jabalí seca y con huesos. Era mejor que la leña, porque las sales de la propia piel y de los huesos del jabalí le iban mejor a la carne y le daban sabor, mientras que los vapores de la leña no llegaban a impregnar la carne. Y era verdad, porque la carne quedaba tan tierna y jugosa que se podía comer sin más preparación. Además, aguantaba meses intacta, y por eso era la provisión preferida de los caballeros de fortuna. Lo único que se hacía era mojarla en una *pimentade,* una salsa de grasa de jabalí fundida, el zumo de un par de limones y algunas especias.

Cuando la carne estuvo lista y la bebida del almacén equitativamente repartida, los bucaneros entonaron su maldita bendición de la mesa y dieron a Dios gracias por la comida que ellos mismos habían conseguido dejándose la piel. Después de la comida sacaron las pipas, aunque algunos se habían acostumbrado a la manera española y liaban el tabaco en lo que llamaban *cigarrillos,* y cuando la gente ya estaba achispada Pierre *le Bon* se puso de nuevo en pie para darme un discurso de bienvenida como nuevo miembro de la banda de los Hermanos de la costa. Soltó una larga retahíla sobre la lealtad y el compañerismo, sobre la necesidad de estar dispuesto a todo, en el tajo y en el ayudar, sobre la conveniencia de repartir lo que hubiera, de estar unidos y ser amigos, no sólo cuando la felicidad nos asistiera, sino también en los contratiempos, en la adversidad y en el placer, como decía él. No me habría extrañado que hubiera sido cura en alguna otra vida anterior.

Tras aquellas palabras tan serias me senté a fumar mi pipa sin imaginarme nada malo, pero Pierre *le Bon,* con una sonrisa benévola, hizo traer a un pobre diablo encorvado de entre los bucaneros libres. Tenía la piel correosa y dura como una piedra, era uno de esos con los que no se bromea, por lo menos sobre la vida o la muerte o sobre las oraciones de la mesa. En su jeta arrugada se quería hacer paso, sin conseguirlo, una sonrisa que demostrase cierta amabilidad.

– Éste -dijo Pierre *le Bon*- es Tom, llamado el Certero. Es uno de nuestros mejores tiradores. Pregunta a los demás. Se empiezan a cansar de hacer diana en las naranjas y cosas así porque Tom las sabe arrancar de la rama sin tocar la fruta.

Tom se pavoneaba de su fama.

– Hace un mes que los españoles cogieron al compañero de Tom cuando perseguíamos un rebaño de jabalíes en su territorio. De golpe nos vimos rodeados por un grupo de orgullosos españoles. Cazan a caballo con largas lanzas, de manera que pocas veces tenemos motivos para tenerles miedo con nuestras pistolas. El caso es que nos habíamos

dispersado, pero aquellos miserables consiguieron derribar a Yann antes de que llegáramos. Tom se pudo tomar su revancha. Mató a ocho españoles antes de que se hiciera de noche, a pesar de sus caballos y de sus perros.

– Podría haber matado a más -dijo Tom rezumando odio-. Yann valía más que una veintena de aquellos tiranos. Era el mejor compañero con el que he estado emparejado.

– ¿Emparejado? -pregunté.

– Sí -dijo Pierre *le Bon*- tenemos esa costumbre.

– ¿Qué costumbre? -pregunté.

– Emparejarnos de dos en dos, ser inseparables y compartirlo todo con el otro.

– ¿Todo?

– Sí, todo -contestó Pierre *le Bon*-. Lo llamamos *matelotaje,* y así hemos vivido desde que existimos. Es como casarse, sólo eso.

– ¿Sólo eso? -pregunté-. ¿Sois todos bujarrones?

Eso les hizo troncharse de risa.

– No, Dios nos libre -dijo Pierre *le Bon*-. ¿De qué nos iba a servir? No. Mira, John: compartimos hasta las mujeres, porque así nos ahorramos desavenencias y discusiones. Digamos que Tom y tú os encontráis con una mujer hermosa, en tierra o en la mar. Lo que hacemos es jugarnos a cara o cruz quién de los dos se casa con ella, pero después os acostáis los dos con la mujer por turnos, porque se comparte todo, ¿no?

– ¡Ah! -dije sin ton ni son-. Entonces, ¿por qué uno de nosotros se tiene que casar con ella, si da lo mismo?

– Para que no haya un tercero que la reclame.

¿Qué le parece, señor Defoe? Usted estudia a las personas, y estudia las variaciones en todas sus especialidades, pero ¿había oído hablar alguna vez de un método tan ingenioso? De todos modos, así era: a mí me iban a emparejar en *matelotaje,* hiciera frío o calor, con aquel Tom de piel curtida, llamado el Certero, cuyo único mérito era que sabía acertar a un rabo de naranja desde diez metros de distancia.

En ese momento supe que mi vida con aquellos bucaneros había llegado a su fin antes de que empezara.

Aquél fue el día de las sorpresas. Tom me cogió con su mano resudada y me condujo hasta su cabaña. Allí íbamos a vivir juntos hasta que la muerte nos separase, dijo Tom el Certero y después heredaríamos uno del otro la pistola, los esclavos, la cabaña, lo único que nos pertenecía, por el bien de todos.

– Pero con la cabaña casi no se puede contar -explicó-. Con un negro se puede levantar otra en un par de días. En despejar el suelo se puede tardar unas semanas.

¿Y a mí qué me importaba?, pensé mientras oía sin atención sus palabras amorosas, tan llenas de consideración que a mí se me tendría que haber hecho un nudo en la garganta según todas las normas.

Tom me llevó al campamento de los esclavos, que estaba un poco apartado, para enseñarme sus tres propiedades más preciadas: la primera era una mujer, que según Tom era tan caliente como buena cocinera; la segunda era un hombre que, según Tom, era hábil y fuerte. Una vez había cargado él solo trescientos kilos de carne en un día.

– Sin embargo, la tercera -continuó Tom señalando una figura encogida en una de las esquinas de aquella gran cabaña- no vale gran cosa. Sólo entiende el lenguaje del látigo, y ni siquiera mucho, pero lo mismo pasa con muchos trabajadores blancos contratados que vienen aquí. Algún idiota del otro lado del Atlántico les prometió el oro y el moro, cuando en realidad lo que habían firmado era matarse a trabajar por el sustento hasta quedar libres después de tres años. Por lo visto, algunos consideran que hacemos una obra de caridad al admitirlos, nada menos que nosotros, que no tenemos ni para dar limosa en la colecta de la iglesia.

Tom escupió con su habitual puntería entre las piernas de aquel pobre hombre que ni siquiera levantó la mirada.

– ¡Que no! -dijo Tom-. Es la última vez que invierto dinero en contratar un trabajador blanco. Aunque no cuestan gran cosa, a la larga salen más caros. Los que están a las órdenes de los ingleses lo tienen mejor que nosotros, porque pueden alargar el contrato sin que nadie se preocupe; sí, he oído hablar de uno que consiguió alargar un contrato durante veintiocho años. Incluso le dio tiempo de morirse él antes de que se acabara el contrato. El gobernador francés es meticuloso como el Diablo, porque necesita gente que pueda hacer de todo, aunque con los trabajadores contratados a veces salgan las cosas así, así. ¡Mira tú mismo a éste! Lo tenemos desde hace un año y ¿a quién le ha sido de provecho? A mí no, desde luego.

Di un par de pasos hacia delante, de manera que mi sombra cayera en el suelo delante de aquel desgraciado. Quizá fue la sombra lo que le hizo mirar hacia arriba, pero imagínese cuál fue mi asombro y mi desagrado cuando aquel personaje cambió de aspecto en cuanto me vio. Los ojos le empezaron a dar vueltas en las cuencas y todo su escuálido cuerpo empezó a temblar.

– ¡John Silver! -gritó temblando y se abalanzó a mis pies, tras lo cual se me agarró a las piernas para enderezarse-: John Silver -graznó entre sollozos.

– Pero ¿cómo diablos puede ser posible? -me salió de lo más hondo.

Cogí al hombre de los enmarañados cabellos y le hice volver la

cara, empapada por todas las lágrimas que le habían salido de todos los agujeros posibles. Me quedé paralizado.

– ¡Deval! -exclamé al fin-. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

Capítulo 25

Ayer por la tarde me pareció ver una vela en el horizonte, pero cuando saqué los prismáticos había desaparecido. ¿Había sido mi imaginación? Puede ser. De todas formas, me llenó de añoranza de estar de nuevo en el mar. He estado aquí inclinado sobre mi vida y sobre el montón de gentuza que aparece y desaparece de mi memoria con la misma velocidad con que el viento viene y se va. Durante varios días no he traspasado mi puerta.

Sin embargo, el espejismo de la vela me puso de nuevo en pie y salí al patio. Allí fuera todo estaba en silencio. Llamé, pero no se veía ni un alma, y nadie contestó a mi llamada.

Bueno, pensé, no era asunto mío saber dónde estaban. Si hubieran tenido sentido común, hace tiempo que se habrían largado para siempre, igual que aquellos dos que me habían pedido mi permiso y bendición.

Con mi pata de palo bajé tambaleándome por el escarpado camino. ¿Dónde estaba mi agilidad de antes? Casi me tenía que apoyar y sujetar en cada hendidura de la roca. Una vez abajo, en terreno llano, tuve que pararme a recobrar el aliento. ¿De qué servía un casco agrietado como el mío? Más para mal que para bien. Y es que ¿podría siquiera volver a subir por la roca otra vez?

Me fui acercando a la playa muy despacio. No había en la Tierra una arena más bonita que aquélla, blanca como el yeso y fina como el polvo. Me quité toda la ropa y el zapato, y me senté pesadamente con el pie en el mar. El agua estaba caliente y apenas refrescaba. Tenía un color pálido, entre verde y azulado, un verde resplandeciente de piedra preciosa y azul marino. Era extraño, pero de todas formas cierto: todos los océanos tienen su color característico, distintos y extraños matices de azul, de verde y gris que se mezclaban con las tempestades, los vientos, las tormentas de arena, los ángulos del sol, las nubes y la temperatura, en la especial coloración de cada mar.

También había vivido para eso, para ver y descubrir. Estas cosas se olvidan fácilmente cuando se lleva una vida como la mía. ¿Quién podría creer que en medio de todo aquel desorden hubiera un lugar para la belleza? Sin embargo, he tenido piedras preciosas y he disfrutado de muchísimas horas apoyado en la amura sólo para ver el mar. A pesar de todo, he visto ponerse el sol en un mar en llamas, lo

he visto salir como cobre candente. He visto a la luna vestir de velos la noche y brillar con la fosforescencia del mar, y espejarse en la lentitud de la resaca. He visto el océano tan liso y el aire tan limpio, que las estrellas del cielo se multiplicaban hasta que al final era imposible saber qué estaba arriba y qué abajo, tanto que parecía que se navegaba en el interior de un globo brillante. He visto cielos y nubes que a un artista le costaría toda una vida intentar igualar. Sí, en mi vida también hubo esas cosas y también valía la pena vivir por ellas, aunque no quedasen grabadas en la memoria como todo lo demás.

Ahora ya había pasado todo. Me quedaba aquel trozo de océano Indico que se llamaba bahía de Ranter y que ya ni siquiera veía del todo bien. Allá lejos, todo parecía una niebla turbia. ¡Yo, que siempre había visto el horizonte nítido como la hoja de un cuchillo! No, Long John Silver ya no servía para nada, se mirara por donde se mirase. Dentro de poco sólo quedaría su historia. Qué gusto perder de vista aquel viejo barco varado.

Estaba yo reflexionando en aquellas cosas sentado en la playa cuando se me ocurrió que estaba pensando como si John Silver fuera otro que no tenía mucho que ver conmigo y que parecía agarrarse a la vida con todas sus fuerzas y a mi costa. ¡Hasta ese punto había llegado! Aquella vida de la que yo escribía ya no me pertenecía.

No puedo resistirme a pensar en usted, señor Defoe: es verdad que lo he desatendido de un tiempo a esta parte. Usted dio vida a Crusoe a costa de Selkirk, inmortalizó a uno y al otro lo dejó en el olvido, como si nunca hubiera existido.

Y yo, ¿no estoy haciendo lo propio con todos aquellos pobres desgraciados como Deval, que parece que hayan abarrotado mi vida sin que yo moviera una mano? ¿No les estoy dando una vida que no se merecen? Recuerdo, señor Defoe, que usted escribió sobre ladrones de diversa índole para que sirvieran de ejemplo, y que una vez tras otra se sintió con ganas de subrayar con el mayor énfasis lo impíos, pecadores y desgraciados que habían sido hasta que cambiaron de parecer. Ahora bien, ¿está seguro de que nadie quiso imitarlos? La puta Moll Flanders, el pirata Singleton y el mayor Jack al final fueron felices a pesar de todo.

Claro está que, de otra parte, nadie está tan loco como para desear una vida como la de Scudamore, Deval, Wilkinson o la hija del gobernador Warrender. Quizá yo les dé vida, pero no hago mal a nadie, ¿no cree? Además, ¿qué importancia tiene eso? Sólo escribo para usted, señor Defoe, porque no tengo a nadie con quien hablar y usted casi no necesita tomar partido. Donde usted está, es de suponer que está a buen recaudo.

Fue duro volver a subir a mi fortificada vivienda. Duro para mi entendimiento, duro arrastrar mi desvencijado casco, duro dejar la orilla y subir ¿adonde? Al eco de las palabras en mi cabeza, al silencio y, por lo demás, al vacío. Todavía seguían sin responder a mis llamadas, y con espanto me di cuenta de que faltaba vida y movimiento a mi alrededor, el ruido de la gente, fuera la que fuese, que hacían sus negocios sin esperanza. Por primera vez en mucho tiempo saqué una botella y bebí hasta caer redondo. Quizá me ayudó, porque cuando me desperté había unas cuantas caras negras que me miraban con preocupación; la peor, la de Jack. Así pues, aún no me habían abandonado todos. Por lo visto todavía quedaba tiempo de poner el punto, antes de que fuera demasiado tarde.

– ¿Qué miráis? -pregunté-. ¿No habéis visto nunca a un marinero enfermo de pura borrachera? ¡Venga ya otra botella de ron!

Capítulo 26

Dicho de otro modo, allí estaba yo con Deval colgado al cuello por más que, bendito fuera, a aquellas alturas yo ya lo tuviera olvidado. Si yo hubiera creído en Dios tanto esta vez como la otra, cuando me destrozó la pierna, habría pensado que Deval era el castigo por todos mis pecados. Naturalmente, no era así. Tal vez fuera el castigo a la tontería de dejar que se colgara de mi cuello pensando que un parásito como aquél no podía hacer daño a nadie. Me traicionó igual que yo le había traicionado a él. No se puede jugar con esos personajes infelices, desgraciados, amargados y miserables, que tanto se desprecian a sí mismos. Para poder mantenerse en pie siempre tienen que odiar a alguien, y necesitan a alguien a quien calumniar. Y estoy convencido de que, si te mantienes cerca de ellos, tarde o temprano, cuando menos te lo esperas, te atacan por la espalda.

– ¡Sácame de aquí, John! -me rogó-. Ya no puedo más.

– ¿Qué ha pasado con England? -pregunté.

– No lo sé -contestó-. Nos vendieron por separado.

– ¿Que os vendieron?

Deval parecía avergonzado.

– Un estafador nos echó el guante, nos emborrachó hasta que nos caímos redondos y nos engatusó para que firmáramos un contrato por tres años en las colonias. Te traicionamos Edward y yo.

– Es más o menos lo que me ha pasado a mí.

– ¿Te han traicionado? ¿A ti?

– No quería decir eso. Otro estafador me engañó para que subiera al primer barco.

– ¡Sácame de aquí, John!

– Veré lo que puedo hacer -le prometí para que se callara.

Tom el Certero puso los ojos como platos, como era de esperar, pero le hice un guiño y le expliqué que Deval era un viejo conocido que se me había colgado al cuello por casualidad y no por culpa de mis pecados, como se podría creer.

– No, claro -dijo Tom cuando salimos de allí-, porque, ¿quién iba a querer como amigo a una rata zalamera como Deval? No tiene orgullo. Se puede humillar por cualquier cosa menos para trabajar. Quizá tú logres convencerlo.

– Es posible.

Al día siguiente le pedí a Tom que me enseñara su pequeño bergantín, pero lo cierto era que aquellos bucaneros no podían presumir de un gran barco. Tenía un casco bien compacto, afirmaba Tom, pero se convertía en un cedazo en cuanto empezaba el trabajo

en el mar. Las velas estaban medio podridas y probablemente no aguantarían ni una brisa ligera. La arboladura y las vergas estaban resquebrajadas por el sol, y los aparejos hacía años que no veían la brea. Este terror de los mares se llamaba *Tonton Louis*.

– Hace tiempo que no lo sacamos -dijo Tom.

– Creo que también necesita un repaso -subrayé.

– Puede ser -convino Tom. Era evidente que no sería de gran ayuda en el mar, por muchos rabos de naranjas que pudiera desprender a tiros.

– Préstame a Deval unos días -dije-. Así como está tampoco es de ningún provecho. Verás cómo arreglo este cascarón en poco tiempo.

– Te necesitamos para la caza, Silver.

– Eres tan hábil que ya sabes que te va a ir igual de bien sin mí. ¡Ven, vamos a hablar con Pierre!

Pierre estaba dispuesto a escuchar. Entendía de sobra la ventaja de tener a mano un barco preparado. No sólo porque podrían apresar a un español o dos con buena carga a bordo, tal como explicó a los demás, a los que había reunido para que dieran su opinión, sino también para tener la posibilidad de huir si de pronto a los españoles se les ocurría enviar a los monteros para arrojarnos al mar. Las palabras de Pierre surtieron efecto, y se decidió unánimemente que yo, de nombre John, tendría permiso por el bien de todos, como cabe imaginar, para reparar al *Tonton Louis* a fin de disponerlo para surcar los anchos mares.

Fui a buscar a Deval, que se volvió loco de contento cuando le comuniqué la noticia de que iba a trabajar para mí. Sin embargo, vaciló cuando ya en la faena empecé a explicarle mi plan: subiríamos a bordo a unos cuantos negros que fueran de fiar y nos haríamos a la mar en busca de fortuna. Dijo que no entendía de qué nos serviría.

– No -dije-. Esto de usar la cabeza no ha sido nunca uno de tus puntos fuertes. A lo mejor prefieres pudrirte aquí, donde te tratan casi como al más indigno de los esclavos, porque de ti van a sacarlo todo durante tres años en lugar de repartirlo a lo largo de toda una vida. Al fin y al cabo, con un esclavo salen ganando cuanto más tiempo les dure.

Deval meneó la cabeza.

– Si te escapas se te acabaron las islas francesas -continué-. Y yo no puedo poner los pies en las danesas. Y ninguno de los dos podemos correr el riesgo de que nos reconozcan en las inglesas, por no hablar de las españolas. El mar, Deval, es el único sitio que queda para tipos como nosotros. Con un buen montón de monedas podríamos comprar tanto la libertad como la decencia, pero estamos sin blanca.

– ¿Qué hiciste con el *Dana* y con la caja que teníamos entre todos?

– Vendí el *Dana* y fui en vuestra busca para liberaros de cualquier contrato, pero me quitaron el dinero y me robaron todo lo que teníamos.

Deval abrió los ojos como platos.

– ¿Navegaste hasta las Antillas para ayudarnos?

– Sí -dije-. Lo juro por lo que más quieras.

Naturalmente, Deval creyó mis palabras porque apenas podía permitirse el lujo de ser escrupuloso.

– John -resolvió-, iré contigo al fin del mundo si es necesario.

– Sinceramente, espero que no -contesté.

A partir de ese momento, Deval se convirtió en el instrumento más obediente y más complaciente que uno puede llegar a imaginar. Tom estaba impresionado al ver cómo trabajaba Deval, que no se apartaba de mi lado más que cuando yo lo mandaba al infierno.

Con el empeño y el fervor de Deval se iba haciendo el trabajo. Carenamos el fondo y lo rascamos. Calafateamos y cambiamos algunas tablas de cubierta. Lavamos las cubas de agua y las arreglamos. Llenamos la bodega de provisiones porque, como le dije a Pierre, no se podía tener un barco sin agua ni provisiones, si pretendíamos que hiciera las veces de Arca de Noé para un grupo de bucaneros sin patria. Al final, toda la cofradía se apuntó a los preparativos con todas sus energías. Los que eran suficientemente viejos para haber navegado con los filibusteros, en cuanto tenían la oportunidad empezaban a hablar de hacerse de nuevo a la mar. Caballeros de fortuna, así se habían hecho llamar en los viejos tiempos con toda la razón, y les brillaban los ojos cuando empezaban a contar sus anécdotas de las grandes expediciones a Panamá y a Cartagena. Pierre tenía mucho interés en subrayar las ventajas de la vida pacífica que llevaban, a pesar de todo. Si no hubiera sido por su maldita costumbre del *matelotaje* y por el temor de Dios, quizás hubiera estado de acuerdo con él, o por lo menos tentado de que subiera a bordo una tripulación entera de sus tiradores.

En lugar de eso me tuve que conformar con Deval y un negro cuando levé anclas una noche sin luna. Me hubiera gustado ver la cara que pondrían los bucaneros cuando descubrieran al día siguiente que el barco había desaparecido y con él todas las esperanzas que habían alimentado en los últimos tiempos. Pero no se puede tener todo en esta vida, ni siquiera yo, y menos aún los bucaneros que creen en Dios. Y estoy seguro que Pierre, y con él otros cuantos, me enviaron un pensamiento de agradecimiento por haber desaparecido llevándome aquellas ideas extravagantes sobre otro tipo de vida. Y si alguien me lo pregunta, le diré que probablemente aquellos bucaneros fueron más o menos felices durante el resto de sus días, hasta que la muerte separase a unos de los otros.

No habíamos navegado aún muchas horas, primero con rumbo sur y luego este, para que el amanecer no nos sorprendiera bien visibles desde tierra, cuando Deval dejó oír su intrépida voz.

– ¿Y qué hacemos ahora? -preguntó.

– Apresar el primer buen barco que se cruce en nuestro camino -contesté.

– Pero si no somos piratas -replicó.

– Claro que sí, Deval, a partir de ahora eso es lo que somos. Si no quieres estar metido en esto, de buena gana te dejo en la primera lengua de tierra que encontremos. Nadie podrá decir que John Silver es de los que obliga a otros a bailar a su son.

– Yo no te abandono -dijo Deval-. Ya lo sabes. Pero tenemos que…

– «En la vida nadie está obligado a nada» -le interrumpí-, ése es mi lema. Pero de todas formas ya he tomado una decisión. He vivido como he podido, sin hacer daño a nadie, creo. ¿Y de qué ha servido? Estoy fuera de la ley aquí y allá, han puesto precio a mi cabeza por lo menos en dos sitios, me han apaleado y me han encadenado con grilletes sin haber hecho nada. De todas formas, he comprendido que para un tipo como yo siempre es más rentable escoger el camino más corto. Siempre hay gente que está cargada de dinero, de oro, gente que tiene derecho a todo, y que en cada batalla elige quedarse a barlovento. Pues no, lo único que vale son las guineas, los ochavos, las piastras y los napoleones, si se quiere vivir decentemente mientras duren. En este mundo, Deval, eso es lo único que cuenta. El dinero llama al dinero. Es así de fácil. ¿Quién se preocupa de un pobretón como tú, por ejemplo? Tú no cuentas para nadie.

– ¿Ni siquiera para ti?

– No.

– John -dijo Deval lentamente-, no siempre es fácil ser amigo tuyo.

– No -contesté divertido-. ¿Por qué había de serlo?

Tiempo después divisamos un pequeño bergantín como el nuestro. Estábamos a barlovento, e inmediatamente aflojé la vela.

– ¿Qué piensas hacer? -preguntó Deval nervioso.

– Abordar, naturalmente.

– Estás loco -exclamó Deval.

Naturalmente, yo no era tan tonto como para saltar a bordo y disparar a lo bestia a mi alrededor. No. Mi método era la agudeza, que era lo único en lo que se podía confiar a la larga.

Como de costumbre, nos pusimos al habla y contesté que veníamos de Charleston, Virginia, y que nos dirigíamos a Saint Thomas.

– Entonces habéis equivocado por completo el rumbo -fue la

respuesta del bergantín.

– Exacto -grité por toda respuesta-. ¿Puedo subir a bordo para comparar posiciones?

No sospecharon nada. A bordo me dio la bienvenida un afable capitán que llevaba una gorra roja, me dio una palmada en la espalda y me invitó a su camarote, donde descorchó una botella. El capitán incluso me alertó acerca de los piratas que empezaban a aparecer en las Antillas después de la paz de Utrecht, que había dejado sin empleo a miles de marinos. Le agradecí la advertencia a la vez que sacaba las pistolas y le apuntaba a la cabeza.

– Tú mismo deberías irte con más cuidado -le dije, pidiéndole que llamara al lugarteniente.

Cuando vino éste, ordené al capitán que lo atara a una silla. Y el mismo camino siguieron uno tras otro los tripulantes, hasta que ya no hubo más sillas y en la cubierta sólo quedó el timonel para mantener el rumbo. Entonces pronuncié un discursito ante aquellos andrajosos y les hice ver las ventajas de ponerse a mi servicio a bordo del *Tonton Louis*. En mi barco había suficientes provisiones, barbacoa y bucan de la mejor calidad, aparte de ron en abundancia; cuantos más fuéramos, menos tendríamos que trabajar. Apresarlos no tenía ningún mérito, como ellos mismos habían visto, con mi agudeza y sin arriesgar ni la vida propia ni la de otros. Si se venían a navegar conmigo, les prometí, estarían mejor que en el Paraíso. Era mejor, añadí, que cogieran la ocasión al vuelo: una invitación así no se les iba a presentar dos veces.

Y ocurrió lo que era habitual en aquellos tiempos. De los cinco, cuatro se unieron a mí y me ayudaron a cargar los objetos de valor. Naturalmente, se quedaron con la boca abierta cuando descubrieron que yo estaba prácticamente solo a bordo, y su respeto por mí subió unos enteros. Después, cuando el trabajo estuvo hecho, les bastaron unas botellas de ron para creer que realmente habían llegado a los cielos. ¿No era precisamente eso lo que deseaban del Paraíso?

A mí me llamaban capitán y me hacían reverencias sin haber entendido nada. El Paraíso, bramé, era no tener que hacer reverencias y no tener que pedir permiso, no tener que ponerse en fila y no tener que prepararse para que pasaran revista a cada momento. Era elegir al capitán por sí mismos y destituirlo cuando les pareciera conveniente; y el resto, por el estilo.

– Por eso -les dije a todos- propongo que Deval sea el capitán. Es un hombre capaz, si no me equivoco, y ha navegado como contrabandista entre Irlanda y Francia.

La propuesta fue aceptada con júbilo. Naturalmente, no se les ocurrió que en el Paraíso podían pensar por sí mismos, al menos no antes de que fuera demasiado tarde. Al principio, Deval se quedó con

la boca abierta, pero después apareció una gran sonrisa en sus labios; estaba satisfecho y también con ganas de revancha.

– Rumbo oeste noroeste -dijo con autoridad al negro que estaba en el timón.

– ¿Qué has pensado? -le pregunté a Deval.

– Os lo haré saber a todos cuando llegue el momento -contestó secamente.

No me sorprendió. Una de dos: o reaccionaba así, o se habría achicado, habría llorado y se habría lamentado ante la idea de ser el capitán. Deval pertenecía a ese tipo de gente -son legión- capaz de dar una patada a la silla que les ha ayudado a subir. Pero también era de los que se olvidan de mirar si han metido la cabeza en la soga que cuelga del techo.

Apresamos aún un par de bergantines más, lo que vino a reforzar la confianza y la vanidad de la tripulación. Si yo lo hubiera propuesto, creo que habrían rebautizado al *Tonton Louis* con el nombre de *El séptimo cielo*. Teníamos bastante ron a bordo, ocho hombres fuertes con los del último botín, y la mayoría se pasaban los días borrachos como cubas. Menudo espectáculo. Además, a bordo teníamos ahora un músico que metía un ruido de mil demonios, hablando en plata.

Siempre me ha admirado que los piratas valoraran tanto a aquellos músicos. Los engatusaban para subir a bordo con toda clase de promesas: bonificaciones, domingos libres y no sé cuántas cosas más. No tenían que hacer trabajos sucios, ni cambiar las velas, ni siquiera lanzarse al abordaje en las batallas; sólo tenían que tocar un tararí en cuanto alguien se lo pidiera.

Recuerdo una vez con Flint, casi al final, cuando su crueldad ya no tenía límite. Habíamos apresado un *snow* holandés con unos flamencos desvaídos pero orgullosos a bordo. Fueron tan estúpidos como para oponer resistencia, así que izamos la bandera roja y los abordamos. Tardaron pocos minutos en rendirse, pero Flint estaba furioso.

– Mierda de papistas -le gritó al capitán, a la vez que le separaba la cabeza del cuerpo con cierta dificultad, debido a la excitación-. ¿Por qué no os defendisteis al principio? ¡Arriesgar la vida de los inocentes marineros para nada! ¡Canalla!

Y entonces se lanzó.

– ¿Y vosotros? -rugió atravesando con la mirada a la tripulación que estaba muerta de miedo, amontonada alrededor del mástil-. Vosotros se lo habéis permitido. Un motín es lo que vale. ¿Por qué no os amotinasteis? ¿No os da vergüenza? ¡Maldita sea! ¿Dónde tenéis el sentido común?

Tocó la sangrienta cabeza con un pie y la mandó de una patada hasta la concurrencia.

– ¿Por qué no decís nada?

– ¡Que suden! -gritó Black Dog con una sonrisa maliciosa-. ¡Déjalos que suden!

– Haced lo que queráis -dijo Flint con generosidad-. Haced que entiendan el precio que hay que pagar por arriesgar a lo tonto la vida de los marineros.

Como ya se ha dicho, Flint sentía debilidad por los marineros muertos. Sin embargo, no se preocupaba mucho por los vivos: que lo explique quien pueda. Yo sabía lo que iba a ocurrir. Volvería a su camarote, se cepillaría una botella entera de ron y lloraría por el capitán que acababa de matar.

Por su parte, Black Dog se encandiló, dicho sea con perdón, porque lo de que sudaran no era otra cosa que eso. Con la ayuda de unos cuantos hicieron un círculo de velas y de antorchas en los entrepuentes. Al hombre que tenía que sudar se le ponía en el centro del círculo. A su alrededor estaban los nuestros armados con cuchillos, agujas de coser, velas, tenedores, e incluso vi en la mano de uno un compás de la mesa de navegación.

– Música -gritó Black Dog con la aprobación ruidosa de los demás-. Que suene la música.

Alguien fue en busca de los dos artistas, que tocaron una animada giga mientras los hombres, con sus instrumentos en ristre, pinchaban donde alcanzaban. La emoción hacía reír y chillar a los piratas, el sudor les iba impregnando los rostros y, a su vez, los músicos aumentaron el ritmo hasta que el aire se llenó de chispas levantadas por los hachazos y los golpes que venían de un lado y de otro al son de los gritos del que sudaba sin cesar. Era un griterío desmesurado, que con la música aún impresionaba más.

Y siempre era así. Por lo que recuerdo, cada vez que nos lanzábamos al abordaje en medio del humo de la pólvora, el fuego de los mosquetes, el rugido de los cañones, el retumbar de la madera rota, los gritos de los moribundos y de los que los mataban, en medio de todo aquello, estaban nuestros músicos soplando a pleno pulmón hasta que nos volvían locos. Claro que, en realidad, ¿no era precisamente eso lo que pretendían hacer, que nos comportáramos como locos y olvidáramos lo que éramos? La música era como el ron, y la adorábamos de la misma forma, para tener el valor de vivir. Y lo increíble era que los músicos siempre estaban libres de culpa y nadie, ni de un bando ni de otro, les tocaba ni un pelo. Fueron los únicos de la tripulación de Roberts que quedaron libres cuando los otros cuarenta y seis fueron colgados o condenados a siete años de trabajos forzados, como si los músicos no hubieran participado en los crímenes. ¡Para mí lo hubiera querido!

Nuestro propio músico a bordo del *Tonton Louis* era probablemente un regalo de los cielos. De todas maneras, sonaba a diablos cuando se ponía a tocar a cualquier hora, siempre que alguien se lo pidiera. Yo no tenía ningún inconveniente. La gente estaba contenta, se columpiaba en su felicidad y me dejaban en paz. Eso era lo que yo pretendía cuando me empeñaba en hacer algo en esta vida.

Tras un mes de vivir una borrachera de felicidad sin fin, divisamos un barco en el calor vibrante del mediodía, a sotavento de unas islas. Una auténtica carraca, casi parada del todo en aquellas aguas que parecían una balsa de aceite. No había ninguna duda de que era un mercante lento.

– Preparad el barco y arriba los remos -ordenó Deval para satisfacción de todos.

Cuando nos acercábamos, es cierto que el valor empezó a traicionar a más de uno. Era un gran barco, que podía llevar a bordo el doble de hombres que el nuestro. Navegaba bajo bandera inglesa, y nosotros izamos otra igual que habíamos conseguido con nuestro primer botín. Sólo cuando nos situamos a tiro la cambiamos por la negra. A bordo reinaba un silencio fantasmal, si bien ya distinguíamos la figura de un oficial. Entre nosotros también se hizo el silencio, tanto que casi pude oír a Deval cuando empezó a morderse las uñas. Los otros tampoco las tenían todas consigo. La buena vida había llegado a su fin, y ahora era cosa de cada uno demostrar si servía para algo.

– ¿Qué esperáis? -rugí.

– Ese barco tiene una enfermedad -dijo Greenwill, un viejo marinero receloso, lleno de supersticiones y de visiones.

– ¡Y unos cojones! -dije-. Si así fuera ¿por qué hay un hombre en el timón?

– Seguro que hay un montón de soldados a bordo -anunció O'Brian-. Están esperando que nos pongamos a tiro.

– ¡Si ya estamos, idiota! -exclamé.

Deval no replicó. Estaba paralizado en el castillo de popa, con la mirada fija al frente.

– Timonel -le dije a mi fiel negro, que parecía ser el único, aparte de mí, que tenía la cabeza sobre los hombros-. Mantén el rumbo hacia su popa.

– ¡A sus órdenes, señor! -fue la respuesta inmediata.

Entonces despertó Deval y empezó a gritar a voz en cuello que el capitán era él y no yo, pero los hombres se volvieron hacia mí.

– De todas formas, vamos a verlo más de cerca -sugerí-. A lo mejor es un barco que ha sufrido un motín y lo han abandonado o saqueado. Me gustaría un barco más grande que el *Tonton Louis*.

– Está enfermo -repitió tercamente Greenwill.

– ¡Ya lo hemos oído, asno maldito!

– ¿No notáis la peste? -preguntó.

Tan pronto hubo pronunciado aquellas palabras comprendí que se trataba de un barco dedicado a la trata de esclavos. Como nos habíamos acercado por barlovento, no habíamos notado antes el olor. Enseguida oímos lamentos, una gran queja que parecía subir y bajar al ritmo de la marea.

– ¿Y dónde diablos está la tripulación? -exclamó Johnston, que estaba preparado con un gancho de abordaje en la proa-. No veo ni un alma, aparte del timonel.

– Puede tratarse de un motín -insistí-. Los negros han tirado por la borda a los demás y se han quedado con el timonel para guiar el barco a tierra. En ese caso nos podemos hacer ricos de un solo golpe. Les ayudamos a llegar a tierra, al puerto más cercano y los vendemos de inmediato.

– Nos matarán si subimos a bordo -dijo Deval.

– A ti, a lo mejor -repliqué-. Con ese aspecto que tienes… En fin, no te preocupes. Yo subiré a bordo. Sé cómo tratar a los esclavos. Yo mismo he sido uno de ellos.

Los hombres pusieron los ojos como platos.

– Claro que sí -añadí-. Vendido en una rebatiña y todo. No arriesgo nada.

Yo ya sabía que algo raro pasaba. Si se hubieran amotinado, la cubierta sería un hormiguero de negros.

A juzgar por sus lamentos, todavía estaban encadenados bajo cubierta. Dicho de otro modo, era como lo que suponía: un botín abandonado.

Abordamos sin que nadie nos respondiera. Johnston lanzó su gancho de abordaje y yo trepé tras él.

En mi vida he tenido que olvidar muchas cosas, pero aún me pregunto si lo que vi a bordo del *Rôdeur* no se lleva el primer premio. En cubierta, esparcidos por todas partes, había marineros sentados o tumbados en un estado lamentable. De las escotillas abiertas subía una peste nauseabunda a muerte y podredumbre. No se necesitaba saber mucho para entender que no quedaba mucha vida en la zona de carga. ¿Qué era aquello? Parecía que nadie se dio cuenta de mi presencia, aunque sus extrañas y vacías miradas se deslizaban hasta el lugar donde yo me encontraba. Parecían gusanos de la muerte y enterradores, todos menos el timonel. Avancé unos pasos y entonces me vio. Cayó de rodillas y juntó las manos.

– ¡Gracias a Dios! ¡Dios sea loado! -dijo con una voz que tenía el timbre de la locura.

– ¿Por qué? -pregunté con toda naturalidad.

– Ha respondido a mis plegarias y os ha enviado, señor, para

librarnos de la catástrofe.

– ¿Estáis seguro?

– ¿Qué quiere decir, señor? -preguntó.

– No quiero decir nada -dije-. Pero me gustaría saber qué le pasa a este barco.

– ¡Ayúdenos, por el amor de Dios!

– ¿No puede olvidarse de Dios de una maldita vez y explicarme qué ha pasado?

– Señor, nunca un barco ha sufrido tal desgracia. Es el castigo de Dios por nuestros pecados.

No dije lo que pensaba, pero es fácil imaginárselo.

– La enfermedad subió a bordo en África -continuó el timonel-. Se extendió como un reguero de pólvora, señor. Tiramos a treinta y nueve esclavos por la borda para detener la infección, pero no sirvió de nada. De nada, señor. Ahora están todos contagiados, negros y blancos por igual, todos, señor, menos yo. La mitad de los negros han muerto, y yo soy el único que puede gobernar el timón.

– ¿El único? ¿Y qué les pasa a aquellos marineros? -pregunté.

En aquel momento, cuando oyeron mi voz, algunos se levantaron con esfuerzo y empezaron a deambular por cubierta como sonámbulos. Tropezaban, chocaban entre sí, uno se cayó y se abrió la frente y todos rogaban a Dios y a mí pidiendo misericordia. Reconozco que el miedo empezó a pellizcarme las entrañas.

– Están ciegos, señor. Todos y cada uno de los hombres de a bordo han perdido la vista. Todos menos yo, gracias a Dios.

Fui reculando, apartándome de todas aquellas manos que se alargaban hacia mí.

– ¡Ayúdenos, por el amor de Dios! -pedían los marineros ciegos.

Cada vez eran más las voces, y sus lamentos se propagaban como su enfermedad. La alarma de las quejas y el dolor de la bodega de carga hacía que todo el barco fuera como un solo grito penetrante de muerte. Seguí retrocediendo, hacia nuestro gancho de abordaje, mientras me cuidaba mucho de no acercarme a las manos que tanteaban y que me habrían agarrado y arrastrado hasta las profundidades si hubieran podido. El timonel me siguió con una mirada cargada de reproche.

– ¡No nos puede dejar aquí, señor! -gritó para que se le oyera por encima de las maldiciones y los lamentos-. ¡Somos blancos como usted! No piense en los negros, señor. De todas formas, no se les puede vender. No nos puede dejar. Somos tan cristianos como usted.

– ¿Y qué diablos sabe usted? -le repliqué a gritos-. No soy tan idiota como para quedarme a bordo de un barco que está maldito. Cambie el rumbo cien grados y llegarán a tierra dentro de un par de días si su Dios les asiste como ha hecho hasta ahora.

Entonces me así a la cuerda, salté por la amura y empecé a deslizarme hacia abajo. Seguramente había bajado una brazada cuando descubrí que no había ningún *Tonton Louis* que me esperase bajo mis pies. Aquella carroña de cobardes se habían desenganchado y ya estaban a un cable de distancia. Los maldije con todos los juramentos que se me ocurrieron hasta que los vi dar la vuelta y venir a recogerme donde estaba colgado. Creo que a todos se les había puesto la cara color ceniza. Los puse a caldo, pero pronto comprendí que había sido Deval quien había ordenado la retirada.

– Nunca pensé que volvieras vivo -dijo escurriéndose como una anguila para evitar mi mirada.

No le contesté, y tardé mucho en volverle a hablar. En honor a la verdad, tampoco tenía gran cosa que decirle. Era y continuó siendo un desgraciado que no tenía lo que hay que tener, ni más ni menos.

El encuentro con los ciegos del *Rôdeur* dejó huella a bordo del *Tonton Louis* y también en mí. Me despertaba sudando a medianoche, con el eco de los gritos de los esclavos en mis oídos. Los oía, y aunque no los veía delante de mí no aminoraba mi miedo. ¿Qué queda en esta vida si uno ya no tiene ojos? Rumores y habladurías. Yo, al menos, debería saberlo. Y ¿de qué manera puede uno vigilar a su alrededor? ¿Cómo puede uno guardarse la espalda?

El buen ambiente que había en nuestro barco se lo había llevado el viento. Los hombres se mostraban enfadados, irritables. Deval estaba insoportable. El ron se acabó diez días más tarde sin que nadie se pusiera de mejor humor con lo que bebían, y los días posteriores fueron una auténtica catástrofe. El encuentro con el *Rôdeur* había sido de mal agüero, decían los demás, y aún se ponían de peor humor. No había muchos marineros que creyeran en Dios, pero la mayoría eran supersticiosos. Se imaginaban cualquier cosa sin que nadie se encontrara mejor por ello. ¡Y pensar que uno los ha soportado y ha intentado hacerles toda clase de favores! Quizás hubiera tenido que destituir a Deval y que me eligieran a mí como capitán. Lo que pasa es que yo tenía mis principios, y no ser capitán era uno de ellos, ¡bendita fuera la memoria del capitán Barlow! Siempre estaba a favor de la tripulación, fuera la que fuese, y por algo era su portavoz. No porque fuera uno de ellos, sino para poder ser yo mismo.

Llevados por el viento, navegamos durante meses sin descanso entre las islas sin vislumbrar una sola vela. Apresamos sólo un miserable botín que no nos subió la moral, el francés *L'Esperance* de Dieppe. La carga que llevaba hubiese vuelto loco a cualquiera. Doce sacos de pimienta y seiscientas toneladas de algodón no estaban mal, aunque no podríamos utilizar ni lo uno ni lo otro. Y ¿qué íbamos a hacer con trescientos sesenta loros y cincuenta y cuatro monos,

nosotros que ya andábamos necesitados de comida y bebida? Me opuse, pero la tripulación se quedó con varios loros y con algunos monos para subir los ánimos. Y bien animados que estábamos, pero no por los monos, que acabaron en las cazuelas salados a la manera de los bucaneros, y tampoco por nosotros, que no conseguimos un momento de descanso hasta que los loros murieron miserablemente de hambre.

Al final se agotó todo, no sólo el ron y el buen humor, sino también nuestras deliciosas barbacoas, por no mencionar el agua. Por la mañana temprano los hombres se dedicaban a chupar los cordajes y los cabos para absorber el relente que había caído durante la noche. Matábamos a las ratas para poder meternos entre pecho y espalda un poco de carne fresca y sobrevivir. Sí, hubo incluso quien propuso hacer lo mismo con las cucarachas. Si los franceses podían comer caracoles, nosotros también.

Fue una eterna disputa el saber qué íbamos a hacer. Algunos habían empezado a perder los estribos de puro hastío y querían llegarse a la isla habitada más cercana para encontrar la felicidad en tierra. Otros propusieron un ataque inesperado contra el primer pueblo que encontráramos, para disponer de mujeres y ron. Algunos desvariaban y hablaban de navegar hasta Inglaterra. Decían disparates sobre las criadas que habían abandonado, los padres a los que no habían visto desde hacía décadas, el olor a bostas de caballo y a brezo, los días de invierno, lluviosos y fríos allá por los páramos, y los ríos de cerveza que corrían en las tabernas.

Les tuve que explicar una y otra vez que estaban fuera de la ley, que todos eran una buena presa por los botines con los que nos habíamos quedado, que no podíamos dar marcha atrás, les gustara o no. Sí, les tenía que arengar de la mañana a la noche, y al final conseguí ponerlos de mejor humor. Hicimos algunos saqueos en las playas, cazamos, recolectamos fruta y encontramos agua. Prescindir del ron no nos sentó mal. Al contrario, los hombres tendrían más ánimos cuando entrasen en combate.

Sin embargo, no sirvió de nada. Una mañana de madrugada nos encontramos a dos cables de distancia de un buque de dos palos, mirando fijamente las portezuelas abiertas de doce cañones.

– ¡Todos a cubierta! -gritó el timonel-. ¡Preparad el barco!

Fui el primero en subir, y no tardé mucho en comprender que no había forma de defendernos. En el mismo momento que cortaba de un tajo la cuerda de la bandera llegó la explosión desde su lado. Habían apuntado alto, y cuando se dispersó la humareda del disparo, descubrimos que nuestra arboladura estaba hecha añicos, mientras que el palo mayor colgaba apoyado sobre la amura de babor. Pero habíamos arriado velas, no ante un español, sino ante un caballero de

fortuna, porque en la proa se balanceaba la vieja Jolly Roger. A bordo de nuestro barco empezaron los gritos de alegría porque creían que ya nos acercábamos al final de aquella vida que llevábamos.

No pasó mucho rato antes de que hubiera un montón de piratas sonrientes y ebrios en nuestra reducida cubierta. Uno de ellos era Pew. De cuerpo flaco como una vara de mimbre y escurridizo como una anguila, tenía unos ojos más falsos de lo normal, aunque era lo suficientemente listo para ocultarlos. Pew ordenó a Deval como capitán y a mí como contramaestre y nos invitó a que subiéramos a bordo de su barco.

– El capitán quiere hablar con vosotros dos -dijo con una risa tan cruel y despiadada que a Deval le entraron grandes temblores.

Deval pensó seguramente en las historias de aquéllos como l'Olonnais el Sanguinario, que le había arrancado el corazón a un prisionero y lo había empezado a morder para hacer que los prisioneros revelaran dónde habían escondido la plata y las piastras.

Pero nosotros no teníamos de qué preocuparnos. Pew tenía sólo la particularidad de intentar asustar a todo el que se pusiera a tiro. Así era él. Y despreciaba a los que le tenían miedo. Si lo mandaban al infierno, que era el lugar que le correspondía, se ponía de cuatro patas. Digo yo que no se puede hacer otra cosa más que admirar la capacidad de adaptación que tenemos las personas. Si el hombre es obra de Dios, la verdad es que no se le puede acusar de tener poco ingenio.

Sin embargo, no fue del todo extraño que el capitán que estaba delante de nosotros en el castillo de popa del *Fancy,* el capitán que a punto estuvo de mandarnos al fondo del mar, fuera ni más ni menos que el confuso, honrado y bienintencionado Edward England, en carne y hueso.

Capítulo 27

Sí, señor Defoe. Vengo a cumplir lo pactado, y no soy de los que olvidan sus promesas, por lo menos si se hacen ante personas que no se preocupan de ellas, pues me parece haber observado que a la gente de confianza no se le hacen promesas. Yo no soy de ésos, porque ¿quién iba a confiar en mi palabra, excepto el mismo Long John?

Y con usted fue un poco así, así, a pesar de todo. Una vez le pregunté directamente si pensaba confiar en mi palabra en lo referente a Edward England y a los demás, y si pensaba atenerse a la verdad en su trabajo sobre los piratas.

– ¡Atenerme a la verdad! -exclamó usted reclinándose sobre la mesa-. Naturalmente que el libro será veraz con todos los documentos y los datos que he recogido, aunque en realidad poco importe qué sea si nadie se lo cree. Por eso se escriben esos prólogos donde se explica que todo es verídico. Crusoe no necesita prólogo. Se sostiene por sí solo, y será perfectamente creíble tal como es. Poner por escrito lo que ya he recabado sobre Roberts, Davis y Low… ¿qué es? Nada más que restos del naufragio de sus vidas infames y malvadas. No, Roberts, Davis y Low no se sostienen por sí mismos, pero ya verá usted.

– ¿Qué voy a ver?

Usted se echó a reír de tal manera que la peluca le daba saltos. ¡Un mozalbete dispuesto a hacer una auténtica travesura, eso es lo que era!

– ¿Sabe usted qué he hecho? -dijo en voz baja, como si fuera otro de sus secretos-. He escrito un largo capítulo sobre la vida del capitán Misson.

– ¿Quién diablos es Misson? -le pregunté.

Nunca había oído hablar de él, cosa bastante extraña, porque llevaba tanto tiempo metido en aquel negocio que había oído hablar de la mayoría.

– Es normal que no sepa nada de él -dijo usted con una sonrisa llena de satisfacción-. No existe.

– ¿No existe?

– No, me lo he inventado de cabo a rabo.

– ¿Inventado? ¿Pero no hay suficientes capitanes piratas de

verdad?

– Probablemente, sí. Tengo treinta y cuatro capitanes en mi lista, y cuento con más de seiscientas páginas. ¿Es que no lo entiende? ¡Ya verá usted como el capitán Misson será uno de los que pasarán a la historia! ¡Igual que Crusoe! ¡Será Misson el que inspire a los escritores, y se le citará en los libros más serios! ¿Qué le parece?

»¿Lo ve? -continuó usted sin esperar mi respuesta-. He anotado que ustedes, los aventureros, tienen cosas muy buenas, sí, y seguramente no pensaba usted oír esto de un tipo como yo, pero sin embargo es así. Usted no se humilla ante la autoridad, apura la copa de la libertad hasta el último sorbo, se rebela ante cualquier abuso contra los débiles. En usted, el derecho está mucho antes que la clemencia, aparte de que opina sobre todo y deja también que opinen los demás. No establece distingos entre la gente de a bordo, ni por raza ni por religión. Sí, hay muchas cosas buenas que nuestros gobernantes deberían aprender de usted, si se atrevieran, porque el poder de los otros es lo que más le subleva a usted, y oír esto no halagaría a las grandes personalidades.

Usted hizo un gesto como de disculpa.

– No se moleste, pero cualquier capitán pirata y su tripulación entera arruinaría esas buenas intenciones con su crueldad, su codicia y su vida infame.

– Para eso viven -le interrumpí.

– Ya lo sé -contestó usted impaciente-, pero la cuestión es que yo no puedo destacar lo bueno sin que parezca que perdono lo malo. Y lo malo, señor Long, si me permite decírselo, nunca se puede compensar. Por eso he inventado al capitán Misson, un pirata que tiene todas las buenas cualidades sin estar cargado de crueldades e infamias. Eso es lo que he hecho.

– Desde luego, es usted un buen diablo -dije yo con sincera admiración.

– ¿Verdad que sí? -contestó usted.

– Pero no me extrañaría que le hicieran callar para siempre.

– Vale la pena -dijo usted muy resuelto-. Si la horca es su unidad de medida, la del escritor es calibrar cuánto le dejan abrir la boca. Si se trata de un escritor de verdad, claro.

Y en eso llevaba usted toda la razón, pero ¿entendía usted realmente lo que incitaba a todos aquellos aventureros a vivir a la sombra de la horca? Creo que no lo entendió nunca, a pesar de sus interminables preguntas.

– Señor Silver -me dijo en una ocasión en que dimos un paseíto para estirar las piernas y para que nadie nos oyera, y pasamos por delante de los cadáveres ahorcados en el muelle de las Ejecuciones-, ¿ha observado la expresión de sus caras?

– No -contesté yo-. Me parece que no les queda mucho que expresar.

– Está muy equivocado -dijo usted con su habitual entusiasmo-. Lo que pasa es que no se ha fijado. Sí, confieso que justamente ese cadáver no es el mejor ejemplo de lo que quiero decir. Ningún cadáver es igual a otro cuando se les cuelga de la cadena para escarmiento de la gente después de haberlos puesto bajo la marea alta para purificarlos, según dicen, en el agua hedionda del Támesis. Es una suerte para las autoridades que no haya tiburones en nuestras aguas. ¿Verdad que hubiera sido divertido que sólo quedara colgado un tronco de la cuerda cuando hubiera bajado la marea?

Y se rió usted con todas sus ganas, tanto que me hizo pensar si no hubiera sido usted en realidad un excelente pirata. Desde luego, tenía un macabro sentido del humor.

– Uno debe estar siempre despierto -continuó usted- para ver con sus propios ojos incluso el momento de su muerte. Algunos, amigo mío, parece como si hubieran expiado todos sus delitos y adquieren un semblante tranquilo y sereno. Ningún miedo, ningún grito ante lo desconocido que les espera. Otros se retuercen en posturas horrorosas, muertos de miedo y fuera de sí ante lo inminente. Tienen miedo del castigo que les corresponda por sus pecados. ¿Puede explicármelo? ¿Cómo es que algunos van al encuentro de la muerte con bravura, sin protestas y tranquilos de espíritu? Si me lo permite, quisiera confesarle algo que no le he revelado a nadie, sí, apenas una vez a mí mismo. Me da miedo la muerte. Sólo el pensamiento de que voy a morir me vuelve loco. Usted, que ha visto tantas muertes, o arriar tantas velas, como usted mismo diría, ¿cree que no hay remedio? No contra la muerte, porque naturalmente es irrevocable, pero sí para el condenado miedo. Todos esos piratas, sí, también los he contado, como usted entenderá…

Y entonces sacó usted del bolsillo un papel arrugado y me lo enseñó con la misma sonrisa de siempre, la sonrisa orgullosa e infantil que tenía usted cuando había descubierto algo del mundo y creía que era el único en saberlo.

– He contado los barcos y he sacado la media de hombres a bordo, que eran unos ochenta. He restado una parte que pudieron servir en varios, he añadido los barcos de los que desconocíamos la tripulación, y a éstos los he dotado con la tripulación media y ¡mire esto!

Usted señaló unas cifras subrayadas con doble raya.

– ¡Cinco mil piratas! Doscientos arriba o doscientos abajo. Ya veo que se asombra. No creía usted que fueran tantos. En fin, esto es cierto sólo en parte, porque muchos la palman y vienen otros nuevos. Digamos mil quinientos para redondear. Una quinta parte de nuestra

propia flota real. Una fuerza formidable si se juntaran bajo un solo mando y una sola voluntad. Pero no era esto lo que quería decirle. Quería hablarle de la muerte, si a usted no le importa…

No fue porque usted esperase mi respuesta. Casi siempre, en nuestras conversaciones, apenas me dejaba meter baza. Usted era un hombre charlatán, a pesar de que no hizo más que escribir palabras durante toda su vida. Cualquiera hubiese pensado que ya debía de estar harto de hacer siempre lo mismo. Yo he notado que las palabras son para algunos como usted y como yo, a mi manera, una especie de enfermedad y un veneno, como Dios para los curas o como el ron para los caballeros de fortuna.

– Dicho de otro modo, eran unos mil quinientos piratas los que jugueteaban con la vida y la muerte como si les diera lo mismo. Según mis cálculos, señor mío, incluyendo al último, a Roberts, más de cuatrocientos fueron ahorcados y ya han expiado sus culpas. ¿Y cuántos no han arriado velas en la batalla o por las enfermedades? Sólo una tercera parte ya cayó por culpa de la sífilis. Sin embargo, parece que esta cuestión no le preocupa a usted en exceso. Una parte seguramente se arrepiente en cuanto cuelga la soga de sus cuellos, pero casi nunca antes de ese momento. Creo en Dios, señor Silver, en una vida después de ésta, en el perdón de los pecados. ¿Por qué no puedo ser tan despreocupado como sus aventureros? ¿Por qué no puedo contemplar la muerte con esperanza mientras disfruto de la vida? ¿Me puede contestar a eso?

No, no pude, pero tampoco creo que usted lo esperase. Lo que quería decir es que usted tenía miedo a la muerte porque su fe en una vida después de ésta sólo era una ficción, un simulacro y un secreto, igual que todo lo que usted emprendía. Si no, ¿por qué diablos habría sentido tal apasionado fervor por escribir todo lo que llevaba en el alma? ¿No podría haber esperado al Paraíso? Usted tenía la piel lívida, y calambres y dolores en la mano. ¿Para qué, si de todas formas ya era inmortal? No, señor mío; si tenía miedo a la muerte era porque en el fondo usted sabía tan bien como yo y como los caballeros de fortuna que sólo se nos ofrece una posibilidad de vivir, y era entonces cuando todo tenía que quedar solucionado.

Un día invité a Israel Hands a nuestra mesa para que viera usted con sus propios ojos a una leyenda viva. Por fin vería a un auténtico pirata, a uno igual que los demás, uno de esos a los que usted llamaba despreocupados, uno que apenas se preocupaba de cómo vivía o moría. Era impensable que ustedes dos pudieran entenderse.

Así pues, Israel Hands se sentó con nosotros siguiendo mi consejo. Me miraba con interés porque sabía lo que me proponía, y a usted lo miraba con avaricia, porque le había prometido una guinea por la molestia, naturalmente que a mi cuenta.

– Hands -empezó usted-, por lo que me ha dicho mi amigo deduzco que tiene usted cierta experiencia en la piratería. ¿Puedo preguntarle por qué se hizo pirata, caballero de fortuna o como quiera que se llame?

– Navegaba con rumbo a las Bermudas, desde Bristol, a las órdenes de un capitán llamado Thurbar. Nos apresó Teach, también conocido como Barbanegra, que era un diablo, y nos dio a elegir. O nos íbamos con él, o nos bajaban a tierra.

– ¿Y ustedes eligieron a Barbanegra?

– Sí, ¡por todos los demonios! Era un feo diablo que me pegó un tiro en la pierna por puro placer. ¡Era un cerdo!

– ¿Le disparó en la pierna? ¿Por qué motivo?

Hands soltó un buen escupitajo en el suelo.

– Barbanegra era un diablo -repitió-. Era un maldito, un auténtico hijo de puta. Yo era su timonel y a mí me disparó en la pierna. Para divertirse, aquella carroña. Estábamos en su camarote bebiendo una botella. Estábamos borrachos como cubas porque habíamos conseguido una buena presa. Mi parte ascendía a cien libras de aquella época. Aquello sí que era dinero. Con quinientas uno puede arreglárselas, comprar papeles y vivir como un caballero el resto de sus días, pero Barbanegra no quería ni oír hablar de eso. Ser caballero de fortuna, dijo echando chispas, era una vocación, como ser cura. De cualquier forma, él no quería a bordo ningún elegante con ínfulas de petimetre. Infectaban el aire con su hediondo perfume y sus modales estudiados. Los caballeros y los señores de postín eran un montón de estiércol, mierda de vaca, bastardos, malditos, mucho más. Si entre sus hombres había alguno que quisiera hacer migas con ellos, por mis muertos que lo podrían hacer en el Infierno. Y mientras gritaba, fue y sacó las pistolas. Por debajo de la mesa, el muy diablo, sin que nos diéramos cuenta. Entonces se echó a reír como un crío que se prepara para hacer una travesura y disparó, yo creo que al azar, y me dio en la pierna. Aún no puedo andar bien. ¡Que se lo lleven los demonios!

De nuevo situó un jugoso escupitajo en el suelo.

– ¿Y qué hizo usted después? -preguntó usted-. ¿Se vengó por el agravio?

– ¿Y usted qué diablos cree? No, la tripulación había votado a favor de Teach y se rieron con él. A todos les pareció la mar de divertido ver a uno como yo andar por cubierta. Y Barbanegra era un pendenciero convencido de que si no mataba a uno de vez en cuando, los demás olvidarían lo miserables que eran. Ningún diablo me votaría como capitán, puede usted estar seguro. Yo sabía guiar un barco y poner el rumbo, y también pelear. Lo que pasa es que con una pierna destrozada no valía nada. Apelé a nuestras normas de a bordo y solicité una compensación por la mutilación de un miembro. Me

tenían que dar cuatrocientos ochavos, pero sólo recibí doscientos, porque aquellas carroñas del consejo afirmaron que las normas sólo eran aplicables en caso de heridas de batalla. Y, maldita sea, encima tuve que echarme la culpa por estar en el camino de las balas de Barbanegra. De todas maneras no me salió mal del todo. Me licencié, me acogí a la amnistía del Rey, volví a Londres, compré la posada de aquí y eso es todo. Les tengo que decir a los señores que tuve una suerte de mil diablos. Dos meses más tarde, Maynard pescó a Barbanegra en James River, Virginia, y prácticamente los mató a todos. Lucharon hasta el final, la verdad es que lo hicieron, pero ahora están todos muertos. Era una buena tripulación que no se doblegaba ante nada. Daba gusto abordar con ellos.

Era otra cosa que estar en este agujero de mierda sirviendo cerveza a precio de ganga.

– ¿No está agradecido de seguir con vida, y sobre todo por llevar una existencia honrada? -preguntó usted.

Hands le miró como si usted fuera idiota.

– ¿Qué dice? ¿Agradecido? No tengo que agradecer nada a ningún diablo, escríbalo en todos sus papeles. ¡Una existencia honrada! ¡Y qué más! ¿Qué cree usted que es una existencia honrada para un tipo como yo? Es matarme a trabajar por nada. ¿Quién cree usted que sale ganando si yo soy honrado? Yo no, desde luego.

Hands le dio tal puñetazo a la mesa que los vasos saltaron.

– No se puede vivir así -prosiguió-. No, déme un buen barco y un capitán capaz, y dejo este agujero pestilente mañana mismo. Compañeros, peleas, ron en cantidad, prostitutas que hacen cola cuando llegamos a tierra, y tumbarse en cubierta al sol y no hacer nada, eso sí es una vida honrada, maldita sea.

– ¿Y eso merece la horca? -preguntó usted con discreción, mirando con clara intención hacia el muelle de las Ejecuciones.

Hands le miró con una expresión viva en la cara.

– He oído que es usted un hombre sabio -dijo-. Por mí no hay inconveniente. Me importa un rábano, pero le diré que si no fuera por la horca no habría muchos que se hubieran hecho aventureros. Es como ir a la guerra. Si no se corriera peligro de muerte, no tendría sentido.

Miré a Hands. Apenas sabía lo que estaba diciendo, menos aún qué pensaba, pero algo de sentido común sí había en sus palabras. Aunque no era lo que usted quería ni esperaba. Usted se negó rotundamente a creer que hubiera gente capaz de poner la vida en juego por nada. Se llamaban caballeros de fortuna, pero en lo que se refería a la felicidad eran unos chapuceros. Su apuesta era una vida corta y alegre, pero ¿adonde han ido a parar? Están todos muertos. Los están despellejando vivos en el Infierno, si es que existe. ¡Y pensar

que eran tan meticulosos, que elegían a sus capitanes de manera que pudieran despedirlos, que opinaban de todo y de nada, y que cada hombre valía un voto, pensar que se repartían el botín a partes iguales y cosas por el estilo! Meticulosos, sí, pero ¿sabían de qué servían?

No, los colgaron por locos y su corta vida enseguida la malgastaron. Se quejaban de todo y a todos, pero aparte de ellos mismos ¿quién tenía la culpa de que murieran como moscas? Usted, señor Defoe, hizo preguntas sobre lo justo y lo injusto, sobre lo bueno y lo malo, sobre la libertad y la obligación. Sí, entendían bastante de injusticias y de tiranías, acaso más que la mayoría, pero en todo lo demás eran ciegos como las gallinas. En eso no se diferenciaban mucho de la gente normal y corriente.

Capítulo 28

Así pues, de nuevo estábamos unidos los tres: Edward el Honrado, que afirmaba saber distinguir entre la vida y la muerte; Deval el Despreciable, que estaba dispuesto a venderse por una palmada en el hombro; y yo, Long John Silver, dispuesto a vender a cualquiera cuando la necesidad lo exigiera.

No podía pasar desapercibida la genuina alegría que sintió England cuando nos reunimos de nuevo. No tenía buen ojo para juzgar a las personas, porque siempre creía que eran buenas. Sí, England era un misterio, primero para sí mismo, pero también para los demás, que lo veían vacilar de un lado a otro, de manera que, al final, nadie sabía a qué atenerse. Y ¿por qué lo eligieron capitán? Porque England era un buen hombre en quien se podía confiar. Si había algo de lo que la tripulación estuviera tan segura como del amén en la iglesia, a diferencia del propio England, era que England nunca sería de esos capitanes que siempre llevan a Dios por delante. Y a sus ojos eso era más valioso que el oro.

Usted, señor Defoe, nunca entendió a England. Usted escribió en su historia que tenía un sentido común que le debería haber hecho mejor persona de lo que fue. Tenía, según usted, una considerable porción de buen carácter, y tampoco le faltaba valor. No era avaro, siempre demostraba su desacuerdo cuando se trataba mal a los prisioneros. Usted afirma que se podría haber conformado con unos saqueos más moderados y con actos temerarios menos malvados si hubiera logrado convencer a sus compañeros, pero en general le decían que no, y como estaba con aquella compañía tan odiosa se vio obligado a ser un partidario incondicional de su sucio trabajo. Eso fue lo que escribió usted.

Sí, usted logró que el corazón de England pareciera limpio y bueno como el de un ángel. La culpa la tengo yo por hablarle en su defensa, y todavía lo seguiré haciendo, pero con England las cosas no iban tan mal como para que se arriesgara a acabar sus días en el Cielo, aunque se arrepintió profundamente cuando notó que tenía un pie en la tumba. ¿Lo ve, Defoe? Lo que usted no entendió es que nadie obligó

a England a ser capitán. Se podría haber negado, como yo.

En el camarote que le había tocado a England, yo mismo relaté la historia que le había relatado a Deval, aunque añadí y quité de aquí y de allá por elemental prudencia. England se lo tragó todo, buena señal, porque mucho se podrá decir de él y su polivalencia, pero había muchos con menos sesos.

Él por su parte contó que tuvo suficiente con un mes en una plantación, que incluso la mierda de vaca de Irlanda hubiera sido mejor que la caña de azúcar, que le había picado todo el cuerpo como si tuviera hormigas venenosas por no haber podido moverse de allí; sí, sabía que todo aquel errar se le había metido en la sangre. Se había escapado, se enroló como timonel en una chalupa que a su vez había sido pilotada por el pirata Winter, quien había pedido a England que se sumara a ellos y se pusiera al mando de la chalupa con el beneplácito de los hombres, después de lo cual a Winter se lo llevó una tormenta y aquí estaba ahora, elegido capitán y sin hormigas en el cuerpo.

– Silver, si tú quieres, nadie se alegraría más que yo si fueras nuestro contramaestre -dijo England.

– Por supuesto que sí. Si los hombres están de acuerdo.

– Claro que sí. No sé de otro que le caiga tan bien a la gente, no hay nadie a quien valoren tanto como a ti. Cuando te lo propones, claro.

– ¿Y Deval? -pregunté con un aire de lo más inocente-. A pesar de todo él era el capitán del *Tonton Louis*.

– ¿Le estás tomando el pelo a un viejo compañero de navío? -preguntó England.

– No -dije-, lo propuse yo. Me pareció que le iría bien.

– ¿Y qué pasó?

– Se le metió en la cabeza que era el único que servía para algo a bordo.

– No me extraña -dijo England, pero sin rastro de rencor-. Nunca será un marinero.

– Amén -añadí, poniendo punto final a la conversación.

Y pasó lo que England había previsto. Yo les caí bien y pronto me eligieron contramaestre. Si me permite que lo diga yo mismo, creo que fue England quien influyó más en mi forma de ser: un hombre respetado y mucho más. ¿Cómo, si no, me iban a elegir contramaestre del *Walrus* de Flint unos años más tarde, con la peor tripulación que nunca haya pisado una cubierta?

Poco tiempo después de que nos recogieran, el consejo decidió que el barco pondría rumbo a las costas de África. Algunos habían oído que allí había botines importantes al alcance de la mano. Del

norte venían los tratantes de esclavos cargados de oro, plata, armas y baratijas que les servirían como pago cuando compraban negros, por no hablar de las provisiones y los víveres para las factorías. Del sur venían los cargamentos de las Antillas: telas, piedras preciosas, especias y a veces incluso dinero para invertirlo en Londres.

Tenía buena pinta, y el consejo se conformó con aquellos rumores. Lo cierto es que no había muchos sitios adonde ir. Sí, en general era verdad, ahora que lo pienso. Navegábamos seis mil millas marinas, a través de latitudes infinitas y aquella maldita calma chicha en la que el sol nos abrasaba la garganta y la piel, por unas palabras cogidas al vuelo. Se decía que un buque de guerra inglés había salido de Antigua para cazar piratas. Así pues, navegamos con rumbo sur, hacia Barbados, con el rabo entre las piernas. Alguien afirmó que el Rey tenía la intención de conceder una nueva amnistía, y como las habladurías al respecto eran sacadas del aire, el consejo votaba a favor de una cosa u otra, para que hiciéramos una solicitud o lo dejáramos pasar. Un tercero tenía información segura de que un galeón español cargado de plata zarparía de Cartagena al mes siguiente, así que acechamos la isla de La Hispaniola durante cinco semanas sin ver ni la sombra de una vela. El botero había oído que Roberts estaba formando una gran flota pirata en una bahía al sur de Jamaica. Subimos los remos y nos dirigimos hacia allí, pero sólo encontramos tres indios en una canoa. El lugarteniente juró por todo lo que consideraba santo (que en realidad era bastante poco), que había agua de manantial clara y fresca en la isla de las Aves. Cuando llegamos allí encontramos un apestoso charco poblado de salamandras e insectos. Y así una vez tras otra, en una constante corriente de incertidumbre. Nosotros, los caballeros de fortuna, errábamos en una constante niebla de rumores y cotilleos, de conocimientos, de oídas y de caprichos. Sí, a pesar de todo no eran sólo mis equivocaciones las que se podían atribuir a cuenta de los muertos.

Dicho de otro modo, a bordo se discutía por cualquier cosa, porque nadie, excepto yo, tenía la sinceridad suficiente para admitir que no sabíamos nada. Había altercados a cuento de lo que debíamos hacer, y duraban varios días. Palabras y más palabras, directas al aire: creo, quiero decir, he oído, he leído (los que sabían leer), me han dicho, prometo y aseguro por mi conciencia si hace falta, lo sabe todo el mundo, que me lleven los demonios si no, ya lo puedes dar por hecho… Cuando me hartaba, me metía y exponía a las claras cómo estaban las cosas. Así les cerraba el pico, porque yo tenía la virtud de hacer uso de las palabras que eran merecedoras de su confianza. No era tan extraño, a pesar de todo, que creyeran que les predicaba. Y la razón la tenía tan a menudo como cualquier otro.

Llevábamos navegando ya tres semanas cuando nos metimos en un cinturón de calma chicha como si fuera una pared de cristal. Un momento antes todas las velas se habían estirado, habían cantado y tronado como hacen las velas cuando van llenas de viento. El mar estaba rizado y blanco de espuma. Al momento siguiente, el agua estaba brillante y turbia, la vela flaqueaba, las botavaras y las horquillas se lamentaban, los aparejos y las escotas colgaban inertes, y el animoso murmullo de proa calló como si fuera para siempre. Incluso las palabras disminuyeron cuando todos dirigieron una mirada fatal hacia la vela y hacia el agua gruesa y encalmada. Después se volvieron todos y miraron a popa con añoranza de la espuma rizada y de las olas alegres, del viento que dejamos detrás, un viento que de manera tan juguetona y fácil nos había llevado tan lejos.

– ¿Qué diablos miráis? -grité de manera que se quebró aquel silencio de muerte-. No se acaba el mundo por un poco de calma chicha.

– ¿Y tú qué sabes? -oí una voz respondona que salía del montón, una voz que no tenía suficiente sensatez como para entender que yo sólo intentaba levantar los ánimos.

Sin embargo, pocos días después salieron de la misma bocaza rápida los eructos de los barcos que se quedaban presos en el recalmón y se pudrían con hombres y todo, la mitad de la tripulación que moría de sed y de hambre, todos los que se habían vuelto locos por el calor y se habían peleado a machete y pistola, los fuertes remolinos de tormenta en medio de todo aquel mar tan quieto que se había tragado incluso un barco de pasajeros. Eran historias falsas, supersticiosa carga de naufragio que se paseaba por la fantasía de los lobos de mar sin provecho ninguno. Las buenas historias se merecen todos mis respetos, pero alguien debería prohibir que se repartiera toda esa mierda gratuitamente.

Hablé del asunto con el hombre en cuestión, llamado Bowman, pero no me hizo caso.

– ¡Por todos los demonios que tengo derecho a decir lo que me dé la gana! -contestó a mi recomendación de que se reservara su opinión hasta que llegáramos a tierra-. ¿Es que la palabra no es libre en este maldito ataúd?

– Depende -respondí en un tono suave-. Según lo que se diga.

– ¡Vaya, así que depende! ¿Y en qué disposición está escrito que no tenga derecho a decir lo que pienso? Maldita sea si no soy tan válido como cualquier otro.

– Yo no he dicho eso. Pero no es que vayas repartiendo alegría precisamente.

– Vaya, es ahí donde le duele. Así pues, hay que ser un maldito bromista para poder abrir la boca a bordo. ¿Qué demonios de

disposición es ésa? ¿Es que la gente no aguanta oír la verdad? ¡Vete al infierno!

– ¿Y cuál es la verdad, si se puede saber?

– Que este maldito barco está condenado a hundirse. Además, ¿qué diablos íbamos a hacer en África? ¿Es que no estábamos tan ricamente en las Antillas? Allí por lo menos la gente se puede hacer su ron y las putas son blancas. Ahora tendremos que follar con negras, paganas y con el cono podrido, ¡así son todas! Eso con suerte, claro, si es que alguna vez llegamos hasta allí. Antes de que hayamos pasado este recalmón, maldito medio negro, la mitad de la tripulación la habrá palmado, puedes estar bien seguro. ¿Crees que no lo he oído? Te vendieron en una rebatiña junto a un montón de esclavos. ¡Voluntariamente! ¿Crees que no sé de qué calaña eres? Eres de esos que están de parte de los negros.

Y aquí envió un jugoso escupitajo no lejos de mis pies. ¿Qué podía hacer yo con un cenizo cabezón que destruía el buen ambiente de a bordo? La palabra era libre, claro que sí, maldita sea, pero también teníamos que sobrevivir. Un tipo como Bowman podía perder los estribos, apestar y envenenar a los demás, hasta que la gente se volvía tan loca como él.

– Tienes la cabeza bien puesta -le dije-, y entiendes que a estas alturas no podemos dar media vuelta. Sin viento, no podemos navegar contra corriente, y aunque pudiéramos no serviría de nada hacer frente al viento y volver a las Antillas sin navegar primero el doble de distancia de lo que nos queda hasta África. Esto lo entiende un tipo listo como tú, ¿no?

– No me vengas con zalamerías, Silver. No tengo serrín entre las orejas, tienes razón, pero ningún diablo va a venir a decirme para qué lo tengo que utilizar, ni si tengo que entender o no entender. ¡Acuérdate bien!

– Claro que sí, Bowman, puedes confiar en John Silver. Tengo la memoria de un elefante.

Y con eso me conformé de momento. Intentar meter en cintura a un tipo como Bowman era un caso perdido. Ni siquiera la amabilidad le hacía mella. Era un ave de mal agüero, no había más que hablar.

Le dejé repartir tanto descontento enmierdado que la gente empezó a buscar una cabeza de turco. Ya se habían producido algunas trifulcas sin importancia, y algunas palabras cortantes y afiladas volaron por los aires cuando se tenía que amarrar una escota o un aparejo para aprovechar un soplo de brisa que se levantaba cuando menos se podía esperar. Incluso England había empezado a notar lo que pasaba, pero conforme a su costumbre iba entre la tripulación hablando bien de todos sin que sirviera de mucho. A los tipos de buen corazón siempre les pasa lo mismo: les cuesta ver el mal antes de que

sea demasiado tarde.

– ¿Qué pasa? -me preguntó después del escarnio. -Creía que estábamos completamente de acuerdo en lo de África, pero ahora todos dicen que este viaje está maldito, y me culpan a mí por haberlo impuesto. Es injusto, ¿verdad, John? Te acordarás de que yo, como capitán, cerré el pico y no dije nada a favor ni en contra. Creía que todos estaban de acuerdo.

– Ya lo han olvidado. Tenemos a un cenizo a bordo que siembra cizaña. Ha hecho que los demás crean que nos vamos a pudrir en este recalmón. Y ahora necesitan alguien a quien culpar si algo va mal. ¿Y quién iba a ser, si no el capitán?

– ¡Pero yo no voté! ¡Y ellos mismos me eligieron!

– Claro que sí, pero sólo para disponer de alguien que supiera navegar y a quien colgar si todo se iba al infierno. Confía en John Silver y déjalo en mis manos.

Pasaron unos días con aquella presión, con un calor insoportable y un sol abrasador: la brea de las juntas se deshacía, de manera que los pies se quedaban pegados en cubierta. La enjuagábamos todo el día para que el casco no se resquebrajara como un colador, pero al final sólo éramos una docena los que manteníamos las bombas y los baldes en marcha. Los demás se quedaban sentados o tumbados en cubierta, con la cabeza gacha, jurando y maldiciendo, bebiendo el poco ron que quedaba, y aún se preocupaban menos de lo habitual de cómo vivían o morían. Sólo Bowman seguía en plena actividad. Iba saltando por todas partes como una liebre, con cara de satisfacción, haciendo lo indecible para cavar la tumba de todos nosotros.

A la mañana siguiente, antes de que el ron les hiciera efecto, los llamé a todos a consejo. Era mi derecho como contramaestre. No faltó nadie, pues creían que iban a poder expresar a gritos su descontento, vengarse de quien fuera, de todo el mundo si hiciera falta.

– Hombres -dije con mi tono susurrante, con un retintín de mal agüero que hizo que muchos me prestaran atención-, ya sabéis cómo están las cosas a bordo: esto es un infierno, ni más ni menos. No hay más que maldiciones y quejas. Si seguimos así, acabaremos degollándonos unos a otros antes de ver el final de este maldito recalmón.

– Exacto -voceó Bowman, que había estado esperando-. Es lo que yo vengo diciendo desde el principio. No deberíamos haber hecho esta travesía, eso opino yo.

– ¿Y quién de vosotros votó en contra de la decisión tomada? -bramé-. ¿Quién, si puede saberse?

Se hizo el silencio hasta que Bowman abrió el pico de nuevo.

– Todo el mundo tiene derecho a cambiar de idea, maldita sea -dijo triunfante, mirando a su alrededor para sentir apoyo.

Y claro que hubo quienes asintieron con la cabeza, aunque no les hizo gracia oírlo de una rata como Bowman. Lanzaron miradas preñadas de odio, en busca de alguien a quien cargar la responsabilidad.

A alguien se le tenía que dar una paliza de muerte para poder seguir por el buen camino, de eso no cabía ninguna duda.

– No -dije-. Todos podemos cometer errores, hasta el más pintado. Como tú mismo, Bowman. ¿Verdad que sí, muchachos? ¿No es Bowman el mejor de todos nosotros? Sabe lo que pasa y cómo son las cosas en la vida. Preguntad a Bowman, por todos los demonios, que él dirá lo que pasa. ¿Tengo razón o no?

Bowman sonrió y miró de nuevo a su alrededor. En su vida, que por lo demás no le importaba demasiado, sólo deseaba una cosa: hacerse oír a cualquier precio, incluido el de su propia perdición y la nuestra.

– ¿Es que Bowman no vale como diez de nosotros? -grité-. Dice verdades que a ninguno se nos ocurren. Plantea exactamente cómo están las cosas; ningún diablo como nosotros sobrevivirá a este viaje. Sólo queda hacer una reverencia, dar las gracias y aceptar. Si Bowman ha firmado aquí nuestra sentencia de muerte, ya no se puede hacer nada.

Los hombres miraron detenidamente a Bowman. ¿Quién diablos se creía que era? No tenía ningún derecho a decirles lo que tenían que hacer, ni qué pensar, y mucho menos firmar su sentencia de muerte. La sonrisa de autosuficiencia de Bowman ya había desaparecido.

– Propongo a Bowman como contramaestre -grité para acallar el susurro que iba ganando fuerza-. Si hay alguien que pueda ser nuestro portavoz ante Dios y el Diablo, ante el tiempo y el viento, ha de ser él.

– ¡Unos cojones! -surgió una voz de entre la multitud.

Fueron las palabras que abrieron las compuertas. Siguió una corriente de amenazas, puños apretados y juramentos. Los que estaban más cerca de Bowman le soltaron a lo bestia un rosario de puñetazos. Un pasador de cabo salió volando por los aires y le dio en la cintura, de manera que se quedó doblado. No le dio tiempo a levantarse de nuevo antes de que los demás se le echaran encima con cuchillos, garrotes o cualquier arma que tuvieran a mano.

– ¡Quietos! -grité con mi peor tono de voz, de manera que lo único que se oyó fueron los lamentos de Bowman.

– ¡Sálvame, Silver! -suplicó.

Solté una carcajada burlona.

– ¿Por qué? -pregunté-. Vamos a morir todos, tú incluido, si debemos creer en tus profecías. Antes o después nos iremos al infierno. ¿Qué importa? ¡Atad a este pobre diablo al palo mayor!

Bowman soltó un grito pavoroso cuando lo arrastraron por

cubierta y lo ataron. Los hombres dieron a Bowman una muerte larga y dolorosa, para que se enterase de que aún seguía vivo. Por mi parte, su muerte podría haber sido rápida, pero si los hombres le hubieran matado al momento no les hubiera salido el veneno de la sangre. Así quedarían contentos y tendrían buena cara cuando los tiburones hubieran hecho desaparecer cualquier resto de nuestro mal espíritu, después de que desapareciera aquello que, sólo una hora antes, había sido una persona completamente vivita y coleando, aunque del género fracasado. Unos y otros me dirigieron palabras de agradecimiento. Y quizá las merecía.

El único que no se dejó deslumbrar por mi capacidad fue England. Me estuvo mirando con malos ojos durante varias semanas, en cambio los demás enseguida olvidaron que había existido un personaje llamado Bowman. No me preocupé de explicarle a England que los cabezas de turco sirven para que nosotros podamos estar un poco más en la tierra… o en el mar. Los que son como England, los que saben diferenciar la vida de la muerte, según él mismo afirmaba, no entienden que a veces hay que elegir entre lo uno y lo otro.

Una semana o dos más tarde se rizó el agua y un viento del este, estable y fresco, nos llevó hasta las costas de África. Por una vez en la vida, los rumores fueron verdad. Nos hicimos con once capturas en poco tiempo y sin perder ni un solo hombre en la refriega, incendiamos algunos de los barcos y después los hundimos, tripulamos otros dos con algunos de los nuestros, porque nos sobraba tripulación y porque muchos se quisieron unir a nosotros, y al resto los dejamos marchar de cualquier manera, pero con las manos vacías. Lane y Sample fueron elegidos capitanes de los dos barcos que iban a probar fortuna por su cuenta, el *Queen Anne's Revenge* y el *Flying King,* que fue así como rebautizaron a sus barcos por motivos que no se me alcanzan. Tampoco eso daba buena suerte, porque los barcos tienen que mantener el nombre que les dieron al botarlos, digo yo, aunque por lo demás no creo en esas supersticiones. Lane y Sample atravesaron el Atlántico y se quedaron al acecho en las costas de Brasil. Por lo visto, ya habían apresado algún botín de escaso valor cuando se encontraron con un buque de guerra portugués que echó por tierra sus sueños. En la batalla murieron doce, treinta y ocho fueron colgados allí mismo y los demás, los negros y los indios, fueron vendidos como esclavos.

La noticia de su desgraciado destino me llegó muchos años más tarde, sin ningún provecho, siempre demasiado tarde para tomarme la revancha o para lamentarlo, si hubiera querido hacerlo. Porque lo cierto es que lo mejor era olvidar a los compañeros de barco tan pronto como se les perdiera de vista. De todas maneras, y por lo

general, desaparecían sin dejar huella.

Así pues, encontramos a La Bouche y su loro en una bahía solitaria, camino de Ouida, en la costa de África.

El loro pasó a ser propiedad de England, organizamos una fiesta y nos hicimos hermanos, después de lo cual tomamos decisiones importantes sobre aquello de ir juntos contra el resto del mundo y encontrarnos después en la isla de Johanna. Y las cosas salieron según lo habitual; después de haber navegado juntos unas semanas nos topamos con una tormenta, nos separamos y ya no nos volvimos a ver. La Bouche naufragó en Mayotte, se construyó un nuevo barco y se fue a Madagascar. Desde entonces, no he tenido más noticias de él.

La vida de los piratas, señor Defoe, y la de los que se han convertido en sus cronistas, era circunscrita: se reducía a un puñado escaso de hombres y destinos apiñados en un barco. No éramos como los otros marineros. Nuestros barcos no navegaban para llegar. Nos llamábamos hermanos y compañeros, pero no queríamos saber nada de la familia y de los amigos. Fuimos nombrados enemigos de la humanidad por los fieles; en cierto modo, tenían razón, ya que nadie podía ser amigo nuestro, ni siquiera nosotros mismos. No, nuestra memoria era muy reducida, y así tenía que ser en lo referente a lo humano, al menos si aspirábamos a tener coraje. ¿Quién echó de menos a La Bouche cuando desapareció? Ninguno de nosotros, lo aseguro, aunque posiblemente haya que exceptuar a su loro.

Habíamos visto cómo un mar incierto se había tragado a demasiados hombres, ese mar del que pendían todas nuestras vidas.

En total, a las órdenes de England apresamos veintiséis barcos con toda facilidad, aunque no fue así con el *Cassandra,* el último, y con el primero en la costa de África, el *Eagle Pink,* cuyo capitán Ricket era para más inri de Cork, como si yo no hubiera tenido suficientes quebraderos de cabeza en lo tocante a Irlanda, y no porque Ricket fuera tan tonto como para oponer resistencia con sus seis cañones y sus diecisiete hombres contra más de doscientos de los nuestros. Arrió la bandera antes de darnos tiempo de disparar el primer tiro de aviso. England y Deval se pusieron como unas pascuas cuando se dieron cuenta de que habíamos echado el guante a un irlandés. England invitó a Ricket a subir: de figura achaparrada, encorvada y huesuda, tenía una gran cicatriz en una de las comisuras de los labios que le daba la apariencia de que se estuviera riendo a carcajada limpia el día entero. England se lo llevó a su camarote para disgusto de los nuestros, que hubieran querido divertirse un poco a costa del capitán, pero por una vez England no se rindió y declaró que a un paisano suyo no se le tocaría ni un pelo, y los que quisieran se unieran a nosotros voluntariamente y que, si no, se marcharan en paz.

– Como compensación -dijo England-, esta vez me abstengo de mis dos partes del botín. Os las podéis repartir a partes iguales entre vosotros. Nada de tropelías, ¡acordaos!

England le hizo saber a Ricket que, de haber sido por él, el *Eagle Pink* hubiera podido seguir navegando con carga y todo, pero que no podía hacer lo que le diera la gana en un barco que llevaba la negra.

– Sin embargo -dijo England-, puedo garantizarle que saldrá de aquí con vida, sano y salvo. Nadie podrá decir que Edward England trata mal a sus compatriotas.

– Edward England -dijo Ricket dando un respingo-. ¿Es su nombre?

– Sí -dijo England-, lo es. Nacido en Wicklow, en una familia de honrados irlandeses, y después pescador y marinero en Kinsale.

A Ricket se le pintó de golpe una expresión de miedo en la mirada, aunque fue difícil descubrirla en aquella risa burlona que no se acababa nunca.

– ¿Hay algo de malo en el nombre? -pregunté amenazador.

– ¿Malo? -tartamudeó Ricket.

– No intentes engañar a tipos como nosotros -insistí-. No hay muchos que hayan sobrevivido.

A estas alturas Ricket ya estaba muerto de miedo.

– ¿Qué te pasa, John? -preguntó England con enfado-. Ricket es nuestro invitado.

– Yo me ocuparé de esto -repliqué.

– John -repitió Ricket dando un profundo suspiro-. ¿John Silver?

– Ya ves -le dije a England-: este tipo no tiene la conciencia tranquila.

Agarré a Ricket por el cuello y lo levanté de la silla.

– A ver -rugí-. Dinos qué tienen de malo los nombres de Edward England y John Silver.

Tuve que sacudirlo bien antes de que saliera algo comprensible de su boca torcida.

Quizá no debería haberme mostrado tan duro, pero ¿cómo iba yo a imaginar lo que iba a vomitar? Porque lo que oímos fue que yo estaba buscado por asesinato, y que England y alguien que se llamaba Deval estaban reclamados por robo y por contactos ilegales con el enemigo durante la guerra.

– ¿Asesinato de quién? -dijo England, pasmado de asombro.

– De un pescador de Kinsale que se llamaba Dunn -le dijo Ricket.

– ¿No te lo había dicho? -solté como si fuera un hurón-. Los ingleses nos quieren colgar, a mí sobre todo, porque conté la historia de aquel maldito gobernador y su hija.

Ricket movió la cabeza de buena voluntad, complaciente.

– No -dijo-, no son los ingleses. Es la hija del pescador. Es ella la

que está detrás de todo.

– Mentira -grité.

– Tranquilízate -dijo England-. Tiene que haber algún malentendido. Elisa no ha podido acusarte.

– No hay ningún maldito malentendido -contesté-. Este diablo miente para salvar el pellejo.

Antes de que England tuviera tiempo de pensar, antes de que Ricket pudiera mostrar pruebas, lo saqué en volandas a cubierta. England aseguraba que sabía cuál era la diferencia entre la vida y la muerte, pero ¿qué haría si llegara a saber que yo había matado a Dunn y había dejado a Elisa a merced de las olas? Eso, por no hablar de Deval.

– Muchachos -grité-, aquí hay un hombre que está mintiendo sobre vuestro capitán y vuestro contramaestre. ¿Qué decís?

Un grito acogió mis palabras. England subió corriendo desde el camarote, pero ya era demasiado tarde. Nuestra osada tripulación ya se estaba encargando de Ricket, y no tardaron mucho en silenciarlo para siempre: el mundo se quedó, por la gracia de Dios, con un capitán menos. Mientras le quitaban la vida a Ricket estuve escuchando atentamente a su tripulación, pero ahí tuve suerte: era un montón de escoria de todos los rincones de la Tierra, y los cuatro irlandeses que había entre ellos jamás habían puesto un pie en Kinsale, y menos aún habían oído hablar de Edward England o de John Silver. Por si no fuera suficiente, Ricket había sido capitán de un barco de esclavos por la gracia de Dios. No fue el más tirano de todos, como el capitán Wilkinson, pero sí lo bastante cruel, brutal e imbécil como para que la tripulación no moviera un dedo cuando lo vieran pasar las baquetas entre cuchillos y hachas, y cuando empezó a chillar a los cielos cuando lo descuartizaron. England estaba furioso.

– No se mata a la gente porque sea tan lerda de creer cualquier mentira y a cualquier idiota.

– Pero ¿es que no lo entiendes? -intenté decir-. Ricket le habría dicho a todo el mundo qué éramos y qué hacíamos, si hubiera seguido vivo. Estaríamos el doble de perseguidos y de buscados.

– John Silver -dijo England en un tono triste en medio de toda la ira-, no soy idiota. Nos hemos tomado unas libertades que tarde o temprano nos llevarán directamente a la horca. No hay mucho que decir a esto, pero empezar a matar a la gente por culpa de unas falsas acusaciones es otra cosa.

– ¿Ni siquiera a los que nos pueden llevar a la horca? -pregunté-. Entonces, ¿cuándo se puede matar?

– Nunca, John. ¿Lo oyes? Nunca.

Me cogió por las solapas y me sacudió como yo había hecho con Ricket. Edward England era un hombre fuerte, no cabe duda. No me

defendí. En mi interior sabía, creía yo, que England siempre sabría distinguir entre la vida y la muerte, la mía incluida. ¿No era por eso por lo que me tenía cogido con su mano de hierro? El, uno de los pocos, que dejaba que cada uno viviera a su aire.

Fue en aquel tiempo cuando England empezó a dar señales de arrepentimiento cuando atacamos otro barco, lo saqueamos y humillamos a su tripulación. Empezó con Ricket y aún fue peor con el *Cadogan* de Bristol, con su capitán Skinner.

Este Skinner tuvo mala suerte. Era capitán por la gracia de Dios, pero no recibía ayuda alguna de las alturas. La Providencia estaba de nuestra parte. A bordo teníamos una docena de hombres de la antigua tripulación de Skinner, entre otros nuestro botero, Graves, que nunca olvidaba un agravio a pesar de que su memoria no era mucho mejor que la de los otros. El caso es que el capitán Skinner había acusado a Graves y a sus compañeros de vagos y rebeldes inútiles, y por eso los había puesto a bordo de un barco de la Armada, donde les obligaron sin demora a ponerse a su servicio. Además, Skinner se había negado a pagar los sueldos que les debía, porque el sueldo, decía Skinner, era una recompensa por el trabajo y no por las diabluras y la desobediencia que había puesto en peligro la seguridad del navío.

Graves y yo estábamos en la amura cuando la tripulación del *Cadogan* subió a bordo del *Fancy*. England se había quedado en el *Cadogan* con una veintena de hombres para inventariar el botín.

Cuando la cabeza de Skinner apareció por la amura, Graves empezó a dar saltos de emoción y comenzó a dar palmas como si fuera un crío.

– ¡Vaya! ¡El mismísimo Diablo! -dijo con una sonrisa cordial cuando reconoció la jeta de Skinner-. Ya lo creo: este hombre, John, no es mejor que el propio Satán. Bienvenido a bordo, capitán Skinner. Mil veces bienvenido. ¿A qué debemos el honor?

Cuando Skinner reconoció a su antiguo tripulante empezó a temblar como una hoja, como les había pasado a Ricket y a los demás antes que él, y se habría soltado de la cuerda si Graves no lo hubiera agarrado e izado a bordo.

– No, señor mío -dijo Graves mirando reprobadoramente a Skinner-, no puede dejarnos tan pronto. Tenemos una cuenta pendiente, como usted bien sabe, y es mi deseo saldarla.

Graves llamó a sus compañeros, que estaban tan entusiasmados como él. Ataron a Skinner al cabrestante y le empezaron a lanzar botellas, haciéndole heridas profundas. Después lo persiguieron por cubierta con los látigos, hasta no poder más, mientras Skinner rogaba y pedía que le dejaran vivir.

– Señor capitán, por la gracia de Dios -dijo Graves al final, jadeando pero con el mismo entusiasmo-, dado que usted ha sido un

capitán tan bueno y tan justo tendrá una muerte rápida. No, no nos dé las gracias aún, ya lo hará cuando nos veamos en el Infierno.

Y entonces Graves sacó su mosquete y le pegó un disparo en toda la cabeza.

Cuando England oyó el disparo volvió tan deprisa como se lo permitieron los remos.

– ¿Qué pasa aquí? -me preguntó, pero no como John Silver, sino como contramaestre del *Fancy*.

Le expliqué qué había pasado y por qué. England empalideció. Se acercó hasta los restos de Skinner, los miró durante un buen rato, como si intentara devolverlos a la vida, y se volvió hacia mí.

– Silver -dijo-, ocúpate de que este hombre tenga un entierro digno y limpia la cubierta. Esto es un matadero, así de claro. Y después pueden equipar el *Cadogan*. Propongo a Davis como capitán. Y déjale que se lleve a ese diablo de Graves y a sus compañeros consigo. Si se quedan a bordo los mataré a la primera de cambio, y ¿qué ganaríamos con eso?

– Entiendo cómo te sientes -dije.

– Por todos los diablos que no, Silver. No eres mejor que los demás.

– Ahí te equivocas, Edward -objeté-. Tengo mis defectos, como todo el mundo, pero no mato a la gente sin necesidad, sino sólo por puro placer.

– ¿Y Ricket? -preguntó England con una mueca amarga.

– Fue por necesidad. Un día me lo agradecerás.

– Nunca, John, ¿lo oyes? Y no me vengas ahora con que lo hiciste por mí. Lo hiciste a mis espaldas, sin consultarme.

– Puedes creer lo que quieras, Edward, pero soy amigo tuyo, tanto si te gusta como si no. Con la vida que has llevado, no tienes a nadie más a bordo de este barco y apenas tienes a nadie en otro sitio. Piénsalo bien; el único que saldría en tu defensa soy yo.

England no contestó y se volvió a su camarote con la espalda encorvada. Antes de encerrarse me llamó.

– Silver, no quiero mi parte del *Cadogan*. Es dinero ensangrentado. Reparte la mierda entre la tripulación.

Su grito lo cazaron los que escuchaban atentos. Y de pronto, en medio de todo aquello, se oyó la voz rota y regocijada de Pew.

– ¡Un viva por el capitán England, muchachos!

Y así gritaron por el capitán England, hasta que les hice callar con un rugido que asustó a la mayoría, porque una cosa era bien segura: la burla y la humillación no le correspondían a Edward England.

Capítulo 29

El capitán Skinner significó el principio del fin de England. Por lo general se mantenía apartado, sentado en su camarote, pensativo, y dejaba que yo me ocupara del barco salvo en los asuntos de navegación y en los combates, momentos en los que hacía acto de presencia para refrenar la crueldad y los desmanes. Era como si se hubiera querido liberar ante la eternidad y poner a resguardo su conciencia salvando cuantas vidas le fuera posible.

Yo, por mi parte, a veces intentaba hacerle comprender que a estas alturas nadie se lo agradecería, ni siquiera si Dios existiera, pero todo era en vano. A England se le había metido en la cabeza envenenarse el resto de sus días con reproches y arrepentimientos.

Después de lo del *Cadogan* fondeamos en una bahía para carenar. No lejos de allí había un poblado indígena, y cuando terminamos con el trabajo del barco los hombres se fueron allí como energúmenos. Echaron a los hombres y se follaron a las mujeres desde la mañana hasta la noche durante varios días seguidos. Tenían que recuperar lo que no habían conseguido desde las Antillas, seis meses antes, disfrutar de antemano de lo que no tendrían hasta muchos meses después. Y ocurrió lo que era de esperar. Después de unos días volvieron los hombres con refuerzos y atacaron por todas partes. Matamos a un par de docenas y perdimos a unos cuantos. Ninguno de nosotros lo lamentó. Había sido un precio bajo, decían, por una orgía como aquélla.

England se había pasado la mayor parte del tiempo en su camarote, como si no quisiera saber lo que ocurría, pero subió cuando levamos anclas y sacamos el barco de la bahía. De todas formas, hay que decir que England, con el tiempo, se había convertido en un capitán especialmente hábil. Hacía tiempo que no confundía babor y estribor, tampoco calculaba mal la deriva y sabía cuándo era preciso ordenar aflojar velas. Pero para gobernar un barco tampoco es preciso ser un genio: con la gente England sí tenía dificultades, con todo el

mundo salvo con los muertos, claro.

Nos fuimos a Malabar, en las Indias Orientales, y en menos de un mes nos hicimos con siete buenos botines. Al final llevábamos tanta carga que nos vimos obligados a cerrar las compuertas de los cañones cuando había la menor marejada. Y el consejo votó por Madagascar, adonde llegamos al cabo de un mes. Llenamos la despensa de carne y vendimos una parte de los botines a los caciques, a los que pagamos con oro, plata y piedras preciosas. Esta vez los hombres se comportaron. Entendían muy bien que no podíamos navegar con tanta carga sin peligro para el barco.

Después pusimos rumbo a Johanna, al noroeste de la Gran Isla, donde habíamos acordado encontrarnos con La Bouche, quien le regaló un loro a England. El animal, que bautizaron con el nombre de Capitán Flint, pasó a ser de mi propiedad tiempo después. A falta de otra cosa, en aquel tiempo England dedicaba tanto tiempo al loro como al barco y a nosotros.

Camino de Johanna nos tropezamos con Taylor, que iba al mando del *Victory,* y nos unimos a él. England habría preferido evitarlo, porque Taylor era un salvaje sin remedio. La tripulación del *Victory* lo admiraba y estaba de acuerdo con él, porque su crueldad era desmesurada y por todos conocida: al final, sólo Low y Flint fueron peores que Taylor. Y lo mismo sucedía con la mayor parte de las tripulaciones: sólo admiraban a los que eran peor que ellos. Era el único perdón de los pecados que les interesaba.

Con Taylor a remolque nos dirigimos directamente a Johanna, pero ¿qué anclas nos esperaban allí, sino tres comerciantes, dos ingleses, el *Cassandra* y el *Greenwich,* además de un bergantín de Ostende con veintidós cañones? Nosotros llevábamos sesenta y cuatro, treinta con Taylor y treinta y cuatro nosotros. No tardamos mucho en preparar el barco y después entramos en la bahía en contra de los deseos de England, pero le habíamos ganado en la votación.

El bergantín salió con el rabo entre las piernas, se metió entre los arrecifes y se fue rodeando la costa. Y ¿quién iba a pensar que el capitán del *Greenwich* fuera tan miserable como para dejar el *Cassandra* a su suerte? Sin embargo, fue tan descabellado como arrogante quedarnos con el culo al aire como hicimos. El *Fancy,* con su profundo calado, embarrancó y se quedó varado a mitad de camino. Ni uno de nuestros cañones aguantó mientras el *Cassandra,* que había anclado de través en el camino, nos golpeaba de costado una y otra vez. Taylor en el *Victory,* detrás de nosotros, no podía devolver las andanadas sin hundirnos a nosotros con sus disparos, y se vio obligado a anclar y después salir de allí.

Fue un baño de sangre. En veinte minutos perdimos treinta hombres y otros tantos quedaron heridos y mutilados. Sin embargo,

England parecía ser el más atormentado de todos. Dado su talante, se echó la culpa por todos los muertos. Era culpa suya, creía, aunque hubiera votado en contra, que el *Fancy* quedara teñido por la sangre que flotaba a través de los imbornales.

De todas formas, England comprendió que la única forma de acabar con aquello era silenciando los cañones del *Cassandra.* Él, y yo a su lado, porque yo era así cuando la vida y la muerte estaban en juego, salimos a cubierta como fieras y nos plantamos entre los cadáveres, el griterío, las balas de cañón y las astillas, para que los que habían sobrevivido siguieran luchando por sus vidas y por la mía. England se puso al frente de un grupo de abordaje, cincuenta hombres que salieron con unos gritos de guerra que ponían los pelos de punta, mientras Taylor por fin logró que sus cañones barrieran la cubierta del *Cassandra.* Eso me dio tiempo a mí y a otros hombres valerosos para desplazar nuestros cañones más grandes, del calibre dieciocho, con los que se podía atinar con tan buena puntería como con pocos cuando los manejaban hombres diestros. Y nosotros teníamos a bordo del *Fancy* un artillero que era un fuera de serie en su especialidad. Durante la navegación era un idiota y un loco, pero sabía apuntar como nadie con un cañón, aunque parezca increíble. Le pedí, porque alguien tenía que pensar por él, que disparase al cable del ancla del *Cassandra* y después de tres intentos vimos con alegría cómo viraba y abríamos en sus costados, ya deformados, dos grandes boquetes. Lo hicimos justo a tiempo, porque ya habían hundido uno de nuestros barcos con una bala que convirtió en picadillo a ocho hombres que estaban a estribor.

Los cañones del *Cassandra* se callaron, para alegría y burla de nuestra gente. Pero ¿cree usted que el *Cassandra* arrió velas por eso? No, su capitán era de esos que, por su honor, pueden arriesgar a toda la tripulación. La bandera seguía ondeando a popa cuando Taylor preparó sus barcos para zarpar con ciento cincuenta hombres para añadirlos a los cincuenta del *Fancy,* con un England deseoso de pelea al frente. ¿Por qué diablos no se rendían?, pensé. Seguramente nunca habían encendido una mecha en la santabárbara. Grité y voceé desde nuestra destrozada proa, pero ¿me oyeron? No: los nuestros, en los barcos, creían que los arengaba y se lanzaron al abordaje con unos gritos infernales que pronto se transformaron en ira y decepción.

A bordo del *Cassandra* sólo había muertos y heridos. Los supervivientes ilesos, entre ellos los oficiales, habían huido escondidos tras el humo de su propia pólvora. Taylor estaba fuera de sus casillas por el error, a pesar de que él no había perdido tantos hombres como nosotros, y quería liquidar lo que quedaba de la tripulación del *Cassandra.* No, aquel monstruo no tenía límite, y eso que parecía un cordero. Apenas sabía sostener un mosquete y encima se veía obligado

a confiar en sus ayudantes, entre ellos el contramaestre y el botero, para hacer los trabajos diarios.

England, no obstante, se opuso a Taylor y dijo que ya había suficientes muertos. Se habían perdido setenta hombres de England y veinte más arriarían velas debido a las heridas.

– ¿No es suficiente? -rugió England en el mismo momento en el que yo me encaramaba a cubierta.

Taylor no movió ni un músculo, se limitó a parpadear y a esbozar un gesto flemático con su mano deformada. Era una señal, porque antes de que England se diera cuenta de lo que pasaba, el botero de Taylor había levantado su machete para liquidar a tres heridos del *Cassandra.* A bordo se hizo un completo silencio que sólo duró un instante. Después, England lanzó un grito que hizo que incluso Taylor retrocediera un paso; England sacó el machete y con un movimiento majestuoso, como sólo él sabía hacer, casi partió al botero en dos mitades iguales, ninguna de las cuales estaba más viva que la otra. Taylor sonrió como experto que era, pero nadie se movió del sitio.

– Cualquiera que ataque a un herido o a un prisionero acompañará a este diablo a la tumba -dijo England exhibiendo su imponente caja torácica-. ¿Queda claro? ¿Hay alguien que se oponga?

Nadie.

– England tiene razón -dije yo en un tono claro y conciso-. Los hombres del *Cassandra* no pelean voluntariamente, lo sabéis tan bien como yo. Y hemos perdido a setenta. Necesitamos a todos los que puedan andar. ¿Estamos de acuerdo, señor? -añadí en dirección a Taylor poniéndome frente a él, a un palmo de distancia, y mirándole a los ojos mortecinos-. ¿Verdad que sí?

Taylor parpadeó y abrió la boca, pero sus manos deformadas no se movieron.

– ¿Verdad que sí? -tuve que repetir y ahora en un tono que sobrecogió a la mayoría.

Taylor asintió lentamente y sus ojos, en aquel mundo al revés que era el suyo, volvieron a la vida, porque el miedo también es una forma de vida.

Les dijo a los suyos y a los nuestros con voz hueca que siempre se debía escuchar a los tipos como yo.

– El botín antes que nada -añadió para que diera la impresión de que pensaba por sí mismo-. Lo primero es asegurar la presa y nuestro botín ante los valientes hombres del *Cassandra.* Eso es. El señor Silver tiene toda la razón.

Los hombres me miraron con admiración cuando pasé por su lado. England había perdido la cabeza y la razón, eso le podía pasar a cualquiera, pero yo, con calculada valentía, le había plantado cara a la firme intervención de Taylor, si se me permite decirlo. Eso merecía un

respeto.

Me fui hacia England, que estaba solo y cabizbajo. Por mi parte, procuré no demostrar que me producía cierta alegría, que yo tenía razón y que England estaba en un error. Y es que él, sólo con sus manos, acababa de matar a un tipo, aunque el mundo bien pudiera prescindir de él.

– ¿Lo ves, Edward? -le dije amablemente-. Me necesitas si quieres mantener la vida y la salud durante un tiempo. Con Taylor no se puede jugar, bien lo sabes.

– John -contestó England, y fue la primera vez después de lo de Skinner que me llamaba por mi nombre. Me importa un carajo Taylor, la vida y la salud. He matado a una persona que estaba viva. ¿Entiendes lo que eso significa?

– Tenías todo el derecho, Edward. Ha sido por un buen motivo.

– No, John, te equivocas. Esos motivos no existen, lo he comprendido ahora, aunque sea demasiado tarde. No quitar la vida a nadie, John: eso es lo principal. Matar es el peor crimen de todos.

– ¿Aunque hayas salvado la vida de media docena o más de los hombres del *Cassandra,* a los que el botero de Taylor hubiera cortado la cabeza si hubiera podido llevar a cabo sus planes?

– Sí, incluso así. Te voy a decir una cosa, John: el botero tiene su conciencia que acallar y yo tengo la mía. Y ¿cómo podemos estar seguros de que el botero realmente hubiera matado a los demás? ¿Acaso se lo pregunté antes de perder la cabeza? ¡Fíjate! Si no hubieras aparecido tú, Taylor habría lanzado a todos sus hombres contra mí y contra cualquiera que me hubiera defendido. Podría haber sido un baño de sangre aún peor que el que yo intentaba evitar. No, sólo hay un Mandamiento: «no matarás». Y yo lo he transgredido. Estoy acabado como hombre, John.

Por una vez en la vida parecía estar muy seguro de lo que decía. Miraba al frente con ojos mortecinos, desprovistos de aquella vida que él consideraba sagrada.

Tardamos dos semanas en limpiar los restos de la debacle del *Cassandra,* enterrar a los muertos, acarrear el bote del *Fancy,* inventariar y repartir la rica carga del *Cassandra* y ponerlo todo a punto. El *Fancy* estaba tan dañado que lo dejamos allí y dedicamos nuestras fuerzas al *Cassandra,* que iba a ser nuestro nuevo barco.

No se puede decir que hubiera buen ambiente. England cumplía con su cometido, pero tenía un aspecto triste. Taylor estaba casi siempre a bordo del *Victory*. Primero tuvimos una pelea por los medicamentos del *Cassandra,* porque la mitad de la gente de Taylor se estaba pudriendo de gonorrea y de sífilis. Yo intervine diciendo que la gente de Taylor, con un capitán así de loco, necesitaba toda la ayuda

que le pudiéramos dar. Con el mercurio del *Cassandra,* dije, a lo mejor sentían cierto alivio en el infierno en que se encontraban y podían darse por satisfechos de no estar aún condenados a muerte.

Después, cuando el viento soplaba de donde estaba Taylor, se oían sus juramentos y maldiciones por la blandenguería y el poco carácter de algunos, es decir, de aquellos que no deberían estar a las órdenes de Jolly Roger, los que eran la vergüenza y la deshonra del orgulloso gremio de los caballeros de fortuna, los que arrastraban por los suelos su reputación, que era tan preciada para asustar a la mayoría. No pasó mucho tiempo hasta que de nuevo empezaron las murmuraciones entre nuestros propios hombres. Yo defendía a England, por supuesto, y les recordaba que con él nos habíamos enriquecido bastante, y que no eran muchos los que podían presumir de estos éxitos. «Mirad a Taylor», les dije: no hacía más que jurar y obstinarse. Era pura envidia. Quería apropiarse de nuestro botín haciéndose elegir capitán, pues ¿qué había conseguido Taylor, sino un puñado de desgraciados barcos de cabotaje y nada más? Éste era el único idioma que entendían. Estuvieron tranquilos durante un tiempo, y sólo replicaban cuando los hombres de Taylor se mofaban de ellos porque habían elegido como capitán a un pobre cobarde como aquél, que no soportaba ver la sangre.

Nunca llegaron más allá de algunas escaramuzas, y habríamos podido largarnos de allí de no haber sido por el capitán Mackra, capitán del *Cassandra,* que de pronto salió con una petición de salvoconducto para sí y para lo que quedaba de su tripulación. ¡Pedir un salvoconducto y que le devolviéramos su barco, después de haber matado a cuatro veintenas de los nuestros! De no ser por England, no me habría opuesto a que se diera una muerte lenta y cruel al capitán Mackra, tal como deseaba la tripulación.

Mackra tuvo suerte cuando supuso que England era el lugarteniente del *Cassandra.* Taylor había prometido una recompensa de diez mil dólares de plata a aquel que, indígena o aventurero, le sirviera a Mackra en un plato, vivo o muerto. De mala gana, England admitió a Mackra a bordo, pero era evidente que éste no había entendido la forma de hacer negocios de los caballeros de fortuna para provecho de todos. Mackra se imaginaba que England podía decidir, cuando quisiera y según le pareciera mejor, que era un elegido de Dios, igual que Mackra.

– Señor Mackra -dijo England-, creo que desgraciadamente no ha entendido con quién está tratando. Estos hombres odian a los capitanes, a todos los capitanes, incluso a los suyos propios, menos a los más crueles como Taylor. A usted lo detestan especialmente porque le hacen responsable de ochenta muertes.

– Sólo cumplí con mi obligación -declaró el capitán Mackra con

vehemencia.

Yo, que estaba sentado representando a los hombres, solté una carcajada.

– Si quiere salir con vida de ésta -dije-, acepte un buen consejo. No pronuncie nunca más la palabra «obligación». Con ciento veinte muertos sobre su conciencia, sería una locura.

– ¿Sobre mi conciencia? -exclamó Mackra, molesto-. ¿Quién fue el que atacó? ¿Acaso no tenía todo el derecho y la obligación de defenderme?

– No -replicó England con sequedad.

– Pero habrían descuartizado hasta el último hombre -replicó Mackra.

– ¿Y usted qué sabe? -espetó England, como cabía esperar-. Le voy a decir una cosa, capitán: la única obligación que tiene el hombre es guardarse la vida. Sólo por eso voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que se pueda ir de aquí con sus hombres, pero no espere de mí misericordia ni compasión. No se merece usted ni lo uno ni lo otro, igual que nosotros.

Mackra miró a England sin comprender lo que pasaba.

– No será fácil -continuó England-. Voy a hacer lo que pueda, pero usted también tendrá que ablandar a Taylor si es que pretende salir bien librado.

– Y ¿cómo? -preguntó Mackra.

England dejó caer los brazos.

– ¡Eso sólo el Diablo lo sabe! -dijo-. Pero pregunte a Silver: nadie conoce a esos bárbaros mejor que él.

Mackra se dirigió hacia mí.

– Lo mejor sería que Taylor decidiera si va a colgarlo o a partirlo en dos -contesté después de reflexionar un momento-. Es posible que se ablandara, de manera que sus hombres quedasen liberados. Claro que eso no es ninguna solución. England se opondría, y usted mismo no tiene lo que hay que tener. Así pues, propongo que invite a Taylor, lo atiborre de ron, le demuestre el respeto y admiración que se merece un capitán como él y confíe en lo mejor. No puedo hacer nada más.

Taylor subió a bordo ese mismo día, ya más tarde. Estaba de un humor de perros; gritaba y juraba cuando lo subieron a bordo. Con sus inútiles manos no podía subir él solo por la escala. Ni England ni yo lo ayudamos, porque a Taylor le molestaba y le humillaba que se notase su incapacidad ante los que no estaban a sus órdenes, es decir, ante los que no podía amenazar con la muerte cuando le viniera en gana.

– ¿Dónde demonios está el cobarde de Mackra? -gritó tan pronto como puso los pies en cubierta-. Le voy a cortar las orejas a ese diablo.

Claro que esto era para la galería. Ni siquiera Taylor podía pensar que Mackra fuera tan imbécil como para haberse vuelto con las manos

vacías.

Le arreó una patada a la puerta del camarote y gritó de manera que nadie dejara de oírlo.

– Por todos los demonios, England, ¿aún no le has partido el cuello a esa carroña?

Sin embargo, cerró la puerta tras de sí para saber cuál era la propuesta de Mackra antes de tomar medidas. Yo me puse en un vento en el castillo de popa para oír bien todo lo que pasara.

Mackra se sentía envalentonado, protegido por sus cañones, pero se puso de rodillas y se deshizo en halagos hacia Taylor, Éste no dijo mucho; no hizo más que beber un vaso de ron tras otro esperando el mensaje de Mackra. Pero no hubo nada de eso, y al final Taylor perdió la paciencia.

– Habla de una vez -gritó-. ¿Qué es lo que quieres?

Y Mackra, sin haber entendido nada, contestó que necesitaba un barco, el que fuera, para poder irse a casa con sus hombres.

– Vaya -dijo Taylor, dulce como el almíbar-. Y ¿qué recibiríamos a cambio? ¿El señor capitán nos puede pagar de alguna manera?

– Ya han recibido ustedes mi barco, el *Cassandra,* con toda su carga. ¿No es suficiente pago?

– ¿Recibido? -gritó Taylor, lleno de ira y desprecio-. ¡Recibido! Lo hemos apresado, al precio de ochenta expertos marineros muertos. Hemos pagado cien veces más de lo que vale esta maldita chatarra. Y creéis que podéis comprar el salvoconducto con algo que ya es de nuestra propiedad. ¿Habéis perdido el juicio?

Taylor dio una patada en el suelo, como siempre que estaba furioso, ya que no podía cerrar el puño y dar un golpe en la mesa.

England estaba sentado en silencio. Entonces oí que Taylor se levantaba y se dirigía hacia la puerta.

– Mackra -dijo cuando se iba-, si de verdad piensas que te debemos algo, estás muy equivocado. Mis hombres te odian como a la carroña que eres, así que nos lo pagarás muy caro.

Le dio una patada a la puerta.

– Taylor -dijo England con voz autoritaria-, por una vez estoy de acuerdo contigo. El capitán Mackra no se ha hecho merecedor de clemencia. Tiene en su conciencia ochenta muertes, pero en eso ni tú ni yo somos mucho mejores. Ya lo he dicho una vez sin que me escucharas. Ya hemos visto suficiente sangre en esta maldita bahía. Te estoy diciendo, Taylor, que si le pones la mano encima a Mackra será por encima de mi cadáver.

Se hizo el silencio y después oí resoplar a Taylor.

– Será como dices, England. Por encima de tu cadáver. ¡Aquí el contramaestre! -añadió Taylor.

En su enfurecimiento, había olvidado que no se encontraba a

bordo de su barco. Sin embargo, yo me dirigí hacia el camarote con una expresión que podía asustar al más valiente.

– ¿Dónde está Mackra, el capitán del *Cassandra*? -bramé.

Mis palabras iluminaron la cara de Taylor. Mackra se encogió y England me miró como si fuera una aparición. Saqué mi machete y lo clavé en la mesa con tal fuerza que la empuñadura quedó temblando. El miedo se pintó en los ojos de Mackra; ni siquiera Taylor estaba tranquilo. Sabía, o al menos eso creía él, lo que pretendía yo con mi aparición, y sintió el miedo mezclado con el entusiasmo.

Me acerqué a Taylor; él a su vez no pudo evitar retroceder un paso. Después llené de ron cuatro vasos bien grandes y alcé uno de ellos.

– Un brindis por un capitán valeroso.

Taylor me miraba dubitativo, pero a pesar de todo comprendió que no me refería a él.

– Un brindis por un capitán al que ha abandonado su propia gente -continué-, y que de todas formas se defiende con el triple de fuerza. Bien distinto es de todos vosotros, mariconazos, que no os atrevéis a acercaros a una mosca sin ser diez contra un solo enemigo.

Miré durante un rato bastante largo a England y a Taylor.

– Es decir, un brindis por el capitán Mackra -bramé con la mano en el machete.

Primero Taylor, de golpe, y después England, despacio, con un asomo de sonrisa en los labios, levantaron los vasos y brindaron.

– ¡Que nos sobreviva a todos! -exclamé yo después de haber apurado de un trago el vaso, dejándolo en la mesa con tal fuerza que se hizo añicos.

– ¡Por todos los diablos! -dijo Taylor lleno de admiración.

Tenía buen olfato para aquel tipo de actuaciones, no cabía ninguna duda.

Aquellos capitanes piratas tan crueles en el fondo casi siempre eran así de veletas. Iban a acabar con medio mundo, rugían, y al momento siguiente ya se habían esfumado las ganas, el afán y el entusiasmo. Perdían todo el interés, permitían que los capitanes de la peor ralea siguieran con vida, cuando habían jurado que morirían entre atroces sufrimientos. No, nunca fueron buenos asesinos, aunque pareciera lo contrario, y habrían sido unos malos verdugos porque enseguida se habrían cansado de un trabajo tan monótono. Y así van las cosas cuando uno no sabe qué quiere ni para qué sirve. Si me lo preguntan, diré que Taylor, Flint y Low están a la misma altura de grandes personajes como Cromwell y santo Domingo. Permítame decírselo, señor Defoe, ya que no hizo usted tales comparaciones; permítame decírselo a todos los que claman venganza contra tipos como yo.

De esta manera salvé la vida de Edward England y también la del capitán Mackra, porque a partir de entonces Taylor quiso estar a buenas conmigo, como si yo fuera el más importante de mi territorio. A Mackra le dieron el viejo y desvencijado *Fancy* y le dejaron hacer lo que quisiera o lo que pudiera con él. Consiguió levantar un palo de emergencia y se hizo con provisiones y agua para llegar a Malabar. Allí le hicieron toda clase de honores, lo nombraron gobernador y después lo enviaron al frente de una escuadra a la caza y destrucción de los piratas. Una cosa es bien segura: si en algún momento me lo hubiera encontrado con el *Walrus,* no me habría costado nada acabar con su preciosa vida. Y el diablo sabrá si incluso Edward England, que a estas alturas está en el Cielo o en el Infierno, si es que existe, no me lo hubiera agradecido, a pesar de todo. En el fondo, Edward England no era mal hombre.

Lo que pasa es que no fue suficiente para continuar como capitán, desde luego que no. Nos dirigimos hacia la isla Mauricio en compañía de Taylor, pero sin encontrar presa alguna. Los hombres lo tomaron como pretexto, llamaron a consejo y despidieron a England. En el libro de a bordo se inscribió, pues éramos muy cuidadosos con eso, que England había demostrado demasiada humanidad en el caso de Mackra y que por tanto no servía para ser capitán. En caso de lucha entre la vida y la muerte, alegó alguno, no se podía tener un capitán con esa debilidad por el bien y el mal de la gente. «Sería muy peligroso», se dijo, no sin cierta razón.

A England se le dejó en un pequeño bote para que llegara a Madagascar si es que podía, pero sin su loro. Me lo tuve que quedar yo.

Naturalmente, se eligió a Taylor capitán tanto del *Victory* como del *Cassandra.* Yo fui elegido su contramaestre y me enfrentaba a él cada vez que había una queja de la tripulación, pero también era yo el que castigaba en su nombre, como dictaba la costumbre. Y así fueron las cosas también por aquí, me temían y me respetaban en todos los sentidos. Insobornable: ésa era mi reputación, la de un tipo que no se podía comprar ni por dinero ni por otra cosa.

Navegué con Taylor medio año. Nos hicimos con importantes presas y éramos crueles como pocos ahora que England ya no estaba. Me hice rico, igual que muchos otros, cuando apresamos al virrey de Goa en persona y pudimos pedir rescate. Ya era casi un potentado cuando tocamos puerto en Madagascar, y no tenía demasiados ánimos de seguir aquella vida monótona.

No porque en su lugar dispusiera de otra. Me licencié en la isla de Sainte-Marie con permiso del consejo, y por eso me dieron la parte que me correspondía del botín, a pesar de que el grupo no se había disuelto. Iba en contra de las reglas, pero creo que la mayoría quedó

contenta al poder deshacerse de mí, la única conciencia con que se podían encontrar. Me fui a Plantain, en la bahía de Ranter, que era donde había conseguido England su último refugio, y allí le vi morir. Si mi compañía le alegró algo, no me lo demostró. Yo era y seguí siendo su espíritu malo, el que lo había llevado a la ruina.

Lo cierto es que fue un hombre recto. No se rindió ante nadie, dejó siempre que cada uno viviera a su antojo, pero fue en su propio detrimento, de verdad: tan cierto como que me llamo John Silver. Porque si alguien tuvo una muerte dolorosa y desdichada, por los remordimientos de conciencia y la angustia, ése fue Edward England. Sin provecho ni alegría para nadie.

Capítulo 30

Así pues, al final lo ha conseguido, señor Defoe. Ahí tiene mi relato sobre England con pelos y señales, y no sólo los nombres de los barcos que apresaron Taylor y él, juntos o por separado. Admita que su propia historia sobre Edward England era bastante limitada, poco más que un esquema que nadie se hubiera creído de no ser por la fama que usted tenía.

La vida es, de todas formas, algo muy especial. Ya lo decía England a su manera. ¿No le parece, señor Defoe? A pesar de todo, he empezado a preguntarme cuál fue el sentido de un destino como el de England. ¿Sirve de algo ser como era England? Seguramente usted, señor Defoe, se estará frotando las manos al pensar que empiezo a arrepentirme de mi vida criminal, como England, y que debería quedarme en vela por las noches, carcomido de arrepentimiento por mi vida pecaminosa y atea. Pues está muy equivocado. Yo no era tan bueno como England ni tan malo como Taylor, y eso es lo que hay. Mi norma era tener la espalda a cubierto, eso es una cosa, y las consideraciones sobre el bien y el mal es otra muy distinta. Es una pena que no podamos hablar de esto porque usted, dondequiera que se encuentre, sigue tan callado como una tumba.

Incluso aquí, en mi roca, se extiende el silencio cada vez más; por lo que sé, no me estoy quedando sordo. De cualquier forma, ya no existe aquel alboroto, ni se oyen los ruidos de antes. La mayor parte de los negros me han abandonado a mi suerte, lo cual me parece justo. Ni siquiera tengo ya ganas de irritarme cuando vienen a pedirme permiso antes de marcharse. Me agota escribir una vida como la mía, me quedo sin fuerzas. Sí, seguramente me estoy matando al intentar darle algo de vida al cadáver de la memoria. En eso parece que hago lo mismo que usted, señor Defoe. Usted siempre llegaba sin resuello a nuestras charlas en el Angel Pub. Ya fuera por una cosa o por otra: un político cuyos puntos de vista usted rechazaba furiosamente, como si el mundo se hubiera de venir abajo; un acreedor que le pisaba los talones; uno que no tenía la misma opinión que usted y al que iba a hacer callar para siempre; un impresor que usted quería que ardiera en el Infierno porque, para salvar el pellejo, había revelado que había sido usted quien se ocultaba tras una incómoda diatriba; un crítico al que hubiese aplastado porque lo había acusado de falsedad o porque

no había entendido del todo alguno de sus escritos, si es que los leyó. Siempre había algo que lo sacaba de sus casillas, y hacía que usted se enfureciera contra la incomprensión de la gente.

Un día, cuando apareció usted, yo ya estaba sentado en una mesa junto a la ventana del Angel Pub y había visto que un grajo se posaba en la oreja de un ahorcado en el muelle de las Ejecuciones, cosa que me alegró enormemente por el grajo.

Usted se sentó pesadamente a la mesa. Sus ojos estaban completamente rojos y acuosos, la piel pálida, casi transparente, como si la sangre se le hubiera ido del cuerpo, y su mano derecha parecía enrampada como si cogiera un lápiz invisible. Encargué dos vasos grandes de un ron de caña de primera, y usted se lo bebió de un trago sin parpadear. No me hubiera sorprendido oír cómo el líquido llegaba hasta su estómago, de lo vacío que estaba.

– Amigo mío -dijo usted cuando el ron le devolvió un poco de vida-, eso de ser escritor es un asco. He estado toda la noche escribiendo páginas y más páginas: me he peleado con la peste, he corrido en el burdel con Moll Flanders, he enseñado al coronel Jack a robar, y por si fuera poco, al final he aportado como prueba, después de cuatrocientas páginas, el principio del buen matrimonio cristiano. Dos obras el año pasado. Casi cuatro mil páginas y un par de artículos a la semana. ¿Cómo va a desear alguien esta vida? Por lo menos, usted pudo protegerse con los guantes, pero mire mi mano: agarrotada de tanto escribir. Míreme, estoy completamente drenado, tan vacío como una cuba de ron ya agotada, como diría usted probablemente.

– ¿Por qué? -pregunté-. Si continúa así va a acabar con su vida.

– Exactamente -contestó Defoe con una sonrisa cansada-. Eso es precisamente lo que estoy haciendo. Toda la vida he luchado con mi lápiz por una cosa o por otra, a favor y en contra, con todos los trucos y las tretas permitidos y prohibidos. Fui el brazo derecho del Gobierno, primero de buena fe y luego sin ella. Mi lápiz era un arma certera y afilada, pero ¿era yo quien la esgrimía?

De pronto se echó a reír a carcajada limpia.

– ¿Sabe una cosa, Long? -continuó-. Este brazo derecho no ha sido mío durante veinte años. Imagínese que el Gobierno me pagaba por escribir el periodicucho de *Mist, Mist,* que era el enemigo número uno del Gobierno. Me pagaban con fondos reservados para suavizar las críticas que hacía *Mist* del Gobierno. Mi vida, señor Long, ha sido un continuo robo y una continua delación. En pocas palabras, no me ha pertenecido. Así pues, ahora escribo Crusoe, Moll Flanders, Singleton y los demás para evitar ser yo mismo. O quizá porque por vez primera en mi vida puedo ser yo mismo. ¿Lo puede entender?

– No.

– Pues así es, de todas maneras. Cuando escribo sobre Moll

Flanders disfruto de mi vida como nunca.

– En ese caso, esta nueva vida tiene que ser endiabladamente cansada -observé-, al menos a juzgar por su aspecto. Si se puede saber, ¿quién es Moll Flanders?

– Una puta -dijo usted en tono de disculpa.

Me tocaba a mí el turno de reír.

– Entonces ya entiendo por qué tiene usted ese aspecto de llevar encima siete penas y ocho pesadumbres. ¿No podía haber optado por una profesión y posición más sencillas? Sin ánimo de ofender, podía haber usted elegido otra cosa. Un rico noble con propiedades y aquel feliz matrimonio cristiano del cual escribe.

Pero no, por lo visto no pudo. Sólo quería escribir sobre los condenados y los pecadores, y por ello pasó lo que pasó. Una cosa es segura: no envidié la vida que llevaba. Por cierto que le pregunté si estaba satisfecho de su vida.

– Dicha sea la verdad -contestó usted abriendo los brazos-, no tengo tiempo de pensarlo.

Pero un día, el último que nos vimos, llegó usted con unos ojos como platos. Por una vez, su mirada relucía de esperanza y de satisfacción.

– ¡Por fin! -gritó usted aún en la puerta-. Hoy lo va a ver.

– Ver ¿qué?

– Un ahorcamiento, naturalmente. Hoy van a colgar a tres piratas del grupo de Taylor.

– Veo que se alegra -comenté.

– Más que eso, amigo mío. Soy muy feliz, por usted y por mí. Usted quería ver un ahorcamiento, ¿no?

– Yo no he dicho eso. Fue usted quien lo dijo.

Y la verdad es que así era, pero Defoe, que era muy pícaro, ya se había imaginado cómo estaban las cosas. Lo cierto es que a mí no me alegraba aquello tanto como a él. Además, era gente de la banda de Taylor, marineros que yo conocía al dedillo después de haber sido su contramaestre durante más de medio año. Pero eso ni siquiera Defoe lo sabía. Muy pocos estaban enterados de que había navegado con Taylor.

– Lo que sea, señor mío -dijo Defoe-. Pero un ahorcamiento siempre vale la pena, siempre es un espectáculo enriquecedor; tiene que admitirlo, y además creo que ya estábamos de acuerdo. No me malinterprete, no me alegro por el pobre diablo que va a morir. Yo no soy así, ¿verdad? Pero la muerte es de alguna manera el punto culminante de la vida, sea antes de tiempo o en el momento perfecto, si es que éste existe. No es el punto culminante en lo que se refiere a

felicidad, desde luego, pero sí el momento en que toda la vida aparece bajo una luz más clara. Es entonces cuando uno tiene que juzgar irrevocablemente si la vida ha valido la pena. ¿No le parece? ¿No es la muerte la unidad de medida de la vida?

– No -dije-; la condena sí es la unidad de medida.

– ¿Qué me dice? -dijo con una sonrisa satisfecha a la vez que tomaba nota aun estando borracho como una cuba-. ¿Dice usted que es la misma condena? Entonces, ¿cómo se puede medir la vida de los otros, de la mayoría, de los que nunca serán condenados a muerte?

En aquel tiempo yo no tenía respuesta a su pregunta, que por otra parte tampoco era mi problema.

Defoe me llevó consigo al muelle de las Ejecuciones, donde ya se había reunido una masa de gente desenfrenada y entusiasmada. Defoe era de los que se ponían con las manos en jarras a la vez que iba abriéndose paso a codazos con gritos lujuriosos, de manera que al final estuvimos en primera fila, sólo a unos pasos de las tres horcas y del verdugo que estaba muy ocupado en manipular los nudos para que corrieran fácil y libremente. Eché una mirada a un lado y a otro, poniéndome en guardia. Ya sabía cómo era cuando la gente se apiñaba, no se podía confiar en nadie. Con unos gritos acompasados, el entusiasmo de un agitador, de miedo o de ron, podían lograr de golpe que cualquiera se desbocase como un purasangre. Y en medio podía esconderse cualquier elemento: chivatos, fiscales, policías de aduanas, aquellos a los que les gustaría echar el guante a un tipo como yo.

Enseguida se oyeron los tambores. Los agentes de policía gritaron y graznaron para que la masa se apartara y dejara pasar un carro con los tres condenados y un cura que desgranaba una oración tras otra. Dos de los tres condenados iban cabizbajos, se veía de lejos. El tercero, sin embargo, andaba bien erguido y gritando con descaro a las jóvenes que quedaban a su alcance, que por cierto se sonrojaban olvidando por completo que en cuestión de unos minutos ese hombre ya no podría cumplir sus deseos más íntimos nunca más. Algunos muchachos aplaudían la bravura del hombre pensando que ellos se hubieran comportado de igual forma en una situación como aquélla.

– ¿Ve la diferencia? -dijo Defoe-. ¿Cómo es posible?

No contesté, apenas le escuché. No podía quitar ojo de aquellos hombres que dentro de poco iban a dejar de existir. ¡Yo, que había visto a tantos quedar destrozados por las balas de los cañones y de las estacas sin que me afectara en absoluto! Dicho de otro modo, aquello era completamente distinto. Aquí no cabía la esperanza, ni el seguir luchando por conservar la vida. No había más elección que guardar la compostura, la espalda recta o encorvada, la bravura o la congoja, como si eso tuviera importancia. Naturalmente, Defoe creía que era

importante mantener la compostura, que eso decía algo acerca de la vida. Es posible, pero en la actitud de aquel hombre valiente yo sólo veía embustes y tonterías. Debería haber cerrado el pico. Jugar con la horca, apuntarse un tanto cuando ya era demasiado tarde, era vergonzoso. No, esos hombres deberían haber arengado a la masa diciéndoles que encarrilaran sus mezquinas vidas. Porque si había algo que yo creía saber con seguridad, a la sombra de la horca, era que mi vida valía la pena vivirla, aunque sólo fuera para no acabar colgado de la cuerda.

– ¿No se encuentra bien? -me preguntó de pronto Defoe, dándome un codazo punzante como una aguja.

– No me pasa nada -le contesté-. Por lo menos comparado con esos desgraciados.

– No es usted de gran ayuda -dijo en tono reprobador-. Había esperado mucho más de un hombre tan experimentado como usted.

– ¿Sobre qué?

– Supuse que podría deducir qué tipo de piratas fueron en vida. Que se podría confirmar cómo se debe vivir para afrontar la muerte con la frente bien alta. En serio, había esperado un poco más de cooperación.

No quería defraudarlo, así que miré un poco más detenidamente a aquellos tres. De pronto, cuando estaban suficientemente cerca, los reconocí. Claro que sí: eran tres hombres de Taylor, tres marineros rasos que seguramente nunca levantaron la voz ni enseñaron las uñas si no hubo razón para ello. Como el resto de nosotros se habían enrolado con la esperanza de compartir un botín. No les gustaba su capitán, comían mal, trabajaban de más debido a la escasa tripulación, no esperaban nada ni antes ni después, es decir, lo normal, y se acabó, en lo que se refería a ellos, por lo que yo podía juzgar. Lo único que habían pretendido era un poco de alivio en sus desgraciadas vidas, y por eso los iban a colgar.

Los subieron a la tarima y colocaron a cada uno delante de su escalera y debajo de su lazo. Y fue entonces cuando se vio que la frescura del que iba bien erguido no era más que una pose. Ante la visión del lazo se quedó mudo, ni pizca más arrogante que los otros. Al contrario, porque las piernas le empezaron a temblar hasta tal punto que apenas se tenía en pie.

– ¿Lo ve? -le dije a Defoe devolviéndole el codazo-. La única diferencia es que éste no se podía imaginar lo que iba a pasar. Lo ha tenido que ver con sus propios ojos. Hay muchos como él entre los piratas, ya lo puede usted anotar en su libro.

En aquel mismo momento empezaron a leer solemnemente la condena.

– Ustedes tres, Thomas Roberts, John Cane y William Davison, en

nombre de nuestro respetado George, Majestad de Gran Bretaña y bajo su autoridad, han sido condenados según lo siguiente: por el hecho de, con desprecio manifiesto e infringiendo las leyes de nuestro país, a las que deberían haberse sometido, de mala fe haberse unido y aliado de una forma que disturba y aniquila los contactos comerciales marítimos de Su Majestad y, de acuerdo con esta mala intención, haber intervenido en treinta y dos ataques a barcos en las Antillas y a lo largo de las costas de África. Gracias al testimonio de súbditos honrados y fidedignos, han sido ustedes condenados por traidores, ladrones, piratas y enemigos de la humanidad.

Ninguno de los condenados parecía haber oído la sentencia. Seguían con la cabeza baja cuando fue leída la orden de ejecución.

– Ustedes tres, Thomas Roberts, John Cane y William Davison, han sido condenados a ser devueltos de donde salieron para después llevarlos al lugar donde se cumplirá la sentencia, que es el muelle de las Ejecuciones. Allí serán colgados del cuello, entre el ascenso y el descenso de la marea hasta que les llegue la muerte. Después serán bajados y sus cuerpos serán expuestos al escarnio público.

Había ido precisamente para eso. ¿Y qué fue lo que oí? ¡Pues que yo también era un enemigo de toda la endiablada humanidad, ni más ni menos! ¿Quedaba algo para un tipo como yo? Si a aquellos pobres desgraciados que apenas habían matado una mosca se les condenaba a la muerte, ¿cuál no sería la alegría, en nombre de la justicia, si echaran el guante a un tipo como yo? No estaba en las listas del Almirantazgo, eso era seguro, y Defoe no abriría la boca, pero un solo testigo entre los súbditos que se llamaban honrados y fidedignos bastaría para mandarme a la horca. Y frente a eso, ¿de qué servirían mis guantes y mis manos sin marcas?

– Aún hay más -dijo Defoe de pronto.

El ejecutor sacó un nuevo documento.

– Paso a leer una declaración de los condenados. Dice así: «Nosotros tres, Thomas Roberts, John Cane y William Davison nos arrepentimos profundamente, sentimos haber deshonrado a Dios y no haber obedecido a nuestros padres. Hemos maldecido y jurado, hemos tomado el nombre de Dios en vano. Hemos pecado contra la castidad. Y hemos desafiado al Espíritu Santo, siendo culpables de robos y de otros crímenes de piratería en los que también hemos matado. Pero uno de los pecados que nos han seducido al menos tanto como los demás ha sido la bebida. La bebida fuerte es lo que nos ha incitado y nos ha hecho capaces de cometer los crímenes que ahora nos resultan más amargos que la muerte. Desearíamos que los capitanes de barco no trataran a sus hombres de manera tan dura y brutal, como hacen muchos, porque eso nos lleva a la tentación. En honor a la verdad, afirmamos que despreciamos los pecados que pesan sobre nuestra

conciencia. Advertimos a todo el mundo, en especial a la gente joven, de los pecados como éstos. Deseamos que todos queden advertidos con nuestro ejemplo. Pedimos perdón por Jesucristo Nuestro Señor y Salvador; toda nuestra esperanza está en sus manos. Dejad que nuestra terrible deuda quede lavada con su sangre. Sabemos que tenemos dentro un corazón endurecido y lleno de maldad. Rezamos a Dios para que se apiade de nosotros. Somos siervos de Cristo, humildemente agradecidos por los esfuerzos hechos por nuestra salvación. Dios premie su benevolencia. No dudamos, sino que esperamos que Dios, a través de Cristo, tenga misericordia de nosotros en la hora de nuestra muerte y que nos abra la puerta de Su reino. Deseamos que otros, sobre todo los que están en la mar, sean partícipes de Dios cuando hoy vean lo que nos pasa a nosotros.»

La voz del ejecutor se apagó y se hizo un silencio sepulcral. Parecía que algunos estaban afectados por aquellas necedades. Los curas estaban bien satisfechos, pero su Dios no levantó ni un dedo para ayudar a un marinero en apuros. Estaba al lado del capitán cuando éste dejó caer el golpe del látigo en la espalda de los marineros, cuando disminuyó su ración de comida, cuando dejó de pagarles la soldada, cuando les obligó a subir al aparejo en plena tormenta y cuando los dejó morir de enfermedad si eso le permitía ahorrar dinero de sus arcas. ¿Y quién enviaba las tormentas en que naufragaban los barcos? ¿Quién era el que levantaba marejadas que hacían que a los lobos de mar se les helaran las manos y perdieran el agarre a los remos, y así los marineros desaparecieran por la borda?

Cuando terminó la lectura de la confesión, los condenados elevaron las miradas. Al tiempo, el ejecutor tomó la palabra de nuevo.

– Que esto sirva de reflexión -voceó.

Entonces ya no pude contenerme.

– ¡Al diablo! -grité con mi vozarrón de contramaestre-. ¡A Dios le importan un cuerno los marineros y la gente normal!

Se hizo un silencio sepulcral. Pero yo y todos los presentes vimos que los tres condenados a muerte daban un respingo y volvían a la vida. Nuestras miradas se encontraron y entonces, sin más preámbulos, Thomas Roberts, el que a pesar de todo algo tenía en la cabeza, gritó:

– ¡Silver, John Silver! ¡Sálvanos de la horca!

Hubo una expectación sin igual, como cabe suponer, y suerte que tuve, porque si no aquello hubiera sido mi fin. Conseguí confundirme entre el gentío. Cuando ya me había alejado un poco volví a hablar.

– ¡Huid! -grité-. ¡La banda de Taylor está aquí para liberar a los prisioneros!

Se armó una algazara y fue fácil dejarme llevar por la corriente, pasar el río y acabar en el Angel Pub. Y ¿qué fue lo que vi desde allí,

con un vaso en la mano? El señor Defoe estaba rodeado de policías, como si fuera el mismísimo Taylor. Defoe, supuse, no había pensado en salir por piernas. Bueno, pues a pesar de todo fue lo más justo. No me hizo caso cuando yo empecé a graznar, y ahora tiene que pagar por todo aquello. Por un momento, hasta que pudo explicarse, comprendió lo que se siente al ser detenido como enemigo de la humanidad, e incluso quizás entendió por fin que, en honor a la verdad, la berlina no era nada comparada con la horca.

Por lo demás, la multitud se había dispersado; los hombres de Taylor se habían perdido de vista. Lo que conseguí con todo esto fue que Thomas Roberts, John Cane y William Davison murieran en paz, bendita sea su memoria, porque cuando al final se estiró el lazo, sólo estaba Daniel Defoe mirando, cabizbajo y aterrado ante la muerte.

– Hands -le dije yo a aquél-, esto no es vida. Me voy a ir en el primer barco que vuelva a las Antillas y buscaré la felicidad con un capitán competente. ¿Se viene?

Su cara resplandeció como un sol, a su manera, y me invitó a un vaso de su mejor ron, que sabía a diablos.

Así fue, señor Defoe, como lo dejé a usted en Londres, un agujero pestilente, si quiere que le diga la verdad, y me largué en compañía de Israel Hands, herido en la pierna por Barbanegra y por fin trasladado de esta tierra para siempre y sin que el jovenzuelo Jim Hawkins lo echara de menos.

Allí lo dejé convencido de que sería para siempre, aunque usted, por insólitos caminos, consiguiera hacerme llegar una obra sobre los piratas, un libro firmado y dedicado: «A Long John Silver, con el deseo de que disfrute de una larga vida.» Mantuvo su promesa de que yo no figurase en el libro con mi nombre y se lo agradezco. Pero naturalmente descubrí, para mi satisfacción, que no pudo dejar de sacarme aunque fuera en un rincón, con motivo de la escena entre England, Taylor y Mackra. «Un hombre -escribía usted-, con unas patillas crecidas a lo salvaje, pata de palo y cargado de pistolas, salió a cubierta jurando y maldiciendo, y gritó llamando al capitán Mackra…» Así escribió y así pase, porque apenas dijo la verdad, teniendo en cuenta que yo nunca he gastado pata de palo. Esto si se ha de decir la verdad, como era la intención.

Así pues, lo dejo aquí de nuevo, Defoe, y esta vez creo que para siempre. Lo que queda de mi vida no es para sus oídos. Usted tenía dificultad para escribir sobre la crueldad de los piratas, sobre la sangre y sobre la muerte. El tiempo que pasé con Flint, supongo que lo habrá entendido, contenía bastante de todo eso, y el diablo sabrá si tengo ganas de explicarlo con detalle o si ni siquiera tengo ánimos para ello. Yo no conté, al contrario que usted, cuánta gente matamos, cuántos

barcos apresamos y hundimos, a cuántos botines echamos el guante, cuántas millas recorrimos navegando.

No creo que nos encontremos en el cielo, ni siquiera si existiera. De todas maneras usted me hizo compañía durante un tiempo, en mi mayor soledad, cuando yo necesitaba a alguien con quien hablar. Se lo agradezco, aunque de todas formas usted no pudo elegir. Pero siempre es necesario tener a alguien con quien hablar.

Capítulo 31

Los días transcurren sin que me dé cuenta, unos iguales que otros. Me despierto, me levanto, desayuno, recuerdo y escribo, ceno, me duermo de nuevo y sueño. Me despierto, escribo, estiro las piernas, digo algunas palabras si hay alguien a mi alrededor, cosa poco frecuente, escribo, ceno. Anochece, contemplo la oscuridad, no veo nada, oigo ruidos, recuerdo de nuevo una cara que no sabía que había existido en mi vida; un tono de voz, no sé de quién; o el olor de la tierra al amanecer, pero de dónde; un machete, el mío, que abre un tajo en algún pecho, y el grito que le sigue; o un pirata sin nombre, no soy yo, que se ahoga en su propio vómito de ron con los bolsillos llenos de monedas de oro; u otro, yo mismo, que patalea cuando el lazo se le ciñe alrededor del cuello. Pero no, no puede ser un recuerdo, como mucho un temor, porque yo sigo vivo, aunque a veces llego a dudar de ello. Es sólo uno de esos monstruos con los que me castiga mi pensamiento; sigo mirando la oscuridad, llamo a alguien para espantar el silencio y olvidar el miedo y mis recuerdos, pero casi nunca hay nadie tan cerca que me llegue a oír. Me maldigo por haberlos dejado libres, mis indígenas, que no son míos. Incluso un esclavo debería saber llenar el silencio. De todas formas el tiempo pasa, me duermo, sueño como si estuviera despierto, despunta un nuevo día, pero ¿cómo sé yo que no era el que amaneció ayer o anteayer?

Por primera vez en mucho tiempo, creía yo, vino Jack. Se sorprendió de mi alegría, pero yo estaba realmente contento de verlo.

Necesitaba sentir que había alguien más que yo en este mundo; alguien que no fuera sólo un eco en mi mente.

– ¿Dónde te has metido últimamente? -le pregunté.

Me miró sin comprender.

– Sí, metido -expliqué-; en otras palabras, ¿dónde paras?

– Sí, ya entiendo el idioma -dijo Jack-. He estado por aquí.

– ¿Por aquí? -repetí yo, inquieto.

– Sí, ¿dónde si no?

– He estado llamando… -empecé a decir, pero me interrumpí.

¿Me había imaginado que había llamado a Jack o a cualquier

otro? ¿Lo había soñado?

– A veces no estoy -dijo Jack-. Voy a buscar comida para la despensa.

Sí, estaba claro, me dije: tenemos que comer para vivir, queramos o no. Quizá lo había llamado justamente cuando estaba fuera buscando provisiones frescas o llenando la despensa. También pensé que se cuidaba de los víveres él solo, y que ni siquiera me preguntaba lo que necesitábamos, o cómo lo íbamos a pagar. ¿Era justo que se ocupara de mí sólo porque me llamara John Silver?

– Espero que los demás te echen una mano -dije-. Habría colaborado, pero ya sabes cómo están las cosas. No es fácil para un tipo como yo andar correteando por el monte cazando jabatos.

Naturalmente, aquello era mentira. Por lo que yo recordaba, tener una sola pierna nunca me había impedido hacer lo que hiciera falta. A pesar de todo, era una buena excusa.

– Ya lo sé -dijo Jack.

– ¿Sabes qué?

– Que te haces viejo, como todos.

– Viejo y chocho. Ya no sirvo para gran cosa, ¿verdad?

– No -contestó Jack, que era un alma sincera.

– Y entonces ¿por qué te quedas aquí? -pregunté-. Eres libre de ir adonde quieras. ¿Por qué no te vuelves con tu tribu, como los demás? Á mí no me debes nada. No compré tu libertad para que me cuidaras.

– Ya lo sé.

– Pues entonces…

– Mi tribu se las arregla sin mí.

– ¿Qué diablos quieres decir con eso? ¿Es que no me las arreglaría yo solo? No he hecho otra cosa en toda mi vida. Maldita sea, aún puedo ir saltando por ahí con mi única pierna.

– No es la pierna -contestó Jack-. Es la cabeza.

Señaló mis papeles.

– ¿Y qué diablos te importa a ti?

– Espero.

– ¿A qué? Lo digo si es que puedo preguntar, claro.

– A que acabes.

– ¿Has venido para decirme eso? ¿Que estoy loco porque me dedico a escribir? ¿Que me tendría que dedicar a otra cosa? ¿Acaso te he pedido consejo? Si eso es lo único que querías, ya te puedes largar con viento fresco. ¡Tan verdad como que me llamo Silver!

– No -contestó Jack tranquilamente-, he venido por otra cosa. Un barco está entrando en la bahía.

– ¿Un barco? -dije cambiando de golpe el pensamiento.

– Sí. ¿Les damos una lección para el resto de sus días? ¿No es eso lo que normalmente te gusta hacer? Cuando anclen estarán a tiro -

añadió.

Saqué el catalejo y me fui hacia el lado del mar, aunque con ciertas dificultades. No, ya no estaba yo tan ágil y ligero como antaño. Probablemente mi única pierna empezaba a cansarse de tener que hacer sola todo el trabajo, sin ninguna asistencia, las tres cuartas partes de una vida. Tenía toda la razón.

Miré por el catalejo y lo primero que se puso ante mi vista fue una bandera de la Armada británica ondeando indolentemente en la brisa. Claro que incluso los barcos mercantes ingleses tenían derecho a llevar la bandera de la Armada al sur del Ecuador. Se imaginaban que los piratas y otra chusma de mal vivir se dejarían engañar, precisamente nosotros que sabíamos mejor que nadie identificar y calificar un barco.

Conté hasta doce portillas de cañón en el buque, sólo por la banda de estribor, todas cerradas. Vi en cubierta a unos cuantos lobos de mar corrientes y molientes; no había ni sombra de una casaca roja. No era un barco de guerra, ni tampoco una expedición de castigo, sólo un inoportuno contratiempo, suficientemente serio, nada más.

De repente empecé a echar de menos a alguien con quien hablar, alguien que dijera cosas de otro lugar, tal vez incluso noticias. Se me ocurrió que tal vez nadie más que Jack y la gente de la isla sabían que yo existía.

– Es sólo un barco mercante -le dije a Jack-. No hay que preocuparse.

De nuevo dirigí el catalejo hacia el navío. Habían arriado los botes y empezaban a tirar de él hacia el punto de anclaje, sin saberlo, justo bajo nuestros cañones. Desde el mar, mi fuerte parecía una parte de la roca donde estaba construido. Jack tenía razón. Podríamos hundirlo sin pérdida de tiempo, si eso era lo que queríamos. Se aprestó a anclar y viró la popa hacia nosotros de manera que pude leer su nombre: *Delight of Bristol.* ¿Cómo podía bautizarse un barco así? La verdad es que Bristol estaba bien lejos de ser un encanto, al menos por lo que yo recordaba.

– Esperemos con los cañones a punto -le dije a Jack-. A lo mejor trae noticias.

– ¿Noticias? -preguntó Jack.

– Viene de Bristol. Es mi tierra, si es que alguna vez he tenido tierra propia.

«De Bristol», pensé. El lugar donde, probablemente, Trelawney, Livesey, Hawkins y Gunn, a estas alturas, se revolcaban en riquezas gracias al tesoro de Flint: allí iban en coches con tiro de cuatro caballos, allí se empolvaban sus pelucas, como si ésas fueran las únicas preocupaciones que tuvieran en la vida. Tenía allí delante la oportunidad de saber qué lugar ocupaba en el mundo. ¿Habría

cumplido Trelawney su promesa de no delatarme ante la justicia? ¿Habría logrado mantener su proverbial bocaza bajo control? Probablemente no. Y en ese caso, ¿qué era yo? Seguro que un hombre odiado y temido, que era lo natural, pero ¿qué más? ¿Creían que yo estaba con vida? ¿Había algunos que no aspiraban a otra cosa mejor que enviar una expedición de castigo en mi honor? ¿O habrían hecho lo posible por olvidarme, como si nunca hubiera existido? Sí, de golpe no era poco lo que yo quería saber.

– Tengo la intención de invitar al capitán a cenar -dije a Jack-. ¿Lo puedes arreglar?

Jack asintió, pero sin asomo de entusiasmo.

– A lo mejor les podemos comprar algunas cosas -apunté, como si necesitara disculparme.

Como si yo necesitara algo, ¡con el poco tiempo que me quedaba a este lado de la tumba! ¡Bastaba pensar en cómo había sido, en qué me había convertido!

¡Había sido!, pensé de pronto. Necesitaba un espejo. ¡Me tenía que ver! Tenía que decirme, sin dudas ni indecisiones, éste es John Silver, tiene este aspecto y así está, ¡y que el Diablo se lleve la memoria y los recuerdos de los que dicen otra cosa!

Cuando Jack volvió, yo ya estaba en la puerta, esperándolo.

– El capitán vendrá -explicó Jack-. Con mucho gusto, dijo. Le conté que te llamabas Smith y que eras comerciante.

Lo había olvidado, ¡maldito sea! El cadáver aún vivía, quizá, pero había tirado por la borda la prudencia.

– ¡Bien hecho! -le dije a Jack dándome cuenta de lo que habría ocurrido si un capitán de Bristol llegara a saber que John Silver residía en este lugar y lo divulgaba a los cuatro vientos.

Nos habríamos visto obligados a hundir el barco y matar a la tripulación. Hasta el último hombre. Como en los viejos tiempos.

– ¿Cómo se llama el capitán? -pregunté.

– Snelgrave -dijo Jack.

– ¿Snelgrave? ¿Todavía vive?

Vaya. Bien por él y por los marineros que navegaban con él. Snelgrave era uno de los pocos capitanes que había escapado con vida de manos de los piratas. Su tripulación lo había avalado. Juraron que nunca había utilizado la violencia con ellos y que siempre habían recibido las raciones de comida acordadas y el ron que se había estipulado en el contrato. Davis, que navegó con England y conmigo y después como capitán, nunca se desentendió a la hora de repartir los castigos que eran justos. En cambio, a Snelgrave lo había tratado como a un huésped de honor y le había ofrecido un barco con su carga para que pudiera volver a casa sin pérdidas. Snelgrave, muy correcto, había dicho que no. Tuvo miedo con toda la razón, claro está, de que

nadie le creyera a la vuelta; más bien al contrario, habrían supuesto que él estaba en connivencia con los piratas que habían secuestrado su barco. Davis no era tan estúpido como para no darse cuenta que era muy inteligente lo que razonaba Snelgrave, y continuó tratándolo como a un huésped hasta que lo pudo mandar a casa en un bergantín holandés que, por casualidad, se había atrevido a meterse en la desembocadura del río Sierra Leona. Gracias a Snelgrave, y especialmente por eso, la tripulación del bergantín y su capitán se libraron de aquello sólo con un susto.

Y ahora Snelgrave estaba aquí, vivito y coleando, en un barco de Bristol. Él, más que nadie, tenía que haber oído hablar de John Silver. Con un poco de agudeza y con buen tino podría sonsacarle si seguían persiguiendo a un viejo como yo en estos tiempos, qué precio habían puesto a mi cabeza, hasta qué punto era despreciado, odiado y desdeñado o si simplemente ya me habían olvidado y había vivido para provecho de nadie.

El capitán Snelgrave dio gracias a Jack por su amabilidad cuando éste lo invitó a pasar. Snelgrave vino solo, es decir, sin miedo y sin malos presentimientos: buena señal. Vino hacia mí sin dudarlo y alargó la mano.

– ¡Me alegro de conocerle! -dijo con calidez, y parecía sincero-. He estado fuera durante casi un año y medio -continuó- con los mismos oficiales y la misma tripulación. A la larga es monótono. Seguro que hemos hablado de todo cien veces y no tenemos gran cosa que decirnos. Y los libros de la biblioteca a estas alturas nos los sabemos de memoria.

Se rió.

– A veces uno se pregunta cómo es la gente que elige los libros para las bibliotecas de nuestros barcos. Teníamos una *Historia de Escocia* en cuatro tomos, siempre se podía pasar el rato con ellos. Pero ¿qué me dice de *Características del agua mineral en Francia*? ¡Como entretenimiento para los navegantes de alta mar…! No es de extrañar que a veces sea muy aburrido. Lo cierto es que a bordo todos sintieron mucha envidia cuando supieron de su invitación, señor Smith. ¿No?

– ¡Eso es! Y yo estoy igual de contento de conocerle a usted, capitán Snelgrave. Es un gran honor.

– Oh, lo cierto es que a la hora de la verdad no es tan interesante ser capitán.

Ante aquello me vi obligado a sonreír.

– Seguro que es usted uno de los pocos que opinan así -observé-. Pocos capitanes le darían la razón. La verdad es que yo sólo he oído hablar de uno que estaría de acuerdo con usted en todo.

– ¡Vaya! ¿Quién es?

– Usted mismo, señor.

Snelgrave se echó a reír de buena gana antes de darse cuenta de que mi respuesta tenía varias interpretaciones posibles.

– ¿Así que usted sabe quién soy yo? -preguntó al parecer un poco sorprendido.

– Sí, y seguramente no soy el único.

– ¿Cómo dice?

– Si no es por otra cosa, sí al menos por sus *Relatos de la trata de esclavos.* Una obra extraordinaria, aunque debo añadir que, para empezar, no estaba seguro de que existiera usted. No creía que hubiera en el mundo capitanes tan rectos. Pero después me lo confirmaron unas fuentes fidedignas.

– ¿Puedo preguntar cuáles eran?

– Naturalmente. Una, el capitán Johnson, el que escribió la historia de los piratas.

– ¿Lo conoce? -interrumpió Snelgrave-. No sabía de nadie que lo hubiera conseguido. Daría mucho por conocerlo personalmente.

– Johnson no es su verdadero nombre.

– Ya me parecía. Y… ¿quién era la otra fuente que me presentó de forma tan ventajosa? Debe saber usted que en Londres hubo mucha resistencia cuando se publicó mi libro. Los capitanes de navío opinaban que la única forma de dirigir una tripulación era la mano dura, y que yo les había calumniado y había pretendido quitarles el honor profesional. Los armadores decían que yo mentía acerca de Howell Davis y de su invitación para realizar un viaje seguro de vuelta a casa. Fantasía, así le llamaban, y se divulgó que en realidad yo había estado en connivencia con el famoso capitán.

Naturalmente, me eché a reír.

– Ahí lo tiene usted. La otra fuente digna de crédito fue en realidad… ¡el mismo Flowell Davis!

Parecía que Snelgrave no sabía realmente qué pensar.

– Como comerciante en Madagascar -expliqué- no he podido evitar los contactos con una serie de los llamados elementos dudosos, entre ellos los caballeros de fortuna. Muchos se han establecido aquí, como usted seguramente sabrá.

Snelgrave no hizo gesto alguno. «Una persona extraña este Snelgrave», pensé, que podía oír el término «caballero de fortuna» sin ponerse a vomitar bilis.

– Me estaba preguntando -dijo Snelgrave- cómo llegó usted a este lugar desierto. Tiene que haber sitios más adecuados que éste para el comercio y las transacciones.

– Claro que sí -contesté risueño-. Por otra parte, la competencia no es tan dura aquí como en otros lugares. Pero ahora me he retirado para disfrutar de una existencia tranquila en el otoño de mi vida.

Como usted verá, tengo una edad avanzada, y mi alma ya ha sufrido bastante; he ahorrado para lo imprescindible, o un poco más.

– Pero está alejado del honor y de la gloria, ¿no es así? -preguntó Snelgrave.

– Depende de lo que se pretenda decir con lo del honor y la gloria.

– Pensaba sobre todo en mercancías y provisiones, lo imprescindible en la vida, como dijo usted, quizá poco más. No deben de ser muchos los barcos que atracan en la bahía de Ranter hoy en día.

– Es verdad, y claro que puede suceder que eche de menos una cosa u otra de vez en cuando. Pero entonces aparece una vela en el horizonte, un comerciante árabe o inglés como usted, que me suministra lo indispensable.

– Estoy a su disposición con mucho gusto -se ofreció Snelgrave-, si es que tenemos lo que necesita.

– Ya hablaremos de eso durante la cena; creo que ya está servida.

Le indiqué el camino hacia el comedor. La mesa estaba puesta principescamente, con toda la plata, la vajilla de porcelana y la cristalería disponible, como era lo habitual cuando teníamos invitados. Era una forma, como otra cualquiera, de determinar el carácter y las inclinaciones de la gente.

– Veo que no padece usted ninguna necesidad -dijo Snelgrave de corazón-. Tendrían que verme ahora mis hombres. Se pondrían verdes de envidia.

– Si es su deseo -sugerí-, incluso podríamos organizar una fiesta para los hombres. Una auténtica barbacoa con cerdo asado y cabrito. Yo me hago cargo de la carne fresca y usted del ron y de la cerveza.

– ¿A cambio de qué? -preguntó Snelgrave-. No puedo olvidar que debo rendir cuentas a un armador.

– Bah, a usted no le costaría nada. Digamos que los libros que usted ya se sabe de memoria. Ya he leído todos los que hay en mi biblioteca. Y quizá también podría prescindir de un espejo.

Snelgrave arqueó sus pobladas cejas.

– Sí -continué-, sepa usted que no tengo ningún espejo, y que apenas sé qué aspecto tengo. Fue pura suerte que mi aparición no le pusiera los pelos de punta.

– No es para tanto -dijo Snelgrave diplomáticamente.

Me reí para mis adentros.

– Ya, pero tampoco estoy hecho un ramillete de rosas. Menos mal que está usted acostumbrado a tener marineros a su alrededor. Que yo recuerde, tampoco ellos acostumbran a tener aspecto de los mejores hijos de Dios.

– Quizá no -dijo Snelgrave, encogiéndose de hombros-. Pero me

gustaría ver a los mejores hijos de Dios arriar las velas en medio de una estremecedora tormenta, cuando la lluvia da unos latigazos tales que uno se ve obligado a cerrar los ojos para no quedarse ciego por el resto de su vida.

– No, tiene usted razón. Con una mano en el pecho y la otra en el catecismo no se hace gran cosa, pero ¿qué dice usted?, ¿organizamos una fiesta?

– Con mucho gusto -dijo Snelgrave después de pensarlo un momento-. A los armadores siempre los puedo aplacar de alguna manera. Mi problema es que a los hombres les doy la ración de comida y de ron estipuladas, así que no he ahorrado nada. Y como por eso mismo no se mueren, tampoco gano nada. Usted sabe bien cómo son las cosas; el veinte por ciento suele desaparecer en cada viaje a las Antillas. En la comida es el mismo ahorro, razonan muchos de mis colegas. ¿No es extraño, bien mirado? Los capitanes de barcos dedicados a la trata de esclavos tienen una bonificación por cada esclavo que llega con vida a la otra orilla, pero con los hombres sucede lo contrario. Se gana un pico con cada uno que se queda en el camino.

– Claro que sí, algo sé de eso -dije-. Pero no se preocupe por las cuentas. Todo correrá a mi cargo, así de sencillo. De todas maneras tengo suficiente, tengo de sobra hasta que muera.

Me animó la idea de celebrar una auténtica fiesta con mucha comida, ron y marineros sanos, capaces de vivir sin pensar en las consecuencias del día siguiente. Snelgrave comió con buen apetito lo que se le ofreció. Incluso las ancas de rana, de la variante más pequeña, esas que los indígenas llamaban ninfas, las masticaba con toda tranquilidad. Con sólo ver la langosta con zumo de limón y granos de pimienta verde, se le hizo la boca agua; luego, cuando se sirvió una cesta repleta de frutos de todo el mundo, menos cerezas, que no se daban en Madagascar, casi pierde la cabeza de placer.

– Vaya -dijo-, desde luego no le falta de nada. Dudo que alguien, ni siquiera en Londres, ni siquiera el propio Rey, pueda comer tan bien.

– Vivir tan lejos de los honores y la gloria tiene sus ventajas -comenté, acercándole una pipa que encendió satisfecho-. Dígame -le pedí cuando se hubo encendido bien-, ¿cómo está Bristol en estos tiempos?

– ¿Conoce Bristol?

– Nací allí, al menos eso decía mi madre. Que sea verdad o mentira, no le sabría decir. De todas maneras, allí crecí antes de que me mandaran a la escuela en Escocia, y después me hice a la mar.

– ¿Y desde entonces no ha vuelto?

Dudé. Decir que un cojo como yo había sido el dueño de la

taberna Spy-Glass era lo mismo que revelar claramente mi identidad.

– Claro que sí -me limité a decir-: estuve por negocios y me quedé un tiempo. Hará ya unos diez años.

– Supongo que fue a visitar a sus padres.

– Bueno, se puede decir que sí -dije yo a falta de algún pretexto mejor.

No había tenido en cuenta, pensé, que era lógico que Snelgrave preguntara por los padres. Ya no era tan rápido como antes. Tenía que haber sido por escribir tanto sobre cómo fueron las cosas, toda la verdad de cabo a rabo, lo que me hizo olvidar que tenía que ir con mucho cuidado.

– Mi padre arrió velas pronto -dije sin faltar a la verdad-. Y mi madre se fue a la tumba cuando yo volví.

– Mmm, Smith -dijo Snelgrave-. Creo que no conozco en Bristol a nadie con ese nombre. ¿No es inglés?

– Claro que sí, pero es posible que mi padre viviera bajo alas prestadas. Por lo que tengo entendido, hacía contrabando en los alrededores de Bristol.

– Eso no ha cambiado -se rió Snelgrave-. Los contrabandistas están a gusto, y cada día proliferan más. Lo último que oí fue que controlaban el quince por ciento del comercio en la bahía. Son dignos de admiración.

– ¿Y el resto de la navegación?

– Como siempre Bristol va por detrás de Londres en lo que se refiere al comercio y a la cantidad de barcos. Alguien me dijo que se podían ver miles de barcos en Bristol, tanto arriba como abajo del río y en el puerto, y que de cincuenta mil habitantes dos mil eran marineros. No es poco. El mercado de Tolsey tiene más vida que nunca. Quizás usted ya sepa que Bristol se ha convertido también en el principal centro inglés en la trata de esclavos.

– No, no lo sabía.

– Pues ya ve. Un comercio sucio, si quiere usted que le diga mi opinión, pero lucrativo. Algunos de los grandes terratenientes han diversificado, como se dice ahora, para dividir riesgos. De la ganadería a la trata de esclavos. Chalksey, Massie y Redwood son algunos de los que han amasado enormes fortunas en muy pocos años. Y también Trelawney, claro está…

– ¡Trelawney! -interrumpí con una voz que apenas pude dominar.

– Sí -dijo Snelgrave, pero si le sorprendió mi reacción no lo demostró-. ¿Lo conoce?

– He tenido negocios con él -dije con precaución-. Y me engañó. Bueno, no él personalmente, porque era bastante duro de entendederas, pero tenía un consejero que le ayudaba a calcular y a tomar decisiones. Decía que era médico.

– Livesey -dijo Snelgrave chupando la pipa.

– Eso es, se llamaba Livesey. Me atrevo a afirmar que tenía la cabeza sobre los hombros, aunque a mí la naturaleza no me haya dotado tanto para hacer un juicio exacto. ¿Quién sabe? Si no hubiera sido por Livesey, a lo mejor ahora estaría sentado en el Parlamento.

– ¿Y qué hubiera hecho usted allí? -preguntó Snelgrave, pillándome de nuevo desprevenido, porque eso de haber estado en el Parlamento nunca lo había sopesado. Sólo era algo que acostumbraba a decir a bordo del *Walrus,* cuando los demás se enfadaban conmigo porque yo no derrochaba, al contrario que ellos, el dinero que habíamos conseguido en nuestros saqueos.

– Bueno -dije-, me podría haber dedicado a procurar que tipos como Trelawney y Livesey acabaran entre rejas hasta devolverme todo lo que me debían. Así habría hecho la vida más placentera a los marineros como usted, imponiendo duros castigos a los capitanes que no acataran las órdenes. ¿Qué más? Abolir la trata de esclavos, los contratos de trabajo, la tortura, el látigo; habría colgado a todos los estafadores, habría perdonado a todos los piratas. Habría abolido el monopolio del comercio en el mar, incluida la Ley de Navegación, y habría desmantelado las Compañías. Ya ve, un poco de todo. Pensándolo bien, hay bastantes cosas que hacer para un tipo como yo.

– Según lo que tengo entendido -sonrió Snelgrave-, no estaría usted en el Parlamento. Yo propondría el Ministerio de la Marina para un tipo como usted.

– Sí, tal vez, pero ya no, es demasiado tarde y estoy satisfecho con lo que tengo. Al principio tuve algún problema, pero después mejoraron las cosas. Bueno, menos con Trelawney y Livesey, claro está. Dígame, ¿cómo es posible que esos tipos hayan conseguido dinero para dedicarse a la trata de esclavos?

– ¿No lo ha oído? -preguntó Snelgrave.

– No -dije-. ¿Qué debería haber oído?

– Que Trelawney fue a las Antillas y encontró el tesoro de Flint, una fortuna incalculable. Se dice que era mayor que el tesoro que se trajo Drake en su *Golden Hind,* aunque parezca difícil imaginarlo. Drake llevaba consigo seiscientas mil libras, más que el erario de un año en toda Gran Bretaña.

– ¡Por todos los demonios! -dije silbando-. ¡No me diga! ¿El tesoro de Flint? ¿Y más grande que el de Drake? ¡Drake llegó a ser noble por eso!

– Así es. Durante muchos meses no se habló de otra cosa. Debe usted saber que Trelawney y los demás tuvieron suerte de salir con vida de aquella expedición. Parte de la tripulación de Flint se enteró de lo que había ocurrido y consiguieron enrolarse en el barco de Trelawney. El antiguo contramaestre de Flint, de nombre John Silver,

consiguió granjearse la confianza de Trelawney hasta el punto de que se fiaba más de Silver que de su propio capitán.

– No me extraña -añadí-. Teniendo en cuenta cómo son la mayoría de los capitanes de barco, si usted me lo permite…

– Parecía un hombre peculiar ese tal Silver -continuó Snelgrave-; conseguía que tanto el peor como el mejor bailaran a su antojo. Trelawney pagó caras su buena fe y su codicia. La mayor parte de los que zarparon con él no volvieron a ver Inglaterra, y entre ellos había hombres honrados o inocentes, incluso las dos cosas.

– Parece una historia tremenda -dije-, pero como conozco al terrateniente Trelawney bastante bien, seguramente él pensará que fue un precio bajo para tal fortuna. Era de ésos.

– Desgraciadamente, tiene usted razón. No tenía muchos escrúpulos. ¡Pero que Livesey se dedicara a la trata de esclavos…! A pesar de todo, era médico.

– A mí no me extraña. ¿Iban a ser los cirujanos de campaña mejores personas sólo porque a veces logran salvar una vida, la que fuera, y sólo a veces, además? Sin los cirujanos de campaña, el comercio de esclavos sería una auténtica ruina.

– Parece que esta cuestión le llega al corazón.

– Yo también he navegado. Ya sabe usted lo que pasa con los lobos de mar. Nunca han confiado mucho en los médicos. Les llaman los veletas del capitán, si me permite la expresión.

– Ya lo sé -dijo Snelgrave con seriedad-. Por eso yo dejo que mis cirujanos duerman cerca del mástil. No quiero que se corra el rumor de que me rodeo de delatores.

– Dígame: este John Silver, ¿qué se hizo de él?

Miré a Snelgrave directamente a los ojos, pero no apartó la mirada, ni tampoco se fijó especialmente en mi pierna cortada.

– Sobre él se dicen las historias más inverosímiles: que vive a cuerpo de rey en una isla de las Antillas, con su mujer negra y con el loro de Flint. Se dice que volvió a la isla de Flint en compañía de un joven abogado, Jim Hawkins, que era el grumete de la primera expedición, para llevarse lo que restaba del tesoro. Un tipo que yo conocí personalmente, un marinero borracho que se llamaba Gunn, afirmaba que Silver estaba en Irlanda y vivía con una novia de su juventud a la que nunca había podido olvidar. Un tercero defendía que Silver había cambiado de nombre, lo mismo que una vez hizo Avery, que se había puesto una pata de palo con zapato y vivía camuflado entre nosotros. Un cuarto… En fin, lo dejo aquí. Creo que podría continuar toda la noche.

– No ha sido poco -dije echándome a reír para ocultar mi inquietud.

– No, e incluso se ha puesto por escrito.

– ¿Por escrito?

– Sí, eso es -continuó Snelgrave-. John Silver, y Flint también, que todo hay que decirlo, se hicieron archipiratas. Están en boca de todos, como si no hubieran existido otros piratas. El capitán Johnson se levantaría de la tumba si supiera que los únicos piratas de los que no escribió son los que siguen vivos.

– Sí -dije riéndome de nuevo, pero esta vez de buena gana-, desde luego que lo haría, estoy seguro. ¿Y usted? ¿Qué cree usted de este John Silver?

Snelgrave paseó su mirada por los alrededores.

– Bueno, si tengo que creer algo -dijo-, quisiera pensar que se ha retirado a un lugar como éste.

Hubiera apostado la cabeza, así de claro, a que Snelgrave no lo dijo con intención. Quizá tuviera sus sospechas; de ser así, lo disimulaba tan bien que mi perspicacia no notó nada.

– Claro que… ¿quién sabe? -pensó Snelgrave en voz alta-, quizá nos equivocamos todos. Un tipo como John Silver no parece regirse por las mismas leyes que valen para el resto de los mortales. La manera en que consiguió conservar la vida y llevarse bajo el brazo una parte del tesoro de Flint son buena prueba de ello.

– ¿Y a qué otras normas debería someterse? -pregunté.

– Posiblemente, las de la fantasía -respondió Snelgrave-. Parte de lo que se dice de él es tan increíble que no puede ser verdad.

Me eché a reír de nuevo. Snelgrave me ponía de buen humor, no había ninguna duda.

– Pues quizá podría preguntar a los pobres diablos que se encontraron con Silver si era un personaje fantástico.

– Sí, quizá lo haga. También debería saber más corsas, pues no en vano me he topado con piratas de carne y hueso y sé bien qué crueldades pueden llegar a cometer. Pero lo curioso es que Silver en realidad no existe. Johnson no puso nada de él en su libro. Tampoco el Almirantazgo sabe nada. Yo mismo lo he investigado.

– ¿Qué es lo que ha hecho?

– He investigado este asunto. He intentado descubrir el misterio de John Silver.

Lo cierto es que no era fácil para mí aguantar el tipo y contenerme. ¿Qué derecho tenía aquel hombre a interesarse por mí, a investigar el asunto, como él decía? Maldita sea, como si yo no fuera más que un travesaño de mástil.

– ¿Por qué motivo? -pregunté-. ¿Para que lo cuelguen?

– Ni mucho menos -protestó Snelgrave-. No es mi intención. No, sólo que ese hombre me cautiva. De verdad que me gustaría saber qué clase de tipo es.

– Entonces tenemos algo en común. -Me salió del alma.

– ¿Usted también? -dijo Snelgrave.

«Ahora -pensé-, ahora sí», pero no pasó nada.

– Sí -dije-. Después de lo que ha contado usted, parece que es un bicho raro. Además, siempre me han gustado los buenos relatos, como los que se cuentan alrededor del mástil.

– Entonces estoy seguro de que a bordo tengo algo que le puede interesar.

Cuando se fue, yo seguía sin saber a ciencia cierta lo que quería, pero posiblemente él tampoco tenía las cosas claras con respecto a mí. Con mano sabia desvié la conversación de las traicioneras aguas que corrían alrededor de John Silver, pero una cosa sí tuve tiempo de entender: que me esperaba la horca en cuanto pusiera un pie en Bristol. No por culpa de Trelawney. Por lo que yo tenía entendido, él a pesar de todo había cumplido su palabra de no llevarme a juicio en mi ausencia, ni por asesinato ni por motín, pero la historia de lo acaecido cuando se encontró el tesoro de Flint y pasó a otras manos se había extendido como una mancha de aceite. Y que yo estuviera libre, que probablemente fuera rico y quizá feliz, era naturalmente una molestia para todos los bienpensantes. No había ningún motivo para no creer en la horca balanceándose sobre mi cabeza. Yo era un grano, es verdad, una astilla en el ojo, pero seguía vivo. Yo existía, era irrefutable, incluso en varias ediciones, y estaba tan lejos de ser olvidado como cualquiera de mi gremio pudiera desear.

Al día siguiente hablé con Jack de la fiesta y le dije que iba a ser como en los viejos tiempos, cuando con la alegría se sabía lo que pretendía la gente. Le pedí que no escatimara nada en honor de Snelgrave y sus lobos de mar. A mediodía dejamos nuestro fuerte con comida y bebida para una tripulación completa. Jack se quedó en tierra para preparar una barbacoa de verdad. El, que había estado en las Antillas y había frecuentado a piratas y bucaneros, no necesitaba más instrucciones sobre el asunto. Yo me fui remando en lancha hasta el *Delight of Bristol,* llamé y me izaron a bordo con una polea, como si fuera un saco o como si me consideraran demasiado viejo para trepar por una escala de cuerda con mi única pierna.

Snelgrave me recibió con los brazos abiertos, me enseñó el barco, me presentó a los marineros que contestaron con gritos de júbilo y después me condujo al camarote de proa, donde habían puesto la mesa para almorzar. Snelgrave me preguntó enseguida qué nos faltaba y yo le respondí que pólvora, sal y aceite para las lámparas, además de lo que ya habíamos hablado: el espejo y los libros. Snelgrave señaló un paquete envuelto en tela de arpillera y dijo que era un regalo personal de su parte. Luego llamó y pidió -sí, de hecho no lo ordenó- que un grumete, su camarero, cargara el paquete y todo lo demás en su

lancha. Yo puse sobre la mesa una pequeña bolsa con monedas.

– Aunque he sido comerciante -dije-, no estoy al día de los precios y los cambios. Pero aquí hay veinte ducados españoles. ¿Es suficiente?

– Más que suficiente. Es algo más que el mismo número de libras, de acuerdo con el valor actual de éstas.

– Entonces, quédese usted con la diferencia y repártalo entre la tripulación.

– Es usted muy generoso -dijo Snelgrave-. Y magnánimo.

– ¿Magnánimo? -contesté-. No lo creo. Hago simplemente lo que me parece bien. Nada más.

– Exactamente -dijo Snelgrave.

Durante la comida hablamos de las travesías marítimas y de lo que hacen los hombres de mar cuando están juntos. Snelgrave también relató indignado la gran estafa que se había descubierto en la Compañía de los Mares del Sur: los empleados, importantes o no, habían hecho un desfalco de miles de libras.

– Superó las pérdidas que la Compañía había sufrido por culpa de los piratas durante diez años -comentó Snelgrave.

– ¿Y a cuántos ahorcaron?

– A ninguno -contestó Snelgrave-. Tenían sus protectores. Algunos acabaron en Marshalsea por culpa de las deudas, eso fue todo.

Después remamos hasta la playa con los hombres y todo lo demás. Jack y algunos marineros de Snelgrave ya habían encendido la hoguera, y había dos cerdos asándose despacio encima de un fuego de bostas secas y virutas, como tenía que ser. Había ron y cerveza, sí; Jack incluso había conseguido traer a mujeres del lugar, todo un honor para los hombres blancos. Y además, maldita sea, él y el carpintero habían construido una larga mesa y los bancos para sentarse. El murmullo de satisfacción entre la tripulación se hizo cada vez más patente. Snelgrave me miraba admirado. Cuando todos habían tomado asiento o, cosa que hizo la mayoría, se habían tirado sobre la arena cálida y fina, en la que hundieron sus pies de lobos de mar, endurecidos de andar descalzos por cubierta y por el contacto con las cuerdas, entonces me preparé para lo que ya sabía que iba a ser a ciencia cierta mi última aparición como Long John Silver, llamado Barbacoa, el que siempre había sido y siempre sería, pasara lo que pasase, hasta el día en que muriese.

– Muchachos -dije con la voz potente de mis buenos tiempos-, ¿puedo pedir un momento de atención para un buen hombre que quiere deciros unas palabras?

Se acalló el murmullo y se hizo el silencio como antes, pero no como en la tumba, pues estábamos de fiesta y para eso yo también tenía una voz especial.

– No lejos de aquí -empecé-, con el océano como unidad de

medida, dijéramos, al que estáis acostumbrados como navegantes de alta mar que sois, está la isla Sainte-Marie, o Nosy Boraha, como la llaman en su jerga los indígenas. Existe, por si alguno creyera lo contrario, y puedo demostrar que se puede jurar y maldecir igual de bien que en cualquier otro idioma, aunque, demonios, sea bastante difícil de pronunciar. Jack, mi hombre de confianza, se llama Andrianamboaniarivo, y os digo que si hubiera tenido huesos en la lengua a estas alturas se me habrían roto en pedacitos de tanto tiempo que hace que vivo aquí en la isla.

La mayoría rió.

– En suma -continué-, Sainte-Marie era el nido y la guarida de los piratas, es decir, su paraíso. Ni más ni menos. Y la verdad es que no era lo que parecía, porque no creo que nunca vieran ni sombra del Paraíso. Y con razón, en cierto modo. Me hubiera gustado ver la cara de san Pedro cuando abriera las puertas para decidir si dejaba pasar a Barbanegra, a Roberts, a Davis y a Flint, cuando pidieran permiso de entrada en el Reino de los cielos. Es una suerte que Dios sea omnipotente, porque si no, pensando cómo eran aquellos cuatro caballeros, se le habría caído el pelo. No, los piratas, los caballeros de fortuna o como se les quiera llamar, a favor o en contra, no eran los mejores hijos de Dios. Pero por lo menos sabían una cosa: que no valía la pena llorar las penas de antemano, porque de cualquier forma llegarían cuando fuera la hora…

Se oyeron murmullos de complacencia aquí y allá, casi en todas partes.

– … y cuando había fiesta, había fiesta. Sabían por lo menos celebrar, jaranear, cantar, tocar y bailar, a pesar de lo que se diga de ellos. Nosotros no somos piratas, por lo menos que yo sepa, pero ¿por qué íbamos a ser peores que los piratas en lo que se refiere a las fiestas? Como veis, aquí hay de todo, comida y bebida hasta que os atragantéis y os caigáis borrachos. Os lo merecéis tanto como los piratas de Sainte-Marie. Y si puedo creer en Snelgrave, vuestro capitán, nunca ha navegado con mejor tripulación. Eso lo sabrá el Diablo, diría yo, pero dejaremos que lo crea…

Se oyeron más risas, y los hombres se miraban unos a otros con un orgullo infantil. Así de fácil era.

– … pero lo que sí es seguro, y a este respecto sé bien de qué hablo, ya qUe he sobrevivido a casi todo y a casi todos, es que tenéis una suerte increíble por contar con el nombrado Snelgrave, aquí a mi lado, como capitán. Si todos hubieran sido como él, y no lo son, como muy bien sabéis, ninguna profesión del mundo hubiera podido compararse con la de los navegantes de alta mar. ¿No tengo razón?

La gente gritaba y vitoreaba.

– ¡Por eso propongo un brindis a la salud del capitán Snelgrave!

Levanté mi vaso y se vitoreó tan entrañablemente que hasta conmovieron un corazón tan encallecido como el mío. Si no me equivoco, Snelgrave parecía avergonzado, y hasta se sonrojó aquel hombretón.

– Una cosa más -grité, acallando los alaridos-. He hablado de los aventureros de Sainte-Marie y pienso volver a hacerlo, pero no para que hagáis lo mismo. No, porque el tiempo de los piratas ha pasado ya, y así es mejor, creedme. Quizá galopaban en pos de la felicidad, pero lo que les pasaba a menudo era que se caían del caballo y se rompían la crisma. Y si me preguntáis a mí, yo diría que no es modelo a imitar. Eso creo. Quizá fueran felices a su manera, pero ¿de qué les sirve ahora? Y me refiero a todos ellos sin excepción. Ellos ya tenían esa regla, que ninguno sería más que otro, ni en vida ni ante la muerte. Y esa regla, muchachos, también la tenemos aquí, así que no os equivoquéis. Los negros que veis por aquí no son esclavos, y las mujeres no son putas: son hombres y mujeres libres como vosotros, y por tanto se les trata como a tales, ni más ni menos. Bebed, comed y cantad, que os lo habéis ganado, porque esto es lo más cercano al Paraíso que puede llegar a disfrutar alguien como vosotros o como yo en toda nuestra vida.

Se hizo un momento de silencio, porque esto último lo había dicho con cierta seriedad, pero después se oyó una voz de entre la multitud que tardaré en olvidar.

– ¡Viva John Silver! ¡Viva Long John!

Y antes de que me diera tiempo a entenderlo, los hombres y el capitán Snelgrave empezaron a vitorear de todo corazón. Hasta yo estaba seguro de que eran sinceros. La verdad es que, por lo que a ellos se refiere, a mí me pareció que valía la pena seguir viviendo: aunque me cogieron por sorpresa, no me quedé sin palabras.

– Os doy las gracias por los vítores -dije, cuando volví a tomar la palabra-, aunque no se refieran a mí. Me llamo John Smith, y si hay alguien que crea otra cosa que salga, que lo arreglaremos al momento.

No lo hizo nadie, porque mi tono de voz había cambiado.

– Es verdad, muchachos -atajó Snelgrave con su voz de capitán, porque a pesar de todo estaba dotado de tal-. Este es John Smith, comerciante, y os doy mi palabra. Además, ¿de qué sirve desear una larga vida con vítores tan ruidosos que llevan directamente a la horca? Propongo un brindis por John Smith, que además nos ha comprado unas mercancías, y cada uno de vosotros recibirá una gratificación cuando lleguemos a Bristol.

Y los gritos de alegría volvieron a surgir con gran estruendo que después fue en aumento cuando los hombres echaron mano de cuanto se les ofrecía con risas y gran vocerío.

Me hundí en la arena, cansado y pesado como nunca, pero

también, hay que decirlo, con un extraño, curioso, no, prodigioso calor en el pecho. ¡Y pensar que hay gente completamente cuerda, no locos ni muertos de miedo, ni borrachos como cubas, que deseaba larga vida a John Silver, justo lo que él más anhelaba mientras siguiera vivo! Me dije que debería buscar al marinero que creía saber quién era yo, cortarle la cabeza y asustar a los demás para que callaran. Sin embargo, me avergüenza decirlo, pero me faltaban las fuerzas. Mi tiempo había pasado, con los vítores o sin ellos. ¿Quién se iba a preocupar por venir a buscar a una piltrafa sin fuerzas como yo para llevarlo a la horca? ¡Si no podía ni matar una mosca!

La fiesta continuó hasta su apogeo, noté, exceptuándome a mí. Bebí bastante, pero no me emborraché como había pensado. Uno tras otro pasaron por delante hablándome amablemente, dándome las gracias por esto y por aquello, pero no sé si contesté. Vi a un lobo de mar bailando encima de la mesa y a otros dos jugando a los dados; vi a Snelgrave, que mantenía una conversación profunda con Jack; vi a un marinero con una sonriente indígena sobre las rodillas; vi a otra pareja, un blanco y una negra, que desaparecieron creyendo que nadie les veía entre los matorrales; vi a un pobre diablo que vomitó en sus propios pies, a un tercero que tiró los calzones en la arena y se lanzó al agua. Era como tenía que ser, como siempre había sido. Pensé que aquello era algo para recordar en una vida como la mía.

Al amanecer me despedí del capitán Snelgrave con sincera alegría, quiero creer, por haber conocido a una persona como él, y con añoranza, supongo, porque sabía que no volvería a verlo a él ni a nadie que se le pareciera. No le hice la pregunta que había tenido en los labios todo el día, si sabía quién era yo, y si los hombres, cuando me vitoreaban deseándome una larga vida, lo hacían sabiendo mi identidad. De todas formas, ésa era la diferencia entre alguien como yo y un tirano como el capitán Wilkinson, cuando todo se acaba y se pasan las cuentas. Para él, los vítores de la tripulación eran mofa, vergüenza y castigo. Para mí, eran la auténtica prueba de haber vivido y no inútilmente. ¡Y yo que había creído que era suficiente con la horca!

Me fui cojeando hasta mi morada y me senté un momento a ver la hoguera y las sombras alrededor. Estaba cansado de cuerpo y alma, pero satisfecho. La verdad es que, por lo que podía entender, no quedaba mucho por lo que vivir. Ya me había despedido, mis recuerdos empezaban a acabarse, ya no parecían inagotables. Vi que se acercaba el final y le di la bienvenida. Poner el punto final yo mismo, eso era lo único que me faltaba para haber vivido como había enseñado.

Capítulo 32

Hace un par de días, de madrugada, el *Deligth of Bristol* levó anclas, izó las velas y se deslizó lentamente hasta alejarse de la bahía de Ranter con rumbo al honor y la gloria. Con el catalejo vi que en la arboladura y en cubierta se alzaban muchas manos hacia mí, despidiéndose, sin que nadie se lo pidiera. En el castillo de proa vi al capitán Snelgrave, cuando ya había ordenado las maniobras y habían tomado el rumbo, que volvía la mirada hacia la isla y hacia mi fortaleza. Claro que podían haber sido imaginaciones provocadas por mi deseo, pero en aquel momento creí, maldita sea, que el mundo entero, si la necesidad así lo exigiera, podría aprender a querer a John Silver, a admirarlo y respetarlo, a tenerlo por un compañero bueno y libre, el que también supo ser en sus mejores momentos, cuando se sintió con ganas.

Ahí navegaba un hombre decente, pensé, mientras veía el barco alejarse rumbo a mar abierto. Me quedé allí hasta que las velas hubieron desaparecido en la penumbra que ya era mi horizonte, sin otorgarme un pensamiento pasado, presente ni futuro, si hubiera tenido alguno. Intuía que ésta iba a ser la última vez en que pudiera vivir un milagro de la civilización. El capitán Snelgrave y su tripulación habían festejado conmigo, sin saberlo, mi último viaje. John Silver sería descuartizado para siempre jamás, así de simple. A lo largo de mi vida, muchas veces había engañado a la muerte, pero tarde o temprano llegaría el día en que ni siquiera mis múltiples habilidades me sirvieran.

Tras de mí están el espejo y el regalo que me hizo Snelgrave. Todavía no he tocado ninguno de los dos. Ya llegará el momento, como siempre sucede a mi respetable edad. Si algo llega tarde, ni se nota ni hace daño. Así pues, allí estaba sentado tranquilamente, habiéndome despedido, creía yo, viendo el barco de Snelgrave y su extraordinaria tripulación, compuesta por unos valiosísimos

navegantes de alta mar, desaparecer de mi propia y densa neblina. Mi pensamiento fue que aquello ya tocaba a su fin. Unas cuantas palabras más sobre la historia de John Silver y punto. ¿Qué más podía pedir un tipo como yo?

¿Cómo se puede ser tan estúpido? ¿Por qué iba a estar tranquilo ahora, si nunca lo había estado antes?

De haber podido, tendría que haberme tirado de los pelos y haber llamado a todos los diablos, como hizo Lewis cuando trepó por el palo mayor, se arrancó el cabello y lanzó los mechones al mar, en honor al Diablo, por habernos enviado un poco de viento. O como el viejo trovador del cabo del Ahorcado, el que se quitó la vida porque había olvidado sus milenarias historias.

Pero yo ni siquiera me puedo arrancar el pelo. Descubrí que ya no me quedaba mucho cuando me vi en el espejo la primera vez. Vi mi desgraciada cara. Hundida, con los ojos rodeados de sombras, de una palidez amarillenta. Estaba en orden, pensé. La verdad es que no había esperado ver mucho más que un cadáver en vida, y por tanto no me decepcionó. Nada de lamentaciones.

Pero después abrí el regalo de Snelgrave, aquel por el que debiera estar especialmente interesado. ¡Interesarme! ¡Hacerme perder la cabeza o quizá más bien el sentido! ¿Qué vieron mis ojos miopes? Un escrito de la mano de Jim Hawkins, impreso, encuadernado y probablemente a la venta, listo para que cualquiera se lo quedara e hiciera lo que quisiera con él. Allí estaba, claro como el agua, en la portada, el nombre de Jim Hawkins, el que impidió que yo consiguiera la parte que me correspondía del tesoro de Flint, que no era más de Flint que de cualquier otro. *La isla del Tesoro,* así llamaba Hawkins su obra, ¡como si alguna vez hubiera existido una isla con ese nombre!

Abrí el libro con los peores presentimientos. Y lo que encontré inmediatamente fue el condenado mapa de Flint que casi supuso mi muerte y que fue motivo de la de muchos. ¿Y después? Después Billy Jones, aquella carroña. ¿Y más tarde? Más tarde Long John Silver, con apodo y todo. Barbacoa página tras página. Leí y leí como nunca había leído antes, devorado por todas las emociones que pueden coexistir en una persona. Aquí había otro John Silver, vivo sin lugar a dudas. Aún otro John Silver para odiar o para amar, según. Otro cadáver para tirar por la borda.

No sé la de veces que lo leí. Estaba apresado, atado de pies y manos, y había dejado de pensar con sentido común. Olvidé que aquél era yo, que las palabras habían salido de mi boca, que alguien había manoseado mi vida sin preguntarme nada. Sí, reconozco que reí y lloré por lo más nimio cuando apuré aquellas palabras hasta la última gota. Aquel mozalbete sabía escribir de tal forma que uno olvidaba

quién era y dónde estaba.

Pero después me desperté de la borrachera de palabras, me vi obligado a ser yo mismo y a contemplar mi propio rostro descarnado. Tenía un extraño sabor de boca por la resaca. La cabeza me estallaba de tal forma que al final no sabía lo que hacía. Sí, lo cierto es que me había enterado de que todavía estaba vivo.

¿Qué había hecho Hawkins? No sólo me había exhibido a la curiosidad pública, me había dado una pésima reputación y me había puesto en ridículo; no sólo me había metido en una jaula para que me escupieran y se mofaran de mí, como hacían los daneses con los piratas en el muelle de Langelinie para escarmentar a todos los marineros que iban a ir con la podredumbre de los esclavos; no, además me había dado a la imprenta y había aportado un testimonio condenatorio que llevaba directamente a la horca a los tipos como yo. ¿Es que Hawkins no era otra cosa que un simple delator? ¡Y nosotros que hicimos un trato, él y yo! Así lo pone en su escrito, tan verdad como lo estoy diciendo. «Pero acuérdate, Jim -digo yo-. Ojo por ojo, así que ya puedes salvar a Long John del balanceo de la horca.» Y Jim, está escrito para la eternidad, contestó que haría lo que pudiera.

Yo cumplí con mi parte, la verdad que sí, y salvé su vida miserable. Él rompió su promesa. ¿Así me lo agradece? ¡Y a éstos hay que considerarlos gente honrada!

Pero no es tan fácil vencer a John Silver, tan cierto como que llevo su nombre. No puedo volver a Bristol y apoderarme de nuevo de la vida que salvé, y tampoco serviría de nada callarle para siempre. El testimonio está presentado y el acta levantada irremediablemente, así están las cosas.

Pero la última palabra nunca queda dicha, eso al menos lo he comprendido ahora, y eso que pensaba que había puesto punto final en esto y en aquello. Si hay algo que nunca se deba dar por sentado de antemano es el propio fin, especialmente el mío. Jim Hawkins lo veía todo, desde luego, pero John Silver también, por todos los demonios. No temía a nadie, él no, y era valiente como un león. Es verdad, así lo escribió Hawkins. Sólo le tenía miedo a la horca, es cierto, y eso es lo que pone. Tenía una forma diferente de hablar con uno y con otro, y hacía favores especiales a uno y a otro, también es verdad. No era un hombre corriente, verdaderamente cierto; había ido a la escuela y sabía hablar como un libro abierto si estaba de humor. Era delicado, eso es igual de irrefutable; era todo un caballero cuando le convenía, único en su clase, así que todo correcto. Era un tipo raro en un mundo que era el suyo, tampoco hay nada que decir en contra. Todo es como tiene que ser y Hawkins no ha ido con mentiras.

Pero tampoco conviene olvidarlo: es una verdad como un templo que quien fue compañero de John Silver, quien lo traicionó, no lo hizo

en el mismo mundo del viejo John. Y recuérdese que no hubo un hombre que se le hubiera puesto en contra que tuviera un momento de tranquilidad después. ¿Es que yo iba a ser peor hombre que él, Jim?

Capítulo 33

Distinguido Jim Hawkins:

No sé si esta carta llegará a tus manos. Sin embargo, estoy bastante seguro de que no necesitas preocuparte por redactar la respuesta, a no ser que puedas enviar tu carta directamente al Infierno, si es que existe, que sin duda es donde yo me encontraré. Cuando leas la presente, yo seguramente ya estaré muerto, y ya habrás averiguado en qué rincón de la tierra pasé mis felices y últimos días.

Aunque ahora naturalmente miento, como era mi costumbre cada vez que me convino. Tan felices no han sido mis días en los últimos tiempos, para ser sincero. Y es culpa tuya, Jim, más vale que lo sepas. No sólo tuya, lo reconozco. Yo también he tenido mi parte en lo referente a mi paz de espíritu. Pero ¿cómo pudiste exponerme de aquella forma con tus palabras? Eso te pregunto, así de simple. ¿No entendiste que tu relato es un testimonio que puede llevar directamente a la horca a un tipo como yo? Te salvé la vida. ¿Lo has olvidado? Y tú me prometiste hacer cuanto estuviera en tu mano para salvar la mía. ¡Y ahora, esto! ¿Eso es lo que pretendías, no sólo ponerme en la berlina, sino que acabaran colgándome?

No, a pesar de todo no quiero creerlo. Primero sí, no voy a fingir, y menos cuando tuve tu escrito en mis manos, pero ahora lo he pensado más detenidamente. Tú eras un caballero en muchos sentidos, y me defendiste no sólo porque te salvé la vida. No, Jim, también me apreciabas por lo que yo era. Salta a la vista en tu escrito, ¿no? Pero también me tenías mucho miedo. Pero ¿quién no? Tienes buena compañía. Sí, lo oíste tú mismo. Hasta Flint vacilaba cuando yo me ponía en marcha.

Dicho de otro modo, me apreciabas; apuesto la cabeza, aunque ya no sea tan valiosa como antes, al menos para mí. Así pues, amigo mío, si es que puedo llamarte así, ¿cómo es posible que fueras tan despistado para escribir al mundo entero que quizá sigo con vida y que disfruto de mi propia negra y de mi loro, y que no es nada cierto que me cayera el castigo que merecía?

No pido que entiendas lo que yo ya había intuido, esto es, que

nada sería peor pecado que dejar a John Silver morir en la horca. La humanidad, Jim, necesita un John Silver distinto de todos los demás. Sin el precio que han puesto a mi cabeza, nadie sabría lo que vale la pena ser en esta vida.

Sí, Jim. Así de terco he sido en los últimos tiempos, aunque seguramente la humildad nunca ha figurado entre mis virtudes; con toda seriedad, quiero decir que el mundo sufriría una gran pérdida si me colgaran como a un simple bandido, de modo que después cayera en el olvido. Porque así está establecido: a los tipos como yo no los cuelgan para que cumplan su condena o para escarmiento de la población, sino para poder olvidar que disfrutaron de una vida que valía la pena tanto o más que muchas otras. Sí, si a tipos como yo se les convierte en enemigos de la humanidad, si se les condena a muerte y se les cuelga, es para que los demás sepan lo que es bueno y lo que es malo en este mundo.

Estás oyendo, Jim, que al final he tenido algunos pensamientos. Tampoco hay mucho más que hacer cuando se está con un pie en el otro mundo, en especial cuando alguien como yo, lo sabes de sobra, tiene una sola pierna: en cualquier momento puedo caer en el agujero equivocado.

Claro que sería mucho pedir que lo entendieras. Todavía eres un hombre joven y naturalmente crees, en cierto modo con razón, que te queda toda la vida por delante. ¿Por qué ibas a comparar tu vida futura con la de un personaje que no sirve de ejemplo, como yo, y a cuya cabeza han puesto precio?

Aseguras que fueron Livesey y Trelawney quienes te pidieron que escribieras tus memorias. «¿Por qué? -pregunto yo-. ¿Porque corrían rumores desfavorables sobre aquellos a los que engañó un tipo como yo? ¿Porque Long John Silver, delante de las narices de todos, logró hacerse con todo el protagonismo? ¿O sólo porque Trelawney, según su costumbre, quería aprovecharse de algo que no le pertenecía?» ¡Hazte esas preguntas, Jim, hazlo!

Debieras recapacitar en una cosa, y es que yo podía exigir mis derechos sobre el tesoro de Flint, mucho más que un avaro como Trelawney. Naturalmente, tú recibiste tu parte del tesoro; a estas alturas serás un hombre adinerado. Sin embargo, quiero decirte una cosa, Jim: no eres mejor que cualquier miembro de la vieja tripulación de Flint. Vives sobre sus cadáveres, acuérdate de lo que te digo cuando vayas en carruaje, cuando empolves la peluca, saques tu cajita de oro de rapé y te cortejen las damas por ser un buen partido. ¿Qué vales? Diez mil libras quizá, lo suficiente para no mover un dedo durante el resto de tu vida. En eso te envidio, bien lo puedes creer. Yo tuve que esforzarme constantemente sólo para poder disfrutar de algunos años de gandulería ahora al final. No tuve tanta suerte como

tú. ¡Ten cuidado con el dinero! ¡Compra la libertad, Jim! ¡Sólo para eso sirve el dinero!

Sí, ya te habrás dado cuenta de que no soy el mismo de antes, de cuando íbamos a toda marcha y yo ponía mis gavias para todo menos cuando soplaba la tormenta y era cuestión de aguantar o caer. Sufrí muchos naufragios, pero siempre conseguí salir con vida. Nadie me dirá que no hice lo que pude, o que tuve una vida que no me merecía. Eso es lo que cuenta: a pesar de los pesares no he sido un embaucador en ningún momento. Nunca fingí, mientras los demás, los que eran como yo, pretextaban ser mejores que sus compañeros.

Sin embargo, no entiendo por qué mentiste durante años sobre esto y sobre lo otro sin ningún provecho. Cualquier lobo de mar de Bristol supo naturalmente la noticia en cuanto la *Hispaniola* levó anclas y regresó. El mapa tampoco es el original. ¿Es que Flint se lo había dado realmente a Bones en 1754, tal como está indicado? En ese caso ¿había sobrevivido Flint treinta años? No, a mí no me vengas con ésas. Flint era un tipo extraordinario, es verdad, y duro de pelar, pero sólo navegó durante ocho años, y en los tres últimos le acompañó mi menda. Es bien bonito, ¿no te parece?

De otra parte, tengo que añadir que me pescaste a lo bobo algunas veces, como cuando iba contigo en jauría con los demás, camino del lugar donde Flint había enterrado el tesoro. Tenías ojos en la cara, siempre lo he dicho.

Entendiste que yo metía baza en cualquier situación, hasta el final, y que mi palabra de honor no habría valido como testimonio si, a pesar de todo, hubiéramos encontrado el tesoro. Lo que no entendiste, claro que sólo eras un muchacho, fue que me preocupara por los piratas tan poco como por los demás. Hiciste de mí un veleta, Jim, pero nadie era tan firme ni estaba tan sujeto a los principios como yo. «El tesoro y John Silver primero, la horca lo último», ésa era mi norma, y fui muy tajante con ella, te lo aseguro.

Pero no soy tonto, y puedo hacer que lo impar quede parejo.

Diste vida a un viejo cadáver, aunque no fuese toda la verdad. Claro que… ¿cómo ibas a intuir que yo también he estado escribiendo cómo fue mi vida de verdad, sin fantasías? Y aún no sé por qué. Seguramente imaginé que era para mantener la cordura, hasta que la muerte me separe de mí mismo. Fue absurdo, porque si hay algo de lo que uno tiene que estar alejado, para mantenerse cuerdo, es de la escritura.

Ahora probablemente creas que me he querido alzar y hacer un discurso en mi defensa o poner de manifiesto que tú no eras un testigo fidedigno. ¿De qué me iba a servir? No soy tan lerdo como para no entender lo que acostumbra a contar como bueno y malo en este mundo, y sé bien de qué parte estoy. Pero lo bueno y lo malo son un

invento de la gente, lo mismo que lo correcto y lo incorrecto. ¿Por qué me iba a preocupar por eso, si según los mismos criterios he conseguido mi derecho a vivir?

Que sí, ya sé lo que piensas: que podría haber continuado manteniendo mi taberna en Bristol, la Spy-Glass, y quedarme en mi sitio, haber sido un comerciante decente, si es que eso existe. Pero tienes que saber que si volví a Bristol fue sólo para pescar a Billy Bones y apoderarme del mapa de Flint, y que todo lo que hice fue poniendo en peligro mi propia vida.

Bones levantó el vuelo, diablo de hombre, cuando murió Flint. Fue su venganza porque le tratamos como se merecía. Sí, ya sabes cómo era. Bocazas y tacaño, cobarde e indigno. Se imaginaba que podría pertrechar un barco y hacerse con el tesoro por su cuenta. ¡Como si hubiera tenido capacidad! El ron era lo único que tenía en la cabeza, y aún le sobraba bastante sitio. Lo poco que tenía en la mollera cuando nació había muerto tiempo atrás, gracias a las cantidades de aguardiente que había trasegado por su sedienta garganta.

«Pero no hay mal que por bien no venga», ya lo dice el refrán. Bones perdió la sesera, pero a cambio consiguió el mapa. Porque ¿quién si no Billy Bones hizo compañía a Flint cuando se emborrachó hasta la muerte en Savannah?

Si Flint hubiera estado en sus cabales, si es que alguna vez lo estuvo, no habría dejado el mapa en manos de un desalmado como Bones. Flint recibió su castigo, porque tan pronto como Bones le hubo echado el guante al mapa, dejó morir a Flint ahogado en sus propios vómitos. Darby M'Graw lo encontró. M'Graw se inquietó cuando no oyó gritar ni aullar a Flint, como era habitual después de su ración, una botella por cada vaso roto.

Me acuerdo como si fuera ayer. ¡Vaya espectáculo! Seguro que no te crees lo que estás leyendo, Jim, pero había algunos que lloraban a lágrima viva, pero no de dolor, sino porque perdían el coraje. Habían pasado toda su existencia sin ver más allá del horizonte. La mayoría había olvidado lo que había más allá de la popa y tampoco les importaba. Aparte de aquello, todo estaba desierto como una tumba. Ahora, con Flint muerto, de golpe tenían que pensar por sí mismos, tomar decisiones y darle un rumbo al caos de la vida. Fue como si tuvieran vértigo y se vieran obligados a subir hasta la cofa.

Incluso yo estaba afectado. Sin Flint todo había terminado. Era el último de los grandes, el único que había salvado la vida hasta que él mismo puso fin a sus desgracias. Sin él estábamos perdidos. Le tenían miedo e incluso lo detestaban a bordo, pero era inmejorable en su terreno. Se había tomado libertades a costa de la tripulación, había gozado de mujeres a bordo en contra de las normas; había enterrado

gran parte de lo que nos pertenecía a todos para que nadie se pudiera retirar, había matado a una docena de los nuestros por cobardes, pero Flint era Flint, un excelente capitán en combate, cuidadoso de su pellejo, del mío y de los nuestros, y un consumado navegante por la gracia de Dios.

Nadie, y en aquel entonces teníamos a mucha gente buena a bordo, le superaba a la hora de maniobrar el barco cuando las cosas se torcían.

Así pues, pasamos seguramente un par de días con Flint rondándonos la cabeza y un par de noches en vela empapadas en ron, antes de que yo, y que conste que fui el primero, empezara a pensar en el mapa de Flint. Lo registré de pies a cabeza, sin éxito. Revolvimos su camarote, bueno, el *Walrus* entero, sin encontrar ni el menor rastro de la mano de Flint. Después hubo alguien, Hands, creo, que preguntó por Billy Bones, que había estado emborrachándose con Flint hasta el fin. Y entonces descubrimos que el llamado Bones había puesto pies en polvorosa y que el esquife había desaparecido.

Los hombres gritaron de rabia. Se hizo nuevo juramento acerca de que nuestro grupo no se disolvería hasta que Bones estuviera muerto, hasta localizar el mapa y rescatar el tesoro. Una parte de la tripulación me eligió a mí como una especie de capitán, ya sabes quiénes. A Flint lo echamos por la borda sin más miramientos, ahora que de nuevo había ánimo para seguir viviendo.

Bajo mi supervisión como contramaestre, se repartieron los botines a partes iguales. Construimos cuatro barcos pequeños con el maderamen del *Walrus* y quemamos luego lo que quedaba de él. Al final hicimos una fiesta como pocas y acabamos con toda la bebida y toda la comida que no iba a caber en los barcos pequeños. El festejo duró una semana entera, y casi nunca he visto una banda de caballeros de fortuna más triste y espantosa que aquellos hombres pálidos y ojerosos que se volvieron a sus barcos y pusieron rumbo cada cual a un punto cardinal sin volver la vista atrás.

Aquí tienes la historia, Jim. Los últimos piratas, los peores de todos ellos, acabaron así en la tumba para felicidad de todos los usureros de las compañías comerciales.

No sé qué pasó con los otros tres barcos; viajaban treinta hombres en cada uno. Probablemente algunos fueron apresados y ahorcados, otros murieron borrachos perdidos o acabaron sus días como pobres mendigos, es decir, lo habitual. Pero no fue así con los que estaban a mis órdenes, te lo aseguro. Dimos con las huellas de Bones y supimos que había vuelto a Inglaterra. Ahí tienes la respuesta, Jim, el porqué me encontraste en Bristol.

No volví para llevar una vida honrada, como se suele decir. ¿Cómo lo iba a hacer, con un historial como el mío? Volví

expresamente por la sed de dinero, ¡recuérdalo! Volví a Bristol con un peligro constante para mi vida y mi pellejo, el poco que me quedaba. ¡Recuérdalo!

También te quiero decir, antes de que se me olvide, que para ese que la humanidad llama enemigo del Rey, del Parlamento, o «terrorista», como le denominan los papistas, para un tipo así no es posible cambiar de rumbo. Antes de morir se le ofrecen sólo dos vías si es que quiere vivir como una persona con sentido común. Una es mantener el rumbo. La otra, dejarse llevar a la horca.

No hay otro camino si no quiere vivir escondiéndose el resto de sus días y temer constantemente por su pellejo sin poder confiar en nadie. «Amnistía», dirás quizás. Hay caballeros de fortuna que se han acogido a la amnistía. Claro, digo yo, pero ¿cómo es su vida a partir de entonces? Su Majestad quizás otorgue amnistía y clemencia, pero ¿lo hace la gente corriente? ¿Y los usureros?

Capítulo 34

Sí, Jim: escribo mi vida, la verdad de lo ocurrido, Jim, y nada más. ¿Te sorprende? Seguro, ya contesto yo, porque sabes tan bien como cualquiera que antes ignoraba casi todo lo que tuviera que ver con la verdad. Sólo me preocupaba mi propia credibilidad. Gracias a ella llegué a ser alguien en el mundo.

Dicho con otras palabras, he echado a perder el último año poco más o menos, porque a mi edad ya no se es tan meticuloso con el tiempo, y he estado con el culo pegado a la silla, escribiendo e intentando poner en orden una vida que parece haber sido la mía. Debes creer que es un trabajo duro, no apto para vagos y gandules. Pero tú ya lo sabes, ¡tú, que de todas formas escribiste el relato sobre la isla del Tesoro!

Seguramente te preguntarás por qué me he dirigido a ti de esta forma. El caso es que escribir es una actividad bastante solitaria; he descubierto que es más solitaria que la vida misma, y sé muy bien de qué estoy hablando. Así pues, tendrás que leer y aguantarte.

Por lo demás, no eres el primero que disfruta de este honor. Imagínate, Jim, que le he relatado la mitad de mi vida al escritor Defoe. Ahora pensarás que estoy loco, muerto y enterrado como él, pero tenía que confiar en alguien. Podría haber pensado en ti. Tú estás vivito y coleando, eso espero, y sabes leer. Así pues, he decidido escribirte hasta que la savia se me seque y las venas se me agoten. Debería interesarte de todas maneras, porque lo que queda por contar es el tiempo que pasé con Flint, además del que tú contaste en *La isla del Tesoro,* naturalmente. Porque a pesar de todo me hiciste un favor, ya que así no necesito recordar y relatar ese desgraciado fracaso, y todo gracias al afecto que le tenía a un muchacho como tú. Correría el año de gracia de 1723 cuando de nuevo toqué tierra en Port Royal, en Jamaica, tras mis recientes experiencias en Londres, con la ayuda de Defoe, gracias a las cuales aprendí qué lugar ocupa en el mundo un tipo como yo. De compañía llevaba a Israel Hands, que no era el tipo más dócil del mundo. Empezó a beber como un cerdo en cuanto dejamos atrás Gravesend, y continuó como se sabe hasta su muerte. Era un feo diablo aquel Hands, y había momentos en que deseaba que Barbanegra hubiera apuntado un poco más alto. Nadie te va a

reprochar, Jim, el final que tú le diste.

Seguro que le preguntas a Silver, tu viejo compañero de barco, por qué fue arrastrando consigo una carroña como Hands. Te lo voy a contar.

En aquella época, los días de los caballeros de fortuna ya estaban contados. Muchos estaban muertos y la ley había puesto precio a la cabeza de los demás. Los españoles transportaban sus riquezas en convoyes de cientos de barcos. Y los caballeros de fortuna, a pesar de todo, no eran suicidas, aunque tampoco fueran muy meticulosos en cuestiones como la vida o la muerte.

Además, los gobernadores de las islas tenían participación en el comercio regular. Antes extendían patentes de corso, cobraban un porcentaje a cambio de nuestros ataques, eran propietarios de los burdeles y de las tabernas, y hablaban en favor de los intereses de los caballeros de fortuna, ya fuera ante el Rey o ante el Parlamento. Pero cuando los beneficios disminuyeron se hizo más rentable invertir en el comercio regular, y nosotros tuvimos por enemigos a gente peor que todos los buques de guerra y los cañones. Que no se te olvide, Jim: que no hay peor enemigo que quien habla de beneficio insuficiente y de porcentajes incorrectos. Luchar contra eso es como mear, contra el viento. No hay nadie que pueda mantenerse limpio, siempre se acaba apestando.

Así pues, según había entendido, no sería fácil reunir una tripulación y encontrar un capitán que estuviera dispuesto a probar fortuna, con todo en contra, de espaldas al resto del mundo. Tipos como Hands, temerarios sin escrúpulos, eran necesarios si yo quería comprar un día mi libertad. Después de lo de England había guardado novecientas libras a buen recaudo, en casa de un orfebre de Londres, según el procedimiento habitual; así pues, las podía cambiar en muchos lugares, en tierra, por dinero contante y sonante. Pero no era suficiente para estar tranquilo. Por lo menos necesitaría trescientas libras más para comprar acciones, si quería vivir como un caballero respetable sin mover un dedo, si es que uno aguantaba esa clase de vida. Que nadie crea que Long John Silver navegó junto a Flint por pura diversión o a falta de algo mejor, como la mayoría.

Sin embargo, no fue fácil dar con Flint. En aquel tiempo ni siquiera tenía nombre. Llegó a mis oídos que un pirata hacía estragos como en los viejos tiempos, entre las islas de las Antillas. Pero nadie sabía quién era ni de dónde venía. Para empezar, se dudaba incluso de su condición de pirata. El barco desaparecía como por arte de magia; ni viento, ni temporal tenían que ver con ello.

El caso es que apareció la tripulación de un bergantín americano que había sido realmente atacado por un pirata de carne y hueso, aunque nadie lo había visto, así como tampoco lo habían oído llamar

por su nombre. Tan pronto arriaron la bandera, tuvieron que ponerse a lo largo de la amura y dar la espalda a los piratas. Algunos cayeron de rodillas pidiendo clemencia en nombre de Dios. Algunos fueron arrojados por la borda sin más contemplaciones, mientras que a otros los ataron, los llevaron a la bodega y los dejaron en una isla con provisiones, armas y todo lo necesario para sobrevivir.

Dos meses más tarde se repitió la historia, pero con la diferencia de que a todos los oficiales los dejaron con una cabeza menos de estatura, pues habían ordenado oponer resistencia y habían arriesgado la vida pacífica de los marineros. Después llegaron noticias de los españoles: un nuevo pirata había apresado e incendiado tres de sus barcos, sin respetar más vidas que las de los esclavos que encontró a bordo.

Así pues, una cosa estaba clara: por lo menos había un pirata en aquellas aguas, un barco bien equipado y tripulado por gente que le tenía estima a su pellejo, aunque no al del prójimo. Claro que para la gente corriente y para las autoridades, el pirata desconocido era un fantasma que causaba terror, aunque de todas formas no era del todo auténtico: era como Dios o Satán o como el Espíritu Santo y los ángeles, aunque sin curas que estimularan las supersticiones y los chismorreos de la gente.

Me pregunté de qué manera podría yo hablar con un fantasma o una sombra como ese pirata.

Compré una vieja carraca a un precio demasiado caro. Exigí que la compra se mantuviera en secreto, ya que pensaba transportar una carga valiosa y tenía miedo de que llegara a conocimiento de los piratas. Naturalmente, tal y como yo esperaba, la noticia se extendió como un reguero de pólvora. Fue tan rápido que Hands, a quien yo no le había dicho ni palabra del asunto, me vino al día siguiente y me preguntó si era verdad lo que había oído, que había comprado un barco.

– ¿Quién diablos te lo ha contado? -pregunté irritado.

– Tranquilízate -dijo Hands-. Sólo lo sé yo. Lo oí confidencialmente y prometí cerrar el pico. Aunque yo sabía que de todas formas me lo ibas a contar. Pensé que al viejo Hands no lo ibas a defraudar.

– Nunca en la vida -aseguré.

– ¿Cuándo nos vamos? -preguntó Hands-. Y… ¿adonde?

– Mañana por la mañana.

Hands me miró sorprendido con sus ojos acuosos e inyectados en sangre.

– ¿Y la tripulación, qué? ¿Y las armas? ¿Y los cañones?

– Navegaremos sin nada de eso.

Hands no entendía nada; es decir, seguía siendo el de siempre, o

quizá ya estaba un poco peor.

– No vamos a navegar como piratas -expliqué-. Vamos a navegar como presa.

No podía hacer más. Tarde o temprano, el temido, anónimo y esquivo pirata daría con mi paradero y entendería que no existía una presa más fácil. Para despistar dejé correr la noticia que navegaría hasta Saint Thomas en busca de mercancías y regresaría.

Saint Thomas, ¿qué me dices? ¿No te parece absurdo? Claro que sí, pero razoné que nadie me iba a reconocer con unos atavíos de lo más ostentosos después de haberme visto como un salvaje medio desnudo. Nadie… salvo los curas que habían tenido el privilegio de estudiarme más de cerca. Además, tenía mis razones e intenciones, que no le conté a nadie, y mucho menos a Hands.

Tardamos diez días en ir de Port Royal a Charlotte Amalia, una travesía rápida con sólo dos hombres a bordo. Hands era un marinero muy capaz cuando se le pasaba la borrachera. Sin ron era incluso un buen compañero, cantaba, lastraba y hacía turnos dobles, encantado como un crío de verse de nuevo en mar abierto.

No vimos ni la sombra de una vela en toda la travesía; arribamos a Charlotte Amalia sin contratiempo. Tuvimos que hacer el saludo al fuerte con nuestros mosquetes a falta de cañones. Parecerá una ridiculez, pero recibimos respuesta rápida con dos disparos menos que nosotros, como dictaba la costumbre. Tras fondear en la rada, remé mientras Hands quedaba de guardia a bordo. Se dejaría ver en cubierta a menudo, con distintas guarniciones, de manera que la gente de tierra creyera que teníamos una tripulación completa a bordo.

Me anuncié al oficial de guardia del fuerte, me inscribieron en el diario bajo el nombre de Johnson, en honor a la memoria de Defoe. Solicité audiencia con el gobernador, me mostré con mis ropajes ostentosos y cortésmente pedí permiso para comprar provisiones y completar la tripulación. Me había quedado sin algunos esclavos que habían escapado, dije, y necesitaba sustituirlos. ¿Sería posible?

– Depende -dijo el gobernador-. En estos momentos, en la isla tenemos siete mil negros, pero no son suficientes con la actual demanda de azúcar. Los terratenientes compran todos los cargamentos que llegan, hasta el último hombre o mujer.

– Pero… -intervine.

– Siempre hay algunos que no sirven para mucho. De una parte los enfermos, naturalmente, pero también los desobedientes y los rebeldes descarados. Imagínese, capitán, que hace unos años nos llegó una carga completa de esos espíritus rebeldes. Un hombre blanco que estaba encadenado en la bodega de los esclavos, en espera de ser juzgado por intento de amotinamiento, los había sublevado. Nunca

habíamos visto nada igual. Al principio se mostraron mansos como ovejas, pero de pronto explotó toda la isla. Primero tuvimos un intento de rebelión en la plantación de los curas, pero logramos sofocarla antes de que se extendiera. Buena señal, pensamos, que los demás se estuvieran quietos en aquella ocasión. Claro que aquellos diablos habían hecho mejores previsiones que nosotros, y justo cuando creíamos que había pasado el peligro y relajamos la guardia se desencadenó un auténtico infierno. Mataron a cien blancos antes de que consiguiéramos dominarlos. Despedazaron a cien mujeres, hombres y niños, que colgaron en los árboles por toda la isla.

– ¿Y de ellos, cuántos murieron? -pregunté horrorizado.

– Ninguno, capitán -dijo el gobernador levantando las manos-. ¡Ni uno solo!

– ¿Cómo? -pregunté lógicamente-. ¿Cómo es posible?

– Seguro que ninguno -insistió el gobernador-. Cuando nos pusimos en marcha para sofocar la rebelión todo estaba en calma de nuevo, como una balsa de aceite. Algunos habían corrido a refugiarse en las montañas: ésos eran los responsables, según dijeron los demás. Apresamos a cinco, los torturamos y los matamos, pero no dijeron ni pío. Nunca habíamos visto nada igual.

– ¿Qué tiene esto que ver con el cargamento de esclavos? -pregunté.

– Todos los blancos que murieron habían comprado esclavos de ese cargamento.

– Y lo que quiere usted es cargarme a mí con los sublevados y los rebeldes -dije ácidamente-. ¿Es eso lo que quiere?

– ¡No se lo tome así, capitán! Sólo quería ser sincero con usted. En principio, no hay esclavos a la venta en Saint Thomas. Claro que después de la rebelión hemos tenido constantemente una parte de aquel barco bajo llave. Además, nos vemos obligados a indemnizar a los propietarios de las plantaciones que deben prescindir de sus esclavos. A la larga sale caro. Sería mejor si pudiéramos venderlos y separarlos. ¿Lo entiende ahora? No sabemos si son rebeldes. Es sólo una medida de seguridad. Lo peor es que los terratenientes los necesitan a todos y que éstos gozan, sin excepción, de una espléndida forma y salud. Si los propietarios no estuvieran tan asustados nunca los habrían soltado. ¿No le gustaría verlos?

La voz del gobernador era casi suplicante.

– Nunca está de más -dije de mala gana-. Claro que prefiero inspeccionarlos a solas. Sé por propia experiencia que se comportan de diferente manera si están en presencia de las autoridades.

– Naturalmente -dijo el gobernador sin sorprenderse lo más mínimo.

– ¿Y el hombre blanco? -pregunté con natural interés-. Me refiero

al que los sublevó. ¿Consiguieron apresarlo?

– John Silver -escupió el gobernador con odio y rabia-. No, ese diablo consiguió huir después de haber matado a dos curas. Mató a dos hombres de la Iglesia a sangre fría, a pesar de que lo habían acogido como trabajador contratado. Fue un favor, porque de lo contrario probablemente lo habrían colgado. Y le voy a decir, capitán, que si alguna vez consigo echarle el guante, ¡lo destrozaré con mis propias manos!

No dije nada más por prudencia. El gobernador se tranquilizó, me mostró el camino de los calabozos, aclaró la situación a dos soldados que estaban de guardia y me dejaron entrar.

Tardé un momento en acostumbrarme a la penumbra y al hedor. Cuando por fin vislumbré algo, descubrí una docena de cuerpos encogidos y apoyados en la pared, tan lejos como era posible de una cuba que estaba en el lado opuesto, llena de orines y excrementos. Nadie movió ni un solo músculo cuando se abrió la puerta y entré yo. Podían haber estado todos muertos, pero entonces vi que algunos ojos me observaban en la oscuridad.

– De acuerdo -dije con la misma voz y tono que una vez empleé a bordo del *Libre de penas*-. ¿Hay algún diablo que entienda lo que digo?

Juro que se armó un buen revuelo. Jack estaba acuclillado como un gato, ni más ni menos, mirándome directamente a la cara.

– John -dijo en voz queda, pues no en vano era un hombre inteligente-. ¡John Silver!

– ¡El mismo que viste y calza!

– ¿Prisionero? -preguntó Jack.

– No -contesté riéndome-, todo lo contrario. Soy libre como los pájaros. Y tengo dinero. He venido a comprar tu libertad, si quieres.

– ¿Si quiero? -repitió.

Y al momento siguiente advertí su vacilación.

– Los demás son *sakalava.* No los puedo dejar aquí.

Reflexioné un instante. Tenía suficiente dinero para comprarlos a todos, pero ¿qué iba a hacer con ellos, una escolta completa? De otra parte, pensé también, no era del todo seguro que consiguiera unirme al pirata desconocido. Tal vez tendría que navegar por cuenta propia.

– Estupendo -dije-, los compro a todos si tú los avalas.

A Jack se le iluminó el rostro y me dio su habitual puñetazo en el estómago. Todavía no había aprendido que, en circunstancias parecidas, los blancos se limitaban a darse una palmada en la espalda.

– ¿Te acuerdas de la mujer?-pregunté luego-. La que le arrancó el miembro a Butterworth.

La sonrisa de Jack se hizo aún más ancha.

– También está aquí -dijo-. En una celda de al lado. A ella todavía le tienen más miedo que a nosotros.

– ¿Es tu mujer? -le pregunté con una repentina suposición.

– No es la mujer de nadie -dijo Jack con orgullo-. Es de sí misma. Tiene sangre *akwambo* en las venas, y son como los *sakalava:* no se someten a nadie.

– Bien -dije-, entonces compro su libertad también.

Jack me dio de nuevo en el estómago con una gran sonrisa.

– Ahora me voy -le dije a Jack-. Hoy o mañana seréis conducidos a mi barco bajo vigilancia. Aclárales a los demás que personalmente cortaré la cabeza a los que den la menor señal de conocerme. Y les dices, por si todavía no lo han entendido, que serán libres tan pronto como pongan los pies en mi barco. No soy ningún tratante de esclavos.

Llamé a la puerta, me dejaron salir y pedí que me dejaran ver a aquella mujer incomparable. No me sentía yo tan seguro cuando se cerró la siguiente puerta de hierro tras de mí y aún menos cuando comprobé que la mujer a la que yo llamaba Dolores, por falta de otro nombre mejor, estaba sola en la celda. La descubrí en medio de la habitación, como si hubiera permanecido allí desde el día en que la encerraron, bien plantada en el suelo, de espaldas a mí. No se volvió al oír mis pasos, de manera que tuve que dar la vuelta a su alrededor. Era tal y como la recordaba: orgullosa, impasible y encerrada en sí misma. Claro que mientras estuvimos allí tuve la certeza de que entreabrió los párpados. Sí, estaba seguro de que me recordaba y me reconocía.

– ¿Entiendes inglés? -pregunté con delicadeza.

Asintió, pero no dijo nada.

– ¿Sabes quién soy? -dije-. Soy John Silver, el esclavo blanco del *Libre de penas.* He vuelto para comprar la libertad de Jack y sus compañeros *sakalava.* Estoy dispuesto a comprar también la tuya. Necesito una mujer como tú, pero no pienso comprarte con condiciones. Romperé el certificado tan pronto como subamos a bordo. Si quieres ser mi mujer, estupendo. Si no quieres, da lo mismo. Me las arreglo sin mujer, igual que tú sin hombre. Pero si quieres que compre tu libertad, me tienes que decir sí ahora. Por lo menos quiero oír un sí.

Me miró con insolencia, pero vi sus dientes cuando entreabrió los labios para dejar salir una risa reverberante e ininterrumpida. Nunca había oído nada igual, tan limpia sonó.

– Sí -dijo después, clara y concisa, y nada más.

Yo no podía quitar los ojos de sus labios gruesos y rellenos, de sus dientes blanquísimos. Imaginé cómo habría sido cuando envolvieron el miembro erecto de Butterworth.

«Una mujer de mi gusto», pensé dejándola donde estaba, dando la espalda a la puerta, como cuando llegué.

Me dirigí de nuevo al gobernador.

– ¿Sabe una cosa? -dije satisfecho-. Se los compro todos si me los deja a buen precio. Algunos los puedo hacer marineros. Mi lugarteniente sabe cómo tratar a los salvajes rebeldes. Los demás los puedo vender. Le hago un favor, piénselo. Se debe tener en cuenta a la hora de poner el precio. ¿Qué me dice?

El gobernador se levantó como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

– ¿La mujer también? -preguntó.

– Sí, la mujer también. Para consumo propio, ya me entiende lo que quiero decir.

– Claro, claro, le entiendo -dijo atropelladamente y con toda la benevolencia del mundo.

Evidentemente pensaba que justo aquella mujer era la última que a él le hubiera apetecido.

– ¿Y el precio? -pregunté con aires de comerciante.

– Setenta monedas de plata -contestó-. No está mal. Así podrá tener ganancias si los vende después.

– Estupendo -dije sin regatear.

– Capitán -dijo el gobernador-, permítame que le invite a un trago. Me ha hecho un gran favor. No lo olvidaré. Siempre será bienvenido en Saint Thomas si alguna vez necesita algo.

Brindó conmigo y prometió que mis esclavos serían llevados a bordo al amanecer. El pago lo podría hacer al día siguiente. Naturalmente, fue muy grande la tentación de subirlos a bordo y zarpar sin dejar ni una sola moneda de plata, pero en ese caso no habrían sido vendidos según las reglas. Insistí en arreglar todos los documentos de inmediato, conté el dinero acordado y recibí en mano los certificados que demostraban con la claridad deseada que yo era el propietario de trece esclavos, doce hombres y una mujer.

No me fui directamente al barco. Primero me senté en la taberna y pedí un vaso de *kil devil.* Matar al Diablo: para eso servía, porque cada año de mi vida había sido un puro infierno. Naturalmente, el propietario de la taberna puso los ojos como platos cuando yo, un caballero, pedí la bebida de los esclavos, pero de todas formas me sirvieron algo que sabía a diablos.

Pensé en lo que había pasado; el fracaso del motín a bordo del *Libre de penas,* la traición de Scudamore, las actividades en la bodega de los esclavos con Jack, la picha cortada de Butterworth, la rebatiña, la esclava que fue azotada por acostarse conmigo, los brillantes y malvados ojillos del padre Holt, mi disparo que liberó al mundo de su presencia. Yo no era de los que sufrían con los recuerdos, pero debo admitir que éstos no eran de los que a uno le mejoran el ánimo.

Me adentré en la isla y enseguida vislumbré entre los árboles la plantación de los curas. Me acerqué escondido para ver mejor. Era

como sospechaba, bastaba con pensar un poco. La iglesia de piedra estaba en su sitio y se había levantado una nueva residencia. Me abrí camino entre los matorrales para ver la plantación de caña de azúcar. Tampoco allí se había producido ningún cambio, si acaso a peor, porque los curas la habían ampliado hasta doblar el número de esclavos y el terreno cultivado. Además, habían empleado a los capataces y a un vigilante blanco. Eso fue lo único que conseguí. Los curas ya no confiaban en que su Dios les diera fuerzas suficientes para poder manejar a sus esclavos. ¿Y qué ventaja había en eso? ¿Que habían aprendido una lección y que no eran tan completamente lerdos como antes?

Volví a Charlotte Amalia y remé hasta el barco, donde Hands se pavoneaba con sus lujosos ropajes. Hands estaba feliz como un niño, como la mayoría de los caballeros de fortuna, al emperejilarse con gorguera, sombrero de plumas, botones de latón y cuantos adornos cayeran en sus manos. Si la ocasión lo permitía, estaban más que dispuestos a portarse como pavos reales aunque tuvieran un aspecto horroroso, siempre igual, por mucho que intentaran lo contrario. Hands no era ninguna excepción, pero además era feo como un diablo.

– Hands -le dije-, puedes dejar el baile de disfraces. Ya no necesitamos hacer el paripé. Por la noche seremos más. He conseguido doce hombres más.

Hands soltó un expresivo silbido.

– ¿Has contratado gente en este agujero? -preguntó-. Por todos los diablos, no está nada mal en estos tiempos que corren. ¿Con quién han navegado antes? ¿Con Taylor? ¿Roberts? ¿Kidd? ¿Alguno de los grandes?

– Con ninguno. Son todos de tierra adentro.

– ¡Marineros de agua dulce! -rió despectivo.

Y en cierto modo tenía razón, porque no había aventurero con una cierta dignidad que enrolara a marineros de agua dulce. Podían ser cualquier cosa: ladrones, bucaneros o algo peor, eso no importaba. Era más fácil hacer piratas de los lobos de mar que hacer simples marineros de los hombres de tierra adentro.

Pero si Hands se quejó por esto, no fue nada comparado con los juramentos que soltó cuando vio la carga que remaba hacia nosotros bajo la pertinente vigilancia.

– ¡Negros de las plantaciones! -se indignó-. ¿Pero qué cojones te pasa, John? ¿Qué diablos vamos a hacer con esta gente a bordo? ¡Si en su vida han visto un barco!

– Claro que sí -dije tan satisfecho-. Pasar dos meses en la bodega de los esclavos no es para avergonzarse. No vomitarán sobre tus ropajes a la primera brisa. Son unos pícaros y son gente dura, lo puedo

asegurar. Yo mismo estuve con ellos cuando los transportaron.

Hands abrió mucho los ojos, aunque le costó un gran esfuerzo, ya que los tenía como dos ranuras, como mirillas.

– Además -dije con los certificados en la mano-, son todos míos. Los he comprado.

Hands sonrió. Ese idioma sí que lo entendía. Claro que después fue otra cosa cuando el esquife del gobernador se colocó a nuestro lado y hubo que diferenciar cada una de las caras.

– ¡Una mujer! -exclamó Hands, como si hubiera visto una serpiente de cascabel.

– Sí -dije-, ya sé lo que piensas: que las mujeres son una mierda de carga que sólo consiguen sembrar la discordia y enemistar a los hombres, que les debilitan el cuerpo y el alma. ¿Verdad o mentira?

– ¡Verdad! -gruñó Hands-. Las mujeres no tienen nada que hacer a bordo.

– Pero ¿por qué? -pregunté-. ¿Lo has pensado alguna vez?

– No está bien. Habrá envidia y peleas. Y tenemos otras cosas en que pensar. Con mujeres cerca se vuelve uno blando y vago. No pueden pelear y estar unidos, así es.

– Pero ¿por qué, Hands? Te lo voy a explicar: la mayor parte de los hombres de a bordo son unos puteros del demonio. No tienen más que un coño en la cabeza en cuanto ven a una mujer. Y por conseguir un coño tontean, sacan pecho como los gallos y rugen como leones. Son como animales, Hands, pero peor, porque los animales por lo menos van detrás del olor. Y digo yo, a la mierda los maricones que no se aguantan de pie en cuanto ven unas faldas. Eso de una parte. Y de otra, éste no es un barco pirata y a bordo harás lo que yo diga. ¿Has entendido?

Hands no respondió, sino que se retiró cabizbajo y enfurruñado, como era habitual en él.

– ¡Capitán Johnson! -se oyó desde el bote. Uno de los soldados dijo acto seguido que había entregado doce esclavos marcados a fuego además de una mujer, todos por el momento de mi propiedad.

Firmé un recibo conforme admitía la mercancía, y después me hicieron el saludo militar y me entregaron una veintena de botellas de ron de la propia bodega del gobernador. Estaba claro que éste no sabía lo bien que me quería.

Tan pronto empezaron a bajar los soldados por nuestro lastimoso pasamano, di a Hands la orden de levar anclas con la ayuda de los negros que necesitara, y colgar cuanto antes algunos trapos. Adquirimos velocidad en cuanto se soltó uno de los amarres de costado; como se ha dicho, Hands sabía hacer las cosas. Mientras aún nos podían oír me di la vuelta, no pude contenerme, y les grité.

– ¡Dad las gracias al gobernador por su regalo y decidle que es

John Silver quien se lo agradece! ¡John Silver, que no se os olvide!

Claro que este nombre ya lo tenían bien grabado en la memoria, porque de pronto se levantaron dos mosquetes. Las balas me pasaron silbando cerca de la cabeza; al instante quedamos fuera de tiro. Me reí de buena gana. Al fin y al cabo, valía la pena vivir la vida, me dije.

Sólo otra persona rió conmigo: Dolores. Nadie más entendió por qué era tan divertido que una bala te pasara silbando tan cerca de la frente. Ni siquiera Hands, que dio en el clavo cuando en presencia de Defoe comentó que no tenía sentido ir a la guerra si no se corría el peligro de perder la vida en ella.

Capítulo 35

Navegamos toda la noche con rumbo sur, porque le había pedido a Hands que encontrara una bahía resguardada tras los arrecifes de coral, por la parte donde daba el viento, para que nadie nos molestara. Yo estaba casi siempre en el timón mientras Hands navegaba satisfecho, sondando, escudriñando el horizonte, tomando el ángulo de demarcación de la estrella Polar y anotando el rumbo en la pizarra que había montado antes de zarpar. Todavía estaba molesto por tener que llevar a bordo a aquellos marineros de agua dulce y a una mujer, pero cumplía con su obligación. Yo, por mi parte, por una vez en la vida, estaba satisfecho de mí mismo y de la situación.

Al fin y al cabo, cuando uno hace las cuentas pocas veces tiene tal tranquilidad de espíritu, o así me ha pasado a lo largo de la vida. No; por lo visto, he sido un diablo inquieto, me doy cuenta ahora, del principio al fin. Y tampoco he sido muy alegre por lo general, si debo fiarme de mi memoria.

¿Cómo podía estar Dolores tan tranquila y tan impasible? Se quedó y facheó conmigo el resto de su vida, pero apenas me hablaba. Parecía como si creyera que ya lo había dicho todo a este lado de la tumba. Nunca la obligué ni tampoco intenté convencerla para que abriera la boca; de todos modos, ¿de qué me habría servido? Era una mujer que hacía que los hombres fueran más castos que las monjas, quisieran o no.

Recuerdo lo que pasó cuando le di la noticia de que Scudamore había sido colgado en cabo Corso después de haber sido traicionado por los negros que llevaba a bordo. Dolores se echó a reír con sus argentinas y perladas carcajadas, capaces de lograr que cualquiera se imaginara que la vida valía la pena de ser vivida. Estuvo riéndose casi un día entero, dando palmas de auténtica alegría y bailando de excitación y de agradecimiento. No había olvidado que Scudamore la había manoseado con sus dedos sebosos sin su permiso.

Bueno, seguramente fui el único que la pudo tocar con su consentimiento. Y ni siquiera yo pude entrar dentro de ella más que una sola vez, la primera noche en la isla; supongo que fue un acto de agradecimiento. Después tuve que conformarme con acariciarla y ser

acariciado por todas partes, eso sí, no porque fuera pudorosa o mojigata como la gente de bien, pero me dijo que si la quería a mi lado toda la vida, tenía que ser sin descendencia. Estuve de acuerdo con sus condiciones, que eran lógicas para un tipo como yo. ¿Qué crío con sentido común iba a quererme a mí como padre? Y la existencia de John Silver… Bueno, de eso me ocupo yo mismo aquí sobre el terreno, por escrito.

Así pues, dejé que Dolores hiciera su voluntad sin protestar. La savia salía de mí de vez en cuando, de su mano o de la mía propia, de una manera u otra. Claro que probablemente yo era el único caballero de fortuna que se limitó a una sola mujer en tierra, con excepción de algunos que se habían quedado en Madagascar, aunque ellos tenían casi siempre un harén.

«¡Eres un tipejo insólito!», acostumbraba a decirme George Merry, cada vez que yo exponía alguno de mis puntos de vista en público y se escuchaba mi discurso.

Desde mi presente perspectiva las palabras de George cobraban sentido. Yo no pertenecía ni siquiera al grupo de caballeros de fortuna más variopintos.

¿Por eso se quedó Dolores conmigo? No tengo respuesta. Claro que compré su libertad, pero ¿acaso no tenía derecho a algo bueno en este mundo? ¿Por qué se sentía atraída por un tipo como yo? ¿Por qué nunca pude saber lo que pensaba?

Estuvo a mi lado toda la noche, al salir de aquella isla Saint Thomas en que había trabajado cortando caña de azúcar durante cuatro años, pero ¿decir algo? No, ni una palabra. Jack y los demás dormían en cubierta, directamente sobre la tablazón, pues ya tenían el cuerpo acostumbrado. Hands juraba y maldecía cuando tenía que pasar a izar la sonda y se veía obligado a mirar dónde ponía los pies, pero los dejó en paz.

Desnuda como Dios la trajo al mundo -no sé cómo pudo Dios crear a una mujer como ella y a un tipo como Butterworth a la vez- permaneció a mi lado toda la noche. A veces me acariciaba para asegurarse de que todo aquello era real y de que había dejado de ser esclava. El agua estaba tan llena de fosforescencias que la mar chisporroteaba como si navegáramos en el firmamento. La noche era tan calurosa que los vientos alisios, entre las islas, daban justo el frescor que nosotros deseábamos. Por una noche así se puede vivir mucho, estoy seguro.

Anclamos justo después del amanecer con la risa perlada de Dolores, su primer sonido después de abandonar Saint Thomas. Despertó a los demás y logró que hasta el propio Hands se sonriera antes de pensarlo mejor. Hands preparó un desayuno a base de tocino, pan y un vaso de ron de la bodega del gobernador para quien quisiera.

Cuando todos estuvieron satisfechos y contentos, tomé la palabra y les expuse cómo estaban las cosas; les dije que había comprado su libertad de una vez por todas, tras lo cual les mostré los certificados.

– Me gustaría hacerlos pedazos -dije-, pero no es tan fácil ser libre en el mundo. ¿Quién iba a creeros a ninguno de vosotros si fuerais por ahí afirmando que sois hombres libres? Os tomarían por esclavos fugitivos y por mentirosos, con las marcas a fuego que lleváis. Si queréis ser libres, tenéis que acompañarme hasta Jamaica. Allí arreglaré los papeles para que seáis hombres de nuevo. Sin papeles ni documentos, debéis saber que siempre sospecharán lo peor. Por otra parte, así es la vida que vais a vivir a partir de ahora a este lado del Atlántico. Si me preguntáis cómo, os diré que será casi como antes, en las plantaciones o en las casas de los amos; seréis burros de carga en el puerto, aunque a cambio de un sueldo miserable y sin látigo. Iréis de rodillas el resto de vuestras vidas si os quedáis aquí, por muy libres que seáis.

Me quedé callado.

– ¿Qué propones tú? -preguntó Jack al darse cuenta que yo me guardaba un as en la manga.

– Lo siguiente. Volvemos a Jamaica y os convierto en hombres libres, y también a la mujer. Eso lo primero. Después, por lo pronto os ofrezco sitio en este barco. Hands y yo tenemos la intención de unirnos a un caballero de fortuna que de un tiempo a esta parte causa estragos por estas aguas. Con él podemos hacernos todos ricos y comprar la libertad para el resto de nuestros días, porque eso es lo que hacen los hombres blancos. Al final os juro por mi honor, aunque no tenga mucho, que os pondré en tierra allá en Madagascar tan pronto como podamos, y así ha de ser tarde o temprano.

Naturalmente, los negros estaban contentos como unas pascuas.

– No hemos olvidado lo que hiciste por nosotros a bordo de aquel barco. -Jack se levantó y habló por boca de todos-. Y ahora nos has hecho hombres de nuevo. Los *sakalava* siempre serán tus hermanos.

– Gracias, gracias -dije-, pero no hay ningún motivo para hacerlo tan solemne. «Dar y tomar», ése es mi lema.

Miré a Dolores por el rabillo del ojo.

– John Silver -dijo de pronto-, ¿por qué has comprado nuestra libertad?

– ¿Por qué?

Dolores no dijo nada más. Estaba esperando mi respuesta.

– Para tener a alguien a mano, por si alguna vez lo necesito -dije con cierta incomodidad, pero intentando ser fiel a la verdad, claro que sí, aunque lo cierto es que nunca lo había pensado.

La mujer sonrió.

– ¿No fue por compasión? -preguntó-. ¿No fue porque te daban

pena estos pobres esclavos?

– Que yo sepa, no -contesté.

– Está bien -fue lo único que dijo.

Claro que no entendí lo que quiso decir, aunque no hubiera problemas de idioma. Hablaba inglés como un nativo, con perdón, y por tanto había entendido todo lo que hasta entonces había dicho yo, incluso desde el día en que fue apresada a bordo del *Libre de penas.*

Levamos anclas a mediodía y tan pronto como salimos a mar abierta, Hands vino hacia mí atacando.

– ¿Te has vuelto loco, John? ¡Estás desperdiciando una fortuna, ni más ni menos! ¡Darles la libertad! ¿De qué va a servir? ¡Y además la mujer! ¿No creerás que los piratas que estamos buscando la iban a aceptar a bordo? Sí, ya sé que las cosas fueron bien con Anne Read y con Mary Bonnet. Yo también he oído todas esas historias, pero eran mujeres blancas y se comportaban como hombres de verdad. No eran una mierda de tías. Nunca lo habría creído de ti, que no en vano has sido contramaestre de England y de Taylor. Piensa en tu reputación, Silver. La gente honrada como yo se reirá de ti si vas arrastrando a una mujer.

Le dejé que hablara un rato y que argumentara todo lo que quisiera. Le reconcomía mi silencio, así que al final empezó a soltar tonterías e injurias en mi propia cara. Me harté pronto. Los negros también lo habían oído, y Jack estaba dispuesto a tomar partido. Le hice una señal; en un abrir y cerrar de ojos, Hands se encontró sentado y rodeado por tres negros. Estuve moviendo suavemente el timón, saqué el cuchillo y me puse a jugar con él encima de Hands, le hice cosquillas en la garganta y conseguí que abriera su bocaza poniendo la hoja en sus labios.

– Hands -dije con una sonrisa-, yo no voy por ahí diciéndote lo que tienes que pensar ni lo que tienes que hacer. Por eso mismo, te ha de importar unos cojones lo que yo haga con mi vida, con mi dinero y con mi reputación. ¿Está claro?

Los ojos, desmesuradamente abiertos, clavados en el cielo y muertos de miedo, le giraban en las órbitas. No podía ni asentir si no quería que la bocaza se le hiciera el doble de grande.

– Una cosa más. A lo mejor ahora te das cuenta de qué sirve tener a mano a unos cuantos negros.

Hands, deseoso de hacer las paces, asintió con la cabeza, el muy idiota, y si no hubiera separado el cuchillo no sé de qué manera hubiese vuelto a hablar. Lo único que pasó es que el filo le hizo un corte superficial en las comisuras de los labios.

– No era con mala intención -dijo Hands babeando sangre.

De nuevo le hice una señal a Jack, que soltó a Hands.

– Era por tu propio bien -balbució.

– Ya lo sé, viejo amigo -asentí-. Pero ahora ya sabes cómo estar a buenas con John Silver.

Claro que sí. Lo había entendido y no lo olvidó nunca, menos cuando perdía el control con las borracheras. Claro que nunca llegó a entender a la gente, ni antes ni después. ¡Creer que me podía levantar la voz teniendo cerca trece esclavos cuya libertad yo acababa de comprar! ¿Cómo se puede ser tan lerdo? Además, me quedó agradecido por no haberle cortado el cuello sin más ni más. Había olvidado por completo que lo necesitaba para navegar de vuelta a Port Royal. Así pues, se sintió tan ligado a mí como los demás, pero fue un alivio no tener que aguantar sus tonterías por un tiempo, porque durante varias semanas apenas pudo abrir aquella bocaza.

Llegamos a Port Royal sin habernos tropezado con piratas ni con nadie. Me puse mis mejores atavíos, me puse en contacto con el gobernador y liberé a los esclavos para su sorpresa y la de otros muchos.

– Me permito preguntarle qué se propone con esta acción -preguntó el gobernador-. Comprenderá que no es un buen ejemplo para los esclavos de la isla.

– Lo entiendo muy bien, señor -contesté cortésmente-. El caso es que los voy a utilizar en el mar. A bordo hay que castigar a los marineros si uno quiere que todo funcione como es debido. Ya sabe usted cómo son ese atajo de individuos reacios, vagos, duros y tercos. Hay que domarlos como si fueran caballos salvajes. Lo que pasa es que no se puede castigar a los blancos delante de los esclavos. Eso induce al amotinamiento. Ya lo ve, mi idea es sencilla pero eficaz. Libero a los esclavos para después tratar a todos por igual.

Al gobernador se le iluminó la cara.

– Quizá no sea tan mala idea -dijo-. Bien pensado, capitán Johnson, vale la pena probarlo.

– ¿Verdad que sí? -contesté recogiendo los documentos que acreditaban que mis esclavos tenían todo el derecho a vivir una vida igual de miserable que la mayoría.

Vestí a los negros de marinero. Di órdenes a Hands para que llenara la despensa con ayuda de Jack. Después se pintaría el barco, carenaríamos el casco y los negros aprenderían las artes de marear. Lo puse todo en manos de Hands, con perdón, en especial porque ya no podía jurar y maldecir como acostumbraba con sus comisuras heridas, sino que tenía que contentarse señalando y mostrando.

Entonces fue cuando me hice cargo de la mujer. Le conseguí ropa para que se cubriera la desnudez, porque había estado completamente desnuda desde que subió a bordo. Después la llevé a una taberna donde pedí la mejor comida y la mejor bebida que había. No protestó,

pero en todo momento adoptó un rictus irónico, como si quisiera dejar bien claro que a ella no le tomaban el pelo. ¡Nada más lejos de mi intención! El caso es que ella era así: tenía una coraza muy difícil de atravesar, por si alguien quiere saberlo.

Aseguro que yo, que siempre tengo algo que decir, balbucía las palabras atropelladamente y no sabía a qué atenerme. Lo peor era que se reía en mis propias narices cuando me quedaba mudo.

Aquello no fue divertido para un tipo como yo, pero de todas formas no lo tomé a mal. Tartamudeando, le conté la historia de mi vida y le dije sin rodeos lo que pretendía hacer, esto es, que deseaba que fuera mi mujer en tierra, que cuidara de mis negocios y que fuera mi punto de anclaje en la tierra.

– La mayor parte de la gente como yo no tiene a nadie así, aunque tampoco le importa -expliqué-. El día de mañana les importa tres cojones, y del ayer lo han olvidado todo. Flotan por los océanos como barcos sin remos, pero yo tengo cuidado con mi pellejo y pienso continuar con ello hasta que muera, y no será con la soga al cuello ni ahogado entre mis vómitos. Por eso necesito a alguien como tú, una persona a la que no se la puede comprar ni por todo el oro del mundo.

Por una vez me miró con seriedad.

– Sin exigencias ni condiciones -continué-, ni siquiera estarás obligada a compartir mi cama cuando esté en tierra. Nada de agradecimientos porque te haya comprado la libertad. Tú te encargas de lo mío y de lo tuyo como te parezca mejor.

Fue entonces cuando abrió su boca deliciosa para soltar el discurso más largo que le oí en todo el tiempo que estuve a su lado.

– Sí -dijo-. Tú, John Silver, eres un tipo que necesita a una persona como yo, aunque te las compongas solo casi siempre, igual que yo. En eso tienes razón. He crecido entre esclavos por una parte y soldados de la Marina y oficiales por otra. De vosotros los blancos y de vuestra llamada civilización sé mucho más de lo que nunca sabréis vosotros mismos. Sé que tú no eres como los demás. Eres como yo, aunque no tienes mi orgullo. Te inclinas ante mí porque me necesitas y me quieres tener, pero alguien como tú debería mantenerse apartado del amor. No lo soportas, no eres feliz con ello. Ser libre es lo único que cuenta para ti. Sí, sí quiero ser tu mujer, pero no quiero que te rindas ante mí. Sería tu muerte, y así ¿qué habrías ganado?

Si antes nunca me podía quedar callado, en ese momento me quedé mudo. Cuando se dio cuenta de lo preocupado y lo pasmado que estaba, se echó a reír con aquella risa cristalina y única, capaz de hacerte saber que estabas vivo.

– ¡No seas tan solemne! -dijo, utilizando las mismas palabras que yo usaba con Jack y los demás-. Estás sorprendido por mis palabras, quizá sólo porque he cavilado y tienen sentido. ¿No es así? No es tan

raro. Fui a la escuela por decisión de mi padre, un blanco que era coronel del Ejército; me bautizaron y me llenaron de vuestro Dios, el de los cielos y el de la verdad de la vida. Me pusieron a servir en las mejores casas de las colonias. Crecí y fui dotada con un cuerpo bello y ágil, como has visto, y fui objeto del placer salvaje y del deseo, sí, incluso del de mi padre. Mi madre me enseñó lo más importante, el orgullo: no olvidar nunca que me habían marcado a fuego como una esclava, y que esa marca no se podía eliminar ni esconder. Un día, cuando mi padre me puso las manos encima, le clavé un cuchillo. Después me vendieron como esclava en otro sitio, porque nadie se atrevía a tocarme, ni siquiera para ponerme una soga al cuello. Ya ves, John Silver; no tengo nada que envidiarte y nada que admirarte, aunque después de todo lo que he oído sobre la esclavitud en el *Libre de Penas,* después de lo que he visto en las subastas de Charlotte Amalia y después de lo de la insurrección en la plantación de los curas, si me quedo con alguien para que me respete y me deje en paz, ése es John Silver.

Eso me dijo Dolores como si fuera una declaración, la más larga que me han hecho en vida. Era de una gracia monosilábica, ni más ni menos. Por lo que pude juzgar, no dijo más que lo imprescindible.

Dolores estuvo conmigo durante diecinueve años, hasta que murió sin decir palabra. Incluso yo mismo podría echarme a llorar por eso. Muy al contrario, he intentado reírme como sólo ella se reía, pero no me sale. A veces me he preguntado si, de no haber sido por ella, habría sobrevivido y habría salvado el pellejo durante tanto tiempo. Como enemigo de la humanidad, hay que tener un sitio adonde ir y alguien en quien confiar, quizá no sólo por sobrevivir, sino para no volverse loco, que ya es una especie de muerte. Lo vi con claridad cuando se disolvió la cuadrilla de Flint, y alguna que otra vez, aparte de oír hablar de lo mismo en cientos de ocasiones, cuando los piratas huían de la horca y de las persecuciones con las manos vacías, indecisos como los huérfanos, aturdidos y confusos como las gallinas. No podían sentirse seguros en ningún sitio. Antes que dejarse cazar y ser perseguidos, corrían al encuentro de la muerte. Se convirtieron en sus propios verdugos. Cualquier cosa era mejor que estar completamente solo en la tierra y ser una presa legítima para cualquiera y para todos a la vez.

Sí, Jim; parece ser que me estoy consumiendo y me he convertido en un llorón en mi última etapa. John Silver va pendiente abajo, es la verdad. Escribir sobre uno mismo, Jim, es envejecer constantemente. Debes saber que esto me ha convertido en un diablo sin sangre en las venas. Sólo espero que el otro John Silver, el que he puesto sobre papel, haya recibido algo de aquella chispa crepitante que tenía yo

cuando quería. Claro que ni siquiera esto es seguro, y así toda la empresa carece de sentido, porque para tener perspectivas, uno debe estar vivo, ser de carne y hueso. Es lo primero. Pero ¿cómo voy a saber que estoy vivo si apenas me tengo en pie?

Y pensar que siempre me he opuesto a las prisas y al trabajo hecho con precipitación… ¿Cuántos caballeros de fortuna no se fueron por los caminos del mundo sólo porque no podían aguantar y esperar? Todo lo tenían que coger de antemano, la vida y la muerte, esto, aquello y lo de más allá. Y aquí estoy, inquieto, por si se me va a agotar el tiempo sin poder ponerle punto final a la vida antes de que suene mi hora, una vida que ya no es más que lo que se diga de ella.

Es una suerte, lo prometo, que Dolores no me vea. Se habría reído en mis propias narices. De todas maneras, en vida no me dejó jamás en ridículo, eso seguro. En realidad, tampoco me dio mucho calor, pero yo de eso siempre tuve para dar y vender.

Instalé a Dolores confortablemente en Port Royal antes de irnos en busca de Flint. Para no despertar sospechas, compré una taberna. En la segunda planta había tres habitaciones en las que se instaló Dolores agradecida, aunque nunca lo demostró. Estaba lejos de tener un espíritu tan inquieto como el mío, que sólo podía estar sentado un rato cuando fuera cuestión de vida o muerte. Claro que ella tampoco necesitaba guardarse las espaldas a cada instante como yo.

Tienes que saber, Jim, que yo ya no podía estar tranquilo en ningún sitio, ni siquiera en Port Royal. Cierto es que igual que antes del gran terremoto que enterró a dos mil de los mejores canallas de la tierra, si hay que creer lo que se dice, Port Royal era un enjambre de marineros, esclavos, libertos, contrabandistas, comerciantes de diversa catadura, estibadores, borrachos, mendigos, soldados licenciados y otra ralea igual de irresponsable.

Sin embargo, la ciudad ya no estaba, como se había dicho, igual de enferma que un hospital, ya no era tan peligrosa como la peste, tan calurosa como el infierno y tan pecadora como el mismísimo Diablo. En los buenos tiempos había refugios como Port Royal para tipos como yo, pero eso se había acabado. En Port Royal estaban esparcidos los restos del naufragio de las antiguas bandas piratas que se acogieron a la amnistía, o que eran tan miserables que no valía la pena ni colgarlos. Claro que eso no habría sido un castigo, más bien una mitigación y un alivio. Además, Taylor se había ido a las Antillas, y cualquiera de su vieja tripulación que siguiera con vida con mucho gusto habría denunciado a un tipo como yo para ganarse unos cuartos.

Y eso no era todo. Entre las tabernas de Port Royal, entre los burdeles y los descuidados locales de comercio, los cobertizos y algunas casas de piedra más dignas para las autoridades y el

gobernador, el Almirantazgo había instalado uno de sus juzgados, la antesala del Infierno para mí y para mis camaradas. Encima de la puerta colgaba un cartel: «¡La verdad desnuda!», así rezaba. Y ¿cuál era la verdad desnuda de aquellos abogados charlatanes? Testimonios, denuncias, cotilleos, rumores y calumnias, a eso llamaban verdad, y a que, según la ley, un miserable testimonio fuera suficiente para condenar a un tipo como yo. El único crimen en que se exigía algo más era la traición. En realidad, es con credibilidad, y no con verdad pura y dura como se pretexta, con lo que la gente se defiende tanto en la vida como en la muerte. Y si ni credibilidad había, era fácil acabar los días de uno encadenado en la Punta de la Horca, el patíbulo recién construido de Port Royal.

Fue también un alivio soltar amarras y salir en busca de Flint cuando todo estuvo arreglado a mi plena satisfacción. Dolores en su segura morada y yo en mi inseguro navío, aunque así lo había querido. ¿Qué era arriesgar la vida de vez en cuando a bordo, comparado con el constante temor de perder el pellejo o terminar en la horca, tanto de día como de noche? No, por lo que alcanza mi memoria, en tierra no he tenido nunca un momento tranquilo en mi larga vida; lo mismo da que haya tenido las manos sin marcas o que no, o que haya tenido las espaldas cubiertas o no.

Capítulo 36

¿Te preguntas si Flint era un ser vivo? Mi respuesta es que sí, aunque resultara difícil de creer cuando el *Walrus* apareció sin previo aviso delante de la popa de nuestro miserable bergantín, en la madrugada de una húmeda mañana, antes de que el sol hubiera tenido tiempo de disipar la niebla. Nuestras velas habían colgado flácidas toda la noche y los únicos ruidos que se oyeron durante mi guardia fueron los ronquidos de la tripulación, los chirridos del maderamen y el gotear del rocío en las velas y los remos.

A pesar de todo ahí estaba el barco de Flint, como una aparición espectral, con la negra izada en popa. La bandera estaba tensada en un travesaño para que resultara bien visible incluso cuando no soplaba el viento. Hasta en eso había pensado Flint, que no en vano era un concienzudo capitán. Sin embargo, ¿cómo nos había encontrado en la oscuridad y con aquella niebla? ¿Y cómo había conseguido atraparnos sin un soplo de viento en las velas?

Despacio, como llevado por una mano invisible, el barco fantasma se deslizaba por nuestro costado con las compuertas de los cañones abiertas. Vi algunas figuras de pie, apoyadas en la amura, despreocupadas, como si fueran la tripulación de un barco mercante.

Estaban tan seguros de sí mismos y de su superioridad que no les importaba si parte de la tripulación se quedaba mirando, y quizás hubiera algunos aún dormidos, tan tranquila y apacible parecía la cubierta.

Naturalmente, yo estaba nervioso por ver al pirata anónimo que ya se había hecho tan famoso sin apenas existir. Salió a popa en el mismo momento en que todos los cañones del barco empezaban a disparar. Le vi hacer un movimiento con la cabeza y… ¡zas! Unos cuantos hombres subieron rápidamente al aparejo, manipularon la vela mayor y situaron el barco a nuestro lado. Entonces entendí que, de todas formas, Flint no era sobrenatural, sino un hombre de este mundo. Lo único que había hecho fue aprovechar el viento que soplaba más arriba con la vela mayor, mientras que nosotros, con un mástil más corto, quedamos al recalmón. Así ocurría a veces, que un viento invisible frenaba a la altura del agua mientras continuaba soplando ligero en lo alto. De todas formas, aquel hombre era un

capitán endiabladamente hábil.

Un nuevo gesto por su parte y dispararon unos cuantos tiros antes de ponerse al habla. Tenían un hábil artillero, porque disparó contra nuestro bauprés de manera que el trinquete cayó con gran estruendo. Después Flint se dirigió despacio hacia la amura y nos pidió que arriáramos la bandera.

– Con mucho gusto -grité por toda respuesta a la vez que se armaba un gran revuelo a bordo de nuestro bergantín, ya que yo no había tenido intención de despertar a los demás-. No hay peligro -les dije mientras arriaban la bandera-. Hemos encontrado lo que íbamos buscando.

Entonces pusieron buena cara; el más contento fue Israel Hands, que no había tomado ni un solo vaso de algo fuerte durante las cuatro semanas que habíamos pasado entre las islas. Tampoco aquello había sido muy entretenido, porque Hands no tenía madera de lobo solitario.

– ¡Desde el mar! ¡Desde el mar! -gritó, usando la contraseña con que los caballeros de fortuna alertaban de un peligro procedente de mar abierto-. ¡Arriad un bote, por todos los demonios! ¿Vamos a tener que esperar todo el día para subir a bordo?

A todo esto cundió el desconcierto entre los temerarios piratas que se miraban unos a otros sin saber qué pensar. No estaban acostumbrados a encontrarse con tanta alegría en su presencia. Pocos años antes, bueno, cuando yo navegaba con England, se podía decir que la mitad de la tripulación de los barcos mercantes no quería otra cosa que unirse a nosotros. Sí, había momentos en que ni siquiera un barco de guerra bien cargado de artillería se atrevía a atacarnos, de puro miedo a que su propia tripulación se amotinara. Éramos nosotros los que elegíamos o rechazábamos.

Eso también lo sabía Flint, naturalmente. No hizo ningún gesto ante nuestras demostraciones de alegría, pero por seguridad tomó ciertas medidas que me satisficieron. El grupo de abordaje que había aprestado iba armado hasta los dientes y no corrió ningún riesgo inútil, aunque no estaba del todo en guardia.

– Quisiera despachar con vuestro capitán -dije cuando treparon a bordo y descubrieron que no éramos más que catorce hombres desarmados-. Si es que puede ser, claro -añadí amablemente.

– No puede ser -dijo alguien como si fuera la última palabra.

– Soy Long John Silver -anuncié-, contramaestre de England y de Taylor. Aquel diablo es Israel Hands, timonel de Teach. Los demás son mis guardianes, pero son hombres libres y hemos estado navegando con esta bañera desde hace casi un mes para que nos apresarais. Así que sed amables y llevadme hasta vuestro capitán.

Mis palabras surtieron algún efecto, claro está, aunque eran sin

duda unos diablos suspicaces.

– ¿Cómo sabemos que dices la verdad? -preguntó uno de ellos.

– ¡Decir la verdad! -repetí de manera que dio un respingo-. ¿Tendré que mostrarte los papeles para que sepas quién soy? ¿Quieres que te demuestre que he navegado con England y con Taylor? Estoy ofreciendo un barco con catorce hombres y ya os ponéis a hablar de la verdad. ¿Os he pedido yo que me digáis quiénes sois vosotros?

Al oír esto último, algunos se echaron a reír a carcajadas.

– ¿Qué diablos os parece tan divertido? -pregunté.

– Que unos tipos como vosotros puedan pedir algo a gente como nosotros -contestó un tercero-. Por si no lo habéis notado, estáis a tiro de dieciocho de nuestros cañones.

– ¿Me estáis amenazando? -grité de mal talante.

– Llamadlo como queráis -dijo el mismo hombre, encogiéndose de hombros-. Aquí mandamos nosotros, y vosotros haréis lo que se os diga.

– ¡Vaya, así están las cosas! -contesté dulce como la miel.

Di unos pasos hacia el bocazas y hacia uno de sus compañeros, que sonreía con gesto burlón a su lado. El bocazas se llevó una mano al machete, aunque fue lo único que hizo. No se le ocurrió pensar que en este mundo había cosas que estaban antes que sus cañones hasta que fue demasiado tarde.

Agarré sus cabezas golpeando la una con la otra de un modo brutal, con unas manos que nada tenían que envidiar a las del viejo capitán Barlow.

También te has enterado de esto, Jim. Fueron dos los que maté con las manos desnudas, y no cuatro, como presumía Hands y como tú escribiste en el libro. ¿Cómo iba a romper nadie cuatro cabezas de un solo golpe? No, ¡hasta ahí podíamos llegar!

Claro que dos crismas rotas nos bastaron y sobraron para que otro gallo nos cantara. Mejor dicho, para que se hiciera un silencio de ultratumba.

– Nadie -rugí-, nadie, tenedlo bien presente, le dice a John Silver lo que tiene o no tiene que hacer.

Los piratas se quedaron como clavados en cubierta. Probablemente nunca habían visto un auténtico loco en estado sobrio. Se miraban inquietos e indecisos unos a otros sin que ninguno se atreviera a dar el primer paso. Los había pillado por sorpresa, porque ninguno había pensado que pudiera morir durante aquel amanecer tranquilo, cálido y nublado, sólo por hacerse cargo de un miserable e indefenso bergantín. Pero así estaban las cosas. Los caballeros de fortuna vivían como si al día siguiente pudiéramos estar muertos, pero eran pocos los que creían en la posibilidad tal de morir a corto plazo. Cuando se les cogía de improviso saltaban por la borda sin acordarse

de que no sabían nadar. Se rendían, arriaban la bandera y olvidaban que la horca era lo único que les esperaba. Huían hacia la jungla olvidando que no llevaban ni armas ni agua para salvar el pellejo.

Sin embargo, la tripulación de Flint estaba hecha de mejor pasta que la mayoría. Cuando me hube calmado, vi los primeros signos de determinación y comprendí que con mis modales descabellados y arriesgados había puesto en peligro mi pellejo y el de los demás.

– Mi invitación sigue en pie -dije zalamero-. Dos animales menos es un precio escaso a cambio de catorce hombres de primera, dos de los cuales saben todo lo que hay que saber del oficio.

Aún no había acabado de decir la última palabra cuando oí un grito a mis espaldas, un disparo y una bala que dio en la amura. Me di la vuelta. En la cubierta había un tercer pirata muerto, con la nuca destrozada. Jack había intervenido.

– ¡Bueno, bueno! -dije-. Tres contra catorce también puede considerarse un buen balance. Pero ¿no podemos ponernos en marcha antes de que esto se convierta en un baño de sangre?

En ese mismo momento resonó como una bocina la voz de Flint por encima del agua.

– Uno más y hundo vuestra maldita chatarra, con todos vosotros incluidos -gritó enfurecido, como se ponía siempre que morían marineros, gesticulando violentamente con el catalejo.

No cabía ninguna duda de que hablaba en serio.

– Daos prisa y traedme a esa gentuza -gritó a sus hombres.

Estos recobraron el color de la cara cuando oyeron la voz de su capitán; así eran de independientes. A Hands, a Jack y a mí nos llevaron en el bote, nos subieron por la popa y nos plantaron ante aquel pirata que todavía no tenía nombre.

Con nosotros iba un marinero que hizo lo que pudo para asustarnos. Nos aseguró que la ira de su capitán era mucho peor que arder en los infiernos. Nos deseó buen viaje al otro mundo y añadió que esperaba ser uno de los que tuvieran el placer de hacernos sufrir hasta arrancarnos la vida. Dijo que no me creyera que podía ir matando a buena gente sin más ni más.

Le dejé hablar y guardé buen recuerdo de él. Sin embargo, fue tiempo perdido porque cuando llegamos al castillo de popa, cuando ya nos podía oír el capitán, el marinero pronunció bien contento sus últimas palabras.

– ¡El capitán Flint os va a desollar vivos! -dijo.

Por un momento creí que no estaba exagerando, porque tan pronto como lo hubo dicho, el llamado Flint soltó un grito infernal, sacó su machete y salió disparado hacia nosotros. El muy idiota de Jack se abalanzó para recibir el machetazo en mi lugar. No tenía necesidad. El machete encontró al propio marinero de Flint con una

fuerza violenta y acabó sus días en el sitio.

– ¡Maldito miserable! -gritó Flint dando una patada al cuerpo ya inerte mientras los otros marineros, desconcertados, se acercaban.

Al final se reunió un nutrido grupo de gente en cubierta. Flint parpadeó varias veces y se llevó la mano a la frente. Parecía como si despertara de una pesadilla. Primero miró al cadáver y después a los demás.

– Lo siento -dijo con una voz tan triste que, a juzgar por el tono, parecía sincera-. ¿Cuántas veces tendré que repetir que no pronunciéis ningún nombre delante de extraños? ¿Tanto os cuesta entender que este barco y su tripulación tienen que ser anónimos si queremos sobrevivir? ¿A cuántos voy a tener que matar sin provecho alguno antes de que se os meta en la mollera que, por todos los demonios, no pienso dejar que nos atrapen sólo porque algunos no saben cerrar el pico? Id al infierno, pero primero vaciad el barco y después hundidlo.

La tripulación salió a escape como si alguien los estuviera persiguiendo con un látigo.

– Y ahora, señores míos -dijo Flint mientras se volvía hacia nosotros-, ¿quién diablos se han creído que son? ¡Matar a mi gente después de haber arriado la bandera!

– La misma gentuza que ustedes -contesté ante la visible sorpresa de Flint,

Le hablé de quiénes éramos, qué queríamos y por qué. Le expliqué también que los doce negros se dejarían matar por mí sin que nadie los obligase; se lo dije para que no creyera que podía deshacerse de mí y después reclutar a los demás.

– John Silver -dijo Flint, pensativo-. He oído hablar de usted. Un tipo difícil, según tengo entendido.

– Depende completamente de cómo se comporten conmigo, señor. También puedo ser un buen compañero de barco. Hay testigos.

– Y ¿cómo se puede lograr que muestre este lado? -preguntó Flint.

– Desde luego, no tomándose ciertas libertades que puedan perjudicarme. Y menos a mis espaldas.

– ¿Como los dos que ha matado?

– Algo parecido.

– Está bien, Silver. Sean bienvenidos a bordo.

– Si el consejo acepta -añadí.

– Sí, claro -dijo Flint-, lo había olvidado. Usted es el hombre más importante de la tripulación, como contramaestre, y los representa ante Dios, el Diablo y ante todos los capitanes de la tierra.

– Ante Dios no, señor. No nos llevamos muy bien, Él y yo.

– Me lo imaginaba -sonrió Flint.

Flint casi nunca reía. La risa no era su fuerte. En el fondo era un diablo melancólico y triste.

– Por usted voy a llamar a consejo. Siempre les apetece dar su opinión, pero debe recordar una cosa, Silver. Tengo mis propios principios y mis propias normas. Se modifican por encima de mi cadáver, sólo quiero que lo sepa usted.

– ¿Y cuáles son, si se puede saber?

– Que nadie podrá poner en peligro la seguridad y la fuerza de este barco. Que ni por orgullo ni por estupidez se cometerá un error, siempre el mismo, como casi todos en nuestro gremio. Somos los últimos, Silver, maldita sea, y vamos a mantenernos dispuestos y con vida para espantar a todos los comerciantes, navieros y capitanes de la tierra. Mi meta es liquidar, de una vez por todas, el comercio marítimo, y además estoy aquí para acabar con el abuso de los buenos marineros, Silver.

– ¿Y el trueque? -pregunté-. ¿Botín, dinero, oro?

– Eso también. Porque es la esencia del comercio. Es la parte más dura.

Flint me miró sacando pecho para averiguar el efecto que me habían producido sus palabras. Yo hice como si no me diera cuenta, naturalmente, aunque no había esperado que Flint fuera un tipo con semejantes principios. Claro que por principio hubo gente que aparentaba navegar en sociedad, y no estoy hablando del capitán Mission, que fue una pura invención y un mero deseo del señor Defoe. Roberts y Davis sí eran de los que creían tener a la razón y a Dios de su parte. Cuando Roberts arengaba a la tripulación, siempre mencionaba sus principios. Siempre hablaba de la falta de libertad, tanto en tierra como en el mar; sí, incluso tuvo la desfachatez de concederle un sitio a bordo a un cura, pero el consejo, con mucho sentido común, votó en contra de aquella propuesta. Flint no era un gran pensador, como lo fueron Roberts o Davis. Flint apenas pensaba, diría yo: era un entusiasta. Hablar de sentido común con él era una pérdida de tiempo. No, a Flint había que tratarlo como a un instrumento de música si se quería conseguir algo de él, cosa nada fácil, porque estaba mal afinado y tenía un humor tan variable como el tiempo y el viento. ¡Y pensar que él, el diablo más sanguinario, a pesar de todo quería el bien, tenía metas y opinión, y cuidaba de que los marineros llevaran una buena vida!

Por mi parte no había inconveniente.

– Soy uno de los tuyos -le dije.

No hubo mucho más que decir. Nos dieron nuestros cofres y los fijamos entre los demás, en un rincón que había libre en el entrepuente. En el barco había gente por todas partes, claro que no era raro con ciento treinta hombres a bordo. Un tercio todavía estaba durmiendo en sus literas. No podían dormir más a la vez porque no había sitio.

Así pues, había gente por todas partes, hasta en el último rincón. Gente que jugaba a dados, que trajinaba y cosía, que estaba colgada sobre la barandilla mirando el horizonte, que cantaba y silbaba, que tallaba madera, queso añejo duro, marfil, sí, incluso carne seca. Otros narraban historias, arreglaban sus cofres por enésima vez, jugaban con los perros y los gatos de a bordo, cazaban cucarachas o se despiojaban. Una parte dormía, otra embreaba y pintaba mientras unos pocos, a pesar de todo, dirigían el barco, cazaban la vela, navegaban y vigilaban. Había otros que limpiaban sus armas, competían en echar un pulso y en tiro al blanco, tenían servicio de cocina y hacían la comida. Y también estaban los que no hacían absolutamente nada, la mayoría, como si nunca hubieran hecho nada y como si eso fuera lo que más deseaban.

Casi me había olvidado de lo mal que se estaba, de que tendría que acostumbrarme a llevarme bien con aquel gentío que lo invadía todo. Sí, claro que obraba a nuestro favor el entender que debíamos dejarnos en paz unos a otros, porque al fin y al cabo no nos habíamos enrolado para navegar al Infierno. De allí veníamos, poco más o menos.

Le pregunté a uno sobre las guardias y los puestos.

– ¡Ah! -dijo-. Sólo tenemos puestos en caso de combate, naturalmente. Si no, sólo en la cocina hay un servicio por turnos, porque allí nadie quiere ir. Allí sólo se reciben quejas. Y claro, luego está el camarote.

Del resto se cuida el que pase por cubierta en ese momento.

– ¿Es suficiente? -pregunté, pues me acordaba de que a bordo del *Fancy* había un montón de inútiles que nunca movían un dedo, en parte porque tampoco podían.

– Debo decir que aquí son todos marineros de primera. Saben perfectamente lo que tienen que hacer. Espera a vernos cuando tengamos que maniobrar de verdad. Da gusto vernos, te lo aseguro. Casi resulta increíble cuando se les ve ahí tumbados haciendo el vago, ¿verdad?

Se rió con todo el orgullo de formar parte de aquella tropa. Y decía la verdad, porque nunca he visto un barco mejor guiado que el *Walrus,* ni una tripulación con la que su barco cantara de alegría como aquél. Claro que eran igual de eficientes a la hora de pasar el rato sin hacer nada de provecho. A pesar de todo, casi nunca teníamos necesidad de navegar deprisa. En general, esperábamos dejándonos mecer por el agua en algún rincón del gran océano, allí donde pudiera aparecer un mercante sin escolta. Sí, la pereza y la vagancia eran tan preciadas como todo el oro del mundo. El oro les quemaba las manos en cuanto lo tocaban, también sabían sacar partido del tiempo libre. Nunca se echaban a suertes el servicio de cocina u otras actividades

aburridas, porque todos tenían miedo de perder.

Me pasé en cubierta toda aquella mañana mientras vaciaban y hundían nuestro viejo barco. Quería ver y aprender, catar el ambiente, enterarme del humor y la destreza de los hombres. Supe que teníamos varios artistas a bordo, un cirujano con diploma, tres carpinteros -dos escoceses y un finlandés, gente de países con bosques que eran por tanto los mejores en su oficio, como era sabido en todo el mundo-; teníamos cuatro músicos para estimularnos, darnos valor y consolarnos en la melancolía, y hasta dos prácticos, uno para las Antillas y otro para la costa occidental africana. Sí, Flint había conseguido reunir conocimientos.

Todos los marineros estaban curtidos tanto en su aspecto como en su experiencia. Sólo había un puñado que no había navegado antes en sociedad. Flint solamente quería contar con aquellos que tuvieran la soga al cuello. Según él, eran los únicos en los que se podía confiar. Algo había de verdad en ello, pero Flint había olvidado lo más importante: que la mayoría no se preocupaba de cómo vivían o morían. Por lo visto, tenían la soga al cuello, pero no por eso eran como yo. Todo lo contrario. Con la sombra de la horca sobre sus cabezas podían arriesgar la vida por casi cualquier cosa. No, no luchaban por su vida ya que de todas formas seguramente iban a morir pronto.

Sin embargo, era una tripulación capaz, es cierto, y un capitán como Flint le daba un poco de vida a pesar de todo, cuando era necesario para que los tipos como él o como yo consiguiéramos lo que queríamos. Además, tenían su orgullo profesional. Arriar bandera era un atentado contra su honor. Era necesario mantener cierta dignidad.

Sin embargo, sentí admiración por Flint cuando descubrí que había enrolado a media docena de indios de la costa de los Mosquitos.

Por odio a los españoles, aquellos indios hacía tiempo que se aliaron a los bucaneros, y desde entonces habían estado con nosotros. Eran los únicos que en tierra eran amigos nuestros, y los hombres jóvenes de la tribu eran enviados a nuestro servicio durante unos años, por un lado para dar un golpe bajo a los españoles, según decían los ancianos, y por otro para que aprovecharan y vieran mundo. Siempre iba bien, decían los ancianos, porque los hombres jóvenes necesitan aplacar su curiosidad para tener el cuerpo tranquilo. Así pues, durante unos años navegaban con nosotros, los caballeros de fortuna, y luchaban arriesgando la vida como los demás antes de volver a su tribu. Se llevaban alguna herramienta de hierro porque no querían parte del botín. Sí, se echaban a reír al ver nuestra caza salvaje en pos del oro y la plata en toda sus formas y aspectos.

Así pues, ¿por qué se convirtieron en nuestros aliados? ¿Qué

aprecio podían tener por Flint y por otros de su calaña? Sólo había un motivo, lo aseguro, porque los indios conocían bien la vida y la muerte.

Una vez al año, los indios ofrecían la vida de un hombre, un prisionero que habían guardado para tal fin. Durante un año entero, antes de que se ofreciera el sacrificio, el elegido veía cumplidos sus más mínimos deseos, todos excepto la libertad. Tenía esclavos que lo cuidaban de día y de noche, se le vestía con caros ropajes, se le daba la mejor comida, la más sabrosa, no necesitaba mover un dedo y vivía con todas las comodidades y lujos de que disponía la tribu. Se le trataba como a un semidiós y la gente se arrodillaba cuando pasaba ante él; sí, por él hasta se arrastraban por el fango. Después de un año de vivir así, lo quemaban vivo en la hoguera y lo lloraban como a un familiar fallecido.

Y esto… ¿qué tenía que ver con nosotros? No estoy muy seguro, pero quizás haya que pensar en esas ocasiones en que ahorcan a los tipos como nosotros para que los demás tengan paz de espíritu. Se burlan de nosotros, nos escupen y nos desprecian. Nos tratan como a piojos, ratas y cucarachas. Nos ahorcan como si fuéramos escoria miserable. No, no sabes cómo nos tomamos la vida, porque en realidad tú y los tuyos no os preocupáis de la vida. A los herejes, los esclavos, los judíos, las brujas, los criminales, los piratas, los indios, los enemigos de todas las razas, a los pedigüeños, sí, e incluso a los marineros, les quitáis la vida muy a la ligera. Los indios por lo menos entienden que a nadie se le puede quitar la vida sin más ni más. A veces he pensado que nosotros, los caballeros de fortuna, éramos como los esclavos que los indios sacrificaban una vez al año. La única diferencia es que nosotros nos ofrecíamos voluntariamente, adrede, y sin encontrar la más mínima comprensión por nuestra buena disposición.

Después, cuando fui conociendo mejor a Flint, le pregunté por qué había aceptado a aquellos indios a bordo.

– Velan por mi vida -contestó, y ya no conseguí más explicaciones.

Claro que comprendí que en aquel asunto no debía creer a Flint a pie juntillas. Era un tipo capaz de morir sólo porque la vida tuviera algún sentido; era el esclavo que se inmolaba en la ofrenda, ni más ni menos. Los indios se convirtieron en sus amigos sólo por este motivo; si lo exigiera la necesidad, sabían cómo inmolar a una persona.

Mientras yo seguía con mis pensamientos, con los ojos y los oídos bien abiertos, apareció Pew, el viejo prestidigitador.

– Buenos días, señor Silver -saludó mirándome con respeto, casi miedo, al ser yo uno de los pocos que siempre le había tratado como

se merecía: como un perro-. Me alegro de verlo. Siempre será un placer. ¿El señor Silver va a ser el nuevo contramaestre? No hay mejor hombre para ese puesto. Ya vi cómo mató a Hipps y a Lewis con las manos desnudas.

Se echó a reír, y habría querido darme una palmada en la espalda, pero no se atrevió.

– Éste es nuestro viejo Silver -dijo a todos- No tiene igual, con la excepción de Flint. Con Silver y Flint, podemos hacernos con el mundo entero. ¿No tengo razón, señor Silver?

– Depende de cuántas bestias cobardes como tú tengamos que llevar con nosotros -contesté.

– Claro, claro -dijo Pew alejándose con una reverencia sumisa.

Así era, pensé; incluso con él tenía yo que vivir y negociar. Era uno de los más miserables, pero también él podía decir lo que pensaba; era imposible otra cosa si queríamos tener la fiesta en paz.

Me fui hasta el bauprés y subí por la red. El bauprés y la cofa del vigía eran dos de los pocos sitios donde uno podía estar tranquilo con sus pensamientos. Me tumbé y escuché el oleaje que batía en la proa, el viento en la arboladura y las voces confusas de cubierta. «Todo saldrá bien -pensé-, cuando me acostumbre al gentío y las estrecheces.» Por fin sentía cierto sosiego, ya nada corría prisa ni era apremiante. No estaba mal del todo dejar pasar el tiempo, hacer alguna cosilla, casi siempre de poca monta y alguna vez de más enjundia, agradable en lo posible, mientras me hacía rico y Dolores me esperaba en tierra.

Me quedé dormido y me despertó el vozarrón de Flint.

– ¡Todos a cubierta! -exclamó-. ¡Todo el mundo a consejo!

Se armó una barahúnda sin igual, porque no estaban acostumbrados a aquello. Gritaban nerviosos a los que se quedaron tumbados durmiendo. Corrió como un reguero de pólvora cierta murmuración de esperanza. Si Flint llamaba a consejo, algo grande estaba preparándose. Bajé a cubierta y fui a parar detrás de Flint.

Como si tuviera ojos en la nuca, se dio la vuelta y me hizo una señal con la cabeza. Ante nosotros estaba la colección más variopinta que yo hubiera visto nunca.

– Muchachos -gritó Flint-, la mayor parte de vosotros habrá notado que hemos recibido refuerzos. Este es John Silver, contramaestre con England y con Taylor, que se ha unido a nosotros con sus trece hombres. Seguro que algunos ya lo conocéis. Si no me equivoco, algunos navegasteis con England y con Taylor. ¿Hay alguien que tenga inconvenientes? ¿Admitimos a Silver y compañía?

– ¡Aceptado! ¡Aceptado!

– Mató a Hipps y a Lewis por su insolencia -dijo Flint secamente.

– ¡No importa!

Pew y otros cuantos estaban de acuerdo con él.

– ¡Silver es nuestro hombre! -gritó Pew para que aumentara el consentimiento.

Pero cuando el jaleo se hubo calmado, se alzó una voz inconfundible.

– No el mío -gritó Deval, ¿quién si no?, con su voz chillona-. John Silver contravino las decisiones del consejo y de Taylor y salvó la vida de England y del capitán Mackra.

Se hizo un silencio expectante en las filas. Todos sabían que aquella acusación que Deval había hecho era muy grave, una de esas por las que, entre dos caballeros de fortuna, se ponía en juego la vida y la muerte. Flint sonrió dándose la vuelta. Quería ver cómo me las componía para salir de aquel atolladero. Le divertía, al muy cabrón.

Y aquel piojo de Deval se imaginaba que por fin se iba a vengar. ¿Qué hacía allí? Comprendí que había acabado con la compañía de Taylor. Taylor, que tenía vista para aquellas cosas, había colmado a Deval de amabilidades y lo había convertido en su brazo derecho. Deval había acompañado a Taylor de vuelta a las Antillas, había vivido de su botín durante algún tiempo y después había conseguido enrolarse en el *Walrus* sin hacerse notar. Seguramente esperaba que Flint lo valorase a él igual que Taylor, pero si había alguien que no necesitaba una votación para romperle la crisma a cualquiera, ése era Flint. De todas formas, una cosa era segura, pensaba yo mientras me encontraba delante de aquella expectante tripulación del *Walrus:* si yo había sido una pesadilla para Edward England, Deval era la mía.

– El capitán Mackra puede arder en los infiernos, por lo que a mí respecta -empecé-. Pero sí, es verdad, aunque lo diga un miserable como ese Deval aquí presente: le salvé la vida a England. Y escuchad bien lo que os digo, porque lo volvería a hacer. England era un hombre honrado y un experto capitán. Bajo sus órdenes nos hicimos con veintiséis barcos y nunca se metió en las decisiones del consejo. Era demasiado íntegro para imponer la autoridad tiránica que caracterizaba a la mayoría de capitanes, ese hatajo de navegantes orgullosos y bocazas que elegíamos, a falta de algo mejor, para que guiasen nuestros barcos.

Por el rabillo del ojo vi cómo se helaba la sonrisa en los labios de Flint, pero sólo por un momento. No era tan lerdo como para no entender que era juego limpio utilizar los medios que tuviera a mi alcance.

– Es cierto -continué-, que me puse en contra de Taylor, y no sólo una vez, sino cien. Era un diablo cobarde y calculador que nunca había metido la mano en algo de verdad.

Los hombres se echaron a reír, porque todos sabían que las manos

de Taylor no servían para mucho.

– Taylor -bramé- traicionaría incluso a su madre por un chelín. ¿Cuántos fueron los que recibieron su parte cuando Taylor volvió a las Antillas para comprarse el salvoconducto? ¿Cuántos? Taylor sólo quería salvar su propio pellejo. Le importaba un carajo la gente como vosotros. Y un tipo como él, ¿a quién creéis que eligió como verdugo? ¿Quién fue el que escogió Taylor para que fuera su sucio esbirro, si es ésa la palabra correcta? ¿Quién le lamía el culo a Taylor para que éste le diera una palmadita en el hombro? ¿Quién si no nuestro excelente compañero Deval, que hace cualquier cosa por una mínima muestra de amabilidad, incluso con tipos como Taylor? Y ya digo, no es de extrañar. Su madre era una puta que no quiso saber nada de él, y lo vendió por unas monedas a un putero que se llamaba Dunn, con el que tenía una cría. ¡Y Deval creía que lo habían acogido porque era él! Es la verdad, señores míos; ahora, decidan como les salga de los cojones.

– No es verdad -gritó Deval, bilioso de rabia, de humillación y de vergüenza.

– Maldita sea, no te toca juzgar a ti -le contesté-. Es asunto del consejo. Si quieres vértelas conmigo en privado, eso es otro cantar, pero tú me querías colgar delante de todos y tengo derecho a defenderme.

– ¡Bien dicho! -gritó alguien.

Y entonces se me ocurrió narrar la historia de Deval, pero antes de llegar a la mitad, Deval había desaparecido bajo cubierta, entre las burlas y las mofas de la tripulación. Miré a Flint a los ojos sin demostrar la más mínima emoción, y recibí a cambio una mirada de reconocimiento.

– ¿Se admite a John Silver? -preguntó.

Hubo gritos de júbilo. Si no antes, fue entonces cuando me di cuenta de lo que significa relatar historias que los demás consideren verídicas, aunque yo aquella vez había dicho la verdad.

Métetelo en la cabeza, Jim, aunque ya lo sabes bastante bien a juzgar por lo que escribiste acerca de mí.

Teníamos un grumete a bordo del *Walrus,* John se llamaba, que me consoló cuando perdí la pierna. Ya me fijé en él entonces, el primer día, porque no estaba lejos de mí y me miraba con los ojos como platos. John era el único que creía mis palabras y todo cuanto salía de mi boca era verdad para él. Se encariñó conmigo, Jim, como tú, por mi pico de oro. Es lo más importante, recuérdalo bien: hablar a la gente de manera que el mundo no sea tan endiabladamente solitario, sobre todo cuando esto se acaba y llega la hora de pasar cuentas.

Capítulo 37

Recordar mi primer día a bordo del viejo *Walrus* y ponerlo por escrito me levantó el ánimo. Volví a sentirme vivo. Había olvidado cómo era percibir el viento en las alas del alma y revelar todo lo que uno puede dar de sí. Desde luego, fue como si hubiera salido de la tumba después de despedirme de Snelgrave.

De manera que el cadáver todavía patalea. Muerto un día y vivo a la mañana siguiente. Por la noche comí como un lobo, una cena servida como en los viejos tiempos. Jack cenó conmigo y creo que se alegró de verme así. Le pregunté qué hacía durante el día. Sabía muy bien, dije, que me había vuelto un personaje bastante alicaído en los últimos tiempos, pero que pronto habría acabado y ya vería lo que aún podía el vejestorio.

– ¿En qué ocupas el tiempo? -pregunté.

– En nada -respondió-. Procuro que haya comida para los dos en la mesa, nada más.

– Ya lo sé -contesté-. No me gusta que me cuides. Aunque dentro de poco habré dicho mi última palabra y entonces, maldita sea, saldremos de nuevo de caza.

– No hace falta -dijo Jack.

– ¿Que no hace falta?

– No. Traen comida cada día, tanto pan como fruta y carne. Lo bajo a buscar al llano.

– Está bien -dije-. Mi dinero no tiene que llegar a pudrirse.

– No me cuesta nada.

– ¿Que no cuesta nada?

– No, es un regalo para John Silver.

– ¡Por todos los demonios! -exclamé-. ¿Por qué de pronto toda esta generosidad? Claro que sí, ya lo sé, esos diablos se compadecen de mí. Les doy lástima. ¿No es así? Creen que John Silver pasa penurias espirituales. Creen que me he vuelto loco, ¿no?

– No lo sé -dijo Jack.

– ¿Que no lo sabes? ¿Es que no has oído lo que se dice de mí?

– No, no he oído nada.

– ¿Es que no hablas con la gente?

– No es mi gente. No hablo su idioma.

– ¿Y los tuyos? ¿Y tus *sakalava*?

– Se han largado todos. Sólo quedo yo.

Tengo que reconocer que se sentía muy mal, aunque no me iba a hacer perder el buen humor. Así pues, desde la fiesta en honor a la tripulación de Snelgrave, Jack no había podido hablar con nadie, ni una sola palabra, exceptuándome a mí. ¿Cuánto tiempo hacía que zarpó el *Delight of Bristol*? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes? ¿Dos? Y yo tenía el valor de preguntarle a Jack cómo aprovechaba su tiempo.

– Cuando haya acabado… -dije.

– Ya lo sé -interrumpió Jack-, cazaremos un jabalí y haremos una barbacoa.

– Sí, como en los viejos tiempos, cuando teníamos todo el tiempo del mundo.

– ¿Es que no lo tenemos ahora?

– Ya sabes lo que quiero decir. Me refiero a los tiempos en que no pensábamos que un día tendríamos que poner el punto final. Una hoja en blanco, Jack, eso es la vida en el mejor de los momentos. Y nosotros éramos bastante buenos en eso, ¿no? Jack asintió.

– ¿Te acuerdas de nuestra primera jornada a bordo del *Walrus*? Yo no lo olvidaré nunca.

– ¿Por qué? -preguntó Jack.

Le miré y me di cuenta que ni él ni sus parientes aparecían en mi memoria. A partir del momento en que puse los pies a bordo del *Walrus* los olvidé.

– ¿Qué hicisteis aquel día? -pregunté.

– Encontramos a otros dos *sakalava.* Antes habían sido esclavos como nosotros. Estuvimos juntos.

– ¿Estuvisteis juntos?

– Sí, esperábamos volver aquí, a Madagascar.

– ¿Estuvisteis esperando?

– Sí -dijo Jack-, eso hicimos a bordo.

– Pero tú y yo navegamos con Flint durante tres años.

– Sí. Había momentos en que temimos no regresar nunca. Pero tú nos habías prometido que nos dejarías en tierra cuando llegáramos aquí.

Yo no era de los que se ponían en contra de la verdad, pero esto fue difícil de digerir. La primera época que pasé con Flint fue la mejor de mi vida; mientras tanto, Jack y los demás se habían limitado a esperar sentados a que se acabara. No tenía sentido ninguno. ¿Qué recuerdos va a tener uno si se ha pasado el tiempo sentado, esperando?

– Creí que estabais bien a bordo.

– Se estaba mejor que en la plantación, pero es que no somos como tú.

– No -le interrumpí, riéndome a pesar de todo-, ya me he dado

cuenta de que no hay muchos así.

– Quiero decir que los *sakalava* y los caballeros de fortuna no nos parecemos en nada. Tenemos un país y formamos un pueblo. Eso a vosotros os importa un bledo, como tú acostumbrabas a decir.

– ¿Y por qué no os fuisteis, si era una vida tan infernal?

– No era el Infierno. No era nada.

– ¿Nada?

– No. No había motivo.

– ¿Motivo? ¿Y la libertad? Disfrutar de todo el tiempo del mundo… No tener preocupaciones, dejar que los días transcurran sin prisa. Enriquecerse y conseguir cualquier cosa cuando todo ha pasado. ¿No te parece motivo suficiente, o como quieras llamarlo?

– No basta con un motivo. Entonces no se es nadie.

– No estábamos solos a bordo. Éramos ciento treinta hombres.

– Pero no estábamos juntos. Los *sakalava* luchamos unos por otros. Vosotros lucháis por vosotros mismos. Cada uno va a lo suyo. ¿Cuántos murieron durante aquellos arios? ¿Cómo se llamaban? ¿De dónde eran? ¿Adonde iban? Daba igual, como dirías tú. Los que murieron eran olvidados al día siguiente. Murieron por una buena causa, tú lo solías decir. ¡La tuya! No, estabais solos, nunca juntos. ¿Qué motivo es ése?

– Yo qué sé -dije con delicadeza, porque no quería crear mal ambiente.

Al fin y al cabo, aparte de John Silver, Jack era el único que me quedaba si tenía ganas de hablar.

– Nunca he entendido qué queréis decir con eso de los motivos -añadí.

– Ya -contestó Jack.

– Y a pesar de todo, tú sigues con el cuento de que somos hermanos.

– Sí. Somos hermanos. Tú no me necesitas y yo me las arreglo sin ti. Sin embargo, nos necesitamos el uno al otro.

– Dolores también decía eso.

Sentí un pinchazo en el pecho que por un segundo interrumpió mi excelente humor.

– Cuando haya terminado -le dije a Jack-, tendrás que explicarme qué es eso del motivo.

– Sí -contestó Jack.

– Cuando haya puesto punto final haremos una fiesta -dije-. Invitaremos a todos los que siguen con vida, a los que en algún momento pisaron la cubierta del *Walrus*. A pesar de todo, tienes que reconocer que sabíamos hacer fiestas. Entonces, maldita sea, sí que estábamos juntos; por mí puedes decir lo que quieras.

– Sí, en eso erais buenos, é incluso estabais juntos. Entonces

teníais motivo. Pero había muchos que al día siguiente ya no se acordaban.

Tuve que reírme de aquello, porque tenía razón. Jack también se echó a reír, de manera que, a pesar de todo, algún recuerdo le quedaba de los años con Flint.

Todos aquellos años pasaron. Vi cada uno de los botines que apresamos y las caras de todos los hombres, muertos o vivos. Vi Sainte-Marie, que no estaba muy lejos del sitio en que nos juntábamos para disfrutar sin remordimientos de nuestra corta vida; oí las risas y los gritos de dolor y de placer, nuestros y de los demás. Percibí los mil olores a que apestaban el barco y las islas a barlovento, escuché todas las melodías y las historias que entonaban ora uno, ora el otro, y me vi sentado la noche entera en la cofa del vigía, suspendido en el infinito. Admiraba a la tripulación cuando cabalgábamos sobre una tormenta o pertrechábamos el barco. Me reí de todas las mascaradas y de todas las mentiras que contamos para engañar a los comerciantes de buena fe; me oí poniéndome de acuerdo con los más pendencieros, los que se peleaban conmigo y se pavoneaban ante mí las veces en que yo obligaba a Flint a rendirse ante mis deseos o los del consejo, mientras me alegraba de ver a ciento treinta hombres reunidos, atentos a las palabras que se intercambiaban ardorosamente antes de que tomáramos una decisión. Sí, añoraba volver a aquellos momentos dorados cuando habíamos apresado un botín rebosante de piedras preciosas, o cuando, regocijado, las dejaba resbalar entre mis dedos cuando de nuevo me tumbaba durante horas en la red y dejaba pasar el tiempo. Todo esto y mucho más lo veía y lo relataba con toda la claridad deseable.

– Mira que es endiabladamente larga la vida -exclamé tratando de coger del brazo a Jack.

No lo encontré. Entonces me di cuenta de que había estado con los ojos cerrados durante todo el tiempo. Cuando los abrí de nuevo descubrí que estaba solo. Jack se había ido. No tenía nada en contra de eso; yo también me habría hartado de oír a alguien que sólo hablaba consigo mismo. Jack se las arreglaba mejor sin mí. Así era él: la única persona que me necesitaba para seguir vivo era Long John Silver, y dentro de poco se podría mantener en pie él solo, con su única pierna.

Capítulo 38

Sí, Jim; por lo visto, a ti también te olvido tal como olvidé a Defoe, que era a él a quien hablaba. No siempre es fácil tenerlo todo en la cabeza cuando se ha llegado a una edad tan respetable como la mía.

Tendría que haberte contado lo de Flint. Pensé que le podía interesar a un tipo como tú. Sí, quería contar que también nosotros éramos a pesar de todo personas, incluso yo: nosotros, la escoria y los parásitos a los ojos de la gente. Por lo menos quería dejar dicho que nos podíamos poner de acuerdo, tener consideración y gobernar un barco durante varios años sin retorcernos el pescuezo unos a otros. ¡Ciento treinta hombres en una carraca tan pequeña que ni siquiera podíamos acostarnos todos a la vez! Quizás eso también lo he dicho, pero ya no estoy muy seguro.

Luego hablé con Jack y descubrí que podía pasarme una vida entera escribiendo para relatar la época que pasé con Flint. ¡Imagínate! Pero esa vida ya no la tengo. Es verdad que mientras vivía he resucitado entre los muertos un par de veces, pero ahora se acabó, y es tan verdad como el Evangelio y como que me llamo John Silver, lo que a la larga he aprendido a aceptar.

Además, a Jack ya le he referido toda la historia de Flint, aunque no escuchara. Y debes saber que después me sentí vacío y hueco por dentro. No es agradable contar historias y descubrir en plena narración que no te escucha nadie, ni siquiera el hombre en quien más confías. Una vida como la mía es larga, quizá demasiado larga, a pesar de todo.

Y después… Sabes que no soy miedoso. Un león no es nada comparado con el viejo Long John, así se decía, y era la pura verdad. ¿No fui yo el único que permanecí sereno cuando Ben Gunn intentó asustarnos con lo de la aparición de Flint? No, nunca tuve miedo de Flint. Nunca atacaba a uno de los suyos por la espalda. Iba cara a cara, ése era su estilo. Claro que ayer noche fue otra cosa, Jim. Volví a soñar con Flint. Apareció como lo hacía al final, cuando ya estaba

borracho perdido y se había percatado de que ya no podía desestabilizar el mercado ni darle miedo a nadie, a pesar de todos los barcos que saqueara, los capitanes por la gracia de Dios que matara o los botines que apresara. Habíamos conseguido que el precio de las mercancías se doblara en nuestras aguas, pero eso era todo. Flint no podía acabar por sí solo con las patrullas del mundo entero. Éramos y seguíamos siendo un mosquito venenoso que picaba y escocía durante un día, pero nada más. Los barcos navegaban cada vez con más escolta, y Flint se oponía con terquedad a apostarlo todo contra una escolta mientras estuviera en sus cabales. Teniendo en cuenta lo que pensaba y quería Flint, arriesgar el *Walrus* con toda su tripulación para obtener un botín no tenía sentido.

Algunos intentaban hacerle cambiar de opinión, e hicieron patente que deberíamos desmantelar la compañía y contentarnos con las riquezas que habíamos reunido. Decían que él mismo se daba cuenta del poco daño que podíamos ocasionar.

Estas palabras enfurecían a Flint, y algunos cayeron por eso. En parte fue por eso por lo que Flint navegó hacia lo que tú llamabas la isla del Tesoro y enterró el tesoro. Porque los caballeros de fortuna no eran tan tontos como para enterrar las libras ganadas con el sudor de su frente. ¿De dónde hubieran sacado el tiempo y las ganas? No, por lo que yo sé, además de Flint sólo Kidd cogió la pala, y Kidd tenía sus motivos, igual que Flint.

¿Sabes una cosa? Los seis que se llevó Flint a la isla para cavar, los seis a los que luego quitó la vida con sus propias manos, bueno, ya oíste qué aspecto tenía Flint cuando volvió, pero eran justo los seis que habían amenazado con llamar a consejo si Flint no hacía las cosas bien. No entendieron que un tipo como Flint no cambiaría de opinión jamás en la vida.

De todas formas, cuanto más tiempo pasaba, más siniestro y más loco se volvía. Al final probablemente yo era el único que podía decirle las cosas y controlarlo, yo y Darby M'Graw, que le suministraba el ron a Flint. Una nueva norma se añadió al reglamento de Flint: nadie más que M'Graw tenía permiso para tocar su ron.

– ¡Quieren matarme, todos! -rugía Flint cuando entraba en su camarote-. Esos malditos miserables quieren que me muera, que me rinda, y malgastar sus vidas con las putas, darse a la buena vida en tierra. Por encima de mi cadáver, Silver, recuérdalo bien. Lucharemos hasta el final. Arruinaremos a todos los malditos armadores. ¿Te enteras, Silver?

– Con lo que grita e insiste, capitán, creo que se han enterado hasta en Londres.

– Está bien -balbucía-. Maldita sea, que se van a enterar de que están vivos.

Me miraba fijamente con sus ojos turbios, enrojecidos como tomates podridos. La cicatriz de la isla del Tesoro se le pintaba blanquecina en la cara abotargada y amarillenta. Una de sus manos estaba agarrada al machete como si fueran un solo elemento.

Con aquel aspecto se presentaba en mis sueños, Jim, armado hasta los dientes. Yo estaba sentado a mi mesa escribiendo estos últimos suspiros de mi vida. Flint se ponía detrás de mí y leía por encima de mi hombro. Y entonces se echaba a reír. Aquel diablo se reía a carcajadas. Un perverso regocijo asomaba a sus ojos con tal fuerza que yo creía estar ya ardiendo en los infiernos. Me tapaba los oídos para no oír y cerraba los ojos para no ver, pero era como si no tuviera manos ni párpados. Y cuando Flint veía cómo me encogía y me asustaba, aumentaba el volumen de su risa burlona hasta que al final sólo había un gran bocazas riéndose.

Me sentía muy mal, tengo que reconocerlo, y me preguntaba cómo podía combatir a aquel diablo. ¿Iba yo a rendirme ante un tipo como Flint? ¿Es que no era yo mejor que él en todos los sentidos? ¿Por qué me iba a preocupar? ¡Déjalo estar con su risa burlona! ¿Qué me importaba a mí lo que él opinara de una vida como la mía? No me afectaba en absoluto.

Así pues, cogí la pluma, la mojé en el tintero, la apoyé sobre el papel y escribí la primera palabra de mi relato sobre el mencionado Flint. Y cuando Flint vio su nombre sobre el papel se calló de golpe, para soltar luego tal alarido de rabia que habría puesto los pelos de punta al mismísimo Diablo. Después, Flint sacó su machete ensangrentado y lo blandió con todas sus fuerzas redobladas por su furia, te lo juro.

– ¡Anónimo! -gritaba-. ¡Anónimo! Ningún diablo puede echarle mano a mi nombre.

Y el machete cayó.

Me desperté, Jim, bañado en un sudor frío y temblando como un borracho. Maldita sea, era mucho peor tratar a Flint muerto que vivo, ésa era la verdad. Sí, reconozco que pensé que iba a morir, y eso me aterró. Durante toda la vida he tenido cuidado de mi pellejo, es verdad, pero nunca me había colmado un miedo como el de ahora, al creer que me llegaba el fin. Una y otra vez veía el machete de Flint hendiendo el aire. Tan despierto estaba que esperaba sentir el tajo de la afiladísima hoja en mi nuca.

Pero no pasó nada. Entonces se me ocurrió que Flint no iba tras de mí, y que su machete no apuntaba en absoluto a mi nuca. Era al otro John Silver al que pensaba cortarle la cabeza con el machete. Era el John Silver del papel, el que desgranaban las palabras, el que de nosotros dos tenía una vida de la que hablar: a ése sí quería eliminarlo para siempre.

A partir de entonces no fue divertido escribir acerca de Flint. Cada vez que cogía la pluma veía el machete ante mis ojos. Podía soportar la risa burlona si era necesario, y olvidarla después, pero el machete, y el olvido después, era insoportable imaginarlo.

A pesar de todo, ya lo he descrito y ya lo he relatado y he tenido el valor de decir esto último aunque sea en voz baja, el valor que tuve durante mis buenos años con Flint a bordo del *Walrus*. Navegamos primero por las Antillas, después por la tradicional ruta del comercio de esclavos. Fue seguramente al tercer año cuando llegamos a Madagascar. Puse en tierra a Jack y a sus *sakalava* tal como había prometido, con la exasperación de Flint y de los demás, porque la ley de Flint en el *Walrus* era que nadie se podía ir si la compañía no se desmantelaba. No obstante, a estas alturas nadie se atrevió a ir contra mí, ni siquiera Flint, y mucho menos la gente mezquina como George Merry, Dick Anderson o el adulador de Ben Gunn. Jack y ¡os demás se llevaron mi parte, con la excepción de las piedras preciosas y el dinero contante y sonante, y se aposentaron en el acantilado de la bahía de Ranter, contentos como críos, a esperarme.

Fue en el viaje de regreso a las Antillas cuando pesqué a Deval e hice algo. Estaba cansado de sus miradas atravesadas y llenas de odio y había decidido silenciarlo para siempre si fuera necesario. El vaso se colmó el mismo día en que avistamos Barbados. De la boca de Israel Hands, ahora ya curada pero siempre demasiado grande, había oído Deval como todos los demás la historia de la compra de mis esclavos y de mi mujer en tierra. Estaba yo acodado en la amura, pensativo, maldita sea, recordando a Dolores, cuando oí que la voz chillona de Deval tarareaba una cantinela:

Once I had an Irish girl, she wasfat and lazy.
Now, I've got a negro one, she drives me
almost crazy [2]*'.*

Antes de que me diera tiempo de hacer nada, toda la tripulación, con el desenfreno producido al avistar tierra, empezó a cantar aquellos dos versos una y otra vez, a voz en cuello, que hasta las gaviotas callaron. Me di la vuelta y allí estaba Deval mirándome fijamente, Con la sonrisa más alegre que se pueda imaginar. Claro que en cuanto me vio, la sonrisa le desapareció de repente.

Primero hice que cesara la cantinela con un bramido espantoso, y después cogí a Deval por el pescuezo y se lo apreté hasta que estuvo medio muerto. Lo solté y le llamé delante de todos parásitos y cucaracha. Y presa del entusiasmo le expliqué para terminar qué mierda de tipo era su héroe, Dunn, que no en vano había intentado matarme y qué fui yo el que lo había matado como se merecía.

– Estaba loco -grité y, como he dicho, al final expliqué cómo habían ocurrido las cosas-. ¿Por qué si no iba a cargar con un lobo de mar tan inútil como tú?

Deval palideció, y probablemente se habría llevado su merecido si el vigía en ese mismo momento no hubiera gritado vela a la vista. Después las cosas fueron como fueron, apresamos el botín, que era el *Rose,* perdí la pierna, Deval lo mismo, y me dieron un nuevo nombre, Barbacoa, un buen mote para un tipo como yo.

Después navegamos durante un año por las Antillas, hasta que Flint se mató bebiendo ron en Savannah. Fue durante ese año cuando Flint perdió la cabeza, la poca que le quedaba, y se forjó la reputación de ser el pirata más cruel y sanguinario que jamás hubiera surcado los océanos. Sí, si alguien quiere saber mi opinión, estaba dispuesto a que lo mataran en la batalla antes de reconocer que había perdido. Realmente, era un tipo que podía morir porque su vida tenía algún sentido, pero ¿le sirvió de algo? ¡Un carajo!

Tiró por la borda todas las precauciones y quería gritar al mundo entero que llegaba el temido Flint, el último de todos los piratas, que había aterrado a la humanidad. Y así es; a pesar de todo, no se puede parecer cruel y cizañero sin acabar siéndolo de verdad, ni siquiera con un motivo tan loable como el de Flint. Y, después, ¿qué queda para elegir, aparte de la locura o la muerte súbita, si es que tiene sentido mientras dura?

Sí, de no haber sido por mí es casi seguro que nos habrían apresado, matado o colgado a todos. ¿Es que yo, que había navegado toda una vida con guantes para que mis manos no me delataran, que había arreglado tan bien las cosas con Dolores en tierra y con guardaespaldas a bordo, iba a darlo todo en el barco para que un tipo como Flint nos enviara a todos a la ruina con su cerebro enfermo y encharcado de ron? Y un pimiento, y eso por decirlo con delicadeza. Hice que remozaran el *Walrus y* lo dejaran de punta en blanco, como hacíamos en los viejos tiempos antes de un abordaje. Hice que la tripulación cerrase el pico ante los extraños cuando estaban en tierra. Me cuidé de que continuáramos con nuestras apariciones; surgíamos de la nada para desaparecer dejando a nuestro paso sólo miedo y espanto. Controlaba a Flint cuando quería atacar barcos con los que la victoria no era segura. Si alguien saca las cuentas, debo de haber salvado muchos cientos de vidas de una muerte dolorosa durante aquel año, la mía entre ellas.

Así pues, tras la muerte de Flint continuamos siendo un rumor anónimo y terrorífico. Habíamos llevado a cabo nuestras actividades con tanta discreción que nadie tenía pruebas de que existiéramos. Me atreví a volver a Bristol y compré la taberna Spy-Glass para echarle el guante a Billy Bones y al mapa sustraído. Mandé llamar a Dolores y

durante un tiempo, maldita sea, fuimos tan respetables como cualquier otro ciudadano de Bristol.

Debo admitir, Jim, que a veces Flint me ha dado lástima, igual que yo te di lástima a ti. Flint realmente se imaginaba que podía salvar la vida a los marineros más miserables y mejorar sus condiciones. Odiaba a los armadores y a los capitanes con toda su alma, aunque hay que decir en honor de las reglas que de todas maneras ha estado bien. No, lo malo de Flint era la cabeza. Sin embargo, tenía algún momento claro entre las borracheras y los ataques de ira.

Una noche cálida y despejada, en algún lugar del Atlántico donde esperábamos mientras el *Walrus* se balanceaba suavemente a merced de un oleaje poderoso, mecido por un viento cálido y ligero que hinchaba y sacudía la vela, Flint me mandó llamar. Estaba sentado a la mesa, la única que había en el camarote. La lámpara de aceite, la misma que cuelga ahora en mi escritorio, proyectaba extrañas sombras en su devastada cara.

– Siéntate, Silver -dijo-. Acompáñame a tomar un vaso de ron.

Me senté frente a él y con el pulso firme llenó dos vasos hasta la manga.

– Eres el único que tiene la cabeza sobre los hombros a bordo de este barco -dijo-. Incluido yo.

Se quedó callado como si yo fuera a confirmar su opinión, pero, ¿qué podía decirle yo?

– ¿Por qué no te has hecho nunca capitán? -preguntó.

– Para tener la espalda a cubierto -contesté.

– ¿Es que yo no la tengo? ¿Qué tiene de malo la mía?

– A un capitán se le puede destituir, pero nadie destituye a John Silver.

Flint me miró durante bastante rato. Intentaba entender si lo estaba amenazando.

– Silver -dijo después de un rato-, no hay quien te entienda.

– No -contesté sonriendo-, realmente así lo espero. Sería peor que la muerte.

Flint fijó la mirada en el vaso como si fuera una bola de cristal.

– Tienes razón, Silver -dijo-. Tienes razón, ya lo he dicho. Eres el único que tiene algo en la sesera. Tienes opiniones. Dime, Silver, ¿estoy perdiendo el juicio? ¡Contesta sinceramente! Sabes que nunca te tocaría ni un pelo.

– No lo sé -contesté con toda sinceridad-. No sé qué juicio te queda por perder. A veces parece que intentes por todos los medios que todos perdamos la vida, y la tuya la primera, para provecho de ninguna de las partes.

– Ya lo sé -dijo Flint con la voz quebrada, echando un buen trago

al ron-. Ya lo sé. Creía que sabía lo que quería en esta vida: matar a la mayor cantidad de miserables posible, apartarlos de este mundo. Mi meta era vengar a todos los marineros muertos. Y ahora empiezo a pensar que no somos más que una cagada de mosca, no importa lo que hagamos. Soy Flint, el temido capitán pirata, y no puedo decirlo en voz alta si quiero seguir vivo. Me he quedado sin nombre, maldita sea, lo mismo que nos ha pasado a todos. No somos nadie. A los ojos del mundo no somos nada. ¿Qué es una sola persona, Silver? Nada, absolutamente nada. ¿Sabes qué? En fin, seguramente lo sabes, que no en vano eres un hombre culto e informado. El maldito Cromwell envió a diez mil prisioneros irlandeses y escoceses a Barbados. Ni uno de aquellos diablos salió con vida. Ni uno, Silver. ¿Quién los recuerda hoy? ¿Quién sabrá qué pensaban, qué querían? Ya no están, como el rocío que se evapora. ¿Sabes lo que oí contar a un viejo bucanero? Los españoles habían enviado un grupo de soldados para acabar con unos indios. Uno de los soldados empujó con su lanza a un indio contra un árbol. El indio sólo tenía un cuchillo y estaba casi muerto. ¿Y qué hace? Se abalanza hacia delante y se deja atravesar por la lanza para poder clavar su cuchillo en el español. Murieron los dos, uno en brazos del otro. ¿De qué sirve? ¿Qué provecho se obtiene de eso? Ninguno. Es sólo polvo en los recuerdos del mundo. O los monjes como los que l'Olonnais obligó a levantar escaleras contra las murallas que protegían Cartagena. Se imaginaba que los españoles no dispararían sobre sus propios curas, pero tanto a Dios como a los españoles les importaban un carajo unos monjes desgraciados, por mucho que rogaran por su vida. Acabaron con todos ellos. ¿A quién le preocupa, Silver? Unos cuantos monjes, un soldado español, un indio o diez mil presos más o menos, todo eso carece de importancia. Y los marineros, ¿cuántos crees que mueren? Un par de miles en las quillas de la Marina inglesa cada año. ¿Y qué les dan a cambio? Nada de nada, maldita sea, ni siquiera un entierro digno. Somos cagadas de mosca, Silver, y no contamos para nada. Sí, es verdad, es casi lo mismo acabar con la desgracia, quizás eso sea juicioso. Una sola persona como yo es completamente prescindible, Silver. Completamente prescindible.

– No a bordo del *Walrus* -contesté-. Ningún barco ha tenido mejor capitán.

– El *Walrus* me importa un carajo -bramó-. Un ataúd, eso es lo que es, con un grupo de vividores que sólo piensan en su bienestar. Nada más.

Vació el vaso de un trago.

– Eres un buen hombre, Silver -dijo secándose la boca-. ¿Cómo lo soportas? ¿Qué te permite seguir adelante? ¿O acaso un cerebro como el tuyo no está dispuesto a pelear gratis?

– No -dije.

– ¿Por qué no? ¿Por qué no te ahogas en ron como hacemos todos? ¿Por qué no te preocupa nada?

– ¿Y por qué me iba a preocupar? -repliqué con una carcajada-. Tal vez porque entonces me volvería loco.

Flint me miró fijamente sin entender.

– Como tú -añadí para dejar las cosas bien claras.

Entonces me levanté y me fui. Un mes más tarde Flint había muerto. Seguramente no lo han olvidado; seguramente lo más grande que consiguió en vida fue su fama póstuma. Como yo mismo. Porque en eso tuvo razón a pesar de todo, ya que una vida que no continúa después de la muerte, sea como fuere, impresa o en la boca de la gente, es una cagada de mosca. O rocío evaporado.

Capítulo 39

Esta mañana, como tantas otras, palideció la negrura de la noche de forma imperceptible y lenta, y lo negro se convirtió en azul por todas partes salvo por el este, donde el primer despunte del sol lanzaba llamaradas como lenguas de fuego. Aquí en Madagascar uno apenas se da cuenta de cuándo amanece y cuándo anochece. La aurora y el ocaso son como la chispa del disparo de cañón. En Bristol, según recuerdo, el sol se ponía tan despacio sobre el mar de Irlanda que era como si se quedara suspendido en el horizonte para siempre. Aquí, de golpe, la luz inunda todos los rincones. El único recuerdo de la oscuridad era el perfil de las sombras.

El papel ocre estaba ante mí, bañado por la luz intensa, sin una sola palabra escrita, seductor como el cuerpo soleado de Elisa, irresistible como los ojos insobornables de Dolores, abierto a todas las historias y a todas las vidas. Era sólo cuestión de elegir, optar por algo concreto y descartar el resto.

Pero ya ha transcurrido la mañana y el papel sigue ahí todavía. Se me ha ocurrido que ya no me queda nada de valor que poner por escrito. La vida de John Silver está acabada, así es. La obsesión por escribir se ha desvanecido; la locura de escribir un cuaderno de bitácora desaparece cuando se ha acabado el viaje. Estoy vacío como una botella de ron liquidada.

A pesar de todo no me quejo. Los cadáveres los he tirado por la borda, y también al mismo John Silver. Ya no necesito arrastrarlo ni a él ni a ningún otro. Ni siquiera Flint va a aparecer de nuevo, estoy seguro. Si pueden, que vivan en paz y sin mis ganas de toquetearlo todo, y que se mantengan por sí mismos con las piernas que les queden.

Han pasado los días. ¡Qué horroroso vacío! ¿A qué espero? ¿La muerte? Es la peor espera de todas, la espera de la nada absoluta. Es vergonzoso, pero, ¿no sería mejor tachar esta mierda que trata de mí, de Long John Silver, dibujar una calavera sobre el cuaderno de

bitácora y acabar de una vez por todas? Siempre he dicho que era pecado hacerlo uno mismo, no atreverse a vivir la única vida de que se dispone. Cuando la vida de todas formas ha llegado a su fin y lo único que queda es una carcasa podrida con los mástiles agrietados y unos palos que ya no pueden mantener las velas… ¿A quién demonios le importará si he pecado contra mí mismo y si he violado mis normas cuando esté muerto? A mí desde luego que no; a pesar de todo, soy el pariente más cercano en este caso.

Han pasado más días. ¿Semanas? ¿Meses? Todavía sigo vivo. Hoy, por primera vez desde que acabé, me he sentado frente al escritorio. Allí estaba la vida de John Silver tal y como fue. Aposté por él, hojeé por aquí y por allá y, de repente, me invadió una extraña sensación. Fue ternura, orgullo, vergüenza, incertidumbre, asombro, repugnancia, todo mezclado. ¿Había sido realmente esto lo que yo quería, que John Silver estuviera ahí pudriéndose igual que yo?

Y entonces fue cuando empecé a pensar en ti, Jim, y al hacerlo, analicé mis reivindicaciones: que John Silver no conociera jamás el descrédito, que no tuviera que aguantar rebatimiento alguno, que contara siempre con la última palabra -su seña de identidad por excelencia- y, en su defecto, con el derecho a participar, para que la gente supiera que también él era una persona, un hombre solo y muy suyo, celoso de su libertad, pero un hombre al fin y al cabo. Y ante esto, Jim, me emocioné hasta las lágrimas. «Por lo menos esto se lo debo a John Silver», me dije al pensar en todo lo que él me ha dado, y tengo que concederle la oportunidad de que se sobreviva a sí mismo. ¿Es que también él, lo mismo que muchos otros, ha existido inútilmente? ¡Claro que no! No fue una cagada de mosca, ni tampoco el rocío que se evapora en la nada.

Así que pienso seguir con vida un rato más, aunque me dé vergüenza, hasta el momento en que un barco lleve a John Silver hacia ti. Serás su responsable, Jim. Confío en ti. No tengo a quién encargárselo. Te he escrito una nota que explica lo que te ha llegado a las manos.

Es todo, Jim. Te deseo una vida larga y feliz. Y probablemente estarás de acuerdo conmigo en lanzar un «viva» por nuestro viejo compañero de barco. ¡Viva John Silver!

Capítulo 40

Sí, Jim, a pesar de todo era demasiado pronto para desearle a John Silver una larga vida. Dicho con perdón, parece que se haya hecho para quitarle la vida. Pero ahora es el momento de poner punto final, sí, por fin estoy seguro de lo que quiero. La muerte, Jim, nunca se debe aceptar por adelantado, ni siquiera la de uno mismo, como he predicado hasta la saciedad.

Me sujeté a la poca vida que me quedaba por culpa de esas páginas que están molestando encima de mi mesa y que relatan cómo fue Long John Silver, llamado Barbacoa por sus amigos, si es que tenía alguno, y por sus enemigos, los cuales le sobraban. Se acabaron los engaños y las quimeras. Se acabaron las burlas y los embustes. Las cartas boca arriba por primera vez. Sólo la verdad escueta, lisa y llana, sin segundas intenciones ni trucos. Las cosas tal cual eran, nada más. ¡Y pensar que se hizo para eso, no para mantenerme cuerdo un poco más, como creía yo, sino sólo para mantenerme con vida! Porque así fue, me guste o no.

Y ahora, cuando veo las hogueras al pie del acantilado, cuando oigo las llamadas y los gritos de los soldados que vienen a buscarme, vivo y no muerto, sé que ésta es la vida que cuenta. Si no aceptan mis condiciones, me defenderé yo mismo, está claro, con uñas y dientes. Les quitaré la vida a los que tienen la orden de ponerme la mano encima. «Toma y daca»: ése era mi lema y no lo siento ni por mí ni por ellos.

Al final le dije a Jack que se marchase. No fue fácil deshacerme de él, el último que quedaba. Insistió en que quería dar su vida por mí. ¡Absurdo! ¿Qué provecho se imaginaba que obtendría yo de su vida cuando los dos estuviéramos muertos? Eso le grité con mi vozarrón de los viejos tiempos. Por lo menos había cien hombres a bordo de la fragata que tan pacíficamente había anclado en la bahía de Ranter, además de los soldados de la Marina y los treinta y seis cañones que se podían bajar a tierra. La mitad de la tripulación moriría cuando iniciaran el ataque al acantilado, claro que sí, y quizá más si éramos dos. Pero el final sería el mismo: una muerte

ignominiosa para él y para mí.

Jack empezó a hablar de ir en busca de refuerzos y reunir un grupo de indígenas que pudieran atacar a los ingleses por la espalda.

– Son soldados de la Marina -objeté-. Sería una carnicería, ni más ni menos.

Sabía muy bien qué pasaría si un centenar de negros con unos cuantos mosquetes y pistolas sueltas, si no con arcos y lanzas, se echaran sobre unos cuarenta soldados de la Marina bien entrenados y el doble de marineros de la Flota Real, de sobra acostumbrados a la batalla. Matarían a los indígenas como a las reses antes de que fuera nuestro turno. Claro que Jack parecía seguir en sus trece, por mucho que yo rugiera y se lo dijera de una forma u otra.

– ¿Estás sordo?-grité.

– Me quedo -dijo.

– ¡En el Infierno! -bramé a la vez que sujetaba las dos pistolas que estaban sobre la mesa-. Si no te largas con viento fresco, te dejo frito aquí mismo. Así tendrás lo que quieres.

– De acuerdo -dijo aquel diablo tranquilamente, con una sonrisa.

Me puso tan furioso que apunté una de las pistolas a mi propia cabeza. Parece que eso surtió efecto, y el diablo sabrá si en el acaloramiento no lo hice en serio. Ahora me tocaba sonreír a mí.

– Ya ves -dije amablemente-, no hay nada que hacer. Sabes tan bien como yo que digo lo que pienso. A ti nunca te he engañado. Es mejor que nos separemos como amigos.

– Claro -respondió Jack desalentado-. Tú y yo somos hermanos, ¿no?

– Como quieras, Jack. Somos hermanos pero en ese caso me apuesto la cabeza a que los dos somos bastardos, cada uno por su lado y a su manera. Y no estés tan endiabladamente triste. De todas formas estoy acabado, ya lo sabes. La carcasa está podrida y el capitán ya chochea. Así es, ya lo ves. Tú tampoco eres un niño, pero eres fuerte y estás sano. Aún te quedan unos cuantos años buenos. Vuelve con tu gente, como los demás, haz lo que quieras, pero ¡lárgate de aquí!

Es verdad que me lo quería quitar de encima, porque me miraba como si me quisiera más que a nada en el mundo. Además, tenía los ojos anegados en lágrimas. Dio un paso hacia delante, me abrazó y me dijo que siempre había estado diciendo tonterías. Me deshice de su abrazo y lo eché con cajas destempladas. Fue al almacén de las armas y salió con un hacha y tres pistolas. Me dedicó una mirada que tardaré en olvidar, por lo menos antes de morir dentro de un día o dos, se dio la vuelta y desapareció sin hacer ruido, como tenía por costumbre.

Pero, ¿quién se quedó con tres palmos de narices si no yo? Jack bajó directamente hacia el campamento de los soldados, disparó los tres tiros y estuvo dando con el hacha a lo salvaje hasta que él mismo

cayó cuando le alcanzó una bala bien dirigida. Se llevó la vida de catorce hombres, lo que muy detalladamente me contó a la cara un oficial impecable que subió hacia mí con la bandera blanca para traerme su asqueroso mensaje.

– ¿Era uno de sus hombres? -me preguntó el oficial con un gesto de desagrado en la cara.

– Sí -admití, porque no pensaba negar a Jack aunque fuera lo último que hiciese a este lado de la tumba-. Pero no cumplía mis órdenes. Le dije que se fuera para que no perdiera la vida sin necesidad. No soy tan tonto como para no entender cuál es la misión que tienen ustedes.

– Tenemos órdenes de llevar a Bristol a un tal Long John Silver, también llamado Barbacoa, donde será puesto en manos de la justicia para responder de las acusaciones de crímenes contra la humanidad que pesan sobre él. ¿Es usted?

– Señor mío -dije riéndome hasta que las lágrimas se me saltaron de los ojos-. ¡Viene usted con la orden de traer una fragata con varios cientos de hombres desde Inglaterra a la bahía de Ranter, encuentra a un cojo de edad avanzada y encima pregunta quién es!

– Tengo que estar seguro de lo que hago.

– ¿Seguro de qué?

– Seguro de que sea esa persona.

– Sí, claro -dije riéndome de nuevo, con el evidente desconcierto del oficial-. ¿Qué pasaría si usted se presentara ante Trelawney y su camarilla con un pobre diablo que en realidad no tuviera nada que ver con el asunto?

– ¿Trelawney? -exclamó el oficial-. ¿Lo conoce?

– Sí, hicimos un viaje juntos. Le preparaba la comida, si mal no recuerdo, pero nunca tuve la ocasión de darle su merecido.

– Así que usted es…

– Long John Silver, Barbacoa. Eso es, capitán, o lo que sea usted. Soy yo, el mismo que viste y calza, y estoy a su servicio, señor.

Me miró no sin echar antes un vistazo a su alrededor.

– Tengo órdenes…

– Sí, ya lo he oído. Pero ¿cómo? De veras que me gustaría saberlo. Me quiere usted vivo, supongo. Muerto no les serviría de nada a los señores de Bristol.

Al oficial no se le ocurrió otra cosa que asentir con firmeza.

– No será tan fácil como quizás haya creído -le dije-. No me puede disparar, por si la bala acierta. No puede bombardear mi roca, porque el techo podría caerme sobre la cabeza. Lo único que pueden hacer es venir al asalto y confiar en que los que no mueran consigan reducirme. ¿Vale la pena? Será una carnicería inmensa. Con este cañón de bronce que nunca se recalienta podría matar fácilmente a

una cincuentena antes de que llegaran hasta mí. ¿Vale realmente la pena, pregunto?

– Tengo órdenes -repitió el oficial con tozudez.

– ¿Es lo único que tiene que decir? ¡Intente pensar por sí mismo! ¡A veces sale bien si uno lo intenta, maldita sea!

Pero el oficial se cerró como una ostra. ¿Qué era lo que le pasaba?, me pregunté, y entonces lo comprendí. Tenía miedo, estaba tan asustado que había perdido el juicio y el sentido común, ni más ni menos. No era de extrañar, claro. Naturalmente, había oído una barbaridad tras otra sobre mi humilde persona y seguramente imaginaba que tenía una compañía entera de piratas sedientos de sangre escondidos detrás de los matorrales. Se esperaba una bala en la espalda en cualquier momento. Además, había que añadir la energúmena aparición de Jack.

– Estoy solo -dije.

– ¿Solo?

Me miró incrédulo.

– Sí -dije-, tan solo como Dios Padre en el Cielo. La tripulación y las ratas han abandonado la nave; sólo quedo yo.

– Sólo… -empezó el oficial, recobrando un poco de color.

– Sólo yo, sí -le interrumpí-. Sé lo que está pensando: que no le será difícil echarme el guante. «Un solo hombre contra ciento cincuenta no puede ser un asunto difícil», piensa usted. No tan deprisa, señor mío. Piense que tiene que apresarme vivo y que yo sé utilizar este cañón con tanta destreza como cualquier cañonero de la Flota Real, sí, incluso mejor. Cincuenta hombres de los suyos, ésa es todavía mi oferta. Y ni siquiera en ese caso podrá estar seguro de cogerme vivo. Siempre me puedo disparar una bala en la sien. ¿Cree usted que no sería capaz? Veo que duda. Entonces le voy a poner en claro que soy un hombre viejo, el barco que se hunde, eso es lo que soy. ¿Cree que voy a dejar que me pongan entre rejas y pasarme seis meses bajo cubierta, sólo para ponerme ante un juez y después que me ahorquen como a un perro?

El oficial me miró indeciso, no porque aún tuviera miedo, sino porque por fin se había puesto a pensar.

– Le propongo un trato -acabé-. Me cargo a cincuenta de sus sonrosados marinos y me abandono a la gracia divina para morir. Muerto del todo, seré sólo un cadáver que acabará pudriéndose antes de ser colgado y expuesto ante la gente de Bristol. ¿Qué me dice?

– ¿Qué es lo que usted quiere? -preguntó a disgusto y nervioso, pero no sin interés.

– Llegar a un acuerdo -dije.

– A mí no se me puede comprar -fue su rápida respuesta.

– Lo suponía. Imagino que habrá recibido usted una buena suma

por hacerse cargo de esta misión, y que además ha sido elegido por su integridad, ya que tendría que vérselas conmigo. No, no estaba pensando en comprarlo. Reconozco a un hombre de principios en cuanto lo veo, tan cierto como que me llamo Silver. Acompáñeme dentro, que le voy a enseñar algo. No tenga miedo, estoy solo y no pienso atacarle por la espalda. Como ya he dicho, tiene usted todas las de ganar y nada que perder si llegamos a un acuerdo. Vivo no me va a llevar de vuelta, de eso puede estar seguro. En cambio, le puedo ofrecer algo que por lo menos tiene el mismo valor, o incluso más, que la miserable vida que me queda.

Todavía dudaba, pero me acompañó al interior. Abrió desmesuradamente los ojos en el quicio cuando vio todas mis riquezas, en especial todas las piedras preciosas que estaban esparcidas por encima de mi escritorio. Por casualidad, un rayo de sol cayó directamente sobre la mesa y arrancó de las piedras el destello de lo que eran, porque nada puede igualar el brillo de las gemas y la oscilación del reflejo.

– ¿No se arrepiente, verdad? -pregunté juguetón.

El oficial meneó la cabeza.

– Si nos ponemos de acuerdo -continué-, se puede llevar lo que quede de esto cuando haya muerto. A mí me da lo mismo.

Me di cuenta de que la codicia le brillaba en los ojos.

– Aquí -dije señalando el montón de papeles que campeaban en el centro de la mesa-, aquí está lo que quería enseñarle.

Me miró sin comprender, como si yo realmente no estuviera del todo en mis cabales. No era muy locuaz aquel fiel siervo de Su Majestad. Por lo visto, no sólo tenía miedo de mí, sino también de caer en la tentación y dejar paso a sus deseos encontrados.

– Estas hojas -expliqué, seguramente no sin una carga de orgullo, porque a pesar de todo había sido un pequeño infierno acabarlas- contienen el relato de una vida que me ha pertenecido, la verdadera historia de Long John Silver, también llamado Barbacoa. No se sorprenda. Sé leer y escribir. Si no, ¿cómo cree que podría haber engañado a tanta gente? Seguramente habrá leído usted el breve escrito de Hawkins… para conocer a qué tipo de monstruo, a ese que llaman enemigo de la humanidad, tenía usted que conducir a casa.

Saltaba a la vista que el oficial ya no sabía qué pensar, pero por lo menos asentía.

– ¿Le sorprendo, no es así? No soy como usted esperaba. ¡Claro que no! Al fin y al cabo no es de extrañar, si se pasan bien las cuentas, como yo acostumbraba a decir. El John Silver al que usted venía buscando está encima de la mesa. Así es, aunque resulte difícil creerlo. Naturalmente, a éste no lo pueden colgar de la horca como a mí, pero para los demás propósitos sí puede servirle. Se le puede poner ante la

Justicia y condenarlo, no a muerte, claro, pero sí al olvido, que es un castigo tan bueno como otro cualquiera. Dicho de otro modo, esto es lo que le ofrezco en lugar de mi persona, y no es mal canje si le interesa saber mi opinión. Usted recibe una vida entera de principio a fin, con todos mis crímenes y mis buenos actos consignados por escrito, sin excusas ni pretextos, tal como ha sido.

– ¿Qué quiere decir? -exclamó el oficial.

– Una vida de carne y hueso en lugar de la chatarra vacía que soy ahora -proseguí-. Esto es lo que estoy dispuesto a entregarle. Trelawney y sus secuaces quieren vivo a Long John Silver. Aquí lo tienen, digo yo. Ahí está, ahí lo tienen para siempre, si lo aceptan. Quiero que lo lleve de vuelta, se lo entregue al joven Jim Hawkins para que lo lea y deje que decida el destino y las aventuras de John Silver en el porvenir. Hawkins ya ha encontrado un cabo. Pero quiero un recibo conforme usted se ha hecho cargo de la vida de John Silver. Será inscrito en el cuaderno de bitácora con mi testimonio y el de usted. A cambio, le prometo que no me llevaré a la tumba a unos cincuenta soldados de la Marina. Es una oferta generosa.

– No puedo aceptar -replicó el oficial, terco como una mula, lerdo como un becerro y ciego como una gallina.

– ¿Es que no entiende nada? -le espeté-. A mí no me va a llevar vivo a Bristol, ocurra lo que ocurra. Eso lo primero.

– Tendrá usted que comer y dormir -dijo el oficial, más seguro de sí mismo-. No podrá resistir una eternidad.

– Maldita sea, no se me había ocurrido. Venga, que le voy a enseñar algo muy interesante.

Fui cojeando por el jardín seguido del oficial.

– ¡Mire! -dije señalando una mecha en la tierra que sobresalía de un tubo-. Como soldado, por lo menos sabrá cómo es una mecha. Va directamente a un pañol que seguramente contiene cien veces más de pólvora que la que lleva a bordo de su fragata. No tiene usted tan poco conocimiento como para no imaginar lo que pasaría si le prendiera fuego. Todo el maldito acantilado en que estamos ahora mismo saltaría por los aires. ¿Lo entiende?

Para demostrarle que hablaba en serio encendí una cerilla y la situé a una pulgada de la mecha. Unas gotas de sudor perlaron la frente del oficial.

– Me lo imaginaba -dije prendiendo la mecha, dejando que se quemara una pulgada o dos antes de apagarla de nuevo.

El oficial se había quedado quieto como una estatua salvo por los temblores de las rodillas sin que pudiera hacer nada para dominarse, con gran regocijo por mi parte.

– No es necesario que se avergüence -lo tranquilicé-. No es usted el primero que tiene dificultades con John Silver. Pero puede estar

contento de seguir todavía vivo. Si juega bien sus cartas no sólo podrá continuar así, sino que llegará a casa con el honor intacto. Y esto, señor mío, no puede decirse de muchos otros que se las hayan tenido conmigo. ¿Qué me dice?

Pareció jadear un par de veces.

– Tengo que hablar con el capitán del barco -dijo por fin.

– Muy bien -asentí, dándole una palmada amistosa en la espalda-. El capitán tiene que prestarme su cuaderno de bitácora. Y no olvide decir que todo lo que hay aquí arriba está a disposición de quien le eche el guante en cuanto yo esté muerto y enterrado. Tienen todo el día para ustedes, pero mejor será que vuelvan con la respuesta una hora antes del anochecer a más tardar. Si he de tener tiempo para matar a cincuenta quiero ver bien lo que hago. Ah, una cosa más. Quizás haya visto usted que sólo hay un estrecho camino que sube aquí arriba. Explíquele al capitán que un solo tiro de mi cañón, cargado de perdigones y de chatarra, bastaría para matar a media docena o más, y aún me daría tiempo de volver a cargarlo antes de que aparecieran los siguientes. Pídale que piense bien, sin remordimientos de conciencia, si puede elegir a doce de sus hombres, que con toda seguridad él pensará que ya han agotado su derecho a vivir, sólo por apresarme.

El oficial se dio la vuelta sin decir ni palabra; se fue derrotado por la sorpresa, como cabe suponer, si es que había utilizado bien su sentido común. El riesgo estribaba en que estuviera tan aterrado y tan herido en su orgullo, que dejara de pensar; no le faltaba mucho para llegar a este punto.

Sin embargo, no pasaron ni dos horas hasta que volvió agitando la bandera blanca y con el cuaderno de bitácora bajo el brazo. Todavía no dijo nada. Tener que arriar banderas ante un tipo como yo probablemente ofendía todo lo que él consideraba digno en la vida. Abrí el cuaderno de bitácora y escribí: «Hemos recibido a bordo a *Long John Silver. El relato aventurero y verdadero de mi libre vida y de mis días como caballero de fortuna y enemigo de la humanidad,* para ser transportado a Bristol y entregado al caballero Jim Hawkins.» El oficial firmó debajo con una rúbrica angulosa, y yo testimonié su firma con mis más elegantes garabatos.

– Mañana puede venir a buscar los papeles, incluido el final -dije-. Tengo unas palabras que añadir.

El oficial cerró el cuaderno de bitácora.

– No crea que me pueden sorprender por la noche -advertí para acabar-. El cañón está cargado, voy a encender unas antorchas y no me falla el oído. Y no olviden la mecha, por lo que pueda suceder.

Sin embargo, por su expresión parecía que el riesgo era mínimo.

– ¡Anímese! -le dije-. John Silver, vivo o muerto, no lo es todo en

esta vida.

Y así me quedé solo y me senté para acabar mi historia. Por fin soy el único que queda. Tiempo atrás debería haber entendido que todo acabaría de esta manera. Mi vida era un libro abierto, pero ¿lo leí antes de que fuera demasiado tarde? Claro que no.

Así pues, estaba solo ante la muerte. Seguramente ése era el precio que se tiene que pagar en este mundo por haber tenido las espaldas bien cubiertas. ¿Fue un final caro o barato? ¿Hay que echarse a reír o a llorar? Si acaso, el Diablo lo sabrá. La verdad es que nunca lloré en mi vida. Y ahora es un poco tarde para castigos y juicios. Quizá se pueda uno preguntar si la libertad y la soledad en este mundo van unidas, tal como parece, si uno aspira a ser una persona.

No lo digo porque yo lo haya padecido. Dicho de otro modo, me ha dado tiempo de vivir hasta el final sin darme cuenta. Ahora, sin embargo, he comprendido de todas formas que la soledad es el único pecado en la tierra y el único castigo verdadero para un tipo como yo. Eso, y probablemente sólo eso, sea peor que la muerte. ¿Me arrepiento? No, a mí también me queda todavía un poco de orgullo en el cuerpo. Además, ¿ante quién iba a arrepentirme? Nunca le prometí nada a nadie, ni siquiera a mí mismo, y mucho menos hasta que la muerte nos separase. Nunca me casé con el resto de la humanidad, sino que opté por convertirme en su enemigo. Sí, ni siquiera me casé conmigo mismo. Sin embargo, sobreviví sin castigo, como se ve, ¿y a quién le voy a dar las gracias, si no es a mí mismo? Que Dios tuviera algo que ver sería esperar demasiado. Pero de todas formas, si yo deseara algo a este lado de la tumba sería que el cielo me acogiera. ¡Me imagino qué cara pondrían los buenos fieles y los capitanes por la gracia de Dios cuando apareciera yo!

He vivido, eso es tan verdad como que me llamo John Silver, llamado Long, llamado Barbacoa, aunque esto no llegó a nada y quizá no era mucho de lo que presumir. Por otra parte, he hecho lo que he podido para sobrevivirme a mí mismo. Desde luego, que no era ésa mi intención, pero no tenía ni idea de lo que era escribir una vida como la mía. Mañana vendrá el oficial, el de los firmes principios, a buscar a este John Silver. Después de eso, ¿cuál será la vida de Silver, si es que le queda alguna? A decir verdad, me da lo mismo lo del otro lado, pero que se convierta en un escarmiento para los soldados de la Marina, curas y capitanes de barco, no creo que sea posible, maldita sea.

¿Qué me queda por decir? Hice lo que pude desde el principio hasta el fin. Fui yo mismo, fiel al que era, y en paz. Tuve la soga al cuello, pero las espaldas las tuve bien cubiertas… si me lo preguntan, claro.

Al almirantazgo

Señor:

Le escribo esta carta a toda prisa para notificarle el resultado de la expedición que tenía como objetivo arrestar al pirata John Silver y trasladarlo a Inglaterra para que le fuera impuesto un castigo justo. El informe oficial tardará todavía algunos días, hasta que el barco haya atracado en Londres. Esta carta se envía, por tanto, por mensajero desde Plymouth.

Desgraciadamente tengo la obligación de comunicarle que no fue posible traer al llamado Silver con vida. Sin embargo, con absoluta certeza puedo transmitir la buena nueva de que está muerto y que el mundo, por tanto, ha quedado libre de uno de los peores enemigos de la humanidad. Por ello, existen motivos para creer que la piratería quedará exterminada en un futuro no muy lejano. Sin un tipo como John Silver que seduzca a los marineros a hacerse lo que llamamos «piratas», será fácil detener la sangría en las filas de la Marina mercante.

Antes de morir, John Silver me dejó personalmente un manuscrito que contiene, según mi opinión, un completo informe sobre su ignominiosa vida. Me pidió que se lo entregara al caballero Jim Hawkins, quien, como quizás usted recuerde, fue el que nos descubrió la posibilidad de encontrar y castigar a John Silver. Naturalmente, le hice entender a Jim Hawkins que no podía disponer libremente del informe de Silver sin consultar con el Almirantazgo, y él se declaró partidario a respetar esta petición. Después de haber leído el informe en cuestión durante el viaje le recomendaría encarecidamente y con toda humildad que no se publicase oficialmente sin una importante corrección. Naturalmente, muy bien puede servir de escarmiento para nuestra juventud, pero también contiene algunos capítulos calumniosos para la nación, entre otros la penosa historia del gobernador Warrender en el fuerte Charles de Kinsale y el caso omiso que hacían los capitanes de barco respecto a las ordenanzas relacionadas con las esclavas. A esto hay que añadir el hecho irritante que John Silver no demuestre el más mínimo arrepentimiento por su vida pecaminosa y criminal. Todo lo contrario: parece reivindicar que

la suya fue la vida recta y auténtica de un tipo como él, y que además acabó sus días como un hombre acomodado, atrincherado en su fortaleza, rodeado de esclavos a quienes había comprado la carta de libertad. Naturalmente, leer esto no resulta conveniente para nadie, máxime cuando Silver afirma haber llevado una vida libre, y en ningún caso criminal. Sólo queda lamentar profundamente no haber podido castigarle como merecía mientras vivía, ahorcándolo en el cadalso y expuesto al escarnio público.

Sin embargo, creo que no había elección. En primer lugar, a medianoche nos sorprendió una tropa bien armada de piratas a sus órdenes, y perdimos a catorce hombres antes de que, con mucho valor, consiguiéramos ponerlos en fuga. Silver afirma en su escrito que el ataque fue cosa de un solo hombre, pero ¿qué otra cosa cabía esperar de un mentiroso y un traidor como él? En segundo lugar, Silver amenazó con matar a cincuenta de nuestros soldados de la Marina y después quitarse la vida si asaltábamos su fortaleza. No cabe ninguna duda de que hablaba en serio y de que era capaz de ambos extremos.

Mientras negociábamos llegó incluso a prender la mecha del pañol de la pólvora y la apagó en el último momento ante mis propios ojos. Que mi juicio sobre la situación y el estado de ánimo de Silver eran acertados quedó confirmado más tarde con toda la claridad deseable. Después de haber recogido su informe y haberme reunido con los soldados, se oyó una fuerte explosión: Silver y su acantilado saltaron por los aires, de modo que quedó destrozado en mil pedazos. Murieron dos de los nuestros bajo las rocas que se precipitaron tras la explosión, y otros cuantos fueron levemente heridos. Desgraciadamente, quedó muy poco del botín robado por Silver a lo largo de su vida, probablemente apenas lo suficiente para sufragar los gastos de la expedición. Por tanto, la misión no se ha coronado con el provecho que predecía el señor Trelawney. Se adjunta la carta que John Silver envió a Jim Hawkins. De ella ya se deduce con toda claridad que el informe de Silver debe tratarse con absoluta discreción y, si es posible, declararlo secreto según el artículo sobre amenazas contra la seguridad del Reino.

Respetuosamente le saluda
Capitán William Cunningham

A Jim Hawkins:
Jim,

Te entrego y te confío estas páginas. Podría decirse que son mi cuaderno de bitácora. En mis últimos días me divertí recordando como hacen los viejos, y he escrito qué fue ser Long John Silver. Si tengo un deseo antes de morir, Jim, es que leas estas páginas. Sé que no he sido

el mejor de los hijos de Dios a los ojos de la gente como tú, pero he sido a pesar de todo una persona cabal, un buen compañero de barco. Te salvé la vida, como sin duda recordarás. No pido que a cambio me salves la mía, tal como queda escrito en estas páginas, pero sí te pido que no mates la única vida que John Silver tuvo. Ponla a buen recaudo. Un día quizás haya quien necesite saber que realmente existió y que a pesar de todo fue una persona cabal. Entonces no habrá vivido inútilmente, como muchos otros, para nada.

Es mi último deseo.

John Silver

Postscriptum

Todas las obras literarias son en parte propias del autor y en parte de aquellos que han colaborado en su elaboración. Por eso quisiera dar las gracias a las siguientes personas por su amable y desinteresada aportación. Sin ellos, este libro se habría quedado en pura ficción.

Embusteros:

Daniel Defoe, Robert Louis Stevenson, Sven Delblanc, Gabriel García Márquez, Albert Camus, William Golding, René Char, Dostoievski, R. F. Delderfield, John Goldsmith, Patrick O'Brian, Tobias Smolett, C. M. Bennett, Henry Fielding, Maquiavelo, el Espíritu Santo.

Veraces:

Capitán Johnson (alias Daniel Defoe), Exquemelin, Thorkild Hansen, Michel le Bris, Marcus Rediker, Gérard A. Jaeger, Gilles Lapouge, David Michell, William Dampier, Kare Lauring, James Sutherland, Yves Kergof, Janne Flyghed, Thomas Anderberg, Erland Holmström.

Los que todavía no quieran creer que la realidad supera la ficción quizás estén interesados en saber que lo siguiente, entre otras muchas cosas según parece, coincide con la verdad: el destino final de Edward England; el trágico matrimonio y el fin de la señorita Warrender; el *matelotaje* de los bucaneros y la repartición de mujeres; la historia del *Rôdeur,* el barco de los ciegos abatidos; la trata de esclavos por parte de los curas de la isla de Saint Thomas; las mentiras, traiciones e historias de piratas de Defoe; la melancolía permanente de los negros; el abrebocas del cirujano de a bordo; las manos atrofiadas de Taylor; los indios de la costa de los Mosquitos que navegaron con los caballeros de fortuna; el juez Jeffries en su mesa del Angel Pub; la tiranía de los capitanes por la gracia de Dios (excepto Snelgrave); el esclavo recién bautizado con las manos y los pies cortados, que escribió a la Misión agradeciendo su salvación; la muerte violenta de los capitanes Ricket y Skinner a bordo del *Fancy;* Roger Ball, que intentó saltar por los aires; la prohibición de las mujeres a bordo de los barcos de piratas; la ascensión y caída del capitán Mackra; la

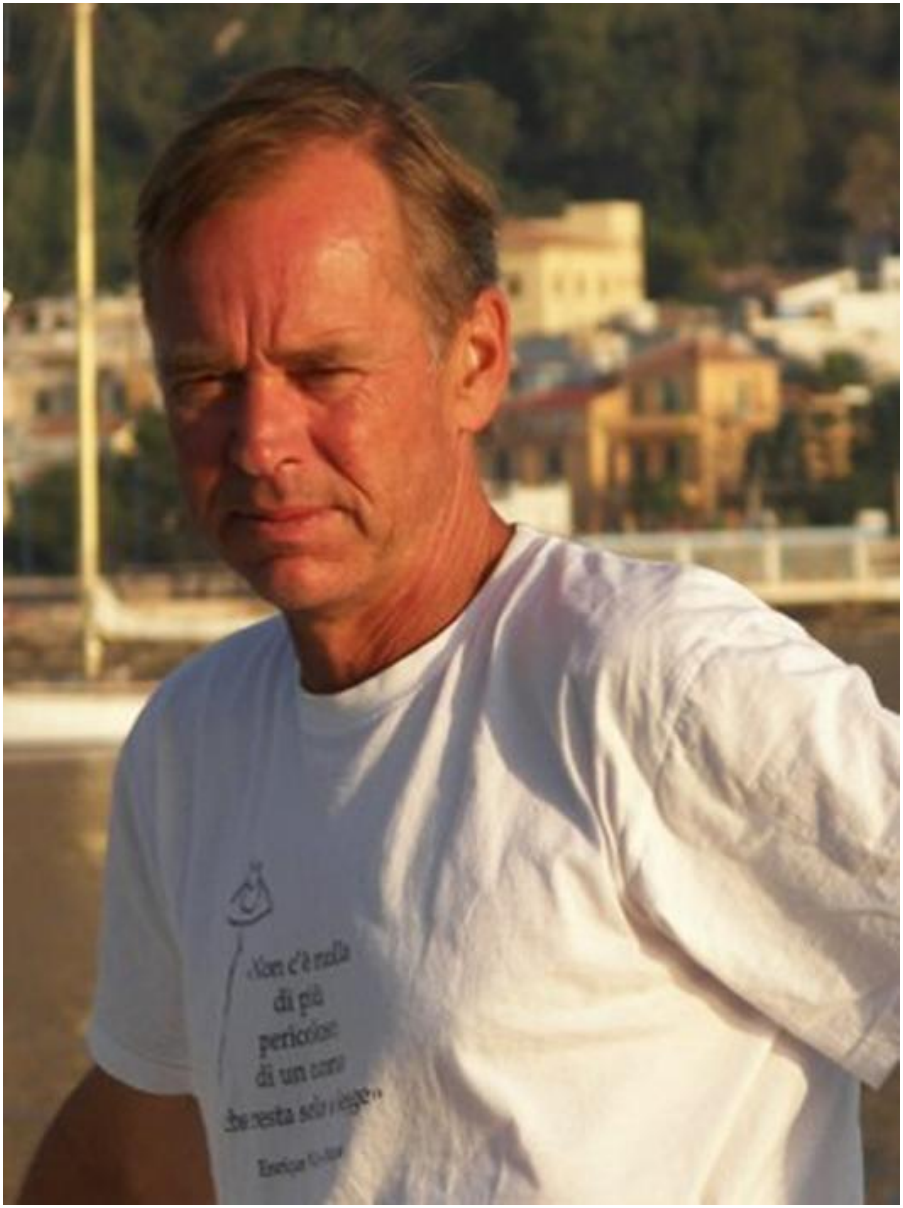
expedición de castigo de Matthew para llevar a la horca a Plantain; la reacción de los capitanes al libro de Snelgrave sobre el comercio de esclavos; los indómitos *sakalava;* la elección de libros en la biblioteca del barco de Snelgrave; el juego de Barbanegra con sus pistolas a costa de Israel Hands; el soldado español y el indio que se acuchillaron hasta la muerte; el jabalí que comía melocotones y daba una carne muy sabrosa; el túnel de Silver a través de Old Head of Kinsale; la isla de Sainte-Marie, en Madagascar, que fue el pasajero paraíso de los piratas; etc., etc.

Se dedica un agradecimiento especial a los piratas Thomas Roberts, John Cane y William Davison, cuya confesión ante su inminente ahorcamiento se ha reproducido aquí en su versión íntegra, si se confía en que Daniel Defoe, en su *General History of the Pyrates,* se mantuvo fiel al original.

Por último, mi reconocimiento a todos los lobos de mar cuya infernal vida estremecerá a todo el que tenga un mínimo de sensibilidad. Sin todos estos marineros, sobre cuyos cuerpos muertos se construyó el bienestar moderno, ni este libro ni Long John Silver habrían visto jamás la luz.

Björn Larsson, a bordo del *S/Y Rustica,*
Camarinas, a 20 de julio de 1994.

Björn Larsson



***

notes

[1] Esta cita y las siguientes están tomadas de Roben: L. Stevenson, *La isla del tesoro.* Alianza Editorial, 1980. Traducción de Fernando Santos Fontenla.

[2] «Antes tenía una novia irlandesa, que era gorda y perezosa. / Ahora tengo una negra, que casi me vuelve loco.» En inglés en el original. *(N. de la T.)*